

M.^a Isabel Martínez Navarrete

**Una revisión crítica de
la prehistoria española:
la Edad del Bronce
como paradigma**



Siglo Veintiuno de España Editores, S.A.

Historia



Esta edición ha merecido una subvención
de la Dirección General del Libro y Bibliotecas
del Ministerio de Cultura

UNA REVISION CRITICA
DE LA PREHISTORIA ESPAÑOLA:
LA EDAD DEL BRONCE COMO
PARADIGMA

por

M.^a ISABEL MARTÍNEZ NAVARRETE





siglo veintiuno editores, sa

CERRO DEL AGUA, 248. 04310 MEXICO, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa

C/ PLAZA, 5. 28043 MADRID. ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda

AV. 3a. 17-73. PRIMER PISO. BOGOTÁ. D.E. COLOMBIA

Primera edición, septiembre de 1989

© SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES, S. A.

Calle Plaza, 5. 28043 Madrid

© M.ª Isabel Martínez Navarrete

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

Impreso y hecho en España

Printed and made in Spain

Diseño de la cubierta: Pedro Arjona

ISBN: 84-323-0684-3

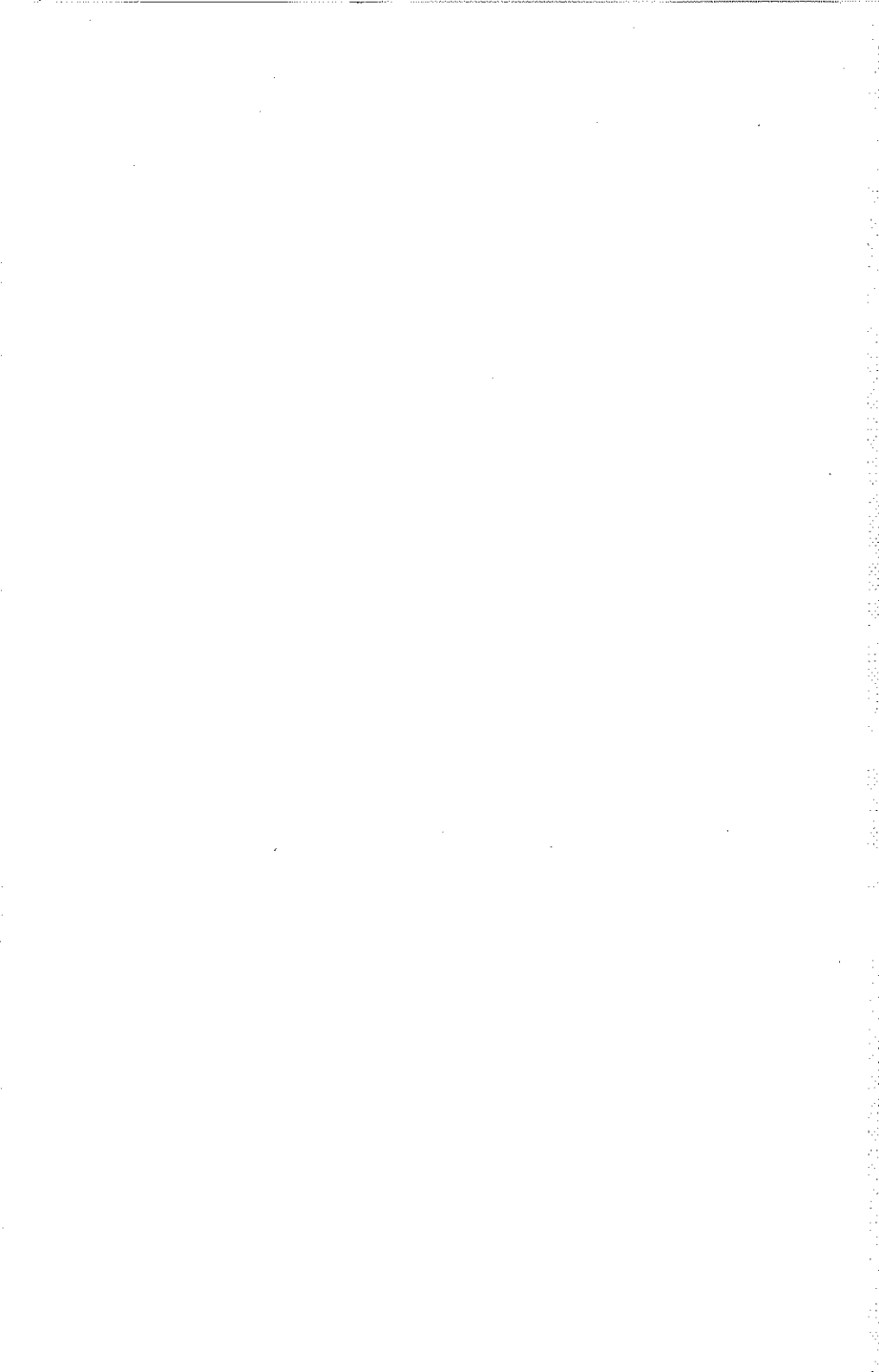
Depósito legal: M. 25.288-1989

Fotocomposición: EFCA, S. A.

Avda. Dr. Federico Rubio y Galí, 16. 28039 Madrid

Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa
Paracuellos de Jarama (Madrid)

A toda mi familia

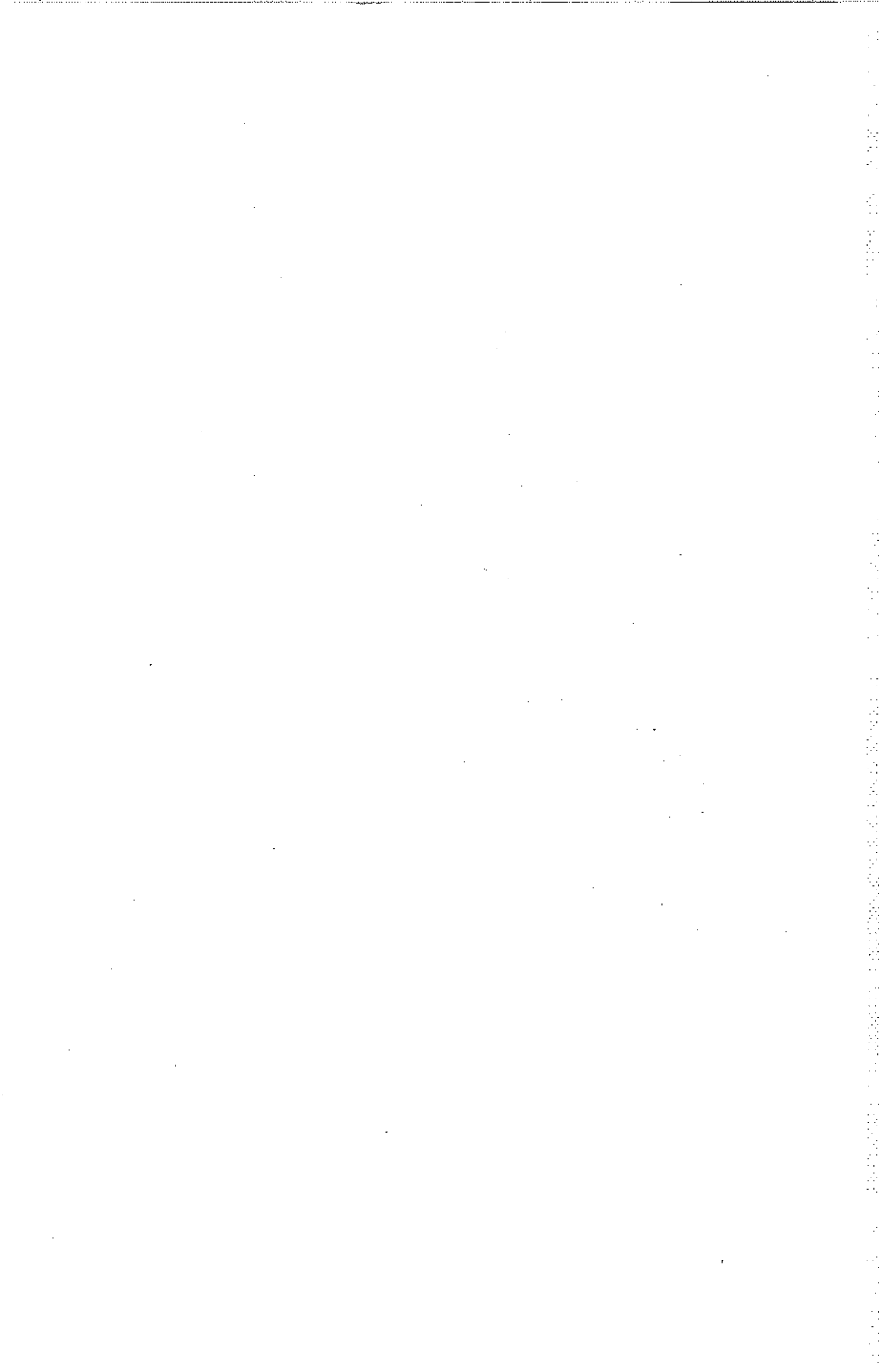


INDICE

INTRODUCCIÓN	XI
ABREVIATURAS	XX
1. LA CONFIGURACION ACTUAL DE LA PREHISTORIA: ASPECTOS TEORICO-METODOLOGICOS	1
I. INTRODUCCIÓN: LA CRISIS DEL «CONCEPTO DE PREHISTORIA» EN LOS CONTEXTOS EUROPEO Y AMERICANO	1
II. EL PROBLEMA DE LA CONSTRUCCIÓN CIENTÍFICA DE LA HISTORIA	8
II.1. Una definición del conocimiento científico, 8.—II.2. Distinción epistemológica entre «Prehistoria» y «Arqueología», 11.—II.3. «Ciclos metodológicos» en Prehistoria, 15.—II.4. «Tendencias disciplinares» en Prehistoria, 18.—II.5. La Prehistoria como Historia o como Antropología cultural: trayectoria histórica, 26.—II.6. El problema del establecimiento de «leyes generales predictivas» en Historia, 43.	
III. ALTERNATIVAS ESPAÑOLAS A LA CRISIS	57
III.1. Introducción: El «concepto de Prehistoria» tradicional en la investigación española, 57.—III.2. El enfoque «nuevo arqueológico»: la orientación «cientifista» y la «arqueología económico-social y ambiental», 74.—III.3. El enfoque epistemológico, 82.—III.4. El enfoque estructural, 84.—III.5. El enfoque materialista histórico, 88.	
IV. CONCLUSIÓN	108
2. LA PERIODIZACION EN PREHISTORIA.....	121
I. INTRODUCCIÓN.....	121
II. TIPOS DE PERIODIZACIÓN.....	123
II.1. Bases para su definición, 123.—II.2. Modelos epistemológicos de referencia, 124.—II.3. Realismo,	

	125.—II.4. Convencionalismo, 131.—II.5. Instrumentalismo, 134.	
III.	CONCLUSIONES.....	137
3.	LA PERIODIZACION DE LA EDAD DEL BRONCE EUROPEA	140
	I. INTRODUCCIÓN	140
	II. ASPECTOS TEÓRICO-METODOLÓGICOS	146
	III. CONTENIDO EMPÍRICO.....	152
	III.1. La caracterización francesa de la Edad del Bronce, 152.—III.2. La definición cultural de V. Gordon Childe, 164.—III.3. La cronología de la Edad del Bronce: bases actuales, 175.—III.4. El papel asignado a la metalurgia, 180.—III.4.1. <i>Significación de la metalurgia desde el punto de vista tecnológico</i> , 180.—III.4.2. <i>La metalurgia y su vinculación con el comercio</i> , 189.—III.4.3. <i>Metalurgia y comercio en el contexto de la organización sociopolítica</i> , 205.	
IV.	CONCLUSIONES.....	214
4.	LA PERIODIZACION DE LA EDAD DEL BRONCE DE LA PENINSULA IBERICA.....	223
	I. INTRODUCCIÓN	223
	II. EL ENFOQUE HISTÓRICO POSITIVISTA	225
	II.1. La Escuela Clásica o Escuela de Barcelona, 225.—II.2. La transición al «modelo colonial»: G. y V. Leisner, 266.—II.3. El «modelo colonial», 284.—II.3.1. <i>Definición y primeras modificaciones</i> , 284.—II.3.2. <i>Concepción actual</i> , 291.—II.3.3. <i>Conclusión</i> , 297.—II.4. La cuestión campaniforme, 298.—II.4.1. <i>Introducción</i> , 298.—II.4.2. <i>Las tesis clásicas</i> , 311.—II.4.3. <i>La «Teoría del Reflujo»</i> , 316.—II.4.4. <i>Tesis de la continuidad VNSP</i> , 319.—II.4.5. <i>Conclusión</i> , 335.—II.5. La Edad del Bronce, 337.—II.5.1. <i>Introducción</i> , 337.—II.5.2. <i>La tesis difusionista acerca del origen de la cultura de El Argar</i> , 340.—II.5.3. <i>La cultura de El Argar como desarrollo local</i> , 350.—II.5.4. <i>Conclusión</i> , 355.	

III. EL ENFOQUE INTEGRADO DE LA CULTURA.....	359
III.1. Introducción, 359—III.2. Las alternativas funcionalistas, 362.—III.2.1. <i>El acceso diferencial a recursos críticos escasos, los contrastes ecológicos y las redes de intercambio/alianza como explicaciones del desarrollo del Sureste</i> : R. W. Chapman y C. Mathers, 362.—III.2.2. <i>El vaso campaniforme: un objeto de lujo puesto de moda y una «cultura arqueológica»</i> : R. J. Harrison, 372.—	
III.3. Las alternativas materialistas, 387.—III.3.1. <i>La irrigación y el policultivo mediterráneo como factores de cambio en la organización social almeriense y argárica: el enfoque materialista histórico</i> de A. Gilman, 387.—	
III.3.2. <i>Un modelo materialista-dialéctico para el estudio de la cultura de El Argar</i> : V. Lull, 393.—III.3.2.1. Objeciones de V. Lull a los procedimientos estadísticos y tipológicos clásicos y propuesta alternativa, 394.—	
III.3.2.2. La estructuración cronológica de la cultura de El Argar: bases para la rectificación, 398.—III.3.2.3. Una aproximación socioeconómica al estudio de la cultura de El Argar, 411.—III.3.2.4. Comentarios finales, 429.—III.3.3. <i>Un modelo materialista cultural para el estudio de la cultura de Los Millares</i> : A. Ramos Millán, 430.—III.4. Conclusión, 432.	
IV. SECUENCIA CRONOLÓGICO-CULTURAL DEL SURESTE DE LA PENÍNSULA IBÉRICA DURANTE EL CALCOLÍTICO Y LA EDAD DEL BRONCE	442
IV.1. Introducción, 442.—IV.2. El comienzo de la metalurgia y el sustrato, 443.—IV.3. La Edad del Bronce, 458.—IV.4. Conclusión, 475.	
BIBLIOGRAFÍA.....	478
ÍNDICE DE NOMBRES	506



INTRODUCCION

Este libro ¹ se inscribe dentro de la «Arqueología teórica» y no en el programa de los «estudios sobre la ciencia» (López Piñero, 1987). Aborda un conjunto de problemas interrelacionados filosóficos, metodológicos, lógicos, teóricos e historiográficos (Klejn, 1977, p. 1) de carácter arqueológico general y referidos a los primeros períodos metalúrgicos de la península Ibérica. No se ocupa, en cambio, de «los ideales sociales subyacentes» (Fontana, 1982, p. 9) a la práctica del prehistoriador (p.e. en Kristiansen, 1981), aunque incluye ciertas alusiones a otros aspectos vinculados con el «contexto del descubrimiento» como las tradiciones de ideas o las coyunturas históricas e institucionales (Redondi, 1987, p. 97). Se asume así la tesis de que hay veces en las que la elección de una nueva teoría no depende de factores de naturaleza observacional, de las experiencias, sino de «una historia del pensamiento y de la civilización» (*ibidem*).

El énfasis en la perspectiva internalista en la ciencia frente a la externalista no pretende negar la influencia de los factores externos («la propia cultura, [...] la estructura social», Renzong, 1987, p. 25). Por un lado, recoge la idea de que «los avances científicos nunca podrán comprenderse aludiendo sólo» a dichos factores (*ibidem*, p. 27) ². En realidad, en el avance científico intervienen tanto factores internos como externos que actúan como catalizador «cognoscitivo» y «motivacional», respectivamente (*ibidem*, p. 29). Por otro lado, dicho énfasis quiere contrarrestar el peso concedido por la tradición disciplinar a la incorporación de la «ciencia en Arqueología» (Brothwell e Higgs, 1980) y de nuevos datos (los «hallazgos» y excavaciones) en

¹ El núcleo fundamental del libro es el capítulo 3.º de mi tesis doctoral (Martínez Navarrete, 1988a), defendida en 1985. Fue dirigida por el doctor Almagro Basch (Universidad Complutense de Madrid) hasta su fallecimiento y, a partir de entonces, por el doctor Fernández-Miranda (Universidad Complutense), a quien nunca agradeceré bastante haberse hecho cargo de la misma.

² El propio «Marx nunca relacionó la ciencia con una forma de conciencia social» (Renzong, 1987, p. 27).

ese avance. Finalmente la elección responde a la necesidad de acotar un tema de por sí amplio: la crítica de los presupuestos teórico-metodológicos de la Prehistoria española a través de la revisión de las periodizaciones sobre las fases indicadas. Por la misma razón, se han excluido del trabajo las obras teórico-metodológicas que no estuvieran directamente conectadas con la Arqueología y las referidas a técnicas de investigación, si bien se discuten los resultados de su aplicación cuando resulta relevante.

B. McNairn (1980, p. 1) explica el interés de un libro de las características descritas: «Si ahora generalmente se reconoce que los sistemas de clasificación y los modelos interpretativos juegan un papel crucial en la forma que adopta la visión del pasado del arqueólogo, es evidente que las bases teóricas de la Arqueología tienen que ser evaluadas para que se pueda alcanzar una clara comprensión del pasado.»

Conviene advertir que esa necesidad ha sido sentida fundamentalmente en el ámbito anglosajón desde hace tiempo (Daniel, 1943 y 1950)³. Por el contrario, en España apenas se ha concedido importancia a esta línea de investigación. Las obras de Daniel (1962 y 1967), por ejemplo, no se traducen hasta una decena de años después de su publicación. Las «historias de la investigación» son, en todo caso, un capítulo introductorio en las obras generales acerca de la Prehistoria (Almagro, 1973) o relativas a alguna de sus fases (Delibes de Castro, 1977). Facilitan al lector una narración sintetizada de la bibliografía fundamental sobre el tema, ordenada cronológicamente pero no una evaluación crítica y contextualizada de la misma⁴.

La renovación que ha tenido lugar en la última década en la Prehistoria peninsular ha afectado también esta parcela de conocimiento. La obra de A. Ruiz Rodríguez y otros autores (1986) aborda, por primera vez, las conexiones entre investigadores, sociedad y desarrollo científico, mientras T. Chapa (1986), M.^a I. Martínez Navarrete (1988a), J. M. Vicent (1988) y A. Hernando (1988) escogen una perspectiva internalista. Sin embargo, su posible incidencia se ve constre-

³ Si bien la perspectiva escogida por Daniel es más historiográfica que crítica, la apertura de una reflexión sobre el desarrollo de la Prehistoria abre camino a la evaluación de sus bases teóricas. Parece expresivo de ese interés anglosajón (Trigger, 1978, por ejemplo) que en dos obras bien conocidas sobre la situación de la investigación prehistórica en el mundo (Daniel, 1981; *World Archaeology*, 13, p. 2, 1981) no estén representados países como Alemania, Italia o España.

⁴ Se adopta, pues, una perspectiva internalista reducida a una «historiografía» en el sentido que Fontana (1982, p. 9) da al término.

ñida en las tres primeras por el localismo o especificidad del tema, y en las demás, entre otras cosas, por su limitada distribución.

La originalidad de este libro viene dada por las circunstancias citadas. Su eficacia puede derivar, por un lado, de la elección, como objeto de estudio, de algunas de las etapas que mayor interés y discusión han suscitado tradicionalmente entre los prehistoriadores. Ello permite contar con un amplio panorama de las posiciones científicas imperantes en los casi cien años de publicaciones sobre el particular. Por otro lado, la revisión de la bibliografía arqueológica española específica ofrece la ocasión de servirse del mismo como contrapunto a los manuales al uso (Cano *et al.*, 1983; Jorda *et al.*, 1986; Nieto, 1985).

La dificultad fundamental para evaluar los presupuestos teórico-metodológicos de las periodizaciones sobre el inicio de la metalurgia y la Edad del Bronce reside en las contadas manifestaciones al respecto contenidas en la bibliografía. Este hecho se explica por la suspicacia que despierta todavía hoy entre los prehistoriadores lo teórico, «confundido sistemáticamente con lo especulativo o falto de comprobación» (Alcina, 1975, p. 69)⁵. De hecho V. Gordon Childe ha sido uno de los pocos prehistoriadores que «empleó tanto una metodología explícita, como una teoría histórica y social claramente definida» (McNairn, 1980, p. 8).

En la mayor parte de los casos, la ausencia de cualquier definición en ese sentido no se debe a una voluntad expresa de rehuirla en aras de una táctica o estrategia de «política científica» determinada, sino al hecho de que los propios investigadores no son conscientes del carácter ineludible y vinculante de la teoría sobre la práctica. Así, por ejemplo, Glyn Daniel (1973, p. 12) a pesar de reconocer la influencia de «prejuicios y preferencias [...] en nuestro pensar básico», afirma que «el estado del testimonio material puede influir y controlar las actividades interpretativas del historiador sin tener en cuenta consideración alguna de sus propias preconcepciones y predisposiciones».

⁵ R. L. Binford (1972b, p. 3) recoge la opinión de Griffin, según la cual la «teoría debía hacerse equivalente a especulación, y uno debía hacerla, cuando no había datos. Si había datos disponibles [...] uno resumía los datos y las unidades "evidentes-por ellas mismas" se sintetizaban históricamente [...] no había lugar para lo que los datos significaban o para lo que nos estaban diciendo sobre el pasado».

Estas afirmaciones pueden considerarse también expresivas de la opinión más extendida entre los prehistoriadores españoles, en relación con la importancia de la teoría en la investigación.

Esa convicción de la independencia entre teoría y práctica está especialmente difundida y arraigada entre los prehistoriadores españoles. La explicación hay que buscarla tanto en el tipo de formación recibida, como en la configuración histórica de nuestra disciplina. Los contenidos teóricos se han transmitido de manera indirecta y subliminal a través de informes descriptivos, pretendidamente objetivos y sin carga teórica. La fundamentación última de esta actitud se encuentra en la fe empirista en la objetividad de la observación que impregna toda la tradición disciplinar ⁶.

Por fortuna es posible llegar a averiguar aquellas determinaciones teóricas por el hecho obvio de que, en un planteamiento científico, las cuestiones semánticas afectan a los contenidos conceptuales. Normalmente se considera que el término expresa los rasgos que se estiman determinantes y exclusivos del objeto definido. Es decir, cada término diferente aplicado al mismo fenómeno prima unos ciertos rasgos de éste, seleccionados *a priori* de acuerdo con el modelo teórico escogido por cada autor. Esto nos permite su identificación, aunque no se defina explícitamente, a partir del análisis de la terminología y caracterización empleadas (Redondi, 1987, p. 101).

El éxito de la empresa depende en gran parte, como es lógico, de la correcta selección de los trabajos que fundamentan la investigación. Se ha recurrido a la bibliografía publicada ⁷ en español, francés e inglés, atendiendo no sólo a la representatividad e importancia científica del autor y su obra sino también a su alcance. Esta última precisión parece necesaria para comprender la intención del libro. Por su propia naturaleza es más frecuente la edición de un artículo u obra de síntesis en una revista especializada que la de un manual. Sin embargo el número de lectores potenciales de cada una de esas publicaciones es inversamente proporcional a su respectiva frecuencia de renovación. Ese conocido desajuste entre investigación y difusión hace imprescindible recurrir a las obras generales para estudiar el estado actual de la cuestión, aunque existan artículos sobre el particular pu-

⁶ Quizá podría considerarse manifestación indirecta de esa misma «fe» la facilidad con la que algunos prehistoriadores expresan verbalmente su orientación metodológica frente a su reticencia a presentarla en letra impresa.

⁷ El lapso que suele transcurrir desde la entrega de originales a su fecha de publicación establece circuitos de información «reservada», aunque no totalmente inaccesible a otros investigadores que hayan alcanzado una cierta posición académica. En mi opinión, esos datos todavía no pertenecen a la comunidad científica y, por tanto, no pueden manejarse en las evaluaciones del estado de la cuestión.

blicados más recientemente. Por otro lado, dada la diferente amplitud de unas y otros, es difícil averiguar hasta qué punto un cambio en la formulación refleja un auténtico cambio en los puntos de vista en vez de una modificación limitada al aspecto concreto que se esté considerando⁸. En estos casos, «tener en cuenta los pronunciamientos iniciales permite revelar el origen de las ideas y, por tanto, una comprensión más completa del significado de los posteriores» (Klejn, 1977, p. 13).

Se ha intentado que la revisión fuera tan objetiva y práctica como fuera posible. Para ello se ha expuesto claramente la *posición* desde la que se criticaba, condicionando la extensión de las transcripciones textuales a la correcta transmisión de *lo que* se criticaba.

Los modelos o presupuestos teóricos que se van a evaluar corresponden a tres niveles distintos de generalidad.

En primer lugar, se encuentran todas aquellas declaraciones relativas al «concepto de Prehistoria». Algunas hacen referencia a aspectos epistemológicos (estatus gnoseológico de la disciplina, inclusión dentro de las ciencias naturales o humanas, metodología, etc.). Otras expresan las posiciones adoptadas por los historiadores en el campo de la Antropología cultural.

El hecho de que la mayoría de la información disponible corresponda a los elementos materiales de la cultura ha orientado, en general, la investigación en un sentido estrictamente historicista y descriptivo. Sin embargo, el enfoque antropológico siempre ha estado presente, de forma implícita, en términos tan frecuentes en los estudios arqueológicos, como los de «cultura», «tradición», «innovación», «pueblo», «contacto», «etnia». Estos términos tienen contenidos conceptuales muy distintos, según la teoría antropológica que les sirva de referente (normativismo, funcionalismo, evolucionismo, etc.). Los arqueólogos «que los emplean están reconociendo inconscientemente su dependencia del cuerpo de principios de la etnología» (Rivera Dorado, 1981, p. 105).

El segundo nivel de generalidad corresponde a las concepciones que sobre la periodización y la terminología tienen los investigadores. Ambos aspectos, estrechamente relacionados, están determinados por las opciones adoptadas en el nivel anterior. Comprenden los principios de organización de los contenidos empíricos que integran el tercer y último nivel. Dichos contenidos son el resultado de la in-

⁸ Los autores no suelen ser muy explícitos sobre este particular.

vestigación «arqueográfica». Están constituidos por aquellos rasgos del hábitat, sistema de enterramiento, organización social y económica, que han sido considerados más significativos para la caracterización cultural de acuerdo con una cierta posición teórica. En consecuencia, no se valoran tanto los aspectos específicos de los elementos que definen una cierta fase cuanto la «categoría» a la que pertenecen (cultura material, aspectos sociales, económicos, rituales).

Este plan de trabajo se desarrolla en cuatro capítulos. En los dos primeros se exponen los aspectos teórico-metodológicos y los instrumentos críticos que se van a utilizar.

En el tercero se aplican esos instrumentos al análisis de la estructura teórica y contenido empírico de las periodizaciones europeas del Calcolítico y la Edad del Bronce que más han influido en la investigación española. Al propio tiempo se vinculan los cambios en la significación sociocultural concedida a la metalurgia con la reinterpretación de esos períodos.

Los primeros períodos metalúrgicos tienen un interés general para los prehistoriadores europeos. La Edad del Bronce es la fase central del Sistema de las Tres Edades (de piedra, de bronce y de hierro) (Thomsen, 1836) que, desde fines del siglo pasado y, a la manera de las «Edades» geológicas, constituye el marco cronológico general de la Prehistoria. La precisión creciente en los procedimientos de datación y la creencia en un progreso expresado en una constante mejora tecnológica dan lugar a la individualización de una Edad del Cobre («Calcolítico» o «Eneolítico») de transición a la Edad del Bronce, en los últimos treinta años del mismo siglo.

La coincidencia entre este proceso y los espectaculares descubrimientos arqueológicos en Anatolia, Mesopotamia, Egipto, Grecia y Creta (Daniel, 1973, p. 66) promoverán, entre otros factores, el recurso al «influjo oriental» para la explicación de cuantos cambios ocurren en Europa. En este contexto, el hecho de que su primera metalurgia se basara o no en el conocimiento del bronce-estaño llega a ser crucial en la polémica entre desarrollo autóctono o inducido que surge pronto.

En el cuarto capítulo se evalúan, desde la misma perspectiva que en el anterior, las periodizaciones peninsulares a partir de las correspondientes a las culturas almerienses de Los Millares y El Argar. Según la historiografía tradicional, dichas culturas representan los primeros centros metalúrgicos de la Prehistoria española. Fueron también los primeros que se estudiaron. La atribución a su poder expan-

sivo de la generalización de las nuevas formas de vida al resto del territorio peninsular conecta cualquier investigación con la emprendida en el Sureste. Como las nuevas alternativas teórico-metodológicas han sido planteadas también para la explicación de los procesos de esta «región clásica», la bibliografía específica sobre la misma es indicativa, en términos generales, del estado de la cuestión sobre el Calcolítico y la Edad del Bronce peninsulares.

La concepción de la cultura (normativa o partitiva y articulada o integrada) asumida por los autores ha sido el criterio empleado para la organización de la revisión bibliográfica que presta especial atención a la discusión del «modelo colonial» y la «cuestión campaniforme».

La bibliografía aparece reunida al final del libro, reservando las notas para matizar y precisar el texto.

Quiero finalizar la exposición de objetivos y estructura de la obra con dos advertencias.

En primer lugar, reconozco la deuda que mi formación como prehistoriadora e interés por la disciplina tienen con quienes me precedieron. Sin su enorme esfuerzo, efectuado en muchas ocasiones en circunstancias heroicas, simplemente no estaríamos en situación de abordar el estudio del pasado, no ya desde nuevas perspectivas, sino desde ninguna en absoluto. Los casi cien años de dedicación al mismo son la condición necesaria para la virtualidad de la renovación actual. Sin embargo, no es condición suficiente: que tal renovación sea efectiva depende de la evaluación del *corpus* disciplinar desde una perspectiva histórica, tanto como de la ampliación de la base arqueológica. Poco habría avanzado nuestro conocimiento acerca de la Prehistoria si el bagaje recibido no hubiera sido evaluado a tenor de las nuevas perspectivas y datos accesibles a cada generación. La evaluación permite distinguir entre aquello que, producto de una coyuntura determinada, carece de sentido en el estado actual del problema y aquello otro que constituye un logro permanente.

Esta actividad crítica, parte de la práctica investigadora habitual en cualquier ciencia, no pone en cuestión el reconocimiento debido a «la autoridad» de quienes hicieron avanzar realmente los estudios prehistóricos manejando con honestidad los medios que tuvieron a su alcance. Por el contrario, viene exigida por la conveniencia de que tal reconocimiento se fundamente en criterios científicos y no derivados simplemente de la posición de cada autor en la estructura de poder académico.

La segunda advertencia atañe al carácter tentativo que concedo a las conclusiones del libro. Temo que el apoyo crítico que se me ha prestado⁹ no baste para contrarrestar mis propias limitaciones y las derivadas de la orientación empirista de mi formación académica. Como se recordará, «la reflexión epistemológica desde el campo específico de la arqueología apenas cuenta con breves conatos en la disciplina universitaria española» (Martín de Guzmán, 1988, p. 37)¹⁰. El problema se extiende a las obras que tratan de abordar las presuposiciones teórico-metodológicas de la bibliografía arqueológica, como dije, todavía escasas.

Finalmente, me gustaría comentar la idea de que «una discusión fructífera sería más útil si, junto con los trabajos de interpretación de los escritores clásicos, aparecieran análisis más concretos e intensos del pasado» (Klejn, 1977, p. 13). Esta idea, que me parece puede estar bastante generalizada entre los prehistoriadores, refleja un cierto temor a que la «escolástica» paralice el desarrollo de la investigación arqueológica. En realidad, la discusión puede ser tan «fructífera» como «útil» si se emprende en un contexto, como el español, donde ha sido tradicionalmente minoritaria y si se escogen obras de escri-

⁹ Mis compañeros del departamento de Prehistoria (Facultad de Geografía e Historia) de la Universidad Complutense de Madrid me prestaron apoyo constante durante los nueve años que duró su elaboración pero, sobre todo, en el tema de la «arqueología teórica» las doctoras T. Chapa Brunet y M.^a de los Angeles Querol Fernández y los doctores C. Alonso del Real, C. Martín de Guzmán, V. Fernández Martínez y G. Ruiz Zapatero. Debo a J. M. Vicent García (Departamento de Prehistoria. Centro de Estudios Históricos. CSIC) mi introducción en los problemas teórico-metodológicos. Sin su ayuda muchos de los temas me hubieran resultado inabordables. El doctor A. Gilman Guillén (Department of Anthropology. California State University, Northridge, EE UU) efectuó una exhaustiva lectura crítica del texto y me facilitó una bibliografía básica que me han servido de referente fundamental para la redacción actual. A. Perea Caveda (Departamento de Prehistoria. Centro de Estudios Históricos. CSIC) me orientó en las cuestiones relativas a los análisis metalúrgicos. Sirva lo anterior como prueba de la magnitud de mi deuda con ellos. La doctora P. López García (Departamento de Prehistoria. Centro de Estudios Históricos, CSIC) creyó en el interés de mi línea de investigación y me proporcionó el estímulo personal y el apoyo institucional necesarios para ponerla en práctica. B. Aguirre Palacio llevó con buen ánimo la convivencia conmigo durante la redacción del libro. P. Martínez Sierra se ocupó de la mecanografía. T. Chapa Brunet y A. Hernando Gonzalo me ayudaron decisivamente en estos momentos finales en los que desesperaba de poder acabarlo.

¹⁰ Entre ellos se encuentran las comunicaciones presentadas a las reuniones sobre metodología de la investigación, celebradas en Soria y Cáceres (1981), el número dedicado a «La Arqueología hoy» de la *Revista de Occidente* y los artículos de J. M. Vicent.

tores clásicos referidas a temas específicamente arqueológicos. De este modo es posible mantener la necesaria interconexión entre teoría y práctica.

El libro pretende hacerse eco de esa línea de investigación interpretativa, todavía minoritaria en nuestro país. Entiendo que tiene una importante capacidad de movilización de los estudios prehistóricos. Sólo cuando las determinaciones teórico-metodológicas que actúan de forma subliminal en la práctica disciplinar sean expresadas y definidas será posible conocer las alternativas existentes y decidir entre ellas de manera consciente. De esta forma se comprenden los resultados inmediatos de la investigación más y mejor que si nos centráramos exclusivamente en su análisis. Cuanto más amplio y externo al problema sea el enfoque escogido, mayor será la perspectiva para valorarle en sus justos términos.

Mi mayor satisfacción, dada la atención que he prestado al tratamiento del tema, sería que al finalizar el libro el lector comprendiese, al menos, mi punto de vista, aunque no lo compartiese.

- A.E.A.* = Archivo Español de Arqueología, Madrid.
A.P.L. = Archivo de Prehistoria Levantina, Valencia.
B.A.R. = British Archaeological Reports, Oxford.
B.P.H. = Bibliotheca Praehistorica Hispana, Madrid.
B.S.E.A.A. = Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología, Valladolid.
B.S.P.F. = Bulletin de la Société Préhistorique Française, París.
C.A. = Current Anthropology, Chicago, EE UU.
C.A.S.E. = Cuadernos de Antropología Social y Etnología, Madrid.
C.P. Gr. = Cuadernos de Prehistoria de Granada, Granada.
E.A.E. = Excavaciones Arqueológicas en España, Madrid.
Mem. de la S.P.F. = Mémoires de la Société Préhistorique Française, París.
N.A.H. = Noticiario Arqueológico Hispánico, Madrid.
P.L.A. = Papeles del Laboratorio de Arqueología, Valencia.
P.P.S. = Proceedings of the Prehistoric Society, Cambridge, Inglaterra.
R.A. = Revista de Arqueología, Madrid.
R.G. = Revista de Guimarães, Guimarães, Portugal.
R.O. = Revista de Occidente, Madrid.
S.A.M. = Studien Zu den Anfängen der Metallurgie, Gebr. Mann Verlag, Berlín.
T.P. = Trabajos de Prehistoria, Madrid.
W.A. = World Archaeology, Londres.

1. LA CONFIGURACION ACTUAL DE LA PREHISTORIA: ASPECTOS TEORICO-METODOLOGICOS

I. INTRODUCCION: LA CRISIS DEL «CONCEPTO DE PREHISTORIA» EN LOS CONTEXTOS EUROPEO Y AMERICANO

La investigación que se pretende desarrollar parte de la convicción que existe una crisis en los estudios de Prehistoria en España, influida en parte por la que se inició a mediados de los sesenta en la investigación anglosajona y en la de su área de influencia (Kristiansen, 1981, p. 33; Shennan, 1987, p. 365).

D. Clarke (1973, p. 6), en expresión afortunada a juzgar por el frecuente uso que se viene haciendo de ella, definió esta situación como una «pérdida de la inocencia» disciplinar. Tras la delimitación inicial del campo de estudio por una práctica intuitiva e imitativa («consciencia»), la creciente complejidad teórica y tecnológica compartimenta la Prehistoria en grupos locales o regionales que reclaman para sí una «autoridad» exclusiva y excluyente («autoconsciencia»). La «autoconsciencia crítica» recupera la concepción unitaria de la disciplina al abordar el problema del conocimiento y sus límites desde una perspectiva epistemológica (*ibidem*, p. 7).

Ese proceso tiene lugar entre 1950 y 1970 por diversos factores interrelacionados vinculados con el desarrollo económico de los países occidentales industrializados. Clarke (*ibidem*, p. 8) valora entre ellos la transformación de las disciplinas afines (Nueva Matemática, Nueva Biología, Nueva Geografía, Nuevos Estudios Sociales), el incremento de fondos para la investigación arqueológica y la docencia universitaria y la generalización de los procedimientos computerizados y la cronología isotópica.

Hoy en día, la implantación de la fase de «autoconsciencia crítica» en los países donde se inició la crisis queda patente en la identificación internacional de su investigación prehistórica con la que refleja con más fidelidad esa forma de «autoconsciencia».

La prehistoria continental oficial, por el contrario, mantiene su

inocente empirismo con un énfasis especial, por ejemplo, en Alemania y Francia (Renfrew en Sanctis y Finis, 1988, pp. 84-85), quizá por las connotaciones nacionalistas de la disciplina en esos países, y en España por el prestigio científico de ambos, derivado de las relaciones históricas y políticas existentes entre las tres naciones, frente al generalizado desconocimiento de la investigación humanística anglosajona.

La atención desigual que se presta a los aspectos teórico-metodológicos en los estudios prehistóricos anglosajones y en los de los demás países europeos está vinculada con sus respectivas tradiciones científicas. Como advierte Laming-Emperaire (1968, p. 5), bajo la «simplicidad aparente» del término «Prehistoria»¹ «reina una gran confusión».

Generalmente se han venido distinguiendo dos «conceptos de Prehistoria» distintos, dependientes de la vinculación de la disciplina con la Historia o con la Antropología cultural. Esta disyuntiva se basa en la identificación de la primera con la historiografía positivista y en la consideración unitaria de la segunda, cuestiones ambas que merecen ser explicadas.

La reducción de la Historia a uno de sus posibles enfoques, el positivista, se debe al papel hegemónico que éste ha tenido en la investigación arqueológica (Lewthwaite, 1987, p. 35).

En cuanto a la Antropología cultural, si bien cuenta con múltiples y, a veces, enfrentadas escuelas de pensamiento (Harris, 1979), ello no excluye su interés común por temas contrapuestos a los que preocupan a la historiografía positivista. Al propio tiempo su misma pluralidad interpretativa lleva a una discusión en profundidad del tema de la objetividad de la observación ajeno, en cambio, a la práctica positivista.

El «concepto de Prehistoria» tradicional está representado por investigadores que, como Daniel (1973) o Almagro Basch (1973, pp. 19 y 21), consideran la Prehistoria «simplemente una parte de la Historia Universal». Según esta concepción «ni por el método, ni por el

¹ He seguido a I. Rouse (1973, pp. 7-8), asimilando el término «Prehistoria» con el de «Arqueología», cuando manejaba publicaciones norteamericanas. Según el autor, el uso de uno u otro término se explica por las diferentes circunstancias históricas que han acompañado el desarrollo de la Prehistoria en Europa y América. «La era histórica empezó tan tarde en los Estados Unidos —no empezó hasta la llegada de los europeos durante el siglo XVII— que los arqueólogos locales se preocupan principalmente de los restos prehistóricos y tienden a equiparar la arqueología con la Prehistoria».

objeto, ni por los fines alcanzados es lógica ya, ni conceptualmente válida, la división de Prehistoria e Historia». Su objeto de estudio es «la serie de *datos* sobre el hombre y su actividad remota en la tierra, desde sus orígenes» a la aparición de la escritura (*ibidem*) (el subrayado es mío)².

Otro grupo de prehistoriadores entienden, por el contrario, que la Prehistoria «junto con la etnología o antropología social, antropología física y lingüística comparativa» es parte integral de la Antropología Cultural (Trigger, 1978, p. 3). La disciplina pasa a definirse entonces como «la antropología global de culturas desaparecidas» (Braidwood, 1959, p. 79, citado por Ehrich, 1972, p. 24).

Este dualismo³ se configura por diversos factores interconectados.

La influencia de la práctica habitual de la investigación histórica positivista (véase *supra*) se concreta en que, aunque Prehistoria e Historia —en su acepción amplia— comparten «los esfuerzos [...] para establecer secuencias locales» y «todas las actividades del hombre a través del tiempo» (Ehrich, 1972, pp. 24-25), en realidad, los historiadores:

se limitan generalmente a una orientación historiográfica de su objeto de estudio, trabajando solamente con documentos escritos, y concretándose sobre pueblos conocidos, individuos y acontecimientos.

Las formas de vida, no llegan a considerarse como objeto de estudio por el [...] historiador [...]. Así pues, el campo académico de la historia trata solamente con una parte del material incluido dentro de su propia autodefinición [*ibidem*].

Este factor afecta a parte de la investigación inglesa⁴ y a la del resto de Europa⁵.

² Klejn (1977, p. 2), desde una perspectiva marxista, reivindicará para los estudios del pasado «la identificación de las *relaciones causales* entre sucesos» (el subrayado es mío). Al trasladar el énfasis de unos a otras pone de manifiesto las posibilidades de conocimiento de una cierta manera de entender la Historia frente a las limitaciones de otra.

³ El tema de la construcción científica de la Prehistoria como Historia o como Antropología cultural se aborda con mayor detenimiento en el epígrafe II.5 del cap. 1.

⁴ Ya durante la primera mitad del siglo la «arqueología cultural» de Childe y Clark desde modelos teóricos marxista y funcionalista, respectivamente, servía de contrapunto a la de orientación positivista (Klejn, 1977, p. 3).

⁵ No tengo conciencia de otra excepción que la muy notable de A. Leroi-Gourhan.

Siguiendo a Ehrich (*ibidem*) son los intentos de la Prehistoria de «reconstruir, hasta donde es posible, el modo de vida total de un pueblo concreto en un tiempo determinado», lo que sitúa esta disciplina en el campo antropológico, en vez de histórico.

En cambio Trigger (1978, pp. 3 y 93; también en Rivera Dorado, 1981, pp. 107-108) hace depender los dos «conceptos de Prehistoria» de otros elementos que intervienen en la investigación norteamericana, por un lado, y europea en su conjunto, por otro. Derivan de la diferente amplitud temporal del registro arqueológico —y consiguientemente de su riqueza y complejidad— en cada continente, así como de la conciencia europea de un *continuum* histórico definido por la idea de «progreso». Dicha conciencia está ausente de la arqueología americana, emprendida, hasta contados y muy recientes casos, por personas de raza blanca (Trigger, 1984, p. 366) que interpretaban la falta de evidencia de cambios tecnológicos importantes en el registro «como demostración de que los indios [...] carecían de una historia significativa» (Trigger, 1978, p. 94). Así mientras «la mayoría de los arqueólogos europeos [...] han concebido su disciplina como una extensión de la historia europea a las épocas prehistóricas», los norteamericanos han integrado tradicionalmente la Arqueología⁶, junto con otras disciplinas humanas, en la Antropología, como «aspectos diferentes de un estudio holístico del indio americano» (*ibidem*, p. 3).

La tradición científica de la prehistoria norteamericana hará que el fenómeno de la «pérdida de la inocencia» se produzca allí antes que en el resto del mundo occidental. En consecuencia, bien de modo directo, bien a través de su influencia en los autores ingleses (Trigger, 1984, p. 367), modificará significativamente la orientación historiográfica positivista europea.

Trigger (1978, pp. 4-5) señala cómo en la década de los treinta: «los arqueólogos americanos se han interesado principalmente por la definición de culturas arqueológicas en términos de su contenido formal, delimitándolas geográfica y cronológicamente, y explicando sus interrelaciones mediante conceptos tales como migración y difusión».

Este «enfoque historicista» —equivalente en todo al europeo— pretende exclusivamente «construir secuencias irreversibles y no recurrentes en las cuales lo singular es significativo» (Rivera Dorado, 1981, p. 97, nota 3).

⁶ Véase nota 1.

Sin embargo, ya entre 1940 y 1958 los trabajos publicados por C. Kluckhohn, W. Taylor, G. R. Willey y P. Phillips planteaban como alternativa al estancamiento producido por esa orientación una modificación en el objetivo de la investigación: «explicar cómo y por qué cambia la cultura, descubriendo las leyes que gobiernan las acciones humanas» (Trigger, 1978, p. 5).

La orientación nomotética tendrá su máximo exponente en la denominada «Nueva Arqueología» que, según expresiva declaración de uno de sus principales promotores (Binford, 1972*b*, pp. 12-13), está constituida como «Mafia» hacia 1966 y cuyos miembros se incorporaron a comienzos de los años setenta a la docencia universitaria por todos los Estados Unidos.

Las publicaciones de los integrantes de esta tendencia disciplinar: «aunque a menudo difieren radicalmente en aspectos particulares, pretenden: *a*) investigar la estructura teórica de la arqueología prehistórica, *b*) formular un canon más riguroso para la interpretación de los datos arqueológicos y *c*) probar nuevos métodos de análisis» (Trigger, 1978, p. 19).

El aspecto que me interesa destacar aquí⁷ de la «Nueva Arqueología» (N.A.) es su caracterización del científico por «hacer explícitas sus presunciones y estar preparado para defender sus argumentos dentro de un marco lógico expreso» (Binford, 1972*b*, p. 7).

Como Fritz y Plog (1970) y Watson, Leblanc y Redman (1974) abogaron por una cientifización de la arqueología más rigurosa y directamente que Binford, constituyeron una rama especial de la N.A. (Klejn, 1977, p. 17) que Flannery (1973) definió como de «ley y orden».

La objeción fundamental es que intentaron lograr ese objetivo mediante una versión del método hipotético-deductivo de Hempel⁸ que: «pone a la Arqueología en una situación paradójica al prescribir como obligatoria una forma de explicación tan poco apropiada que [...] pocas de las buenas explicaciones ya aceptadas en el campo podría considerarse que se ajustan a ella» (Renfrew, 1982, p. 8).

De hecho, «la investigación práctica de la “Nueva Arqueología” no siempre siguió estrictamente sus rígidas prescripciones teóricas» (Klejn, 1977, p. 23; Renfrew, 1982, p. 10).

⁷ Véase nota 3.

⁸ Se recoge la crítica detallada de J. M. Vicent al «enfoque parcialmente hempeliano» en el apartado II.4 del cap. 1 («Cientifismo» o «Neopositivismo»).

La identificación de la propuesta de la N.A. de una teorización explícita (Binford, 1972*b*, p. 7) —por otra parte, reconocida generalmente como necesaria (Renfrew, 1982, p. 7)— con la alternativa concreta de los «hempelianos» fue negativa. Los críticos se sirvieron a menudo de las graves limitaciones de esta última, observadas por los propios «nuevos arqueólogos» (Flannery, 1973; Binford, 1988, p. 18), para descalificar globalmente el programa de la N.A. Tal descalificación se definía como una nueva «pérdida de la inocencia» frente a las excesivas expectativas de conocimiento de la N.A. (Kohl, 1985).

Otra distorsión del mismo, atribuida por Klejn (1977, p. 12) al «estrato más autoritario de la arqueología tradicional», consistió en reducir el programa de la N.A. «a la introducción de los métodos de la ciencia natural en Arqueología y a tomar prestado de ella una jerga que sonara científica».

Hoy día puede considerarse desacreditada la línea «ley y orden». Ya hace tiempo que se ha advertido que los resultados de su aplicación no han dado lugar hasta la fecha más que a leyes triviales («leyes de Micky Mouse» Flannery, 1973, p. 51) o tautológicas (Renfrew, 1982, p. 8). La insistencia en su crítica parece que no puede servir —excluyendo los propósitos historiográficos— más que para mantener el empirismo disciplinar, dada la asimilación habitual entre la parte y el todo a la que me he referido.

Otro tanto cabe decir de la tendencia a definir como «nuevo arqueólogo» —en sentido binfordiano— a todo aquél que introduce nuevos procedimientos de estudio. La confusión entre «metodología» y «procedimiento» (Vicent, 1982, p. 9) además de atribuir a la N.A. líneas de investigación preexistentes (Trigger, 1978, pp. 4-13) o de distinto origen (Klejn, 1977, p. 18), favorece una puesta al día superficial de la Prehistoria que deja inalterada su fundamentación teórico-metodológica⁹.

En este momento, las señas de identidad de la N.A. están muy difuminadas. Las distintas tradiciones que explicaron el eco de sus propuestas (Trigger, 1978, pp. 4-13), en un contexto histórico deter-

⁹ No niego que «el desarrollo de los métodos científicos produce nuevos tipos de datos y da forma a un nuevo tipo de arqueología» (Renfrew en Sanctis y Finis, 1981, p. 81). Entiendo, sin embargo, que un debate centrado en dicha fundamentación permite beneficiarse de las posibilidades ofrecidas por la innovación tecnológica con la ventaja añadida de que el cambio disciplinar, al estar conscientemente dirigido, se acelera, ampliándose y profundizándose.

minado (Trigger, 1984, pp. 366-367), han recuperado su propio protagonismo. En el ámbito teórico-metodológico queda el éxito de «su alegato destinado a forzar a los arqueólogos a levantar las cabezas de sus catas y a interpretar sus descubrimientos desde una perspectiva más amplia» (Kohl, 1985, p. 106).

Una vez que el fenómeno de «pérdida de inocencia» ha traspasado los límites de esta tendencia disciplinar, el debate en torno al estudio del pasado tiene en cuenta dos caminos diferentes: «uno hacia lo general y, por tanto, hacia lo comparativo; el otro hacia el análisis específico del contexto y, por tanto, en último término, hacia lo único» (Renfrew, 1982, p. 21).

Planteando la cuestión de un modo esquemático ¹⁰ se podría decir que la disyuntiva expresa la posición de los prehistoriadores en torno al concepto de «ley». La primera vía correspondería a quienes hacen depender la científicidad de la investigación del recurso a leyes sean nomotético-deductivas, probabilísticas o históricas (Klejn, 1977, p. 25), como quieren los herederos de la N.A., y los marxistas. Es por la que personalmente me inclino. La segunda vía estaría representada por quienes defienden la ausencia de determinación y regularidad en la conducta humana y, en consecuencia, ponen en cuestión la posibilidad de la comprensión del pasado como un proceso racional e inteligible (Kohl, 1985, p. 115).

Detrás de todo esto se encuentra la dicotomía esencial entre materialismo e idealismo que subyace en parte a los dos «conceptos de Prehistoria» cuya presentación era objeto de este apartado.

Como se ve, la discusión en torno a la construcción científica de la Prehistoria pone en juego tanto cuestiones epistemológicas como antropológico-culturales que son de difícil individualización. Sin embargo, me parece que un intento en ese sentido, de tener éxito, puede ayudar a la clarificación del debate. Para procurar conseguirlo, me he ocupado de ellas de una manera diferenciada, en la medida de lo posible, reservando el siguiente epígrafe a las primeras y el II.5 a las segundas. En ambos casos se presentan los aspectos, a mi juicio, más importantes de las diversas vertientes del tema. Su caracterización no se desarrolla en extenso. De abordarse de otro modo, esta parte introductoria del libro se alargaría en exceso. Sin embargo, confío en que su tratamiento sí resulte suficiente para lograr su adecuada contextualización.

¹⁰ Véase nota 3.

II. EL PROBLEMA DE LA CONSTRUCCION CIENTIFICA DE LA HISTORIA

II.1. Una definición del conocimiento científico

El punto de partida de la investigación epistemológica en cualquier disciplina —la Prehistoria en nuestro caso— es la definición del conocimiento científico. Dicha investigación ha estado alejada, como indiqué, de las preocupaciones de la mayor parte de los autores, especialmente en España. Ese contexto realza el interés intrínseco de la aportación de J. M. Vicent García al tema, aportación que será el núcleo de la exposición que sigue ¹¹.

Según J. M. Vicent (1985, p. 62), la ciencia tiende a considerarse:

una forma discursiva de conocimiento, es decir, un tipo de lenguaje. Lo que diferencia a este lenguaje de los demás [...] es no sólo su referencia inmediata a la realidad [...], sino la posibilidad de adoptar decisiones terminantes sobre la verdad o falsedad de cualquier expresión formulada en él. El sistema de criterios que permiten adoptar estas decisiones forma el núcleo de lo que llamamos Metodología Científica.

En este sentido hay que distinguirla del «conjunto de disposiciones normativas que dirigen la investigación factual» (los procedimientos) que, con frecuencia, se definen de forma incorrecta con ese mismo término o con el de «método» (*ibidem*, p. 59). En esta exposición «método» se emplea en la primera acepción citada.

Para determinar la científicidad de un lenguaje es necesario:

1. Hacer explícitos los «criterios de demarcación» entre «Ciencia» y «No-Ciencia» (*ibidem*, p. 62).

¹¹ Adelanto aquí ciertas características de una de las alternativas españolas a la crisis disciplinar, a la que dedico un apartado más adelante. J. M. Vicent García es el investigador que tiene mayor número de trabajos publicados individualmente sobre problemas epistemológicos. Por otra parte, considera de manera expresa los rasgos de la Prehistoria española. Su análisis ha escogido un enfoque independiente de cualquier línea de investigación, lo que ofrece una mayor garantía de imparcialidad en su evaluación crítica de las mismas. Inicia esta trayectoria recientemente (Vicent, 1982), incorporando las últimas corrientes de la Filosofía de la Ciencia ausentes de las publicaciones de los investigadores anglosajones adscritos, en general, a un positivismo lógico ya periclitado. Entiendo que al lector, para evaluar esta parte del texto, le puede resultar útil conocer que he podido discutir directamente con el autor (también del dpto. de Prehistoria, CEH, CSIC) los temas relativos a la construcción científica de la Prehistoria y que mi «versión» de su obra ha sido revisada por él.

2. Disponer de un «Objeto Formal», es decir, de un «sector perfectamente delimitado de la realidad» que es la «referencia de cada lenguaje científico» y le proporciona una «coherencia externa» (*ibidem*).

3. Contar con un «Objeto Teorético», un «objetivo cognoscitivo que constituye la finalidad última de las actividades que determina este lenguaje» y le da una «coherencia interna» (*ibidem*).

El autor (Vicent, 1982, pp. 17-28) señala cómo a cada «objeto teorético» corresponde «una instrumentación metodológica» y una «noción de certeza» que definen una disciplina posible. Así, por ejemplo, «el enfrentamiento entre la "New Archaeology" y la Prehistoria tradicional es en realidad la confrontación de una "Prehistoria-ciencia-social" y una "Prehistoria-historiográfica"» (*ibidem*, p. 17).

Cada una de las posibles concepciones de la «noción de certeza» remite a modelos de racionalidad («metateorías») que afectan «a todo el ámbito cultural», si bien «experimentan una adaptación "especial" a las condiciones específicas de cada campo disciplinar» (*ibidem*, p. 19).

Esta «racionalidad cultural» explica la transformación más o menos simultánea de las diferentes disciplinas científicas y alcanza su rango canónico gracias a un contexto histórico concreto (Chalmers, 1984, p. 56) (recuérdese el caso de la N.A. p. 1). La amplitud de su ámbito de aplicación es un argumento adicional (véase *infra*) en favor de la puesta en cuestión de la distinción tradicional entre ciencias humanas y científico-naturales.

La disyuntiva de Chalmers (*ibidem*, p. 143) entre un polo racionalista y otro relativista en el debate «en torno a [...] la valoración y la elección de la teoría y a las formas de demarcar la ciencia de la no ciencia» es útil para estructurar las distintas alternativas propuestas a propósito de la construcción científica de la Prehistoria.

El «racionalista radical asegura que hay un solo criterio, universal e intemporal por el cual deben ser juzgados los méritos relativos de las teorías rivales» (*ibidem*).

En el caso de la Prehistoria, esta opción se identifica con un empirismo que va del inductivismo ingenuo («anticientifismo», «reformismo pragmático») a la forma extrema representada por el positivismo lógico («cientifismo») ¹². El modelo de ciencia es el de las dis-

¹² Véase apartado II.4 del cap. 1.

ciplinas científico-naturales, manteniéndose una posición pesimista (la primera) y optimista (las restantes) acerca de la posibilidad de cientificación de la Prehistoria a tenor del mismo. Dentro del racionalismo, el marxismo representa una versión más distanciada de dicho modelo, con expectativas positivas de conocimiento. Se reivindica una teoría «que establezca los niveles dialécticos entre las esferas conceptual y fáctica» (Lull, 1988, p. 69), otorgando a la «inducción [...] su justo lugar junto con la deducción como ejercicio necesario y legítimo» (Kohl, 1985, p. 108). Sin embargo «no está totalmente claro qué constituye, precisamente, la *forma* deseada de explicación» (Renfrew, 1982, p. 11).

Según Chalmers (1984, pp. 144-145), el relativista, por el contrario,

niega que haya un criterio de racionalidad universal y ahistórico por el cual una teoría pueda ser juzgada mejor que otra [...]. Las descripciones del progreso y las especificaciones de los criterios para juzgar los méritos de las teorías serán siempre relativas al individuo o la comunidad que las suscriba [...]. La comprensión de la elección hecha [...] conllevará una investigación psicológica o sociológica.

La «arqueología contextual», «simbólica y estructural», «radical», «postprocesual» (Hodder, 1982, 1986 y 1987a, por ejemplo) es la abanderada de esta alternativa en nuestra disciplina.

Es importante recalcar que «todo científico, y por lo tanto, todo prehistoriador, trabaja dentro de un sistema metateórico y conforme a un método» (Vicent, 1982, p. 18). Ahora bien, como los investigadores se ponen al corriente de ellos de forma tácita, a través de su formación científica (Chalmers, 1984, pp. 132-133), pocos son conscientes «de la concepción del conocimiento científico que da coherencia a su labor y a sus resultados» (Vicent, 1982, p. 18). En el caso de la prehistoria continental europea y, sobre todo, de la española donde apenas se reconocen las determinaciones teóricas, el carácter implícito de dicha concepción favorece el dogmatismo al «crearse la ilusión de una metodología unitaria, propia de la tradición disciplinar, cuya existencia es consustancial a la propia disciplina» (*idem*, 1984, p. 80).

Esta circunstancia otorga una importancia crucial a la tarea del crítico que deberá tratar de hacer explícitas «las "Filosofías de la Ciencia" que vertebran los distintos programas de investigación presentes

en la Prehistoria». Su trascendencia reside en el hecho de que el problema de la disciplina es «de discontinuidad metateórica», es decir, de confrontación entre distintas «filosofías de la Prehistoria», que fundamentan y dan vida a distintos «conceptos de Prehistoria» (*idem*, 1982, p. 18).

Las bases de este método crítico son dos conceptos y su correspondiente instrumentación técnica: «reconstrucción racional del proceso científico» y «distinción lenguaje-metalenguaje».

El concepto «reconstrucción racional» [Lakatos, 1974, pp. 11 ss.] se basa en la distinción entre historia interna y externa de la Ciencia [*ibidem*, pp. 34 ss.]¹³.

Una «reconstrucción racional» pretende conectar entre sí los elementos de la historia interna en un modelo explicativo que muestre la genealogía de los conceptos y el conjunto de determinaciones racionales que hacen que «el estado actual de nuestros conocimientos» revista la forma actual y no cualquier otra.

La distinción lenguaje-metalenguaje parte del carácter discursivo del conocimiento científico: «Un metalenguaje es un lenguaje en el que podemos hablar acerca de otro lenguaje» (lenguaje objeto) (Popper, 1974, p. 284). Así, por ejemplo, la gramática es el metalenguaje del lenguaje ordinario, o la Epistemología es el metalenguaje de la Ciencia» (Martínez Navarrete y Vicent, 1983, p. 344).

El empleo de estos instrumentos de análisis ha permitido a J. M. Vicent definir varios ciclos históricos disciplinares. Antes de pasar a su exposición me parece de interés insistir en un aspecto generalmente confuso: la distinción epistemológica entre «Prehistoria» y «Arqueología» (Vicent, 1985). Esta distinción no es prioritaria desde el punto de vista conceptual, pero facilita la caracterización de los ciclos históricos de la Prehistoria.

II.2. Distinción epistemológica entre «Prehistoria» y «Arqueología»

Prehistoria y Arqueología comparten un mismo «Objeto Formal»: «los restos materiales de los grupos humanos del pasado» (Vicent,

¹³ «La historia externa contempla el desarrollo de una disciplina en su contexto histórico, sociológico, filosófico, etc. La historia interna la evolución de sus conceptos y métodos y sus conexiones racionales, prescindiendo de cualquier otra consideración» (Martínez Navarrete y Vicent, 1983, nota 2).

1985, p. 64). En cambio, cada una de estas disciplinas tiene un «Objeto Teorético» distinto, como se deduce del diferente significado que tiene un término de tan fuerte contenido teórico como el de «cultura», en cada una de ellas.

[En Prehistoria se emplea] Cultura en sentido antropológico para referirse a la totalidad de los comportamientos de un grupo tanto en los aspectos materiales como sociales, religiosos, económicos, etc. Evidentemente este uso se inscribe de forma necesaria en el seno de grandes teorías explicativas orientadas hacia la generalización [*ibidem*, p. 65].

[Por el contrario, el término se usa en Arqueología] en sentido taxonómico como sinónimo de asociación tipológica persistente, es decir, con un sentido puramente clasificatorio y referido exclusivamente al repertorio material [*ibidem*].

El uso antropológico [configura una] disciplina sintética en la medida en la que supone la atribución al Objeto Formal de una serie de predicados extrínsecos a él referidos a categorías teóricas [*ibidem*].

Evidentemente para lograr una «imagen globalizadora» del grupo humano creador de la «cultura material» que se estudia, es necesario recurrir a conceptos («religión», «sociedad», etc.), funciones y relaciones «que trascienden con mucho a las características intrínsecas de los objetos» (*ibidem*).

Por su parte, el «uso taxonómico del término Cultura» define una disciplina analítica en la medida en que apela únicamente a las características intrínsecas de los objetos que contiene el registro empírico. [Sin embargo,] la mera descripción de estas características [no constituye] la finalidad última de esta disciplina, puesto que se les atribuye un orden y una jerarquía que permite la abstracción de categorías formales, [denominadas] «tipos» (*ibidem*). [Así pues, el concepto] tipo [forma el núcleo real del Objeto Teorético de la disciplina siendo el] concepto taxonómico Cultura [reductible a una mera asociación de] tipos [*ibidem*, p. 66].

[De acuerdo con este análisis, J. M. Vicent (*ibidem*) define la Prehistoria como] Ciencia Teórica de la Cultura entendiendo «Cultura» en su sentido antropológico. [La Arqueología queda caracterizada como] sistemática de la cultura material, [siendo su finalidad última] la transformación de los datos en bruto ofrecidos por la realidad en lo que se llama «registro arqueológico», en el que estos datos se ordenan y relacionan ¹⁴.

¹⁴ I. Rouse (1973, p. 7) propone unas definiciones bastante similares, si bien no insiste tanto en los aspectos epistemológicos: «arqueología significa [...] el estudio sistemático [...] de los restos de pueblos del pasado [...]. La prehistoria, en cambio, es

Estò equivale a decir que el objeto teórico de la Arqueología es el objeto formal de la Prehistoria, lo cual revela el entramado lógico que estructura las relaciones entre ambas disciplinas [*ibidem*, nota 16, pp. 71-72].

«A estas dos finalidades epistemológicamente diferenciadas corresponden metodologías diferentes y, lo que es más importante, distintas actitudes epistémicas por parte del investigador» (*ibidem*, p. 66). El hecho de que normalmente arqueólogo y prehistoriador sean una misma persona ha dificultado esta diferenciación. La consecuencia es la siguiente: «se pasa del proceso analítico al sintético sin abandonar la actitud epistemológica del primero, ni las categorías teóricas que lo definen. Esta es la razón por la que frecuentemente las «culturas de la Prehistoria» no pasan de ser asociaciones tipológicas» (*ibidem*).

Para evitar este problema, que ha supuesto la subsunción de la Prehistoria continental europea y, especialmente, de la española en la Arqueología, resulta fundamental:

la explicitación y redefinición de cada uno de los campos disciplinares que nos interesan y de sus relaciones mutuas, así como la reconstrucción de la Prehistoria teórica según los Modelos más recientes en el campo de las Ciencias Humanas [...]. Por otra parte el único camino para definir unas relaciones estables y no conflictivas entre Prehistoria y Arqueología sería la discusión profunda de la posición de la «cultura material», objeto de la Arqueología en la totalidad del complejo cultural en sentido antropológico, objeto de la Prehistoria [*ibidem*, p. 67]¹⁵.

Esta tarea excede con mucho las posibilidades de una investigación individual. Requiere el concurso de todos los profesionales interesados en encontrar un marco teórico explícito para el desarrollo

una disciplina totalista a la que le corresponde la totalidad de los rasgos humanos [...]. La arqueología [...] subdivide [los] restos en categorías y estudia sus relaciones entre sí. Por ello su enfoque es analítico. La prehistoria combina los resultados del análisis arqueológico con los resultados obtenidos en otras disciplinas analíticas [...] su enfoque es más sintético que analítico».

¹⁵ C. Martín de Guzmán (1984, p. 36) desarrolla en distintas ocasiones en su ponencia las relaciones entre la «cultura material» y la «cultura» global. Desde la «perspectiva estructural y antropológica» en que se sitúa este autor, la distinción entre lo «material» o «institucional» del «artefacto» «no puede eludir los planteamientos socioeconómicos y la visión totalizadora de que los restos, las ruinas, los incompletos vestigios estudiados, son al mismo tiempo los productos y los fundamentos de un sistema cultural y, en última instancia, de un sistema social extinguido».

de su trabajo. Un paso inicial para alcanzar ese objetivo es identificar las determinaciones teóricas que subyacen en la configuración actual de la Prehistoria, tal como ha llegado hasta nosotros. La primera de ellas reside en las circunstancias históricas que rodean su aparición como ciencia independiente. J. M. Vicent (1982, p. 20) considera el nacimiento de la Prehistoria un

resultado de la extensión de la mentalidad científico-positiva del siglo XIX a los objetos históricos [...] nace pues con forma de ciencia natural, conquistando el pasado antehistórico del hombre para la imagen científica del universo que se construye, [durante ese siglo] sobre los supuestos epistemológicos de la Física. En este hecho quedan potencialmente implícitas sus grandes líneas de desarrollo, la forma presente de su corpus doctrinal y gran parte de los problemas que hoy plantea.

En opinión de este autor (*ibidem*, p. 19), «las limitaciones de la disciplina» —en último término el verdadero origen de la crisis— «estarían precisamente en su génesis histórica a partir de modelos de racionalidad inadecuados a la naturaleza de su objeto. En definitiva, el problema de la Prehistoria sería, contra lo que se cree habitualmente, su constitución epistemológica, como Ciencia Natural».

Sobre estas bases (*ibidem*, p. 20), «la Prehistoria evoluciona de forma relativamente independiente, aunque siempre sometida a los avatares de las disciplinas conexas, tanto temáticamente como la antropología, como epistemológicamente, como las ciencias naturales. Esta evolución se manifiesta en tres planos paralelos o interactuantes: el metateórico-metodológico (*i.e.* la «forma» de la disciplina), el conceptual (su contenido teórico) y el de los resultados, es decir el caudal de información que ha ido acumulando».

La interrelación existente entre los planos hace que sea imposible comprenderlos por separado, de ahí el interés de que la «historia de la investigación» no se restrinja, como es habitual, al último de ellos. En este sentido es tan importante la descripción detallada de los esfuerzos individuales que condujeron a la puesta a punto del método tipológico, del esquema de las «Tres Edades» o la incidencia de los avances de la Geología o de ciertos descubrimientos (Daniel, 1973, pp. 27-43), como el análisis del ambiente científico que los hizo posibles.

II.3. «Ciclos metodológicos» en Prehistoria

La evolución de la Prehistoria se expresa en los cambios radicales que ha experimentado su orientación metodológica a lo largo de su desarrollo histórico. J. M. Vicent (1984, p. 80) denomina «Ciclos metodológicos» a los elementos de este proceso.

Según el autor (*idem*, 1982, p. 21) dichos ciclos «están caracterizados por la vigencia de un determinado esquema de racionalidad, así como por la puesta en práctica de una determinada estrategia de investigación y, por lo tanto, por la obtención de un determinado tipo de resultados».

Es importante resaltar que «estos ciclos no se sustituyen unos a otros, sino que conviven, agregándose, a medida que aparecen, a la tradición disciplinar», de forma que hoy día coexisten todos ellos. Esta coexistencia no se refleja sólo en el desarrollo de orientaciones teórico-metodológicas distintas entre los investigadores, sino incluso en el trabajo de un mismo profesional. La explicación de esta inconsistencia teórica se encuentra en el hecho ya mencionado (*ibidem*, p. 18) de que la mayor parte de los prehistoriadores no son conscientes de la concepción del conocimiento científico que subyace a su trabajo. Así mantienen a menudo posiciones contradictorias, haciendo difícil su adscripción a una u otra metodología. De ahí la importancia de adoptar un enfoque lo más amplio posible, articulado en el concepto de «reconstrucción racional» (*cf.* p. 11).

J. M. Vicent (1984, pp. 80-81) utiliza como referente para la caracterización de los ciclos históricos de la Prehistoria el esquema de Harris (1979, pp. 1-6) de los ciclos históricos de la Antropología, debido a la estrecha vinculación existente entre ambas disciplinas. Este último autor distingue tres ciclos sucesivos:

Un primer período nomotético en el cual el interés fundamental de los investigadores se centra en la formulación de teorías generales de la Cultura.

Un período ideográfico en el cual —a partir de un énfasis teórico en los caracteres irracionales de los fenómenos culturales— el interés de los antropólogos se desplaza hacia el trabajo de campo, según una orientación boasiana. De este modo la Antropología es sustituida en la práctica por una Etnología descriptiva. Harris subraya con respecto a este período que el desinterés por la teorización (incluso la negación de la posibilidad de teorización) no puede evitar la dependencia implícita de modelos teóricos.

Un segundo período nomotético en el que el fracaso de las expectativas boasianas produce una reacción pendular que se traduce en un renovado in-

terés por la teorización especialmente centrada en la formulación de «Leyes generales» [Vicent, 1984, pp. 80-81].

Harris señala que los ciclos no se sustituyen unos a otros, sino que se superponen de forma que en el último perviven implícitamente los modelos teóricos formulados en los dos primeros.

Según J. M. Vicent (*ibidem*, p. 81), en la Prehistoria estas divisiones se reconocen de forma más confusa: «El primer período corresponde a la incorporación de los dos grandes modelos teóricos tradicionales (Difusionismo y Evolucionismo). Paralelamente comienza a desarrollarse la orientación positivista (correspondiente al interludio ideográfico de Harris).»

La culminación del ciclo metodológico ideográfico consistirá en la sustitución «de la Prehistoria, como ciencia teórica, por una Arqueología Prehistórica, que obtiene su consagración mediante las modificaciones producidas por la Revolución Tecnológica» (*ibidem*).

En cuanto al «último período de Harris [...] se puede identificar con la irrupción de orientaciones científicas», como las representadas por la Nueva Arqueología (*ibidem*). Esta última ha tenido, como se sabe, un papel hegemónico durante las dos pasadas décadas en la investigación anglosajona y en la de su ámbito de influencia, pero apenas se ha dejado sentir en el continente europeo. Desde la década de los setenta su versión más radical (grupo «ley y orden») ha sido puesta en cuestión por parte de las otras orientaciones científicas.

Carecemos todavía de perspectiva temporal suficiente¹⁶ para determinar si el relativismo de la «arqueología contextual» (Hodder, 1982) con su descalificación global de las orientaciones científicas merece el rango de «ciclo metodológico».

Vicent (1982, p. 23) denomina «ciclo tradicional» al positivismo clásico de los dos primeros ciclos históricos. Me detendré en su exposición por su decisiva influencia en la configuración actual de la Prehistoria española.

Como ya se indicó, «la Prehistoria es posible como disciplina desde el momento en que su objeto es susceptible de conocimiento a través de los supuestos epistemológicos del positivismo científico del siglo XIX» (*ibidem*, p. 22). Uno de los más característicos es la creencia en que «sólo son admisibles (*i.e.* «científicas») las proposiciones

¹⁶ Este problema es especialmente determinante en el caso del trabajo de Vicent (1984), redactado en 1981.

empíricamente verificables, siendo requisito *sine qua non* de esta condición su referencia directa a fenómenos observables». Si tenemos en cuenta que el «objeto de la Prehistoria es observable sólo en su manifestación arqueológica», resulta natural que la disciplina se vea pronto reducida a una sistemática de la cultura material, es decir Arqueología (*ibidem*). Esa es la razón según el autor (*ibidem*, pp. 22-23),

por la cual el primer período de Harris se manifiesta muy débilmente en Prehistoria y tomando exclusivamente [...] formulaciones teórico-nomotéticas de [...] la Biología, caso del Evolucionismo, o la propia Antropología, caso del Difusionismo [...] los dos sistemas teóricos históricamente dominantes. Pronto se manifiesta la total imposibilidad de trabajar con una orientación teórica, teniendo a cada caso que recurrir a la suposición para rellenar las lagunas del registro empírico [...]. En consecuencia la prehistoria teórica desaparece en favor de una Arqueología prehistórica positivista [...]. Sin embargo, no se renuncia al objetivo teórico inicial —la comprensión global de los fenómenos de la prehistoria-objeto en términos histórico-culturales— y se produce un fenómeno de extrapolación metodológica sistemática, consistente en la interpretación de las categorías taxonómicas en dichos términos.

En su opinión (*ibidem*, p. 24), la situación no pasa desapercibida a la mayoría de los prehistoriadores que, sin embargo, atribuyen sus causas al «confusionismo terminológico» o la «escasez de datos» y sólo raras veces a «las contradicciones estructurales de la disciplina».

J. M. Vicent (*ibidem*, p. 27) señala tres alternativas a la crisis:

1. «retorno a la situación anterior perpetuando la tradición disciplinar»;
2. «renuncia a los objetivos disciplinares tradicionales, conservando los nuevos procedimientos» incorporados a la Prehistoria como consecuencia de la «Revolución Tecnológica», «en espera de una adaptación gradual», y
3. «renovación total de los objetivos disciplinares y redefinición metodológica de la disciplina sobre la base de las nuevas condiciones factuales, teóricas y metateóricas».

Cada una de estas alternativas configura lo que el autor denomina una «tendencia disciplinar» (*ibidem*, p. 51): «una corriente definida dentro de la disciplina, constituida por la interrelación de [...] una metateoría, un método, una estrategia de investigación factual, un tipo

de praxis, etc., que son compartidos por un grupo de científicos lo cual dota a sus resultados de unos rasgos comunes discernibles».

Las «tendencias disciplinares» son cortes sincrónicos en la estructura de una disciplina, mientras que los «ciclos históricos», como su propio nombre indica, son de tipo diacrónico. Entre unas y otros no hay más diferencia que la perspectiva escogida para el análisis.

II.4. *Tendencias disciplinares en Prehistoria*

Las «tendencias disciplinares» de la Prehistoria actual son denominadas respectivamente «Anticientifismo», «Positivismo modificado o Reformismo pragmático» y «Neopositivismo o Cientifismo». A juicio de J. M. Vicent (1982, p. 27), «estos tres modelos de la disciplina conviven hoy día según un conflictivo esquema de relaciones, cuya consecuencia aparentemente inevitable [...] parece ser la escisión de la Prehistoria en tres disciplinas incompatibles a las que sólo dará apariencia de unidad el llevar el mismo nombre».

El «Anticientifismo» (*ibidem*, p. 28) se define por una metateoría fundamentada en el Positivismo Clásico y unas prácticas «de carácter decididamente subjetivista basadas en el tópico de la oposición entre pensamiento científico y humanístico».

«En consecuencia la Prehistoria queda redefinida como una “arqueografía” descriptiva de lenguaje cualitativo, más parecida a la Historia del Arte que a una Ciencia positiva» (*ibidem*)¹⁷.

Esta tendencia disciplinar sólo considera científicamente válido el conocimiento basado en la observación directa. «Ahora bien, al no existir ningún criterio restrictivo para la generalización, particularmente un criterio de cantidad, la especulación no está sometida a ninguna limitación.» Así, por ejemplo, basta la presencia en un yacimiento cualquiera de un solo objeto «previamente asociado a una comunidad histórica o racial», para «postular tal origen para todo su complejo cultural» (*ibidem*, pp. 28-29).

Los presupuestos anticientifistas son idóneos para la defensa de modelos historicistas de los fenómenos culturales. Un prehistoriador de esta tendencia

¹⁷ Resulta muy expresiva en este sentido la cita de sir Mortimer Wheeler, que recoge G. Daniel (1974, p. 21): «¿Qué es en realidad la arqueología? Ni yo mismo lo sé con certeza [...]. Ni siquiera sé si la arqueología debería considerarse como un arte o como una ciencia.»

no se preguntará sobre el funcionamiento o la naturaleza de un complejo cultural, sino sobre su origen geográfico, su cronología o la raza de sus portadores. El término «cultura» tiene pues, en este contexto, un sentido puramente partitivo, traducible a un lenguaje histórico, pero nunca antropológico. *De esta manera, el contexto metateórico determina no sólo un tipo determinado de resultados, sino incluso una categoría específica de problemas, que carecerían de interés en otras circunstancias* [el subrayado es mío] (*ibidem*, p. 29).

Este último aspecto es importante, porque demuestra hasta qué punto la propia observación, criterio de verdad del positivismo clásico, está condicionada por la metateoría que fundamenta todo el trabajo de investigación. Tal situación pone de manifiesto la imposibilidad de que aquélla pueda considerarse por sí misma garantía de «objetividad», como pretende esta tendencia disciplinar.

El arraigo del «Anticientificismo» en la Prehistoria europea es todavía significativo. Su influencia se manifiesta no sólo en la extendida consideración de la objetividad de la observación, sino también en la permanencia de modelos teóricos, como el difusionismo y evolucionismo, en sus versiones más clásicas, o la ecuación raza-cultura, que en otras disciplinas «resultan hace tiempo anacrónicos» (*ibidem*).

Las críticas a esta tendencia disciplinar (*ibidem*) desde las concepciones más recientes de la racionalidad científica (contrastabilidad empírica, estructura de las teorías científicas) «no permiten admitir la Prehistoria Anticientifista dentro del cuerpo de las disciplinas científicas». Pero es que tiene además elementos que «no son admisibles en ninguna actividad intelectual que sea seria y rigurosa, sea o no científica» (*ibidem*, p. 30). Este es el caso de:

1. La ausencia de cualquier «criterio restrictivo en la interpretación histórica del registro arqueológico», lo que determina que «las posibilidades de especulación subjetiva [sean] muy amplias».

2. El «uso indiscriminado del “argumento de autoridad” como instrumento de corroboración que ha alcanzado auténtico rango metodológico» (*ibidem*).

Ambos elementos quedan perfectamente ilustrados en un texto de sir Leonard Woolley, citado por G. Daniel (1974, p. 20): «según avanza su trabajo de campo, el excavador está constantemente sometido a impresiones demasiado *subjetivas* e intangibles para ser comunicadas, y de ellas surgen, por un proceso sin lógica estricta, teorías que podrá formular y quizá sostener, pero no probar: su veracidad de-

penderá en último término de la propia capacidad del arqueólogo» (el subrayado es mío).

3. La oposición entre Ciencia Natural y Humanismo, basada en la errónea consideración de la Ciencia Natural, como el único género de pensamiento científico posible (Vicent, 1982, p. 30).

Nos detendremos en este tercer elemento del «Anticientifismo» por ser el único que puede no resultar evidente por sí mismo, desde la actual configuración positivista de la Prehistoria. Según J. M. Vicent (*ibidem*), su fundamentación reside en la convicción de que «el lenguaje cuantitativo del método científico-natural no es susceptible de aplicación a la realidad cualitativa del objeto humano». Pueden hacerse dos objeciones a este respecto:

1. «El método cuantitativo no es el “criterio de demarcación” que separe la Ciencia de la no-Ciencia. Un lenguaje científico es, a grandes rasgos, aquél que permite en cualquier momento una decisión apodíctica sobre la verdad o falsedad empírica de cualquiera de sus enunciados, independientemente de su carácter cualitativo o cuantitativo. Es pensable, pues, un lenguaje científico de corte cualitativo.»

2. «La oposición cualitativo-cuantitativo no es ontológica [...], sino que pertenece al lenguaje [...]. Los objetos no son cuantitativos o cualitativos: nos referimos a ellos en unos u otros términos. De esta forma es igualmente pensable una Ciencia de la Cultura construida sobre un lenguaje cuantitativo.»

En conclusión, no es posible acudir a la oposición entre pensamiento científico y humanístico para fundamentar la actitud antiteórica del Anticientifismo (*ibidem*).

El «Positivismo Modificado» o «Reformismo Pragmático» «es más una estrategia de investigación [...] que un programa metateórico estrictamente diferenciado del tradicional» (*ibidem*, p. 31).

El programa reformista

implica una interpretación de la tradición disciplinar inversa a la del anticientifismo, sostenida sobre una valoración preeminente de las relaciones históricas de la Prehistoria con las Ciencias Naturales (*ibidem*).

[La concepción del conocimiento científico del Reformismo] coincide [...] con la del empirismo clásico: Ciencia es el conocimiento objetivo de la realidad mediante la observación imparcial minuciosa y exhaustiva. Esta noción se expresa históricamente en las Ciencias Naturales [y descansa sobre dos te-

sis fundamentales:] un concepto verificacionista simplificado del conocimiento científico y una concepción mecanicista de la realidad (*ibidem*, p. 32).

[Coherentemente con estos planteamientos el objeto de la Prehistoria se concibe como] un continuo de hechos materiales causalmente ordenados, cognoscibles por observación directa [...]. Sobre este supuesto la actividad teórica se reduce a la lectura del registro empírico, que es un correlato objetivo de la realidad. A medida que los hechos se incorporen al registro las relaciones causales que los unen se mostrarán automáticamente. La comprensión total del objeto, el conocimiento ideal, se producirá como consecuencia de la incorporación al registro de la *totalidad de los hechos*. El progreso del conocimiento se concibe, pues, como acumulación de información [*ibidem*].

En consecuencia, el «Reformismo concentra sus expectativas en la ampliación cuantitativa de la base empírica», mediante la interdisciplinariedad y la reforma de la práctica disciplinar. La primera asegura la incorporación de nuevos datos y la segunda la progresiva «cientifización» de la disciplina mediante la asimilación de nuevos procedimientos de investigación factual (*ibidem*, y p. 32).

Las objeciones que se pueden plantear a esta tendencia disciplinar son las que ya se expusieron en la crítica al «ciclo tradicional» (Positivismo Clásico). No obstante, me detendré brevemente en los aspectos particulares que reviste el enfoque positivista en el «Reformismo Pragmático». Su amplia difusión entre los profesionales españoles más activos, algunos de los cuales han accedido ya al mundo académico, dota a esta tendencia disciplinar de una gran influencia en la configuración de la Prehistoria en nuestro país. Esta circunstancia hace especialmente necesaria su evaluación.

Según el autor (*ibidem*, p. 33), «lo único en que difiere sustancialmente» el «Reformismo Pragmático» del ciclo tradicional «es en la radicalización de la reacción antiteórica: la ilusión de los hechos sin teoría». Coherentemente con este presupuesto el Reformismo se plantea la reconstrucción histórica de la Prehistoria no a través de la *interpretación* del registro arqueológico, como venía haciendo la tradición disciplinar, sino por simple *descripción*. Es decir, se entiende que la «Prehistoria-objeto se podrá conocer cuando se disponga de la totalidad de los datos que constituyen el registro arqueológico». Es obvio que, «dada la naturaleza del objeto de la Prehistoria», esto nunca será posible, «porque la mayor parte de los hechos que lo constituyen no han llegado hasta nosotros, al menos en forma de hechos descriptibles» (*ibidem*).

Se desemboca así

en una contradicción idéntica a la que caracterizaba al Positivismo Clásico: o se recurre a la introducción de proposiciones teóricas inverificables por observación directa, con lo cual se entra en contradicción con los fundamentos epistemológicos del sistema, o se reduce la Prehistoria a una Arqueología Descriptiva. Es evidente, y ésta es la diferencia con el Anticientifismo, que se prefriere esta última reducción a la contradicción interna [*ibidem*].

Así, «Prehistoria» pasa a ser sinónimo de «sistemática descriptiva de la cultura material, sin otros objetivos cognoscitivos, no sólo definidos, sino definibles» (*ibidem*, p. 34).

El «Cientifismo» o «Neopositivismo» es la tendencia disciplinar que representó la «Nueva Arqueología». Como se indicó, fue una tendencia generalizada en los Estados Unidos durante la década de los setenta y hoy desechada en lo que al programa más rígidamente positivista se refiere. Allí ocupa el lugar que tiene en la mayor parte del continente europeo el actual «Reformismo Pragmático» donde, en cambio, el «Cientifismo» puede definirse como la tendencia que nunca existió de manera oficial.

La adopción del «Cientifismo» (*ibidem*, p. 36) por gran parte de los prehistoriadores norteamericanos permitió unificar en una sola metateoría, el Neopositivismo, los diversos objetos teóricos ya existentes —«el antropológico-cultural, el sociológico, el ecológico, el sistemático [...] con las ventajas que esto supone en cuanto a la fluidez de los resultados entre las distintas perspectivas». Esto hace que el «Cientifismo» se parezca «más a una nueva disciplina, con numerosos campos especiales, que a una variedad de la Prehistoria positivista, tradicional y reformista». Como indica el autor (*ibidem*):

De hecho estamos ante dos lenguajes incompatibles: los problemas más relevantes para un prehistoriador empirista —por ejemplo, los relativos al origen etno-geográfico, cronología e interpretación histórica de un grupo cultural— son de una trivialidad irrisoria para un investigador cientifista; por otra parte, los problemas que ocupan a este último —el cambio cultural, estudios locacionales, demográficos, macro y microeconómicos, formulación de macroteorías— serán incomprensibles para el primero.

El «Cientifismo», desde el punto de vista epistemológico, cuestiona la validez de ciertos fundamentos del empirismo clásico, «particularmente la del método inductivo», pero mantiene inalterados

otros principios básicos positivistas como el «monismo metodológico» y el «reduccionismo fiscalista»¹⁸ (*ibidem*, p. 35).

Las bases epistemológicas del «Neopositivismo» se expresan en la «concepción hipotético-deductiva de la explicación científica» de K. G. Hempel. Esta concepción no es sino una adaptación de la «Concepción Heredada» y, en último término, de los desarrollos de la Lógica Matemática debidos a A. N. Whitehead y Bertrand Russell (*ibidem*, pp. 37-38), a la investigación filosófico-científica.

La introducción del hipotético-deductivismo en Prehistoria servirá como «auténtico criterio de demarcación, cuya adopción permite distinguir a la Prehistoria «precientífica» de la nueva ciencia prehistórica» (monismo metodológico) (*ibidem*, p. 39). Provoca además una transformación del concepto de la disciplina. Para los científicos su misión es «explicar y exponer los fenómenos de los que se ocupa». Como, siguiendo a Hempel, la explicación se define como la «subsunción de un fenómeno bajo una ley general [...] la misión del prehistoriador [será] la búsqueda de estas leyes generales y la construcción de modelos explicativos que permitan interpretar el registro arqueológico» (*ibidem*). Su «principal objeto [es] la formulación correlativa de predicciones sobre los fenómenos» (*idem*, 1984, p. 84).

J. M. Vicent (1982, p. 40) distingue tres grupos de críticas al «Cientifismo» dirigidas contra «la concepción hipotético-deductiva de la ciencia en el ámbito de la Filosofía General»¹⁹, contra la adaptación a la Prehistoria» de dicha concepción y «contra las consecuencias de la introducción en Prehistoria de una metodología científico-natural». Como este tercer grupo de críticas es extensible a las anteriores tendencias disciplinares, la exposición se reducirá a los dos primeros.

¹⁸ G. H. von Wright (1979, p. 21) (citado por Vicent, 1982, p. 35) define el primero como «la idea de la unidad del método científico por entre la diversidad de objetos teóricos de la investigación científica». Se concreta en «la consideración de que las ciencias naturales exactas, en particular la física matemática, establecen un canon o ideal metodológico que mide el grado de desarrollo y perfección de todas las demás ciencias, incluidas las humanidades». Por «reduccionismo fiscalista», J. M. Vicent (*ibidem*) entiende «la reducción universal del conocimiento a los términos de la Mecánica, fundamento de la Física».

¹⁹ J. M. Vicent (1982, p. 19) considera «sumamente relevante la distinción entre Filosofía General y Especial de la Ciencia, establecida por W. Stegmüller (1981, pp. 61-63). Para este autor, la Filosofía General de la Ciencia supone el establecimiento de condiciones *necesarias* para la definición de los principales conceptos metacientíficos, mientras que sólo es posible establecer condiciones *suficientes* en el seno de cada disciplina».

Las críticas iniciales (*ibidem*) se dirigen a los mismos fundamentos de la concepción hipotético-deductiva: «la distinción observacional-teórico, la concepción enunciativa de las teorías, el requisito de formalización, y en general la concepción misma de la ciencia desde una perspectiva logicista y estática». Sin embargo, lo que más interesa para la Prehistoria es la problemática planteada por la noción de «ley».

«Las opciones se pueden reducir a dos: las leyes científicas [...] o son prescriptivas *a priori* o son descriptivas *a posteriori*.» En el primer caso carecerían de contenido empírico y en el segundo presentarían el problema de la inducción (*ibidem*, p. 41).

En realidad, lo que ocurre es que «las verdaderas leyes científicas son siempre verdaderas, porque ellas mismas definen sus condiciones de aplicación [...]. Las leyes son invulnerables a la refutación dentro de la teoría de la cual son la estructura y “nada puede ir contra ellas porque definen las relaciones entre una teoría y todas sus posibles materias” (Hanson, 1977, pp. 46-47)» (*ibidem* y p. 42).

Vicent (1982, p. 43) observa: «Si se acepta la argumentación anterior, se deberá concluir que la expresión “formular y contrastar leyes generales” (Fritz y Plog, 1971, p. 57) no tendría ningún sentido.»

Las críticas dirigidas a la adaptación del hipotético-deductivismo a la Prehistoria son de dos órdenes: «la interpretación incorrecta de ciertas nociones metacientíficas fundamentales, como es el caso de “ley”» y la insuficiencia de dicha adaptación (enfoque *parcialmente hempeliano*) (Vicent, 1982, p. 43).

Los investigadores científicos confunden, por su dependencia de la teoría hempeliana muy ambigua a este respecto, el concepto de «ley fundamental» y el de «hipótesis corroborada». Si recordamos «el carácter formal de las leyes fundamentales» la supuesta búsqueda de leyes «se refiere en realidad a las hipótesis» (*ibidem*).

Estrechamente relacionados con el problema anterior se encuentran los derivados de la adaptación parcial a la Prehistoria del método hipotético-deductivo de K. G. Hempel (Vicent, 1982, p. 44). Como en la Prehistoria no existen las «leyes formales que estructuran el lenguaje teórico» en las disciplinas científico-naturales «la teorización es formalmente imposible». Esto implica «que la Prehistoria hipotético-deductiva no es tal, sino una estrategia de investigación factual sistemática, dentro de los esquemas epistemológicos tradicionales y, por lo tanto, sujeta a la misma limitación básica: la imposibilidad de acceder al conocimiento teórico» (*ibidem*).

En resumen, las objeciones a la tendencia disciplinar del «Cientifismo» son las siguientes:

1. «En lugar de construir una “Filosofía Especial de la Prehistoria”²⁰ a partir de las concepciones Neopositivistas, el “Cientifismo” se limita a una adaptación parcial e insuficiente» del método hipotético-deductivo (*ibidem*, p. 45). Este se «adopta con un carácter metodológico-normativo sin reparar en que se trata de una concepción analítica y especulativa en vez de un conjunto de disposiciones prácticas. Se prescinde así de todo el aparato lógico que en Hempel define contextualmente los conceptos de “explicación”, “Ley General”, “hipótesis” y “predicción-verificación”» (*idem*, 1984, p. 85). De este modo se desemboca «en la trivialización de la noción de explicación hipoteticodeductiva, reducida a una descripción del proceso de investigación factual en Arqueología (*idem*, 1982, p. 45).

2. «En el plano teórico se limita a la introducción de conceptos procedentes de otras disciplinas, lo que significa, en primer término, la reducción de la Prehistoria a un campo de contrastación interdisciplinar, en lugar de intentar la definición de un objeto teórico propio» (*ibidem*, pp. 45-46).

3. Sin embargo, según el autor (*idem*, 1984, p. 85), la objeción «más importante es la discontinuidad epistemológica [...] que existe entre un programa metateórico basado exclusivamente en el análisis de la Física (...), Mecánica Clásica) y una disciplina aún no suficientemente consolidada, ni tan siquiera descrita, que pertenece a un campo absolutamente distinto como la Prehistoria. Suponiendo que la adaptación del enfoque hempeliano fuera completa y correcta, quedaría por resolver el problema que plantea la transformación de la Pre-historia en una “Física de los fenómenos socio-culturales”».

La resolución de este último aspecto debe pasar por una discusión profunda respecto a «cuál debe ser el objeto teórico de la Prehistoria. Para esto, sin embargo, sería necesario describir y discutir la tradición disciplinar y el resto de los programas metodológicos que aquella contiene» (*ibidem*), en la línea de los trabajos que acaban de iniciarse, de los que pretendo hacerme eco.

Los problemas que plantea el «Cientifismo» no deben hacer olvidar los aspectos positivos que concurren en esta tradición disciplinar (*idem*, 1982, p. 46). En primer lugar, hay que destacar que es la

²⁰ Cf. nota 19.

única «cuyos defectos provienen de la insuficiente aplicación de sus presupuestos metateóricos en lugar de sus contradicciones insalvables, como ocurría en los otros dos casos». En segundo lugar, su «modelo de investigación factual es preferible en todo al modelo tradicional. La contrastación de hipótesis por deducción de implicaciones, aunque no es condición suficiente de cientificidad, como piensan los cientifistas, si lo es *necesaria*». Por otra parte, el «reformismo teórico implícito en el Cientifismo es, de momento, la única empresa de renovación de la disciplina que puede ofrecer una alternativa válida a su futuro», aunque sólo sea por su reivindicación de la teorización. En este sentido, hay que estimar como «una de las aportaciones más valiosas» de esta tendencia disciplinar «su recurso a la Teoría de la Ciencia como auxiliar imprescindible de la renovación metodológica y, sobre todo, de la propia investigación» (*ibidem*).

Una vez caracterizadas y analizadas críticamente las tres tendencias disciplinares que coexisten en la actualidad en la Prehistoria resulta útil su valoración comparativa.

J. M. Vicent (*ibidem*, p. 47) considera al «Anticientifismo» y al «Reformismo Pragmático», «vías muertas en el desarrollo de la disciplina, si se entiende como tal su construcción como Ciencia. Ambas reducen la ciencia prehistórica a una sistemática analítica de la cultura material de las sociedades prehistóricas —es decir, Arqueología— renunciando implícitamente al conocimiento teórico general de su objeto. Dentro de esta valoración [...] el “Reformismo” es preferible [...], aunque sea en concepto de “mal menor”».

Así pues el «Cientifismo», «pese a sus grandes limitaciones, constituye actualmente el único embrión de una posible Prehistoria científica».

II.5. *La Prehistoria como Historia o como Antropología cultural: trayectoria histórica*

Renfrew (1982, p. 29) considera dos grandes vías para el estudio del pasado: «una hacia lo general y, por tanto, hacia lo comparativo y otra hacia el análisis específico del contexto y, por consiguiente, en último término, hacia lo único».

Cada vía puede vincularse, por su parte, con la orientación antropológica e histórica de la Prehistoria (Trigger, 1978, p. 3), con la concepción filosófica materialista e idealista de la realidad (Kohl, 1981,

p. 89), así como con la posición epistemológica racionalista o relativista (Chalmers, 1984, p. 143), entre las alternativas propuestas con más frecuencia. La elección de unas u otras es crucial: la posibilidad de comprensión del pasado como un proceso racional e inteligible depende del peso y carácter que se conceda a la determinación y regularidad en la conducta humana (Kohl, 1985, p. 115).

La identificación de esas alternativas en la bibliografía resulta compleja, ya que las connotaciones asignadas por los críticos a los mismos autores o tendencias no siempre coinciden. Ya he comentado su vinculación con las tradiciones científicas europea y americana (apartado I de este capítulo) e, igualmente, sus implicaciones epistemológicas (apartado II de este capítulo). Sin embargo, dado que el objetivo de este apartado es tratar de averiguar en qué sentido todo ello puede justificar una disyunción terminante entre las orientaciones antropológica e histórica de la Prehistoria, me parece que la forma más adecuada de intentar lograrlo es dejando de dar por sentado que la disyuntiva existe. Con ese fin procuro completar el panorama con algunas referencias a la trayectoria histórica seguida por la discusión en torno a la naturaleza de la Historia. Me sirvo para ello de la exposición tanto de la historiografía académica, determinante en la Prehistoria europea, efectuada por el historiador marxista J. Fontana (1982), como de las líneas maestras del debate en torno a la N.A. anglosajona.

J. Fontana (1982, pp. 114-115; también en Harris, 1979, pp. 236-237) conecta el inicio de dicha historiografía con una serie de tendencias encaminadas a frenar la herencia revolucionaria de la Francia del siglo XVIII, tendencias que entran en acción entre 1814 y 1917. Entre ellas destacan la «reivindicación de la individualidad frente al análisis social» y el «fortalecimiento de la idea de nación». Esta se basa en una historia y cultura comunes, definidas a partir de la proclamación solemne de «la falacia académica de la imparcialidad» (Fontana, 1982, pp. 115-116 y 119).

En el caso de la Arqueología: «El estudio de historia cultural desarrollado por el arqueólogo alemán Kossinna a fines del siglo XIX permitió rastrear las nacientes naciones de Europa continental en el pasado, fundamentando su reivindicación de derechos nacionales. El nexo se estableció entre material arqueológico, bajo la forma de culturas arqueológicas distintas, y pueblos prehistóricos» (Shennan, 1987, p. 366).

En general, la tarea citada «fue encomendada al historicismo»

(Fontana, 1982, p. 126). Consiguientemente, la «historia académica» es mucho más que «la sustitución de una visión generalizadora de las fuerzas humanas en la historia por un proceso de observación *individualizadora*» (Reinecke, cit. en *ibidem*) o que una nueva y mejorada historiografía (por ejemplo, L. von Ranke) (*ibidem*).

A comienzos del siglo XX, diversas corrientes se proponen una revisión del historicismo encaminada a su legitimación «mediante la fundamentación filosófica de los métodos» (*ibidem*, p. 132).

«En esta línea se sitúa el neokantismo de la escuela de Marburgo, cuyo teórico más representativo es Heinrich Rickert» (*ibidem*). El y su discípulo Windelband, «para formular la diferencia entre ciencias humanas y ciencias naturales, introdujeron los conceptos de estudios ideográficos [...] y nomotéticos» (Harris, 1979, p. 234), ampliamente empleados en la polémica «arqueología tradicional» *versus* «Nueva Arqueología». Otra razón por la cual la consideración de esta escuela tiene especial interés para nosotros es su influencia en la obra de Collingwood (1986), base de la filosofía de la historia de la «arqueología contextual» de Cambridge (Hodder, 1982).

Según Fontana (1982, pp. 132-133), para Rickert las ciencias de la naturaleza enfrentan la realidad empírica

con un método «generalizador», que usa [del] concepto de ley [...] con lo que el individuo, con todo lo que tiene de único y de irreplicable, les escapa. Es esto, en contrapartida, lo que recogen en su conceptualización las «ciencias de la cultura» [en las cuales] lo general [...] reaparece [...] situando lo individual en su [...] complejo histórico o estructurándolo en el tiempo [...]. No hay «leyes» en la historia [...]. Hay causalidad, pero ésta se refiere siempre a la relación entre sucesos individuales y jamás permite una generalización. La selección de los hechos [...] se hace en función de «valores» [...] más allá del objeto y del sujeto. La historia se convierte así en una construcción mental erigida por el hombre.

Por su parte, Dilthey incluye «el descubrimiento de leyes y regularidades», junto con «la descripción de los hechos históricos» y «la formulación de criterios de valor», entre los objetivos de los estudios humanos (Harris, 1979, p. 235). La disyunción respecto a las ciencias naturales reside más bien en que su objeto «sólo puede ser “comprendido”»; los estados humanos [...] son manifestaciones de vida» y ésta «sólo puede ser aprehendida a través de [...] nuestras vivencias» (Fontana, 1982, p. 134).

La correlación entre bolchevismo y materialismo histórico en el

período entre las dos guerras mundiales lleva a intentar cerrar el paso al primero en la realidad política desterrando el otro de las mentes de los hombres (*ibidem*, p. 154) ²¹. La historia académica se propone conseguirlo por diversas vías, de las cuales nos interesan especialmente dos. La primera culmina la línea de investigación acrítica iniciada por el neokantismo y la «filosofía de la vida» (*ibidem*). La segunda provee al historiador, ya privado de «su utillaje teórico específico», «del cuerpo doctrinal de otras disciplinas sociales “adyacentes”, más fáciles de controlar y de vuelo más corto, como son la economía neoclásica, la sociología funcionalista o la antropología estructural» (*ibidem*, p. 155), «aunque también se diese una mezcla de elementos tomados de éstas con otros de la geografía, la climatología, la biología, etc.» (*ibidem*, p. 168).

Los representantes de la primera vía que tienen mayor incidencia en la Prehistoria son Croce y, sobre todo, Collingwood.

Según Croce, la «historia siempre será contemporánea puesto que la construimos en función de nuestras necesidades y de nuestros problemas actuales» (*ibidem*, p. 156). Carece de «causalidad propiamente dicha» y de «leyes». «No hay historia, sino tantas historias como puntos de vista» (*ibidem*).

Ese relativismo es compartido por Collingwood que reduce: «la causalidad histórica [...] a aclarar los móviles concretos de la acción de un hombre en un momento dado y defiende la tesis de que no existen unos datos históricos objetivos» (*ibidem*).

Collingwood (1986, pp. 209-210) en su «Idea de la Historia» sostiene que:

el historiador no necesita y no puede (so pena de dejar de ser historiador) emular al hombre de ciencia en la búsqueda de las causas o leyes de los acontecimientos [...]. Para la historia, el objeto por descubrir no es el mero acontecimiento sino el pensamiento que expresa [...]. La causa del acontecimiento significa para el historiador el pensamiento en la mente de la persona por cuya agencia se produjo [...] y esto [...] es el interior del acontecimiento mismo [...]. ¿Cómo discierne el historiador los pensamientos que trata de descubrir? Sólo hay una manera [...]: repensándolos en su propia mente.

²¹ M. Almagro Basch (1957, pp. 112-113, 150-151), por ejemplo, reivindica expresamente la lucha contra el «materialismo histórico» y el «progresismo optimista», como tarea fundamental del historiador, en una obra recomendada como consulta «sobre el valor social de la historia», en su «Introducción al estudio de la Prehistoria» (*idem*, 1973, p. 21, nota 1).

El autor (*ibidem*, p. 210) clarifica esta receta paleopsicológica en los siguientes términos: «El historiador de la filosofía, al leer a Platón, lo que trata es de saber qué pensaba Platón al expresarse con ciertas palabras. La única manera de lograrlo es pensándolo por su cuenta [...]. *Toda historia es la reactualización de pensamientos pretéritos en la propia mente del historiador*» (el subrayado es mío).

Esa posibilidad: «descansa en la común naturaleza del hombre que vincula al historiador con los hombres cuyas obras examina [...]. Para el historiador, el punto de vista humano es lo definitivo» (*ibidem*, p. 72).

Ahora bien, a su juicio (*ibidem*, p. 211), «el historiador no se limita a revivir pensamientos pasados, los revive en el contexto de su propio conocimiento y, por tanto, al revivirlos, los critica, forma sus propios juicios de valor, corrige los errores que pueda advertir en ellos».

Desde mi dedicación profesional «lo más asombroso, en el caso de Collingwood» no es tanto «que se haya llegado a tomar tan en serio lo que no es más que un potaje de elementos tomados de Dilthey, los neokantianos, Croce y compañía» (Fontana, 1982, p. 157), cuanto que se reivindicase como metodología para la Prehistoria (Hodder, 1982, 1986, 1987a). Quizá haya que pensar con Trigger (1984, p. 363) que esa influencia, desproporcionada en relación con sus méritos, pueda deberse a las connotaciones imperialistas de la investigación inglesa.

En la actualidad, desafortunadamente, estas versiones relativistas de la Historia han sido incorporadas a la Prehistoria aunque, hasta la fecha, carecen de trascendencia en la investigación española (Ruiz *et al.*, 1988).

La segunda vía a la que Fontana hacía referencia tiene, en su opinión (Fontana, 1982, p. 176), un interés especial en el caso de nuestra disciplina donde se ha dejado sentir más directamente «la influencia teórica de la antropología social en la historia». De entre sus muchas manifestaciones, me voy a ocupar, en concreto, del difusionismo, el particularismo y el funcionalismo por sus implicaciones en la investigación arqueológica.

Una de las muestras más claras de la reacción ideográfica tanto en Europa como en América fue «cómo pasaron a primer plano en la antropología esquemas explicativos fundados en el antiprincipio de la "difusión"» (Harris, 1979, p. 323). Dichos esquemas culminan en las nociones de «*Kulturkreise* o círculos culturales» (Escuela histórico-cultural de Viena) y de «áreas culturales» (por ejemplo, Kroeber)

(*ibidem*). Me voy a ocupar sólo de la primera por su influencia directa en la Prehistoria española, a través de la formación alemana de la mayoría de sus principales figuras.

El rasgo distintivo del difusionismo alemán frente al norteamericano era la defensa de un evolucionismo que negaba «las regularidades y las leyes en la historia» (*ibidem*, p. 328). Su metodología fue configurándose a caballo entre los dos siglos por Ratzel, Frobenius y Graebner, quedando fijada, en su versión más influyente, por el padre Schmidt.

Los «criterios para identificar las afinidades y fijar la cronología» son el de «forma» o «cualidad» y el de «cantidad» (*ibidem*, p. 332), si bien Harris (*ibidem*, p. 336) sostiene que su fundamentación real era «el método comparativo»,

porque su empeño fue exactamente el mismo que movió a los evolucionistas: tratar de derivar de una inspección de los pueblos contemporáneos un conocimiento de los orígenes y de las sucesivas modificaciones que han experimentado sus culturas. Los *Kreise* no eran solamente «círculos», eran también «estratos» [...] de un esquema cronológico universal.

Esa preocupación cronológica contrasta con «la tendencia dominante entre los etnólogos y sociólogos británicos y americanos de limitarse a intereses exclusivamente sincrónicos» (*ibidem*) y puede explicar, junto con cuestiones como, por ejemplo, «el doble compromiso» del padre Schmidt con la antropología y la religión católica (*ibidem*, p. 337), el arraigo de su obra en nuestra investigación prehistórica (Almagro, 1957).

Una alternativa diferente, en lo que a la valoración del «método comparativo» se refiere pero encuadrada también en un militante antideterminismo, es la representada por su contemporáneo Boas. Su larga y productiva trayectoria investigadora marcó decisivamente la antropología americana. De origen y formación (científico-natural) alemanas (Harris, 1979, p. 220) «atacó los métodos comparativos e inició el camino de un positivismo sin generalizaciones, fuertemente influido por Dilthey y por los neokantianos, que recibiría el nombre de «particularismo histórico» y, a veces, el de «funcionalismo» (Fontana, 1982, p. 170).

Boas es un claro «producto del empirismo decimonónico alemán» (Harris, 1979, p. 224). «Creía que la paciente acumulación de datos históricos llevaría automáticamente al progreso de la teoría antropon-

lógica» (*ibidem*, p. 228). En consecuencia, concentró sus esfuerzos en el trabajo de campo y la recogida de datos, relegando cualquier teorización (*ibidem*, p. 224). La enorme variabilidad del registro etnográfico le lleva no sólo a negar toda secuencia uniforme de evolución sino, incluso, a poner en relación este hecho «con una ausencia de orden y determinación entre las diversas partes de la cultura o entre la cultura y el medio entorno natural» (*ibidem*, p. 242). Esa pretendida indeterminación identificaba el programa boasiano, «con una perspectiva ecléctica que aspiraba a dar “descripciones completas”, movilizándolo para ello “todas las técnicas disponibles”, y desde la que las explicaciones se buscaban recurriendo a una gran variedad de hipótesis heterogéneas» (*ibidem*, p. 247).

En realidad, incluso dejando de lado la ilusión empirista de «los hechos sin teoría» o la admisibilidad de una «perspectiva ecléctica», «en la práctica Boas jamás abordó el estudio de ningún problema desde esa perspectiva» (*ibidem*, p. 248). De hecho, cualquier tratamiento sistemático estaba deliberadamente suprimido: «rara vez prestó atención a las influencias del medio» o la «posibilidad de relacionar la economía con las formas específicas de organización social» (*ibidem*).

La resistencia de Boas a cualquier forma de generalización está vinculada también con su concepción del mundo etnológico desde la perspectiva participante (*emic*). Como advirtió que «diferentes informantes de diferentes ámbitos histórico-culturales concebían los fenómenos que el observador occidental juzgaba similares como portadores de significados muy variables —pensaban sobre dichos fenómenos de un modo diferente— afirmó que sus causas culturales también eran diferentes» (Binford, 1987, p. 399).

Esta es la raíz de su oposición al estudio comparativo: arranca los rasgos de su contexto cultural dando lugar a que «rasgos que tendrían que haber sido estudiados juntos figuren como ejemplos de rasgos diferentes» y a la inversa (Harris, 1979, p. 535). De aquí el calificativo de «funcional» que ha recibido la escuela boasiana. Sin embargo, como se ve, se trata de una reivindicación del contexto que tiene más que ver con la propugnada por la escuela de Cambridge (Hodder, 1982) que con la defendida por la N.A. (véase *infra* Binford).

Otra manifestación de su orientación particularista es su desinterés por la reconstrucción histórica. Paralelamente desarrolla una creciente preocupación por los factores psicológicos, que le llevará a ver en «la relación del individuo con su cultura [...] la clave de una ver-

dadera interpretación de la conducta humana» (Harris, 1979, p. 244). Se llega así a una posición extrema del «particularismo».

Según Harris (*ibidem*): «En esas circunstancias [...] la antropología tenía que ser una ciencia histórica no porque la historia de las culturas particulares fuera la única vía por la que se pudiera llegar a conocer las leyes que gobernaban los fenómenos culturales, sino más bien porque no existía alternativa válida frente al estudio de los fenómenos individuales.»

La fascinación por lo individual e ideacional en la cultura, la «perspectiva ecléctica», la precisión y devoción puesta en la recogida de datos para servir a una ciencia concebida en parte como «empresa sagrada» (*ibidem*, p. 244) son rasgos «boasianos» constatables en la tradición nacional de la investigación prehistórica alemana, francesa (Audouze y Leroi-Gourhan, 1981) o española, por referirnos a los casos más próximos.

La presencia de estos rasgos se explica por el modelo común de la ciencia alemana y el contexto sociopolítico descrito por Fontana, más que por influencia directa de la obra de Boas o de sus discípulos. Si lo destaco aquí es para mostrar cómo, a mi juicio, en lo que atañe a la tradición particularista no hay diferencias significativas a uno y otro lado del Atlántico.

La «tradición escéptica» británica (Piggott, Daniel, Hawkes), en cambio, sí se desarrolla por inspiración americana (Klejn, 1977, p. 4). Taylor, discípulo de Kluckhohn, sienta las bases de este enfoque denominado «contextual»: «porque contrastaba la reunión de objetos de un solo tipo y función, que había sido popular previamente, con la conexión de los diferentes objetos en un complejo único, necesaria para revelar sus funciones». Su denominación derivaba «del contraste que establecía entre el contexto concreto de los hallazgos y las asociaciones distantes y las abstracciones basadas en ellas» (*ibidem*).

Esa «atención al contexto estaba asociada con el interés creciente por los fenómenos individuales en la cultura» (*ibidem*), reivindicada por los estudios de «cultura y personalidad» americanos, en los que Kluckhohn era una figura central (Harris, 1979, p. 341). Harris (*ibidem*, p. 340) los califica como «la versión americana del funcionalismo sincrónico» y los considera efecto de la confluencia de un psicoanálisis que había dejado ya de ser evolucionista y de la tendencia individualizadora del particularismo histórico boasiano. Si, además, tenemos en cuenta que Kluckhohn «pasó algún tiempo estudiando con el Padre Schmidt» (*ibidem*, p. 336), resulta clara la interconexión

entre las tendencias antimaterialistas en este momento, en todo Occidente.

Otra muestra de interconexión, esta vez en el propio contexto académico británico al que me estoy refiriendo, la proporciona «El concepto de Prehistoria» de Daniel (1962), trasunto de la «Idea de la Historia» de Collingwood (1986). Según Klejn (1977, p. 5), Daniel expone en él con elegancia «la posición filosófica de la escuela contextual —la más destacada en el período de la postguerra— [...]: el hiperescepticismo en relación con la posibilidad de las reconstrucciones prehistóricas». Daniel (1962, p. 130) sostiene que «no hay y no puede haber coincidencia entre los aspectos materiales y no materiales de la cultura», poniendo así en cuestión la posibilidad de servirse de la etnografía para la reconstrucción del pasado. El objetivo alternativo será «el enriquecimiento material e intelectual de la cultura contemporánea con los valores perdidos; de ahí su seria actitud en pro de la popularización de la arqueología» (*ibidem*).

Por el contrario, el funcionalismo es la más optimista de todas las influencias de la Antropología social en la Historia en relación con la posibilidad de conocimiento del pasado.

Los enfoques funcionalistas son claramente favorables a las posiciones conservadoras. Intentan «analizar los mecanismos de equilibrio de las formas sociales existentes, desvelando las reglas de su articulación, para justificarlas y mostrar su racionalidad, como antídoto a unos planteamientos evolucionistas que se habían centrado en el estudio del cambio y habían llegado a la conclusión de que no podían alcanzarse nuevas etapas de desarrollo sin destruir la vieja sociedad» (Fontana, 1982, p. 168).

Durkheim en el umbral entre los dos siglos «proclamó que la primera regla del método sociológico era la de “considerar los hechos sociales como cosas” que deben estudiarse aisladamente “de sus manifestaciones individuales”» (*ibidem*, p. 169). Dado que parecen «ejercer un “efecto coercitivo” sobre la conducta individual [...], debían tener “existencia por sí mismas”» (Harris, 1979, p. 408).

Según Harris (*ibidem*, p. 410), la poderosa atracción que ejerce el enfoque de Durkheim entre los antropólogos reside en su explicación de la división del trabajo como mecanismo para el restablecimiento del equilibrio social: al «aumentar la heterogeneidad entre las partes del organismo social [...] multiplica e intensifica su dependencia mutua» (*ibidem*, p. 412).

El rechazo durkheimiano de la lucha de clases, asociado al de las

explicaciones económicas, le permite «la fundación de una ciencia de la cultura que podía explicar los fenómenos socioculturales sin recurrir a la causación tecnoeconómica. A partir de entonces bastó investigar simplemente la forma en que un rasgo o una institución dada contribuía al mantenimiento de la solidaridad entre los miembros del organismo social» (*ibidem*).

De este autor arranca la escuela funcionalista británica (Radcliffe-Brown y Malinowski) y la antropología estructural de Lévi-Strauss, aquí por mediación de Mauss (Fontana, 1982, pp. 170-171).

Ambas inciden en la investigación arqueológica pero la primera con anterioridad y mucha mayor intensidad. Sin embargo está prácticamente circunscrita al mundo anglosajón hasta el impacto de la N.A. americana. El neofuncionalismo de su ecología cultural comienza a hacer sentir su influencia en la década de los setenta y, sobre todo, ochenta fuera de ese ámbito por la dedicación de los autores del contexto académico anglosajón a temas específicos de la Prehistoria continental europea.

G. Clark es el prehistoriador británico de orientación funcionalista (Malinowski) con más impacto en la Prehistoria europea. Junto con Gordon Childe forman parte de lo que Klejn (1977, p. 3), siguiendo a Trigger, definió como «arqueología cultural». Clark (1980, p. 155) propone, como tarea primordial del prehistoriador,

distinguir los grupos principales que comparten la cultura y la transmiten de una generación a otra [y] proporcionan un marco de referencia a través del cual pueden descubrirse otras categorías y clases. [Su comparación permite advertir] los principales cambios de la historia cultural [...].

El prehistoriador, sólo a partir del momento en que ha definido sus culturas, está preparado para interpretar los datos en términos de historia social, y sólo puede esperar hacerlo con éxito si tiene una idea clara del funcionamiento de las comunidades ²².

Clark favoreció «un amplio desarrollo de la investigación ecológica en arqueología que preparó el camino para la aceptación de uno de los principios básicos de la “nueva arqueología” —el enfoque sis-

²² Como indica el equipo director de la traducción española del texto, «el relativismo cultural pseudofuncionalista» de corte liberal, que le sirve de inspiración, no empaña nada su «virtud de intentar darle a la arqueología sentido de disciplina social». Si tenemos en cuenta que la primera edición de este texto clásico es de 1939 podemos hacernos una idea de lo alejada que ha estado la investigación española hasta muy recientemente de esos propósitos (cf. nota 21).

témico» (Klejn, 1977, p. 4). Sin embargo, sólo en Gran Bretaña y en los países conectados con ella existía tal «preadaptación». El migracionismo, el difusionismo y la escuela taxonómica, desaparecidos ya del escenario británico (*ibidem*, p. 3), gozaban de buena salud al otro lado del estrecho. Quizá la incomunicación académica habitual se viera promovida en este caso por la circunstancia de que el funcionalismo ecológico de Clark ocupaba una posición marginal en la investigación británica, dominada por la «tradición escéptica» (*ibidem*, p. 5).

He comentado hasta aquí las manifestaciones más directamente relacionadas con la investigación prehistórica de entre las destinadas a sustituir las orientaciones metodológicas más críticas de la Historia por las menos comprometedoras para el orden social de las de la Antropología, durante el período entre guerras. Voy a referirme ahora a lo que Fontana (1982, p. 200) considera el último intento de reconstrucción de la historia académica: la escuela de *Annales*.

El camino hacia la «nueva historiografía» se inicia «con la fundación de la *Revue de Synthèse Historique* por Henri Berr, en 1900 y, sobre todo, a partir de la fundación en 1929 de los *Annales d'Histoire Economique et Sociale* por parte de Lucien Febvre y Marc Bloch» (Alcina, 1975, p. 141). Hasta 1941 «parecía abierta a las corrientes más progresivas de las ciencias sociales, apartándose gradualmente de unos orígenes tan conservadores como las concepciones [...] de la escuela de Durkheim» (Fontana, 1982, p. 201). Desde su reaparición en 1946, ya con su nombre actual (*Annales, Economies, Sociétés, Civilisations*), hasta hoy, su orientación ha sido cada vez menos crítica, ya sea bajo la dirección de Febvre (1946-56), de Braudel (1956-68) y, sobre todo, del colectivo actual que, a juicio de Fontana (*ibidem*, p. 202), acoge textos que ni siquiera tienen «la mínima exigencia formal y erudita».

En realidad, el propio Fontana (*ibidem*, p. 200) advierte que «resulta absolutamente imprescindible distinguir entre las aportaciones metodológicas», muy valiosas, de *Annales* y «la teoría subyacente». P. Vilar (1982, pp. 41-42; también en Alcina, 1975, pp. 119-121) señala entre las primeras:

1) hay *una sola* historia; no existen compartimentos estancos entre una historia económica, [...] política, [...] de las ideas, etc.; 2) el historiador avanza por medio de *problemas*: los documentos sólo contestan cuando se les pregunta siguiendo hipótesis de trabajo; la historia, en todos los terrenos (material, espiritual, ideológico, etc.), lo es de los *hechos de masas*, no de los sim-

ples «acontecimientos»; 3) existe una jerarquía y un juego recíproco entre «economías», «sociedades», «civilizaciones» [...] que constituye el tema mismo de la ciencia histórica.

Fontana (1982, pp. 204-205) añade la propuesta de «relacionar la historia con las ciencias vecinas y modernizar sus métodos de trabajo, rompiendo la limitación [de la] dedicación exclusiva al [...] texto».

El problema reside en que el historiador cuya tarea «consiste en relacionar aspectos de la vida humana» carece de criterios para su jerarquización («ninguno tiene una importancia predominante») y para establecer tal relación (*ibidem*, p. 204). En consecuencia juzga la escuela de *Annales* como

un funcionalismo que ha tratado de reconstruir la historia con el recurso a una mezcolanza, más o menos bien condimentada, de elementos tomados de diversas disciplinas [...]. Sus rasgos más visibles son el eclecticismo [...] habitual del pensamiento académico, una voluntad globalizadora que se justifica por la necesidad de superar la limitación tradicional de los cultivadores de la historia política [...] y un esfuerzo por la modernización formal que cumple la función de desviar la atención hacia lo meramente instrumental, encubriendo la ausencia de un pensamiento teórico propiamente dicho [*ibidem*, pp. 200-201].

Sin olvidar su función ideológica y política conservadora (*ibidem*, p. 211), hay que lamentar que, salvo alguna voz aislada (Alcina, 1975, pp. 119-121 y 145; Kohl, 1981, p. 94) que advierte del interés que la «historia global» o «integral» de *Annales* tiene para un replanteamiento de la investigación prehistórica, hayamos vivido en el más completo desconocimiento de su existencia. Por otra parte, quizá el «motor de tres tiempos» braudeliano (Alain Guerreau en Fontana, 1982, p. 205) escogido últimamente (Hodder, 1987*b*; Lewthwaite, 1987; Shennan, 1987, p. 379) o su distinción entre «coyuntura» y «estructura» en Historia (Shennan, 1982*a*, p. 158)²³ no basten para la renovación metodológica.

Sean cuales fueran las razones de esta incomunicación no ya interdisciplinar sino intradisciplinar pues, como vimos, en Europa la

²³ La circunstancia de que todas las alusiones que he encontrado a los autores de *Annales* en la literatura arqueológica procedan de obras norteamericanas o inglesas puede explicarse por su irradiación considerable en el mundo académico de los Estados Unidos, atribuida por Fontana (1982, p. 210), al gusto de *Annales* por la «modernización metodológica» y a su «pretensión globalizadora».

Prehistoria se considera una disciplina histórica y está encuadrada en las facultades de Humanidades, el caso es que la renovación metodológica fue provocada directa o indirectamente por la N.A. anglosajona. Kohl (1985, p. 106) la define expresivamente como «una perspectiva evolucionista comparativa basada en un funcionalismo ecológico iluminado por la teoría de sistemas». En torno a ella se ha centrado el debate en la Prehistoria en los últimos veinticinco años ²⁴.

La N.A. surge en un momento de expansión capitalista como expresión del «deseo de poner la arqueología al servicio de las necesidades más importantes de la sociedad» (Klejn, 1977, p. 7; también en Kohl, 1985, p. 109). Su arranque se hace coincidir con la publicación del artículo de Binford (1962) «Archaeology as Anthropology». Este autor norteamericano encabezará una campaña en pro del nuevo concepto de la disciplina de rápida resonancia en su país (Klejn, 1977, p. 6) y, aunque la rama «ley y orden» adquiere un protagonismo que a Binford (1988, p. 18) se le antoja excesivo (apartado I de este capítulo) y pronto se adhieren a la N.A. prehistoriadores ingleses muy significados (Clarke, 1968; Renfrew, 1979a), en realidad, él es quien mejor la personifica.

Binford (1972a, p. 20), haciéndose eco del lema de la tradición norteamericana de que «la arqueología o es antropología o no es nada» (Willey y Phillips, 1958, p. 2), asume como objetivo de la segunda: «explicar la gama total de semejanzas y diferencias culturales y físicas característica de todo el lapso espacio-temporal de la existencia humana» (Binford, 1972a, p. 21).

Entiende por «explicación» (*ibidem*):

la *demonstración* de una articulación constante de variables dentro de un sistema y la medida de la variabilidad concomitante entre las variables dentro del sistema. Puede demostrarse entonces que un cambio procesual en una variable se relaciona de una forma predecible y cuantificable con cambios en otras variables, las cuales cambian a su vez en relación con los cambios en la estructura del sistema como un todo [...]. Si los arqueólogos no han hecho importantes contribuciones explicativas al campo de la antropología es porque no conciben los datos arqueológicos en un marco sistémico de referencia.

Por el contrario: «ofrecen “explicaciones” en términos de sucesos

²⁴ Por esa razón, la bibliografía al respecto es considerable. En español pueden consultarse, además de los citados en el texto, por ejemplo, Bayard (1983), Hodder (1987a, 1988), Cerrillo (1984, 1988) y Rodanés (1988).

específicos más que de procesos [...] asumiendo que los artefactos pueden ser tratados como "rasgos" iguales y comparables, sin tener en cuenta su contexto funcional» (*ibidem*).

Por su parte, recurre al «contexto adaptativo social y medioambiental» para explicar el cambio cultural en lugar de a «influencias», «estímulos» o «migraciones» (*ibidem*, p. 20). A la vez propone la consideración de tres «contextos funcionales primarios» («tecnómico», «sociotécnico» e «ideotécnico» cruzados por «una categoría de atributos estilísticos formales») en las explicaciones de las diferencias y semejanzas entre conjuntos arqueológicos (*ibidem*, pp. 23-26). Entiende esos conjuntos como un «todo»: «integrado ("un sistema con subsistemas")». Segundo, este sistema es concebido como algo que permite a quienes están implicados en él sobrevivir ("cultura como medios extrasomáticos de adaptación"). Tercero, los aspectos particulares del sistema se explican como si fueran adaptativos» (Gilman, 1981, p. 3).

Esta concepción de la cultura le permite ser optimista respecto a las posibilidades de conocimiento global del pasado a partir del registro arqueológico («la "cultura material" [...] representa la estructura del sistema cultural total», Binford, 1972a, p. 20). El programa que se articula para lograrlo consiste en «una evaluación de la correlación de unos elementos con otros [análisis factorial], un uso hipotético-deductivo de los paralelos etnográficos en forma de leyes [...] y [...] una recogida del material arqueológico orientada hacia la puesta a prueba de tales hipótesis a escala amplia —principio de las expediciones de objetivo regional—» (Klejn, 1977, p. 7).

Según Binford (1972a, p. 31), si los arqueólogos hicieran suya esta perspectiva estarían «entre los mejor cualificados para estudiar y poner a prueba directamente hipótesis concernientes al proceso de cambio evolutivo, en particular, procesos de cambio que son relativamente lentos o hipótesis que postulan prioridades procesuales-temporales relativas a sistemas culturales totales».

En consecuencia, podrían proporcionar a la Antropología «todo el lapso de la historia cultural como [...] laboratorio» (*ibidem*).

Hoy en día parece haberse alcanzado un consenso en cuanto a la valoración de la N.A.: positiva en el terreno empírico, ambivalente en relación con sus presupuestos teórico-metodológicos y crítica en lo que atañe al «nivel de teoría o explicación de los fenómenos culturales del pasado» (Kohl, 1985, p. 106).

El interés de muchos de los procedimientos desarrollados por ella

en los últimos veinticinco años (empleo de computadoras y estadística, entre otros), así como de «la reconstrucción de los sistemas de subsistencia, patrones de asentamiento y, en general, las bases materiales de las sociedades pasadas» (Kohl, 1985, p. 114), ha sido ampliamente reconocido (Audouze y Leroi-Gourhan, 1981, p. 182) incluso por los más significados detractores de esta tendencia disciplinar (Hodder, 1987a, p. 13).

Su recurso a las explicaciones socioeconómicas en los cambios culturales era totalmente ajeno a la tradición académica de los países más representativos de la investigación continental europea. La falta de una «preadaptación» como la que había supuesto en Inglaterra el enfoque ecológico de la «arqueología cultural» de Clark, es uno de los factores a tener en cuenta para explicar que su impacto fuera limitado. Además en gran parte quedó desvirtuado por la reducción de la N.A. a una simple puesta a punto de líneas de investigación «como la arqueometría, los estudios ambientales y más recientemente etnoarqueológicos» (Audouze y Leroi-Gourhan, 1981, p. 182). Se trata de la reacción que Klejn (1977, p. 12) identificaba con «el estrato más autoritario de la arqueología tradicional»²⁵ y Vicent (1982, pp. 31-34) definía como «reformismo pragmático» (apartado II.4 de este capítulo).

El propio Binford (1988, p. 19) se lamenta de estos resultados no deseados de sus propuestas metodológicas. Critica a esos defensores de la «ciencia en arqueología» que hacen depender el desarrollo de los métodos por inferencia en la disciplina de «unos pocos subcampos [científicos] que tratan los restos arqueológicos bajo sus propios esquemas, sin que ello implique necesariamente el avance de la arqueología» (*ibidem*).

En relación con sus propuestas epistemológicas, por un lado, se cree «extraordinariamente importante» su exigencia de una «formulación de programas de investigación expresamente diseñados para probar hipótesis o explicaciones alternativas de los datos» (Kohl, 1985, p. 106). Sin embargo, por el otro, se desmantela, como sabemos, el positivismo lógico (*ibidem*, p. 144) que, en sus formulaciones extremas de la rama «ley y orden», tampoco es asumido hoy por Binford (1988, pp. 18 y 115-116, por ejemplo). Una parte significativa de ese desmantelamiento consiste en la puesta en cuestión de la objetividad absoluta positivista, señalando la influencia que «el contexto nacional e histórico de la investigación arqueológica y la per-

²⁵ Dedico el epígrafe III de este capítulo a la situación en España.

sonalidad de los arqueólogos» tienen en sus interpretaciones del pasado (Kohl, 1985, p. 108).

Las críticas a la concepción neofuncionalista de la cultura no se diferencian esencialmente de la que ya conocemos. Desde la posición relativista, Hodder (1982, p. 13) añade que «la cultura no son los medios extrasomáticos de adaptación, sino que está constituida significativamente [...]. Las acciones del hombre y su adaptación inteligente tienen que ser comprendidas en su especificidad histórica y contextual, y tiene que explicarse el carácter único de las formas culturales».

Los esfuerzos de la «reacción» que encabeza van destinados a reivindicar «el papel activo que ideología y símbolos juegan en la configuración del pasado» (Kohl, 1985, p. 109).

La arqueología «contextual» o «postprocesual» no es la única orientación que reprueba la perspectiva evolucionista comparativa universal de la N.A. Desde el materialismo dialéctico se admite el escaso interés de «las semejanzas generales entre culturas clasificadas juntas en el mismo amplio nivel evolutivo» (Kohl, 1985, p. 108). Desde un enfoque histórico no materialista, Trigger (1984, p. 366) vincula el énfasis en las generalizaciones nomotéticas con la negación de toda «importancia a las tradiciones nacionales en sí mismas y a cualquier cosa que se ponga en el camino de la actividad económica y la influencia política americanas». Califica la N.A. como «expresión arqueológica del imperialismo americano posterior a la guerra» y la atribuye un objetivo «explícitamente antinacional» (*ibidem*). Frente a la validación social de la disciplina por el empleo del pasado como laboratorio de la evolución cultural, reivindica el interés que tiene en sí mismo el estudio del pasado de los pueblos nativos (Trigger, 1980, p. 671). En esta línea Hodder (1984, p. 30) valora el contexto cultural que «recoloca los objetos del pasado en lo históricamente específico más que en lo teóricamente abstracto».

En mi opinión, sin duda en el contexto de la arqueología colonialista e imperialista anglosajona (Trigger, 1984) (apartado I de este capítulo) resulta comprensible esa llamada de atención sobre «el indio que está detrás del artefacto» (Braidwood, 1959, p. 79). Pero la extensión de esa preocupación por parte de la «arqueología radical» hodderiana a la investigación prehistórica de la Europa continental me parece social y políticamente injustificada²⁶ y metodológicamente

²⁶ No existen poblaciones nativas con las que se pueda vincular el registro arqueológico.

te indeseable dada la imposibilidad de articulación de programas mínimamente rigurosos para hacerla actuante. Pero de esta cuestión, vinculada con el interés por lo particular o lo general en Prehistoria, me ocuparé en el siguiente apartado.

La trayectoria histórica de la disciplina que acabo de esbozar expresa cómo el debate sobre la naturaleza de la Prehistoria no puede centrarse en torno a una supuesta disyuntiva entre su configuración como ciencia histórica o antropológica. Como ya Trigger (1978, pp. 3 y 93) (apartado I de este capítulo) advirtió hace tiempo, tal disyuntiva refleja simplemente la especificidad de los contextos estudiados por los investigadores europeos y norteamericanos. El desarrollo simultáneo de las mismas orientaciones teórico-metodológicas a uno y otro lado del Atlántico así lo pone de manifiesto.

Las dicotomías que me parecen más dignas de tenerse en cuenta se definen en otros términos. La primera es la que enfrenta a la rama «ley y orden» de la N.A. con todos los demás enfoques que abordan el estudio del pasado. La segunda contraponen a quienes aceptan y niegan, respectivamente, la existencia de determinación en las acciones humanas.

El programa de la rama «ley y orden» —de haber sido puesto en práctica hubiera supuesto la creación de una nueva disciplina (cf. p. 9). Sin embargo el desconocimiento, por parte de sus propugnadores —minoritarios dentro del propio movimiento al que pertenecen— de las implicaciones epistemológicas del neopositivismo hempeliano ha dejado abierta la cuestión de si es posible —no ya deseable— la conversión de la Prehistoria en una Física de los fenómenos socioculturales (cf. p. 25).

Por último, las posiciones encontradas a propósito de la existencia o no de una determinación y regularidad en la conducta humana no suponen ninguna quiebra en la Historia, si la entendemos en su acepción de uso en español²⁷. Sin embargo, de cuál sea la adoptada depende su conversión «en un cuerpo de conocimientos y métodos, cerrado y autosuficiente, que se cultiva por sí mismo» o en un instrumento crítico para la transformación de la realidad (Fontana, 1982, p. 261). En definitiva, la elección no depende de la «naturaleza de la Historia» sino, en último término, de una opción personal del historiador, con implicaciones políticas como la exposición precedente ha

²⁷ La Historia es la «narración» del «conjunto de todos los hechos ocurridos en tiempos pasados» (Moliner, 1983, p. 52).

tratado de dejar en claro. El siguiente apartado pretende profundizar en esta cuestión.

II.6. *El problema del establecimiento de «leyes generales predictivas» en Historia*

La escuela neokantiana alemana de principios de siglo es la primera que formula la diferenciación entre ciencias humanas y naturales en los términos actuales, atendiendo al uso del concepto de ley (véase *supra*, p. 28). Sin embargo, el «Gran Debate» (Klejn, 1977, p. 3) tiene lugar a mediados de los años sesenta: «la orientación de la “nueva arqueología” hacia el estudio de las *leyes del proceso cultural* era contrapuesta a la orientación tradicional hacia el estudio *particularista de acontecimientos*» (*ibidem*, p. 2).

La identificación de la Historia con su orientación académica (véase *supra*, p. 11) determinaba los prejuicios de los «nuevos arqueólogos»²⁸ respecto a la naturaleza de esa disciplina. Los más importantes, según Trigger (1978, pp. 24 y 28-39), eran:

1. Considerar que su «principal objetivo [...] es describir más que explicar».
2. Suponer que la explicación de los datos se basa en el sentido común y no en «teorías comprobables sobre la conducta humana», como la Ciencia Social.
3. Caracterizar la historia por el empleo de una metodología inductiva, en vez de deductiva tendiendo a considerar la primera particularista y la segunda generalizadora.

Desde este punto de vista, los estudios históricos se valoran no como una rama de la ciencia sino como algo antitético a los objetivos de la misma. La historia se califica de «ideográfica» queriendo decir con ello «narrativa o descriptiva» y se hace sinónimo de «cronología». Por el contrario, la ciencia se define como «nomotética» entendiéndose por tal que busca «establecer leyes generales que son, al menos potencialmente, de valor predictivo y además pueden ser rele-

²⁸ Como es natural, no todos los «nuevos arqueólogos» mantienen opiniones tan «hostiles» hacia la orientación tradicional de la Prehistoria (cf. Watson, Leblanc, y Redman, 1974, pp. 176-177), pero tales opiniones están ampliamente extendidas entre ellos.

vantes para los problemas del mundo actual» (*ibidem*, pp. 3-4; también en Alcina, 1975, p. 24).

En conclusión (Trigger, 1978, p. 21), la «reconstrucción del pasado del hombre», objetivo tradicional de la arqueología prehistórica, tendría un interés reducido a la educación general del público, careciendo por sí misma de valor académico (*cf.* hiperescepticismo de Daniel, p. 34).

Posteriormente, como se recordará, se han replanteado los términos de ese debate.

La discusión en torno a la naturaleza de las leyes científicas (véase *supra*, p. 24) ha puesto de manifiesto la confusión entre «ley fundamental» e «hipótesis corroborada», frecuente entre los «nuevos arqueólogos». En realidad, desde un punto de vista epistemológico, dado el carácter formal de las primeras, nunca se estudiaron «las leyes del proceso cultural». En consecuencia, carece de sentido recurrir a su establecimiento para fijar la cientificidad de un determinado conocimiento.

Desde esa misma perspectiva, «el método hipotético-deductivo no se juzga ya el único apropiado para el manejo de datos arqueológicos» (Kohl, 1985, p. 108). Al propio tiempo se ha abandonado la concepción positivista en una objetividad absoluta (*ibidem*).

Estas y otras consideraciones (véanse *infra*, pp. 46-62) han modificado el planteamiento de la polémica que se remite a las disyuntivas que ya sabemos (*supra*, pp. 7 y 9-10): lo general *vs.* lo único, en la cultura, la determinación *vs.* la indeterminación en la conducta humana y, en definitiva, racionalismo *vs.* relativismo en el conocimiento del pasado.

La raíz del problema en torno a la cientificidad de la Prehistoria reside en la naturaleza peculiar del registro arqueológico: «ningún hecho histórico (acontecimientos pasados) puede ser observado por los arqueólogos». Estos «estudian datos [representaciones de hechos] contemporáneos [...] generados por ellos mismos en el acto de observación del registro arqueológico». En consecuencia, «son responsables tanto de la producción de datos [...] como de lo que [tienen] que decir sobre ellos» (Binford, 1987, pp. 392-393).

La dicotomía entre quienes rechazan o aceptan la ciencia como el procedimiento apropiado para el conocimiento del hombre arranca, según Binford (*ibidem*, p. 396), de la extrapolación de la concepción etnográfica *emic* a la Prehistoria por parte de los primeros.

El procedimiento etnográfico afirmaba el principio básico del em-

pirismo relativo a la naturaleza objetiva y directa de la observación para, en contradicción con él, «comprender» la cultura en estudio a través de la intelectualización que de ella ofrecía el informante (*ibidem*). Es decir, en la experiencia etnográfica: «el investigador no genera sus datos y no los intelectualiza excepto de un modo intercultural y traductor. Como las “explicaciones” de los fenómenos culturales lo son siempre en términos de una información *recibida de los informantes*, desde una perspectiva científica el antropólogo nunca, de hecho, busca explicaciones, sólo comprensión en los términos de los otros» (*ibidem*, p. 398).

La traslación de este punto de vista a la arqueología se expresa en «la creencia de que no estudiamos el registro arqueológico; más bien tratamos de organizar los vestigios del pasado en categorías culturales que fueron significativas en el pasado. A su vez, la propia cultura es considerada como un fenómeno mental» (*ibidem*, p. 396).

Binford (*ibidem*, p. 398) señala las alternativas para salvar la discontinuidad entre pasado y presente que impide el recurso al informante: «la adopción de un enfoque interpretativo universalista y/o la renuncia al conocimiento del pasado por su explotación para propósitos contemporáneos». En el primer caso, se abstraen «universales [...] relativos a la “naturaleza humana” que se usarán como premisas en una interpretación razonada deductivamente de los restos arqueológicos» (*ibidem*, p. 399, p.e. en Hodder, 1985, p. 13). Esos principios universales no se obtienen por comparación entre culturas, ya que se entiende que «las características formales escogidas por nosotros son ilusiones condicionadas [...] por nuestra producción de datos» (Binford, 1987, p. 399) (*cf.* Boas, véanse *supra*, pp. 31-33). Por el contrario, el único hecho que se considera fidedigno es «la posesión de una capacidad de simbolización y una naturaleza humana comunes [...] que se cree fluyen “de modo autoevidente” a partir de la experiencia “humana”, una doctrina empirista» (*ibidem*).

Esta posición, que arranca de Collingwood (*supra*, pp. 29-30), en el caso del grupo de Cambridge lleva a defender «una esfera ontológica independiente de “realidad” relativa el fenómeno humano». Así, en último término:

En este enfoque, el hombre es elevado sobre la naturaleza [...]. El estudio científico de los acontecimientos «externos» es irrelevante; la perspectiva desde dentro de la historia humanística se concibe como la única perspectiva «adecuada» [...]. Para jugar al juego del historiador (como se entiende por

los contextualistas-textualistas), el arqueólogo tiene que inferir acontecimientos pasados y después introducirse en esos acontecimientos inferidos para producir en los lectores contemporáneos una visión del pasado desde dentro «como si hubiesen estado allí» [*ibidem*, pp. 400-401].

El desplazamiento

del relativismo cultural que reconocía muchos mundos humanos diferentes, a la del universalismo cultural que propone la existencia de una experiencia común [...] humana que trasciende [...] incluso [...] las barreras del tiempo [...] es una paradoja que lleva a la segunda postura común hoy [*ibidem*, p. 401]:

Que acepte cualquier comprobación de mi teoría como válida o relevante depende de mi teoría (o paradigma) [Hodder, 1984, p. 66].

Así pues, en las versiones más radicales (enfoque crítico de la escuela de Francfort):

Toda historia se convierte en mito producido para servir al deseo contemporáneo de justificar un pasado consistente con lo que uno quiere creer desde la perspectiva del mundo "desde dentro" del presente [Binford, 1987, p. 401]. El pasado no importa. El marco para evaluar la exactitud de cualquier pasado inferido no es el registro que subsiste del pasado, ni nuestro conocimiento tentativo del mismo, si no [...] el mundo intelectual presente. [En última instancia,] las ideas tienen que ser rechazadas o aceptadas en términos de afinidades sociopolíticas [*ibidem*, p. 403].

La alternativa a esta posición fuertemente relativista e individualista (Chalmers, 1984, p. 159) está representada por quienes piensan que «los datos del conocimiento [...] trascienden las creencias y los estados de conciencia de los individuos que las conciben y las contemplan» (objetivismo) (*ibidem*, p. 159). Como indica humorísticamente Chalmers (*ibidem*, p. 233): «Desde un punto de vista realista, interpretado en un sentido lato, el motivo de las teorías es intentar abordar algún aspecto del mundo. Esto contrasta con el punto de vista que parece estar implícito en algunas concepciones relativistas: que el motivo de desarrollar una teoría es convencer a los demás de que la nuestra es la correcta.»

Un requisito previo para iniciar ese programa es, lógicamente, la convicción de que «el mundo externo existe por derecho propio, e incluye las propiedades del registro arqueológico [...]. Es la accesibi-

lidad del mundo externo, en relación con el carácter de nuestros artificios cognitivos lo que hace posible que la ciencia trabaje. Podemos aprender las limitaciones de nuestras ideas [...] mediante una hábil interacción con el mundo de la experiencia, el mundo externo» (Binford, 1987, p. 403).

Dejando de lado la especial naturaleza del «mundo externo» del que se ocupa el arqueólogo (véase *supra*, p. 44) es importante reparar en que para los «objetivistas» o «racionalistas» la cultura no es un «fenómeno mental», sino «superorgánico que sigue leyes que no son queridas por [...] los individuos que participan en la cultura sino inherentes a la misma cultura» (Harris, 1979, p. 285). Frente a esta concepción, Boas replicaba que era innecesario «considerar a la cultura como una entidad mística existente fuera de la sociedad de sus portadores individuales y semoviente por su propia fuerza» (*ibidem*). Sin embargo, sí lo era: «si la cultura era algo de que se pudiera hablar, era una abstracción construida sobre la base de la observación de la conducta [...]. “Naturalmente, es verdad que la cultura no tiene sustancia [...]. Pero [...] lo mismo vale también para cualquier otra cosa [...] oponerse a la reificación de la conducta es oponerse a hablar de ella en absoluto”» (Bagby en Harris, 1979, pp. 288-289).

Este tema es de una extraordinaria importancia porque atañe directamente a la cuestión de la libertad o determinación del hombre. La forma de conciliar los argumentos contra el determinismo histórico sin poner en peligro el determinismo cultural entre los boasianos (a excepción de Kroeber) consistió en subrayar tanto «el papel creador del individuo en el cambio cultural», como «la variabilidad y la no conformidad de los individuos a las pautas culturales» (*ibidem*, p. 259). Análogos argumentos se emplean todavía hoy desde todo tipo de posiciones.

Todas estas cuestiones giran, como es obvio, en torno al problema de la causalidad. Como indica Kohl (1981, p. 90), «los arqueólogos consciente o inconscientemente adoptan la premisa materialista de que hay una correlación entre lo que una sociedad producía y cómo funcionaba». Si no asumieran este punto de partida, no buscarían el conocimiento de los acontecimientos pasados (dinámicos) a través del estudio de los artefactos (estáticos) (Binford, 1987, p. 393). Ahora bien, «las correlaciones no equivalen a causas, y la aceptación de esa premisa no implica necesariamente la adhesión a una concepción de la historia que niega o minimiza la significación de las ideas y creencias» (Kohl, 1981, p. 90).

De hecho, como se ha visto, la posición relativista atribuye al individuo la capacidad de decisión sobre la conducta (véase *supra*, p. 45), adoptando una perspectiva pretendidamente ecléctica (*supra*, pp. 32-33) que, en realidad, suprime de forma deliberada cualquier tratamiento sistemático. El «eclecticismo [...], la mayoría de las veces, no es más que un eufemismo de [...] confusión, o aceptación indiscriminada de teorías contradictorias» que circunscribe la responsabilidad del científico a los datos obviando la que tiene ante la teoría (Harris, 1979, p. 247).

En realidad, «no es posible ser fiel a los hechos y ser al mismo tiempo indiferente a la teoría [...]. El problema de la causalidad en la cultura jamás podrá resolverse adoptando una perspectiva ecléctica [...] una afirmación científica exige que se esclarezca el equilibrio entre las variables importantes, [...] que se distingan relaciones dependientes e independientes» (*ibidem*, y p. 248).

Sólo es admisible la afirmación de que «en ciertos casos un conjunto de factores [...] son la variable independiente, mientras que en otros casos ocupa su lugar otro conjunto», si se especifican «las condiciones que ponen en primer plano una vez a la religión, otra al arte, otra a la subsistencia» (*ibidem*, p. 248).

Por otro lado, como ya quedó de manifiesto (véanse *supra*, pp. 32-33), de hecho: «una descripción completa de cualquier cosa que sea es imposible [...]. En cualquier campo de estudio no sólo se recogen ciertos hechos, sino que a la vez se dejan otros sin recoger. La comisión y la omisión forman una unidad en la estrategia de investigación, independientemente de que la investigación esté orientada o no por una hipótesis formal consciente» (*ibidem*, pp. 250-251).

Se trata de otra muestra del compromiso teórico del científico al que ya se ha aludido, que los enfoques materialistas asumen explícitamente, según Kohl (1981, p. 89), desde «una concepción filosófica de la realidad que concede un mayor peso causal a la conducta de la sociedad que a los pensamientos, reflexiones o justificaciones de su conducta».

En el ámbito de la explicación del cambio cultural, frente a la opción idealista, «transitiva» que tiene en cuenta «la acción, intención y elección humanas» (Tilley, 1981, p. 364) a partir del arco de la conducta humana posible (Benedict, 1934), proponen otra «intransitiva». Esta segunda alternativa

implica una macrovisión de la vida social según la cual los objetivos y necesi-

sidades de los individuos resultan en gran parte irrelevantes para el proceso de cambio [...]. La tesis es que un cambio puede ser adecuadamente concebido y explicado a nivel de una población más que del individuo en términos de las directrices socioeconómicas subyacentes que, en algún sentido, pueden no ser intencionadas [Tilley, 1981, p. 364].

El error de los defensores de una indeterminación en la conducta humana residiría, según Harris (1979, p. 316), en confundir «las motivaciones de un individuo para ajustarse a pautas de acción culturalmente prescritas con las condiciones nomotéticas responsables de la presencia de esas pautas».

Dichas condiciones son establecidas de modo diferente por cada uno de los enfoques materialistas: «materialismo cultural», «ecología cultural» y «materialismo histórico» (Kohl, 1981) ²⁹.

El «materialismo cultural» está asociado con el enfoque popularizado por Harris (1979), basado en «el principio del determinismo tecnoambiental y tecnoeconómico (y ahora también demográfico)»: «las propiedades de la infraestructura o base determinan los rasgos de la superestructura» (Kohl, 1981, p. 97) ³⁰. «Adopta la terminología de sistemas y está interesado no sólo por la relación entre los diferentes subsistemas de la cultura, sino también por su evolución a través del tiempo» (*ibidem*). Sin embargo, la perspectiva diacrónica se pierde en muchos estudios, sustituida por «un crudo determinismo ambiental» (*ibidem*, p. 99).

Por el contrario, la «ecología cultural» investiga la

interacción dialéctica entre cultura y naturaleza, la forma en que una cultura selecciona y rechaza conscientemente rasgos básicos del medio [...] una cultura es concebida como [...] un modo específicamente humano de adaptación a un medio ambiente más amplio que incluye otras culturas. Se estudian sociedades individuales para detectar regularidades interculturales y construir generalizaciones sobre la naturaleza de los procesos culturales [*ibidem*, p. 101].

Estos dos enfoques han tenido una doble influencia positiva: di-

²⁹ Kohl (1981, p. 105) distingue además un «materialismo económico», representado por los «estudios que ponen el énfasis en la tecnología pasada de la sociedad o en la reconstrucción de sus redes de intercambio». En mi opinión, esos intereses pueden encontrarse en obras escritas desde otros enfoques por lo que su individualización no está suficientemente justificada.

³⁰ D. Westen (1984) reúne las principales críticas que se le han hecho.

recta en la investigación de «factores como medio, tecnología, o demografía» (*supra*, pp. 38-40) e indirecta ya que, «al mostrarnos los límites de un enfoque estrictamente materialista [...] nos ayudan a comprender mejor lo que no puede ser explicado solamente por referencia a la base material de una sociedad» (*ibidem*).

El «materialismo histórico» es la primera teoría que demuestra «cómo el problema de la conciencia y la experiencia subjetiva de la importancia que las ideas tienen para la conducta podía conciliarse con la causación según el modelo fisicalista» (Harris, 1979, p. 201).

Su influencia en la Prehistoria europea estuvo circunscrita y vinculada a las obras de V. Gordon Childe hasta los años sesenta (Klejn, 1977, p. 20)³¹. En esa década, el marxismo pasó a considerarse una metodología científica en vez de un «materialismo mecánico vulgar» o «un determinismo tecnológico» y en la siguiente se puso ya en práctica en algunos trabajos (*ibidem*). Sin embargo sólo se ha hecho popular durante los últimos diez años (Spriggs, 1984) por la inspiración directa del movimiento reciente de la «arqueología radical» en el «neomarxismo» de la Antropología francesa de los sesenta (por ejemplo, Meillassoux, 1960 y 1972 y Friedman, 1975 y 1979; según Shennan, 1987, p. 370). Para Earle y Preucel (1987, p. 507), este «marxismo superfino» «comparte con otros enfoques marxistas la convicción de que la contradicción y el conflicto proporcionan la base fundamental para comprender el cambio, legitimación y dominación sociales. Difiere de [ellos] por su énfasis en la ideología y la estructura, más que en la economía, como determinantes principales».

En este sentido, «la explotación existe en todas las sociedades» y no sólo en las de clase: «las posibles fuentes de control social no incluyen precisamente bienes de consumo sino [...] las capacidades reproductivas de los individuos, los rangos socialmente definidos, el conocimiento social/ritualmente importante y los artículos de prestigio» (Shennan, 1987, p. 370).

Un rasgo específico del materialismo histórico es que «no es sólo una teoría, sobre todo, es un método de investigación» (Klejn, 1970, p. 300) de la interdependencia entre fuerzas productivas y relaciones

³¹ Childe es uno de los pocos prehistoriadores que ha merecido un puesto, además honoroso, en las obras generales sobre historiografía (Fontana, 1982, pp. 236-237). Se le dedica un apartado específico más adelante.

Las fuentes fundamentales de la influencia del materialismo histórico en la Prehistoria española (Ruiz *et al.*, 1986, pp. 44-46) se reseñan en el apartado III.5 de este mismo capítulo.

de producción en un modo de producción históricamente específico. En el Prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*, Marx (1975a, p. 348) define el conjunto de las relaciones de producción como «la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social». En consecuencia, «no es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia» (*ibidem*). Marx y Engels distinguen «entre lo que los hombres [...] “conciben” sobre sí mismos y sobre su vida social y [...] la naturaleza “real” de esa vida» (Harris, 1979, p. 204).

El materialismo histórico investiga «el desarrollo de las diferentes formaciones sociales [...] al igual que sus leyes económicas específicas, por las leyes económicas que rigen con carácter general para todas las formaciones, como son la ley de la correspondencia de las relaciones de producción con el carácter de las fuerzas productivas, la ley de la creciente productividad del trabajo y otras» (Academia, 1975, p. 20).

Ahora bien, como advierte Engels (1975, p. 492), el materialismo histórico no considera el factor económico el único determinante del proceso histórico, sino el que lo define «en última instancia». El nivel de desarrollo de las fuerzas de producción «pone los límites externos a la posible variación en las relaciones de producción» (Friedman, 1974, p. 451). En ese sentido, «si a esto puede llamarse causalidad, tiene que ser una *causalidad negativa* ya que determina lo que no puede suceder más que lo que tiene que suceder» (*ibidem*).

La *autonomía relativa* de las relaciones de producción y las fuerzas de producción, «esto es, la *autonomía de sus propiedades internas*» (*ibidem*, p. 449) explica que el materialismo histórico, a diferencia del enfoque propuesto por Harris (materialismo vulgar o mecánico), no concibe «las ideas como epifenómenos de una realidad étic o simples reflejos de la infraestructura, sino que reconozca que las creencias de un grupo dado, una vez formuladas, pueden —en el curso de cualquier proceso histórico— tener una vida propia y afectar de modo sustancial las actividades productivas de una sociedad» (Kohl, 1981, p. 109).

Otras diferencias significativas respecto a los demás enfoques materialistas (véase *supra*) se refieren al papel concedido al medio ambiente y a la perspectiva diacrónica en las explicaciones culturales, cuestiones ambas interconectadas.

El materialismo histórico concibe la estructura social (desarrollo de las fuerzas productivas) como el factor más importante en la «forma de la sociedad». Dicha «forma» se explica «en términos de un proceso histórico específico» (Kohl, 1985, p. 114). Como escribió Marx al inicio de *El 18 Brumario*: «Los hombres hacen su propia historia, pero no [...] bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino [...] que existen y transmite el pasado» (Marx, 1975b, p. 233).

Esta determinación histórica otorga al medio natural un papel secundario en la explicación de la «forma de la sociedad»: mientras ésta cambia, aquél puede permanecer estable (Klejn, 1970, p. 299). Su influencia se hace notar en las variaciones más específicas, el «tempo» de desarrollo y la relación entre «formas diferentes de estructura social» y «regiones diferenciadas» (*ibidem*). En ese último caso, sin embargo, se tiene en cuenta que la adopción de «principios organizativos básicos» por parte de las sociedades que interactúan en cada una de ellas es interpretable no sólo como «solución común» a problemas naturales, sino como reconocimiento de que históricamente han resultado eficaces (Kohl, 1981, p. 112).

A la vista de la exposición precedente, me interesa destacar algunas notas definitorias de los determinismos materialistas en relación con el tema de este apartado. Estos enfoques asumen que la historia «tiene lugar fuera del objeto de estudio y de acuerdo con algunas leyes metasociales propias» como condición para conseguir «una historia teórica real» (Friedman, 1974, p. 445). Siguiendo a Friedman (*ibidem*), «es el conocimiento de las propiedades estructurales fundamentales de la reproducción social el que nos permite predecir la forma en que una sociedad se comportará a lo largo del tiempo».

Abordar el problema de la causalidad implica la exclusión de «la perspectiva ecléctica». Tal decisión no tiene por qué llevar a explicaciones reduccionistas y esquemáticas. Una vez clarificadas las relaciones de jerarquización y dependencia entre variables (Harris, 1979, pp. 247-248), la naturaleza y variedad de las que se tienen en cuenta están en función de las condiciones concretas en las que se desenvuelve la investigación ³².

³² El grado de precisión y especificidad en la definición del tema es una resultante de las variables escogidas. Kohl (1981, p. 111), por ejemplo, sugiere que «la aproximación materialista histórica sofisticada a la Prehistoria complemente, no reemplace, los incuestionables avances logrados dentro del paradigma ecológico-cultural». Por su parte, el marxismo estructural (Friedman, 1974; Tilley, 1981) se propone evaluar las

Los autores materialistas, además, evitan confundir «las motivaciones de un individuo para ajustarse a pautas de acción culturalmente prescritas con las condiciones nomotéticas responsables de esas pautas» (*ibidem*, p. 316). Su objeto de estudio específico puede consistir o no en la definición de esas condiciones nomotéticas pero, en cualquier caso, constituyen el marco de referencia para su investigación desde la selección del problema y los datos relevantes para su tratamiento hasta la interpretación.

El materialismo cultural y la ecología cultural (véanse *supra*, pp. 38-39) abordan el establecimiento de las condiciones nomotéticas mediante la aplicación del «método comparativo»³³. Este «no es otra cosa que la búsqueda de regularidades no filogenéticas en condiciones de comparación controlada» (*ibidem*, p. 565). Según Harris (*ibidem*, p. 562), la puesta en práctica de ese programa en los «sumarios de la historia del mundo» permite su reformulación como «proposiciones de covariación» con rango nomotético para «hacer predicciones y retrodicciones probabilistas sobre las culturas concretas». Esas «leyes generales» no pretenden explicar «todos los aspectos de los casos particulares» pero, si no «nos dijeran nada sobre los casos particulares difícilmente podrían aspirar al *status* de proposición empírica» (*ibidem*, pp. 561-562).

El autor (*ibidem*, p. 535) advierte que «las comparaciones estadísticas interculturales [... no] se pueden usar como fuentes primarias de proposiciones nomotéticas». «Lo que nos permite hablar de relaciones causales nomotéticas es el hecho de que una secuencia similar se repita en varios casos diferentes» (*ibidem*, p. 570). Es decir, «que en un conjunto de variables [pueda] identificarse alguna forma de covariación durante un período temporal de mayor o menor duración» (*ibidem*, p. 366). Así pues, la diferencia entre «una relación causal y una relación de asociación» es que la primera «tiene un componente temporal [...]. La diferencia entre los factores causales y los meramente predictivos no se puede tomar ligeramente» (*ibidem*, p. 537).

La «naturaleza probabilista» de las leyes a las que me acabo de

decisiones de los individuos a partir de las contradicciones derivadas de la autonomía funcional de estructuras y subsistemas.

³³ Harris (1979, p. 535) desestima las críticas de los particularistas al método comparativo (*supra*, pp. 31-33) afirmando que «la antropología [...] sólo puede llegar a sus leyes y proposiciones científicas abstrayendo y comparando los rasgos observables de muchos fenómenos» (cf. argumentos de Bagby frente a Boas, p. 47).

referir ha sido puesta en cuestión por Friedman (1974, pp. 464-465), para quien lo que Harris llama

probabilidades no son más que las distribuciones estadísticas reales de acontecimientos. Como tales, las afirmaciones cuasidescriptivas que él define como «generalizaciones» no son más que una repetición de lo que ya sabemos [...]. Una vez que la distribución [estadística] ha sido convertida en una afirmación de probabilidad, [cabe] hacer predicciones, pero la distribución original permanece inexplicada [...]. Si se quiere que las afirmaciones probabilistas jueguen un papel a nivel explicativo, tienen que ser generadas por estructuras teóricas.

En realidad, tampoco parece que esa objeción haya sido resuelta por la otra orientación nomotética a la que me he referido.

Marx elaboró las «leyes objetivas» de naturaleza económica (véase *supra*) que rigen la evolución de la humanidad mediante un «análisis teórico» que abstrae las categorías económicas de cada formación social (Academia, 1975, p. 21): «El método de Marx consiste en irse remontando de las categorías económicas más simples a las más complejas [...]. Siguiendo este orden [...], la investigación *lógica* refleja el curso histórico del desarrollo social» (*ibidem*).

Sin embargo, esas categorías proceden fundamentalmente del análisis de la sociedad capitalista. En Occidente, donde se desconocen casi por completo los fundamentos teóricos y metodológicos de la investigación europea oriental sobre las sociedades precapitalistas, «no está totalmente claro qué constituye la *forma* deseada de explicación» en estos casos (Renfrew, 1982, pp. 11-12) (véanse *supra*, pp. 9-10).

El investigador soviético Klejn (1977, p. 23), una de las pocas excepciones a la situación citada, concede a la «explicación por medio de ley una posición clave» en la Prehistoria, añadiendo que «otras formas de explicación necesariamente *llevan* a una explicación por medio de ley». Ello no niega la intervención del azar, ni la naturaleza frecuentemente accidental e impredecible de las elecciones históricas, sino que expresa la convicción de que «una vez que se han tomado, empiezan a funcionar las leyes que rigen la alternativa escogida» (*ibidem*). Afirma que: «Las leyes del proceso cultural se fijan con ayuda de conclusiones inductivas basadas en hechos (pero no sólo con ellas). Sin embargo, los propios hechos son establecidos por la aplicación de otro tipo de leyes: no las leyes del proceso cultural, sino las leyes de la transformación de una cultura viviente en una cultura muerta» (*ibidem*, p. 11).

Como se ve, se trata de un punto de vista con grandes analogías con las posiciones nomotéticas comentadas previamente. Incluso la naturaleza probabilista de las leyes aparece en autores marxistas occidentales, justificada por el «carácter abierto y complejo de la materia de estudio, así como [...] la gran cantidad de interrelaciones observables entre los distintos fenómenos, [...] que imposibilita una causalidad lineal» (Linares, 1984, p. 127). Como indica P. Vilar (1982, p. 40): «No es que el hombre no intervenga: “los hombres hacen su propia historia”. Pero el resultado estadístico o combinatorio, de sus acciones y decisiones conjugadas se les escapa y se convierte en un fenómeno objetivo.»

La impresión de Renfrew (1982, pp. 11-12) es que esa forma deseada de explicación escogida por los materiales históricos se concreta, en muchos casos,

en la demostración de cómo cabe concebir la actuación de los acontecimientos y procesos, apropiadamente analizados e interpretados, en conformidad con el modelo general establecido por Marx en el Prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política* [...]. Si esta percepción es correcta, la fuerza de la explicación reside en última instancia en la autoridad de Marx. Cualquier otro soporte epistemológico más profundo permanece implícito, si es que existe.

Al margen de la corrección de las observaciones de Renfrew en relación con la escasa atención prestada por los prehistoriadores marxistas occidentales a los fundamentos teórico-metodológicos de su investigación, el párrafo expresa una reticencia hacia «ciertas» formas de ciencia social que Binford ampliará recientemente³⁴. A su juicio, «las técnicas empleadas por los filósofos sociales representan el extremo opuesto [a las de los científicos naturales] [...]. Usan el registro arqueológico para progresar en sus postulados mediante lo que [llama] “argumentos acomodaticios *post hoc*”, es decir, consideran el pasado como “conocido” en cuanto que coincide con su tendencia filosófica particular o con su posición adoptada» (Binford, 1988, p. 20).

Cabe preguntarse por qué los postulados funcionalistas de ambos autores merecerían quedar excluidos de esa evaluación. Parece como si se quisiera obviar el compromiso teórico de todo prehistoriador en su investigación (véase *supra*, p. 48) y las implicaciones que ello

³⁴ Binford (1988, p. 20) hace extensiva su reticencia a «puntos de vista diversos (marxista, estructuralista, materialista, idealista, etc.)».

tiene en la revisión de la creencia positivista en la objetividad absoluta (véanse *supra*, pp. 20-23 y 20-21). Concluiré este apartado con algunos comentarios sobre estas cuestiones.

La ecología cultural y el materialismo cultural comparten con el materialismo histórico una toma de postura clara en torno a la causalidad en la cultura, así como la orientación nomotética. Sin embargo, este último enfoque defiende posiciones antitéticas a los demás en lo que atañe al factor considerado determinante en la evolución cultural. Las implicaciones sociopolíticas de una concepción de la cultura basada en el conflicto, como en este caso, o en el consenso y equilibrio entre los componentes de la sociedad ya han quedado de manifiesto (apartado II.5 de este capítulo).

En cuanto al problema de la objetividad, la cuestión que se les plantea a los materialistas históricos es la siguiente: «¿tiene una validez universal y no sólo individual, el conocimiento si admitimos que el sujeto, socialmente condicionado, posee un papel activo en el acto de conocimiento?» (Linares, 1984, p. 129). Su respuesta es que «la objetividad es una propiedad relativa y no absoluta, suponiendo los actos de conocimiento un proceso, no un dato definitivo e inmutable» (*ibidem*). Se pretende alcanzar «la verdad [...] gradualmente a través de una evaluación crítica socialmente consciente de las diferentes reconstrucciones del pasado», disolviendo la dicotomía «objetivo-subjetivo» (Rowlands, 1984a; cit. por Kohl, 1985, p. 112).

Desde una perspectiva diametralmente opuesta Binford (1988, pp. 25-26) mantiene la contraposición «nuevo arqueológica» entre ciencias sociales y naturales, reivindicando la adopción de los métodos de inferencia de las segundas por la Arqueología. Vincula el progreso de la disciplina no con el desarrollo teórico, sino con el de dichos métodos encaminados a «lograr una relativa objetividad al evaluar las ideas nuevas» (*ibidem*, p. 249, nota 14).

Por mi parte, asumo el punto de vista de Chalmers (1984, p. 234) y de los materialistas históricos acerca de la historicidad del conocimiento científico y en contra de una «ideología de la ciencia»³⁵ que la da un carácter «intemporal y universal»:

³⁵ Chalmers (1984, p. 234) conecta la «ideología de la ciencia» que «implica el uso del dudoso concepto de ciencia y el igualmente dudoso concepto de verdad que a menudo va asociado con él» con la «defensa de posturas conservadoras». Recuérdense las críticas de Trigger (1984, p. 366) a la N.A. como expresión del imperialismo americano (véase *supra*, p. 41).

no hay una categoría general de «ciencia», ni tampoco un concepto de verdad que esté a la altura del proyecto de describir a la ciencia como una búsqueda de la verdad. Toda área de conocimiento ha de ser juzgada por sus propios méritos, investigando sus fines y el grado en que es capaz de cumplirlos. Además, los juicios sobre los fines estarán a su vez relacionados con la situación social (*ibidem*, p. 231).

Esto no supone la adopción de una posición individualista y relativista:

no se trata de que un punto de vista sea tan bueno como cualquier otro. Si se quiere cambiar una situación de una forma controlada [sea] el estado de desarrollo de una rama del conocimiento o [...] de un aspecto de la sociedad, como mejor se logrará esto será comprendiendo la situación y dominando los medios disponibles para cambiarla [...]. La política de «*todo vale*» [...] significa que, en la práctica, *todo sigue igual* [*ibidem*, p. 235].

Los próximos epígrafes están destinados a comprender cuál es el estado de desarrollo de la Prehistoria española a partir de los medios de análisis que he expuesto en estos apartados introductorios, con objeto de explorar cuáles serían los aspectos más necesitados de cambio.

III. ALTERNATIVAS ESPAÑOLAS A LA CRISIS

III.1. *Introducción: el «concepto de Prehistoria» tradicional en la investigación española*

El «concepto de Prehistoria» que identifica la tradición nacional española combina un «enfoque idealista en la interpretación de los datos arqueológicos» (Gilman, 1988, p. 50) con la adopción de una metodología positivista³⁶.

El primero queda patente en la emblemática *Historia de España* dirigida por don Ramón Menéndez Pidal, según la cual: «Una historia verdadera sería la historia del espíritu humano, la historia cuyas continuidades y cambios reflejaran la supervivencia de viejas ideas y actitudes y la llegada de nuevos modos de pensar» (*ibidem*, pp. 47-48).

³⁶ Se recogen aquí algunas de las ideas desarrolladas en los apartados II.2, II.3 y II.4 de este capítulo.

Gilman (*ibidem*, pp. 49-50) indica con cierta ironía que ello no deja de tener la virtud de favorecer «un cierto sentido de comunidad con el pasado», parte de esa «prehistoria nacionalista que busca ligar a los pueblos modernos a través de un tejido continuo de tradiciones con sus pasados remotos»³⁷, característica de la orientación disciplinar en Europa (*supra*, p. 4). Tiene también un objetivo de ejemplaridad en la medida en que «reconstruir ese pasado de la humanidad [...] nos ayuda a interpretar el presente y a conducirnos hacia el futuro» (Almagro, 1973, p. 21)³⁸.

La adopción de una metodología positivista da lugar a una visión del pasado, en general, alejada de esa pretendida «historia del espíritu humano». Como la condición de cientificidad del positivismo es la posibilidad de verificación por referencia directa a fenómenos observables, el objeto de la Prehistoria queda pronto reducido a «una sistemática de la cultura material, es decir, Arqueología» (Vicent, 1985, p. 66). En consecuencia, las culturas se definen en términos de su contenido formal, «como sinónimo de asociación tipológica persistente, [...] con un sentido puramente clasificatorio y referido exclusivamente al repertorio material» (*ibidem*, p. 65). Se intenta su delimitación cronológica y geográfica, «explicando sus interrelaciones mediante conceptos tales como migración y difusión» (Trigger, 1978, pp. 4-5)³⁹.

Ello no implica renunciar «a la comprensión global de los fenómenos de la prehistoria» que se pretende alcanzar mediante «la interpretación de las categorías taxonómicas en [...] términos [histórico-culturales]» (Vicent, 1982, p. 23). Ahora bien, la ausencia de cualquier «criterio restrictivo en la interpretación histórica del registro arqueológico» determina que «las posibilidades de especulación subjetiva [sean] muy amplias» (*ibidem*, p. 30).

Desde el punto de vista metodológico es característico el empleo sistemático de la «explicación *ad hoc*». Esto ocurre tanto en la propia elaboración del registro arqueológico (particularmente construcción

³⁷ Como se recordará, el componente nacionalista no es exclusivo de la Prehistoria (Trigger, 1984). Está vinculado con las tendencias conservadoras de la historiografía académica (véase *supra*, p. 27).

³⁸ Recuérdese que ésta era una de las alternativas propuestas por el hiperescepticismo inglés en relación con la posibilidad de conocimiento de la Prehistoria (cf. Daniel, pp. 33-34).

³⁹ Esta era la situación de la arqueología norteamericana en la década de los treinta (cf. p. 4).

de los paralelos), como en su interpretación histórica y antropológica. Se entiende por «explicación *ad hoc*», aquella que se introduce «con el único propósito de salvar una hipótesis seriamente amenazada por un testimonio adverso; no vendría exigida por otros datos, y, en general, no conduce a otras implicaciones contrastadoras» (Hempel, 1978, p. 52).

No es necesario insistir aquí en que esa forma de razonamiento está radicalmente proscrita de la metodología científica (Popper, 1977; Hempel, 1978). Quizá la única explicación del uso abusivo de la misma por parte de los prehistoriadores españoles haya que buscarla en el tradicional apartamiento de la Prehistoria en nuestro país de la discusión teórica.

La versión clásica del «ciclo metodológico ideográfico» (Anticientifismo) que comento coexiste, a partir del impacto de la «Revolución Tecnológica» (Vicent, 1982, p. 11), con la «radicalización de la reacción antiteórica» representada por el Reformismo pragmático (*ibidem*, p. 33). Como se indicó, se trata más de una estrategia de investigación que de «un programa metateórico estrictamente diferenciado del tradicional» (*ibidem*, p. 31). En consecuencia, la caracterización de este ciclo se centrará en los autores encuadrables en su primera interpretación.

El texto de *El hombre ante la historia* del doctor Almagro (1957), puede ilustrar la confluencia del difusionismo boasiano (*supra*, pp. 31-32) y alemán (*supra*, p. 23) en la orientación idealista de la Prehistoria española, así como las peculiaridades de ese idealismo respecto a sus versiones «clasicistas»⁴⁰.

El objetivo de la Historia consiste en «exponer de una manera verídica y lo más completa posible [las] culturas [definidas por Prehistoria y Etnología], después de analizar sus formas de vida y con ellas

⁴⁰ En concordancia con la situación que describí en la introducción, la obra de los grandes prehistoriadores españoles carece todavía de una adecuada valoración en el contexto del desarrollo de la disciplina en nuestro país. Contamos únicamente con necrológicas y homenajes (Comas, 1976a), escritos por personas allegadas, obras que por su propia naturaleza no pueden cubrir ese objetivo. No obstante, las notas biográficas (Comas, 1976b) son de gran interés. Las del doctor Ripoll (1984) pueden ser indicativas de la enorme influencia del doctor Almagro en dicho desarrollo. Ello unido a que *El hombre ante la historia* contiene una de las pocas exposiciones explícitas de la Filosofía de la Historia, que sustenta la investigación particular de un prehistoriador, creo que justifican la atención que la voy a dedicar.

Agradezco al doctor M. Fernández-Miranda haberme facilitado el acceso a la misma.

los hechos acaecidos» (Almagro, 1957, p. 74). Para este «empeño de construir una científica y por lo tanto verdadera Historia» se emplean «métodos de trabajo que a veces [...] enraizaban más [a prehistoriadores y etnólogos] con las ciencias naturales que con las ciencias filosóficas» (*ibidem*, p. 72).

La ingente información acumulada hizo

ver al historiador veraz el origen e importancia diversa que las formas de vida tenían en cada momento y en cada sociedad. Estas formas de vida, estas *Lebensform* [...] no eran originadas, ni podían ser explicadas, con los conceptos [...] idealistas o materialistas que un historiador racionalista hubiera concebido, sino por causas muy diversas, [cuya] importancia y desarrollo no podían ser ordenados con un criterio *a priori* causal como el que se aplicaba a [...] las ciencias de la Naturaleza [*ibidem*, p. 80].

En consecuencia, los intentos de «formular leyes fijas de origen causal que determinen o expliquen la vida pasada o futura del hombre» dan lugar «sólo [a] concepciones *racionales*, no reales, no positivas» (*ibidem*, pp. 61-62). La alternativa a esas tentativas nomotéticas es

el concepto de cultura *Kultur*, con el cual la vida humana aparece en su desarrollo formando sucesivamente diversos e independientes círculos o culturas, en las que determinadas formas de vida nos muestran estructuras y valoraciones diferentes, separando unas culturas humanas de otras, las cuales se fueron diferenciando más y más conforme se fueron conociendo mejor por los investigadores sus elementos estructurales y sus matices expresivos particulares [*ibidem*, p. 81].

El autor contrapone las «ciencias naturales» a «las filosóficas» de modo análogo a como Binford (1988, pp. 25-26) hará años después (véase *supra*, p. 56). Se concede a la «ciencia natural» la veracidad en el análisis y exposición de los datos, reivindicando el empleo de sus procedimientos por parte de historiadores y etnólogos. Sin embargo, al propio tiempo, se niega la posibilidad de un estudio racional del fenómeno humano definido como una «forma de vida» con resonancias en Dilthey, Croce y Collingwood (véanse *supra*, pp. 28-29). La especificidad de esas «formas de vida» que son los «círculos o culturas» lleva a «confesar [una] angustiosa situación [...] sabemos bien lo que no es la Historia Universal, pero no sabemos cuál es la manera

de escribir lo que hemos logrado averiguar de nuestro pasado» (Almagro Basch, 1957, pp. 145-146).

En el contexto histórico de la larga posguerra española, la alternativa más que la del hiperescepticismo inglés⁴¹ es la lucha «contra el error que otras falsas construcciones históricas representan» (*ibidem*, pp. 146-147)⁴².

Un aspecto específico del idealismo defendido por los prehistoriadores españoles, que el doctor Almagro tan bien representa, es su atención «amorosa» a «los vestigios [...] por pobres que fueran», tanto prehistóricos como etnológicos (*ibidem*, pp. 74-75)⁴³. Si bien es cierto que los segundos pocas veces fueron integrados en la forma magistral en que el doctor Alonso del Real (1977) lo hizo, sin embargo sí puede considerarse un «rasgo de identidad» de los estudios prehistóricos españoles la atención a esos «pobres vestigios».

Este rasgo les diferencia claramente de los investigadores de la «Arqueología clásica» (ibérica, romana y griega) (Chapa, 1986) que examinaban sus datos en función de su «calidad de conocedores de lo artístico» (Gilman, 1988, p. 48), en la línea de la «tradición alemana» (Whitley, 1987).

Me interesa comentar ahora, por sus implicaciones directas en la práctica arqueológica de los prehistoriadores españoles, la idea de cultura que subyace al «concepto de Prehistoria» tradicional. La crítica sistemática de que ha sido objeto por parte de los investigadores funcionalistas convierte sus obras en un punto de referencia inevitable a este propósito.

Los «nuevos arqueólogos» denominan «normativistas» a aquellos de sus colegas que ven la cultura como «un cuerpo de ideas, valores y creencias compartidas: las “normas” de un grupo humano» (Watson, Leblanc y Redman, 1974, p. 79). Se «concibe como un gran “todo”, transmitido a través del tiempo y el espacio, por aprendizaje o difusión» (Binford, 1965, p. 204).

La tarea del arqueólogo «radica, por consiguiente, en abstraer de los productos culturales, los conceptos normativos existentes en las mentes de los hombres desaparecidos [...] y por este camino alcanzar la esencia de la cultura» (Watson, Leblanc y Redman, 1974, pp. 79-80).

⁴¹ Véase nota 38.

⁴² Véase nota 21.

⁴³ La vinculación de Prehistoria y Etnología en las mismas cátedras universitarias es buen ejemplo de ello.

Este objetivo implica varias asunciones. Por un lado, que «los artefactos, al margen de su contexto funcional, pueden ser tratados como “rasgos” iguales y comparables» (Binford, 1972a, p. 21). Además, al ser «categorías de una escala nominal son, por definición, mutuamente exclusivas y presumiblemente parte de una escala exhaustiva que puede acomodar todas las observaciones arqueológicas». De ello se deduce que «la información tabulada en una escala de ese tipo es aditiva» (*idem*, 1972c, p. 96).

Por otro lado, se supone que las normas pueden explicarse «en sí mismas», ya que se consideran «como formas independientes y no como aspectos funcionales de la cultura» (Watson, Leblanc y Redman, 1974, p. 81). En consecuencia, «una serie de [...] tipos de artefactos se entiende como el agregado de la totalidad de la cultura, o al menos por un reflejo de él» (*ibidem*, p. 80)⁴⁴.

Es fundamental tener conciencia clara de que no se trata de un enfoque contextual de la cultura, como el boasiano, sino por el contrario de otro aditivo, partitivo, aunque mantenga puntos de contacto con la orientación difusionista norteamericana como el idealismo, la «perspectiva ecléctica» o «la ilusión empirista de los hechos sin teoría». Por otro lado, como veremos, tiene una preocupación por la cronología ausente de ella que, como la exhibida por el alemán (véase *supra*, p. 31), se establece entre sucesos individuales y jamás permite una generalización nomotética (véase *supra*, p. 32).

I. Hodder (1982, p. 11) atribuye la consideración no-contextual de la cultura a la idea de que «no hay y no puede haber coincidencia entre los aspectos materiales y no materiales de la cultura» (Daniel, 1962, p. 130). A su juicio (Hodder, 1982, p. 11), paradójicamente, la propia «creencia en la falta de integración entre los diferentes aspectos de una sociedad y cultura [evita] un desarrollo de los objetivos humanísticos» que la investigación⁴⁵ había establecido. Es un juicio que suscribo por completo y cuya corrección creo que quedará patente cuando se comente la literatura específica. Existen otros aspectos que abundan en el mismo sentido.

La investigación normativista se propone la «reconstrucción de la historia cultural» desde los presupuestos que se han enunciado. Esta «consiste en la ordenación de las unidades culturales de forma tal que

⁴⁴ Recuérdese la subsunción de la Prehistoria en una arqueología descriptiva en este ciclo metodológico ideográfico.

⁴⁵ En el caso de referencia, el hiperscepticismo inglés (véase *supra*, p. 34).

revele de manera precisa sus afinidades genéricas» (Binford, 1972c, p. 81). Con ese objeto se dividen los restos arqueológicos en «unidades observacionales» (objeto, industria, conjunto, asentamiento), que permitirán evaluar las diferencias y semejanzas entre sitios en el estudio comparativo (*ibidem*, p. 96).

Ese «acercamiento partitivo a la cultura» permite «determinar en principio cuántas ideas o normas tienen [...] dos culturas en común», «tabulando simplemente el total de tipos de artefactos compartidos por dos sitios cualquiera» (Watson, Leblanc y Redman, 1974, p. 80).

D. Aberle (1960, p. 3; cit. por Binford, 1965, p. 204) ha señalado que los partidarios de la posición normativista se ven forzados a explicar las «diferencias y semejanzas culturales», identificadas en el estudio comparativo, en términos de factores históricos o psíquicos. En opinión de este autor, dichos investigadores estiman que

ninguna cultura puede entenderse sólo por referencia a su situación actual. Como resultado de los accidentes de la historia, ha tenido contactos con una variedad de otras culturas. Esas otras culturas proporcionan el fondo de material cultural potencial en el que las culturas pueden inspirarse. Como no hay bases generales para predecir qué culturas tendrán contacto entre sí, el factor histórico tiene un carácter accidental y fortuito.

Con respecto al factor psíquico, hay cualidades en la mente de los hombres —ya sean tendencias generales a la imitación o actitudes específicas mantenidas por un grupo particular— que determinan si un ítem cultural disponible será tomado prestado o no. Aunque los contactos son impredecibles, las leyes de la psicología pueden explicar la aceptación y el rechazo. Por tanto las leyes de la cultura son leyes psicológicas.

La circunstancia de que «la mayoría de los arqueólogos estén pobremente preparados» para actuar como «paleopsicólogos» lleva a los normativistas a dedicarse a la investigación de la «historia cultural» (Binford, 1965, p. 204).

El objetivo de esta última era, como recordaremos, ordenar las culturas, previamente divididas en «unidades observacionales», de acuerdo con sus similitudes genéricas. Como el acercamiento al estudio de la cultura es partitivo, hay que determinar *para cada rasgo cultural* si la semejanza se debe a «transmisión lineal, difusión entre unidades culturales, o desarrollo independiente dentro de cada unidad cultural» (Binford, 1972c, p. 81).

Algunos de los supuestos sobre los que se opera son (*ibidem*, pp. 81-83):

1. El grado de afinidad genealógica entre dos unidades culturales está en función de «las semejanzas que muestran en características relacionadas genéricamente».

2. Se puede medir el grado de afinidad, comparando la proporción que suponen tales características «respecto al número de rasgos de ese tipo no compartidos».

3. «La probabilidad de que la difusión haya tenido lugar aumenta directamente con el grado de semejanza formal entre rasgos e *items* [...] y con el grado de complejidad [...] de los rasgos comparados».

4. Por el contrario, dicha probabilidad «decrece con el aumento de la distancia temporal y espacial entre los rasgos que están siendo comparados».

En definitiva, «las diferencias y semejanzas culturales son expresadas [...] en términos de relaciones culturales» (Binford, 1965, p. 204) («hibridaciones», «influencias», «estímulos») entre y dentro de «tradiciones históricas» definidas en gran medida sobre la base de una postulada continuidad regional o local de las poblaciones» (Binford, 1972a, p. 21).

L. R. Binford (1965, p. 204) ha designado este marco interpretativo como una «visión acuática de la cultura», por la frecuencia con la que se emplean en la literatura correspondiente expresiones como «corriente cultural», «flujo», «oleadas», etc.

Dicho marco «se basa en la suposición de un “centro cultural” donde, por razones no especificadas, los niveles de innovación exceden los de las áreas limítrofes. La nueva cultura se extiende desde ese centro y se combina con las culturas limítrofes hasta que se disipa en los bordes, dejando culturas marginales. Las relaciones culturales se conciben como el grado de “influencia” mutua o unilateral, ejercida entre centros o subcentros culturales».

Las discontinuidades espaciales, en la distribución de las características formales similares que constituyen el «flujo cultural», se perciben como consecuencia de:

1. «barreras naturales al contacto social»,
2. «una matriz psicológica conservadora que evita la aceptación de rasgos foráneos» y
3. «la migración o intrusión en el área de nuevos pueblos que rompen el modelo previo de contacto social».

Las interrupciones «en la continuidad formal a través del tiempo

se entienden como resultado de sucesos históricos [...] tales como expansión, migración, y las difusiones de ideas "nucleares" como cultos religiosos».

A su vez, los conceptos normativos sufren ciertas variaciones debido a mecanismos de innovación o contacto, que se juzgan «naturales a la cultura». Estas últimas «cristalizan» «periódicamente en diferentes puntos del tiempo y del espacio, dando lugar a unos distintivos y, a veces, llamativos momentos de clímax cultural que [...] permiten romper el continuo de la cultura en fases culturales» (*ibidem*).

Las implicaciones de estas tesis a la hora de acometer el estudio del «proceso cultural» son las siguientes (Binford, 1972*d*, pp. 87-88). Muy a menudo se le considera «equivalente [...] a una secuencia de modificaciones de formas, normalmente resumida en un estadio de clasificación».

Un segundo o, a veces, un procedimiento alternativo ha sido intentar un estudio comparativo de los cambios espaciales y temporales de las formas culturales arqueológicamente conocidas, para observar ciertas tendencias o regularidades. Esas tendencias son declaradas después generalizaciones empíricas que, a su vez, son tomadas como aserciones en relación con el proceso cultural.

El contraste entre las presuposiciones básicas de la interpretación histórica tradicional y las alternativas propuestas por una visión integrada de la cultura —en este caso, funcionalista— puede ser útil para una evaluación final de la misma.

Binford (1972*d*, p. 326) enuncia tres presuposiciones:

1. «Una cultura es un cuerpo de costumbre que surge en el contexto de la vida conceptual-intelectual de las gentes y varía en su distribución en función directa de los modelos de transmisión y con capacidades y oportunidades que difieren según la experiencia intelectual.»

Por el contrario, el autor sostiene que

la cultura es el medio extrasomático de adaptación del hombre. Como tal, la cultura está dividida en numerosos sistemas compuestos de energía, materia e información. Los sistemas culturales tienen un contenido y unas propiedades organizativas, forma y estructura; la estructura de un sistema condiciona la naturaleza y variedad de su contenido formal. La información y conocimiento de formas alternativas nunca es causa suficiente para el cambio for-

mal en un sistema cultural [...] sólo la variabilidad estructural entre sistemas culturales condiciona fuertemente el grado en que la información y el conocimiento se traducirá en conducta organizada cultural [*ibidem*].

«La cultura, en este sentido, no es necesariamente compartida; los hombres participan de ella» de manera diferente según el tipo de tareas, lugar, unidad social o institución a través de las cuales se integran en el sistema cultural. «Dentro de cualquier sistema cultural, el grado en el que los participantes comparten las mismas bases de ideas debe variar [...] inversamente al grado de complejidad cultural del sistema como un todo» (Binford, 1965, p. 205).

El énfasis en los rasgos comunes, característico de la investigación normativista, ha provocado «un enmascaramiento de las diferencias y la reunión de fenómenos que serían distinguidos si se empleara otro método taxonómico» (*ibidem*; también en Watson, Leblanc y Redman, 1974, p. 80).

2. «Las costumbres de una tradición sociocultural individual eran originariamente uniformes y formalmente distintas [...]. El corolario de esta suposición es: las múltiples prácticas observadas entre cualquier serie dada de unidades socioculturales resultan de mezclas o hibridaciones culturales en el pasado» (Binford, 1972d, pp. 236-237).

Este supuesto es antitético, como es obvio, de la concepción funcionalista de la cultura como un sistema con subsistemas diferenciados. Desde esta posición teórica caben varias objeciones. En primer lugar, «el grado en que puede demostrarse que las costumbres son uniformes dentro de un sistema cultural es una medida directa del grado en que aquéllas no están relacionadas con las características organizativas diferenciadas entre los componentes del sistema» (*ibidem*, p. 237).

En segundo lugar, la presencia de prácticas múltiples entre unidades socioculturales distintas depende del «grado de variabilidad de la complejidad sistemática observada» entre ellos, resultado de sus respectivos procesos evolutivos (*ibidem*). Es decir, del grado de complejidad cultural de cada uno de los sistemas considerados (Binford, 1965, p. 205).

3. «Para propósitos prácticos, el grado de semejanza formal observada entre unidades socioculturales independientes es una medida directa del grado de relación genética o de filiación cultural entre las unidades comparadas.»

Binford señala que esta «suposición ignora la posibilidad de que haya procesos que operen selectivamente en un cuerpo de ideas o conocimientos [...], además presume que el conocimiento y las ideas son causas suficientes de cambio y variabilidad cultural», lo que más arriba se ha puesto en cuestión (Binford, 1972d, p. 238).

En realidad, el hecho de que se compartan ciertas formas de contenido cultural puede explicarse tanto como consecuencia de «fases comunes de procesos evolutivos entre sistemas socioculturales interactuantes [...], como el subproducto de sus grados de interacción» (*ibidem*, p. 237). Esa doble eventualidad no ha sido tomada en cuenta por los prehistoriadores normativistas que desde Tylor y Graebner han venido empleando unas guías para la interpretación de semejanzas formales (*cf. supra*) que «ignoran los problemas irresueltos inherentes al método [..., en concreto,] que las clasificaciones tienen que hacerse a tenor de una lista de rasgos culturales indiferenciados con respecto a la probabilidad de que representen analogías u homologías» (Binford, 1972c, p. 82). Como señalaba R. Lowie (1912, p. 28; cit. por Binford, 1972c, p. 82), «la comparación de forma nunca puede hacer más que establecer la identidad de formas; que tal identidad sea explicada por relación genética es una hipótesis».

La crítica a este tercer supuesto de la interpretación histórica tradicional es de gran trascendencia dado el propósito de los prehistoriadores normativistas de reconstruir la historia cultural a partir de las filiaciones entre culturas. Ahora bien, aun en el caso de que las explicaciones históricas específicas pudieran ser demostradas, darían cuenta simplemente de los mecanismos, no de los procesos de cambio y evolución cultural. Así, por ejemplo, si se llegara a probar que tuvo lugar una migración, quedaría por averiguar «qué circunstancias adaptativas, qué procesos evolutivos indujeron la migración» (Binford, 1972a, p. 22).

Ello se debe a que no se ha resuelto el problema de la causalidad:

cualquier estadio de clasificación es simplemente una escala ordinal de medida. La aplicación de tal escala a innumerables casos empíricos, o incluso la sistematización última de todos los materiales arqueológicos, nunca puede proporcionarnos una comprensión de los procesos que operaron en el pasado y dieron como resultado la secuencia estadal. Una generalización empírica de los datos —no importa qué precisa sea— nunca es una explicación de los datos [Binford, 1972c, p. 88].

Las razones que aduce Binford son dobles. En primer lugar, «las decisiones respecto a qué características son significantes en el desarrollo general de la cultura no derivan de los propios datos. Su sentido general les viene dado por las ideas» que mantiene el investigador «sobre los procesos de desarrollo cultural» (*ibidem*, p. 89) (problema de la determinación teórica).

En consecuencia, «unas unidades analíticas intuitivamente establecidas, cuya significación no se especifica son, todo lo más, de utilidad limitada para probar hipótesis». Ese objetivo sólo puede alcanzarse si el prehistoriador es capaz de justificar sus observaciones «como medidas relevantes de las variables identificadas en las proposiciones» que ha formulado (*ibidem*, p. 97).

En segundo lugar, la generalización queda invalidada sólo con que se cite un caso empírico en sentido contrario o con que se sugiera la posibilidad de que tal caso suceda.

«Además, la validez del propio principio interpretativo nunca puede ser demostrada independientemente, ya que su exactitud sólo se prueba por referencia a la generalización empírica que dice explicar». Una extensión de la generalización a nuevos casos «simplemente proporciona más ejemplos para los que el principio puede ser relevante; de ninguna manera demuestra el propio principio» (*ibidem*, pp. 91-92) (problema de la «explicación *ad hoc*»).

La combinación de empirismo, perspectiva ecléctica e interés por la reconstrucción de la historia cultural en la Prehistoria normativista da lugar a la confusión entre sucesión temporal y causalidad histórica. Una de las declaraciones más claras sobre este particular corresponde a M. Almagro y A. Arribas (1963, p. 199; también en p. 191): «Para el arqueólogo y para el historiador en general [es] una verdad básica, que donde no hay cronología no hay historia. Sin ella no se comprenden los sucesos acaecidos, no se acierta a interpretar qué fenómeno fue anterior y causa de los posteriores, no hay, en una palabra, lógica en el acontecer de los hechos, y eso sólo es la Historia.»

Sin embargo, la cronología no es explicativa por sí misma. Es, «por supuesto, una necesidad práctica de todo trabajo histórico», pero su investigación «está subordinada teóricamente a la estructura y desarrollo de las sociedades prehistóricas» (Kristiansen, 1985, pp. 261 y 263).

La creencia en la naturaleza ateorica de la Prehistoria y el arraigo del «argumento de autoridad» (véase *supra*, p. 19) acaban haciendo concebir esta metodología normativista, como la metodología «pro-

pia de la tradición disciplinar cuya existencia es consustancial a la propia disciplina» (Vicent, 1984, p. 80). Ello favorece, a su vez, el dogmatismo paralizándolo la discusión crítica. Por otra parte, cuando ésta surge, lo hace teñida con excesiva frecuencia de descalificaciones personales muy en consonancia con la implantación de dicho «argumento».

La situación a que da lugar este proceso de retroalimentación era descrita por J. Alcina Franch (1975, pp. 68-69) en estos términos: «la Arqueología española de los últimos treinta años puede definirse por las siguientes características [...]: 1) carencia teórica casi absoluta, 2) carencia de programa, 3) nivel descriptivo o «arqueográfico» generalizado, 4) nivel interpretativo exclusivamente historicista, 5) déficit en el estudio del componente ambiental y 6) ausencia de estudios interdisciplinarios o multidisciplinarios».

Junto a estas deficiencias no se pueden negar los importantes avances que tienen lugar, desde fines del siglo pasado, en los procedimientos puestos en práctica. La propia introducción del enfoque empirista entre los dos siglos supuso un progreso notable al reivindicar «lo técnico frente a la concepción estético-cultural del kantismo» hasta entonces imperante (Ruiz Rodríguez *et al.*, 1986, p. 30). Otro tanto cabe decir de la incorporación del «concepto de tipología formal como base para la investigación de lo arqueológico» (*ibidem*, p. 32) o la mejora relativa de las técnicas de excavación (*ibidem*, p. 31).

Esta tendencia prosigue y se amplía en el lapso temporal al que hace referencia el doctor Alcina acelerándose en la década de los setenta, como en los países de Europa continental con los que estamos más directamente relacionados (Alemania, Francia), por los factores que ya conocemos (véanse *supra*, pp. 1-2).

El impacto de la «ciencia en Arqueología» (Brothwell y Higgs, 1980) está vinculado en buena medida con la investigación alemana⁴⁶. Algunas de sus manifestaciones más representativas, a mi juicio, son los análisis metalográficos del equipo de Stuttgart (Junghans, Sangmeister y Schröder, 1960 y 1968), los paleontológicos emprendidos por J. Boessneck y A. von der Driesch del Instituto de Paleoa-natomía, Instituto de Domesticación e Historia de la Medicina de la

⁴⁶ Presento aquí parte de la información de mi ponencia «Crítica de la metodología arqueológica en el Viejo Mundo: el caso español» defendida en el I Coloquio Hispano-Mexicano de Teoría, Método y Conservación en Arqueología (Castillo de Magalia. Las Navas del Marqués. Avila, 2-5 de mayo de 1988). Las fechas que indico corresponden a las de las primeras publicaciones a las que he tenido acceso.

Universidad de Munich, publicados en la serie «Studien über frühe Tierknochenfunden von der Iberischen Halbinsel» desde 1969, así como los paleobotánicos debidos a M. Hopf del Römisch-Germanisches Zentralmuseum (Maguncia), desde 1964.

Por su parte, las excavaciones con control estratigráfico preciso, cuadrícula y amplia documentación gráfica son introducidas en yacimientos al aire libre pertenecientes a períodos metalúrgicos por arqueólogos alemanes (Sangmeister, Schüle) o anglosajones (Mas, 1988, p. 7). En el caso de las cuevas y abrigos es fundamental la conexión de los paleolitistas cantábricos con los franceses vía el Instituto del Cuaternario de la Universidad de Burdeos o vía el Museo del Hombre de París, dirigidos por los doctores Bordes (†) y Leroi-Gourhan (†), respectivamente. Con esta última institución y, en concreto, con su Laboratorio de Palinología, dirigido por madame Arl, Leroi-Gourhan se vincula la línea más continuada e influyente de estudios en ese campo en la Península (P. López García, Departamento de Prehistoria, CSIC, Madrid).

El buen nivel alcanzado por las excavaciones arqueológicas españolas en el período de referencia queda patente en las monografías publicadas por las distintas administraciones públicas⁴⁷. La incidencia de la «Revolución Tecnológica» se concreta, a su vez, en la celebración de reuniones destinadas a la presentación de las características y posibilidades de utilización de los campos y técnicas científicas citados, así como de otros más, en Prehistoria (Chapa, 1988, p. 137).

Esta situación supone una mejora notable en los dos últimos rasgos de la Arqueología española indicados por Alcina (1975, p. 69). Sin embargo, al haber tenido lugar sin un replanteamiento del primero (las bases teórico-metodológicas), difícilmente puede llevar por sí sola a la renovación de la disciplina. De hecho, el efecto producido es precisamente el contrario: el reforzamiento de la orientación histórico-cultural tradicional mediante la renovación introducida por el «reformismo pragmático» (véanse *supra*, pp. 20-21)⁴⁸.

⁴⁷ Son fundamentales las series *Excavaciones Arqueológicas en España* y *Noticario Arqueológico Hispánico* (Ministerio de Cultura, Madrid) que, antes de finalizar el proceso de transferencia de competencias de la Administración central a las comunidades autónomas, daban a conocer los resultados de las excavaciones emprendidas en todo el país.

⁴⁸ Así, por ejemplo, la positiva reorientación de los prehistoriadores españoles hacia los estudios ambientales y económicos ha permitido contar con una importantísima información, anteriormente casi inexistente. Sin embargo, ésta se incorpora en

Como en otros lugares (véanse *supra*, pp. 39-40), la identificación entre «Nueva Arqueología» e incorporación de nuevos procedimientos empíricos es casi absoluta. En palabras de Alcina (1975, pp. 68-69), a juzgar «por el escaso o nulo interés prestado a las cuestiones teóricas [...] se diría que o bien todo está aclarado suficientemente en lo que se refiere a las bases, enfoques y orientaciones de la propia Ciencia —y por lo tanto, es ocioso tratar de ello—, o bien lo teórico se confunde sistemáticamente con lo especulativo e hipotético o falto de comprobación».

Esta «enorme desproporción entre el dispositivo técnico y la todavía debilidad teórica de la disciplina» (Ruiz *et al.*, 1986, p. 47) es, a mi juicio, el problema primordial incluso hoy. Como señala Martín de Guzmán (1988, p. 37), «la reflexión epistemológica desde el campo específico de la arqueología apenas cuenta con breves conatos en la disciplina universitaria española». El concepto empirista «en muchos aspectos sigue latente» (*ibidem*, p. 30).

Esos «breves conatos» aparecen, por primera vez, en el Departamento de Antropología y Etnología Americanas (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Complutense de Madrid). Su misma área de estudio permitirá a los americanistas participar en las discusiones que se desarrollan en los Estados Unidos, ofreciéndoles una oportunidad única de superar la perspectiva tradicional. Su labor de traducción y edición permitió contar desde el principio de los setenta con una selección de las obras más significativas de la Nueva Arqueología (Chapa, 1988; Martín de Guzmán, 1984, p. 35, nota 1). Por desgracia, esta tarea de renovación apenas incidió en los demás prehistoriadores peninsulares por la rigidez de la estructura académica, impermeable a la comunicación interdisciplinaria a nivel institucional (Rivera, 1981, p. 106; Alcina, 1975, p. 76), así como por el hecho de que los americanistas estaban también afectados por los personalismos característicos de la investigación española.

Por su parte, C. Martín de Guzmán (1984, p. 35, nota 1) considera las comunicaciones presentadas por el francés J. M. J. Gran Aymerich (1975, 1977) al XIII y XIV Congreso Nacional de Arqueo-

apéndices sucesivos tras la monografía arqueológica tradicional sin integrarla en sus resultados. Cuando tal cosa sucede, las conclusiones ambientales y «económicas» son «tan mecanicistas, a veces, como simplistas» (Estévez, 1984, pp. 295-296). Sin embargo, los prehistoriadores se comportan como si el aura de pretendida modernidad y cientificidad que la colaboración multidisciplinaria comporta, bastara para obviar ese tipo de críticas.

logía: «las primeras palabras que desde el campo de la Arqueología se pronuncian en un Congreso español en favor de una clarificación epistemológica y que, desgraciadamente, tuvieron escasa repercusión».

La reivindicación oficial de una discusión en este sentido no se produce hasta diciembre de 1981, cuando la Subdirección General de Arqueología (Ministerio de Cultura) y la Excelentísima Diputación Provincial de Soria organizan las primeras «Jornadas sobre Metodología de Investigación Prehistórica» en esa ciudad. En ella, junto a diversas secciones dedicadas a los nuevos procedimientos de investigación, se crea, por primera vez en España, una destinada a la Epistemología. La ponencia corre a cargo del propio doctor Martín de Guzmán (*ibidem*).

El reducido número de comunicaciones presentadas en esa sección pone de manifiesto el carácter minoritario de las investigaciones sobre el tema. Pero la propia creación de una sección de Epistemología, la respuesta a la convocatoria por parte de los profesionales más inquietos e incluso la presentación de trabajos, por escasos que fueran, demuestran que existe ya en nuestro país un interés por la discusión teórica. En este sentido, la cantidad de comunicaciones está posiblemente más relacionada con el reconocimiento por parte de los prehistoriadores de las insuficiencias de su formación de cara a acometer un estudio epistemológico o, incluso, con el de su desconocimiento del tema, que con el rechazo del mismo.

Esta reunión de metodología, el «Coloquio sobre distribución y relaciones entre asentamientos» (Teruel, 1984) (Ruiz *et al.*, 1986, p. 35) y el dedicado a «Corrents teòrics en arqueologia» (Ballestin *et al.*, 1988) son algunos de los puntos de referencia para valorar los cambios en la Arqueología española durante esta década. Sin embargo, se carece todavía de perspectiva temporal suficiente para que esa evaluación sea objetiva (Ruiz *et al.*, 1986, p. 35). Por otro lado, son pocos los trabajos que han abordado el tema a partir de indicadores internacionalmente aceptados del impacto de un determinado autor o enfoque metodológico (Ruiz Zapatero, 1987). En consecuencia, el análisis de la situación en los ochenta se mueve dentro de un margen importante de imprecisión e intuición. Dicho margen se explica también por la circunstancia de que la renovación no tiene una dirección institucional más que en el caso de la orientación nomotética de la «Nueva Arqueología» (véase *infra*). La reflexión sobre la naturaleza de la crisis y las alternativas a la insatisfacción profesional que algunos de los jóvenes arqueólogos españoles experimentan se vinculan con la lectura

de las revistas y libros ingleses y norteamericanos (Martín de Guzmán, 1988, p. 43). Así pues, la accesibilidad de la bibliografía será un factor importante en la resolución de la crisis, introduciendo gran variabilidad en su manifestación concreta en las distintas universidades españolas.

La perspectiva autodidacta desde la que se aborda la renovación metodológica tiene implicaciones negativas, como la desorientación y falta de criterios claros de muchos de los prehistoriadores comprometidos en la misma, y positivos, como un mayor sentido crítico a la hora de la evaluación de las opciones que se ofrecen. Este rasgo ha sido recientemente valorado por A. Gilman (1988, p. 61) que, como «observador acostumbrado al mundo anglonorteamericano», estima «más que esperanzador ver en varios trabajos recientes sobre la prehistoria de la península Ibérica (Lull, 1983; Criado Boado *et al.*, 1986; Ruiz *et al.*, 1986) un nivel de lucidez muy superior al de la mayor parte de los que se adhieren a la nueva arqueología y al de los dirigentes de la nueva reacción que se le opone»⁴⁹.

Por mi parte, propongo la consideración de, al menos, cuatro alternativas a la crisis disciplinar. La primera que puede definirse, a grandes rasgos, como «nuevo arqueológica» incluye un enfoque «cientifista», vinculado con los miembros del Departamento de Antropología y Etnología Americanas (Universidad Complutense de Madrid) y otro de «arqueología económico-cultural y ambiental» de difusión más amplia.

La segunda, emprendida por J. M. Vicent García (Departamento de Prehistoria. Centro de Estudios Históricos, CSIC, Madrid), aborda el análisis de los fundamentos teórico-metodológicos de la Prehistoria desde la Filosofía de la Ciencia.

La tercera, inspirada en la Antropología Cultural estructuralista, ha sido propuesta por el doctor C. Martín de Guzmán (Departamento de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense de Madrid).

La cuarta está representada por los investigadores materialistas históricos del Colegio Universitario de Jaén y del Departamento de Historia de las Sociedades Precapitalistas y Antropología Social de la Universidad Autónoma de Barcelona.

⁴⁹ Gilman (1988, p. 61) se refiere a «un materialismo hipersimplificado o un idealismo especulativo», respectivamente. Agradezco al doctor Gilman haberme facilitado el original en inglés del texto, de cuya versión española fueron suprimidas las referencias bibliográficas por la redacción de la revista.

Como adelanté, sólo la orientación nomotética de la alternativa «nuevo arqueológica» ha surgido y se ha desarrollado en un marco institucional. Las propuestas estructural y epistemológica responden a la trayectoria intelectual personal de sus respectivos propugnadores. Su impacto en la comunidad disciplinar depende de sus propios méritos. Finalmente, la opción materialista histórica se origina también fuera del contexto académico de la Arqueología. La formación teórica marxista de los principales investigadores de cada centro universitario está imbricada con su compromiso político. Esta posición doctrinal puede reflejarse o no desde un principio en la labor arqueológica concreta pero, en todo caso, lo hace a partir de un cierto momento y cuenta ahora con el apoyo institucional que su implantación académica les proporciona.

La situación que se vive en este momento en la Prehistoria española es de gran dinamismo de modo que, en poco tiempo, cuando salgan a la luz los trabajos en prensa, el panorama puede resultar diferente. Soy consciente de ello y, por consiguiente, no doy a la estructuración en cuatro alternativas que propongo más que un valor provisional, tentativo, destinado fundamentalmente a la presentación organizada de la información. Confío en que sea ése el sentido en que lo entienda el lector.

III.2. *El enfoque «nuevo arqueológico»: la orientación «cientifista» y la «arqueología económico-social y ambiental»*

La preocupación por la fundamentación teórico-metodológica de la Prehistoria se inicia en España a comienzos de la década de los setenta en el Departamento de Antropología y Etnología Americanas (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Complutense de Madrid). Su iniciativa fundamental en ese sentido consiste en una importante labor de traducción, iniciada con la publicación de los números de 1971 y 1972 de sus *Cuadernos de Antropología Social y Etnología*, dedicados a la «Arqueología teórica». A través de ella se pretendía «llenar el vacío que existe en lengua castellana sobre estos temas» (Rivera, 1972, p. IV).

Las obras seleccionadas correspondían a significados representantes de la «Nueva Arqueología», ya sea del autor fundacional (Binford, 1972a), ya de miembros de la rama «ley y orden» (Fritz y Plog, 1970; Watson, Leblanc y Redman, 1974), pero también a críticos de

la misma (Trigger, 1971) o a otros que seguían líneas de investigación paralelas (Chang, 1972 y 1976). Se trataba fundamentalmente de autores norteamericanos, pero no sólo de ellos (Daniel, 1974; Klejn, 1970)⁵⁰.

La publicación del libro de Watson, Leblanc y Redman (1974) en castellano en la serie de libros de bolsillo de una editorial bien conocida supone la primera oportunidad de una difusión generalizada de los presupuestos de la orientación nomotética de la N.A. en nuestro país. Es difícil evaluar su incidencia. No tengo conocimiento de que la obra fuera reseñada (Ruiz Zapatero, 1987, p. 318), lo cual podía ser un indicador, al menos, de la atención que se la prestó en medios oficiales. La impresión es que no pasó de ser una «curiosidad bibliográfica». Sin duda se leyó, pero ello no llevó a recoger el requerimiento básico de la N.A. de emprender un debate explícito sobre la estructura teórica de la Prehistoria (Alcina, 1975, p. 76). Tal situación es lógica si se recuerda que esta categoría específica de problemas carecía de interés en el medio intelectual donde se dio a conocer.

Me parece interesante señalar que, si la situación se compara con la de otros países, cabría hablar de una sensibilización especial por parte de los americanistas españoles a dicho requerimiento. Así, por ejemplo, en Francia, «aunque muchos habían leído las obras de L. y S. Binford, no hubo reacciones por escrito antes de 1973» (dos reseñas) (Audouze y Leroi-Gourhan, 1981, p. 182). Sería «una expresión de la típica penetración superficial de las ideas foráneas» en ese país (*ibidem*). Por otro lado, la crítica a «New Perspectives in Archaeology» (Binford y Binford, 1968) aparece en *American Antiquity* y en la URSS tres y cinco años después de su publicación, respectivamente (Klejn, 1977, p. 11). La obra, como tantas otras significativas de esta orientación, no fue reseñada en España (Ruiz Zapatero, 1987, p. 318). Sin embargo, teniendo en cuenta que el lapso transcurrido entre la publicación en inglés y la traducción al español de la obra de Watson, Leblanc y Redman es de tres años, la investigación española más sensible habría respondido positivamente a las nuevas alternativas tanto o más rápidamente que otras, en principio, mejor preparadas para ello.

⁵⁰ La consulta de los índices de los dos «Cuadernos» dedicados a la «Arqueología Teórica» permite hacerse una idea de la amplitud de posiciones que se tuvieron en cuenta para presentar un estado de la cuestión al lector español. Por su parte, T. Chapa (1988) comenta las obras traducidas del inglés disponibles en la actualidad.

El artículo de M. Rivera Dorado (1981), uno de los más significados promotores de la orientación «cientifista», reproduce fielmente sus presupuestos (véanse *supra*, pp. 22-23). Por otra parte, su fecha de publicación puede considerarse indicativa de la finalización de la labor divulgadora de los americanistas madrileños.

El autor defiende el programa característico de la rama «ley y orden»: ciencias naturales como modelo normativo (Rivera, 1981, p. 102), monismo metodológico (*ibidem*, p. 100), reivindicación del razonamiento hipotético-deductivo, investigación orientada a la resolución de problemas, establecimiento de hipótesis, construcción y verificación de leyes y predicción (*ibidem*, y p. 101), optimismo gnoseológico (*ibidem*, p. 103).

Hoy en día, el equipo del Departamento de Antropología y Etología Americanas que promovió la renovación disciplinar se ha disuelto. El propio doctor Rivera mantiene ahora posiciones más matizadas que la que se acaba de comentar y, sobre todo, menos materialistas (*idem*, 1988, p. 279).

Paralelamente a esa orientación «cientifista» llegan a España las obras de la escuela de paleoconomía de Cambridge (Higgs, 1972-75), las de la escuela americana de estudios ambientales (Butzer, 1971; Freeman, 1973) y las de los «nuevos arqueólogos» británicos. Ellas configuran la que he denominado «arqueología económico-social y ambiental».

La heterogeneidad de situaciones que pueden englobarse bajo tal designación (véanse *supra*, pp. 72-73), agravada por la ausencia de obras de conjunto sobre el tema, hacen difícil su evaluación con suficiente perspectiva. Mi propósito, en este caso, se limita a facilitar algunos datos expresivos de la diversidad de factores que concurren en el desarrollo de esta línea de investigación según períodos y zonas del país ⁵¹.

La investigación del paleolítico cantábrico es una de las que primero refleja la preocupación por la consideración de los «hechos globales» (Bernaldo de Quirós, 1980, p. 7) ⁵². Confluyen allí la «exca-

⁵¹ Hago referencia únicamente aquí a aquellas obras que no manejo en los capítulos siguientes del libro. Los estudios de síntesis referidos a los primeros períodos metalúrgicos peninsulares o los específicos sobre el Sureste, a veces, amplían de modo significativo el panorama.

⁵² Esto queda resaltado si se tiene en cuenta que la obra a la que estoy aludiendo corresponde a la memoria de licenciatura defendida por el autor en 1974 en el Dpto. de Prehistoria de la Universidad Complutense.

vación etnográfica» (Leroi-Gourhan, 1950), la presencia de investigadores de la escuela americana (Freeman, 1973) y el conocimiento de los trabajos de la británica (Higgs, 1972-75) por algunos paleolíticos españoles. En este contexto, F. Bernaldo de Quirós (1980, p. 8) propone tres niveles de análisis de los yacimientos (Esencial, Espacial y Ambiental) que partiendo de los restos faunísticos identificados logren su relación con «la ecología en que se sitúa el yacimiento». Su programa, que incluía la exposición de los procedimientos correspondientes, resultaba totalmente novedoso para su momento.

Las obras de los «nuevos arqueólogos británicos», así como las de la «arqueología cultural» de enfoque ecológico (Clark, 1952 y 1972) (véase *supra*, p. 35), a diferencia de lo que ocurrió con las de los autores «científistas», fueron traducidas muy tardíamente, cuando lo fueron (Clark, 1980; Clarke, 1984; Renfrew, 1979a). Tampoco estos libros, ni las importantes colecciones de artículos editadas por Clarke (1972) y Renfrew (1973), merecieron ningún comentario en las tres revistas españolas de mayor tradición y difusión (Ruiz Zapantero, 1987, pp. 317-318).

Creo que, a pesar de ello, su influencia en el desarrollo de la investigación fue mucho mayor que la de los autores de la orientación nomotética. Atribuyo este hecho a diversos factores interconectados. Se ocupan de temas clásicos de la Prehistoria europea como el megalitismo (Renfrew, 1967), el campaniforme (Clarke, 1970 y 1976), la aparición de la civilización en el Mediterráneo oriental (Renfrew, 1972) y el intercambio prehistórico (Renfrew, 1969). Afrontan problemas largamente discutidos en ese contexto (cronología, mecanismos de explicación del cambio cultural) (Renfrew, 1979a) con el tipo de conocimiento de la evidencia arqueológica que la tradición disciplinar es capaz de valorar. Por otro lado, el propio enfoque desde el que se abordan los problemas mantiene conexiones con dicha tradición.

En efecto, «Renfrew parte de una concepción que pretende integrar la línea histórica abierta por Childe, con los postulados neofuncionalistas-neoevolucionistas de la "New Archaeology"» (Ruiz *et al.*, 1986, p. 42). Su aportación reside en la insistencia en el estudio de las estructuras sociales «para comprender el proceso de cambio (Arqueología Social)» (*ibidem*).

Clarke es conocido entre nosotros, sobre todo, por su obra teórica *Arqueología analítica* (1968), que «recoge buena parte de la tra-

dición ecléctica de la Arqueología» (Ruiz *et al.*, 1986, p. 44). En ella se «plantea la elaboración de una metodología analítica propia para la Arqueología basada en la lógica positivista y en un empleo de la cibernética como elemento básico del proceso investigador. Todo ello con la elaboración de un lenguaje arqueológico» más preciso (*ibidem*, p. 43).

Me interesa destacar dos aportaciones de Clarke al análisis arqueológico de especial resonancia en España. Sus propuestas de «nuevos principios de clasificación a partir de la taxonomía numérica» para «contribuir a la homogeneización investigadora» (*ibidem*) harán de la *Arqueología analítica* «una de las monografías más consultadas [...] con el fin de elaborar clasificaciones jerárquicas coherentes de los materiales arqueológicos» (Chapa, 1988, p. 136).

Además, su «concepción del asentamiento, no como unidad cerrada en sí misma, sino como una estructura que se relaciona con el medio [...] y con otras estructuras de asentamiento [le] convierte en un predecesor de [...] la Arqueología Espacial» (Ruiz *et al.*, 1986, p. 43). Sus categorías de «micro, semimicro y macrosespacio» interpretan «el conjunto del espacio socialmente ocupado» como «paisaje humanizado» o «territorio» (*ibidem*).

El «eclecticismo» de Clarke se expresa, por ejemplo, en la conexión entre estas dos aportaciones y la alternativa a la Nueva Arqueología vinculada con el «Estructuralismo arqueológico» de Trigger y Chang. Este último es el mejor conocido en España gracias a las traducciones ya aludidas (Chang, 1972 y 1976): «Chang recoge la tradición de la “Escuela Contextual” (véase *supra*, p. 32), desarrollada por Taylor en los años veinte [articulada] operacionalmente a partir del concepto de Lévi-Strauss de estructura» (Ruiz *et al.*, 1986, p. 42).

C. Martín de Guzmán (1988, pp. 44-45), conectado con la alternativa estructuralista (apartado III.4 de este capítulo), destaca de la contribución de Chang

su insistencia en torno a la dificultad insuperable de interpretar de modo aislado el artefacto y los repertorios. Propone como unidad de estudio el *asentamiento* [equivalente arqueológico de la unidad social fundamental que es la comunidad] y su patrón. Pues el objeto de la investigación arqueológica no es el mero estudio de los útiles, sino el de su función y significado. La significación del útil se deducirá no de la tipología sino del contexto espacial, de su sintaxis, del estudio de la localidad, del sitio donde aparece conectado.

Estas perspectivas contextuales para el estudio del objeto y el ya-

cimiento tendrán amplio eco entre los prehistoriadores más insatisfechos. El interés despertado por el estudio de la relación «hombre-medio» y «hombre-hombre» durante la década de los setenta queda expresado, a comienzos de la siguiente, en la celebración del «Coloquio sobre distribución y relaciones entre asentamientos» organizado por el doctor F. Burillo Mozota en 1984, en Teruel. Como he comentado ya, esta iniciativa se cree uno de los indicadores más claros del cambio que se está produciendo en la Prehistoria española (Cerrillo, 1984, p. 44; Ruiz *et al.*, 1986, p. 35). Los cinco volúmenes de las actas son un buen exponente del estado de la «Arqueología Espacial» en nuestro país, tanto por la amplitud cronológica considerada (desde el Paleolítico a la época medieval), como por el número de comunicaciones presentadas (sesenta y una).

Dejando de lado los trabajos del equipo del colegio universitario de Jaén (apartado III.5 de este capítulo), me interesa destacar algunas de ellas.

V. Fernández Martínez y G. Ruiz Zapatero (1984) exponen, por primera vez en español y de una manera completa, los fundamentos teóricos del análisis territorial (territorios de explotación, anual y de captación de yacimientos) que constituye, sin duda, uno de los que está mereciendo mayor atención por parte de los prehistoriadores españoles.

F. Burillo y un amplio equipo (1984) presentan el proyecto interdisciplinar, en curso, de Mora de Rubielos (Teruel) que aborda el patrón de ocupación humana del territorio con la máxima perspectiva cronológica. Las unidades territoriales del hábitat tradicional se emplean para la evaluación crítica de los planteamientos teóricos sobre la territorialidad.

G. Ruiz Zapatero y V. Fernández Martínez (1984) ponen en evidencia la naturaleza agrupada por áreas locales de los asentamientos protohistóricos del Bajo Aragón combinando procedimientos analíticos diferentes (análisis territorial y polígonos de Thiessen). Integran los datos funerarios y los límites de la distribución de las importaciones coloniales como elementos de contraste y facilitan estimaciones demográficas tentativas⁵³.

Por su parte, J. Rovira Port y J. Santacana Mestre (1984) proponen un modelo de despoblación/concentración en el bajo Segre des-

⁵³ G. Ruiz Zapatero (1983) desarrolla esta línea de investigación en su tesis doctoral.

de el Bronce Medio a la Iberización con un regreso al patrón rural en época medieval. Dicho modelo vincula el abandono del hábitat disperso propio del modo doméstico de producción (Sahlins, 1977, en Rovira y Santacana, 1980) con la implantación de artesanos en diversos núcleos y, en último término, con la aparición de una economía excedentaria e incipientemente monetarizada. La transformación de la economía comercial romana provoca, durante la época altomedieval, la vuelta a una ocupación análoga a la de la Edad del Bronce.

El ejemplo más brillante de las posibilidades de los estudios hombre-medio lo proporciona, a mi juicio, el plan de investigación sobre el megalitismo que están emprendiendo J. M. Bello Diéguez, F. Criado Boado y J. M. Vázquez Varela (Prehistoria) y M.^a J. Aira Rodríguez y F. Díaz-Fierros Viqueira (Edafología) con el apoyo institucional de la Xunta de Galicia.

El objetivo del citado plan es «descubrir el patrón de asentamiento de las comunidades megalíticas sobre el territorio», es decir, «la interrelación de la realidad natural (el medio ambiente, la ecología) y la del hecho cultural (el megalitismo)» (Criado *et al.*, 1986, p. 17).

Los trabajos se inician a partir de 1980 a raíz de la celebración en Santiago del *II Seminario de Prehistoria e Arqueoloxía do NW Peninsular*, cuyo tema principal era la ocupación de dicho espacio desde la Prehistoria hasta la Edad Media (Bello *et al.*, 1987, pp. 20-21)⁵⁴.

Se estudian sucesivamente las diferentes comarcas gallegas dentro de una estrategia de investigación que puede definirse como «Nueva Arqueología» en la medida que concibe «un estudio del hábitat [...] en el seno de un doble sistema de relaciones»: el «entorno ecológico» y «la totalidad del sistema social» (Criado *et al.*, 1986, p. 14). Sin embargo, se distancia de la misma en cuanto que se propone como primer paso «la reconstrucción de las condiciones paleoambientales de esas comarcas durante la etapa estudiada», en lugar de suponer las actuales extensibles al pasado (*ibidem*, p. 15). Tampoco se está de acuerdo con el determinismo geográfico de la N.A. que utiliza el marco natural como método para descubrir la base económica. Por el contrario, la «vida cultural cambia [...] el espacio, y así se crea [...] su paisaje característico que es el reflejo de un sistema complejo de dialéc-

⁵⁴ Según el equipo gallego (Criado *et al.*, 1986, p. 14), el «estudio fundamental, analítico y sintético al unísono y que reúne gran cantidad de datos» es el de Bello, Criado y Vázquez (1987).

tica e intercambio entre aquél y la cultura [donde] lo económico es un factor más» (*ibidem*).

Los datos del trabajo son la localización y distribución de los monumentos megalíticos —que «no obedece al azar»— y las características del medio físico: geología, geomorfología, hidrografía y climatología, edafología, vegetación, geografía humana (demografía, distribución del *ager*, utilización del *saltus*) (*ibidem*, pp. 17 y 19).

Los «condicionamientos culturales» que habría que tener en cuenta para la interpretación de aquéllas son: «la situación de las mámoas en lugares visibles y/o desde los cuales se pueden dominar amplios paisajes, la localización asociada con caminos, la distribución de los túmulos de una necrópolis en relación con eventos astronómicos (por ejem., alineadas en dirección E-W, o de cualquier otro tipo» (Bello *et al.*, 1987, p. 107).

La diferente extensión del marco geográfico escogido para el estudio hace que, en el caso de la cultura megalítica de la provincia de La Coruña, se evalúe el segundo, que podría «tener una *importante significación religiosa y cultural*» (*ibidem*, p. 121) y, en el de la sierra de Barbanza, el primero (Criado *et al.*, 1986, p. 143).

Es difícil saber si esa circunstancia es responsable también del distinto énfasis concedido a los «condicionantes culturales» en sus respectivas interpretaciones de la localización y distribución de las manifestaciones megalíticas. La organización socioeconómica y los condicionantes paleoambientales se evalúan de manera más precisa en el libro encabezado por J. M. Bello Diéguez (1987, pp. 148-153) que en el que lo hace F. Criado Boado (1986, p. 176)⁵⁵. En este último, se supone que el «nuevo tipo de representación y aprehensión simbólica del espacio», asumido por las comunidades a partir de «la extensión de un nuevo tipo de práctica económica que destruye el ambiente natural» es «el que traduce y permite el levantamiento de un monumento megalítico, el cual [representa] fórmulas eminentemente simbólicas» (*ibidem*).

En todo caso, el modelo de grupo humano propuesto es coincidente: «*pequeñas comunidades que practicaban una agricultura ce-*

⁵⁵ La diferencia más llamativa se encuentra en la ausencia de cualquier referencia a los ajuares en las conclusiones del estudio del megalitismo de la Sierra de Barbanza (Criado *et al.*, 1986). A mi juicio, la circunstancia de que sólo estuvieran representados (una lámina de sílex) en uno de los treinta túmulos considerados (*ibidem*, p. 46), por la violación sistemática a que habían sido sometidos, no explica por sí sola tal hecho.

realística de roza, junto con la ganadería, y que se debían asentar sobre el territorio de forma dispersa» (*ibidem*, p. 172; también en Bello et al., 1987, pp. 152-153).

Confío que los comentarios previos hayan resultado indicativos de la amplitud de la perspectiva, así como del sentido crítico con el que se está abordando la «arqueología social» en España por grupos muy diversos de prehistoriadores si bien, todavía, minoritarios.

III.3. *El enfoque epistemológico*

J. M. Vicent García (Departamento de Prehistoria, Centro de Estudios Históricos, CSIC) es el prehistoriador que se ha significado más en el desarrollo de una investigación sobre la fundamentación epistemológica de la disciplina. Esta y otras razones ⁵⁶ motivaron que me sirviera de sus trabajos como referencia en los apartados correspondientes (II.1 a II.4 de este capítulo 1). En esta ocasión presento de forma abreviada sus opiniones acerca de la naturaleza de la crisis de la Prehistoria y las alternativas más adecuadas, a su juicio, para su resolución satisfactoria.

J. M. Vicent (1982, p. 47), en una posición antitética a la de los «cientifistas», atribuye precisamente a «la constitución histórica de la Prehistoria como disciplina científico-natural [...] la imposibilidad de la teorización». En efecto, como vimos, al ser la Física el modelo metodológico de la Ciencia Natural y tener como principal axioma la cognoscibilidad exclusiva de «las manifestaciones sensibles de los seres», la Prehistoria queda restringida a una «Arqueología descriptiva, puesto que la cultura material es la única manifestación observable de su objeto» (*ibidem*, p. 48).

Estos principios configuran, a su vez, la «forma» que adopta nuestro conocimiento del pasado. Desde ellos, «sólo son perceptibles [...] las relaciones mensurables entre los grupos o los individuos concebidos como sistemas físicos [...], es decir, conjuntos de partículas sin cualidades en interrelación mecánica [...]. Los modelos de la Ciencia Social serán así necesariamente modelos mecánicos y, por lo tanto y aquí estriba la cuestión fundamental, *deterministas*» (*ibidem*).

De ahí que para este investigador (*ibidem*), la pregunta crucial que deben plantearse los prehistoriadores es si «el objeto de la Prehisto-

⁵⁶ Cf. nota 11.

ria [es] concebible desde una perspectiva atomista-mecanicista-determinista, basada en la noción de causalidad física».

Sus principales objeciones a la concepción «fiscalista» de la disciplina residen en el «carácter sustancialmente indeterminista de ciertos fenómenos inherentes al “objeto humano”», así como el carácter integrador, «orgánico» de la cultura, muy distinto a la visión atomista de la realidad, propia de la Física (*ibidem*).

La cultura (*ibidem*, p. 49) «no puede ser comprendida como un sistema mecánico, en primer lugar porque no es concebible como un conjunto de hechos, en el sentido físico derivado de la noción de “explicación”, pero igualmente porque la noción de “causalidad” se disuelve en la noción de “sistema cultural”: la Cultura no puede ser causalmente explicada. Es más, la Cultura no puede ser *explicada*, sino *comprendida*».

Desde esta perspectiva el objetivo de las Ciencias Humanas sería «hacer conceptualmente inteligibles sus objetos de conocimiento» en vez de «hacer generalizaciones universales sobre los fenómenos», como las Ciencias Naturales (*ibidem*). Así, propone (*ibidem*, pp. 49-50) como «paradigma» de ese complejo multidisciplinar de las Ciencias de la Cultura:

la concepción de los fenómenos culturales desde la noción de «lenguaje» y [como] método la hermenéutica (Von Wright, 1979, pp. 36 ss.). El marco formal de estas ciencias, entre las que la Prehistoria puede ocupar lugar destacado, se puede construir a partir de [...] la Teoría de los Sistemas como marco formal de la consideración de *totalidades culturales* y de *procesos* y la Lingüística Formal como marco metodológico de la *comprensión hermenéutica*. [Una] «Teoría Formal General de la Cultura» debe proporcionar las reglas de interpretación del objeto cultural, de la misma manera que la Mecánica proporciona las reglas de explicación del mundo físico.

J. M. Vicent (*ibidem*, p. 50) no considera posible hoy día abordar la empresa de definir «una Prehistoria concebida desde la perspectiva de la noción de Cultura [...], pero sí [...] iniciar la discusión sobre las alternativas a la disciplina presente», en la línea que siguen sus trabajos.

III.4. *El enfoque estructural*

C. Martín de Guzmán (1988, p. 28) reivindica como objetivo de una arqueología científica «alcanzar un cuadro de determinaciones que puedan ser formuladas como elementos constitutivos de las "leyes" de la cultura»⁵⁷. Para ello, «necesita de [...] un modelo por excelencia que abarque la totalidad del hecho cultural y social» (*ibidem*, p. 32). La búsqueda de dicho modelo o «paradigma» se inicia con «la conceptualización teórica, con el recurso y el concurso de los modelos matemáticos, del control deductivo, o nomológico-deductivo, sobre un *haz de hipótesis pertinentes*» (*ibidem*, p. 33).

Este concepto de «paradigma» «permite pensar la relación entre un sistema formal (lógico) y un sistema exterior (o natural)» (*ibidem*, p. 34). Define las «reglas de correspondencia» entre «cada hecho (o el objeto o contexto que lo expresa)» y la «semántica del sistema» (su interpretación y significado) (*ibidem*).

Cumplidos los anteriores requisitos, cree (*ibidem*, p. 35)

legítimo basar una epistemología de los modelos arqueológicos en el estudio sistemático de las correspondencias entre los conceptos sintácticos y los conceptos semánticos; que contengan o impliquen los contextos (y las relaciones), certificadas por medio del procedimiento de una excavación dirigida por un plan previo donde se cuestionen grandes problemas culturales, económicos, institucionales, medioambientales, etc., por resolver. Sólo entonces la excavación servirá como «experimento», y como elemento adecuado para la verificación (afirmativa o negativa) de los cuestionarios pertinentes movidos por una amplia teoría

La «opción estructural» que propone es una «amplificación de los modelos nomotético-deductivos propios de la ciencia» en la que «introduce una *noción de gramaticalidad* [...] más acorde con los fenómenos culturales, y sus propiedades *generativas*» (*idem*, 1984, p. 56).

A diferencia de la visión empirista y particularista tradicional supera la consideración de los «modos de expresión cultural, tanto en el nivel material, como institucional», como «fenómenos aislados», meramente descriptibles, para entenderlos como respuesta de un «sis-

⁵⁷ Su «carácter predictivo [...] sólo podría entenderse en registros estructurales de "larga duración" y en macromarcos referenciales (modelos económicos, modos de producción) y no en hechos coyunturales, o en fenómenos episódicos» (Martín de Guzmán, 1984, p. 47).

tema general de interconexiones estructurales» que hay que explicitar (*ibidem*, p. 52).

El registro se transforma así en un «sistema de signos» (discurso de los objetos), en el cual todo artefacto «más allá de su *función* o *valor*, de su “clase” [...] es la unión resultante de un elemento material (*significante*) y de un componente intencional (*significado*)» (*ibidem*, p. 53).

El discurso objetual, entendido desde sus enunciados sintácticos —que expresan las redes de relación— es factible de ser «traducido». La transcripción semiótica de los significantes culturales (segmentos sintácticos formados por series interrelacionadas de «puntos artefactuales») posibilita, a su vez, la aproximación al *significado cultural*, particularmente en los niveles estructurales del discurso.

Abordar el problema del «significado de los objetos» exige la aceptación de que el indicador arqueológico, el punto artefactual, actúa como morfema (a nivel *significante*) (*ibidem*, p. 47).

El autor (*ibidem*, y p. 48) hace notar que «en un análisis estructuralista el *significado* no sólo emana del contexto [relaciones sintagmáticas], sino que se promueve a partir de un nivel subyacente, de una realidad abstracta, común a todos ellos [relaciones paradigmáticas]. Queda entonces por admitir los distintos *significados* que pueden derivar de un mismo *significante/artefacto*».

Así, por ejemplo, el troceado de un animal puede funcionar dentro del discurso como indicador derivado de una «acción técnica» o como *signo* («signos para alimentarse»).

«Estos signos, como categoría primaria de cualquier expresión tienden a cargarse de connotaciones que le convierten bien en *síntomas* (por su reiterada frecuencia dentro del discurso, y que tienden a ocupar un mismo nivel específico) o en *símbolos* (con una carga metafórica o metonímica sancionada por la tradición social, e incorporados a los niveles institucionales)» (*ibidem*, p. 48).

Para que los resultados empíricos y contrastables sean susceptibles de esta

lectura complementaria, hay que ordenar los datos como un «suceso comunicativo», de carácter diádico, con dos extremos:

- a) Un centro emisor de datos (que llamaremos «Y» = yacimiento) y un centro receptor (que llamaremos «R» = arqueólogo).
- b) El «suceso comunicativo» que supone la existencia de un mensaje. Es de

cir, que el «significante»/artefacto lleva dentro, o en *relación con otros términos*, un significado. El mensaje se expresa en un *sistema codificado*, en claves, a primera vista indescifrable, que obliga a «R» (centro receptor) a acometer la operación de *descodificación* [*ibidem*].

Para lograr esta «descodificación» hay que determinar el contexto de los «indicadores arqueológicos» a partir de las «asociaciones y dicotomías». Así, se distinguen (*ibidem*, y p. 49):

«1. *Indicadores primarios*: aquéllos en los que la asociación es evidente.» Por ejemplo los animales domésticos indican que hubo ganadería.

«2. *Indicadores secundarios*: aquéllos donde la asociación sólo es explicable por medio de un convencionalismo cultural (enterrar a los jefes, acompañados de un ajuar guerrero) [...] cargan un *contenido simbólico* y son difíciles de descodificar» (*ibidem*).

En definitiva (*ibidem*, p. 51), se trata de considerar que «la expresión material de cualquier comunidad cultural refleja otros niveles “invisibles” de su propio complejo a nivel de estructuras». Es «simultáneamente el resultado de la *participación de la producción* y de relaciones sociales más complejas» (*ibidem*).

Es decir, adquiere «su último sentido [...] en el sistema cultural que es donde, en definitiva, obtiene su *función estructural* y su valoración». De ahí que «la cultura material sea entendida *también* como un sistema de valores (reales y simbólicos)» (*ibidem*, p. 53).

Los tipos de relaciones que componen el «sistema de signos» culturales se agrupan en dos: «las *relaciones sintagmáticas*⁵⁸, que determinan la composición de complejos de diverso tipo, contenidos en el discurso» y las «*paradigmáticas* que determinan la composición de cada término en relación con otras unidades del sistema no contenidas en el discurso». Las primeras se establecen «entre distintos tipos pertenecientes a una misma familia funcional». Las segundas son las relaciones «con los “modelos” con las “clases”» (*ibidem*).

Martín de Guzmán (*ibidem*, p. 56) advierte que la base gramatical de su «opción estructural» «incide no sólo en la formación lógica [...] del discurso de los objetos, sino también [...] en el conjunto de

⁵⁸ El autor (Martín de Guzmán, 1984, p. 52, nota 4) precisa: «Cada *sintagma* —es decir, dos o más artefactos, nunca uno aislado o descontextualizado— lleva dentro la idea de «familia asociativa». La relación «admite una disposición horizontal (o sincrónica...) y vertical (diacrónica...)» (*ibidem*).

los elementos transformacionales que se contienen en la *sintaxis objetiva*.

Esta se articula en dos «*redes sintácticas*»: unas «*endógenas* [...] que agrupan a los objetos en *conjuntos sémicos* (mobiliario, herramientas de carpintería, juego de té). Es decir, en una relación de carácter sintagmático». Las otras son «*exógenas*: que conecta al objeto con elementos y situaciones externas a él (su procedimiento de fabricación distribución, sus distintas adscripciones a otros repertorios, etc.)» (*ibidem*, pp. 56-57).

Las redes exógenas posibilitan «también la [...] adscripción cultural del objeto ya no en su contexto estratigráfico, sino en la órbita de su *parentesco social* (comunidad, etnia)» (*ibidem*, p. 57).

Así pues, las «redes exógenas» (*ibidem*, y p. 58) permiten el «ensamblaje o adscripción» del objeto «a un nivel modélico entendido como una gramática que formalice los códigos terminales que explicita las relaciones entre los *sintagmas de composición* (descripción formal) y los *sintagmas de ensamblaje* (adscripción estructural)». Estos últimos «son [los] que inciden en el campo de la teoría desde que se establezca su correspondencia o no (nivel de verificación-contrastación) con los modelos estructurales, enunciados en las hipótesis de trabajo» (*ibidem*, p. 58).

La elaboración de un «modelo» (*ibidem*, p. 54) parte del establecimiento de un «cuerpo inicial de enunciados —que revisten formas axiomáticas— [de los que] se derivan los *teoremas* sometidos a las reglas deductivas». El resultado final de las cadenas de inferencia permite la verificación-contrastación de las hipótesis mediante la observación directa y empírica de los objetos.

La epistemología de los modelos se basa, por tanto, «en el estudio sistemático de las correspondencias entre los conceptos sintácticos y los conceptos semánticos», *i.e.*, entre las dimensiones formal y significativa de la ciencia (*ibidem*, p. 55).

Se indica cómo «la operación de llevar lo particular a lo general puede repetirse *ad infinitum* [...] hasta alcanzar una suerte de “modelo ideal” que servirá como elemento de referencia frente a nuevos y cada uno de los objetos sometidos a control científico [...]. La coincidencia, aproximación o alejamiento del “modelo ideal” servirá para establecer diferencias de grado, o variantes, entre los distintos objetos observados» (*ibidem*).

Hay que considerar ahora cuáles son los modelos que incumben a la Arqueología.

C. Martín de Guzmán (*ibidem*, p. 56) observa que «en un primer nivel puramente objetual (productos artefactuales) el modelo sería tipológico-funcional». Se trataría de determinar los distintos tipos y subtipos en base a su equiparación con la noción modélica o «arqueotipo».

En un segundo nivel «los conjuntos tipológico-funcionales se [elevan] a categoría de *conjuntos que expresan relaciones estructurales*, y que se [contrastan] teóricamente, con los *modelos* previstos por la propia investigación» (*ibidem*).

En síntesis, el programa de C. Martín de Guzmán (*ibidem*, p. 60) tiene varios objetivos. El primero es llegar a concebir «cualquier acción investigadora como una operación científica de carácter recíproco: *un proceso dialéctico guiado por la teoría y controlado por los hechos*». El segundo es superar la tradicional concepción «atomista» de la cultura (cultura como agregado de rasgos aislados) por una concepción estructural que explique los elementos culturales por referencia al modelo estructural que les corresponde. Así (*ibidem*, p. 57) «tan sólo se podrá determinar que dos objetos son equivalentes cuando se encuentren en contextos idénticos y con funciones *intercambiables* [...] en una *lectura* ya no meramente formal, sino y principalmente, económica».

Por último, resulta de interés destacar la preocupación del autor (*ibidem*, p. 37) porque «el replanteamiento de la Arqueología, si quiere resolverse con plenitud, además de romper con los hábitos caducos y rutinarios de una disciplina sin cuerpo teórico que la justifique [se someta], por principios éticos elementales, a examinar el grado de *validez social* de su investigación».

III.5. *El enfoque materialista histórico*

La influencia, más o menos acentuada, del materialismo histórico puede advertirse en la obra de los prehistoriadores interesados en la renovación de la Prehistoria española. Sin embargo, sólo está «institucionalizada» en el Departamento de Prehistoria del Colegio Universitario de Jaén (Universidad de Granada) y en el Departamento de Historia de las Sociedades Precapitalistas y Antropología Social (Facultad de Letras) de la Universidad Autónoma de Barcelona. Ambos equipos han centrado su investigación en los últimos períodos de la Prehistoria (Calcolítico, Edad del Bronce) y en la Protohisto-

ria. El ámbito territorial ha sido muy distinto en cada caso: Alto Guadalquivir en el primero y Almería y Mallorca —por ceñirme a los programas que han tenido mayor proyección— en el segundo.

El equipo de Jaén se ha formado en torno a la labor docente emprendida por A. Ruiz Rodríguez desde los años setenta. Se trata de una investigación planificada y pensada a largo plazo, cuyos objetivos permiten su incardinación, a partir de un cierto momento, con los de la política arqueológica de la Junta de Andalucía. Ello ofrecerá mayores posibilidades de contar con los medios necesarios para llevarla a efecto.

A. Ruiz Rodríguez, M. Molinos Molinos y F. Hornos Mata⁵⁹ exponen en el libro *Arqueología en Jaén (Reflexiones desde un proyecto arqueológico no inocente)* el ideario y programa fundamental de su trabajo. Esta información es de gran utilidad para una correcta valoración de la alternativa que representan por lo que creo que hay que felicitarles por su iniciativa.

Los autores (Ruiz *et al.*, 1986, p. 44) señalan la gran diversidad de corrientes del marxismo occidental postchildeano —Spriggs (1984) describe hasta siete— que influyen en la Prehistoria. Por su parte, destacan en primer lugar: «la escuela italiana formada alrededor de Bianchi Bandinelli que arranca de la arqueología clásica [...], pero que a partir de los años setenta amplía sus criterios teóricos y metodológicos hacia una concepción de la Arqueología como investigación total del proceso histórico» (Ruiz *et al.*, 1986, p. 44).

Consideran que, de entre todos sus discípulos, Carandini representa «una de las más activas corrientes dentro de la arqueología materialista» (*ibidem*).

En segundo lugar mencionan la alternativa vinculada a los «arqueólogos de la prehistoria [...] como Thompson, Leone, Chapman o Gilman [...], Pearson, Tosi o Bate» que mantienen entre sí diferencias importantes (*ibidem*, y p. 45).

El proceso de conocimiento, «en este caso proceso de trabajo arqueológico-histórico», que reivindican desde el materialismo dialéctico tiene como «elementos fundamentales: la materia prima (los datos arqueológicos), los instrumentos teóricos (conceptos) y técnicos y el propio producto (conocimientos)» (*ibidem*, p. 45). El equipo de Jaén aporta una reflexión propia y una investigación original en cada

⁵⁹ F. Hornos Mata tuvo la amabilidad de leer este apartado y hacerme observaciones críticas. Del resultado final soy la única responsable.

caso. Sus líneas fundamentales de investigación son: la «Teoría de la Arqueología y Métodos de la Arqueología Espacial», la «Defensa del Patrimonio Arqueológico» (F. Hornos) (*ibidem*, pp. 108-109) y la tipología estadística (*ibidem*, p. 47).

En el campo de la «Teoría de la Arqueología» —en el que se está «todavía en un sistema de principios teóricos de lo que debe ser y no ser la Arqueología» (*ibidem*, p. 58)— se centran en las «teorías sobre el artefacto», «el espacio» y «el proceso» (*ibidem*, y pp. 59-60).

Siguiendo la «reciente propuesta de Carandini de continuar la teoría del medio de trabajo que Marx había iniciado en *El capital* para la Economía Política» plantean «una serie de teorías parciales desarrolladas, cuya teoría global articulada será con el tiempo la Teoría Arqueológica» (*ibidem*, p. 58).

En relación con la «teoría de la Mercancía» manejan no sólo los circuitos de distribución externa evaluados por la teoría histórica tradicional (difusión de productos, teoría del fósil-guía), sino también los de distribución interna tanto de carácter mercantil como vinculados con procesos de producción y/o consumo (*ibidem*). El artefacto participa en los diferentes procesos por lo que no creen conveniente «construir tipologías de productos, mercancías y medios de trabajo, quedando este nivel para la investigación correspondiente al objeto no contextualizado» (*ibidem*). Esa misma valoración global de la economía, les lleva a disolver el papel diferencial asignado por la Arqueología contextual a los procesos de consumo y/o producción respecto a los de distribución e intercambio a tenor de sus posibilidades de fosilización (*ibidem*).

Abordar el estudio de los materiales arqueológicos desde esta nueva perspectiva tiene importantes implicaciones prácticas. Se sustituye «la idea del Fósil-Guía como hilo conductor de las tipologías impuestas por el positivismo [por] una nueva concepción morfológica y estadística» (*ibidem*, p. 47). De acuerdo con ella, éstas son establecidas a partir de los valores estadísticos de las variables presentes en los artefactos y del factor presencia/ausencia, logrando un mayor nivel de precisión (*ibidem*) (por ejemplo, en Ruiz y Nocete, 1981; Ruiz, Molinos, Nocete, Castro, 1983, pp. 205-224).

Al propio tiempo se desmitifica el objeto arqueológico como fin último de la investigación (Ruiz, Molinos, Nocete y Castro, 1986, p. 65), ampliando «el marco de la matriz artefacto-rasgo-contexto» de Clarke (1968), para concebirlo como «producto», «efecto de un proceso de trabajo» y con un «valor de uso» históricamente deter-

minado por las relaciones técnicas de producción (Ruiz, Molinos, Nocete y Castro, 1986, p. 67).

De acuerdo con la «teoría sobre el espacio» el contexto que se tiene en cuenta para abordar este estudio es el del «máximo nivel de trabajo en la Arqueología espacial» (Ruiz *et al.*, 1986, p. 59): «el Territorio Político y Económico [...] identificable a un estado o a una comunidad autosuficiente [...] donde [se define] el marco completo de las relaciones económicas y político-ideológicas y donde la dependencia y jerarquía de los asentamientos y las relaciones de éstos con el territorio global se hacen efectivas» (Ruiz, Molinos, Nocete y Castro, 1986, p. 76).

El primer paso es la identificación de unidades menores como las áreas y lugares de producción, consumo e intercambio, articuladas o no en unidades constructivas, que expresan las relaciones técnicas de producción. Ello «asociado al inventario y clasificación artefactual delimita el marco del análisis tecnológico» (*ibidem*, pp. 71-72). A su vez, «los niveles referidos a la circulación (distribución e intercambio...) desvelan las relaciones sociales de producción al introducir el factor "propiedad"», a través de la determinación del contexto funcional del producto y de «su asociación en articulaciones de consumo y producción» (*ibidem*, p. 74)⁶⁰.

La conceptualización del objeto como producto con valores de uso, de cambio o superestructural definibles (*ibidem*, p. 63) es básica «tanto para la revalorización y defensa del patrimonio arqueológico, al destruir el fundamento de las colecciones» (*ibidem*, p. 65), como «para reconstruir el proceso [socioeconómico] y el marco histórico en el que se localiza» (*ibidem*, p. 63).

El hecho de que, como se ha dicho, ese marco histórico esté definido espacialmente por el Estado convierte la prospección sistemática en un elemento fundamental para la puesta en práctica de su programa metodológico. La prospección es la «base de los estudios sobre la ocupación del [...] territorio por las sociedades humanas y de las relaciones entre los asentamientos» (Ruiz *et al.*, 1986, p. 47). En concreto, la que estaba siendo realizada en el Alto Guadalquivir «des-

⁶⁰ El artículo de Nocete, Ruiz, Molinos y Castro (1986, p. 203) presenta los resultados de la aplicación de esta «matriz teórica» al poblado de la Edad del Cobre del cerro de la Coronilla. Se estudia «la correlación dentro de una estructura de los productos y lugares de actividad, de estos consigo mismo y de las diferentes estructuras localizadas en el yacimiento en sí mismas y en relación a la circulación de los artefactos» (*ibidem*).

de 1974 [...] en los últimos años [1983] se ha visto intensificada por el proyecto de inventario arqueológico provincial» (Ruiz, Nocete y Sánchez, 1986, p. 271). La coincidencia entre estos trabajos y la excavación arqueológica de nuevos yacimientos ha permitido encuadrar los identificados de la prospección «en la información estratigráfica ofrecida por las excavaciones y en consecuencia ampliar el conocimiento en términos de patrones de asentamiento y áreas culturales» (*ibidem*). Buena prueba de ello son los trabajos de síntesis sobre el poblamiento ibérico (Ruiz Rodríguez, 1978) y la Edad del Cobre y la argarización (Ruiz, Nocete y Sánchez, 1986). En ambos períodos, el análisis espacial se aborda desde la relación «hombre-hombre» (modelo de formación de polígonos Thiessen) (Ruiz y Molinos, 1984; Nocete, 1984).

En relación con la «teoría del proceso», el equipo jiennense (Ruiz *et al.*, 1986, p. 60) considera la cronología como la primera forma de «ordenación de la información obtenida». Sin embargo, la introducción del concepto «proceso histórico» en Arqueología requiere la distinción en la excavación arqueológica entre «el momento de abandono del yacimiento, o de cada fase del mismo» y el de «destrucción». Sólo el primero proporciona los factores históricos explicativos.

Al propio tiempo, los diferentes momentos definidos estratigráficamente por la cultura material deben interpretarse de acuerdo con los conceptos de «invasión, contacto o desarrollo interno en una teoría del cambio histórico-cultural». Más tarde el análisis histórico los incluye en «campos teóricos como el de transición o reproducción de un grupo social» (*ibidem*).

«La aproximación de la teoría global de la Arqueología a los análisis concretos del marco provincial de Jaén, obliga [...] a fijar [...] líneas de investigación» por fases históricas, encaminadas a la «creación de [...] modelos de trabajo que lleven al conocimiento de la Arqueología de la Historia de Jaén» (*ibidem*). Expongo a continuación la correspondiente a los primeros períodos metalúrgicos. Me centro en ella por su vinculación con el tema que trato en próximos capítulos. Por otro lado, aunque constituye el ámbito específico de investigación de F. Nocete⁶¹, la intervención de gran parte de los miembros del equipo jiennense en su configuración garantiza su uti-

⁶¹ Es objeto de su tesis doctoral (en prensa en los *B.A.R.*). Agradezco a F. Nocete el envío de sus artículos.

lidad como indicador de la forma en que abordan un problema específico de la Prehistoria.

F. Nocete Calvo (1986, p. 91) caracteriza el proceso que tuvo lugar en el Alto Guadalquivir desde finales del Neolítico a la Edad del Bronce como uno: «de consolidación de la economía de producción [...], disgregación de los nudos parentales en las comunidades [...] desarrollo de las primeras formas estatales y la aparición de las primeras sociedades de "clase"».

Esta caracterización no obvia las peculiaridades de las distintas tierras del Guadalquivir, sino que evita la linealidad.

El proceso queda enmarcado entre dos «Fases de Transición». La Primera corresponde a la denominada «Crisis del Neolítico Final», provocada por la presión demográfica consiguiente a la «Primera Revolución Agrícola» y «el deterioro ambiental de la agricultura de rozas» (*ibidem*, p. 93)⁶². El cambio no afecta a la tecnología sino a la estrategia territorial (*ibidem*, p. 92), «en los albores del Cobre Pleno» (*ibidem*, p. 94).

Las poblaciones del valle del Guadalquivir o consolidan el «proceso de sedentarización al aglutinar las aldeas itinerantes del Neolítico Final» (Primera Colonización Agrícola) (*ibidem*, p. 92) o prosiguen «la colonización de las tierras de secano [...] en la Campiña baja y media» (Segunda Colonización Agrícola). En el primer caso, los asentamientos valoran las condiciones de visibilidad y accesibilidad de los emplazamientos y se fortifican (*ibidem*) con una «cualidad militar, más disuasoria que bélica», «en la lucha por las mejores tierras» y con «posibles vinculaciones de asociación parental a las tierras de los antepasados» (Primera Colonización) (*ibidem*, p. 94). Ese «gran poblado fortificado», «ejemplifica el Estado de la Comunidad [...] aglutinando en torno a sí toda una serie de centros dependientes encaminados tanto a fines productivos como estratégicos que irán formando la trama del modelo de Estado Territorial (Nocete, 1984)» (*idem*, 1986, p. 94).

Por el contrario, «las sólidas bases económicas que suponía la explotación cerealista del secano» explican el mantenimiento de «la es-

⁶² Es difícil valorar esta afirmación porque Nocete (1986, p. 92) previamente había desestimado la incidencia de la «distorsión ecológica» en el cambio económico. Quizá sea un error tipográfico: la conexión entre agricultura de roza y deterioro ambiental es constante en los artículos del equipo jiennense (por ejemplo Ruiz, Nocete y Sánchez, 1986, p. 280).

estructura de dominio parental» por las comunidades de la Campiña occidental (*ibidem*).

La Segunda Fase de Transición (s. XVII a.C., Edad del Cobre Final) expresa «la máxima integración, expansión y crisis espacial» del «modelo de Colonización y el modelo de Estado Territorial de los grandes poblados fortificados» (*ibidem*). El final de este último «parece consumado a mitad del «II Milenio» (*ibidem*, p. 95).

El cambio cultural afecta «de una manera dominante a las estrategias territoriales, de donde [se infiere] que los motores de la “crisis” se inician en las contradicciones que aquéllas generaron» (*ibidem*, p. 94). Nocete (*ibidem*, p. 95) apunta un «cambio [no cualitativo] en las bases económicas», «trastornos ecológicos o los resultados de una sobreexplotación del nicho», cuestiones que deja abiertas «la ausencia de reconstrucciones paleoambientales para el Alto Guadalquivir»⁶³. Las consecuencias de la Segunda Fase de Transición «son el modelo de sociedad de la Edad del Bronce» (*ibidem*, p. 94).

Las características generales del período se resumen en «la emergencia de nuevas relaciones sociales donde grupos segmentarios, la aparición y consolidación de jefaturas relegarán [...] las estructuras parentales» (*ibidem*, p. 94).

El autor, siguiendo a Lull (1983), atribuye parte de la ruptura del «engranaje parental» a la «progresión cualitativa y cuantitativa» de la metalurgia (Nocete, 1986, p. 94). Esas nuevas relaciones sociales desarrollan en gran medida el militarismo (incremento de los rasgos defensivos de los asentamientos, profusión de armas) y «los elementos socio e ideotécnicos que lo sustentan» (*ibidem*, y p. 95). Dichos elementos son accesibles gracias a las rutas comerciales incentivadas «en el área oriental de la actual provincia de Jaén [...] por la demanda efectiva del Sudeste» (*ibidem*, p. 96).

La «estructura económica [es] de perfil intensivo y de mayor especialización (Lull, 1983)» (metalurgia, «explotación exhaustiva de todos los recursos disponibles: canteras de piedra, almagra, sílex») (Nocete, 1986, p. 94). En ese marco se produce la aludida «intensificación y consolidación de rutas comerciales y la presencia de estímulos exógenos, primero mediante el Campaniforme y posteriormente mediante las nuevas ideas del Sudeste que conocemos como Argar» (*ibidem*).

⁶³ Nocete rectifica así opiniones anteriores según las cuales «la práctica extensiva de una agricultura de secano [...] acabaría por agotar los suelos» (Nocete, 1984, p. 101).

Como en la fase anterior, el proceso no es homogéneo. En las Campiñas y Vega del Guadalquivir desaparecen asentamientos dependientes, concentrándose la población. Algunos centros territoriales se abandonan y se crean otros (*ibidem*, p. 95). Las Campiñas mantienen «arcaicas estructuras agrícolas» (*ibidem*, p. 96). Ahora bien, algunas comunidades del sector occidental pueden haber cambiado su estrategia de subsistencia hacia el «desarrollo de una ganadería intensiva», a juzgar por «la aparición de asentamientos en la zona del Piedemonte» del prebético (Ruiz, Nocete y Sánchez, 1986, p. 280). Los «grupos pastoriles de tradición troglodita», ya establecidos en las Sierras Meridionales (Nocete, 1986, p. 96), más influidos por estas nuevas comunidades son los más próximos al Guadalquivir (Ruiz, Nocete y Sánchez, 1986, p. 282). En esta zona el hábitat troglodita coexiste con nuevas formas de vivienda, advirtiéndose esta misma combinación de lo tradicional y lo nuevo en la cultura material (*ibidem*, también en Nocete, 1986, p. 96) y el mundo funerario. Como en las Campiñas occidentales el cambio sólo «comienza a manifestarse a nivel ideológico» por la presencia en las tumbas colectivas de objetos de prestigio (Nocete, 1986, p. 96).

Finalmente se colonizan nuevas tierras para la explotación agrícola, como en las Campiñas orientales, o minera, como en Sierra Morena donde se establecen «dinámicos poblados metalúrgicos» (*ibidem*, p. 95).

En definitiva, se trata de una propuesta que cuenta con esa «propiedad de la síntesis» que el autor (*ibidem*, p. 92) creía que «la escasez general de datos que afecta especialmente al Alto Guadalquivir» iba a impedir. Evidentemente, dicha escasez explica que las diversas formaciones sociales consideradas sigan «hoy escasamente conocidas» e «insuficientemente planteadas» (*ibidem*, p. 96) y que falte una evidencia de contraste tan fundamental como la paleoambiental, pero quedan claras las líneas generales de la concepción del proceso por parte del autor.

El proceso valora la propia crisis indígena, de base agrícola, más que factores exógenos como el tradicional «influjo argárico» (Ruiz, Nocete, Sánchez, 1986, p. 285), así como su expresión diferenciada en dichas formaciones. Ello contrasta muy positivamente con las síntesis uniformizadoras al uso ⁶⁴.

⁶⁴ Hay que esperar la publicación de la tesis doctoral de F. Nocete para ver cómo se ha resuelto el grave problema de su sincronización. Los elementos arqueológicos

Esa atención a la especificidad, reivindicada expresamente por Nocete (1986, p. 92) al negarse a «trasplantar modelos teóricos aplicados a otras formaciones cuya problemática es distinta», no se tiene, sin embargo, en relación con la dinámica infraestructural. Se advierte aquí una «subyacente identificación pobreza-arcaísmo = pastoreo, riqueza=progreso=agricultura [...] típica de la etnografía del siglo pasado» (Bello *et al.*, 1987, p. 146) a la que se añade la de montañas = pastoreo, valles = agricultura, ampliamente generalizada entre las orientaciones más tradicionales (Lull, 1983, p. 16)⁶⁵ (por ejemplo, en Bosch Gimpera).

La circunstancia de que «los grupos pastoriles» (Sierras Meridionales) y de «ganadería intensiva» (Piedemonte del Prebético) ocupen una posición marginal en el proceso reduce la «historia agraria» (Nocete, 1986, p. 91) del Alto Guadalquivir a la de la «explotación cerealista de secano» de las Campiñas y el Valle del Guadalquivir.

El rasgo más llamativo, a mi juicio, es la elisión de cualquier referencia a la posibilidad de una intensificación agrícola como salida a la crisis. Intensificación y especialización parecen constreñidas a las actividades extractivas y de transformación (Nocete, 1986, p. 94)⁶⁶.

La «explotación cerealista de secano» sucede a una «agricultura de rozas» insuficientemente definida dada su diversidad geográfica e histórica (Bello *et al.*, 1987, p. 149). De hecho sólo se alude a su condición de agente de «deterioro ambiental» (Nocete, 1986, p. 93) y de la movilidad de sus practicantes (*ibidem*, p. 92).

La fertilidad agrícola de los suelos del valle del Guadalquivir y las características de la agricultura de rozas habrían permitido soluciones a la crisis basadas tanto en la intensificación como en la ex-

no suelen tener unos períodos de circulación tan breves como sería deseable para ese propósito. A su vez, nuevas asociaciones contextuales pueden aconsejar la reconsideración de la cronología propuesta (Ruiz, Molinos, Nocete y Castro, 1983, p. 228), debido o no a la diferente permeabilidad a la innovación que manifiesta cada formación social, circunstancia acertadamente valorada por Nocete. Finalmente, es difícil contar con secuencias estratigráficas, tipológicamente bien caracterizadas, en un territorio tan amplio y diverso.

⁶⁵ Las obras sobre las poblaciones megalíticas gallegas, a las que alude la cita y las correspondientes a la «Escuela Clásica» (capítulo 4, apartado III.1) están llenas de este tipo de apriorismos.

⁶⁶ La reconocida influencia de Lull (1983) en la toma en consideración de esta alternativa hace sospechar que la resistencia a «trasplantar modelos teóricos aplicados a otras formaciones sociales» dejó ciertos cabos sueltos.

tensión de los cultivos. No queda claro por qué se escoge la segunda alternativa en lugar de la primera.

En realidad, la transformación de ciertos agricultores itinerantes de roza del Valle del Guadalquivir en un «Estado de la Comunidad» de poblados sedentarios, funcionalmente diferenciados y jerarquizados, representa un salto cualitativo en el proceso que se asume más que se explica.

La argumentación propuesta tiene en cuenta, fundamentalmente, condicionantes geográficos, ya que se excluye un cambio cualitativo en las bases económicas (Nocete, 1986, p. 95) y se estima que el ocurrido tiene lugar «a pesar del escaso desarrollo [del] nivel técnico [de las formaciones socioeconómicas], y en general de sus fuerzas productivas» (Ruiz, Nocete y Sánchez, 1986, p. 277), (el énfasis es mío).

Los «fertilísimos suelos generadores [...] de unas posibilidades agrícolas de altos rendimientos» (*ibidem*) pueden ser una condición para la acumulación de excedentes (la intensificación y la coerción pueden ser otras). Sin embargo, que tal acumulación efectivamente suceda requiere un factor «externo», asumidas la solidez de la producción agrícola (*ibidem*, p. 279) y el marco «de autosuficiencia general que caracteriza a las formaciones económico-sociales prehistóricas» (Nocete, 1984, p. 101). Dicho factor puede ser un «Estado» pero, entonces, ese «Estado» pasa a convertirse en causa —no en efecto— de los excedentes agrícolas.

El énfasis en la fertilidad del suelo resulta aparentemente contradictorio con la asunción de que el «excedente se obtiene del máximo de tierras explotadas» (Ruiz, Nocete y Sánchez, 1986, p. 279). En este segundo caso quedaría justificada la inferencia de que las «sociedades agrícolas [...] tienden a un control exhaustivo de las mismas, al coordinar y organizar su explotación. Esta práctica, a partir de la cual se desencadena la jerarquización entre asentamientos y posiblemente entre los propios hombres, puede entenderse como uno de los elementos básicos en la aparición y desarrollo del estado» (*ibidem*).

La cuestión consiste, entonces, en establecer las condiciones en las que tal control es posible, cosa que no me ha quedado clara en la consulta de las obras del equipo de Jaén sobre el tema. Quizá el problema de fondo resida en las connotaciones tan diferentes que tiene el concepto «Estado» para unos investigadores y otros. La definición más completa que he encontrado corresponde a un largo párrafo de F. Nocete (1984, pp. 100-101). Dado su interés, lo transcribo en su integridad:

la compleja estructuración jerárquica establecida en base a [...] Grandes poblados-Granero, Pequeños Poblados agrícolas de las Campiñas Altas. Pequeños Poblados de clara posición estratégica y *exentos de la actividad agraria* [muestra] una especialización relativa dentro de los marcos de la *autosuficiencia general* que caracteriza a las formaciones económico-sociales prehistóricas, [...] que conllevaría unas complejas relaciones de desigualdad económico-política y a una amplia red de relaciones de «compensación» bajo los parámetros de una ordenación macro-poblado y territorial que podemos definir como un Estado inserto en el mundo comunitario parental, donde no sólo las necrópolis evidencian el colectivismo económico, sino que también el poblado nos aparece como una unidad de macroproducción residencia y posiblemente de filiación, donde lejos de presentarse atractivo sobre los poblados secundarios, el peso de la autosuficiencia económica genera un espacio vital que impide el desarrollo de cualquier poblamiento agrícola a su alrededor, relegando a un segundo término cualquier función jurídico-política [el énfasis es mío].

En un trabajo posterior, Nocete (1986, p. 92) clarifica esa última idea: «una cuestión que sí debemos tener presente, ante aquellos que rechazan *la entidad estatal* de este nuevo orden histórico, es la de entender que la aparición de incipientes formas estatales *no debe pasar irremediamente por marcadas estratificaciones sociales* ni el desarrollo de una institucionalizada burocracia palacial» (el subrayado es mío).

En cambio, para otro autor materialista histórico como Gilman (1987a, p. 30), el panorama descrito por el equipo de Jaén

no nos permite pensar que estemos observando algo más complejo que un sistema incipiente de jefaturas [...], aún aceptando que el tamaño y el emplazamiento desiguales de los poblados sean pruebas de su diferenciación funcional, una jerarquía tal no puede ser indicio suficiente de una concentración de excedentes que permita apoyar las instituciones de un Estado (administración y establecimiento militar permanentes). Además, como estos investigadores reconocen, los pocos datos funerarios disponibles para esta región tampoco indican una diferenciación social marcada, cuyo mantenimiento requiriera instituciones estatales.

Sería conveniente una clarificación de los términos de la discusión, en ocasiones, bastante confusos. No se entiende bien cómo poblados «exentos de la actividad agraria» se consideran insertos en el «marco de la autosuficiencia general». Por otro lado, si las «complejas relaciones de desigualdad económico-política» inferidas de la je-

rarquización territorial no pueden ponerse a prueba en el registro arqueológico por la falta de «marcadas estratificaciones sociales», será imposible averiguar si es pertinente o no la interpretación de la jerarquización en esos términos. Una vez establecidos los indicadores arqueológicos oportunos, habría que decidir si la formación social de referencia se describe mejor con el término de «jefatura», «Estado incipiente» o cualquier otro que se creyera más adecuado. A mi juicio, hoy por hoy, el segundo está dotado de un sentido implícito, inevitable y muy arraigado, que sugiere contextos sociales, políticos y económicos muy alejados de los descritos por el equipo de Jaén. Así pues, su empleo dificulta, más que facilita, la interpretación de la formación social responsable de esa jerarquización territorial en cuya definición están trabajando.

En conclusión, considero que la línea de investigación emprendida por el equipo jiennense es la más completa de las que configuran el panorama de la Prehistoria española. Responde a un programa coherente y planificado que aúna los desarrollos teóricos con sus correspondientes articulaciones empíricas en un mismo proceso de conocimiento. Las políticas de investigación y de gestión de recursos culturales se integran en un proyecto expreso de crítica social en el que una vía da sentido a la otra, diluyendo su contraposición académica tradicional.

Los problemas se localizan en el terreno del contraste empírico. Como ya he advertido, ello no es achacable a la falta de formulación de las hipótesis pertinentes, sino al carácter incompleto del registro arqueológico actualmente disponible o al hecho de que las publicaciones sean sólo avances de programas en curso. Esto puede explicar el uso de «conclusiones de primer grado» (Lull, 1983, p. 16). A la vista de los resultados obtenidos, cuando existe una adecuada confrontación con el registro arqueológico (Nocete, Ruiz, Molinos, Castro, 1986), no parece exagerado suponer que el conocimiento de «la Arqueología de la Historia de Jaén» será uno de los más sólidos de todo el país —sino el más— de aquí a unos pocos años.

La línea de investigación emprendida por los prehistoriadores marxistas vinculados al Departamento de Historia de las Sociedades Precapitalistas y Antropología Social de la Universidad Autónoma de Barcelona se desarrolla paralelamente a la anterior. Sin embargo, es mejor conocida que ella. La razón reside en los tipos de publicación y temas escogidos por unos y otros para su primera difusión. El artículo de A. Ruiz Rodríguez (1978) aparece en una revista especiali-

zada y aborda la problemática de una parte de los pueblos iberos. El libro de Lull (1983), por el contrario, se edita en una colección universitaria ampliamente manejada y se refiere a la cultura nacional e internacionalmente más identificatoria de nuestra Edad del Bronce e, incluso, de nuestra Prehistoria: El Argar. Ello y, quizá la pertenencia de los componentes del segundo equipo a una de las universidades más importantes del país explica que, cuando se quiere presentar la versión marxista de la «Arqueología hoy», se escoja a ese mismo autor (Lull, 1988).

Las dos propuestas materialistas dialécticas tienen, lógicamente, muchos puntos de contacto entre sí⁶⁷, sin que falten inevitables cambios de énfasis, derivados de la diferencia de contexto y de protagonistas. Entre los primeros se encuentran, por ejemplo, la preocupación por la teoría arqueológica o su llamada de atención sobre las implicaciones sociales y políticas subyacentes en la misma (Lull, 1988, pp. 67-68) y en la labor del prehistoriador. Comparten, igualmente, la crítica a la tipología tradicional y su sustitución por otra con criterios explícitos y jerarquizados que emplea técnicas complejas de análisis cuantitativo, así como la consideración de la prospección como «punto de partida necesario de todo el programa de investigación arqueológico» (Chapman *et al.*, 1987, p. 119).

Los investigadores catalanes defienden en varias ocasiones que «la arqueología, como cualquier otra ciencia social, debe tener su propio marco teórico» (Estévez *et al.*, 1984, p. 26), advirtiendo de «las evidentes implicaciones políticas en el modo de obrar escéptico» del empirismo tradicional (Lull, 1988, p. 67). Sin embargo, la contextualización de su trabajo en «las coordenadas teóricas del materialismo histórico» (Lull, 1983, p. 21) se produce en el libro sobre El Argar, ya aludido, pero no en las monografías del equipo (Vicent, 1986, p. 313) o, lo que es más notable, en los artículos específicos sobre «teoría arqueológica» (Estévez *et al.*, 1984; Lull, 1988)⁶⁸. Esto últi-

⁶⁷ Por desgracia, no es posible contar en el caso de esta alternativa metodológica con una exposición programática tan útil para su evaluación «desde dentro», como la que ofrece el equipo jiennense (Ruiz *et al.*, 1986), salvo en «los puntos de partida epistemológicos» (Lull, 1988, p. 62). En consecuencia, ese programa debe «reconstruirse» a partir de la bibliografía, no siempre suficientemente expresiva o accesible, con el riesgo de parcialidad y subjetivismo que ello implica.

⁶⁸ El artículo de Lull (1988, pp. 62-63) «expone los puntos de partida epistemológicos [...] básicos para la construcción de una teoría científica en arqueología», así como «las ideas que [ha] ido elaborando sobre los objetivos antes expuestos [...] en su estado actual de matización».

mo expresa la preocupación preferente de los autores por los aspectos de la teorización más vinculados con la contrastabilidad empírica (corroboración de hipótesis, programas de investigación).

Su posición en relación con el problema de la causalidad —tan discriminador en este momento a raíz de las propuestas del marxismo estructural—, análogamente a la del equipo de Jaén, insinúa un determinismo infraestructural de base ecológica. Ello contrasta con el papel secundario que los marxistas suelen conceder al medio natural frente a la determinación histórica (véase *supra*, p. 52). Así, Lull y Estévez (1986, p. 442) sostendrán que, «bajo el supuesto de que las formaciones económico-sociales se desarrollan a partir de procesos dialécticos polarizados en las relaciones existentes entre el «grupo-medio» y las relaciones «intergrupales-intragrupales»» (*ibidem*), «el primer paso para detectar [su] funcionamiento [...] [es] intentar reconstruir el medio ambiente natural» (Gasull *et al.*, 1984; también en Chapman *et al.*, 1987, p. 219) (véase *infra*).

El párrafo transcrito expresa dos de las señas de identidad de este grupo: los estudios paleoambientales (relación «grupo-medio») y los de «arqueología de la muerte» (relaciones «intragrupales»). Además, resulta característica la atención a la proyección exterior de su trabajo. Esta última se articula mediante la publicación en series internacionales (Gasull *et al.*, 1984), la realización de programas de investigación fuera del país⁶⁹ y la colaboración con prehistoriadores extranjeros dentro del mismo (Chapman *et al.*, 1987).

Los estudios paleoambientales muestran una preferencia inversa a la del equipo jiennense: relación «hombre-medio» (obras arriba citadas, por ejemplo) en lugar de «hombre-hombre». Así, mientras la orientación macros espacial de aquél viene dada, como sabemos, por la elección del Estado como contexto de estudio, el enfoque semimicroespacial del equipo catalán considera que «el primer paso para detectar el funcionamiento de [una] comunidad [...] [es] intentar reconstruir [...] el marco ecológico para captar la utilización y la transformación realizadas por el grupo, según sus necesidades, exigencias y posibilidades» (Gasull *et al.*, 1984, p. 3).

Como en los estudios ambientales gallegos (véanse *supra*, pp. 80-81), las apreciaciones del «aspecto físico del entorno actual [...] han sido contrastadas con los datos empíricos procedentes [en este caso] de la

⁶⁹ V. Lull y J. Estévez (1986, p. 442) iniciaron, junto a M. Picazo y R. Olmos, en 1983, «el estudio de las necrópolis geométricas de la isla de Eubea» (en curso).

excavación, fundamentalmente los análisis polínicos, antracológicos [...], faunísticos [...] y de la materia prima utilizada para la construcción y la fabricación de instrumentos de producción» (*ibidem*).

Se evalúan críticamente las posibilidades de estos análisis (Estévez, 1984; Yll, 1984), manejando los resultados obtenidos como elementos fundamentales para el contraste de hipótesis, lo que garantiza su integración en la síntesis final.

El desarrollo de la «arqueología de la muerte» parte de la hipótesis de que «la naturaleza, complejidad y diversidad de los rituales [funerarios] en un grupo social sugerirán en algún grado el estadio de las relaciones sociales intragrupalas y expresarán de alguna manera la distancia económica, social o ideológica entre los individuos» (Lull y Estévez, 1986, p. 442).

Desde esa perspectiva estudian, primero, los tipos de enterramientos argáricos atendiendo, por separado, a su continente y contenido y, después, las necrópolis en su conjunto «según su ubicación en los diferentes microambientes territoriales argáricos», para averiguar «si la distancia social que muestra la práctica funeraria equivale o no a la distancia real o geográfica»⁷⁰.

Finalizo la presentación de la alternativa propuesta por el Departamento de Historia de las Sociedades Precapitalistas de Barcelona comentando las monografías de la excavación de Son Fornés (Gasull *et al.*, 1984) y el proyecto Gatas (la prospección arqueológica) (Chapman *et al.*, 1987). En sus respectivos ámbitos son una de las obras más interesantes publicadas en los últimos años sobre las posibilidades de interpretación global a partir de una escala semimicroespacial.

Me centraré, en cada caso, en las cuestiones de «procedimiento» por diversas razones. Son Fornés es un poblado talayótico cuya problemática es ajena al tema de este libro. En cambio la abordada en el proyecto Gatas cae de lleno en el mismo, por lo que he preferido tenerla en cuenta en el capítulo correspondiente (cap. 4, epígrafe IV). Por otro lado, dado que estas monografías hacen referencia a las intervenciones arqueológicas más generalizadas entre los prehistoriadores, sirven eficazmente como demostración del nexo teoría-práctica en la crítica a la tradición investigadora empirista.

La importancia del estudio sobre Son Fornés (Mallorca) fue destacada hace ya tiempo (Vicent, 1986). Es la primera que se edita en español en la serie Internacional de los B.A.R. (Chapman en Gasull

⁷⁰ Sus resultados se comentan en el capítulo 4, apartado III.2.

et al., 1984, Prefacio). Inaugura, igualmente, las publicaciones de excavaciones en extensión en nuestro país ⁷¹.

El objetivo fundamental de los autores «era excavar un yacimiento con suficientes garantías para [...] ilustrar [...] las sucesivas transformaciones económico-sociales de un grupo protohistórico del llano mallorquín» (Gasull et al., 1984, p. 3), «desde las fases iniciales hasta su total romanización» (*ibidem*, p. 1).

Ese poblado se selecciona tras una prospección «en diversos municipios» (*ibidem*).

Como recordaré, según el equipo catalán, la comprensión de la «interacción comunidad/medio» es «el primer paso» para detectar su funcionamiento (*ibidem*, p. 3). Así, la caracterización del «aspecto físico del entorno actual» se contrasta con los resultados procedentes de la excavación de «los análisis polínicos, antracológicos [...], faunísticos [...] y de la materia prima utilizada para la construcción y la fabricación de instrumentos de producción» (*ibidem*).

De acuerdo con el objetivo fundamental citado, la excavación busca «en el registro medidas arqueológicas de variables como intensificación, especialización y jerarquización [...] en la línea de lo que ha llegado a ser conocido como arqueología procesual» (Chapman en Gasull et al., Prefacio).

La orientación de los trabajos de campo en esa dirección «en lugar de la tradicional subordinación de la excavación a las cuestiones de historia cultural» supone la valoración de datos novedosos en un informe arqueológico (Vicent, 1986, p. 312). Pero lo más importante es que tal cosa sucede sin menoscabo del correcto tratamiento de los problemas estratigráficos y de definición de estructuras arquitectónicas que preocupan a la mayoría de los arqueólogos (*ibidem*).

La excavación se emprende en «la zona más rica en restos», donde se emplaza un talaiot (gran torre) y diversas edificaciones adosadas al mismo (Gasull et al., 1984, p. 6). Determinada la secuencia cultural de los distintos cortes estratigráficos mediante «técnicas que proceden del método Wheeler», se excava en extensión (*ibidem*). Aquí «el método estratigráfico fue modificado [...] por el registro espacial» de «subconjuntos» (teoría sistémica) individualizados: «aportaciones de origen natural y [...] artificial accidental, estructuras y ele-

⁷¹ La excavación en extensión afectó a «105 metros cuadrados» de «la superficie aproximada de dos hectáreas y media» que ocupa el yacimiento (Gasull et al., 1984, p. 6).

mentos arquitectónicos definidos, equipo doméstico, restos alimentarios de desecho o almacenados» (*ibidem*, y p. 10).

Cada elemento cuenta con una «coordinación tridimensional» y una asignación cronológica (*ibidem*, p. 10). Esa localización espacio-temporal permite dar el «segundo paso» en dirección al objetivo global de la investigación: estudiar la distribución e interrelación espacial de esos subconjuntos (*ibidem*, p. 3) para averiguar, con ayuda de información complementaria, las transformaciones socioeconómicas experimentadas por los ocupantes del poblado a lo largo del tiempo.

Una vez descritas las estructuras arquitectónicas y el material (cerámico, lítico, óseo, metálico, varia, restos alimentarios) recuperado en cada una de ellas, se evalúa el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas a partir de los procesos de trabajo implicados en las tareas constructivas y alfareras.

El proceso de edificación (cantería, transporte, tiempo, fuerza de trabajo, etc.) se precisa a partir de la naturaleza y disposición de los elementos arquitectónicos recuperados en el registro arqueológico, datos paleoambientales y topográficos y con el apoyo de la experimentación y la comparación etnográfica (*ibidem*).

En cuanto a la cerámica, «la clasificación de las pastas y los acabados y un análisis morfométrico de las piezas» mediante análisis cuantitativo de cierta complejidad permite identificar formas y tipos de vasijas (*ibidem*). Su distribución diferencial en las unidades de habitación sugiere «el nivel funcional potencial» (*ibidem*, p. 5).

Finalizada esa tarea, «se ha intentado reconstruir el proceso de trabajo» correspondiente apoyándose «en algunas leyes generales de la Antropología» y en el contraste experimental de las hipótesis obtenidas: «procedencia de las arcillas, [...] extracción, carga y transporte [...]; preparación de la pasta; modelado y cocción; tiempo empleado, y presencia o ausencia de artesanos especializados» (*ibidem*).

«Un trabajo semejante se ha hecho con los restos alimentarios de desecho» (*ibidem*).

El resultado final es «la reconstrucción del patrón económico-social de la comunidad que vivía en Son Fornés durante la fase [...] talayótica» (*ibidem*).

Como indica Vicent (1986, p. 315), la monografía «es un magnífico ejemplo de las posibilidades de una investigación arqueológica [...], orientada a la resolución de problemas planteados por [...] principios teóricos [explícitos] y conducida con una metodología rigurosa e imaginativa, que es capaz de integrar las destrezas tradicional-

mente aprendidas [...] con instrumentos de análisis aún [...] poco frecuentes, como el análisis cuantitativo, con técnicas serias o la experimentación».

Este aparato metodológico será la base fundamental del proyecto Gatas. Dicho proyecto está siendo emprendido por un equipo hispano-inglés de carácter interdisciplinario («colaboran arqueólogos, botánicos, geólogos, antropólogos físicos y ecólogos», Chapman *et al.*, 1987, p. 219)⁷². Su objetivo es «contrastar los modelos propuestos referentes a la aparición de sociedades complejas durante el calcolítico y la Edad del Bronce en el sudeste de la península Ibérica mediante una investigación arqueológica centrada en la excavación del yacimiento de Gatas (Turre, Almería)». Su elección se debe a «que posee una sucesión de asentamientos correspondientes a las etapas mencionadas» (*ibidem*).

El interés por la relación «hombre-medio» de los investigadores catalanes se ve reforzado en esta ocasión por su valor crucial para dicho contraste⁷³.

El proyecto se desarrollará en tres fases (*ibidem*, pp. 220-221 e i-ii). La primera, cuyos resultados se dan a conocer en el libro de referencia, evalúa el estado de la cuestión, expone la teoría alternativa de los autores y presenta la prospección —«primera fase fundamental de [su] programa» (*ibidem*, p. 119).

La segunda, tomando como punto de partida las hipótesis y conclusiones enunciadas tras la prospección a propósito de las secuencias cronológica y medioambiental del yacimiento y de los recursos económicos potencialmente explotables por sus ocupantes, abordará una excavación por sondeos estratigráficos destinada a ponerlas a prueba en cada fase. Además, se formularán los posibles «dinamizadores del incremento productivo» comparando «el nivel de desarrollo tecnológico» (evaluado mediante las «tipologías morfométricas de los medios de producción») «con las diversas esferas de actuación económico-social». Finalmente, la dispersión de los sondeos permitirá «una primera aproximación a la dinámica espacial de los diversos asentamientos de Gatas y a la posible funcionalidad de las estructu-

⁷² El grueso del proyecto recae conjuntamente en el equipo español y en R. W. Chapman (Dpt. of Archaeology, University of Reading). La competencia específica de los investigadores ingleses es «La prospección geofísica de Gatas 1985» (B. y M. Turton) (Chapman *et al.*, 1987) y los análisis metalográficos (R. E. Clough) (*ibidem*, p. 207).

⁷³ Véase capítulo 4, epígrafe IV.

ras descubiertas». La eventual existencia de sepulturas hará posible un estudio de paleonutrición, paleopatología y «de la norma funeraria».

El proyecto finalizará con una excavación extensiva sistemática destinada a contrastar, a su vez, el modelo formal paleoecológico y económico-social elaborado durante la segunda fase.

La fase de prospección se inicia con la contextualización del yacimiento de Gatas a tenor de la información arqueológica conocida de la depresión de Vera (cartografía de los yacimientos desde el Calcolítico al Bronce Final) (*ibidem*, p. ii) y a la biogeografía actual de la misma. Como en el caso de Son Fornés, a partir de los estudios de «la geología, la geomorfología, la vegetación, el clima y la hidrología actuales» se elabora un cuadro ecológico de referencia para la futura información paleoecológica (*ibidem*, p. 219).

La localización precisa del poblado en este contexto venía establecida por la información publicada. En consecuencia, la prospección tuvo lugar sobre el propio yacimiento y sobre su presumible área de captación de recursos. Esos dos ámbitos de actuación requerían dos estrategias, encaminadas a un mismo objetivo: «evaluar si el estudio actual arqueológico del yacimiento de Gatas y su zona de captación permitía reconocer indicadores capaces de representar el estado prehistórico del medio y del yacimiento» (*ibidem*, p. 120).

La prospección en el yacimiento pretendía averiguar la potencia, naturaleza y estado del depósito geo-arqueológico, así como la intensidad y distribución espacial, tanto de estructuras como de artefactos y su clasificación cronológico-cultural (*ibidem*).

La «topografía, [...] alzados y plantas segmentarias» del lugar sirvieron para el registro gráfico de la documentación extraída de acuerdo con «una división zonal adecuada a la realidad física». Su objetivo era incluir «la distorsión de los materiales por procesos dinámicos erosivos [...] en los límites marcados por la propia topografía» (*ibidem*).

Tras un «batido zonal [...] total y completo», se recogieron «al azar pero sin sobrepasar las 500 unidades por área» los fragmentos cerámicos informes (*ibidem*, p. 121). En cambio se recuperaron todos los que contaran con «una forma determinable del perfil [...] decoración y/o piezas de prensión» (*ibidem*, p. 181).

«Las mismas reglas [...] fueron respetadas para los *items* metálicos, líticos y los adornos de concha» (*ibidem*, p. 121). En cambio, en el caso de los «restos alimentarios» y «humanos» se intentó evitar la «contaminación cronológica» centrandó la recogida en los lugares con

«adscripción estratigráfica prehistórica evidente», en los sedimentos amontonados junto a las excavaciones antiguas, procedentes de las mismas, así como en las «lenguas de deposición» formadas por la erosión en las laderas del cerro (*ibidem*).

La recuperación de los «restos alimentarios» y «humanos» no es frecuente en las prospecciones arqueológicas, a pesar de su indudable interés para la elaboración de hipótesis paleoambientales, paleoecológicas y paleodemográficas. Tampoco lo es la identificación de las materias primas de los «*items* arqueológicos» y de los restos constructivos, destinada a «evaluar [...] el gasto de energía que implicó su obtención» (*ibidem*, p. 122). Las posibilidades de esta línea de investigación para una evaluación del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y de los procesos de trabajo, ya quedaron en evidencia en la monografía de Son Fornés.

La última cuestión en la prospección del yacimiento concierne a la valoración de «la potencialidad arqueológica del subsuelo. [Se] llevó a cabo mediante [...] análisis de magnetometría y resistividad» sobre «las áreas con indicadores potenciales» (*ibidem*, pp. 120-121).

En cuanto a la prospección de la zona de captación, su delimitación espacial se basó en el ajuste de la propuesta inicial de Higgs y Vita Finzi (1972) a «las condiciones microambientales específicas del medio inmediato» al mismo y a «la presencia de otros importantes yacimientos» (Chapman *et. al.*, 1987, p. 123). El área así definida, «6 km²», fue objeto de análisis geomorfológicos, geobotánicos, mineralógicos, hidrológicos y polínicos destinados a la elaboración de «hipótesis de trabajo concernientes al paleoambiente, [...] las probables zonas de extracción de materias primas, áreas potenciales de explotación agrícola y los núcleos de abastecimiento de aguas» (*ibidem*).

Los resultados indican que el territorio propuesto tenía «suficientes requisitos para la reproducción y mantenimiento de un asentamiento propio de las Edades del Cobre y del Bronce [...], sobre todo en los concernientes a posibilidades alimentarias» (*ibidem*).

En resumen, las monografías del Departamento de Historia de las Sociedades Precapitalistas de la Universidad Autónoma de Barcelona expresan con claridad, a mi juicio, cómo la brillantez de los resultados de un programa de investigación depende de una teoría que, al establecer «los niveles dialécticos entre las esferas conceptual y fáctica [...], dé sentido» a lo que se hace (Lull, 1988, p. 69).

IV. CONCLUSION

La situación actual de la Prehistoria española es de gran dinamismo y complejidad. Desde fines del siglo XIX, el desarrollo de la investigación europea había estado vinculado a la historiografía académica. Afortunadamente, el monolitismo de este enfoque empirista, marcadamente antiteórico, empieza a entrar en crisis a partir de la segunda guerra mundial, agudizándose entre 1950 y 1970.

Las décadas de referencia corresponden a un momento de expansión capitalista y bienestar social en los países occidentales industrializados, expresado en nuestro ámbito mediante el incremento de fondos para la investigación arqueológica, ahora muy tecnificada (procedimientos computerizados, análisis fisicoquímicos, entre los que destaca el radiocarbono), y para la correspondiente docencia universitaria. Las disciplinas científico-naturales y humanísticas, sensibles a la filosofía neopositivista imperante, se orientan a una recogida ordenada de datos efectuada en un marco teórico explícito y destinadas a establecer generalizaciones universales con valor predictivo.

La preocupación por el valor práctico de la ciencia en la sociedad moderna incide especialmente en la investigación arqueológica norteamericana, donde confluye con una tradición de inspiración nómética. La Prehistoria británica, por su parte, estaba preadaptada a esta «Nueva Arqueología» no sólo por su pertenencia a la misma comunidad cultural y científica, sino también por el interés de algunos de sus más significados representantes por los estudios económicos y medioambientales que son de atención preferente por parte de aquélla.

Se llega así a la diferenciación en Europa de varias alternativas metodológicas que, a grandes rasgos, podemos agrupar en dos. Por un lado están la investigación anglosajona y la de su ámbito de influencia (fundamentalmente Escandinavia), y por otro, la implantada en los demás países del continente. En esta última, el fenómeno de la «pérdida de la inocencia» definido por Clarke se manifiesta con especial intensidad en países como Italia e, incluso, España, mientras que otros como Alemania y Francia mantienen más arraigado el historicismo tradicional. Sin embargo, las nuevas alternativas no han llegado a consolidarse en ninguno de estos casos como señas de identidad nacional de la disciplina. Las versiones más generalizadas, las de mayor peso académico, combinan los objetivos habituales de historia cultural con el empleo de procedimientos empíricos cada vez

más precisos, tanto a la hora de la ejecución de la excavación arqueológica como del estudio de los hallazgos.

El impacto de la *Ciencia en Arqueología*, según título de Brothwell y Higgs, se expresa en la incorporación de una evidencia que venía siendo relegada u obviada —componentes ambientales y económicos—, en la sofisticación alcanzada en la indagación de procedimientos de fabricación y vías de distribución de productos, y en la ampliación de la información cronológica, que además gana en fiabilidad, especialmente con el sistema radiocarbónico.

El avance del conocimiento se vincula, pues, con la ampliación de la base empírica y, consiguientemente, no pone en cuestión el «concepto de Prehistoria» tradicional, sino que lo asume como punto de partida. La ausencia o, incluso, la negación de una teoría arqueológica explícita ha limitado severamente las posibilidades de renovación de la disciplina en los países europeos que he agrupado como la segunda alternativa a la crisis. La naturaleza de esa «teoría arqueológica» es la que determina el «sentido» de la lectura del pasado. Es conveniente, pues, volver sobre nuestros pasos y considerar el proceso que se acaba de exponer desde ese punto de vista.

En esencia, la «lectura del pasado» sólo puede seguir dos vías. Una niega cualquier principio de determinación y regularidad en la conducta humana. Es una posición relativista, desde el punto de vista epistemológico e idealista, desde una perspectiva filosófica. Fontana la identifica con la historiografía académica. La otra vía acepta ese principio de determinación como condición de acceso al entendimiento del pasado como un proceso inteligible. Consiguientemente es racionalista y materialista, y concibe el conocimiento como un instrumento de transformación, y no sólo de comprensión, de la realidad.

Mi opción personal por esta segunda alternativa me lleva a defender una reflexión sobre los aspectos formales del conocimiento científico —epistemología— y sobre el objeto de dicho conocimiento y su instrumentalización metodológica. Voy a ocuparme de esas dos series de cuestiones, conexas pero diferenciables, de manera sucesiva. La circunstancia de que los investigadores se pongan al corriente de las mismas de forma tácita, a través de su formación científica, otorga una importancia crucial a la tarea del crítico que deberá tratar de hacerlas explícitas.

Las bases del método crítico propuesto por Vicent para acceder a los aspectos formales de la Prehistoria son los conceptos «reconstrucción racional del proceso científico» y «distinción lenguaje-

metalenguaje». Su empleo le ha permitido definir tres cortes diacrónicos o «ciclos históricos» en la estructura de la Prehistoria que se van agregando a la tradición académica hasta dar lugar hoy a otras tantas «tendencias disciplinares».

Tomando como referencia el esquema tripartito de Harris para la Antropología cultural, Vicent denomina «ciclo tradicional» al positivismo clásico de los dos primeros: incorporación de Difusionismo y Evolucionismo (primer período nomotético) y perfeccionamiento de los procedimientos empíricos que culminan con la «Revolución Tecnológica (interludio ideográfico)». El tercer ciclo corresponde a la irrupción de orientaciones cientifistas como las representadas por la «Nueva Arqueología» (segundo período nomotético). El arraigo del «ciclo tradicional» en la Prehistoria continental y, sobre todo, en la española, ha supuesto generalmente la subsunción de la Prehistoria teórica en una sistemática de la cultura material, es decir, Arqueología. Sin embargo, no se renuncia al objetivo teórico inicial que trata de lograrse interpretando las categorías taxonómicas en términos histórico-culturales.

Vicent identifica las alternativas a esta situación con las tres tendencias disciplinares aludidas, expresivas de tres niveles progresivos de «autoconsciencia». El «Anticientifismo» aboga por la perpetuación de la tradición. El «Reformismo pragmático o Positivismo modificado» pretende una cientifización de la Prehistoria por incorporación de los procedimientos disponibles tras la «Revolución Tecnológica». Por último, el «Neopositivismo o Cientifismo» defiende la renovación total de los objetivos disciplinares y redefinición metodológica de la disciplina sobre la base de las nuevas condiciones factuales, teóricas y metateóricas.

El «Anticientifismo» es una tendencia residual, pero cuya influencia se manifiesta en rasgos como la extendida creencia en la objetividad de la observación y la permanencia de versiones clásicas del difusionismo y evolucionismo. El «Cientifismo» y el «Reformismo pragmático», por el contrario, ocupan respectivamente la posición hegemónica en el área de influencia anglosajona y en los países del continente europeo ajenos a ella.

Resumiendo lo expuesto por Vicent, señalaremos que la única diferencia sustancial del segundo, con relación al «Anticientifismo», es que pretende la reconstrucción histórica de la Prehistoria por simple *descripción* en vez de a través de la *interpretación* del registro arqueológico, como venía haciendo la tradición disciplinar. Esa radicaliza-

ción de la reacción antiteórica —la ilusión de los hechos sin teoría— es el objeto principal de la crítica del «Cientifismo», siendo su seña de identidad el recurso a la Teoría de la Ciencia como auxiliar imprescindible de la renovación metodológica y de la propia investigación, adaptándose de un modo parcial el método hipotético-deductivo de K. G. Hempel. Dado que nuestra disciplina no está suficientemente consolidada, ni tan siquiera descrita, ello facilita unos medios para su formalización que convierten al «Cientifismo» en el único núcleo de una posible Prehistoria científica. Otra cuestión, y crucial, ya señalada por Vicent, es si resulta factible e, incluso, deseable la transformación de la Prehistoria en una Física de los fenómenos socioculturales.

La respuesta a ese interrogante requiere la apertura de un debate acerca de cuál debe ser el objeto teórico de la Prehistoria. Esa discusión atañe a la segunda serie de cuestiones de reflexión obligada desde la vía racionalista al estudio del pasado. Su tratamiento exige la descripción y discusión de la tradición disciplinar y de los programas metodológicos que contiene.

Habitualmente se han contrapuesto dos tradiciones, una de orientación antropológica y otra histórica, vinculadas con la investigación arqueológica norteamericana y europea. Esta disyuntiva está conectada con la diferente amplitud del registro arqueológico en ambos continentes que favorece un sentido de unificación y continuidad entre pasado y presente en Europa, inexistente en un territorio de nueva colonización para la población blanca, como Norteamérica.

La trayectoria histórica de los desarrollos a uno y otro lado del Atlántico demuestra, sin embargo, el paralelismo esencial de los mismos. No podría ser de otro modo si se tiene en cuenta la interconexión entre las respectivas comunidades científicas, que comparten un contexto social, político y económico común. Así pues, la dicotomía nos retrotrae, en primer término, a las posiciones deterministas y antideterministas mantenidas en el estudio de la conducta humana. En segundo término, la consideración de las primeras nos presenta otra nueva: la existencia entre las que implican o no un compromiso de transformación social.

J. Fontana vincula el antideterminismo con la «historia académica» que hace arrancar de las tendencias opuestas a la herencia revolucionaria francesa del siglo XVIII, en el período entre 1814 y 1917. Entre ellas destacan la reivindicación de la individualidad frente al análisis social y el fortalecimiento de la idea de nación, fundamenta-

da en una historia y cultura comunes, definidas a partir de la proclamación solemne de la falacia académica de la imparcialidad. El arqueólogo alemán Kossinna simboliza esa reivindicación nacionalista en nuestra disciplina.

Desde ese momento a las últimas manifestaciones de *Annales*, aquella historiografía sigue una línea ininterrumpida. Entre las dos guerras mundiales la correlación entre bolchevismo y materialismo histórico lleva a intentar cerrar el paso al primero en la realidad política, desterrando el otro de la mente de los hombres. Ese objetivo se intenta conseguir mediante diversas vías que se prolongan hasta la actualidad. Hay tres con una incidencia especial en nuestra disciplina.

La primera vía culmina la iniciada a comienzos de este siglo por el neokantismo de Rickert y la «filosofía de la vida» de Dilthey. Su influencia llega a la Prehistoria a través de Croce y, sobre todo Collingwood, base de la filosofía de la historia de la arqueología simbólica y estructural, contextual o postprocesual de Cambridge, representada por Hodder. Su concepción de la historia como la reactualización de pensamientos pretéritos en la propia mente del historiador —palabras de Collingwood— excluye cualquier causalidad general y priva a ese último de instrumentos analíticos encaminados a lograr resultados que puedan someterse mínimamente a prueba.

La segunda vía busca la sustitución de las orientaciones metodológicas más críticas de la Historia por las menos comprometedoras para el orden social de las de la Antropología. Incide de modo especial en la Prehistoria, más sensible a la influencia teórica de dicha disciplina. Las manifestaciones con mayores implicaciones en la investigación arqueológica son el difusionismo, el particularismo, el funcionalismo y el estructuralismo. Los dos últimos son las únicas alternativas deterministas de entre las que se proponen la renovación de la historia académica, pero ambas, desde perspectivas acriticas.

Los esquemas explicativos fundados en la difusión culminan en las nociones de *Kulturkreise* o «círculos culturales» de la escuela histórico-cultural de Viena y en las de «áreas culturales» del norteamericano Kroeber. La primera llega directamente a la Prehistoria española a través de la formación alemana de la mayoría de sus principales figuras. Sus rasgos específicos son la defensa de un evolucionismo (recurso al método comparativo) que negaba «las regularidades y las leyes en la historia» y su clara preocupación cronológica.

El particularismo tiene su máximo representante en Boas, quien al observar directamente la enorme variabilidad del registro etnográfica-

fico optó por oponerse al método comparativo y a cualquier forma de generalización. La fascinación por lo individual e ideacional en la cultura, la «perspectiva ecléctica» y la precisión en la recogida de datos son rasgos boasianos constatables en la tradición nacional de la investigación prehistórica alemana y francesa, por citar las dos de mayor incidencia en la española. Queda así de manifiesto cómo la «orientación antropológica» no es por sí misma un criterio de discriminación útil en la indagación acerca del «objeto teórico» de la Prehistoria.

En cuanto al funcionalismo, es la manifestación de la reacción académica en el período entre guerras más claramente favorable a las posiciones conservadoras. Intenta desvelar las reglas de articulación de los mecanismos que rigen el equilibrio de las formas sociales existentes, con el fin de justificarlas y mostrar su adecuación (Fontana, 1982, p. 168).

Su origen se halla en Durkheim, de quien arranca no sólo la escuela funcionalista británica (Radcliffe-Brown y Malinowski), sino también la de la antropología estructural francesa (Lévi-Strauss). Esa herencia común incide sobre la que estaba previamente implantada en Norteamérica por la orientación boasiana.

En Norteamérica la primera de estas escuelas adquiere un notable desarrollo a través del neofuncionalismo ecológico-cultural de la «Nueva Arqueología» (décadas de los sesenta y setenta), mientras que paralelamente trabajos como el de Chang, entre otros, incorporan el estructuralismo a la disciplina. En cambio, en Europa, el migracionismo, el difusionismo y la escuela taxonómica habían desaparecido del escenario británico, pero se mantenían al otro lado del canal.

El trabajo de G. Clark de orientación funcionalista favoreció un amplio desarrollo de la investigación ecológica en Prehistoria que, como se ha indicado, preparó el camino en Gran Bretaña para la aceptación del enfoque sistémico, básico en la «Nueva Arqueología». El «neofuncionalismo» de esta tendencia disciplinar comienza a extenderse en la década de los setenta fuera de ese ámbito, entre otros factores por la dedicación de los autores del contexto académico anglosajón a temas específicos de la Prehistoria europea.

El francés A. Leroi-Gourhan, por su parte, se sirvió básicamente de la antropología estructuralista en su estudio del arte Paleolítico Superior y en la definición y articulación de la excavación etnográfica. El conocimiento del estructuralismo, por ejemplo en España, se reducía generalmente al de esas aplicaciones. Su difusión llegará, en gran

parte, en las décadas de referencia (véase *supra*) de la mano de sus versiones norteamericanas, y en la de los ochenta a través de la crítica al procesualismo de la «Nueva Arqueología» por parte de la «Arqueología simbólica y estructural» de Cambridge.

La tercera vía corresponde a la escuela de *Annales*, que según Fontana es el último intento de reconstrucción de la historia académica. *Annales* reivindica una historia global o integral de «hechos de masas», encaminada a la resolución de problemas y propone nuevos métodos de trabajo interdisciplinarios. Este esfuerzo de modernización encubriría a juicio de Fontana la ausencia siempre de un pensamiento teórico sólido. En cualquier caso, su incidencia en la Prehistoria sólo ha sido ocasional, y la renovación metodológica de la disciplina hay que adjudicársela más bien, por efecto directo o indirecto, a la «Nueva Arqueología» anglosajona.

Tras veinticinco años de debate parece haberse alcanzado un consenso respecto a la valoración de esta última tendencia disciplinar: positiva en el terreno empírico (uso de procedimientos cuantitativos complejos, reconstrucción de las bases materiales de las sociedades pasadas), ambivalente en relación con sus presupuestos teórico-metodológicos y crítica en lo que atañe al nivel de teoría o explicación de los fenómenos culturales.

Se aprecia su reivindicación de una teorización explícita y de la formulación de programas de investigación diseñados para comprobar hipótesis o explicaciones alternativas de los datos. Se rechaza, en cambio, su defensa de una objetividad que ignora la intervención de factores «extracientíficos» en el proceso de conocimiento, así como la exigencia por parte de su rama «ley y orden» de unas formulaciones nomotéticas mal entendidas en su origen epistemológico y, consiguientemente, inadecuadas en su articulación arqueológica.

En cuanto a su comprensión de los fenómenos culturales tanto desde posiciones idealistas como materialistas históricas, se critica su desinterés por los contextos específicos que se estudian en cuanto «laboratorio de la evolución cultural» en vez de por su interés intrínseco. Ciertos autores como Trigger justifican por ello su calificación como expresión arqueológica del imperialismo americano posterior a la guerra.

En definitiva, la consideración de la trayectoria histórica de los estudios acerca del pasado pone en evidencia cómo la disyuntiva orientación antropológica/orientación histórica no es en sí misma relevante para una indagación acerca del «objeto» de conocimiento de la

Prehistoria. En cambio, la instrumentación metodológica de dicho conocimiento exige una opción determinista, si se quiere acceder a él de forma intersubjetiva y que su contenido sea susceptible de contraste empírico.

El «Gran Debate» (Klejn, 1977, p. 3) en torno a la determinación o indeterminación de la conducta humana y, en su caso, a la naturaleza de la misma, tiene lugar a mediados de los sesenta, por la reivindicación nomotética de la Nueva Arqueología. Hoy resulta claro que se confundieron los conceptos de «ley fundamental» e «hipótesis corroborada», y por tanto las leyes del proceso cultural, desde el punto de vista epistemológico, aún no están suficientemente formuladas.

La valoración de las cuestiones formales que se acaban de comentar está conectada, a su vez, con el compromiso social y político del historiador. Este puede concebir su trabajo como el acceso a un bloque cerrado de conocimientos o como un instrumento crítico para la transformación de la realidad. La exposición del desarrollo de la Historia ha dejado en evidencia la resistencia opuesta a la única concepción histórica expresamente revolucionaria: el marxismo. De hecho su influencia en la Prehistoria europea estuvo circunscrita y vinculada a las obras de V. Gordon Childe hasta la década de los sesenta. Sólo en los últimos diez años se ha hecho popular, con opciones diversas pero en las que parecen estar teniendo mayor peso las que destacan el papel de ideología y estructura, en lugar del de la economía, como determinante principal.

El marxismo completa el panorama de las opciones deterministas en el estudio del pasado. Dichas opciones combinan los procedimientos inductivos y deductivos y tienen un carácter comparativo universal. Pretenden la elaboración de generalizaciones de naturaleza nomotético-deductiva, probabilística y/o histórica. Como indica Harris, asumen que la cultura es un fenómeno superorgánico que sigue leyes, no queridas por los individuos que participan en la misma sino inherentes a ella. Sus versiones más significativas son, por un lado, el materialismo cultural, la ecología cultural y el materialismo histórico ya aludido y, por el otro, el estructuralismo.

En el aspecto de la causalidad, el margen que se concede a la libertad individual en las diversas alternativas es muy diverso. Las variantes funcionalistas o estructuralistas lo consideran irrelevante en mayor o menor grado (ecología cultural) para el conocimiento de la cultura. En cambio, el materialismo histórico lo hace depender de las contradicciones existentes entre las estructuras que constituyen las

formaciones sociales. La conflictividad consustancial a las mismas deja abierto un ámbito para «el papel creador del individuo en el cambio cultural» y para «la variabilidad y la no conformidad de los individuos a las pautas culturales» (Harris, 1979, p. 259). Sin embargo, se trata de un ámbito delimitado por la naturaleza específica de la formación social y, por lo tanto, bien diferenciado del indeterminismo que el particularismo boasiano sitúa en el núcleo de la cultura.

El factor económico no es, por tanto, el único determinante del proceso histórico sino, según Engels, el que lo define en última instancia. El nivel de desarrollo de las fuerzas productivas pone los límites externos a la posible variación en las relaciones de producción. Se trataría, pues, de una «causalidad negativa», ya que determina prioritariamente lo que no puede suceder frente a lo que tiene que suceder.

La conexión que Marx (1975a, p. 348) establece entre las «formas de conciencia social» y «la estructura económica [...] sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política» a la que corresponden, ha fundamentado las críticas a la objetividad de su lectura del pasado. En realidad, la asunción de que «el sujeto, socialmente condicionado, posee un papel activo en el acto de conocimiento» sólo es objetable desde una concepción absoluta de la objetividad (Linares, 1984, p. 129). Frente a esa «ideología de la ciencia» que le da un carácter «intemporal y universal» (Chalmers, 1984, p. 234) el marxismo señala la historicidad del conocimiento y lo evalúa «investigando sus fines [relacionados con la situación social] y el grado en que es capaz de cumplirlos» (*ibidem*, p. 231). Esto va en contra de la «ideología de la ciencia», pero no supone la adopción correlativa de una posición individualista y relativista. La comprensión del estado de desarrollo de una rama del conocimiento y el dominio de los medios disponibles sería la mejor forma de intentar cambiarlo de forma controlada. A ese respecto, la indagación acerca del «estado de desarrollo» de la Prehistoria tiene un interés doble. Es condición necesaria para su formalización y, además, es un requisito previo a su empleo como instrumento crítico para la transformación de la realidad.

En España, el estudio de la Prehistoria ha combinado un enfoque idealista con la adopción de una metodología positivista. Como sabemos, ello conduce a la subsunción de la Prehistoria teórica en una Arqueología descriptiva y posibilita una amplia especulación subjetiva. La obra de autores como Almagro Basch expresa bien el enfoque clásico de la Prehistoria española.

La idea de cultura corresponde a la que fue definida como «normativa» por los autores funcionalistas de la «Nueva Arqueología»: se concibe como un gran «todo», transmitido a través del tiempo y del espacio por aprendizaje o difusión.

La finalidad de la Prehistoria normativista es la reconstrucción de la historia cultural, explicando las diferencias y semejanzas culturales en términos de factores históricos o psíquicos, y confundiendo la sucesión temporal con la causalidad histórica. La convicción de la naturaleza ateorica de la Prehistoria y el arraigo del «argumento de autoridad» identifican esta metodología normativista con la consustancial a la propia disciplina.

Se llega así a mediados de los setenta a una situación en la que, junto a importantes avances en el terreno empírico, hay un estancamiento teórico.

Esta tendencia continúa como consecuencia del impacto de la «ciencia en Arqueología» debido fundamentalmente a la investigación faunística, paleoambiental y metalográfica de los prehistoriadores alemanes que introducen, además, junto con los paleolitistas franceses, sustanciales mejoras en las excavaciones arqueológicas.

Esta desproporción entre el dispositivo técnico y el teórico se expresa hoy en la multiplicidad de reuniones centradas en el primero y la escasez, por contra, de reflexiones desde el punto de vista de la teoría. A pesar de la traducción y edición de algunas de las obras más significativas de la «Nueva Arqueología», faltan aún estudios de síntesis sobre esta cuestión y, salvo honrosas excepciones, exposiciones programáticas completas de las posiciones defendidas por los distintos investigadores o equipos comprometidos en la renovación metodológica. En consecuencia, el análisis de la situación en los años ochenta se mueve en un margen importante de imprecisión e intuición.

En este contexto, cualquier estructuración de las alternativas a la crisis disciplinar sólo puede tener un valor provisional. Por mi parte, he propuesto la consideración de cuatro alternativas.

La primera de ellas puede definirse, a grandes rasgos, como «nuevo arqueológica». Incluye un enfoque «cientifista» —vinculado con los miembros del departamento de Antropología y Etnología americanas de la Universidad Complutense— y otro de «arqueología económico-social y ambiental». Este último incluye equipos e investigaciones individuales de todo el país, interesados por todos los períodos (desde el Paleolítico a la Protohistoria). Recoge variadas influen-

cias: «arqueología cultural» de enfoque ecológico, escuela de paleoconomía de Cambridge, escuela americana de estudios ambientales, los «nuevos arqueólogos» británicos y el estructuralismo arqueológico. Todas ellas proceden del ámbito científico anglosajón, salvo en el caso de la última, donde también está presente la influencia provocada por la obra de Leroi-Gourhan. Las propuestas de esta segunda vía de la alternativa «nuevo arqueológica» pueden encontrarse también en otras alternativas a la crisis, dado que, muchas veces, tienen un carácter instrumental. Sin embargo, entonces, están insertas en un programa teórico-metodológico global del que el estudio prehistórico concreto es un ejemplo de aplicación.

La segunda opción destinada a dar salida al estancamiento disciplinar consiste en una indagación acerca de los fundamentos teórico-metodológicos de la Prehistoria, desde la Filosofía de la Ciencia. Ha sido emprendida por J. M. Vicent García en el departamento de Prehistoria del Centro de Estudios Históricos del CSIC.

La tercera alternativa, inspirada en la Antropología Cultural estructuralista, ha sido sugerida por el doctor C. Martín de Guzmán desde el departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense.

Por último, la cuarta opción está representada por los investigadores materialistas históricos del Colegio Universitario de Jaén y del departamento de Historia de las Sociedades Precapitalistas y Antropología Social de la Universidad Autónoma de Barcelona. Ambos equipos estudian los últimos períodos de la Prehistoria (Calcolítico y Edad del Bronce) y la Protohistoria.

La orientación nomotética de la alternativa «nuevo arqueológica» es la única surgida y desarrollada en un marco institucional. Las propuestas estructural y epistemológica responden a la trayectoria intelectual personal de sus respectivos propugnadores. Su impacto en la comunidad disciplinar depende de sus propios méritos. En cuanto a la opción materialista histórica tiene su origen en el compromiso político de los principales investigadores de cada centro universitario, pero cuenta ahora con la proyección institucional que su implantación académica les proporciona.

La orientación nomotética de la primera alternativa y la segunda se ocupan de los problemas de la investigación científica al nivel más general posible. C. Martín de Guzmán articula, además, un programa a nivel medio. Los equipos marxistas arrancan de ese nivel y emprenden una indagación arqueológica concreta. Como se ha dicho, esta última es la única que se advierte en los trabajos que he incluido

en la «arqueología económico-social y ambiental» Sin embargo, no hay que olvidar que esta forma de concebir la investigación es anti-tética a la tradicional en la medida en que contextualiza el fenómeno humano, condicionándolo a factores ambientales, económicos y/o sociales.

En realidad, la conciencia generalizada de la determinación teórica es la seña de identidad de los intentos renovadores y ello explica la meticulosidad de los nuevos proyectos. En ellos la «Arqueología Espacial» juega un papel fundamental en la configuración del registro, bien a través de la estrategia «hombre-medio» (análisis de captación de recursos), bien «hombre-hombre» (modelo de formación de polígonos Thiessen). Es difícil averiguar en qué medida la elección de una y otra depende de un problema teórico concreto o de las condiciones reales en que tiene que desenvolverse la investigación. En la mayoría de los casos es más factible emprenderla a escala semimicroespacial que macroespacial.

El interés por la «Arqueología Espacial» ha convertido la prospección sistemática superficial en condición previa para su puesta en práctica. Ello unido a su papel fundamental (inventarios arqueológicos) en la política de gestión de recursos culturales de las comunidades autónomas ha dado hoy a esta forma de intervención el predominio que tradicionalmente tuvo la excavación. Estas últimas, por otra parte, tienden a ser extensivas, con las posibilidades que ello tiene para una interpretación global de la formación social.

Otro aspecto identificativo de la sustitución de la perspectiva histórico-cultural por otra de tipo procesual es la pertinencia y «economía» del tipo de colaboración interdisciplinar emprendida. No se trata ya, como en los trabajos de los autores encuadrados en el «Reformismo pragmático», de contar con una larga nómina de especialistas en toda la gama de estudios ambientales o técnicas analíticas posibles. Se busca la integración en los proyectos de los que resultan imprescindibles para el contraste de hipótesis. Incluso se da el caso de que la concepción del conocimiento como un proceso abierto lleva a la inclusión de hipótesis todavía no corroboradas, sugeridas a partir de otras que sí lo están. Desde la perspectiva empirista tradicional puede ser tentadora la descalificación de las conclusiones propuestas en ese marco. Sin embargo, la claridad con la que se expone en qué grado han sido sometidas a prueba deja a salvo la necesaria condición de objetividad.

En cuanto al análisis, las tipologías tradicionales han dejado lugar

a otras con criterios explícitos y jerarquizados, que emplean técnicas complejas de análisis cuantitativo. Su combinación con la experimentación y el recurso a los paralelos etnográficos pertinentes ha permitido la recuperación del potencial de información socio-económica contenido en el registro tecno-tipológico. Lo segundo también es aplicable a la documentación arquitectónica.

La lucidez y sentido crítico que testimonian muchos de estos desarrollos renovadores de la Prehistoria española no han pasado inadvertidos. Se trata, además, de procedimientos y estudios accesibles a la generalidad de los investigadores que, normalmente, se sirven de ellos en su trabajo.

Queda patente así cómo el contexto teórico del prehistoriador y su capacidad de articulación de líneas de investigación imaginativas y susceptibles de control empírico —no el simple recurso a tecnologías o disciplinas nuevas y sofisticadas— son los factores determinantes para lograr una «lectura significativa» del pasado.

Esta conciencia, generalizada entre los sectores más renovadores, se completa con la de que el científico debe salir de su «torre de marfil» y examinar el grado de validez social de su investigación.

Se aúnan de este modo los requisitos para una formalización de la disciplina con el reconocimiento de las implicaciones extracientíficas del estudio del pasado. Esta doble sensibilización y el interés de los resultados ya publicados de las alternativas a la tradición disciplinar permiten abrigar fundadas esperanzas de que su continuidad y ampliación sitúen a la investigación prehistórica española en una posición relevante en el contexto continental europeo en la próxima década. La tarea presente es sentar las bases para que así sea.

2. LA PERIODIZACION EN PREHISTORIA

I. INTRODUCCION

Uno de los aspectos de mayor interés al emprender la «historia de la investigación» de cualquier fase de la Prehistoria es tener en cuenta la periodización que se ha empleado en su estructuración y definición. El tipo de rasgos escogidos (tipológicos, económicos, sociales, etc.) el hecho de que se les conceda o no a todos la misma importancia, sus relaciones recíprocas, la terminología empleada nos hablan tanto de la realidad como de los criterios epistemológicos o antropológico-culturales del autor que ha establecido la periodización¹. Así nada tiene de raro que la explicitación de las determinaciones teóricas que subyacen en las diferentes periodizaciones pueda contemplarse como un instrumento de gran utilidad para lograr esa formalización de la disciplina que he enunciado en varias ocasiones como un objetivo deseable.

Jaroslav Böhm (1953, pp. 2-3; cit. por Furmanek, 1980, p. 117) define la «periodización» como

la separación del proceso histórico en períodos menores según ciertos indicadores contenidos en y seleccionados de su desarrollo. Cada periodización tiene dos tipos de aspectos: uno material, referido a su contenido, y otro teórico y filosófico. El primero significa que la periodización es una ayuda para la diferenciación de la complicada masa de hechos conocidos, su clasificación y ordenamiento. [En este caso, una periodización es un instrumento de trabajo.] En el segundo caso, una periodización es la expresión de una idea a través de la cual se escogen las marcas que dividen el flujo histórico en segmentos temporales menores. Y es precisamente la selección de esas marcas

¹ La discusión de los problemas teóricos de la periodización fue abordada por J. M. Vicent García y por mí misma en un artículo publicado en el libro *Homenaje al profesor Martín Almagro Basch* (Martínez Navarrete y Vicent, 1983). Presento aquí sus conclusiones completadas con el material de trabajo que no pudo incluirse entonces por las lógicas limitaciones editoriales. Agradezco a J. M. Vicent García su generosidad al permitirme manejar información inédita de una investigación común.

la que procede de la actitud filosófica del observador y es la manifestación de su evaluación de la acción histórica. Esta, a su vez, está determinada por la educación, origen, situación e interés del observador y su condición social y temporal; en otras palabras es una manifestación de la visión del mundo del observador.

Si bien se empieza a reconocer que «los modelos percibidos en el registro arqueológico están determinados no sólo por los modelos inherentes al propio material, sino también por el marco teórico y el método taxonómico del arqueólogo» (McNairn, 1980, p. 62), mi impresión es que, entre nosotros, esa conciencia no está muy generalizada.

V. Gordon Childe (1949a, p. 5; cit. en McNairn, 1980, p. 134; también en p. 108) fue uno de los pocos prehistoriadores que puso de relieve la incidencia de los prejuicios teóricos en los resultados de la investigación: «los arqueólogos quieren observar culturas, "pero el instrumento de observación es en sí mismo cultura. Los resultados de la observación tienen que ser expresados en las categorías que hemos heredado de nuestra propia sociedad"».

Igualmente, cuando afirma (Childe, 1953, p. 167) que la división tripartita de la Edad del Bronce «no está inspirada por la metafísica hegeliana o la teología trinitaria» parece comprender, aunque negándose a aceptarla, la dependencia que existe entre toda actividad científica y visiones del mundo situadas fuera de la ciencia. Sin embargo a la mayoría de sus colegas europeos continentales y, sobre todo, españoles no se les ocurrirían ese tipo de conexiones ni siquiera para ironizar sobre ellas, como en su caso. La explicación de esa actitud se encuentra en el modelo empirista, antiteórico tradicional en la disciplina. Así las largas polémicas en torno a la periodización se han centrado más en las discusiones terminológicas y relativas a las asociaciones tipológicas que en el «sentido» general que debe tener aquella dentro de una concepción total de la Prehistoria (Ehrich, 1961, p. 603) y ése es, precisamente, el aspecto crucial del problema.

La periodización «constituye ante todo un asunto teórico y metodológico» (Núñez Regueiro, 1975, pp. 1 y 7), en la medida en que su contenido empírico, material, está en función de la perspectiva teórica adoptada. No se trata pues «de seguir alargando la lista de elementos a tener en cuenta, sino de discutir las bases mismas» con que se enfrentarán «desde el punto de vista teórico y metodológico, y sobre la base de la documentación que nos ofrece el registro arqueológico, el análisis del proceso de desarrollo histórico».

El objetivo de las páginas que siguen es poner precisamente de manifiesto cuáles son los fundamentos teóricos de toda periodización.

II. TIPOS DE PERIODIZACION

II.1. Bases para su definición

La tesis básica que articula la exposición es la siguiente: «todo científico, y por lo tanto, todo prehistoriador, trabaja dentro de un sistema metateórico y conforme a un método» (Vicent, 1982, p. 18). Restringiéndonos al problema de la periodización esta tesis se puede formular así: toda decisión que intervenga en la construcción de un sistema periódico está determinada por un sistema de decisiones metateóricas. Por lo tanto, un sistema periódico 1) sólo es inteligible desde el conocimiento de sus bases metateóricas y 2) no puede ser discutido independientemente de ellas.

Esta tesis no es sino un desarrollo de la concepción de J. Böhm, ya citada, recogida por V. Furmanek (1980, p. 117): «Cada periodización tiene dos tipos de aspectos: uno material, referido a su contenido; otro teórico y filosófico.»

El carácter generalmente implícito e inconsciente de las decisiones metateóricas hace imprescindible una labor crítica de explicitación de «las “Filosofías de la Ciencia” que vertebran los distintos programas de investigación presentes en la Prehistoria» (Vicent, 1982, p. 18).

Las bases de este método crítico son los conceptos «distinción lenguaje-metalenguaje» y «reconstrucción racional del proceso científico», a los que ya se hizo referencia (véase *supra*, p. 11). Como el concepto «metateoría» es una ampliación de la distinción habitual en Lógica y Epistemología entre «lenguaje» y «metalenguaje», la diferenciación de estos dos niveles en el discurso de la Prehistoria permite reconocer las «posiciones epistemológicas» o «modelos» metateóricos de los investigadores.

Consideremos, por ejemplo, las expresiones 1) «El término “Edad del Bronce” designa un período cronológico» y 2) «La cultura de El Argar se desarrolla durante la Edad del Bronce». La primera es una declaración metateórica referida a la periodización. Define una categoría («período», «fase») y unas reglas metodológicas, cuyos postu-

lados epistemológicos básicos remiten a las posiciones posibles en el campo de la ciencia y la Epistemología.

La segunda expresión, en cambio, está formulada en el lenguaje objeto. Se refiere al aspecto material, al contenido de la periodización.

Es muy importante reparar en la dependencia entre ambas expresiones. Así 2) sólo es inteligible en relación con 1). Existe pues una precedencia lógica que hace depender el sentido del lenguaje científico de la metateoría.

El hecho de que las declaraciones metateóricas en Prehistoria sean aisladas y fragmentarias hace imprescindible recurrir a esos modelos generales posibles en la Epistemología con objeto de conectarlas entre sí en una «reconstrucción racional». No se trata de imponer un modelo especulativo, sino de explicitar algo que *necesariamente* existe en la Prehistoria, aunque los prehistoriadores lo ignoren. Todo profesional se aproxima a la construcción científica de su disciplina desde una determinada concepción del conocimiento científico en general, aunque lo haga, como en nuestro caso, de manera inconsciente.

Es conveniente hacer una última advertencia para valorar el alcance de la investigación que se propone. Las posiciones metodológicas a las que se hará referencia no deben entenderse en un sentido clasificatorio absoluto, tipológico. La Prehistoria por el momento es asistemática a nivel metateórico. Las declaraciones de los investigadores a este respecto resultan confusas y contradictorias —recordemos el carácter inconsciente de las determinaciones teóricas— por lo que no es posible adscribir cada autor a una tendencia.

II.2. Modelos epistemológicos de referencia

Agruparé las declaraciones metateóricas sobre la periodización disponibles en la bibliografía según los modelos epistemológicos que expresan las distintas posiciones posibles ante el conocimiento científico: Realismo, Convencionalismo e Instrumentalismo. Se trata de posiciones filosóficas complejas, de las cuales se expondrán las líneas generales en relación con la valoración del estatus gnoseológico de las teorías y leyes científicas y con las actitudes ante el lenguaje de la ciencia.

El Realismo, concreción del Positivismo clásico (Von Wright, 1979, cap. I) sostiene el valor ontológico de las afirmaciones de la Ciencia: teorías y leyes representan entidades cuya existencia es in-

dependiente de aquéllas. Las leyes son generalizaciones inductivas de observaciones empíricas (Hanson, 1977, pp. 42 ss.), formuladas en un lenguaje descriptivo universal. La Ciencia sería, pues, una descripción de un mundo objetivamente existente, cuyo problema es la descripción objetiva de la realidad objetiva.

Dentro de esta posición son posibles diversas gradaciones. La actitud más frecuente en Prehistoria es el Realismo Antiteórico, relacionado genéticamente con el Positivismo decimonónico (véanse *supra*, pp. 16-21).

El Convencionalismo, por su parte, dentro de la tradición kantiana (Popper, 1977, p. 76), interpreta las teorías y leyes científicas como productos exclusivamente racionales, que no muestran sino una imagen conceptual posible de la realidad. Aún más, en cierto modo crean la realidad al ejercer un «dominio conceptual sobre la experiencia» (Hanson, 1977, p. 45) puesto que definen el propio acto de la observación (Popper, 1977, p. 76). Las leyes científicas son interpretadas como definiciones: «nada puede ir en contra de ellas porque *definen* las relaciones entre una teoría y todas sus posibles materias» (Hanson, 1977, p. 46).

La Ciencia así, desde la óptica Convencionalista, muestra *una* (no «la») imagen del mundo que es «verdadera por convención no por prueba» (Lakatos, 1974, p. 17), puesto que las posibles pruebas están ya definidas en las convenciones.

Por último, el Instrumentalismo sería un caso límite del Convencionalismo (*ibidem*, pp. 18 y 19), que puede tener diversos contenidos al ser más bien una posición accidental de origen histórico antes que filosófico.

II.3. *El Realismo*

En su versión antiteórica ha sido la actitud estándar tradicional en Prehistoria consecuentemente con los orígenes históricos de la disciplina.

Los presupuestos epistemológicos ya expuestos se pueden ampliar como sigue: partiendo de la suposición de una continuidad entre lenguaje y realidad, basada en el criterio verificacionista del sentido del lenguaje científico se considera que los términos de éste (y por ende las proposiciones que con ellos puedan ser formuladas) *representan realmente entidades reales*. Es decir, el lenguaje de la ciencia es des-

criptivo por definición. Su eficacia presupone, además, un cierto isomorfismo lógico con la realidad. Así, si los términos representan entidades reales, la relación entre los términos en el discurso representa la relación real entre aquéllas de modo que «el hecho de que los elementos de una representación están relacionados entre sí de una forma determinada significa que las cosas están relacionadas entre sí de la misma manera» (Wittgenstein, *Tractatus*, 2.15). Evidentemente esto sólo sucede cuando la representación (proposición, teoría, periodización) es verdadera. Aquí entra en juego el criterio verificacionista del sentido, mecanismo que conecta el lenguaje y la realidad: sólo son verdaderas las representaciones empíricamente verificadas; consecuentemente, sólo tienen sentido las proposiciones empíricamente verificables. En ellas, por tanto, sólo pueden intervenir términos cuya referencia sea una entidad que permita dicha verificación, es decir, un observable. En conclusión, todo término que intervenga en el discurso científico o es *observacional* (directa o indirectamente) o *carece de sentido*, quedando excluidos los términos teóricos.

La construcción de sistemas periódicos, según estos presupuestos, se traduce en dos principios metodológicos:

1. Los términos de la periodización deben representar entidades observables.
2. La estructura de la periodización (*i.e.*, relación entre los términos) debe ser isomorfa con la estructura del registro empírico.

En efecto, el registro arqueológico es la única referencia disponible al quedar excluida la generalización teórica. Coherentemente con ello, los términos de la periodización se conciben como taxonómicos, referidos a unidades claramente definidas dentro de ese mismo registro, según el modelo inalcanzable de los de la Zoología o la Botánica: «estas divisiones [en períodos] son meras clasificaciones en el concepto linneano, y que pueden ser sometidas a examen más ajustado a la realidad» (Arribas, 1967, p. 85).

«Los prehistoriadores no han tenido la fortuna de conseguir unos términos claros y estables, a semejanza de los que se han estabilizado en otros campos como la zoología o la botánica» (Tarradell, 1980, p. 51).

La definición más explícita de esta concepción de la periodización la encontramos en V. G. Childe (1953, p. 167): la división tripartita de la Edad del Bronce

está inspirada [...] por el propio método tipológico. Un período tipológico es precisamente el intervalo de tiempo durante el cual un conjunto de tipos arqueológicos encontrados repetidamente asociados en «depósitos cerrados» estaba en uso corriente. Pero para que los tipos estén así repetidamente asociados tienen que haber sido usados no sólo en la misma época, sino también por la misma gente o grupo social.

Seguidamente el autor (*ibidem*, p. 168) establece un método de construcción de sistemas periódicos que puede hacerse corresponder con la cláusula del isomorfismo a la que se hizo referencia:

Así tres conjuntos distintos de tipos fósiles A, B y C, encontrados repetidamente asociados en la misma región pueden definir o estadios cronológicos en la evolución de la tradición de una sociedad o las tradiciones diferentes de tres sociedades distintas que ocupaban territorios contiguos en la misma época [...]. Una periodización tipológica es posible si, y sólo si, tipos del conjunto B están ocasionalmente asociados con tipos propios del conjunto A o C y cuando los tipos del conjunto A nunca están asociados en depósitos cerrados con los del conjunto C. Entonces, y sólo entonces, pueden los conjuntos A, B y C aceptarse como representativos de períodos consecutivos. Es por lo que tres es el número *mínimo* de divisiones requerido para cualquier periodización puramente tipológica. Cualquier periodización de este tipo es por su naturaleza estadística; nuestra confianza en la división depende del número de depósitos cerrados, de la variedad de los tipos incluidos y de la frecuencia de sus asociaciones. Por otro lado la división tripartita es un mínimo. Donde haya suficiente depósitos cerrados es posible una subdivisión.

En este mismo texto están implícitos los problemas que presenta la periodización positivista. La «naturaleza estadística» de las divisiones plantea serios problemas de fiabilidad, que va a depender de una serie de parámetros («número de hallazgos, variedad de tipos, frecuencia de asociaciones») que implican cierto número de decisiones teóricas, en franca contradicción con las bases epistémicas del sistema.

Sin embargo, la principal objeción al sistema va a ser de tipo pragmático. En efecto, la aplicación rigurosa del método de Childe supondría bien una proliferación incalculable de divisiones, lo que la haría prácticamente inoperante, o bien la renuncia a periodizaciones de utilidad general, en beneficio de una multitud de secuencias locales.

E. A. Llobregat (1975, p. 120) describe simplemente esta situación:

La evidencia cotidiana de que no es normal el cambio brusco, sino la pausada evolución, obliga siempre a plantearse la cuestión [de la clasificación del desarrollo cultural] en términos acuciantes. Los arqueólogos tradicionales [...] resolvían la situación multiplicando las subdivisiones internas de cada período basadas en una tipología mejor o peor fundada.

En cambio, A. F. Harding (1980a, p. 126) la enjuicia críticamente:

La mayoría de las divisiones entre fases diferentes [en la Edad del Bronce europea] se basan en un cambio tipológico, que puede ser más o menos marcado [...]. El registro arqueológico es medido en términos de su susceptibilidad a variar su repertorio artefactual, y es obvio que esto puede no proporcionar un reflejo ajustado de los acontecimientos. [Es cierto] que conjuntos diferentes son característicos de áreas y períodos diferentes, [pero] si su valor cronológico es limitado debemos preguntarnos entonces si esos conjuntos ayudan a comprender esos períodos. A esto hay que contestar que lo hacen, pero sólo de manera muy limitada. El valor de la tipología en los estudios de la Edad del Bronce puede ser pues seriamente cuestionado, y especialmente cuando lleva [...] a una confusión tan intolerable [como la que se observa en la centroeuropa (cf. Furmanek, 1980)].

En el dilema provocado por la definición tipológica de los períodos se encuentra el nudo del problema de la periodización. Para evitar la atomización que conlleva una periodización taxonómica, los autores positivistas optan por la introducción de términos de mayor nivel de generalidad que permitan la integración de las múltiples secuencias tipológicas locales en grandes unidades «más manejables». Así, M. Almagro (1973, p. 48) afirma: «Los prehistoriadores han comprendido la necesidad de unificar su terminología cronológica y cultural, superando [...] aquellas anárquicas divisiones varias que en esta ciencia se han establecido, uniendo la necesidad de la sistematización cronológica con el contenido cultural.»

El modelo a seguir será el «Sistema de las Tres Edades» de Thomsen (modelo igualmente de las concepciones convencionalistas. Cf. *infra*). Este sistema que, en principio, surgió como una secuencia local de base taxonómica dentro de una concepción positivista (Childe, 1935, p. 2; Daniel, 1973, pp. 41 ss.), se había convertido a fines del siglo XIX en un marco cronológico general y en el primer tercio del siglo XX, tras los trabajos de V. G. Childe, en el cuadro de los estadios socio-económicos de la historia mundial, reflejo del «progreso humano» (McNairn, 1980, pp. 77 y 157).

La transformación del modelo lleva inevitablemente a una contradicción formal con los principios metateóricos positivistas. En efecto, este nuevo uso de términos clasificatorios como generalizaciones, los transforma de forma inevitable en términos teóricos. Expresiones como «Edad del Bronce» no designan ya observables, sino conceptos elaborados sobre un proceso de abstracción que, si bien está referido en último término al registro arqueológico, no es susceptible de contraste interteórico. Así construir, por ejemplo, el concepto «Edad del Bronce» a partir de una serie de asociaciones tipológicas implica una selección *a priori* de rasgos referida, en último término, a los distintos sistemas teóricos. «Edad del Bronce», «Calcolítico», «Eneolítico» son conceptos ininteligibles fuera del contexto teórico en que cada autor los utiliza, inverificables por contraste empírico fuera de ese mismo contexto e indefinibles por ostensión.

Una demostración de lo que se viene afirmando se encuentra en el hecho de que las «entidades» que esos términos designan desaparecen en una periodización construida sobre parámetros teóricos distintos a los tradicionales técnico-tipológicos. En la periodización establecida por C. Renfrew (1972, pp. 49-52) para el área egea son sustituidos por parámetros culturales. Se consideran relevantes rasgos como los modos de producción, patrones de asentamiento, factores sociales (organización, demografía, etc.) ocupando la cultura material un lugar más en esta serie, ordenada según los patrones de la Teoría General de los Sistemas.

Se pone de esta forma de manifiesto el carácter teórico de los términos de la periodización, quedando así seriamente comprometida la coherencia interna del Realismo Antiteórico. Esto no supondría problema alguno si, de manera consecuente, se abandonaran sus principios metateóricos. Sin embargo, su condición implícita y subliminal implica una férrea dependencia de ellos por parte de los investigadores para los que han llegado a ser una actitud mental consustancial. La consecuencia es que *se siguen usando términos teóricos como si fueran observacionales*, produciéndose un auténtico colapso metodológico. Se intenta constatar empíricamente la existencia de entidades no empíricas como «Edad del Bronce» o «Calcolítico», sin reparar en que el significado de estos términos depende estrechamente de diferentes contextos teóricos.

En resumen, la discusión se centra en los propios términos y su adecuación o no al registro empírico. La imposibilidad de resolver este problema sin tener en cuenta los parámetros teóricos que dotan

a cada término de un significado contextual, lleva a aceptar o rechazar los términos por razones etimológicas², pragmáticas³ o rayanas a veces en la incoherencia⁴, en vez de abandonar la ficción insostenible de un lenguaje reísta descriptivo.

Las consecuencias (que no la situación que las provoca) no pasan desapercibidas a la mayoría de los autores que se lamentan constantemente de la falta de una terminología estable:

el problema de aplicar voces poco claras a países diversos, ha sido una de las causas del desprestigio que la Prehistoria recibe a veces en ciertos círculos burlones y necios [Almagro, 1973, p. 49].

No se ha sabido encontrar una terminología adecuada que de un modo sistemático recogiese y encuadrase los distintos hechos y aspectos culturales de los Metales [Jordá, 1964, p. 140].

² J. Arnal y H. Prades (1959, pp. 69 y 129, notas 1 y 85) señalan, por ejemplo, que resulta más adecuado emplear el término «Calcolítico» (de «Chalcos» cobre, y «lithos», piedra) que el de «eneolítico» (del latín «aeneus», en bronce, y del griego «lithos», piedra) para referirse al comienzo de la metalurgia, ya que «los análisis de F. J. Taboury [...] han demostrado que la inmensa mayoría de los objetos de metal utilizados en Francia en esta época son de cobre nativo, aunque no siempre puro». En cambio, el término «Eneolítico» «no corresponde a la realidad, habiendo sido la aparición del bronce más tardía que la del cobre» (el subrayado es mío).

³ P. Bosch Gimpera (1961, p. 44, nota 1) en relación con la introducción del término «Bronce I» observa: «Esta nueva terminología induce a confusión y es contraria a la práctica corrientemente aceptada en la bibliografía internacional que en cada territorio toma el nombre del nuevo material para caracterizar las edades cuando se generaliza o coincide con nuevos aspectos importantes de la cultura. Y en la Península [...] lo que hemos llamado siempre Eneolítico, no tiene bronce.» Repárese en la contradicción con la interpretación de ese término en la nota 2.

A. Arribas y M. Almagro insisten en la función pedagógica de la terminología. A. Arribas (1967, p. 85) habla expresamente de «la utilización con fines pedagógicos de la división en períodos». M. Almagro (1973, p. 51) lo hace implícitamente: «Debemos hacer todo lo que podamos por unificar la división de los períodos prehistóricos no sólo logrando un concepto lógico de los mismos, sino también una unidad universal en los vocablos para denominarlos. Así todos tendremos ideas claras y las entenderán los profanos incrédulos.»

Todos los subrayados son míos.

⁴ Así, por ejemplo, F. Jordá (1964, p. 141) observa que «se sigue llamando Eneolítico a una etapa que debería ser denominada Bronce inicial, puesto que no existen instrumentos de cobre puro, ni siquiera nativo, sino por el contrario cobre [...] aleado con partes minoritarias de otros metales».

Igualmente, E. Llobregat (1976, pp. 40-41) recoge la opinión de que «se considera calcolítico al momento en que los hombres empiezan a emplear [...] el cobre [...] el hecho [...] que durante la Edad del Bronce sólo se emplee igualmente cobre [ha] llevado a algunos investigadores a denominar este período Bronce I o Bronce inicial».

Los prehistoriadores no han tenido la fortuna de conseguir unos términos claros y estables [Tarradell, 1980, p. 51].

La última solución a la que se recurre dentro del sistema es intentar fijar el significado de los términos dotándolos de un valor sustantivamente cronológico, en lugar de su sentido histórico-cultural primitivo. Pero esto significa seguir considerándolos susceptibles de verificación, sólo que ahora a través de su dimensión cronológica: la asignación de fechas es el resultado de una indagación empírica. Por lo tanto es preciso disponer de un significado *a priori* de los términos que orienten dicha investigación (es obvio que para asignar fechas a la Edad del Bronce es preciso disponer de un concepto suficientemente explícito de «Edad del Bronce»). De esta forma quedan agotadas las posibilidades del sistema Realista Antiteórico, consagrando una nueva confusión entre el sentido cronológico y cultural de los términos de la periodización.

II.4. El Convencionalismo

I. Lakatos (1974, p. 17) resume así sus implicaciones metodológicas: «El convencionalismo acepta la construcción de cualquier sistema de casillas que organice los hechos en algún todo coherente [...] no considera el sistema de casillas verdadero por prueba, sino verdadero por convención (o incluso ni verdadero ni falso)».

El punto de vista convencionalista parte de la premisa implícita de reconocer la discontinuidad (evaluada de maneras muy diversas) entre lenguaje y realidad, es decir la distinción realidad-representación. La «representación» sería el resultado de referirnos a la «realidad» en términos de un lenguaje determinado. La labor metodológica del científico consiste en adecuar este lenguaje según criterios de operatividad.

Una periodización convencionalista aspira a ofrecer un sistema de ordenación de la representación (*i.e.*, el registro arqueológico) útil que, en virtud de su estructura lógica, permita una organización inteligible de ésta. Se abandona la ficción de un lenguaje descriptivo universal en beneficio de un lenguaje operativo sin pretensiones ontológicas, cuya eficacia de cara a la ordenación de los datos pueda ser objeto de revisión.

Frente al programa Antiteórico Realista, el Convencionalismo pretende ser «interteórico». Busca unas bases metodológicas estables, independientes de los distintos sistemas teóricos. La discusión terminológica pasa así a un segundo plano al estar subordinado el sentido de los términos al propio sistema periódico y no a su interpretación teórica. Se trata de términos convencionales (que incluso pueden ser sustituidos por números sin que la periodización pierda su coherencia operativa), que representan series de contextos ordenados según sus relaciones de contemporaneidad o sucesión. Se mantiene de este modo la cláusula Realista del isomorfismo, pero sin prejuzgar la interpretación cultural de cada fase resultante. Esta se remite a la discusión teórica permaneciendo la estructura inalterable.

El modelo de este tipo de periodización está en las de Europa central (Reinecke, 1901 y 1902) y el área egea (Evans, 1921-36) que han llegado a consagrar el característico sistema de divisiones y subdivisiones tripartitas. De acuerdo con la periodización de Evans, por ejemplo, el término Minoico Inicial será un punto de referencia fijo para investigadores tan alejados en el campo teórico como un evolucionista convencido y un difusionista radical. Ambos definirían de forma distinta la fase a la que se debe adscribir un yacimiento con piezas metálicas, según las consideren producto de una metalurgia autónoma o simplemente de una importación. En el segundo caso, el primer investigador hablaría probablemente de «Neolítico avanzado» y el segundo de «Calcolítico» (o incluso de «Bronce I»). En lo que los dos estarían de acuerdo es en la referencia a una fase determinada de las periodizaciones egeas, netamente convencionalistas y, por tanto, independientes de sus opiniones teóricas personales.

El Convencionalismo representa, pues, el intento más serio de una metodología interteórica y operativa. No obstante no por ello está exento de críticas, ni es una solución definitiva a los problemas de la periodización.

La principal limitación de este sistema proviene, precisamente, de su carácter operacionalista más fuertemente restrictivo que los supuestos realistas. Su apriorismo impediría emplearlo en caso de no especificarse los requisitos iniciales de su ámbito de validez (geográfico, cultural, cronológico, etc.). Su reducido campo de aplicación es consecuencia de la condición del isomorfismo: las distintas unidades de la periodización tienen que conservar entre sí la misma relación que los distintos contextos del registro arqueológico. Es evidente que, en caso de una amplia generalización de una secuencia, el isomorfis-

mo obligaría a distorsiones excesivas, puesto que la estructura del registro no es universalmente homogénea (Renfrew, 1972, p. 54).

La imposibilidad de generalización ha intentado solventarse (como en el caso del Realismo) recurriendo a las fechas absolutas (por ejemplo, Daniel, 1951, p. 36). Pero esto no resuelve ningún problema, puesto que sólo supone crear una instancia intermedia entre la escala de tiempo absoluto y el registro arqueológico, cuando se puede establecer una relación directa entre ambas.

Podemos resumir estos problemas en una dicotomía: las secuencias convencionalistas o son inútiles (por arbitrarias) o son restringidas y, por lo tanto, no generalizables.

Los extremos de esta dicotomía están marcados por:

1. El hecho evidente del desarrollo diacrónico heterogéneo de las formas culturales.
2. Los problemas pragmáticos inherentes a la aplicación rigurosa de los principios convencionalistas, que son los mismos que ocasionaron su adopción.

Sin embargo, dentro de estas limitaciones, los principios convencionalistas suponen un cierto avance con respecto a la situación inicial. El hecho de que las secuencias puedan ser discutidas independientemente de los diferentes contextos teóricos en los que son usadas aumenta de forma considerable la flexibilidad metodológica, siempre deseable. Ahora bien, esta discusión está restringida por los principios metateóricos convencionalistas: es decir, una secuencia convencional ni es válida, ni puede ser discutida desde otros principios que los que le sirven de base.

Por otra parte es necesario evaluar el significado real de las secuencias convencionalistas. Su valor funcional es, en principio, meramente comparativo. En efecto, su desvinculación de la teoría impide que pueda transmitir información cualitativa directamente, sea de tipo empírico o teórico, que rebase las relaciones de contemporaneidad o sucesión. Así, clasificar un yacimiento en una casilla determinada en una periodización convencional sólo nos debe decir sobre él que es comparable con los que se sitúan en la misma y que sucede o precede a los que figuran en la anterior o posterior⁵. Esta clasifica-

⁵ El siguiente texto de J. M. Coles y A. F. Harding (1979, p. 24), en relación con la periodización de Reinecke, pone de manifiesto la ya aludida imposibilidad de generalización de los sistemas convencionalistas, así como su valor funcional meramente

ción puede ser premisa inicial de inferencias de otro tipo, pero que, en cualquier caso, exigen la intervención de factores metodológicos extrínsecos a la misma periodización. De esta forma cualquier predicado cultural o empírico (por ejemplo fechas fijas para cada fase) que se atribuya a la serie trasciende ésta y constituye uno de sus posibles «modelos», debiendo ser discutido independientemente de ella.

Podemos resumir lo dicho sobre la periodización convencionalista en los siguientes puntos:

1. Se trata de una ordenación convencional del registro empírico atendiendo a razones de sistemática concretadas en una estructura lógica determinada.
2. La serie es teóricamente neutral. No transmite ningún tipo de información objetiva: es un puro instrumento metodológico *a priori*.
3. Su aplicación está, en todo momento, costreñida por unas estipulaciones o condiciones iniciales que delimitan sus ámbitos de operatividad (no su valor de verdad) en las dimensiones geográfica, cronológica y cultural.
4. Su sistemática está basada en el principio del isomorfismo expresado en las relaciones de contemporaneidad y sucesión.
5. Una serie convencional es susceptible de interpretaciones teóricas (por ejemplo, atribución de denominaciones culturales a cada fase) o empíricas (como la asignación de fechas absolutas a cada fase) que constituyen «modelos» de la serie que revisten el carácter de hipótesis y, por lo tanto, tienen valor de verdad, independiente de la serie, veritativamente neutral.

II.5. *El Instrumentalismo*

Se trata de un conglomerado de posturas procedentes de la adopción de la praxis convencionalista desde unos principios realistas. Se han denominado «instrumentalistas» a causa de su concepción común del lenguaje como mero instrumento, cuya operatividad depende del acuerdo sobre su significado.

comparativo: «la ordenación de la "Edad del Bronce" en A, B, C y D era, en general, correcta, como demuestra el hecho de que el esquema continúa hoy en uso; pero incluso en el área para la que se creó su utilidad es restringida, y cuando se aplica a tierras más distantes no llega a ser más que un marco general en el que el material puede encajarse».

Esta postura surge del fracaso del Realismo a la hora de definir por ostensión todos los términos de su lenguaje descriptivo. La imposibilidad de fijar el significado de los términos teóricos de la periodización desemboca en un marcado pesimismo (Llobregat, 1975, p. 120), que se traduce en dos manifestaciones: la consideración peyorativa de los problemas terminológicos y la consecuente creencia en las ventajas de la unificación.

El primer punto se resuelve con esa concepción del lenguaje científico como mero instrumento clasificatorio, cuyos términos son «etiquetas útiles» (Tarradell, 1980, p. 51; Llobregat, 1976, p. 41)⁶. Desde esa perspectiva, nada mejor que un acuerdo en el «sistema de etiquetas» que debemos usar⁷. Las periodizaciones convencionalistas europeas son un modelo atrayente desde antiguo⁸, pero en vez de adoptar sus principios se adopta su forma. Este es el origen de las convenciones del I Congreso Nacional de Arqueología (1949) (Pericot, 1950), incorporadas no por las ventajas intrínsecas de la metodología convencionalista, sino para satisfacer las expectativas de «unificación terminológica»⁹. Por lo tanto, no se renuncia a la interpretación empírica de los términos según los principios realistas¹⁰. Así, por ejem-

⁶ La declaración metateórica más representativa del «instrumentalismo» es, sin embargo, ésta de M. Tarradell (1962, p. 110): los nombres «no tienen otro valor que el de etiquetas que nos sirven para entendernos sin que, mientras no se posean más profundos conocimientos sobre la prehistoria, sea preciso atribuirlos otro valor».

El texto muestra claramente la estrecha relación entre la concepción instrumental de los términos («etiquetas útiles») y la concepción realista profunda, que aspira a llegar algún día a definir observacionalmente el significado de éstos, por el momento, convencional. En el autor, el convencionalismo no es sino un realismo frustrado.

⁷ Repárese en esto. Supone, paradójicamente, reconocer la decisiva importancia de la terminología.

⁸ P. Bosch Gimpera (1932*b*, p. 145) afirmaba hace más de cincuenta años: «Aunque con materiales españoles sea imposible obtener una subdivisión de períodos como en el Centro de Europa y aun en Francia e Inglaterra, para poder situar mejor dentro de la cronología general los hallazgos peninsulares, conviene tomar como marco dichos períodos y las subdivisiones del primero.»

⁹ J. Maluquer de Motes (1949, p. 191) señala como objetivo de la comisión encargada de presentar al congreso el proyecto de periodización de la Edad del Bronce tender «a unificar las diversas nomenclaturas utilizadas por los distintos autores y ajustarla a las normas que han prevalecido durante estos últimos años en las investigaciones análogas en el extranjero».

¹⁰ Es paradigmática en este sentido la intervención de A. del Castillo en la discusión subsiguiente a la propuesta de Pericot al I Congreso Nacional de Arqueología: «Tenemos que ponernos de acuerdo si es bronce o paleolítico, porque si no nos falla todo el sistema» (Pericot, 1950, p. 187).

plo, se discute si el término «Bronce I» (que en una periodización convencionalista tendría una función puramente sistemática sin pretensiones ontológicas) corresponde o no a la designación de una entidad real. La discusión vuelve, pues, a los estadios finales del proceso realista (*cf. supra*).

El Instrumentalismo puede considerarse, en consecuencia, una postura accidental, producto de las determinaciones de la evolución histórica de los principios realistas. Sus bases epistemológicas pueden reducirse a la adopción de un principio metafísico de inducción: «lo que el grupo científico formado por expertos decida adoptar como "verdad" es verdad» (Lakatos, 1974, p. 18, nota).

Ese principio, aplicado a la definición de los términos teóricos que inevitablemente intervienen en la periodización, supone renunciar a la posibilidad de decisión sobre la hipótesis en que actúan, a menos que se crean verdaderas o falsas por convención. Esto supone transformar la Prehistoria, por efecto acumulativo, en un discurso totalmente desprovisto de sentido empírico y, por lo tanto, acientífico. Únicamente la imposibilidad práctica de imponer estos principios (Tarradell, 1962, p. 110) —especialmente difundidos en la Prehistoria española— impiden, afortunadamente, que esto suceda.

No queda para concluir la valoración del Instrumentalismo, sino comentar de manera específica la segunda de sus manifestaciones: la expectativa, muy difundida, de «unificación terminológica».

Esa expectativa sólo es sustentable desde la concepción instrumental del lenguaje científico, ante la cual el problema terminológico aparece como «intrascendente y casi ingenuo» (*idem*, 1980, p. 51). Como hemos visto esta postura conduce a una reducción al absurdo de la actividad científica. Desde un punto de vista sólidamente científico sólo cabe adoptar la posición diametralmente opuesta: «El lenguaje no es un conjunto de rótulos, sino un aparato conceptual» (Deaño, 1978, p. 25, n. 11), única posibilidad de interpretación teórica (Ehrich, 1961, p. 603) y de construcción de una Prehistoria científica.

Si aceptamos estos principios, nada puede parecernos tan negativo como la «unificación terminológica», puesto que nuestras posibilidades de conocimiento están en función directa de la riqueza de nuestro lenguaje teórico: cada vez que perdemos un término perdemos un matiz de la realidad (o, lo que es lo mismo, la posibilidad de conocerlo). Lo que sí es evidentemente necesario es que el significado de los términos que intervienen en cada sistema teórico esté sufi-

cientemente explícito, objetivo que se puede contraponer a la «expectativa de unificación».

III. CONCLUSIONES

De la discusión precedente cabe extraer dos grupos de conclusiones: el primero, sobre el que no insistiré, referente al propio método aplicado, y el segundo a los resultados que de su aplicación se han obtenido.

Con respecto al primer punto sólo diré que el hecho de que sea posible explicar el desarrollo de la investigación desde una perspectiva epistemológica, muestra por sí mismo la relevancia de la discusión metateórica. Sus aportaciones no se limitan a la construcción de una necesaria historia crítica de la investigación (frente a la tradicional historia descriptiva¹¹), sino que se pueden traducir en opciones válidas para la investigación factual en forma de programas metodológicos.

Los resultados del estudio previo se pueden expresar en esta última forma. Así del análisis crítico de los sistemas históricos de periodización es posible extraer dos esquemas metodológicos derivados respectivamente del Convencionalismo («periodización metodológica») y del Realismo («periodización teórica») (el carácter contradictorio del Instrumentalismo no permite obtener de él ninguna propuesta válida).

1. «Periodización metodológica»

Conforme a los principios convencionalistas concibe la periodización como un instrumento formal-funcional interteórico y apriorístico.

Una periodización de este tipo es una serie ordenada según una sistemática interna, que no se ve alterada por la sustitución material de los términos en que se expresa. Esta propiedad implica que el sentido general del sistema no depende de los términos, sino de la relación que existe entre ellos (*i.e.*, la sistemática de la serie).

¹¹ La relación entre la historia de la investigación tradicional y la historia crítica sería la misma que entre lenguaje objeto y metalenguaje, de forma que la primera sería el campo de investigación de la segunda.

Una serie así construida es susceptible de interpretaciones teórico-empíricas («modelos»), cuyo contraste no afecta a la propia serie, que es veritativamente neutral. No obstante, pueden existir problemas de adecuación de la serie al registro. El carácter puramente sistemático de ésta (que es reductible a una estructura lógica) implica que estos problemas de adecuación son, en realidad, *contradicciones formales*, procedentes o bien de un defecto de la sistemática, o bien de la violación de las condiciones iniciales de aplicación que están implícitas en ella ¹². Por lo tanto la resolución de esos problemas exige la discusión de la sistemática de la serie, no de su expresión terminológica, que es irrelevante.

El criterio de decisión sobre una periodización de este tipo es puramente operacional. Ahora bien, hay que tener en cuenta que tal periodización sólo es compatible con sistemas teóricos consistentes desde el punto de vista científico que, por el momento, escasean en la Prehistoria.

2. «Periodización teórica»

Es aquélla en la que la sistemática se ve alterada por la sustitución de los términos.

Esto se debe a que tal sistemática está definida, no por las relaciones entre los términos, sino por sus significados. En este caso es obvio que los términos no obtienen este significado de la periodización, sino de un sistema semántico exterior a ella, que no es otra cosa que una teoría. De esta forma la periodización es, en realidad, un subsistema terminológico del sistema teórico. Por lo tanto la discusión de un problema de adecuación se puede individualizar pero, en cualquier caso, afectará necesariamente a todo el sistema teórico.

Los criterios metodológicos que sirven de base a la construcción de la periodización son los propios principios teóricos generales. Así, la periodización se transforma en un conjunto de *hipótesis factuales contrastables*. El contenido de estas hipótesis —cronológico, histórico, cultural, etc., dependiendo del carácter de la teoría— definirá las implicaciones contrastadoras de la periodización. De este modo, por

¹² Un buen ejemplo de este hecho es la inadecuación del «sistema Evans» para Grecia continental, que se resume en una contradicción formal: Heládicos Iniciales I, II y III resultan ser contemporáneos en su interpretación empírica (Renfrew, 1972, p. 54).

ejemplo, en una periodización cronológica la variación de una fecha por el descubrimiento de nuevos datos obligará a la revisión de todo el sistema ¹³.

La «periodización teórica» es, pues, doblemente dependiente: por un lado está estrechamente ligada a los principios de los sistemas teóricos; por otro está sometida a la variación de los datos empíricos. En consecuencia, es antimetodológica: *la periodización no es un instrumento de investigación, sino uno de sus fines*.

Un sistema de este tipo es equivalente a los «modelos» de una serie metodológica, sólo que prescindiendo de la estructura lógica que da forma a ésta. Las ventajas que esto conlleva en cuanto a flexibilidad tienen su contrapartida en la inestabilidad consiguiente: la validez de cada periodización está exclusivamente circunscrita al ámbito del sistema teórico que le da sentido, careciendo de la validez interteórica de la serie metodológica.

Los dos esquemas que quedan expuestos serían efecto del desarrollo histórico de la investigación, lo cual no quiere decir que sean los únicos posibles. Chocamos aquí con el problema varias veces señalado de la falta de una metateoría sistemática, que permitiera formular propuestas metodológicas alternativas a la tradición. Aunque esto no ha sido posible, creo que los resultados obtenidos al considerar el problema de la periodización desde una perspectiva epistemológica (relevancia de la discusión metateórica, construcción de una historia crítica de la disciplina, explicitación de programas metodológicos) demuestran por sí solos el interés de esta línea de investigación. En el caso concreto del propósito de este libro, facilita unos modelos de referencia para el análisis de la bibliografía existente sobre la Edad del Bronce, uno de los períodos de la Prehistoria, como sabemos, donde este tema alcanza mayor complejidad.

¹³ Esto no ocurriría en una «periodización metodológica» (tipo 1), puesto que los datos cronológicos constituyen un «modelo» de la serie sistemática.

3. LA PERIODIZACION DE LA EDAD DEL BRONCE EUROPEA

I. INTRODUCCION

Los primeros períodos metalúrgicos han sido un foco de interés en los estudios prehistóricos desde la segunda mitad del siglo XIX en adelante. En consecuencia, la revisión de las obras a ellos dedicadas permite contar con un amplio panorama de las coordenadas en las que se desarrolla el debate científico en la disciplina.

La importancia concedida a la definición de la Edad del Bronce ha sido explicada desde distintos puntos de vista. M. Rowlands (1984b, p. 154)¹, por ejemplo, valora el componente nacionalista del «concepto de Prehistoria» europeo (véase *supra*, p. 4) que busca enlazar pasado y presente sin solución de continuidad. Así indica cómo los historiadores occidentales, desde el siglo pasado a nuestros días, han ido haciendo retroceder en el tiempo el arranque de la «identidad europea». Marx y Weber lo situaban en la caída del Mundo Antiguo. La tradición clásica lo hacía coincidir con la formación de la ciudad-Estado en Grecia. Finalmente, «la Edad del Bronce se convirtió en la respuesta a la cuestión de cuándo y cómo surgió una sociedad europea diferenciada en la historia mundial» (*ibidem*, p. 147). Nos encontraríamos ante «la proyección actualista a la Prehistoria de los intereses de hoy en el establecimiento de un sentido unificado de un pasado "europeo"» (*ibidem*, p. 154). Ese deseo de «trazar la unicidad de la civilización europea hasta sus raíces prehistóricas» explicaría la amplia influencia de la obra de Childe (Gilman, 1988, p. 50) (*cf.* apartado III.2 de este capítulo).

A. Sherratt (1976, p. 557), desde una perspectiva mucho más restringida, aduce dos razones para dar cuenta de la atención prestada a ese período. En primer lugar, la aparición del metal era una divi-

¹ Su artículo posterior (Rowlands, 1987) sigue, en general, de forma literal y resumida el que comento.

sión fundamental en el Sistema de las Tres Edades. En segundo lugar, contribuía de modo determinante a la cronología a través de las secuencias tipológicas de los objetos metálicos.

Como se sabe, el Sistema de las Tres Edades había pasado de ser una secuencia local de base taxonómica a convertirse en el cuadro de los estadios socioeconómicos de la historia mundial, reflejo del «progreso humano» (McNairn, 1980, p. 77). La precisión creciente en los procedimientos de datación y la creencia en un progreso expresado en una constante mejora tecnológica dan lugar a la individualización de una fase inicial de la metalurgia denominada «Edad del Cobre» («Calcolítico» o «Eneolítico») entre la Edad de la Piedra y la Edad del Bronce, en los últimos treinta años del siglo pasado (*ibidem*, p. 75). A partir de ese momento se inicia un proceso de discusión que llega a nuestros días centrado, por una parte, en torno a la definición de esa fase metalúrgica y su eventual generalización a todo el territorio europeo y, por otra, en torno a la subdivisión y caracterización de la Edad del Bronce en sentido estricto.

La coincidencia entre la configuración de la periodización de la Prehistoria europea y los espectaculares descubrimientos arqueológicos en el Próximo Oriente y el Mediterráneo oriental promoverán, entre otros factores, el recurso al «influjo oriental» para la explicación de cuantos cambios ocurran en Europa. En ese contexto, el hecho de que su primera metalurgia se basara o no en el conocimiento del bronce-estaño llega a ser crucial en la polémica entre desarrollo autóctono o inducido que surge pronto.

El tema de fondo, en cualquier caso, es averiguar el papel que se asigna a la metalurgia en la sociedad y la economía.

A. Sherratt (1976, p. 557) distingue dos posiciones en la discusión. La primera considera la metalurgia la clave del cambio tecnológico y éste, a su vez, la del cambio cultural. La segunda deja de concebir la metalurgia como un sector independiente que produce repercusiones revolucionarias en la sociedad para convertirla en una función de procesos a largo plazo de cambio social y económico.

En ambos casos la disyuntiva se plantea en torno a la interpretación o no de los objetos metálicos como instrumentos de producción y no en torno a la significación de la tecnología. De hecho, entre los investigadores pertenecientes a las dos posiciones hay quienes asumen lo que Binford (1988, p. 260, n. 11) define como

una explicación teleológica: es decir, la existencia de alguna forma de prin-

cipio en el que el hombre, si se le presenta la oportunidad, intentará mejorar su nivel de vida. [Es] lo que Trigger (1981, p. 150) ha caracterizado como la «creencia propia de la Ilustración de que la innovación tecnológica es un proceso autónomo de perfeccionamiento racional individual y la fuerza motriz de la evolución cultural».

La primera de las dos posiciones descritas por Sherratt es la propia de la tradición disciplinar y se desarrolla paralelamente a la segunda en la actualidad. El autor (Sherratt, 1976, p. 557) la define en los siguientes términos. La pretendida abundancia de objetos de cobre y bronce en los períodos metalúrgicos iniciales no dejaría lugar a dudas sobre su importancia en la economía prehistórica. Desde ese supuesto, la indagación de las razones que provocan ese crecimiento en el uso del metal se estima esencial para la comprensión del cambio económico en la sociedad primitiva. Generalmente el proceso invocado comprende un descubrimiento, seguido por la difusión del conocimiento de las técnicas involucradas, a causa de la superioridad del uso del metal para manufacturas líticas y armas. El cambio en la tecnología habría llevado aparejado una ruptura de la autosuficiencia económica previamente existente y, consiguientemente, una dependencia del comercio como mecanismo fundamental. Al propio tiempo, la mayor productividad de la agricultura habría facilitado la acumulación de un excedente empleado tanto para la financiación de esta creciente escala de la actividad comercial, como para el sostén de los especialistas implicados.

Los requisitos imprescindibles para la aparición de la metalurgia, según los prehistoriadores que defienden esta primera posición, serían la acumulación de excedentes, los especialistas a tiempo completo y el comercio. Este último convierte la difusión en el mecanismo esencial del cambio cultural.

En un principio, la actividad metalúrgica se liga con las prospecciones de especialistas próximo-orientales, atribuyéndose más tarde mayor protagonismo a los grupos del sureste de Europa. Pero, sean cuales fueren las circunstancias del descubrimiento, siempre se evalúa el conocimiento de la metalurgia como factor clave en la explicación debido a la asunción de que el metal, una vez descubierto, se generalizaría a causa de su utilidad evidente por sí misma o de su inherente atractivo. La obra de Childe (1962) expresa con claridad esta posición que concibe el cambio económico como resultado del cambio tecnológico, tanto a través de la creciente eficiencia de los objetos metálicos, como a través del estímulo a la promoción de «nuevas

necesidades» que llevaría aparejada la actividad metalúrgica (Sherratt, 1976, p. 557).

La trascendencia atribuida al desarrollo de la metalurgia en la periodización, por un lado, y al comercio en el desenvolvimiento de esta actividad, por otro, convierten las identificaciones de los centros metalúrgicos, así como de las vías de obtención de materias primas y de distribución de productos elaborados en los objetivos primordiales de la investigación.

Las estrategias concretas adoptadas para averiguar los centros de producción y vías de distribución de las piezas metálicas son el estudio tipológico comparativo y los análisis metalográficos. El primero ha tenido tradicionalmente otro objetivo de gran importancia: el establecimiento de una cronología mediante el hallazgo de elementos sincronizadores entre la Europa occidental y oriental y, en último término, entre la Prehistoria europea y la Historia egipcia.

Buenos ejemplos de estas líneas de investigación los encontramos en diversos países europeos, si bien han sido los trabajos dirigidos por el profesor Sangmeister, los que han tenido mayor influencia en nuestro país. Los aspectos tipológicos han sido abordados en las series *Prähistorische Bronzefunde e Inventaria Archaeologica* y los metalográficos en la de los *Studien zu den Anfängen der Metallurgie*.

El objetivo que se proponen este tipo de estudios es hallar unos criterios estrictamente arqueológicos que sirvan de base para la periodización de las primeras fases metalúrgicas. Se busca tanto averiguar la importancia de la metalurgia a través del número y tipo de objetos metálicos presentes en los yacimientos (véanse, por ejemplo, para el caso de la península Ibérica, Almagro Gorbea, 1979; Lerma, 1981), como identificar los procedimientos de fabricación de esos objetos y sus redes de distribución mediante el análisis de su composición.

La segunda de las posiciones definidas por Sherratt (1976, p. 557) está representada por investigadores que sostienen teorías antropológico-culturales diversas, pero que comparten algunos rasgos. El fundamental es la sustitución de la concepción normativista de la cultura por otra integradora de naturaleza materialista (fundamentalmente, funcionalista). Defienden la primacía de los procesos sociales y económicos sobre los aspectos tipológicos y cronológicos para la comprensión de las culturas en estudio. Normalmente, ello da lugar a un cierto desinterés por la construcción de secuencias crono-tipológicas, compensado por una atención preferente a la interpretación y explicación de las secuencias existentes.

El énfasis en la perspectiva sincrónica introducido por las orientaciones nuevoarqueológicas y la generalización de los procedimientos de datación absoluta, sobre todo del radiocarbono, explican el valor secundario que se concede a una tarea como la citada, tradicionalmente prioritaria.

En el nuevo contexto teórico el propósito primordial es averiguar si existían condiciones técnicas y sociales en un determinado grupo para que se desarrollara la metalurgia. Desde esa perspectiva, «contacto» e «invención» no se entienden como mecanismos de explicación del cambio cultural necesariamente excluyentes. Igualmente se abandonan las tópicas vinculaciones de la metalurgia, por un lado, con un cambio tecnológico revolucionario que requiere una previa acumulación de capital y especialistas a tiempo completo y, por otro, con el comercio.

Queda delineado así el cambio fundamental ocurrido en la concepción de la Edad del Bronce europea, reflejo del que tiene lugar en la de la disciplina. Mientras en un primer momento la investigación se centraba en la propia metalurgia, más tarde ésta pasa a ser concebida como manifestación de un orden social alterado. El nuevo objetivo será entonces la determinación de los procesos conducentes a la complejidad social y económica de la sociedad primitiva.

La existencia de dos posiciones de partida en torno al estudio del período no excluye un acuerdo esencial entre los autores en torno a las estrategias principales de investigación. Así está ampliamente generalizada la aplicación de variados análisis a una amplia gama de materiales para distinguir las importaciones de las producciones locales, así como la conexión entre productos y fuentes (Renfrew, 1969, p. 154; Harbottle, 1982; Schortman y Urban, 1987, p. 49). Los procedimientos numéricos complejos sirven de base a tipologías más precisas y a comparaciones más objetivas entre «paralelos». Ello beneficia tanto el estudio de los intercambios prehistóricos como de la cronología arqueológica. Finalmente, ésta es puesta a prueba por el número creciente de dataciones absolutas cuya validación se hace, a su vez, por referencia a la misma.

El análisis de las sistematizaciones de la Edad del Bronce en los distintos países excede con mucho la intención del libro y, desde luego, mis propias posibilidades ². Mi propósito se limita a facilitar un

² Comparto el desánimo de los lectores de habla inglesa (Harding, 1980a, p. 126) ante las circunstancias que rodean el estudio de la Edad del Bronce en Europa central

panorama global de la investigación europea sobre ese período que sirva para situar en ese contexto la que tiene lugar en España. Para ello he dividido el capítulo en un apartado breve relativo a los aspectos teórico-metodológicos de las mismas y otro, mucho más extenso, a los empíricos. Ese tratamiento desigual viene dado por la naturaleza específica de cada uno de ellos, pero también por la circunstancia de que los primeros han sido abordados ya, con mayor o menor extensión. En esta ocasión, para evitar redundancias, insisto en cuestiones más particulares como las referidas a su fundamentación cronológica mediante el «método tipológico» y a la imbricación de este último con el difusionismo. La revisión crítica de este tema hace inevitable el recurso a información arqueológica sobre los contactos entre las culturas de ambos extremos del Mediterráneo. He procurado que en este apartado se redujera a la imprescindible.

El tratamiento del contenido empírico se evalúa a partir de una doble estrategia. En primer lugar se estudia la sistemática francesa de la Edad del Bronce por su influencia en la de nuestro país y como otro ejemplo de la interconexión entre los aspectos tipológicos y los más generales. En segundo lugar se profundiza en el cambio experimentado por la concepción de ese período desde la alternativa clásica, ejemplificada en la versión francesa, a las actuales propuestas, pasando por la definición «cultural» de Gordon Childe.

La multiplicidad de manifestaciones del «nuevo orden» exige una cierta selección. Por mi parte me centraré en dos, la cronología y la metalurgia, por su representatividad e incidencia en las estrategias más concretas de investigación.

La alusión a las culturas minoica y micénica y al potencial y orientación de su expansión comercial afecta, obviamente, a ambas. Su conexión con la primera es clara. Las nuevas líneas de investigación han sido promovidas en gran parte por el descubrimiento de la «falla cronológica» entre las secuencias culturales de uno y otro extremo del Mediterráneo. Además sus resultados han tenido una influencia determinante en la reivindicación de la cronología radiocarbónica frente a la arqueológica, fundamentalmente para el estudio de relaciones a larga distancia. Sin embargo, para evitar reiteraciones comento la

y oriental, por ejemplo: «el asunto es innecesariamente complejo, y normalmente basado en minucias tipológicas poco digeribles. Cosas que no se ven favorecidas por el hecho de que la mayoría de la literatura relevante esté en alemán o [...] incluso en otras lenguas menos accesibles todavía».

evidencia arqueológica del Mediterráneo oriental en relación con el tema del origen de la metalurgia europea, donde su tratamiento con una cierta extensión es inexcusable.

La dependencia de la cronología de una lectura histórica previa deja patente la existente, a su vez, entre dicha lectura y la significación concedida a la metalurgia. Trato esta cuestión siguiendo los propios argumentos esgrimidos por los integrantes de la primera de las posiciones caracterizadas por Sherratt que contrapongo con la revisión de la fundamentación arqueológica a la que recurren. Mi intención es poner de manifiesto cómo la consideración independiente de la metalurgia lleva, irremediabilmente, a un callejón sin salida. Sólo la contextualización de ese sector de la actividad económica puede permitir averiguar si es o no el indicador más adecuado de los cambios que definen la Edad del Bronce.

En la actualidad, ese enfoque holístico se expresa a dos niveles. Hay una línea de estudios de alcance local relativa a la producción y reproducción social y otra de escala regional o suprarregional representada por los enfoques de «sistemas mundiales», «modelos globales» y «modelos de interacción entre unidades políticas paritarias» («*peer polity interaction*») (Shennan, 1987, pp. 369-376; Schortman y Urban, 1987). A ellas se superpone otra importante corriente teórica que evalúa el papel ideológico de la cultura material en el mantenimiento de la estabilidad socioeconómica y la generación de cambio (Shennan, 1987, p. 376).

Esas tres tendencias están presentes en los últimos trabajos acerca de la Edad del Bronce, con cuyo bosquejo se cierra este capítulo.

II. ASPECTOS TEORICO-METODOLOGICOS

La satisfacción de los objetivos del «concepto de Prehistoria» tradicional en Europa exige la construcción de periodizaciones encaminadas prioritariamente a la obtención de cronologías. La correspondiente a la Edad del Bronce es de tipo convencionalista. Sus «subdivisiones no representan culturas, sino períodos de tiempo deducidos a partir de criterios tecno-tipológicos» (McNairn, 1980, p. 76). J. P. Millotte (1970, p. 15) señala cómo,

en general, los especialistas de la cronología escinden [la] «Edad» en fase o período, antiguo, medio, final o reciente, nomenclatura que corresponde a

una evolución normal con un comienzo, un intermedio y un fin. Otros bautizan sus divisiones con el nombre de un sitio epónimo, particularmente rico en tipos fósiles, identificados allí por primera vez [...] los investigadores británicos, en particular, establecen [...] etapas cronológicas designadas generalmente por números romanos [o letras].

Finalmente, todas estas designaciones pueden combinarse empleándose para hacer referencia a distintos niveles de generalidad.

El esquema fijado por Montelius en el umbral del siglo XX para la Edad del Bronce nórdica es el inicio de esa periodización. «Su empleo de cifras para distinguir los períodos postulados [...] fue la base de las cronologías numéricas de los esquemas datados antes del empleo del radiocarbono del siglo veinte» (McNairn, 1980, pp. 76-77).

El sistema Montelius, junto con los de Reinecke (1901 y 1902) y Dechelette (1910) para Europa central y occidental, respectivamente, configuró la periodización clásica de la Edad del Bronce europea cuya «filosofía» o incluso caracterización concreta han llegado a nuestros días.

Los tres se fundamentan en el «método tipológico» (Childe, 1953, pp. 167-168) (véase *supra*, p. 127) y en el recurso a «depósitos cerrados» («escondrijos» de piezas metálicas, tesoros, tumbas) algunos de cuyos componentes servían para sincronizar períodos y regiones distintas. La cronología absoluta tenía como punto de partida «los sincronismos proporcionados por los hallazgos de H. Schlieman en Troya y Micenas» (Roudil, 1972, p. 13).

Los problemas que presentan estos sistemas cronológicos derivan de su propio carácter convencionalista (véase *supra*, p. 134) —y de las decisiones teóricas que lo justifican, en último término— tanto como de las dificultades prácticas que plantea la definición de las fases.

Ese «último término» es una concepción normativista de la cultura (véanse *supra*, pp. 61-68) que trata «los artefactos como “rasgos” iguales y comparables» (Binford, 1972a, p. 21). La variabilidad arqueológica se interpreta, esencialmente, en términos cronológicos.

A un nivel menor de generalidad, el «método tipológico» reposa en «la ley empírica general de orden y regularidad en la vida según la cual, en una tradición cultural dada, el cambio es normalmente gradual. Sobre este supuesto, los objetos o unidades culturales que están próximos en el tiempo se parecerían más [...] que los [...] que están más alejados» (Kristiansen, 1985, p. 251).

El mismo enunciado de la ley pone de manifiesto algunos de sus problemas de aplicación. El supuesto de que «no es normal el cambio brusco, sino la pausada evolución» (Llobregat, 1975, p. 120) sugiere, correlativamente, que la tipología tiene un valor cronológico limitado (Harding, 1980a, p. 126). De hecho sólo en contadas regiones europeas es «un indicador detallado y sensible del paso del tiempo» (*ibidem*). Muchas carecen de elementos cronológicos y sincronizadores realmente significativos: «hay relativamente pocos “escondrijos” de bronce; los grupos de tumbas son, por lo general, pobres y uniformes; las culturas arqueológicas se encuentran en un estadio evolutivo de desarrollo, y los contactos con las civilizaciones más evolucionadas del Mediterráneo oriental son insignificantes» (Furmanek, 1980, p. 119).

Inversamente, la aplicación rígida de la fórmula de contemporaneidad A-B, B-C, A-C puede llevar a errores en la datación al no evaluarse las pervivencias arcaizantes (McWhite, 1951, p. 10), ni la combinación de elementos innovadores y conservadores que se da en un mismo objeto (Kristiansen, 1985, p. 254). Un análisis de estas combinaciones «en los depósitos cerrados indica que [...] puede haber tantos objetos antiguos como nuevos» (*ibidem*).

Coherentemente con la consideración descontextualizada de los objetos, el estudio comparativo asume un *tempo* general que desdeña las variaciones en el período de vida de un tipo derivadas tanto de la fase a la que corresponde (producción, circulación, deposición) (*ibidem*, y p. 255), como de su posición en la estructura social (objetos de prestigio o utilitarios) (*ibidem*, p. 260).

La mayor debilidad del procedimiento comparativo se encuentra, sin embargo, en su estructura lógica de «petición de principio». Esta se evidencia en el recurso inevitable al «estado actual de la cuestión», como guía en la selección de los paralelos. Así pues, la búsqueda de los paralelos no hace sino reforzar las teorías convencionalmente admitidas sobre la reconstrucción histórica. Multiplica los errores e inconsistencias de partida. Lo que inicialmente se pudo haber planteado como «hipótesis» queda convertido en «dogma», por mor de «repetirlo, una y otra vez como si fuera un hecho y, como si ganara probabilidad principalmente por repetirlo» (Harding, 1980b, p. 179). Los nuevos datos no se proponen «evaluar la evidencia por sus propios méritos» (*ibidem*). Han sido escogidos para «ajustarse a ella» y, consiguientemente, no pueden lograr su refutación.

La «naturaleza estadística» del método tipológico plantea también

problemas de aplicación. La complejidad de las variables que configuran el registro arqueológico exige una toma de decisión respecto al número, naturaleza y frecuencia de asociación de los elementos que definirán los períodos. La evaluación de la representatividad de cada uno de estos parámetros por los distintos investigadores introduce un factor subjetivo distorsionador: no todos comparten necesariamente los mismos criterios. Ello unido a la circunstancia de que en éste, como en tantos otros casos en Prehistoria, no se suele expresar el criterio escogido, hace difícil el contraste de las distintas caracterizaciones propuestas para un determinado período, así como la evaluación de la propia coherencia interna de las mismas. Se trata de un factor más a tener en cuenta a la hora de explicar la «intolerable confusión» de las periodizaciones convencionalistas a la que aludía A. F. Harding (1980a, p. 126).

Ahora bien, es en el terreno de las dataciones absolutas donde las restricciones son más evidentes. A. F. Harding (1980b, p. 178) hace notar cómo «la datación histórica de la Edad del Bronce europea se basa principalmente en los sincronismos con el mundo egeo. Esto resulta en sí mismo problemático, en primer lugar, porque muchos de los alegados “sincronismos” son de naturaleza extraordinariamente tenue y, en segundo lugar, porque tal método de datación es un arma de doble filo. Puede usarse en más de una dirección».

Lo que se tiene menos en cuenta todavía, «es que los fundamentos supuestamente sólidos de la cronología histórica, la datación egipcia, ya no son en absoluto inamovibles —como Mellaart (1979) ha demostrado [...], aunque sólo para el Imperio Antiguo» (Harding, 1980a, p. 126).

Pero, sin duda, el aspecto realmente crucial para la refutación de las bases cronológicas tradicionales ha sido el descubrimiento de la «falla cronológica» existente entre los dos extremos del Mediterráneo, como consecuencia de las dataciones radiocarbónicas.

Hasta la introducción de los métodos físico-químicos de datación absoluta, las explicaciones difusionistas eran el único recurso de que disponían los investigadores para atender a las exigencias de precisión cronológica impuestas por la tradición disciplinar. Pero su elección no puede achacarse sólo a sus innegables connotaciones pragmáticas³. Alonso del Real (1987, p. 13) enuncia en términos muy ex-

³ Las resonancias difusionistas de los «sincronismos», base del método tipológico sobre el que se apoya toda la Prehistoria europea, son un buen exponente de esta

presivos su racionalidad en el contexto histórico en que se proponen: «El “difusionismo colonialista” nació donde y cuando nació —en la Inglaterra tardo victoriana; y la idea de la “difusión de productos” cuando la gran industria occidental exportaba cosas (autos, medicamentos). La generalización de la venta de patentes, nos ha hecho pensar más bien en la “difusión de estímulos”.»

Esa combinación de factores internos y externos a la disciplina se da también en la situación creada tras la puesta en práctica de los procedimientos de cronología absoluta.

La generalización del radiocarbono invalidó las bases de las explicaciones difusionistas de la Edad del Bronce (Renfrew, 1979a, p. 249). Sin embargo, ello no supuso «tener a nuestra disposición métodos de datación totalmente independientes de los postulados históricos» (Renfrew en De Sanctis y Finis, 1988, p. 81) ni, todavía menos, poner en cuestión el «concepto de difusión».

La «lógica» de las fechas absolutas se evalúa a tenor de una cronología arqueológica previamente fijada de acuerdo con postulados de esa naturaleza. Además, garantizada la corrección estratigráfica y, dejando al margen los problemas del propio radiocarbono (Klein *et al.*, 1982), las «anomalías» de la cronología absoluta son de naturaleza estadística. Si el repertorio de dataciones se incrementara, algunas que hubieran sido desestimadas por quedar fuera del marco temporal al uso podrían ser aceptadas, sirviendo de referencia para la adopción o rechazo de las incorporadas posteriormente a la investigación.

La circularidad de la argumentación y su dependencia de la reconstrucción histórica establecida —lógicas dado que estamos ante una versión del método comparativo— quedan patentes también al advertir que los desajustes entre los resultados de la cronología arqueológica y la radiocarbónica no llevan a una puesta en cuestión de la primera o a un abandono de la segunda. Las contradicciones se estiman limitadas al «caso» concreto de que se trata sin promover una reflexión sobre sus implicaciones más generales. Así, por ejemplo, cuando, como consecuencia del avance de la investigación, se dispone de fechas absolutas que contradicen la secuencia convencional, se procede a la búsqueda de nuevos paralelos cuya duración coincida con ellas o se selecciona, dentro del período de vida de un tipo, una

idea. Otro sería la comodidad de un modelo que remite la solución del problema a zonas alejadas de la «responsabilidad» personal del investigador.

datación más acorde con la nueva situación. Quizá la consideración prioritaria de la cronología en la tradición disciplinar establezca una implícita vinculación entre solvencia profesional y elaboración cronológica que pueda explicar ese estado de cosas.

En cuanto a la idea de que «en la prehistoria europea la teoría difusionista clásica fue refutada por las dataciones de radiocarbono» coincido con Hodder (1987c, p. 89) en que

esto es simplemente erróneo. Ciertamente algunos aspectos de las antiguas teorías difusionistas resultaron (para muchos, pero no para todos los arqueólogos) inválidos [...]. Pero el concepto de difusión no fue refutado en sí mismo en absoluto. Más bien los arqueólogos empezaron a estar descontentos con el concepto de difusión [debido a] cambios sociales y culturales más amplios que cualquier confrontación particular con los datos. En la era postcolonial de Europa, el desarrollo indígena [...] se tiene cada vez más en cuenta. [Pero] quizá era más importante [...] parecer científico [sustituyendo el difusionismo por la teoría de sistemas en un momento de] expansión de la ciencia y la alta tecnología [...] de las computadoras y de la terminología de sistemas [*ibidem*].

El valor fundamental de las dataciones radiocarbónicas es haber liberado al difusionismo de las connotaciones pragmáticas que enmascaraban su verdadero carácter de teoría antropológica. Gracias a ello, el difusionismo deja de ser «la» opción implícita, pero ineludible, de cualquier investigación para convertirse en «una» opción más. Su relevancia en la explicación del cambio cultural debe evaluarse en cada situación histórica concreta. Como advierte C. Renfrew (1979a, pp. 122 y 124):

Una afirmación de difusión no arroja luz sobre los procesos de cambio cultural que están implicados [...]. Una simple afirmación de contacto no es bastante [...]. De la misma manera una afirmación de invención independiente es una completa no-explicación: por sí misma sólo señala que el contacto significativo no tuvo lugar. La antigua polémica opone sin necesidad dos procesos (contacto, invención) que, en realidad, no son exclusivos de ninguna manera. [...] lo que importa no es saber si alguna ingeniosa idea llegó desde fuera a la sociedad en cuestión, sino más bien comprender cómo llegó a ser aceptada por esa sociedad y qué aspectos de su organización económica y social hicieron la innovación tan significativa. Para lograr esto, hay que ir contra las afirmaciones simplistas [...] de «difusión» e «invención independiente» e investigar los procesos que actuaban dentro de la propia sociedad.

Ahora bien, aceptar esta requisitoria supone, en definitiva, la puesta en cuestión del «concepto de Prehistoria» tradicional y, correlativamente, del «modelo» de periodización convencionalista que se viene manejando para la Edad del Bronce. Esto significa que

el valor como evidencia de los estudios cronológicos y su función tienen que ser evaluados en relación [...] con la complejidad social [...]. El cliché normal —*primero* viene la cronología, *después* la historia cultural es científicamente insostenible, [...] los problemas histórico-sociales [...] son el verdadero objetivo de la arqueología. [La investigación cronológica] está subordinada teóricamente a la estructura y desarrollo de las sociedades prehistóricas (Kristiansen, 1985, pp. 260-261 y 263).

En realidad, el problema de la «determinación teórica» estaba presente en todas las fases de aplicación del «método tipológico». La novedad es que se asuma conscientemente como algo que existe de modo necesario e inevitable. Desde esta perspectiva,

resulta esencial aproximarse a [...] cualquier [...] problema arqueológico con una mentalidad abierta. Cada elemento de la evidencia tiene que considerarse por sus propios méritos [...]. Uno tiene que recordar que [las hipótesis no son hechos], sino hipótesis que descansan en algunos casos sobre una evidencia extraordinariamente endeble. Es necesario actuar como «abogado del diablo» y tener presente también la evidencia contraria [Harding, 1980b, p. 179].

Las páginas que siguen están destinadas a la exposición de los «contenidos» de alguna de las periodizaciones de la Edad del Bronce con objeto de evaluar lo que hay de «hipótesis corroborada» y/o de «idea preconcebida» en los «dogmas» que han llegado hasta nosotros.

III. CONTENIDO EMPIRICO

III.1. *La caracterización francesa de la Edad del Bronce*

La periodización de las primeras fases metalúrgicas ha sido objeto de frecuente debate por parte de los prehistoriadores franceses. En consecuencia, la selección de las obras que servirán para su caracteriza-

ción no deja de tener sus dificultades. Si se toma como punto de partida la opinión de los mismos especialistas, cabe optar por las de Dechelette (1910), Hatt (1956, 1958 y 1961) y Guilaïne (1976). Por mi parte, he seleccionado además otras por su carácter crítico (Gaucher, 1981) o académico. Se trata de la obra de Lichardus y otros (1987) publicada recientemente en una prestigiosa colección universitaria y en la que participan reconocidos investigadores del tema como Baillood (1987). Haría las veces de «versión académica».

Los trabajos citados no agotan, por supuesto, la materia pero, a mi juicio, pueden servir para conocerla en sus líneas más generales.

La sistemática de Dechelette (1910) permaneció «durante una cincuentena de años como referencia inmutable para toda la protohistoria francesa» (Roudil, 1972, p. 13). El autor (Dechelette, 1910, pp. 105-107) se inspira en el esquema de Montelius, suprimiendo el cuarto de sus cinco períodos y distribuyendo los objetos que se le atribuían entre sus fases tercera y cuarta:

Bronce I	2500-1900
Bronce II	1900-1600
Bronce III	1600-1300
Bronce IV	1300-900

Las fechas son las de Montelius, ligeramente modificadas. «Resultan de la comparación de los hallazgos de Occidente con los de Grecia e Italia», así como de emplear «el número de ciertos tipos y la abundancia de hallazgos» (*ibidem*, p. 108) como un índice de la duración del período al que corresponden.

Las subdivisiones se basan en rasgos tipológicos, funerarios y técnicos que se enumeran simplemente, sin ningún tipo de jerarquización, y que no siempre varían de una fase a otra.

Los tipos considerados en todas ellas son armas y objetos de adorno metálicos, así como vasos cerámicos. En la primera y cuarta fase se recurre además a los útiles metálicos y sólo en la primera a adornos y útiles de piedra e instrumentos de hueso.

Los ritos de enterramiento, salvo en el Bronce IV, no son muy significativos para definir globalmente los períodos, tanto por su continuidad, como por sus variaciones regionales.

En el caso de los rasgos técnicos, se tiene en cuenta sólo la materia prima empleada en la fabricación de los objetos. Así el Bronce I se define por «instrumentos de piedra [...] todavía numerosos. Ar-

mas y útiles de cobre o bronce con poco estaño», en tanto que, a partir del Bronce II, «el bronce es rico en estaño».

Según J. L. Roudil (1972, p. 13), uno de los «defectos más graves de este cuadro era agrupar en un solo y mismo período la Edad del Cobre y el Bronce Antiguo».

En honor a la verdad, J. Dechelette (1910, pp. 98-100) había reconocido la existencia de un período inicial de la metalurgia durante el cual «el cobre junto con el oro fue el único metal empleado» en la fabricación de objetos. Pero le pareció «excesivo designar como una "edad" distinta» un período de difícil delimitación respecto al neolítico y a la Edad del Bronce, careciendo en su época de una «documentación abundante de análisis químicos».

En realidad, a la hora de definir los períodos se estaba planteando ya la confusión entre los criterios cronológicos y culturales que subsiste en la actualidad y cuyo origen se encuentra en la falta de una toma de postura clara, en relación con los aspectos teórico-metodológicos de la investigación. El siguiente texto del autor (*ibidem*, p. 100) puede servir como ejemplo: «No sabríamos cómo insistir bastante sobre la dificultad de trazar actualmente una delimitación clara entre el neolítico y el período del cobre en numerosas regiones [...]. Algunos objetos descritos antes como neolíticos se reencuentran asociados al cobre e incluso a raros objetos de bronce, pobre en estaño.»

Esa coexistencia de elementos de significado cronológico distinto, que a Dechelette le resultaba tan turbadora, sólo lo es desde una perspectiva evolucionista unilineal. Si bien no he encontrado en la obra de referencia ninguna declaración explícita del autor en ese sentido, su observación de que las «indicaciones cronológicas concuerdan absolutamente con las del método tipológico», puesto que lo simple es necesariamente más antiguo que lo complejo (*ibidem*, pp. 108-109) remiten, en último término, a la versión clásica de dicha teoría antropológica.

Hay otras afirmaciones que parecen corroborar esa interpretación: «Muchos prehistoriadores creyendo en una introducción repentina de los metales, debida a invasores extranjeros, se negaban a admitir» la existencia, en gran parte de Europa, de ese período inicial de la metalurgia en el que el cobre y el oro fueron los únicos metales empleados (*ibidem*, pp. 98-99). Del texto se desprende que, según el autor, el progreso cultural (medido a partir de indicadores tecnológicos) es resultado de la propia evolución de los distintos grupos y no requiere el concurso de factores externos.

Ahora bien, si se sustituye esta visión, demasiado esquemática, por otra en la que tengan cabida los mecanismos de contacto entre poblaciones con variados niveles tecnológicos o las pervivencias arcaizantes dentro de un mismo grupo, puede explicarse la coexistencia de elementos con «significado cronológico» diferente.

En realidad, la confusión de J. Dechelette se debe a una cierta incoherencia entre la sistemática convencionalista de su periodización (establecimiento de simples relaciones de contemporaneidad o sucesión entre rasgos tecno-tipológicos) y el deseo de lograr una definición cultural.

Desde una perspectiva estrictamente cronológica, la coexistencia de «fósiles-guía» sucesivos puede resolverse, fechando el hallazgo o la fase a partir del elemento más reciente. De acuerdo con este planteamiento, el autor (*ibidem*, p. 105) prima la definición cronológica, sobre la cultural: «La primera parte [del Bronce I] en el norte de Francia es todavía puramente *neolítica*. Es la época de los vasos campaniformes que, en el sur, se asocian con pequeños objetos de cobre. Estos vasos ocupan una posición intermedia entre el Neolítico y la Edad del Bronce» (los subrayados son míos).

Sin embargo, no deja de manifestar una cierta inquietud por el hecho, ya citado, de que «algunos objetos descritos antes como neolíticos se reencuentren asociados» a piezas metálicas (*ibidem*, p. 100). Es decir, se plantea el problema de la definición cultural. Es evidente que el tipo de periodización escogida (convencionalista, sin jerarquización de rasgos, ni empleo de criterio de cantidad) y la teoría antropológica que le sirve de referente (evolucionismo unilineal) no permiten afrontar correctamente dicho problema.

Los trabajos posteriores de J. J. Hatt (1956, 1958 y 1961) «inspirándose a la vez en los autores ingleses y en los trabajos de Kimmig sobre el Bronce final» francés (Roudil, 1972, p. 14) precisan el cuadro cronológico de la Edad del Bronce.

El primer aspecto destacable de su periodización (Hatt, 1956, pp. 435-436) es que rectifica la unificación de Bronce Antiguo y Calcolítico, existente en el Bronce I de Dechelette, distinguiendo «en los esquemas cronológicos generales, el Bronce Antiguo, el Neolítico tardío, y el Calcolítico en el sentido propio del término».

[Lo que propone denominar] Neolítico tardío está situado, cronológicamente, más allá del verdadero Calcolítico, pero pertenece por la tipología a la tradición neolítica [culturas de Horgen, Sena-Oise-Marne y Chassey Reciente].

La civilización calcolítica es, en el sentido propio del término, la de los portadores de la cerámica campaniforme y cordada.

Ocurre como si, en la mayor parte de Europa septentrional y occidental, el metal hubiera llegado en dos oleadas sucesivas, separadas por un episodio, más o menos largo y más o menos importante, según las regiones, de resurgencias neolíticas. La primera oleada es la del Calcolítico y coincide con la invasión de los campaniformes. La segunda será, según las regiones, el Bronce Antiguo o el Bronce Medio. De ahí la necesidad de distinguir con toda la claridad que sea posible, cronológica y tipológicamente, el verdadero Calcolítico del Neolítico tardío y del Bronce Antiguo.

La cronología que se ofrece (*ibidem*, p. 439) parte de los «sincronismos que fijan el Bronce Reciente de Europa central y oriental entre 1200 y 1000 a.C.» y los análisis de carbono 14 que sitúan el neolítico medio (Cortailod) «en torno al 2400 a.C. Los límites de 2200 a 1800 para el Calcolítico» resultan pues, según el autor, verosímiles.

«Es decir que, con la reserva de los conservadurismos y retrasos regionales, el esquema cronológico de conjunto es el siguiente:

Neolítico Medio	2500 a 2200
Calcolítico	2200 a 1800
Bronce Antiguo	1800 a 1500.»

J. J. Hatt (1958, pp. 304-305, también *idem*, 1961, p. 195) define posteriormente la Edad del Bronce, empleando adjetivos y números romanos. Los primeros expresan las grandes divisiones (Bronce Antiguo, Medio, Final) «que corresponden a cambios profundos de la civilización y del poblamiento» (*idem*, 1958, p. 304). Los segundos reflejan «las subdivisiones internas de estos grandes períodos que corresponden a transformaciones de estilo» (*ibidem*).

Cada una de las terceras épocas así distinguidas (Br. A. III, Br. M. III, Br. F. III) corresponde a un período de transición que anuncia el período siguiente. Este sistema permite reconocer la contemporaneidad de civilizaciones regionales de facies distintas, las que están en vanguardia y las retardatarias (...)

Bronce Antiguo	I	en torno a 1800-1700
	II	en torno a 1700-1600
	III	en torno a 1600-1400
Bronce Medio	I	en torno a 1500-1400
	II	en torno a 1400-1300
	III	en torno a 1300-1100

Bronce Final	I	en torno a 1250-1150
	IIa	en torno a 1150-1050
	IIIb	en torno a 1050-950
	IIIa	en torno a 950-850
	IIIb	en torno a 850-725 [<i>ibidem</i> , p. 305]

La periodización presenta la estructura típica de los sistemas convencionalistas de divisiones tripartitas. Los criterios que se manejan son exclusivamente tipológicos (cerámica, objetos de adorno de metal, ámbar o fayenza y armas de metal) o cronológicos (sincronismos y carbono 14). Las fases tienen una duración convencional de un siglo, salvo la tercera del Bronce Antiguo y Medio (doscientos años) y la última del Bronce Final (ciento veinticinco años).

La clasificación ternaria de Hatt ha sido aplicada durante dos décadas a la Edad del Bronce, aunque reconociéndose que «estas secuencias son útiles pero a menudo demasiado convencionales, debido a la falta de grandes depósitos cerrados e inevitables encabalgamientos. Sólo tienen aplicación generalizada para la fase final del Bronce» (Guilaine, 1976, p. 19).

Si existen dificultades para emplear la periodización de Hatt en las clasificaciones cronológicas, para las que está pensada fundamentalmente, muchas más aparecen si se tratan de valorar los rasgos culturales. El autor expresa sólo en parte los «cambios profundos de la civilización y del poblamiento» que están en la base de las grandes divisiones de la Edad del Bronce. He hecho referencia al empleo de factores, como la aparición de la cerámica cordada o campaniforme, para la subdivisión de las fases anteriores al Bronce Antiguo. No hay una caracterización específica de ese período. El inicio del Bronce Medio que le sucede en el siglo XV se relaciona con un importante cambio de civilización:

Parece haber estado marcado, por una parte, en la cuenca del Mediterráneo, por invasiones, por otra en Europa central, por un período de inseguridad y guerras, que llevó al depósito de numerosos tesoros de bronce. Es entonces cuando aparecen en la zona del mar Egeo los primeros Indo-Europeos, los Aqueos. Llevan con ellos la táctica, nueva en estas regiones, de combate en carro de guerra [Hatt, 1956, pp. 439-440].

En opinión del autor (*ibidem*, p. 440), podría vincularse con estas invasiones un incremento de los contactos entre Oriente y Occidente que implica intercambios comerciales importantes.

Pero es el período del Bronce Final o de los Campos de Urnas el que supone la transformación más importante en el desarrollo de la Edad del Bronce (*idem*, 1958, p. 305, y sobre todo *idem*, 1961, pp. 184-185):

Es entonces cuando las brillantes civilizaciones que habían florecido a lo largo del Bronce Medio en el Mediterráneo y principalmente en el Egeo sucumben bajo [...] las invasiones de los Pueblos del Mar [...]. En Europa occidental y principalmente en Francia se trata de las invasiones de los Campos de Urnas [...]. Es entonces cuando aparecen, en masa, los Celtas, que no se habían manifestado en el Bronce Medio más que por invasiones parciales, a menudo bastante lejanas, a partir del hogar renano. El poblamiento y la economía se modifican radicalmente. Asistimos, parece, a la segunda gran revolución agrícola que debía conducir a la estabilización de los hábitats y a una colonización mucho más densa y más sistemática, resultado directo de la sedentarización y del progreso de las técnicas agrícolas.

J. J. Hatt propone así, en abierto contraste con J. Dechelette, una explicación difusionista del cambio cultural, al ponerlo en relación con la intervención de factores externos (invasiones) que alteran el normal desenvolvimiento de la Edad del Bronce europea.

M. M. Chassaing (1958, pp. 305-306) opina que el principal problema de la periodización propuesta por J. J. Hatt es haberla fundamentado en «dos nociones diferentes y no siempre conciliables: la de la tipología y la de la cronología». Por ejemplo, el término «Bronce Medio III» está reservado «a una civilización mixta, en la que los tipos que pertenecen al final del Bronce Medio aparecen con industrias del comienzo del Bronce Final». Esto significa que la simple clasificación en esa fase de cualquier objeto sería imprecisa. Sería necesario completarla «con explicaciones que se refieren a la vez a los caracteres tipológicos de la pieza considerada y a los de los diferentes objetos que lo acompañan. En consecuencia si [se] pretende ser claro y preciso [hay] que comportarse exactamente de la misma forma que si el nivel cronológico inventado por M. Hatt no existiera» (*ibidem*).

En realidad, toda sistemática, convencionalista o no, trata de conciliar aspectos cronológicos y tipológicos, sin que esto suponga dejar de reconocer la dificultad de ese objetivo. Ahora bien, la solución de J. J. Hatt de introducir una tercera fase de transición entre períodos refleja mucho más la consciencia de esa situación, que si hubiera pretendido establecer una rígida demarcación tipológico-cronológica en-

tre ellos. En ese sentido, la crítica de M. M. Chassaing resulta incoherente con los presupuestos desde los que se hace. Pero el aspecto que me parece más importante destacar del texto de este autor, por lo expresivo que resulta de una situación muy generalizada entre los prehistoriadores, es el confusionismo que refleja sobre el «sentido» general de la periodización.

M. M. Chassaing afirma que el término «Bronce Medio III» está reservado a una «civilización mixta». Tal expresión carga de contenido cultural una fase que, por su carácter convencionalista, manifiesta exclusivamente relaciones de contemporaneidad y sucesión, por lo que, como afirmaba de forma explícita Hatt, puede incluir «civilizaciones regionales de facies distintas, las que están en vanguardia y las retardatarias».

Esa misma dificultad de distinguir entre estructura y contenido de la periodización se encuentra en el propio Hatt (1956, pp. 444-445), como veremos en el siguiente texto: los análisis espectrográficos han evidenciado que la mayor parte de los objetos metálicos

procedentes de Alemania meridional y pertenecientes a la Edad llamada del Bronce Antiguo son de cobre. ¿Se va por tanto a abandonar el término de Bronce Antiguo para reemplazarlo por una Edad del Cobre, que habría que distinguir naturalmente del Calcolítico, por un lado, y del Bronce Medio, por otro? A este respecto, lo prudente es esperar la continuación de los trabajos de análisis y la decisión de los arqueólogos más cualificados en este terreno.

Dado el carácter convencionalista de su periodización, el descubrimiento de que los objetos metálicos son de cobre y no de bronce no justifica un cambio de denominación del período. Lo único que haría necesaria una modificación sería averiguar que el tipo metálico de que se trate se fecha en otro período o se relaciona con elementos distintos a los que se venían vinculando con él. De la misma manera, no se puede sustituir la definición «convencionalista» de un determinado período (en este caso, el Bronce Antiguo) por otra «realista» sin que se resienta la coherencia interna de la serie⁴.

⁴ R. P. Charles (1963, p. 202) expresa con toda claridad las objeciones que se pueden hacer a la periodización de Hatt, desde una perspectiva «realista»: «El empleo de términos como Calcolítico y Bronce Antiguo parece indicar un corte muy claro entre las dos fases [...] un término como Bronce Antiguo parece dar a entender que se trata de la primera fase de una nueva civilización, lo que no es el caso, puesto que esta fase

Conviene hacer notar, por último, la referencia en el texto al «argumento de autoridad», como criterio de decisión, que nos remite a los errores señalados en el Instrumentalismo (véanse *supra*, páginas 134-136).

La falta de delimitación clara entre estructura y contenido de la periodización se refleja en la extensión que ha alcanzado la discusión terminológica en la Edad del Bronce. La controversia se centra fundamentalmente en torno a la denominación que se considera más conveniente emplear para definir ese período culturalmente intermedio que corresponde al momento inicial de la metalurgia: «Calcolítico», «Eneolítico» o «Bronce Antiguo». Como se indicó en el apartado II.5 del capítulo 2 el tema no es ocioso, ya que el lenguaje «no es un conjunto de rótulos, sino un aparato conceptual» (Deaño, 1978, p. 25, n. 11). Cada término se refiere a un matiz de la realidad, seleccionado de acuerdo con una posición teórica determinada. Al manifestar el significado de los términos se incide por tanto en los aspectos teóricos de la periodización, que son los verdaderamente significativos para la investigación.

Como se recordará, etimológicamente el término «calcolítico» procede de las palabras griegas «chalcos=cobre» y «lithos=piedra» y el de «eneolítico» del «latín aeneus=en bronce, y del griego lithos=piedra» (Arnal y Prades, 1959, p. 69, n. 1, y p. 129, n. 85).

G. Bailloud y P. Mieg de Boofzheim (1955, p. 135) señalan que, en sí mismos, estos términos no hacen referencia, a escala mundial o incluso europea «a un período cronológico, sino a un estadio técnico» (la fase inicial de la metalurgia)⁵, si bien «en un plano más restringido, uno y otro tienden a confundirse».

Para determinar qué denominación expresa más claramente ese estadio técnico, se acude a una indagación empírica: los análisis metalográficos. El descubrimiento, ya citado, de que la inmensa mayoría de los objetos de metal más antiguos son de cobre nativo, inclina a gran parte de los autores a emplear el término «Calcolítico» (Arnal y Prades, 1959, p. 69), en vez de el de «Eneolítico» o «Edad del Bronce». Sin embargo no hay unanimidad respecto a su sentido. G. Bailloud (1961, p. 493) describe las dos acepciones más generalizadas entre los especialistas franceses:

no corresponde a un estadio de agotamiento sino más bien a un estadio medio [...]. Es paradójico calificar de Bronce Final el comienzo de una civilización original.»

⁵ J. Courtin (1974, p. 152, n. 3) habla incluso de «un estado de civilización, un estadio cultural».

- a) una acepción amplia, que clasifica en el Calcolítico las civilizaciones donde se puede encontrar un objeto de metal, aunque sea a título de importancia de una civilización cercana [posición en la que se encuentra]. El término tiene entonces un valor cronológico general ⁶;
- b) una acepción restringida que sólo considera calcolíticas las civilizaciones donde se ha practicado efectivamente la metalurgia del cobre. El Calcolítico así concebido puede entenderse que tiene un valor cronológico [...] o bien [...] un sentido estrictamente tecnológico, en ese caso unas civilizaciones neolíticas [denominadas secundarias] pueden ser contemporáneas o posteriores a unas calcolíticas [posición de Hatt].

Ambas opciones proporcionan información significativa para el conocimiento del pasado, pero no siempre conciliable. Como se refleja en el texto, el énfasis en los aspectos culturales (sociedades metalúrgicas) supone reducir el campo de aplicación del término. Por el contrario, su empleo en sentido cronológico implica ampliarlo a costa de diluir su contenido cultural ⁷, salvo en las contadas zonas donde ambos elementos coincidan.

⁶ El único caso que he encontrado en que se cuestiona el valor cronológico general de la metalurgia del cobre es el Ph. Helena (1937, p. 103): «Se ha admitido —y numerosos arqueólogos lo admiten todavía— que el uso del cobre precede al del bronce y que, por tanto, el período inicial de los metales fue el del cobre puro. Esto que puede ser cierto en las lejanas regiones donde nació la metalurgia, no lo es en nuestras regiones occidentales.» En su opinión, los osarios del Languedoc y Provenza «prueban claramente que allí los primeros objetos de cobre puro fueron posteriores a los más antiguos objetos de bronce. Copiados siempre a partir de tipos locales anteriores [...], es posible que sean los testimonios de los primeros ensayos metalúrgicos de los aborígenes, ya provistos de bronce por el comercio exterior».

Sin embargo, la periodización propuesta por el autor no es coherente con esos principios difusionistas. Consta de cinco fases «eneolíticas» de las cuales únicamente la primera carece de metal y en la que sólo «a partir del eneolítico III, paralelamente a las fases siguientes se desarrolla la plena edad del bronce». Si los objetos de cobre fueron posteriores a los de bronce, estos últimos debían aparecer en la fase II (la primera en que se encuentra el metal) y no en la III, debiéndose caracterizar además esa tercera fase por el cobre (degeneración) en vez de por el bronce.

El sistema de Helena no tiene, pues, otro interés que demostrar hasta qué punto las posiciones teóricas de un autor pueden tergiversar los datos.

⁷ Esta tesis no se ve refutada, como es lógico, por el hecho de que se empleen rasgos culturales en la caracterización. Así, por ejemplo, G. Bailloud y Mieg de Boofzheim (1955, pp. 135-136) definen el Calcolítico no sólo por la aparición del metal, sino también por «la difusión de los megalitos [...], de las representaciones religiosas de origen mediterráneo [...], de los complejos con cerámica campaniforme o cordada, la extensión del poblamiento y las relaciones comerciales». Como observan explícitamente se trata «de elementos que se difunden más o menos simultáneamente, pero igualmen-

La publicación de la obra colectiva del IX Congreso del UISPP (Niza, 1976) es la ocasión para establecer «un consenso bastante general entre los prehistoriadores franceses sobre el tema» (Bailloud, 1987, p. 312). Ese consenso se concreta en la concepción del Calcolítico «como un desarrollo último» del Neolítico, salvo en el caso de los grupos campaniformes (Guilaine, 1976, p. 19). Es decir, se opta por la aceptación restringida del término, empleándolo en sentido tecnológico. La cronología se establece mediante el radiocarbono (*ibidem*, p. 17).

El Neolítico se clasifica en «tres estadios que reposan en criterios culturales y tecno-económicos» (antiguo, medio y final) (*ibidem*, p. 19).

Como se ha dicho, el tercero «está marcado por el conocimiento de la metalurgia» (*ibidem*, p. 17) alrededor del 2500 a.C. (*ibidem*, p. 18). Su naturaleza embrionaria y los escasos testimonios explicarían, según Guilaine (*ibidem*), «la multiplicación de expresiones para designar a menudo los mismos horizontes “Neolítico final”, “Neolítico secundario”, “Calcolítico antiguo”». Pero no deben olvidarse los factores más generales que también están interviniendo.

Al igual que en la sistemática de Hatt, «las “culturas plenamente calcolíticas” en el sentido tecnológico, esta vez» corresponden a los grupos campaniformes, entre 2300-2200 a.C. (*ibidem*, p. 19).

Esta periodización de estructura realista sirve de guía para la presentación del estado actual de la cuestión por Bailloud (1987) que busca situar las culturas «protohistóricas» francesas en el contexto centroeuropeo. Su trabajo forma parte del libro de texto al que aludí en su momento. La obra adolece de ciertas contradicciones internas derivadas de la combinación de la versión clásica con elementos novedosos. Así J. Lichardus y M. Lichardus-Itten (1987, p. 64) hacen patente que «la arqueología presupone una epistemología» y depende «del estado de la reflexión histórico y filosófica, y, sobre todo, de la problemática arqueológica». En consecuencia, siguiendo las propuestas de *Annales* (*ibidem*, p. 75), defienden una investigación guiada por preguntas y donde la deducción debe ocupar un lugar (*ibidem*,

te de forma independiente unos de otros y pueden combinarse siguiendo múltiples esquemas con las tradiciones neolíticas locales». Se escogen, pues, por su contemporaneidad, no por su pertenencia a un grupo cultural determinado. De hecho mientras algunos son exclusivos de ciertas culturas, otros son compartidos por varias.

p. 76). Pero, a la vez, sitúan la cronología en la base de cualquier interpretación histórica (*ibidem*, p. 59).

Esas contradicciones no se limitan a los aspectos «formales», más generales. La afirmación de que «cualquier reconstrucción histórica en relación con comunidades neolíticas y calcolíticas supone una ordenación cronológica previa» (*ibidem*, p. 64) va acompañada de la contraria: son «datos estructurales los que determinan [la] distinción» entre ellas (*ibidem*, p. 61):

la especialización en ciertas tareas, como la metalurgia, la extracción minera, el comercio, pero también en algunas producciones alimentarias especializadas, como la ganadería, llevan a la formación de estructuras socioeconómicas nuevas. Hasta en el dominio religioso se dan transformaciones palpables sobre todo en el ritual funerario y en otras prácticas culturales. [...] incluso en las regiones en que la industria del cobre no tuvo más que un papel mínimo o nulo, su identificación con esta situación estructural general permite sin embargo hablar de civilización calcolítica [*ibidem*, pp. 75-76].

La ausencia de una clara definición arqueológica de estos «datos estructurales» impiden que este tipo de periodización subsane los problemas de fundamentación arqueológica de la periodización convencionalista. Por otro lado, en los casos en que es posible una evaluación de dicha definición, como en el de la metalurgia, contradice los principios de la sistemática. Recordemos cómo actualmente en Francia está consagrada la acepción del término «calcolítico» en sentido tecnológico.

En cuanto a la Edad del Bronce, Gaucher (1981, p. 53; también en Guilaine, 1976, p. 19) señala cómo los sistemas de subdivisiones cada vez más complejas no han dejado de ser puestos en cuestión, «al menos en sus detalles, y las obras consagradas al estudio de este período incluyen, a menudo, cuadros que intentan comparar las soluciones propuestas sucesivamente por diferentes autores». La selección de una de ellas a la hora de emprender una investigación regional se ve dificultada no sólo por lo poco que se manifiestan los criterios con los que han sido configuradas, sino también por su inconsistente fundamentación arqueológica (*ibidem*). Como en el caso del Calcolítico, los yacimientos con numerosos objetos «no constituían depósitos verdaderamente cerrados» o, al menos, «no es posible averiguar exactamente hoy qué objetos habían sido [...] depositados al mismo tiempo» (*ibidem*, p. 10). Además, «los yacimientos con capas

realmente estratificadas, fechadas en la Edad del Bronce son raros» (*ibidem*, p. 53; también en Guilaine, 1976, pp. 19-20).

Es cierto que, actualmente, los arqueólogos pueden disponer de instrumentos matemáticos poderosos que permiten superar las dificultades de aplicación del método «de los tipos asociados» (Gaucher, 1981, p. 10). Pero «el problema no está ahí» (*ibidem*). El problema reside en la contradicción de aceptar la existencia de culturas regionales al tiempo que sus materiales se intentan clasificar recurriendo a secuencias elaboradas en otros países (*ibidem*). Corresponde, pues, a una cuestión de carácter formal: los límites del método comparativo.

El modo como Gaucher aborda el tema de la clasificación de la Edad del Bronce es un claro contrapunto a la escogida por los autores previamente citados. En primer lugar, demuestra una mayor consciencia de las determinaciones teóricas de la investigación. En segundo lugar articula una práctica arqueológica explícitamente preocupada por lograr resultados controlables.

Tanto el autor como Guilaine (1976, p. 20), por ejemplo, ven obstáculos en la aplicación de las grandes divisiones cronológicas a una escala regional. Sin embargo, sólo en el texto del primero parecen advertirse sus implicaciones generales en relación con el empleo del propio método (véanse *supra*, pp. 147-149).

En cuanto al segundo aspecto, Gaucher cree conveniente la evaluación de los criterios manejados en las sistemáticas, cuestión que los demás autores no comentan. Por otro lado, la definición de la historia cultural está lastrada en sus obras, sin olvidar las materias de fondo, por una confusión frecuente entre rasgos culturales y cronológicos correlativa a la ausencia de indicadores arqueológicos claros. Resulta excluido así el recurso al análisis cuantitativo reivindicado por Gaucher.

Quedan esbozados de este modo algunas de las posiciones planteadas en la caracterización de los primeros períodos metalúrgicos en Francia.

III.2. *La definición cultural de V. Gordon Childe*

El primer investigador que afrontó una definición cultural de la Edad del Bronce fue V. Gordon Childe. Su *Dawn of european civilization*, cuya primera edición se publicó en 1925, constituye para la mayor parte de los autores un nuevo arranque para la Prehistoria: la intro-

ducción del concepto de «cultura». La consecuencia es trascendental. Desaparece la «simple secuencia cultural evolutiva» (Daniel, 1973, pp. 76-77) para dar paso a una agrupación del registro arqueológico «en series de unidades en el espacio y el tiempo» (Phillips, 1981, p. 21), cuya definición y estudio se convertirá en objetivo primordial de la investigación. «El uso del concepto de unidad cultural en lugar de fases, señala el principio de la arqueología cultural, como distinta de la evolucionista», universal y unilineal, hasta entonces imperante (Trigger, 1971, p. 4).

La importancia de la obra de Childe en la configuración actual de la Prehistoria y su incidencia en la fase que nos ocupa hace aconsejable considerar con cierto detenimiento su «interpretación y revisión de los sistemas clasificatorios entonces empleados en la disciplina, *i.e.* cultura y Tres Edades» (McNairn, 1980, p. 2). A esas tareas dedicó toda su carrera, convencido de que una clasificación «sistemática y significativa era el primer criterio de una disciplina científica» (*ibidem*). Se hará referencia a continuación a su evaluación de cada uno de esos sistemas clasificatorios ⁸.

Para Childe (1950a, p. 2) (cit. por McWhite, 1972, p. 53) una cultura arqueológica significa «un conjunto de artefactos que aparecen asociados repetidamente en viviendas del mismo tipo junto con enterramientos del mismo rito. Las peculiaridades arbitrarias de los implementos, armas, ornamentos, casas, ritos de enterramiento y objetos rituales se supone que representan las expresiones concretas de tradiciones sociales comunes, que unifican a un pueblo».

El campo de aplicación del concepto queda restringido sólo al nivel material, entendiéndose la «cultura arqueológica» «como una unidad de clasificación de los restos arqueológicos» (McNairn, 1980, p. 48). La base para su identificación era el reconocimiento de un conjunto de «tipos» «significativamente asociados, *i.e.* en un contexto que indicara uso contemporáneo» (*ibidem*, p. 67). Aunque Childe admitió que «un elemento cuantitativo entraba en la definición de cultura» (recordemos su afirmación de que la periodización tipológica es por su naturaleza estadística (véase *supra*, p. 127): «argumentó que

⁸ Debo advertir que, en realidad, se trata de la lectura de la obra de Childe propuesta por dos de sus principales comentaristas, B. Trigger y B. McNairn, a partir de una determinada selección de textos. Se entiende, por tanto, que asumo la interpretación que dichos autores proponen salvo cuando hago citas directas a Childe, en cuyo caso, reflejo mi propia «versión» de sus puntos de vista.

las estadísticas sólo tenían un valor limitado en la disciplina», ya que era impracticable tratar de fijar un valor numérico preciso. Por ello «su enfoque para la diferenciación de grupos culturales era esencialmente cualitativo, basado en la presencia o ausencia de fósiles-guía» (*ibidem*, pp. 69-70). En cuanto al carácter que debieran tener éstos, hay que señalar que, para el autor, una cultura «era fundamentalmente una unidad espacial y no una unidad cronológica». No obstante los grupos culturales «tenían que ser clasificados cronológicamente» (*ibidem*, p. 65).

En la definición de «cultura arqueológica» de Childe intervenían otras importantes presuposiciones teórico-metodológicas. Una de ellas era la de que «la cultura arqueológica coincidía con un “pueblo” y sólo en algunos casos de homogeneidad esquelética con una “raza”. Si bien en ésta, como en tantas otras ocasiones, el autor no intentó definir ninguno de estos términos [...] por el contexto es claro que está contrastando básicamente un agrupamiento social con otro biológico» (*ibidem*, p. 49). Desde su punto de vista «sólo eran posibles semejanzas estrechas en la cultura material, si el pueblo compartía una forma de vida común» (Trigger, 1971, p. 4). En los primeros trabajos se incluía aquí la unidad lingüística y política, mientras en los últimos se reconocía que no había una equivalencia necesaria entre ellas y la cultura arqueológica.

En realidad, esa discusión reflejaba uno de los problemas más claros de la obra de Childe: la indefinición de las relaciones entre los diferentes sentidos arqueológicos y antropológicos del término «cultura».

Ya en 1935, influido por la teoría antropológica contemporánea, introdujo «lo que denominó una interpretación funcional de cultura, según la cual la cultura se consideraba “no como un grupo muerto de fósiles [...], sino como un organismo en funcionamiento, vivo”» (Childe, 1935, p. 10; cit. por McNairn, 1980, p. 53). Así, pues, la cultura «debía entenderse como un todo orgánico y no como un agregado mecánico de rasgos». Desde esta perspectiva, el autor enfatizaba que su definición tipológica de cultura no proporcionaba más que un marco orientador para los estudios posteriores. Desgraciadamente, «no acompañaba su detallada compilación de los contenidos de la cultura con una discusión de cómo [sus] principales divisiones» (economía, sociología e ideología) «se interrelacionaban con el todo» (McNairn, 1980, pp. 70-72). En opinión de B. McNairn (*ibidem*, pp. 72-73):

El hecho de que Childe no discutiera la teoría que subyacía a su división tripartita de la cultura arqueológica relegó lo que podía haber sido una exposición de un sistema con subsistemas interrelacionados a un catálogo de rasgos materiales [...]. Al mismo tiempo su reticencia a explicar la teoría antropológica de la cultura, que durante toda su carrera había servido de base implícitamente a su propia definición arqueológica, la reduce a una unidad puramente taxonómica de dudoso valor.

Pero es, quizá, su revisión del sistema clasificatorio de las Tres Edades la que incide más directamente en el tema de este libro. Childe «rechazó las Tres Edades como marco cronológico [...], mediante un cambio revolucionario en el énfasis sugirió que podía proporcionar un marco útil del desarrollo socioeconómico» (*ibidem*, p. 78). La base de esta interpretación se encuentra en su visión marxista⁹ de la sociedad, según la cual, a cada nivel particular de tecnología correspondía una forma definida de economía y sociología. «En términos de este modelo, las tecnologías de piedra, bronce y hierro debían ser indicativas de sistemas económicos y sociales» (*ibidem*, p. 83). Sin embargo, en alguna de sus obras tardías

tuvo que confesar que su interpretación socioeconómica de las Tres Edades no coincidía con los tres períodos etnológicos de Morgan, [cuyo esquema evolutivo era el punto de referencia en la época]. Mientras la sociedad paleolítica y mesolítica podía situarse en el estadio de salvajismo de Morgan y las sociedades neolíticas en el subsecuente estadio de barbarie, las sociedades de la Edad del Bronce no podían hacerse equivaler fácilmente con el de ci-

⁹ B. McNairn (1980, p. 158, también en Trigger, 1987, pp. 5-6) señala la desviación de Childe respecto al punto de vista ortodoxo soviético en dos aspectos importantes. «Primero, no empleó las leyes dialécticas corrientes en la teoría soviética y, en segundo lugar, concedió poco énfasis al papel de las clases en el proceso histórico.» En este sentido (*ibidem*, p. 156), «desaprobó la periodización rusa de la historia mundial basada en las "relaciones de producción"». Comprendía las razones teóricas para «la adopción de este esquema y admitía la importante influencia de la estructura social en el desarrollo tecnológico, pero desde su punto de vista no era adecuado para la clasificación arqueológica». Así, propone sustituir el modelo sociológico por otro tecnológico, más fácilmente detectable en el registro arqueológico.

Un último rasgo que me parece destacable del pensamiento del autor en su reinterpretación del determinismo marxista. Como afirman Earle y Preucel (1987, p. 507), «aunque tenía en cuenta el cambio tecnológico y la difusión, su idealismo es evidente. Para Childe, tanto el significado como la percepción vienen dados por valores culturales y sociales [...] definidos colectivamente durante miles de años». Por esta razón «ha sido identificado con un antepasado deificado» del marxismo estructural («marxismo superfino») (*ibidem*).

vilización. Aquí Childe tuvo que admitir que había una amplia variedad de sistemas socioeconómicos fundados sobre esa única base tecnológica (*ibidem*, p. 90). [En su opinión (Childe, 1951, pp. 26-27; cit. por McNairn, 1980, pp. 90-91)] este único Estadio arqueológico cubre dos estadios etnográficos o sociológicos importantes —Barbarie y Civilización. [Consecuentemente] la división arqueológica entre las Tres Edades no proporciona una base útil para una subdivisión de la Barbarie en estadios.

Otro de los problemas de su interpretación de las «Archaeological ages as technological stages» (Childe, 1944), según Renfrew (1986, p. 145) «era considerar el inicio de la metalurgia cobre/bronce, y más tarde del trabajo del hierro, como sucesos tecnológica y productivamente significativos por sí mismos. En muchos casos, sin embargo [...] hasta muchos siglos después de que las técnicas básicas fueran exploradas y comprendidas no llegaron a tener una significación económica y productiva».

La interpretación citada se completaba con el concepto de «revolución». El autor proponía «tres revoluciones al comienzo de las Edades Neolítica, del Bronce y del Hierro respectivamente. Se entendían como puntos de transición de una importancia crítica entre los estadios» (McNairn, 1980, p. 91). Posteriormente Childe (1936, p. 39; cit. por McNairn, 1980, pp. 91-92) «reemplazó las revoluciones del Bronce y Hierro por el concepto de una Revolución Urbana, destruyendo así la claridad de su esquema original. Mientras las revoluciones de las edades Neolíticas, del Bronce y del Hierro estaban estrechamente conectadas», con sus correspondientes «estadios», «la Revolución Urbana [era] más apropiada para el modelo de Morgan que para el de las Tres Edades»¹⁰.

Los diez rasgos que definían la «Revolución Urbana» en la obra clásica de Childe (1950b) sobre el tema, eran los siguientes (McNairn, 1980, p. 99):

1. *Tamaño*: las primeras ciudades eran más extensas y más densamente pobladas que los asentamientos previos.

2. *Composición y función*: incluían especialistas a tiempo completo, artesanos, transportistas, mercaderes, guerreros y sacerdotes.

¹⁰ En opinión de G. Daniel (1943, p. 47f; cit. por McNairn, 1980, p. 92), «la Revolución Urbana sólo podía acomodarse, y de forma más bien forzada, dentro de la estructura de las Tres Edades, considerándola como la transición de la Edad del Hierro en Europa».

3. *Excedente*: cada productor primario pagaba su excedente al dios o rey, que de esta forma lo acumulaba. Sin tal acumulación, debido a la baja productividad de la economía rural, no se hubiera podido disponer de capital efectivo.

4. *Edificios monumentales*: símbolo de la acumulación del excedente social.

5. *Desigual distribución del excedente social*: los sacerdotes y los oficiales y líderes militares y civiles absorbieron una parte importante del excedente acumulado y formaron así una «clase dominante».

6. *Escritura*.

7. *Inención de ciencias* como la aritmética, geometría y astrología.

8. *Arte naturalista*.

9. *Comercio* regular con el exterior tanto de productos de lujo, como esenciales.

10. *Organización estatal basada en la residencia más que en el parentesco*: en la ciudad los artesanos especialistas disponían tanto de las materias primas necesarias para su trabajo, como de una seguridad garantizada por la organización estatal, basada en la residencia, más que en el parentesco.

B. McNairn (*ibidem*, pp. 100-101) recoge las críticas de Adams (1966, pp. 10-11) y Wheatley (1972, p. 612) a esta caracterización del urbanismo. En su opinión, se trata de rasgos que difieren radicalmente unos de otros en su importancia como causas, o incluso como índices, de la Revolución Urbana como un todo. Hay poca interrelación funcional entre ellos y son de naturaleza más descriptiva que explicativa. Ahora bien, apuntan que Childe vio como factores causales primarios del urbanismo el crecimiento de la tecnología y el incremento de los excedentes alimenticios, como capital disponible (cf. Lumberras, 1987, pp. 328-329).

En *Man makes himself* (1936) Childe se refirió a la metalurgia del bronce como una de las diversas invenciones que prepararon el camino a la vida urbana, junto con la utilización de la fuerza de los bueyes y el viento y la aparición del arado, el vehículo de ruedas y la vela. Sin embargo, según B. McNairn (1980, pp. 101-102 y también en p. 25), es claro que Childe consideró la metalurgia como la invención crucial: «No sólo fue el bronce el primer objeto de lujo que se convirtió en una necesidad, sino que requirió una especialización a tiempo completo y la acumulación de un excedente social a gran escala.»

En realidad, desde su primera publicación (Childe, 1930) al respecto y, a lo largo de toda su carrera, este investigador había interpretado la Edad del Bronce como un estadio importante en el desarrollo económico y tecnológico, destacando dos rasgos:

1. La invención de la metalurgia del bronce era un avance fundamental en la historia de la ciencia al implicar un conocimiento de la radical transformación de las propiedades físicas de la sustancia mediante el calor.
2. El uso generalizado del metal presupone relaciones comerciales regulares y extensas (McNairn, 1980, p. 85). [En este sentido] la importación de materias primas procedentes de fuera de los límites comunales [...] es quizá la diferencia esencial entre las Edades Neolítica y del Bronce. [Por otra parte] el desarrollo del comercio interno y externo [en la segunda] presuponía, [en opinión del autor,] un grado de estabilidad política [Childe, 1930, pp. 8-9, cit. por McNairn, 1980, pp. 85 y 101].

Así pues, en el pensamiento de Childe, la metalurgia, el comercio, los especialistas a tiempo completo y la acumulación de excedentes eran los rasgos básicamente definitorios de la Edad del Bronce.

Ahora bien, esta caracterización se había establecido tomando como referencia el registro arqueológico del Próximo Oriente y lo que interesa primordialmente, en relación con el tema del libro, es su opinión con respecto a la Edad del Bronce europea.

La valoración de Childe de ese período de la Prehistoria de Europa evolucionó a lo largo de su carrera. Sin embargo, nunca dejó de sostener la dependencia del desarrollo cultural europeo del producido en el Próximo Oriente.

Ya se ha indicado (véase *supra*, p. 149) cómo en la época de Childe, la ausencia de métodos físico-químicos de datación absoluta convertía las explicaciones difusionistas en el único recurso de que disponían los investigadores para atender las exigencias disciplinares de precisión cronológica. En realidad, esta solución no dejaba de ser una falacia ya que, como observa B. McNairn (1980, p. 23): «sin una escala de tiempo absoluta para la Europa prehistórica, ni la prioridad de la invención oriental, ni el postulado difusionista podían ser totalmente aceptados». Es claro que «antes de que las semejanzas culturales puedan ser aceptadas como prueba de difusión necesitan ser probadas cronológicamente, de cara a mostrar una continuidad en tiempo, así como en espacio» (*ibidem*).

En este sentido, «tanto la cronología corta de los Orientalistas como la cronología larga de los Occidentalistas estaban basadas en

teorías que suponían por adelantado la dirección del flujo cultural entre el Oriente y Europa» (*ibidem*, p. 31).

La investigación de Childe de los centros primarios de invención no respondía sino a la «práctica difusionista *standard* basada en el presupuesto de que todas las invenciones importantes aparecen sólo una vez y desde el lugar donde surgen se extienden al resto del mundo» (*ibidem*, p. 24).

El difusionismo de este autor estaba estrechamente vinculado con sus convicciones políticas. Esto convierte su obra en uno de los más claros exponentes de la dependencia y subordinación de los aspectos más concretos de la investigación, respecto a los teóricos y metodológicos. En «Retrospect» (Childe, 1958, p. 72; cit. por McNairn, 1980, pp. 20-21), por ejemplo, atribuyó explícitamente la firmeza de su posición orientalista, no tanto a los méritos inherentes a dicha posición, cuanto a su rechazo de una tesis occidentalista que, en su opinión, proporcionaba soporte ideológico al nazismo ¹¹.

La teoría difusionista de Childe se fundamentaba en dos presupuestos:

1. La agricultura de los grupos neolíticos de la Europa templada no producía los excedentes que el autor creía imprescindibles para el desarrollo de una industria metalúrgica (Childe, 1962, p. 80).
2. La continuidad de la tradición cultural del Oriente y la existente entre el Oriente y Europa, indicaba la prioridad de la civilización oriental respecto a la Edad del Bronce europea.

Consecuentemente, el autor sostenía que fueron los procesos económicos y sociológicos de la Revolución Urbana los que aceleraron la difusión de la civilización desde el Oriente a Europa. En particular, él entendía como mecanismos principales el aumento de la población (consecuencia del progreso técnico), el comercio (incluyendo aquí el desplazamiento de artesanos) y la guerra (McNairn, 1980, pp. 22-24 y 27).

¹¹ La misma relación entre la posición política y la teoría antropológica escogida para explicar el cambio cultural se observa en los arqueólogos soviéticos contemporáneos de Childe, si bien su opción era precisamente la opuesta. Childe no creía que hubiera ninguna contradicción entre su orientalismo y su enfoque marxista de la Prehistoria, ya que vio el enfoque occidentalista de la investigación rusa «como una reacción contra la ideología del imperialismo, más que como una comprensión del trabajo de Engels o Marx» (McNairn, 1980, p. 35).

El fenómeno de difusión tendría además una antigüedad e intensidad distinta, según la región europea de que se tratase. «Los primeros europeos que se beneficiaron, directa o indirectamente, de las riquezas acumuladas por la civilización oriental, fueron los habitantes de las costas e islas egeas». Posteriormente la metalurgia se extendería al resto de la Europa templada (Childe, 1962, pp. 99 y 162-166). De acuerdo con los principios difusionistas, la influencia del centro primario de innovación y difusión decrecía con la distancia, de modo que las culturas más alejadas de dicho centro (Europa central) tenían un rango cultural inferior al de las más cercanas (Egeo) (McNairn, 1980, p. 31).

C. Renfrew (1979a, p. 110) ha señalado que los argumentos de Childe en relación con los inicios de la Edad del Bronce en Europa central eran, en muchos sentidos, la contrapartida exacta de su teoría de los orígenes de la civilización egea. Esta idea es desarrollada por B. McNairn (1980, p. 41): «De la misma manera que había concebido unos prospectores orientales que establecían una industria del bronce en el Egeo, ahora veía metalúrgicos de la última región fundando una industria europea. Análogamente a como había enfatizado la dependencia inicial de la industria egea del capital oriental, ahora insistía en la deuda europea al excedente minoico-micénico.»

Pero, tan importante como conocer los mecanismos del proceso de difusión de la civilización a Europa, que propone Childe, es evaluar los rasgos específicos de las culturas implicadas.

El autor siempre sostuvo que la división de la sociedad oriental en clases, producida por la acumulación de excedentes, suponía una rémora para el progreso técnico en dos sentidos. En primer lugar, por el papel subordinado y limitado que concedía al artesano y, en segundo lugar, por las propias consecuencias ideológicas de tal organización social.

El artesano oriental no sólo estaba reducido a la clase inferior, sino que dependía totalmente del estado para su alimentación y provisión de materias primas. Esto además de liberarle de cualquier responsabilidad de decisión, le privaba de un mercado y, por ello, de todo estímulo para nuevas invenciones. Por otra parte la división en clases provocaba la ascendencia de la magia y la religión (clases dominantes) sobre las ciencias aplicadas (artesano), lo que en opinión de Childe (1962, pp. 96-97), impedía el progreso tecnológico.

Ninguno de estos factores influía gravemente en la sociedad europea. Los pueblos del Egeo, gracias al excedente oriental, sus pro-

pías materias primas, mercenarios y saqueos, pudieron desarrollar una industria del bronce con una estructura social menos represiva. Esto no implicaba que la sociedad fuera igualitaria pero, al menos, la riqueza estaba más distribuida. Por otra parte, la posición del artesano (a menudo miembro del grupo dominante), así como el carácter internacional del mercado al que iban dirigidos sus productos, explicaban la rápida expansión de la industria metalúrgica europea (*ibidem*, pp. 113, 158, 161 y 167).

Resulta así que «el Próximo Oriente era la fuente última de innovaciones e ideas; pero tras el desarrollo de la civilización, la sociedad próximo-oriental se vuelve retardataria y opresiva [...]. La sociedad europea, sin embargo, era abierta» (Shennan, 1987, p. 367). Childe atribuye de este modo un supuesto rasgo de la sociedad occidental actual a la de la Edad del Bronce europea. En varias ocasiones relaciona ambas estrechamente (McNairn, 1980, p. 42). Ello expresa «el intento de toda su vida profesional de comprender la civilización europea como una manifestación especial del espíritu humano —i.e. del carácter único de Occidente» (Shennan, 1987, p. 367). Como se recordará, la pretensión de Childe de remontar la unicidad europea a la Prehistoria es una de las razones por las que «fue universalmente aceptado como principal prehistoriador europeo» (Gilman, 1988, p. 505).

Lamentablemente, la fundamentación arqueológica de su comprensiva reconstrucción histórica no era muy sólida (Shennan, 1987, p. 367).

El propio Childe (1962, pp. 116-118)¹² reconocía que ninguno de los establecimientos de la costa mediterránea occidental con tumbas colectivas, que él atribuía a prospectores metalúrgicos orientales, «poseía una contrapartida exacta en la Egeida, ni en ninguna otra parte de la cuenca oriental mediterránea». Llegaba a aceptar incluso la ausencia de un «sólo objeto terminado que fuera con seguridad originario de la cuenca del Mediterráneo oriental, en las tumbas italo-tas o en las de la cuenca mediterránea occidental», o, hasta afirmar que los elementos del ajuar funerario que se paralelizaban con piezas orientales, únicamente «recordaban de forma vaga el estilo mediterráneo oriental».

Ahora bien, puesto que el difusionismo era un marco teórico irrenunciable para el autor, no advertía el valor de esa evidencia como

¹² A partir de aquí todos los énfasis en los textos de Childe son míos.

refutación de hecho de su tesis. Así explicaba que «los prospectores y mercaderes de la Egeida», que habían ayudado a fundar esas colonias costeras, «no llevaron con ellos ni equipamiento material, ni sistema ideológico y *no mantuvieron contacto con una patria* que habría podido proporcionarles objetos acabados». Otra de las causas de la ausencia de pruebas concluyentes de la presencia oriental que proponía (*ibidem*, p. 121) era la absorción de los recién llegados «por los contingentes de campesinos del Neolítico, que estaban ya establecidos en los alrededores de los puntos de desembarco», o bien la circunstancia de que los «prospectores y mercaderes, que buscaban materias primas para los mercados egeos u orientales», reservaran «una parte mucho más pequeña de sus mercancías, que la que guardaban sus colegas de la Egeida, para satisfacer la demanda local».

Es obvio que aseveraciones como la de que las «colonias» no mantenían contacto con la metrópoli resultaban contradictorias no sólo con las tesis acerca del cambio cultural sostenidas por Childe, sino también con su afirmación expresa en la misma obra (*ibidem*, p. 120) de que «algunos establecimientos se transformaron seguramente en centros secundarios de demanda y obtuvieron *mercancías importadas de ultramar*, si bien *nada prueba que fuera del Mediterráneo oriental*». Esta última frase ponía en cuestión, a su vez, como es lógico, el «lugar de invención» propuesto por el autor y, consecuentemente, los factores culturales y cronológicos implicados.

Los mismos problemas se advierten a propósito del desarrollo metalúrgico de la Europa templada. Childe, que había descrito todo el proceso como una respuesta a las necesidades de materias primas (sobre todo, cobre y estaño) de las sociedades urbanas orientales, afirma, sin embargo (*ibidem*, p. 122):

Los metalúrgicos profesionales apenas comunicaron sus conocimientos a los aprendices indígenas [...].

Esta prospección minera y comercial, destinada a alimentar el mercado egeo [...] no sentó las bases de una verdadera industria del bronce [...].

En la península italiana, la primera organización seria de la distribución de metal debió estar fundada en un sistema imitado de la Europa central y que había surgido entre 1800-1600 a.C. Más al oeste, salvo en Almería, la distribución no fue organizada eficazmente, más que durante la Edad del Bronce Tardía, varios siglos después, y en este período todavía se inspira en los métodos de la Europa central más que en los del Egeo.

Cabe preguntarse entonces cuál fue el papel jugado por los «pros-

pectores egeos». La respuesta del autor (*ibidem*, p. 122) es siempre la misma «no es menos cierto que una colonización efectuada por los pueblos del Mediterráneo oriental parece la mejor forma de explicar» los asentamientos costeros con tumbas colectivas y la metalurgia.

Nos encontramos, así, ante una de las más claras expresiones de *conflicto*, que conocemos, *entre los datos arqueológicos y el marco teórico-metodológico* escogido para su explicación.

En mi opinión, las citas de V. G. Childe escogidas han puesto de relieve que el autor, con una honradez intelectual admirable, reconocía el valor que podía concedérsele a la evidencia disponible. En todo momento insiste en que ésta reflejaba una «influencia oriental» muy tenue. Sin embargo, sus condicionamientos ideológicos¹³ le impiden solventar el dilema de la única forma posible: modificando el marco teórico de referencia. Se aborda este tema en el siguiente apartado.

III.3. *La cronología de la Edad del Bronce: bases actuales*

La cronología de la Edad del Bronce reposaba, como se sabe, en los sincronismos entre la Europa occidental y oriental y, en último término, con la historia de Egipto. La «falla cronológica» —puesta de manifiesto por la incidencia simultánea o interrelacionada, de los análisis radiocarbónicos y de la interpretación de la evidencia arqueológica desde un nuevo marco teórico de referencia— supuso el resquebrajamiento del sistema (*cf.* apartado 2).

La nueva situación da lugar a una evaluación más libre de las «pruebas» de contacto entre ambos extremos del Mediterráneo. Así «el comercio no puede ser asumido; tiene que ser demostrado» (Renfrew, 1969, p. 52). Se abren diversas líneas de investigación encaminadas al estudio de los procesos económicos y sociales que actúan en las culturas del Egeo y de la Europa templada. El resultado es una lectura histórica que da por sentada la fundamental independencia de las mismas durante el Calcolítico y las primeras fases de la Edad del Bronce (*cf.* apartado III.4.2 de este capítulo).

Una vez asumido que «los sincronismos a larga distancia sobre la base de semejanzas formales, ya no son aceptables» (Renfrew, 1979a, p. 118), se asigna a los métodos de datación absoluta «la solución, en

¹³ Véanse notas 9 y 11.

último término, de las principales controversias sobre contacto entre culturas» (Coles y Harding, 1979, p. 538).

Ello no significa que se hayan resuelto todos los problemas. Las fechas radiocarbónicas sólo en un sentido «relativo» pueden considerarse «absolutas». A las discordancias importantes entre fechas históricas (Egipto) y radiocarbónicas en ciertas regiones europeas¹⁴ —que se han intentado solventar mediante las calibraciones— se añaden las diferencias en la precisión de medida según laboratorios, muestras y condiciones de su obtención, etc. Así, siguiendo a Klein y otros (1982, cit. por Case, 1987, p. 115), «la mejor precisión histórica que uno puede dar generalmente en la actualidad [...] a acontecimientos del cuarto, tercero y segundo milenios a.C. es de lapsos en torno a un cuarto de milenio».

Por otra parte, existen otras cuestiones de fondo derivadas de la prelación de la cronología arqueológica respecto a la radiocarbónica. Kristiansen (1987, p. 48, n. 5) advierte, por ejemplo, que quienes se fundamentan en estas últimas han escogido una vía fácil que obvia «los principios metodológicos de la tipología, [...] básicos para cualquier solución arqueológica del problema» de las influencias, micénicas en este caso. En realidad, «asegurar la significación de los datos en términos arqueológicos e histórico-culturales [requiere] análisis metodológicos rigurosos de contextos culturales y cronológicos internacionales, regionales y locales» y, sobre todo, «una idea teórica acerca de la naturaleza del marco estructural dentro del cual esos procesos históricos estaban operando» (*ibidem*).

Ahora bien, ese tipo de cuestiones (*cf.* apartado II de este capítulo)

¹⁴ A. F. Harding (1980*b*, pp. 182 y 185) observa que «en el Egeo hay serias dificultades para reconciliar las fechas históricas (derivadas de Egipto), calibradas por dendrocronología y calibradas con Egipto». En su opinión, en esa región «los problemas de datación radiocarbónica son actualmente insolubles».

C. Renfrew (1979*b*, p. 256), por el contrario, cree que «las fechas del Egeo, calculadas con carbono 14, parecían demasiado recientes, pero después de la calibración coinciden bastante».

En este caso, además de los problemas inherentes al método del carbono 14, no hay que olvidar las dudas que plantea la propia cronología histórica del Imperio Antiguo egipcio (Mellaart, 1979).

En Europa central, en cambio, A. F. Harding (1980*b*, p. 185) piensa que «las fechas de radiocarbono concuerdan con el marco de la cronología histórica tradicional». Incluso confía en que (Harding, 1980*a*, p. 126) dichas fechas «reemplazarán el raquítico marco de la cronología relativa, que ha sido tan cuidadosamente construido» en todos estos años, y de cuya confusión doy cuenta insistentemente.

deben tenerse en cuenta sea cual fuere el procedimiento de datación al uso. En ese sentido, me parece que, en términos generales y, dada la escasez de auténticas importaciones y la dificultad de precisar el período en que están en circulación, el nuevo sistema cronológico es susceptible de una evaluación más objetiva que el recurso a «semejanzas» y «paralelos» a larga distancia. Por otra parte, la investigación físico-química continúa. Cabe esperar, pues, que en un futuro próximo se consiga mayor precisión en las fechas obtenidas. Todo ello unido a una ampliación del *corpus* de dataciones actualmente disponible a épocas y regiones todavía insuficientemente representadas proporcionará, pienso, un marco cronológico más amplio y seguro que el de base tipológica tradicional.

Los primeros intentos en este sentido, que conozco, se deben a J. M. Coles y A. F. Harding (1979, pp. VII-VIII)¹⁵. En su obra *The Bronze Age in Europe* tratan de superar

las dificultades de relacionar las divisiones cronológicas, tal y como están concebidas en muchas áreas, ignorando las minucias de periodos, horizontes, fases y grupos (salvo cuando son apropiadas para los capítulos individuales) y adoptando una arbitraria Edad del Bronce Antigua y Edad del Bronce Final [...] para cada área; para ello [emplean] una combinación de fechas radiocarbónicas, esquemas de periodización y estratigrafías, donde están disponibles; la aparición de los Urnfields en Europa central se [toma] como un indicador importante del inicio de la Edad del Bronce Final.

Las bases de esta forma de proceder (*ibidem*, p. 1) se encuentran en la reconocida dificultad de separar la Edad del Bronce de los desarrollos prehistóricos precedentes y subsiguientes, cuando se profundiza en la evidencia cultural y medioambiental. Se escoge el 2000 a.C. como inicio general del período (*ibidem*, pp. 213-214) y, para Europa occidental, «un punto en el tiempo fechado por radiocarbono hacia c. 1700 a.C.» que marca «el comienzo de una industria del trabajo del bronce consolidada, el surgimiento de una cerámica de la Edad del Bronce local a partir de tradiciones neolíticas y campani-

¹⁵ P. Phillips (1981, pp. 27 y 190) en su obra *The Prehistory of Europe* ha situado el desarrollo de la Edad del Bronce europea entre «2500 y 1250 A.C.» (carbono 14 calibrado). No voy a comentarla aquí, a pesar de su empleo de una cronología absoluta, por la falta de unos criterios explícitos de diferenciación del Neolítico final, Calcolítico y Edad del Bronce (*ibidem*, pp. 186-201).

formas y [...] de modelos de uso de la tierra y de asentamientos no aparecidos antes de forma duradera».

El límite con la Edad del Hierro (*ibidem*, pp. 534 y 539) se sitúa de forma convencional en torno al 700 a.C., momento en que «el conocimiento del hierro y la búsqueda del mineral de hierro era ya de una importancia crucial en la mayor parte de Europa».

El «final del II milenio a. de C.» (*ibidem*, pp. 459-460) se emplea como división arbitraria entre las dos fases de la Edad del Bronce, establecidas por los autores. El inicio de la Edad del Bronce Final en la Europa atlántica tiene que apoyarse, de nuevo, en las dataciones radiocarbónicas, «por la ausencia de cualquier cambio cultural importante». Como sabemos:

En otras partes, la aparición de los verdaderos Urnfields proporciona una referencia, pero en Europa occidental este fenómeno está ausente, y las «influencias» Urnfield son vagas, elusivas y arqueológicamente indefinibles. La evidencia de una continuidad durante toda la Edad del Bronce es intensa [...]. Las economías de subsistencia, los modelos de asentamiento y las actividades industriales de toda la Europa atlántica permanecen como antes, con pequeñas alteraciones en áreas y énfasis. Las prácticas de enterramiento tampoco se alteran sustancialmente excepto en algunas regiones donde los métodos de deposición de los muertos se hacen más invisibles arqueológicamente.

Uno de los aspectos que más me interesa destacar de la obra de J. M. Coles y A. F. Harding (*ibidem*, pp. 1-3), en relación con el tema del libro, es la exclusión de las fases iniciales (precampaniformes y campaniformes) de la metalurgia del cobre de su definición de la Edad del Bronce.

A su juicio, las poblaciones neolíticas europeas, que ocupaban territorios donde la aparición del cobre en superficie era muy obvia, produjeron tal cantidad de útiles metálicos que resulta más apropiado incluirlos en el «Calcolítico» que en el «Neolítico final» (*ibidem*, p. 1). Reconocen que rasgos como la construcción de aldeas fortificadas, la situación de muchos asentamientos cerca de depósitos de mineral de cobre, la evidencia de metalurgia local o el «parecido general de los conjuntos industriales totales, en regiones como Europa central», hacen mínimas las diferencias entre la Edad del Cobre y la Edad del Bronce tradicional (*ibidem*, y p. 2). Aun así, creen factible establecer una línea entre esa «Edad del Metal Incipiente» («Calcolítico», «Eneolítico») y la «Edad del Metal Plena» («Edad del Bronce») «al

margen de las aleaciones que realmente se usen». Estas últimas pueden proporcionar una ayuda suplementaria para tal distinción, ya que «los primeros objetos hechos de bronce-estaño, junto con los primeros moldes de dos piezas, pueden constituir unos "termini ante quos" generales para la Edad del Bronce» (*ibidem*, p. 3). Pero «el criterio de una Edad del Metal debe ser que la mayoría de sus útiles y armas y, al menos, algunos de sus adornos sean de metal», así como que «existan pruebas de extracción extensiva y local de mineral, así como de trabajo del metal» (*ibidem*, p. 2).

Ambos factores se consideran estrechamente relacionados: «la minería extensiva del cobre [...] es en Europa central el concomitante, si no realmente la causa, del desarrollo de la Edad del Bronce» en el área (*ibidem*).

El problema se plantea, como es lógico, a la hora de cuantificar los términos «mayoría» y «algunos»:

Es interesante, aunque quizá infructuoso, especular sobre la cifra de porcentaje absoluto que debería requerirse para un *standard* objetivo, mediante el cual juzgar una cultura «Edad del Metal Incipiente», más que «Edad del Metal Plena». Sin duda se obtendrían cifras distintas para las diferentes áreas y, en cualquier caso, dependerían del tipo de hallazgos que se tuviera en cuenta (sólo escondrijos, tumbas, etc.). Teóricamente sería conveniente imaginar un 50% de metal en el caso de las tumbas (más del 50% del contenido no cerámico), pero los numerosos hallazgos «ametálicos» de la Edad del Bronce harían esto imposible. Alguna estimación de ese tipo combinada con un «coeficiente de escondrijos» podía ser más satisfactorio (*ibidem*, p. 17, n. 1).

Quizá por esta dificultad de fijar la «Edad del Metal Plena» acudiendo al número de objetos metálicos encontrados, los autores proponen contar con la ayuda suplementaria de los análisis metalográficos (distinción cobre puro y aleado) o tipológicos (presencia de moldes bivalvos).

La trascendencia que J. M. Coles y A. F. Harding atribuyen a esa fase concreta del desarrollo metalúrgico —determinada cuantitativa, más que cualitativamente (aleaciones)— como base de la periodización, explica que las fechas para el inicio de la Edad del Bronce resulten bastante tardías, en especial en Europa occidental (c. 1700 a.C.).

Esta decisión pone de manifiesto la dependencia de toda definición de la Edad del Bronce de la *significación que se conceda a la metalurgia*, entendiéndolo por ello las implicaciones tecnológicas y cultu-

rales en sentido amplio, que se achacan tanto a su aparición, como a cada uno de los momentos de su evolución.

III.4. *El papel asignado a la metalurgia*

III.4.1. Significación de la metalurgia desde el punto de vista tecnológico

Los investigadores, en mayor o menos grado (Renfrew, 1979a; Sherratt, 1976), consideran el metal una materia prima ventajosa con respecto a la piedra, el hueso o la madera. «En primer lugar, es intrínsecamente superior en algunos aspectos: más duro, susceptible de un borde más fino, más duradero. En segundo lugar, al ser maleable y fundible, puede dar lugar a nuevos tipos o géneros de instrumentos y a traducciones más directas de formas anteriores» (Childe, 1944, p. 9).

Finalmente, permite la recuperación de las piezas rotas o gastadas mediante el empleo del crisol o del martillo (Coles y Harding, 1979, p. 8), facilita la obtención por colado de formas imposibles en piedra, madera o hueso y la única limitación al tamaño de los objetos producidos viene dada por la habilidad y deseos del artesano (Miliusauskas, 1978, p. 207).

Existen divergencias mucho más profundas, en cambio, en dos aspectos conectados pero de alcance desigual. Uno se refiere a la definición e identificación arqueológica de las prácticas que pueden considerarse propiamente metalúrgicas. El otro remite a la discusión de las implicaciones del cambio tecnológico (Kristiansen, 1987, p. 30), una vez asumido que los objetos metálicos son efecto del mismo.

La convicción de que hay una interrelación entre la tecnología de cualquier grupo humano y los restantes factores que configuran su contexto cultural se encuentra en la base de la investigación de la mayor parte de los prehistoriadores¹⁶. Sin embargo «nexo» no implica «causación». Así, mientras Gordon Childe sostiene la corresponden-

¹⁶ Sólo he encontrado un texto en que no es así: «el Calcolítico, probablemente preocupado sólo por el perfeccionamiento de las técnicas metalúrgicas, no innova en el campo de las costumbres» (Arnal y Prades, 1959, p. 132). Repárese en la forma «personalizada» que los autores emplean para referirse a un período. Es una expresión extrema de la posición «realista» en relación con la periodización.

cia entre un nivel tecnológico particular y una forma definida de economía y sociedad (McNairn, 1980, p. 83), Renfrew (1986, p. 145) destaca el significativo retraso que puede haber entre la puesta en práctica de una técnica básica y su significación económica y productiva.

La mayoría de los esfuerzos han ido destinados a solventar el primero de los aspectos vinculados con la trascendencia de la metalurgia entendiéndose que, de ese modo, se quedaba al margen del debate teórico. En realidad, como es fácilmente deducible, se estaba asumiendo implícitamente la primera de las posiciones definidas por Sherratt (1976).

Se han valorado, a grandes rasgos, los requisitos que constituyen la infraestructura imprescindible para la aparición de la metalurgia (Clark, 1980, p. 182) y las necesidades que lleva consigo su puesta en práctica (Maluquer de Motes, 1976, pp. V-VI).

Son varios los autores (Milisauskas, 1978, p. 208; Coles y Harding, 1979, p. 214; Renfrew, 1979a, pp. 191-192; Coles, 1976, pp. 15-19) que opinan que la *infraestructura técnica exigida para el desenvolvimiento de la metalurgia* estaba ya implantada en el IV milenio y comienzos del III en contextos del neolítico avanzado de diversos países europeos. Dicha infraestructura comprendía:

- a) conocimiento de las propiedades de las rocas disponibles, de cara a someterlas a los distintos tipos de tratamientos;
- b) dominio de las actividades extractivas;
- c) empleo de las técnicas de percusión, pulimentación, procesado por calor o mediante piedra de amolar;
- d) hornos de cocción de cerámica que permitían alcanzar las temperaturas requeridas para la fusión de metales no férreos, y
- e) sistema de intercambio y comercio de productos elaborados (por ejemplo, hachas pulimentadas y otras rocas de ciertos tipos de sílex).

Esto significa, según J. M. Coles (1976, p. 23), que los orígenes de la metalurgia no implican un «dramático paso hacia adelante en la tecnología prehistórica». Los ajustes que debieron producirse en la sociedad «para aceptar y adoptar la nueva tecnología [...], debieron ser absolutamente mínimos: los artesanos especialistas, la pirotecnología, el intercambio y comercio existían ya» (*ibidem*).

La especificidad de la metalurgia, en comparación con las industrias líticas y cerámicas previas, era su carácter de «primer proceso económico importante que implicó una compleja organización de

producción y distribución» (Coles, 1981, p. 96). Que esa diferencia se considere «de grado» (*idem*, 1976, p. 23) o fundamental dependerá tanto de la existencia de minerales potencialmente explotables en la zona de estudio como de la posición del investigador en relación con el significado del comercio (apartado III.4.2 de este capítulo).

El empleo del término «potencial» es importante ya que resulta difícil, si no imposible, la relación directa entre «los depósitos precisos que se conocen hoy o que existieron en un pasado reciente» con las menas prehistóricas. No sólo éstas pudieron agotarse ya entonces sino que, aun en el caso de que hubieran llegado hasta nosotros, sería complicado su reconocimiento por los procedimientos analíticos al uso (*cf. infra* discusión sobre las limitaciones de los análisis metalográficos) y, consiguientemente, la datación de su explotación. La composición isotópica del plomo de las muestras metálicas abre un amplio campo en este terreno. Ahora bien, se trata de una técnica puesta en práctica a comienzos de los ochenta: sus resultados son todavía escasos y, por ello, de evaluación problemática sin contar con que, donde las menas tengan una edad geológica similar, se requiere el concurso de otros análisis para intentar la identificación (Stos-Gale, Gale y Zwicker, 1986, pp. 127-128)¹⁷.

La «potencialidad» de una metalurgia autóctona puede evaluarse en cualquier región europea a partir de la dispersión actual de los recursos mineros y, en especial, como es lógico, de la correspondiente a los depósitos de cobre nativo porque «geológicamente es muy improbable que hubiera menas en la superficie y nada debajo» (Stos-Gale en Stos-Gale y Gale, 1984, p. 64).

El cobre tiene una amplia distribución con hallazgos seguros, incluso hoy día (Coghlan, 1951*a*, p. 13; *idem*, 1951*b*, p. 90). En el caso europeo los depósitos se encuentran en Inglaterra (Cornualles), Escocia (Renfrew), Irlanda (Co. Wiclów), Francia, Hungría, Alemania central, Rusia (Urales), España, Noruega y las Féroes (Naalsole). Hay igualmente grandes probabilidades de que las regiones que en la actualidad sólo ofrecen mineral de cobre hubieran dispuesto de cobre nativo incluso en superficie. Así el cobre nativo, y la consiguiente posibilidad de un desarrollo metalúrgico autóctono, pudo haber tenido en la Prehistoria europea una importancia muy superior a la que se deriva de las cantidades y distribución que hoy conocemos.

El estaño, en cambio, está mucho más restringido (costas atlánti-

¹⁷ Agradezco a M. Ruiz Parra el acceso a la obra de estos autores.

cas, montañas Ore de Bohemia y noroeste de Italia) (Coles y Harding, 1979, p. 8)¹⁸ y la identificación de sus menas es más difícil (Muhly, 1973, p. 170). En consecuencia, averiguar la extensión de las mismas en el territorio europeo durante la Edad del Bronce resulta complejo.

Hasta aquí se ha descrito la infraestructura imprescindible para la aparición de la metalurgia. La exposición de las diversas fases de esta actividad industrial, desde el descubrimiento del cobre a la transición al bronce y otras aleaciones, permitirá ponerla en relación con el segundo grupo de factores, al que aludía: *las necesidades que lleva consigo su implantación*.

H. H. Coghlan (1951a, pp. 19-20, 28-29 y 42; *idem*, 1951b, pp. 91-92) establece la siguiente secuencia teórica de estadios metalúrgicos:

A. *Primer uso del cobre nativo*

Consiste en el martillado en frío y, en su caso, afilado del cobre nativo que aparece en la naturaleza en formaciones laminares y arborescentes. Estos procedimientos permiten obtener piezas muy simples, especialmente seleccionadas, como punzones, alfileres, etc.

En un segundo momento se introduce una mejora técnica todavía muy limitada: la aplicación de calor al cobre para ablandarlo (recocido). Ello permitía trabajarlo mucho más fácilmente. Así, pueden fabricarse piezas de mayor envergadura, como lanzas, pequeñas hachas, cinceles, etc., a partir de nódulos de gran tamaño de cobre nativo.

B. *Descubrimiento de que el cobre metal podía ser fundido*

El paso del metal al estado líquido «fue un descubrimiento que seguiría de forma natural al recocido, ya que habría habido una ten-

¹⁸ J. D. Muhly (1973, pp. 251-256) menciona la aparición en la actualidad de depósitos de estaño en Cornualles y Devon (Gran Bretaña); en la zona oriental de Portugal (cerca de Belmonte) y nororiental española (Galicia); en el departamento de Morbihan y en el curso inferior del Loira (Bretaña francesa); Cerdeña y Toscana (Italia); Sajonia (Alemania) y Bohemia (Checoslovaquia). Ahora bien, no todos ellos eran susceptibles de explotación con la tecnología disponible en la Edad del Bronce. Así, por ejemplo, en su opinión (*ibidem*, p. 256), los recursos de Erzgebirge (entre Sajonia y Bohemia), «depósitos hidrotermales en venas de roca granítica habrían sido completamente inaccesibles a los metalúrgicos de la Edad del Bronce. Esto parece excluir Erzgebirge como una posible fuente de estaño en la Edad del Bronce».

dencia natural a aumentar la temperatura del horno para ver si el mayor calor volvía el cobre todavía más fácil de trabajar hasta que, al final, se alcanzó una temperatura suficiente para fundir el metal» (Coghlan, 1951*b*, p. 91).

Este estadio se identifica por la aparición de piezas fundidas de forma simple, hechas en moldes abiertos o univalvos provistos de una tapa. Como el simple proceso de fundido precedió a la operación más compleja de reducción de los minerales, se deduce que los primeros objetos de este estadio tienen que haber sido hechos de cobre nativo.

C. *Descubrimiento de la reducción del mineral y aparición de la verdadera metalurgia*

Puede considerarse «un proceso lógico derivado del de fusión del cobre nativo» (Coghlan, 1951*a*, p. 23). El artesano no se habría preocupado

de separar las partículas de cobre de los minerales adheridos, confiando en el proceso de fusión para lograr la separación. [No le habría pasado desapercibido que] el producto final parecía contener más cobre que el que parecía haber en el material original, [ni tampoco que] el mineral adherido había sufrido un cambio durante la operación. [Esto le llevaría a calentar el mineral,] siendo premiado, en algunos casos, con la obtención de metal a partir de lo que obviamente no lo era [Reed, 1934, p. 383; cit. por Coghlan, 1951*a*, p. 22].

Esta fase, la más importante de todas, está definida por una gran expansión en el volumen de cobre producido. Ello se debe a los valiosos depósitos de mineral de cobre ahora disponibles para el fundidor. El estadio está también marcado por la aparición de piezas fundidas de forma más compleja, producidas en moldes bivalvos y a veces, incluso compuestos.

D. *Transición al bronce y otras aleaciones*

H. H. Coghlan (1951*a*, pp. 23-24; también en Rauret, 1976, pp. 36-39) sostiene que «antes de discutir cualquier teoría sobre el modo de descubrimiento se debería poner en claro qué se entiende por bronce. En el moderno sentido del término, bronce es una aleación cobre-estaño». La composición ideal del bronce antiguo giraba en torno a una aleación más o menos estándar de un 10%.

En relación con el metal prehistórico hay que hacer una distinción importante entre bronce intencionales y «accidentales», siendo los segundos los que se producen «al emplear minerales extraídos de filones en los que el estaño estaba asociado con el cobre, un hecho no infrecuente».

El bronce no parece haberse descubierto mucho después de que se conociera cómo obtener cobre por medio de la reducción de sus minerales, [por lo que] hay que considerar la posibilidad de que el conocimiento del bronce pudiera haber sido adquirido a partir de una fusión accidental de una combinación de mineral de cobre y mineral de estaño [...], produciendo así un bronce pobre y variable. Las ventajas, incluso de un bronce pobre, pronto habrían sido advertidas, [a la vez que su color y su sonido en el forjado permitirían distinguirlo del cobre]. A lo largo del tiempo se habría apreciado que estaban siendo fundidos dos tipos distintos de mineral y que la mejora en el metal para propósitos instrumentales era debida sólo a la presencia del mineral de estaño.

Otras aleaciones (arsénico, antimonio, plomo, zinc) empleadas en la antigüedad, en opinión del autor (Coghlan, 1951a, pp. 25-29) «no fueron en general de mucha importancia y se debieron *normalmente* a la presencia de alguna impureza característica en el cobre, más que a algún deseo por parte del fundidor» (énfasis mío)¹⁹.

Este último estadio es, como el C, de gran trascendencia: la técnica de fundición está mucho más en alza por la introducción de nuevo material. Dicho material, en el caso de la aleación cobre-estaño (*ibidem*, pp. 43-45) permite obtener piezas más duras y resistentes que las de cobre no aleado (siempre que no contengan impurezas de plomo) y, más discutiblemente²⁰, rebajar el punto de fusión. A su vez, la presencia de arsénico y antimonio en cantidad apreciable (3-4%) endurece el cobre, pero lo hace quebradizo.

¹⁹ La «adición deliberada de un mineral rico en arsénico al cobre» ha quedado en evidencia de modo «casi concluyente», por ejemplo, en el yacimiento millarenses del Malagón (Cúllar-Baza, Granada) (Hook *et al.*, 1987, p. 149).

²⁰ Se pensó que la adición de estaño al cobre hacía bajar el punto de fusión pero, en realidad, este descenso no era suficiente para que tuviera gran importancia, en el caso de la aleación prehistórica estándar (en torno a un 10% de estaño). «Por ejemplo:

Cobre puro funde a 1085 °C.

Cobre con 8% de estaño funde a 1020 °C.

Cobre con 13% de estaño funde a 980 °C.

Cobre con 25% de estaño funde a 800 °C» (Coghlan, 1951a, p. 44).

Se exponen a continuación las limitaciones y posibilidades de algunos de los procedimientos que se pueden arbitrar en la actualidad para definir los distintos estadios. A mi entender, el interés del intento estriba en que su secuencia puede servir como marco de referencia convencional, útil para la discusión posterior de las posiciones de los prehistoriadores en relación con la significación de la metalurgia. Además permite valorar las necesidades que lleva consigo la implantación de esa actividad individualizadas por «Estadios» —con la consiguiente precisión en el análisis— primero las de tipo técnico y luego las que corresponden a los restantes aspectos culturales.

El reconocimiento del estadio técnico al que pertenece un objeto metálico cualquiera puede lograrse mediante análisis metalúrgicos (químicos, espectrográficos y metalográficos) (García Carcedo, 1984) y a partir del registro arqueológico (datos tipológicos o de contexto).

Dejando al margen, de momento, el interés por determinar la procedencia de las piezas metálicas, el objetivo que se pretende al analizar las que pertenecen al comienzo de la metalurgia es doble:

— distinguir el cobre nativo, trabajado en estado natural, del cobre puro obtenido por fundición de metal o mineral. Es decir, individualizar los Estadios A, B y C;

— identificar el bronce intencional y «accidental» (Estadio D).

La consecución del primero de ellos está limitada por la frecuente combinación de varios procedimientos técnicos (Coghlan, 1951a, pp. 35-38; *idem*, 1951a, p. 92):

- I. El metal se ha trabajado en frío por martillado.
- II. El metal se ha trabajado por forja en caliente o por trabajo en frío, combinado con recocido.
- III. El metal ha sido fundido y moldeado, aplicándose el trabajo en frío para endurecer los bordes.

I. Este procedimiento puede identificarse, porque el metal puro presenta una microestructura de granos cristalizados, así como carencia de óxido cúprico. Este óxido tiende a aparecer, en cierta cantidad, en metales fundidos y reducidos.

II. El recocido elimina la estructura original por recristalización, al tiempo que la forja en caliente produce una cierta cantidad de óxido cúprico. Ahora bien, cabe reconocer la primera por la estructura en maclas y la segunda por la concentración del óxido justo bajo la superficie.

III. El problema fundamental es que existen algunos minerales de cobre, cuya pureza se acerca o iguala la del cobre nativo. Desde un punto de vista teórico, «cualquier cobre producido por fusión, incluso en el caso de que se haya obtenido de minerales muy puros [...] como malaquita, azurita [...], siempre contendrá trazas o pequeñas cantidades de metales extraños». Ahora bien, una pureza de 99,76% podría indicar que los objetos se han obtenido tanto a partir de cobre nativo fundido, como de mineral de cobre reducido. Ello pone de manifiesto la necesidad de «aumentar considerablemente el trabajo y la colaboración estrecha entre arqueólogos, metalúrgicos y geólogos, para poder tener una idea sobre este problema».

Los contenidos en óxido cúprico y sulfuro pueden resultar algo más orientativos. Ya se ha indicado que el primero está ausente del cobre nativo trabajado en estado natural. Aparece en un contenido muy bajo, cuando se derrite en un crisol cubierto por carbón y aumenta mucho, si se funde en horno. A su vez, la presencia de sulfuro, en cantidad apreciable, indica que las piezas han sido fundidas.

La distinción entre este «Estadio B» y el «C» podría establecerse, consiguientemente, por la aparición de impurezas, junto a contenidos significativos de óxido cúprico y sulfuro, en los objetos metálicos.

En conclusión, H. H. Coghlan cree factible llegar a identificar los tres primeros estadios técnicos del desarrollo metalúrgico, acudiendo sólo a los análisis metalúrgicos. Tal conclusión es optimista, máxime si se piensa que los resultados obtenidos a partir de ellos pueden completarse con la información derivada de la propia morfología y tamaño de los productos fabricados (*cf. supra*). No hay que olvidar, sin embargo, que se trata de una posibilidad, ya que todavía estamos lejos de poder definir «la importancia del metal nativo para la evolución de la metalurgia prehistórica» (Coghlan, 1951*b*, p. 93).

La distinción entre un bronce intencional y «accidental» resulta mucho más conflictiva. Algunas dificultades derivan de las técnicas analíticas empleadas y otras de las características de las menas o de las transformaciones sufridas por la composición de las piezas durante o tras el proceso de reducción y fabricación.

«Las técnicas analíticas pueden variar y producir resultados diferentes» (Coles y Harding, 1979, p. 13), de modo que «los análisis realizados por laboratorios diferentes no son mutuamente intercambiables». Todavía tiene más trascendencia «el estado físico del objeto que va a ser analizado [...]. Los diversos grados de corrosión u oxi-

dación alterarán la composición química de los objetos que se registre en el laboratorio. También la forma en que el objeto es limpiado antes de la prueba influirá en los datos que se obtengan». Finalmente, «como en el caso de las determinaciones de radiocarbono», el resultado «es en gran medida una cuestión de seguridad en el conteo» (*ibidem*).

Todo ello aconseja disponer de un muestreo amplio. «Un análisis de un objeto, de un yacimiento nos dice muy poco sobre la metalurgia de esa área» (Muhly, 1973, p. 340).

En cuanto a las menas: «los metales de cobre contienen a menudo estaño, plomo, antimonio, arsénico y cinc [...] impurezas contenidas ya por el propio mineral en el yacimiento explotado y que el fundidor ha sido incapaz de reducir [...] la proporción mayor o menor de una de estas impurezas estará en relación con las impurezas existentes en el yacimiento y con la propia capacidad del metalúrgico» (Rauret, 1976, p. 37).

En el caso del cobre, por ejemplo, R. F. Tylecote (1970, p. 19) señala «una tendencia a recuperar elementos que se comportan como el cobre al fundirse, tales como arsénico, bismuto y, en menor medida, níquel y plomo».

La conclusión inmediata es que la proporción de impurezas en un objeto cualquiera, puede responder tanto a una aleación intencional como a la impericia del artesano. En este sentido, el dato cuantitativo puede ser poco significativo para la distinción entre bronce intencional y «accidental».

Pero, además de esas variaciones en la composición, debidas al procesado de la muestra en el laboratorio, así como al carácter del mineral disponible o seleccionado por los mineros prehistóricos, existen, como indicamos, otras producidas durante la fundición (Butler y Van der Waals, 1964, p. 12; Boomert, 1975, p. 134, n. 3; Coles y Harding, 1979, p. 13). Aquí los cambios se deben a los diversos métodos de refinado, procesado y moldeado que se pueden emplear y al tipo de atmósfera existente en el momento de la fusión, reducción o moldeado.

P. Phillips (1981, p. 194) alude a la «posible segregación de bismuto, plomo, y níquel, durante el calentado». Es decir, a la eventualidad de que «masas» de esos elementos aparezcan en distintas zonas del artefacto, debido a las variaciones en la velocidad de enfriamiento del metal, según la parte del objeto de que se trate. Estos efectos de segregación llevan a A. Boomert (1975, p. 136, n. 7) a plantearse «has-

ta qué punto una sola muestra es suficiente para clasificar un artefacto».

Ahora bien, según A. M.^a Rauret (1976, pp. 37-38; también en Muhly, 1973, p. 341), «de todas las dificultades, que se han comentado en relación con la identificación de la composición metalográfica de los bronceos, la más grave y prácticamente insoluble» es la derivada de la actividad de los «chattereros dedicados a la fundición de piezas ya amortizadas». Como consecuencia de ella, «las piezas fundidas tendrán propiedades nuevas y su contenido estará en relación con el de la totalidad de las piezas fundidas, lo que desfigurará cualquier posibilidad de identificación». Por el contrario, R. F. Tylecote (1970, p. 19) cree que «la cantidad de material reutilizado secundariamente era desdeñable».

En definitiva, los análisis metalúrgicos no permiten diferenciar con precisión los «Estadios C y D» (Coghlan, 1951a, p. 38). Los distintos factores que intervienen en la composición del objeto, desde que se seleccionó la materia prima hasta que llegó a nosotros, afectan no sólo la cualidad, sino también la cantidad de los elementos representados. Ello implica que el «Estadio D», la «Edad del Bronce» en sentido estricto, deba definirse básicamente a partir de datos tipológicos y de contexto arqueológico. Como hacía notar J. D. Muhly (1973, p. 341): «En general, las conclusiones históricas basadas en la evidencia metalúrgica son, hasta ahora, muy poco impresionantes».

III.4.2. La metalurgia y su vinculación con el comercio

Las dificultades para lograr una valoración de la metalurgia a partir de criterios tecnológicos centra, de nuevo, la discusión en torno a la significación cultural de esa actividad. La situación es muy variable. En Centroeuropa la explotación del cobre, iniciada desde el Neolítico final (Coles y Harding, 1979, pp. 1-2), se desarrolla ininterrumpida y crecientemente a lo largo de la Edad de Bronce. Por el contrario, en los Balcanes las importantes culturas calcolíticas no se prolongan en el período siguiente (Renfrew, 1986, p. 155). Entretanto, los grupos de la Europa septentrional, carentes de recursos mineros propios, vinculan su extraordinaria industria metalúrgica con los intercambios comerciales (Coles, 1981, p. 100).

Esa diversidad de circunstancias —de la que sólo se han puesto algunos ejemplos— se relaciona, en parte, con el estadio técnico y,

en parte, con la cercanía de las fuentes de aprovisionamiento de mineral.

El uso de cobre durante el «Estadio A» no supone ninguna transformación técnica significativa. El metal se trabaja como si se tratase de un nuevo tipo de roca, con una tecnología extremadamente limitada, propia de la Edad de la Piedra. Ni siquiera cabría hablar en ese momento de un descubrimiento propiamente metalúrgico, por mucho que su aparición «llevara con el tiempo al nacimiento de la verdadera metalurgia» (Coghlan, 1951*b*, pp. 90-91; también en *idem*, 1951*a*, pp. 28-29).

Pese a ello, algunos autores no dejan de otorgar una trascendencia propia al primer empleo del metal más allá de su influencia en el proceso que conducirá a la metalurgia. Así el simple martillado del cobre nativo para hacer pequeños adornos no tendría «una significación económica seria» (Clark, 1974, p. 164). Ahora bien, donde «fue- ra suficientemente abundante y accesible», pudieron producirse «útiles de influencia real en la transformación de la vida económica» sin el recurso a «algún proceso distintivamente metalúrgico» (*ibidem*, y también en Childe, 1944, pp. 9-10).

Los «Estadios B y C» no han sido objeto de ninguna atención especial en la periodización subsumiéndolos, implícitamente, en el «A». Por el contrario, al «Estadio D» se le viene concediendo una significación cultural propia tanto por su vinculación, ahora sí, con una auténtica innovación tecnológica como con el atesoramiento y el comercio. Según Coles (1981, p. 99; también en Maluquer de Motes, 1976, p. VI), «el punto esencial del bronce —por oposición a todos los demás materiales— era que las sociedades de la Edad del Bronce podían, a la vez, almacenar sus existencias de artefactos y metal y acumular una “riqueza” en metal de una manera que había sido inaccesible a las comunidades previas por la posibilidad de refundición de las piezas».

Clark (1974, pp. 193-194; también en 256), por su parte, expresa con claridad el estado de opinión más común a propósito del nexo entre comercio y metalurgia del bronce. Es posible que la producción de bronce-estaño artificial apareciera primero en regiones

donde el bronce natural y los constituyentes del bronce artificial coexistieron [...]. Pero aunque pudiera haber sido así, es cierto que en la mayor parte de Europa la manufactura del bronce dependió de un comercio organizado de uno y, a menudo, los dos principales componentes. Así la amplitud con

la que las comunidades emplearon el cobre, las aleaciones artificiales o naturales dependió en parte del carácter de las menas disponibles localmente [...], pero en gran medida del alcance y carácter de sus conexiones comerciales.

Así la capacidad de inducción del cambio cultural, atribuida previamente al empleo generalizado de instrumentos de cobre, se asigna en este estadio al comercio de metal. Representaría «el primer comercio de impacto político y económico significativo. Hacia la mitad del tercer milenio produjo la primera gran era de comercio internacional» (Muhly, 1973, pp. 168-169).

Esa interpretación cuenta con sólidos fundamentos arqueológicos en regiones como la septentrional (Coles y Harding, 1979, p. 281; Kristiansen, 1987)²¹. Sin embargo su generalización al conjunto de los territorios europeos durante la Edad del Bronce, como se verá, desestima las advertencias en contra de una asunción del comercio sin una previa demostración del mismo (Renfrew, 1969, p. 152).

La atención prestada tradicionalmente al estudio de esta actividad está sobradamente justificada por «su doble condición: indicador, para nosotros hoy, de que el contacto intercultural estaba teniendo lugar y motivo primordial, entre los grupos prehistóricos, para tal contacto» (*ibidem*, p. 151).

Hasta la renovación nuevo arqueológica la primera de ellas era la fundamental o exclusivamente valorada. Interesaba el establecimiento de secuencias cruzadas y responder a las cuestiones difusionistas clásicas (Schortman y Urban, 1987, p. 49). Desde entonces, como se sabe, se tienen ambas en cuenta completando el habitual estudio tipológico especializado (Coles y Harding, 1979, p. 12) con los análisis de los objetos intercambiados y sus posibles áreas fuente «para averiguar la realidad de los contactos» (Schortman y Urban, 1987, página 49).

La fiabilidad de una definición de las rutas comerciales a partir de la tipología depende de que se sopesen diversos aspectos (Coles y Harding, 1979, p. 12):

²¹ El metal, obtenido en la montañas Harz y Ore, a 300 km de las costas bálticas, se intercambiaba por ámbar y pieles (Kristiansen, 1987, p. 36) y quizá cereales, ganado, animales marinos, pescado ahumado y esclavos procedentes de incursiones contra los grupos de cazadores-recolectores situados más al norte. «Sin embargo de todas esas posibles mercancías, sólo el ámbar puede haber sobrevivido de una forma identificable en las áreas receptoras» (Coles y Harding, 1979, p. 281).

a. Las distribuciones conocidas están sesgadas por la falta de uniformidad en los descubrimientos y la disparidad en el grado de desarrollo de la investigación, el reconocimiento y la conservación de la evidencia en las distintas áreas.

b. La deposición de los materiales puede deberse a razones muy diferentes y las «simples comparaciones no corregidas entre lugares de hallazgos pueden ser totalmente injustificadas». J. M. Coles y A. F. Harding (*ibidem*; también en Phillips, 1981, pp. 199-201) señalan entre ellas:

	<i>áreas locales</i>	<i>áreas foráneas</i>
Uso contemporáneo	en tumbas	regalo
	en depósitos votivos	botín
	perdidos durante el uso	tributo
	desechados	intercambio o venta
	abandonados en el asentamiento	
Uso futuro	en escondrijos de chatarra	en escondrijos de chatarra
	inutilizados en un escondrijo	inutilizados en un escondrijo
	herencia	

El enterramiento con el muerto o la pérdida durante el uso, por ejemplo, reflejarían las esferas cronológica y cultural de la sociedad productora, pero la adquisición a través de mecanismos como botín, herencia o intercambio pueden situar el material fuera de su posición original en el tiempo y en el espacio, sometiéndolo entonces a métodos y razones distintas de deposición [Coles y Harding, 1979, p. 12; también en Kristiansen, 1985, pp. 254-255].

Otro tanto cabe decir de la variabilidad atribuible a su papel en la estructura social (objetos de prestigio y utilitarios) (Kristiansen, 1985, p. 260).

c. M. J. Rowlands (1971; p. 221)²² insiste en que las diferen-

²² K. Kristiansen (1987, p. 34) precisa que la Edad del Bronce de Europa septentrional no se ajusta a los modelos etnográficos sobre trabajo del metal presentados por ese autor.

cias, por ejemplo, en los productos metálicos pueden depender de factores ajenos al cambio en la tradición cultural. Entre ellos se encuentran la calidad de la materia prima utilizable, los gustos del cliente o la especialización, que «introduce una variación y considerable posibilidad de elección en los tipos particulares de armas y útiles disponibles».

De manera inversa, «las semejanzas en el trabajo metalúrgico pueden enmascarar también diferencias sociales y culturales». Es el caso de los artesanos de una tribu que proveen de productos a las tribus vecinas (*ibidem*).

Ello implica que la tipología de una pieza metálica cualquiera puede no resultar significativa para el reconocimiento de un cierto grupo cultural y, por lo tanto, para determinar el área cubierta por sus producciones.

d. La datación: hay que «establecer la contemporaneidad entre los asentamientos implicados en las redes comerciales y los depósitos usados para reconstruir los movimientos de bienes» (Schortman y Urban, 1987, p. 50).

El examen de la composición de los materiales intercambiados se ha planteado como una alternativa para superar las limitaciones del estudio tipológico. La mayor parte de los esfuerzos se han dirigido a analizar los elementos metálicos destacando las investigaciones inglesas (Coghlan, 1951, p. 93) y alemanas (Junghans, Sangmeister y Schröder, 1960 y 1968), si bien en la actualidad se han ampliado a todo tipo de materiales.

El objetivo de los análisis metalúrgicos ha sido identificar los elementos traza del mineral de cobre (Coles y Harding, 1979, p. 19, n. 21) que permitieran localizar las menas y centros de elaboración de las piezas de cobre y bronce, distribuidas por el territorio europeo. La correlación mineral-producto metálico se ha basado en los siguientes presupuestos:

a. Que el metal se obtiene a partir de fuentes primarias.

b. Que «hay una relación entre mineral y metal. Se supone que algunos de los elementos menores presentes en una mena, durante la fundición, pasan a formar parte del metal producido [...]. En casi todos los metales básicos se puede esperar que las impurezas de metales nobles sean absorbidas hasta un 100%» (Tylecote, 1970, p. 19).

En consecuencia, «los objetos hechos a partir del mismo mineral

o, al menos, del mismo metal tras la fundición deberían mostrar una considerable coherencia en la composición metálica. La diferencia entre objetos hechos a partir del mismo mineral o metal debería ser en todos los casos significativamente menor que la existente en la composición de objetos hechos a partir de minerales o metales distintos» (Boomert, 1975, p. 144).

Ahora bien, existe toda una serie de factores que, al influir en la composición del producto metálico o en las posibilidades de su reconocimiento, reducen las potencialidades de esta línea de investigación. Entre ellos se encuentran, como se recordará, las técnicas analíticas empleadas, el procesado sufrido por la muestra en el laboratorio, el carácter del mineral disponible o seleccionado por los mineros prehistóricos, las transformaciones experimentadas por la composición de las piezas durante o tras el proceso de reducción y las prácticas de refundición de las que ya están amortizadas.

A ellos hay que añadir hechos tales como que:

a. La composición del mineral varía según cuál sea su posición en la roca madre (Tylecote, 1970, p. 20; Boomert, 1975, p. 134, n. 3; Coles y Harding, 1979, p. 13).

b. Muchas de las minas explotadas en época prehistórica son desconocidas y otras se agotaron, «mientras minerales de composición similar pueden aparecer en sitios diferentes» (Boomert, 1975, p. 134, n. 3; también en Tylecote, 1970, p. 20).

c. La composición de los artefactos puede deberse a la mezcla de diversos minerales o metales ya extraídos.

d. Los metalúrgicos pudieron escoger la composición del metal de acuerdo con el tipo de objeto que fueran a realizar (Butler y Van der Waals, 1964, p. 12).

R. F. Tylecote (1970, p. 20) afirmaba que, en relación con la procedencia del mineral con el que se fabricó un instrumento, sólo cabe decir que dicho instrumento «no puede proceder de tal o cual depósito de mineral y *posiblemente* puede haber procedido de otro depósito». Casi veinte años después, Z. A. Stos-Gale, N. H. Gale y V. Zwicker (1986, pp. 125-126) mantienen opiniones similares acerca de los análisis químicos de elementos principales y traza, salvando algún prometedor intento en relación con esos últimos. Sitúan la alternativa en los análisis de la composición isotópica del plomo, ya citados. En un sentido positivo, la coincidencia entre la composición iso-

tópica del plomo de un artefacto y la del campo isotópico de una mena cuprífera particular «es consistente con su procedencia de esa mena» (*ibidem*, p. 128). Sin embargo, estos análisis tienen «una aplicación mucho más poderosa en lo que se refiere a la posibilidad de efectuar afirmaciones negativas con una certeza absoluta raramente esperable recurriendo a los análisis químicos» (*ibidem*).

Un último grupo de problemas derivan del propio enfoque de la investigación metalúrgica. Esta cuestión ha sido suscitada de forma muy provechosa como consecuencia de la discusión de los resultados del trabajo de S. Junghans, E. Sangmeister y M. Schröder (1960 y 1968)²³. La polémica ha puesto de manifiesto la necesidad de considerar de manera prioritaria la información arqueológica (Butler y Van der Waals, 1964, pp. 21-22 y 29; Tylecote, 1970, p. 20; Phillips, 1981, p. 194). Dado el carácter convencional de la delimitación de los grupos metalúrgicos, para que su división sea significativa para la interpretación prehistórica, debe estar referida a entidades arqueológicas definibles como las de área, período y cultura (Boomert, 1975, p. 144). A este respecto, R. F. Tylecote (1970, p. 20) observa que muchas veces, con un ligero ajuste de los grupos caracterizados estadísticamente, «un grupo arqueológicamente homogéneo resulta un grupo metalúrgicamente homogéneo».

Hay que adoptar, además, todo un conjunto de decisiones antes de iniciar la investigación. Entre ellas se encuentra la de determinar cuántos y cuáles de los 75 elementos metálicos conocidos permiten una clasificación significativa de la composición de las piezas (*ibidem*)²⁴; cuántos análisis se requieren para estimar que la división en grupos metalúrgicos está sólidamente fundamentada, así como qué criterios deben emplearse en su delimitación. Una «clasificación, basada en un número muy reducido de elementos y una interpretación cuantitativa rígida, sería artificial y engañosa» (Butler y Van der Waals, 1964, p. 28). Además la eventualidad de reconocer la produc-

²³ R. J. Harrison (1974*b*) revisa detalladamente los datos de los S.A.M. para la península Ibérica.

²⁴ «El RAI decidió 20, el equipo de Stuttgart [...] once, de los cuales sólo cinco (Bi, Sb, As, Ni y Ag) se consideran significativos» (Tylecote, 1970, p. 20). Algunos autores (Butler y Van der Waals, 1964, p. 22; Boomert, 1975, pp. 135-136) opinan que ese número es demasiado reducido. Se dejan al margen elementos traza y otros posiblemente aleados de forma deliberada como estaño y plomo. Por otra parte, la elección de elementos como el bismuto resulta, a su juicio, poco afortunada, ya que el bismuto reacciona de forma muy variable con las aleaciones de cobre.

ción de metal de un área cualquiera, sobre la base de grupos definibles estadísticamente depende de un incremento en el número de análisis disponibles. En este sentido un aumento de estos últimos supone un crecimiento similar de la cantidad de grupos reconocibles y, por lo tanto, de las posibilidades de procedencia artefactual (Butler y Van der Waals, 1964, p. 33; Tylecote, 1970, p. 21; Boomert, 1975, p. 135). Conviene tener presente, finalmente, que los grupos caracterizados estadísticamente no siempre son homogéneos, que pueden solaparse entre sí y que pueden variar de manera notable si en la clasificación se emplean otros elementos metálicos (Boomert, 1975, pp. 136-137 y 141).

En opinión de A. Boomert (*ibidem*, p. 136), la única alternativa posible a estos problemas reside en iniciar la investigación «con grupos pequeños, arqueológicamente definibles, de espectroanálisis, en vez de con una gran masa amorfa de resultados».

Por último, y aun en el caso de que se hubieran podido solventar las dificultades anteriores y se dispusiera de unos grupos metalúrgicos correctamente definidos, quedaría pendiente su significación en relación con los centros de producción y con las vías de distribución de las piezas metálicas, durante la Edad del Bronce.

Hay que ser conscientes, por ejemplo, de que la aparición de un gran número de artefactos de una cierta composición «en España, representa un grupo español, basado quizá en una fuente de mineral cercana» (Tylecote, 1970, p. 21). Ahora bien, si encontramos objetos con esa misma composición en otros territorios europeos no podemos suponer automáticamente que se trata de importaciones de España. Existe la posibilidad cierta de que en dichos territorios existan fuentes de mineral con «una composición estadísticamente similar a la inferida en España. Es importante, por tanto, que los ejemplares seleccionados [para el análisis] tengan sentido desde el punto de vista arqueológico» (*ibidem*). Por otra parte la

curva de distribución estadística nos dice sólo la existencia de una unidad, sin explicar su origen; puede haber resultado de una mezcla controlada de materias primas, así como de material de una única procedencia. Es decir, la concentración geográfica de un grupo metálico [...] no debería implicar necesariamente [...] que fuera allí donde el metal fue extraído, sino más bien donde el cobre se transformó en instrumentos que, por supuesto, puede ser bastante diferente del área de producción primaria de los metales [Butler y Van der Waals, 1964, p. 22].

La heterogeneidad mineralógica y química de las áreas fuente; las mezclas humanas de los artefactos encontrados y la falta de investigaciones geológicas suficientemente detalladas en muchas partes del mundo para permitir una identificación del lugar de obtención del material (Schortman y Urban, 1987, pp. 49-50) afectan también el desarrollo de esta línea de investigación a partir de objetos no metálicos.

Las conclusiones que se desprenden de la exposición precedente son triples. En primer lugar, resulta evidente la trascendencia de la información arqueológica, tanto a la hora del estudio tipológico especializado como del planteamiento, desarrollo y crítica de la indagación analítica. La evaluación del o los contextos culturales implicados es básica. Por otro lado, la vía analítica, aun con sus limitaciones, proporciona documentación fundamental para la puesta a prueba de hipótesis concernientes a los centros de producción y vías de distribución de bienes. Finalmente, los mapas de dispersión de los mismos que no tengan en cuenta los problemas que plantea la aplicación del método tipológico y el examen de la composición de los materiales intercambiados y de sus posibles menas tienen que ser de valor incierto (Coles y Harding, 1979, p. 12).

Esa es la situación de la visión tópica del tema del comercio durante la Edad del Bronce. Su configuración se produce en un momento —el de la orientación histórico-cultural de la disciplina— durante el cual el estudio tipológico no contemplaba los factores de variabilidad arqueológica que se han comentado, ni se contaba, en general, con la posibilidad del contraste de sus resultados con los de los procedimientos físico-químicos.

La confrontación que sigue entre las líneas maestras de esa visión y el «contexto problemático» que empieza a constituirse a partir de los años sesenta pretende ilustrar este punto de vista.

Según la lectura histórica tradicional,

la distribución de una serie de objetos, especialmente copas de oro, hachas y espadas de bronce, frenos de caballo de marfil o hueso, y cuentas separadoras de ámbar, prueban el contacto directo o indirecto entre Grecia y el mundo europeo desde el Danubio a las islas Británicas y más allá [...]. Las rutas comerciales así creadas llevaron oro irlandés (y quizá también cobre), estaño córnico y ámbar báltico al Egeo donde fueron cambiados por artículos manufacturados de Grecia, especialmente los productos de la metalurgia del bronce micénica. Se ha supuesto también que la fayenza, un material en último término de origen egipcio, fue comerciada del Este al Oeste, especialmente bajo la forma de una cuenta segmentada bastante característica, quizá

a cambio del ámbar del Oeste [Muhly, 1973, p. 343; también en Clark, 1981, pp. 207-210]. La cronología exacta de estos desarrollos es difícil de establecer. En términos generales la gran expansión del comercio del ámbar parece comenzar en torno al 1600 a.C. [Muhly, 1973, p. 278].

Las conchas marinas y quizá también los comestibles (Milisauskas, 1978, pp. 219 y 226) fueron asimismo objeto de intercambio ²⁵. Ahora bien, no se ha concedido igual alcance a todos los artículos mencionados. «Estaño, ámbar y fayenza» eran los tres principales productos comerciales, que pudieron haber implicado otros metales como oro y cobre» (Muhly, 1973, p. 227). El primero de ellos tiene, como es lógico, especial relevancia por su valor crucial en la periodización de la Edad del Bronce.

Se han propuesto varias posibles rutas de llegada del estaño de Cornualles al Egeo:

a. Una ruta marítima que llevara el estaño de Cornualles junto con el de Bretaña a Nantes o Burdeos y, desde allí, vía Loira o Garona respectivamente, al Mediterráneo; o bien una ruta fluvial desde Bretaña, subiendo el Sena y bajando el Ródano hasta ese mar.

Estas vías están marcadas por la distribución de la fayenza (*ibidem*, pp. 254 y 277).

b. Una ruta terrestre subiendo el Rin hasta su cabecera y, desde allí, por el paso de Brenner a un puerto del Adriático definida, en este caso, por los hallazgos de ámbar (*ibidem*, pp. 276-277).

c. «Por el Danubio medio y sus tributarios hasta Europa central».

d. «Por el Mediterráneo hasta el sur de Francia, la Bretaña y las islas Británicas» (Clark, 1981, p. 210).

Según G. Clark (*ibidem*), estas dos últimas rutas «terminaban por converger en el sur de la Gran Bretaña y en particular en Wessex, territorio que en aquella época mantenía estrechas relaciones con Alemania».

Como se recordará, el reciente progreso en la datación radiocarbónica, los análisis científicos de los materiales implicados en este comercio (Briard, 1976, pp. 163-167), la consideración de los factores

²⁵ La distribución de la cerámica campaniforme presenta una problemática específica. Se ha vinculado con los intercambios de caballos domésticos, tejidos de lana y bebidas alcohólicas (Sherratt, 1987, p. 89) además de con la metalurgia (cap. 4, III.4).

económico-sociales que intervienen en las culturas del Egeo y la Europa templada y las revisiones tipológicas de los materiales encontrados en ambos extremos del Mediterráneo han llevado a replantear las suposiciones fundamentales sobre las que está basada la reconstrucción histórica de los intercambios comerciales durante la Edad del Bronce (Muhly, 1973, p. 343). Por un lado, se ha desechado el papel causal atribuido a la cultura micénica en su desarrollo y, consiguientemente, dada la estrecha relación que se mantenía entre comercio y Edad del Bronce, en el inicio de ese nuevo período de la Prehistoria europea occidental (*cf. supra*). Por otro, se han tratado de precisar los centros de producción y las vías por las que circulaban los artículos en ese momento.

El nuevo «contexto problemático» queda claramente expresado en el tratamiento de los principales productos comerciales.

El estaño se venía considerando un metal estratégico por su limitada distribución y el papel esencial que se le atribuía en la fundición (Coles y Harding, 1979, p. 8). Ello daba pie a pensar en un descubrimiento y explotación rápida de los yacimientos existentes, así como en el desarrollo de mecanismos para su distribución a larga distancia por la reducida cantidad del mismo que se requería para hacer bronce en comparación con la del cobre (Muhly, 1973, p. 169). En la actualidad, los resultados analíticos han puesto de manifiesto la diversidad de aleaciones en uso durante la Edad del Bronce, así como las dudas sobre su generalizada intencionalidad (véanse *supra*, pp. 184-189). En consecuencia, el acceso al estaño deja de ser condición *sine qua non* para el desenvolvimiento de la metalurgia en ese período. La articulación de mecanismos de intercambio para su adquisición es una estrategia que debe evaluarse específicamente en cada caso.

El área egea es, obviamente, el caso más relevante. La discusión sobre el papel de las culturas minoica y micénica en el comercio de estaño implica, además, tener en cuenta simultáneamente el concierne al cobre.

La existencia de recursos mineros en Creta es objeto de debate pero, recientemente, se insiste en que «no hay ninguna evidencia científica ni arqueológica de explotación de los pobres hallazgos de menas de cobre o plomo argentífero de Creta durante la Edad del Bronce» (Stos-Gale y Gale, 1984, p. 59).

En cuanto a los centros de abastecimiento del bronce-estaño minoico, Muhly (1973, p. 288) indica que las alternativas italianas e ibé-

ricas que se han estado sugiriendo no pueden fundamentarse en la evidencia arqueológica disponible. Además «las conexiones orientales de la metalurgia del Minoico Antiguo sugieren que el estaño empleado en la Edad del Bronce Antiguo en Creta no procede del Oeste, sino del Este» (*ibidem*). La misma situación se repite durante el período comprendido entre el Minoico III y el Minoico Final I. Es el de mayor desarrollo de esta civilización y, consiguientemente, cuando «uno esperaría encontrar la evidencia de una talasocracia, si es que ésta existió alguna vez» (Stos-Gale y Gale, 1984, p. 59). Los análisis metalográficos de piezas procedentes de las Cícladas y de la propia Creta apuntan a Chipre, Sifnos y, sobre todo, el Laurión, además de otras dos fuentes todavía no identificadas, como centros principales de aprovisionamiento de mineral (*ibidem*, pp. 61-63).

Según Stos-Gale y Gale (*ibidem*, p. 63): «No hay duda de que las Cícladas jugaron un papel vital en el comercio minoico, y pudo ocurrir muy bien que la distribución de plomo, plata y cobre desde las minas del Laurión fuese llevada a cabo a través del asentamiento de Ayia Irini (Kea). Melos y Tera fueron, probablemente, escalas importantes, más alejadas, en el comercio entre Creta y el continente.»

Ahora bien, lo que

no está claro [es] que esta evidencia sustente el concepto de una talasocracia minoica o de colonias minoicas, fuertemente controladas, en las islas. Podría haber sucedido, más bien, que los isleños cicládicos actuaran como intermediarios —hasta ejecutores— en el comercio [...]. Los pesos de balanza y otras pruebas arqueológicas podrían sugerir la presencia de agentes minoicos o comunidades de comerciantes en las islas, para ordenar el comercio, pero quizá nada más. Parece probable que la búsqueda de metales se encontrara entre los intereses ultramarinos minoicos durante los siglos XVI y XV a. de C., pero [la confirmación de la hipótesis] requiere todavía una documentación más completa de análisis del bronce y plomo del Minoico Medio y Minoico Final IA de la misma Creta y de Kea, Tera y Kítera [*ibidem*].

Los datos disponibles acerca de la civilización micénica tampoco fundamentan, en su caso, el protagonismo que se le asigna en el desenvolvimiento de la metalurgia occidental. Los argumentos atañen a la dispersión de las producciones y a las bases del comercio, las características de los estados micénicos y las de los grupos con los que interactúan.

Una de las pruebas de contacto con el mundo micénico más claras es la cerámica. La descubierta fuera de Grecia es muy escasa. Se-

gún Chapman (1985, p. 122), «las mayores colecciones [...] aparecen en el sur [de Italia], Sicilia y Cerdeña, mientras los sitios de Italia central y septentrional están caracterizados predominantemente por [...] fragmentos aislados».

No hay importaciones micénicas «en Córcega, sur de Francia o cualquier otra área más alejada del occidente mediterráneo» (*ibidem*, p. 147).

La situación en Italia e islas limítrofes (Sicilia, Córcega, islas Eolias) concuerda, por otro lado, con la reinterpretación de los estados micénicos como entidades mucho más encerradas en sí mismas de lo que se pensaba. Allí las primeras cerámicas importadas son del período Heládico Medio, aunque la mayoría pertenecen al Heládico Tardío (segunda mitad del II milenio a. de C.) (*ibidem*; también en Muhly, 1973, p. 280).

La cronología reciente, incluso de las primeras importaciones cerámicas (c. 1600 a. de C.), y su carácter esporádico (costas oriental y occidental del sur de Italia e islas Eolias) permitirían, por sí solas, negar la influencia micénica en el desenvolvimiento de una metalurgia como la italiana que inicia la explotación del cobre en el cuarto milenio a. de C. (Chapman, 1985, p. 121) y está conectada con las culturas transalpinas y no egeas (Muhly, 1973, p. 282). Pero, además, hay otros argumentos: «la escasa variabilidad estilística [de sus producciones] durante todo el siguiente milenio y el carácter tradicional de su tecnología» (Chapman, 1985, p. 121), la tardía producción regular de bronce-estaño (Edad del Bronce medio-final), según los análisis metalográficos (*ibidem*, p. 126), o la evidencia antropológica existente (*ibidem*, p. 121).

Se añade a ello la discordancia entre la localización septentrional de los recursos mineros a cuya explotación iba supuestamente dirigido el comercio micénico y la distribución meridional de las importaciones cerámicas (*ibidem*, p. 123; también en Muhly, 1973, p. 281). Los contactos se establecen «con Sicilia y las Lípari, por ejemplo, áreas ambas bastante deficitarias en recursos minerales» (Muhly, 1973, p. 281). Faltan, en cambio, «cerámicas características de la Argólida, el principal centro metalúrgico micénico, en el Peloponeso occidental o el Mediterráneo occidental», así como cualquier asociación entre los hallazgos de cerámica micénica y metalúrgicos en occidente (*ibidem*, p. 282).

Finalmente, Milisauskas (1978, pp. 223-224) maneja las estimaciones demográficas de Renfrew (1972) para Creta (75 000 y 256 000 per-

sonas al comienzo y final de la Edad del Bronce) y la zona micénica de Mesenia (23 000 y 178 000 personas en las mismas fases) para poner en cuestión la probabilidad de una fundación de colonias o puestos micénicos. Según Milisauskas (1978, pp. 223-224), queda clara

la excesiva importancia concedida a los pequeños estados micénicos en relación con el incremento del comercio y el establecimiento de rutas comerciales a larga distancia en Europa [...]. Es difícilmente posible que todo el continente europeo abasteciera un mercado tan pequeño, considerando la cantidad y variedad de artículos conocidos arqueológicamente. No debemos subestimar el desarrollo de la Europa templada durante la Edad del Bronce. Las culturas allí existentes produjeron artículos de lujo espectaculares y la demanda de materias primas y tales bienes no estaba limitada sólo al área egea. Otras culturas, como la Unětice, por ejemplo, intervinieron también en este proceso.

Muhly (1973, p. 287) resume la evidencia a propósito del comercio de estaño egeo negando cualquier posibilidad de identificar una fuente definida para el mismo «más allá del siglo VII a.C. [...]. Durante la segunda mitad del segundo milenio a.C. Cornualles [sería] todavía la posibilidad menos objetable [...asumiendo que estaño y ámbar...] llegaron al Egeo por la misma ruta comercial [...] Más allá del 1600 a.C. la situación es más problemática».

En realidad, tal diagnóstico puede retrotraerse a la fase anterior. La complejidad de los sistemas comerciales hace aconsejable no dar por sentado que todos los productos siguen iguales canales. La distribución de cada una de sus clases debiera ser investigada individualmente (Schortman y Urban, 1987, p. 50).

En términos generales, «todavía no sabemos la prioridad o importancia relativas de los diferentes centros de producción de estaño [...], verdaderamente tenemos todavía un conocimiento muy limitado respecto a quién fue a transportar qué, desde dónde», durante la Edad del Bronce (Butler y Van der Waals, 1964, pp. 31 y 33).

La ruta del ámbar ofrece mayores garantías que la del estaño. Los análisis recientes han confirmado que la mayoría del ámbar micénico procede del Báltico. Así pues, «tuvo que haber existido ya una relación comercial de algún tipo entre Dinamarca o el norte de Alemania y el mundo micénico» (Renfrew, 1979 *a*, p. 110; también en Rafel y Fontanals, 1977-78, p. 56)²⁶.

²⁶ Kristiansen (1987, p. 50, n. 6) conecta los hallazgos de sillas de tijera, espadas,

No ocurre lo mismo en el caso de las cuentas de fayenza, presentes en las culturas de Wessex y Unětice. Ni por su composición²⁷, ni por su cronología permiten establecer relaciones concluyentes entre dichas culturas y las del Egeo. Según Renfrew (1979a, pp. 113 y 247), «el análisis estadístico del examen químico de su composición sugiere que pueden ser significativamente diferentes de la mayoría de las cuentas del Mediterráneo oriental», existiendo posibilidades, tanto por los elementos que contienen como por la propia distribución geográfica de las piezas, de que se fabricaran en Gran Bretaña. En cuanto a la cronología, las fechas radiocarbónicas no han permitido excluir las relaciones entre la cultura de Wessex y las del Egeo (*ibidem*, pp. 110 y 113-114), pero sí han puesto de manifiesto la mayor antigüedad de su inicio y del de la Unětice respecto a la cultura micénica. Ello ha llevado a poner en cuestión la interpretación de las cuentas, entre otros elementos (orfebrería, por ejemplo), como resultado de intercambios comerciales entre las culturas de Wessex y Unětice y el Mediterráneo oriental. Por otra parte, la prolongada utilización de las cuentas de fayenza en esa última zona (desde el 2500 a.C., aproximadamente) implica que, aun en el caso de que se demostrara que los ejemplares de Europa central y occidental fueran auténticas importaciones orientales, su valor para la datación y, consiguientemente, para la identificación de rutas comerciales durante la Edad del Bronce sería limitado. Los adornos de este tipo descubiertos en la península Ibérica (Fuente Alamo, Roca del Frare) y en el mediodía francés, a su vez, se vinculan con el movimiento norte-sur a través del cual se distribuye el ámbar (Chapman, 1985, p. 162), salvo excepción (Schubart, 1989, p. 35).

En conclusión, existen elementos suficientes para defender el desenvolvimiento de un comercio a larga distancia en ese período. Ahora bien «la evidencia es fragmentaria, a menudo más negativa que positiva y raras veces concluyente» (Muhly, 1973, p. 167). Cuando lo es atañe, paradójicamente, a una interacción norte-sur en lugar de a la tradicionalmente defendida entre ambos extremos del Mediterráneo. Esta última no se documenta de forma clara hasta el primer mi-

carros de guerra, navajas y pinzas con una nueva ideología de las aristocracias guerreras, transmitida desde el área mediterránea-egea a Europa central y septentrional, a fines del siglo XVI-siglo XV. Acepta incluso la posibilidad no ya de miniaturas en bronce de carros, sino de auténticos vehículos de ese origen en el sur de Escandinavia.

²⁷ N. Rafel y Fontanals (1977-78, pp. 49-53) recoge de forma detallada las investigaciones sobre la composición de estas cuentas.

lenio con los fenicios (Chapman, 1985, p. 162). Por otra parte, los estudios sobre el comercio «están severamente limitados en su alcance, tanto cronológico como geográfico» (Muhly, 1973, p. 168). Además, por desgracia, el producto cuyos centros de obtención y vías de distribución resultan más difíciles de reconocer es el estaño, precisamente el factor clave en la periodización tradicional.

Conviene preguntarse, por último, qué trascendencia tuvo el comercio, en especial el de piezas metálicas, para las poblaciones de la Edad del Bronce.

A juicio de J. M. Coles y A. F. Harding (1979, pp. 13 y 15-16), «básicamente, la evidencia de las sociedades de la Edad del Bronce sugiere un gran número de pequeñas comunidades casi totalmente autosuficientes y bajo escasa presión».

El número de personas que tuvieron que estar implicadas en los distintos procesos que llevaron de la extracción del mineral a la distribución de los productos acabados fue mínimo si se compara con el de quienes se relacionaron con ellos sólo de una manera marginal. Apenas cabe dudar que «para la mayoría de la gente que vivía en las pequeñas aldeas agrícolas [...] la obtención y posesión del metal era de escaso interés: las demandas del año agrícola dejarían poco tiempo y los resultados de la agricultura poca oportunidad» de conseguirlo (*ibidem*).

Igualmente, S. Milisauskas (1978, pp. 207-208) opina que

la producción de artefactos de bronce nunca se produjo en una escala lo bastante grande como para proporcionar artículos fácilmente disponibles para toda la gente.

Es significativo que la mayoría [...] fueran adornos y armas, es decir, artículos hechos para las élites. Como los artefactos de bronce tenían valor elevado, los individuos de bajo estatus tuvieron que contentarse con útiles y joyería de [...] piedra, madera y hueso.

Resulta pues que, paradójicamente —si se recuerda el valor concedido a la aparición de la aleación cobre-estaño en la periodización— el intercambio de productos metálicos tuvo una incidencia muy restringida en los grupos humanos de la Edad del Bronce. El hecho de que su caracterización se establezca básicamente a partir de un rasgo que afecta a un sector minoritario de la población evidencia que lo definitorio de esa época no es tanto la metalurgia, como la existencia de una diferenciación social más acusada que en otras (*ibidem*, p. 237;

Coles y Harding, 1979, p. 535; Phillips, 1981, p. 187; Gilman, 1981, p. 1). A este tema se dedica el siguiente apartado.

III.4.3. Metalurgia y comercio en el contexto de la organización sociopolítica

La forma independiente como se tratan la metalurgia o el comercio impide averiguar si merecen el papel que tradicionalmente se les ha asignado en la definición de la Edad del Bronce. La consecución de ese objetivo requiere una doble contextualización: «análisis metodológicos rigurosos de contextos culturales y cronológicos internacionales, regionales y locales» y «la referencia teórica a la naturaleza del marco estructural dentro del cual esos procesos históricos estaban operando» (Kristiansen, 1987, p. 48, n. 5). Para lograrla, se investiga a escala local la producción y reproducción sociales y, en el ámbito regional o suprarregional, la interacción entre culturas. Ambas vías se completan con la indagación acerca de la intervención de la cultura material en el mantenimiento de la estabilidad socio-económica y la generación del cambio (Shennan, 1987, pp. 369-376). En cualquier caso, el objetivo último es el estudio del cambio cultural expresado en el paso de las sociedades igualitarias neolíticas a las jefaturas²⁸ y, más tarde, a los estados del mundo antiguo.

La primera vía predomina durante los años cincuenta y sesenta vinculada al resurgimiento del evolucionismo y funcionalismo y como alternativa al difusionismo (Schortman y Urban, 1987, p. 45). La unidad de estudio del cambio cultural es la cultura individual delimitada espacialmente. El curso que aquél adopta se atribuye a las modificaciones en las interacciones entre tecnología y medio ambiente sin valorar *específicamente* las derivadas de los contactos interculturales (*ibidem*, p. 46). Se asume, erróneamente, que estos últimos son equivalentes a los de naturaleza comercial al concebir el comer-

²⁸ «El término jefatura se usa para caracterizar la complejidad en sociedades no estatales [...] de nivel intermedio que proporcionan un puente evolutivo entre las sociedades acéfalas y los estados burocráticos» (Earle, 1987, p. 279). Sus principales características son su «escala de integración, centralidad en la toma de decisión y estratificación» (*ibidem*, p. 288). La diferenciación sociopolítica que conllevan «crea cierta dinámica de competición, gestión y control que subyace a la eventual evolución del estado» (*ibidem*, p. 279).

cio desde asunciones evolucionistas y funcionalistas, ajenas al tratamiento de cuestiones interactivas (*ibidem*, pp. 53-54).

La segunda vía se emprende paralelamente a la anterior desde finales de los setenta y a lo largo de la presente década. Busca superar la excesiva simplicidad de los modelos resultantes del enfoque de «mirar hacia dentro» incorporando los factores interregionales (*ibidem*, p. 48). Así pues, sitúa la unidad de análisis en una serie de sociedades que interactúan estrechamente y cuya interdependencia es crucial para una comprensión del sistema como un todo (*ibidem*, p. 61).

Esta preocupación por los problemas de interacción cultural es, en parte, «una extensión de los enfoques antropológicos neomarxistas, con su insistencia en la reproducción social» (Shennan, 1987, p. 375) (véase *supra*, p. 50). Desde esta perspectiva teórica, es factible una investigación de alcance regional de las sociedades de la Edad del Bronce que cuentan con una jerarquización poco desarrollada en la medida en que «la escala espacial de la reproducción social en absoluto corresponde necesariamente a la escala de la unidad de producción, ni [...] la reproducción continua de una jerarquía política, por pequeña que sea, depende sólo de la producción local» (*ibidem*).

E. M. Brumfiel y T. K. Earle (1987a, p. 1) distinguen tres modelos generales para la explicación de la especialización, el intercambio y la complejidad social a escala local. Todos han sido escogidos por los prehistoriadores²⁹. Los denominan «modelo de desarrollo comercial», «adaptativo» y «político». Los dos últimos están en la raíz del debate en torno a la importancia relativa de la gestión y del control en la fundamentación económica de las jefaturas con la doble alternativa, en la segunda opción, de referir el control a la producción de bienes en especie o a la distribución de la riqueza (Earle, 1987, p. 292).

El «modelo de desarrollo comercial» concibe el «incremento de la especialización y del intercambio como parte integral del proceso espontáneo de crecimiento económico» (Brumfiel y Earle, 1987a, p. 1).

La versión clásica, representada por Childe, enraíza este último con las mejoras tecnológicas. Por el contrario, Renfrew (1969), en su ya paradigmático «Trade and culture process in European prehistory», pone el énfasis en un comercio conectado con la satisfacción de necesidades de orden social más que económico. Adelantándose a

²⁹ Me ceñiré a los rasgos principales de algunos de los trabajos más conocidos acerca del Calcolítico y la Edad del Bronce extrapeninsulares. Los relativos a la península Ibérica cuentan con apartado propio (cap. 4, epígrafe III).

lo que serán las propuestas de la «arqueología simbólica y estructural» de Cambridge, sostiene: «El núcleo esencial de muchas [...] interacciones que son el principal origen del crecimiento económico se encuentra en la inclinación humana a dar un significado social y simbólico a [...] bienes materiales [...] carentes, a primera vista, de significado adaptativo en el sentido de facilitar la existencia continuada del individuo de la especie» (*idem*, 1972, p. 497).

En consecuencia, las «necesidades» a las que el comercio debe subvenir se vinculan con la adquisición de bienes de valor primario³⁰, buscados más por su materia prima que por su estilo (*idem*, 1969, p. 154). Esas nuevas necesidades y las relaciones comerciales que las satisfacen dan lugar a un desarrollo concomitante de la organización social, aun sin una mayor eficacia en la producción de alimentos o un incremento demográfico (*ibidem*, p. 159). Ello se debe al funcionamiento del comercio como fuente de riqueza, fomentando ora la producción de un excedente o produciéndolo, ora la de nuevos bienes. Además, incrementa la especialización y el contacto intercomunitario (*ibidem*, pp. 153-154).

A. Sherratt, a diferencia de Renfrew, hace depender la importancia del comercio de su significado adaptativo, bien como amortiguador de los desastres agrícolas locales (Sherratt, 1976), bien como mecanismo optimizador de la diversidad ecológica (*idem*, 1982, pp. 23-24).

Durante el Neolítico europeo, la vulnerabilidad de los poblados aislados al desastre agrícola local favorece los intercambios de población (*idem*, 1976, pp. 558-559). Se crea así «una red de relaciones que puede distribuir algunas desigualdades en la producción local, así como una amplia base de asistencia» entre grupos emparentados («transferencia»). Cuando la red de relaciones trasciende los límites tribales se intercambian fundamentalmente bienes materiales («comercio»). La ausencia de articulación directa entre oferta y demanda

³⁰ Según Renfrew (1986, p. 143) «no cabe discutir la trascendencia de nuevos productos o el desarrollo de la economía sin tener en cuenta conceptos tan socialmente imbuidos como valor y demanda». En este caso, se trata de bienes de valor intrínseco adscrito culturalmente (*ibidem*, p. 159). Correlativamente a la importancia que concede a la adquisición de los mismos y, en contra de las versiones más convencionales, defiende que «la posibilidad de desarrollar nuevas mercancías en el marco de una intensificación de la producción ciertamente no es condición suficiente, y puede no ser necesaria, para los procesos de cambio» (*ibidem*, p. 164).

se subsana poniendo en circulación bienes no utilitarios: «intercambiables por productos esenciales y ellos mismos susceptibles de acumulación que alientan la continuidad en la producción de materiales básicos, incluso, cuando las necesidades materiales están colmadas» (*ibidem*, p. 559).

La participación en las operaciones «depende de la habilidad de almacenar artículos comercializables y de manipular las relaciones sociales ceremoniales». A su vez, el liderazgo, el aumento de prestigio y poder derivan de un éxito en el comercio denotado por la exhibición de elementos simbólicos específicos («sistemas de grandes hombres») (*ibidem*, p. 561).

Como E. M. Brumfiel y T. K. Earle (1987, pp. 1-2) advierten, la suposición de que los procesos descritos suceden en el marco de una economía relativamente libre de administración política es excesiva. «Un desarrollo comercial sostenido requiere que la tierra y el trabajo sean tratados como mercancías y esto sólo parece suceder tras un período amplio de centralización política y desigualdad». Así pues, aunque el comercio puede estimular la complejidad social raramente es su origen (*ibidem*).

El «modelo de desarrollo adaptativo», a diferencia del anterior, conecta las jefaturas con «contextos medioambientales y demográficos, donde una gestión económica efectiva es necesaria o especialmente beneficiosa» (*ibidem*, p. 2). Dicha gestión es, precisamente, su razón de ser (Earle, 1987, p. 292).

El trabajo de P. Halstead y J. O'Shea (1982) sobre la Prehistoria egea, especialmente la Edad del Bronce cretense, ilustra una de las versiones actuales del modelo.

Los autores (*ibidem*, pp. 92-93) consideran las transacciones intercomunales como mecanismo fundamental para contrarrestar las carestías locales en áreas de diversidad ecológica. Dichas transacciones movilizan los excedente alimenticios acumulados en los años buenos y los bienes procedentes del almacenamiento indirecto, como los animales y ciertos artículos no comestibles, cuya equivalencia con los alimentos en el intercambio está determinada culturalmente («almacenamiento social»).

Dos factores explican que estas prendas duraderas sean un adecuado vehículo para el desarrollo de la desigualdad institucionalizada. En primer lugar, «permiten sistemas de almacenado social mucho más ramificados que los que pueden mantenerse sobre la única base de una reciprocidad directa y, en virtud de su complejidad, están pre-

dispuestos a una simplificación mediante centralización —a menudo bajo la égida de una élite gestora» (*ibidem*, p. 93).

En segundo lugar, puesto que la producción excedentaria de alimentos no se distribuye regularmente, tampoco lo hacen los artículos no comestibles. Ello hace posible la manipulación simbólica y activa de la riqueza por los grupos en los que se acumula y hereda de modo sostenido. Se crean así «las condiciones críticas previas a una diferenciación social institucionalizada» (*ibidem*). Su aparición efectiva depende de la inversión de las tendencias inflacionistas de las redes de almacenamiento indirecto ³¹ mediante la retirada de esos bienes del sistema de intercambio (depositándolos en tumbas, escondrijos, ofrendas fluviales, por destrucción ceremonial o comercio a larga distancia) o jerarquizándolos en función de su rareza. La creciente dificultad de reconvertir la riqueza en alimento a medida que se asciende en la escala cambia el objetivo del sistema de almacenamiento social: «de la redistribución de alimentos se pasa a la movilización hacia arriba de recursos y poder para consumo por una élite» (*ibidem*).

La propuesta comentada enfatiza la redistribución como medio de gestionar la perturbación de recursos (Brumfiel y Earle, 1987, p. 2). Sin embargo, los problemas logísticos que plantea el intercambio de productos en especie sugieren más bien que sirve como sistema de financiación, reservado para ocasiones especiales (por ejemplo, fiestas públicas) (Earle, 1987, p. 292). Por otro lado, aunque el almacenamiento puede amortiguar los riesgos de las familias, no está claro que su centralización por una jerarquía regional distante resulte más ventajosa que la gestión a bajo nivel por la población local (*ibidem*, p. 293). De hecho, se conocen casos en los que la intervención política en la economía deriva en una extensión del poder político en lugar de en el aumento o mejora de los recursos de los plebeyos. Tales casos «contradicen las premisas del modelo adaptativo» (Brumfiel y Earle, 1987, p. 3) y constituyen el núcleo del siguiente modelo.

El «modelo político» asume que «las élites políticas consciente y estratégicamente emplean la especialización y el intercambio para crear y mantener la desigualdad social, fortalecer coaliciones políticas y fundar nuevas instituciones de control» (*ibidem*). En consecuencia, el objetivo de la investigación debe ser descubrir las oportu-

³¹ Mathers (1984a) ha abordado el tema en relación con las primeras culturas metalúrgicas del Sureste peninsular.

tunidades y limitaciones bajo las que trabajan, distintas según controlen la producción de bienes en especie o la distribución de la riqueza (Earle, 1987, p. 292).

El artículo de Gilman (1981) sobre el desarrollo de la estratificación social en la Edad del Bronce europea se considera el más característico de este modelo (Shennan, 1987, p. 369). Se centra en la primera de las vías de control.

El autor (Gilman, 1981, p. 1) valora «el ascenso de los privilegiados», vinculado al comienzo de la estratificación social como *el* o, al menos, *uno* de los rasgos más definitorios de dicho período. Su interpretación se fundamenta en «el desarrollo de la metalurgia, una tecnología especializada, destinada principalmente a la manufactura de artículos de ostentación [...], la amplia distribución geográfica de estilos artefactuales de elite» como el vaso campaniforme y «el paso de unos rituales de enterramiento colectivos a otros individuales» (*ibidem*). La significación de este último cambio se ve resaltada por la sugerencia de que las elites eran hereditarias en Europa septentrional (Randsborg, 1973 y 1974), central y oriental (Kempisty, 1978; Shennan, 1975; Wustemann, 1977; Renfrew, 1972) y suroccidental (Gilman, 1976).

Gilman (1981, p. 20) vincula el origen de las elites con el desarrollo de sistemas intensivos de producción que requieren inversiones de capital lo suficientemente importantes como para desanimar cualquier intento de la población de abandonar al aspirante a señor.

Desde una posición materialista histórica ortodoxa sostiene que la inclusión del comercio entre dichos sistemas «tendría que implicar, directa o indirectamente, el sector de subsistencia básico de la economía» (*ibidem*, p. 4). Los alimentos no son buen candidato, dadas las condiciones de transporte de la época y la propia evidencia disponible (*ibidem*, p. 5). Otro tanto ocurre con los objetos metálicos, cuyos contextos de aparición sugieren su valor social e ideológico más que práctico (*ibidem*). Finalmente la sal, un artículo esencial y de fácil transporte (Nenquin, 1961 en Coles y Harding, 1979, pp. 61 y 63), no deja el rastro arqueológico requerido para «determinar su papel en las economías de las áreas que la importan» (Gilman, 1981, p. 5, n. 4). Además el contexto general refleja «la aparente autosuficiencia de las comunidades locales» (*ibidem*, p. 5) y una estratificación social de naturaleza todavía rudimentaria (*ibidem*, p. 20).

Todo ello da lugar a que Gilman (*ibidem*, p. 5) desestime la teoría del intercambio de mercancías como explicación del origen de las elites, al contrario que los autores funcionalistas citados y que los co-

legas neomarxistas (Kristiansen, 1984; Tilley, 1984) o influidos por esa perspectiva teórica (Shennan, 1982a y 1987, p. 370).

Los factores determinantes, a su juicio, son las tecnologías de subsistencia basadas en la intensificación de capital. Las concreta en el empleo del arado de tracción animal, el policultivo mediterráneo, la pesca marítima y la irrigación (Gilman, 1981, pp. 5-7). Todas son abordables en el marco de cooperación interfamiliar y son intrínsecamente ventajosas al asegurar la producción no sólo por su incremento, sino también —y más significativamente— por su estabilización. Finalmente, todas requieren importantes inversiones preparatorias de trabajo que fomentan la producción a largo plazo, por lo que no se abandonan con facilidad (*ibidem*).

Un rasgo crucial del desarrollo comentado es que los valiosos activos creados están expuestos a la codicia ajena, por lo que algunos de los miembros del grupo quedarían encargados de su defensa: «Al añadir la amenaza de la violencia contra la nueva masa inmóvil de la población a las promesas de asistencia que dieron antes, los dirigentes pueden hacer su rango hereditario y reducir la asistencia a sus seguidores» (*ibidem*, p. 20).

Las armas y objetos de lujo llamativos son, según esta interpretación, medios empleados por las elites para demostrar su superioridad al conjunto de la población. Funcionan como indicadores, símbolos de poder y prestigio, más que como causas de la aparición de la estratificación (*ibidem*, pp. 7-8).

El medio milenio, o incluso más, transcurrido desde la adopción del arado y otras tecnologías de intensificación de capital hasta la aparición de la estratificación, confirmaría la implicación contrastadora de su teoría referida a la cronología (*ibidem*, p. 7).

La propuesta de Gilman no tiene en cuenta el tema de la reproducción social (Shennan, 1987, p. 370) (*cf.* p. 392). Este es objeto primordial del enfoque denominado neomarxista (Meillassoux, 1960; Friedman, 1975 y 1979), como se sabe, de considerable impacto en los desarrollos teóricos de la Prehistoria europea de la última década y, en concreto, en la «arqueología simbólica y estructural» de Cambridge.

El neomarxismo recalca la explotación, pero las posibles fuentes de control social no se limitan a los bienes de subsistencia, sino que se amplían «al intercambio, ritual y relaciones de parentesco vinculados a los anteriores en una estructura coherente (aunque ciertamente no homeostática)» (Shennan, 1987, p. 371).

Este marco es, pues, muy comprensivo. Acoge a quienes sitúan el origen de la desigualdad en el control de la distribución de la riqueza («modelo político» de alcance local) y a quienes destacan el papel activo de la ideología en la vida material (grupo de Cambridge). Por otro lado, como la red de intercambios de productos valiosos entre elites desborda los límites de la comunidad, la investigación se desenvuelve en un contexto regional (modelos de interacción entre unidades políticas paritarias y de núcleo-periferia) (Earle, 1987, p. 297).

Los artículos de S. Shennan acerca del Calcolítico y la Edad del Bronce Antiguo en Europa septentrional, central y noroccidental expresan muy claramente la complejidad de los aspectos que se manejan. Además su atención al papel de la adquisición, distribución y acumulación de objetos metálicos en los procesos de cambio les hace de especial interés para el tema del apartado. Su comentario pone término al mismo.

Shennan (1986, p. 132) atribuye las transformaciones socio-económicas del inicio del III milenio a. de C. en gran parte de los territorios citados al nuevo sistema agrícola surgido de la «revolución de los productos secundarios» (Sherratt, 1981). Dicho sistema, al tener menores exigencias en cuanto a la calidad del suelo, podía adecuarse a los que habían quedado liberados por la deforestación (Shennan, 1986, p. 132). La expansión consiguiente da lugar a «un patrón disperso de asentamiento agrícola por razones de mínimo esfuerzo» que permite un acceso a la tierra y otros recursos por fisión en lugar de por herencia (*ibidem*, y p. 133). Este proceso supondría una importante objeción empírica a la explicación de Gilman del crecimiento de la estratificación a partir del acceso restringido a los recursos productivos (*ibidem*, p. 132).

Shennan (*ibidem*, pp. 133-134), como Sherratt (1976), valora las ventajas de las relaciones sociales frente a la inestabilidad de los pequeños poblados aislados. Sin embargo, interpreta los artículos comercializables como transmisores de un mensaje de integración cultural, relativo a las distinciones de estatus (Shennan, 1986, p. 136), en lugar de como formas de «almacenamiento social».

Maneja la importancia de los objetos metálicos para diferenciar dos fases en relación con el origen de la desigualdad social. En la más antigua —expansión territorial asociada a la cerámica cordada— ésta viene dada por «el acceso diferencial a los recursos de subsistencia» bien por la antigüedad en la ocupación, bien «por disparidades locales en las posibilidades de una producción excedentaria» (*ibidem*,

p. 137). La distribución de las piezas metálicas no está muy alejada de las menas centroeuropeas. Su presencia en las tumbas no sugiere «que se asociaran especialmente con otros objetos exóticos o tipos de amplia distribución, como [...] indicadores de riqueza o alto estatus» (*ibidem*).

La fase subsiguiente se caracteriza porque, en las áreas donde anteriormente existía metal, su control «comienza a tener un papel activo en la diferenciación» (*ibidem*). Esto se debe a su integración en un grupo de nuevos y foráneos indicadores de rango (puñal y anillos de cobre, muñequeras de piedra, cerámica campaniforme) que es reconocible en gran parte de Europa occidental (*ibidem*, p. 138).

La función comentada les viene dada por «una ideología que implicaba rituales de legitimación que destacaban el consumo de artículos de prestigio obtenidos mediante contacto con grupos de élite de otros sitios» (*idem*, 1982b, p. 38). Así la elite social se distanciaba de su comunidad dando a entender que su poder y rango dependían de su propio esfuerzo (*idem*, 1982a, p. 158). Shennan (1987, p. 376) insiste en que no se trata simplemente de que nuevos objetos de prestigio se introduzcan en ciertas áreas, sino de la conexión de su uso con las relaciones sociales y la actividad política.

La incorporación de un determinado objeto al conjunto venía dada por su valor primario³², propiedades intrínsecas o derivadas de su carácter de artesanía especializada (*idem*, 1982a, p. 158). Ahora bien, una vez incluido, «adquiría un valor intrínseco y realmente podía ser usado para crear una posición» (*idem*, 1982b, p. 38). Se crea así una rivalidad entre elites por la búsqueda de contactos distantes y el control de objetos de prestigio (*ibidem*). La práctica de la guerra se evidencia en «el rápido desarrollo de las armas» (aparición de las primeras espadas). El éxito correspondería a los grupos locales que, gracias al control de los mejores recursos de subsistencia, contarán con mayor potencial demográfico (*idem*, 1986, p. 139).

La difusión de innovaciones hacia Occidente como «prácticas metalúrgicas y, probablemente, el uso del caballo como animal de monta de prestigio» es una de las implicaciones de esta dinámica (*ibidem*, p. 141). Otra es que, en el curso de la misma, el metal transforma su significación social en otra militar y utilitaria (*ibidem*, p. 140).

En conclusión, las consecuencias que se hacen derivar de la com-

³² Véase nota 30. En este caso, la adscripción cultural procede de su obtención a través del mecanismo citado.

petencia por el metal y el cambio en su contexto funcional ilustran cómo «bienes “de lujo” y de subsistencia no se oponen como factores explicativos de la complejidad social», como proponía Gilman. Al contrario, «llegan a estar unidos en un lazo de retroalimentación positiva que no había existido previamente» (*ibidem*).

La importancia concedida por Shennan a la ideología se expresa de nuevo en su interpretación de otro de los cambios ocurridos en este momento: el paso al enterramiento individual. Al contrario que Gilman, no piensa que fuera «resultado de un incremento local de la diferenciación social» (*idem*, 1982a, p. 158). Sería efecto del «estímulo supuesto por el conjunto y el ritual de enterramiento campaniformes, asociado con una ideología derivada de las tradiciones de la tumba individual con cerámica cordada de Europa central y septentrional» (*ibidem*).

El enfoque regional de su trabajo se aleja también significativamente del adoptado por dicho autor. Esto es un lógico corolario de la atención inversa prestada por cada uno de ellos a los intercambios regionales. Para Gilman los cambios de la Edad del Bronce Antiguo responden a procesos regionalmente autónomos. En cambio, Shennan (*ibidem*, p. 157) ve «desarrollos convergentes» y «esencialmente contemporáneos» en Bretaña, Wessex y Europa central, territorios que contarían con un pasado de unidad «real» definido «por la posesión en grados variables de distintas partes del conjunto campaniforme». Así pues, debería considerarse la posibilidad de que «estuvieran integrados en un proceso más amplio» (*ibidem*).

Una vez finalizados estos comentarios acerca de algunas de las diversas y, a veces, antitéticas alternativas acerca de la Edad del Bronce europea, es el momento de la recapitulación general.

IV. CONCLUSIONES

El marco actual de los estudios de la Edad del Bronce lleva implícitos, a mi juicio, dos series de problemas. En primer lugar, hay un desajuste, incluso una contradicción, entre la periodización al uso y la naturaleza de los fenómenos históricos que interesan a un sector significativo de prehistoriadores. En segundo lugar, dichos fenómenos son objeto de explicaciones no siempre conciliables debido a su vinculación con posiciones antitéticas acerca de la causalidad cultural.

La periodización más generalizada acerca de esta época es de tipo convencionalista. Su «modelo» es una interpretación empírica de naturaleza cronológica. Sus deficiencias derivan de una mala aplicación de los principios del método tipológico en el que se fundamenta, tanto como de las propias implicaciones de dichos principios. A ellas se añade el problema de fondo de toda investigación de objetivo cronológico: su dependencia de una lectura histórica concreta cuya revisión hace variar de modo más o menos completo los indicadores que deben ser fechados.

Las secuencias «académicas» de las distintas regiones europeas no siempre cumplen las exigencias estadísticas y de asociación (estratigrafías, depósitos cerrados, dataciones fiables) del «método tipológico». En conjunto, no tienen en cuenta los factores de variabilidad y distorsión cronológicas introducidos por los contextos (social, funcional, de circulación) de los tipos arqueológicos. Todo ello impide controlar con el suficiente rigor la circularidad, intrínseca al procedimiento comparativo. Ahora bien, la objeción más seria a las periodizaciones al uso deriva de la concepción histórico-cultural a la que están subordinadas. La creencia en la falta de interconexión entre los diferentes aspectos de una sociedad se combina con un determinismo tecnológico, matizado por el protagonismo concedido a las relaciones intergrupales en el cambio cultural.

A tenor de esas premisas, la Edad del Bronce se define por el progreso creciente de las técnicas metalúrgicas, generalizado al conjunto del territorio europeo gracias a las actividades comerciales.

Como sugiere Rowlands, no es difícil ver en este tratamiento unitario de un espacio tan amplio y diferenciado la proyección al pasado del deseo actual de una unidad europea. Sin embargo, resulta ya imprescindible poner en cuestión este marco de análisis que afecta de manera terminante y decisiva todo el proceso de investigación.

Shennan (1987, p. 368) advierte, por ejemplo, que «la definición de las regiones relevantes para el estudio de los procesos socio-económicos en períodos particulares debe ser un efecto de la investigación más que una asunción apriorística». Pero la realidad es que muy pocos esfuerzos han sido destinados a ese fin. El de Coles y Harding (1979, p. VIII), siendo el más estimable en ese sentido, no acaba de lograrlo. Su propósito de superar las fronteras políticas modernas recorriendo a los límites geográficos obvia las coincidencias existentes entre unas y otros y la discusión diacrónica de la interconexión medio físico-cultura. Además la propia tradición investigadora europea,

más factores externos académicos y políticos, configuran unas síntesis «nacionales», «departamentales», «cantonales» o «autonómicas» difíciles de reestructurar en unidades significativas para el estudio del pasado, en una obra de conjunto de propósito didáctico. Se trata de un argumento adicional en favor de la urgencia y conveniencia de emprender específicamente tal reestructuración.

La creencia en que ya durante ese período existía una «identidad europea» es uno de los «dogmas» mejor asentados de la Prehistoria y, consiguientemente, un obstáculo añadido. Su carácter doctrinal queda claro no sólo por su condición apriorística, sino por la dificultad de fundamentarla en la información arqueológica.

En efecto, Coles y Harding muestran el cuadro de pequeñas comunidades casi totalmente autosuficientes sugerido por los estudios medioambientales y económicos de alcance local. En ese mismo sentido abundan los trabajos dedicados a los intercambios comerciales.

La investigación de estos últimos se centra tradicionalmente en la de la circulación a larga distancia de un número reducido de objetos exóticos o muy elaborados (metal, fayenza, ámbar, etc.), a cada uno de los cuales se asigna un origen geográfico específico. Su distribución sirve para proponer una red de transacciones, promovida desde las civilizaciones del Egeo, que conectaría entre sí las distintas culturas del territorio europeo homogeneizando sus desarrollos.

Esta lectura histórica lleva las consecuencias del comercio demasiado lejos. Sin entrar ahora en la cuestión de la realidad de los intercambios, dado el carácter elitista de los mismos, atribuye a la ideología y la reproducción social un efecto sobre las formas de vida del común de la población que es discutible (véase *infra*), máxime si se recuerda la escala espacial y temporal implicadas.

Hoy contamos con nueva y ampliada evidencia para abordar la cuestión a la que me he referido. Coadyuvan a ello el progreso en la datación radiocarbónica, en los análisis científicos de las mercancías y de las materias primas de sus presumibles áreas-fuente, el perfeccionamiento de las tipologías de los materiales y, sobre todo, la consideración de los contextos culturales afectados. Ha quedado de manifiesto el papel crucial de estos últimos tanto a la hora del estudio tipológico especializado como del planteamiento, ejecución y crítica de la investigación analítica.

El cuadro resultante permite unas veces desechar y, otras, limitar el protagonismo de los pequeños estados minoicos y micénicos en la

articulación del entramado comercial. Al mismo tiempo precisa la localización de la red de distribución de los productos.

La metalurgia occidental se considera resultado de un proceso fundamentalmente autónomo y, en todo caso, independiente de aquéllos. La composición química y distribución de las cuentas de fayenza han llevado a revisar su interpretación como resultado de intercambios entre las culturas de Wessex y Unëtica y del Mediterráneo oriental. Renfrew cree posible, incluso, hacerlas originarias de Gran Bretaña. En cambio, opina que el descubrimiento de que la mayoría del ámbar micénico procede del Báltico confirma la relación entre Dinamarca o el norte de Alemania y el mundo micénico.

En suma, hay elementos suficientes para defender el desenvolvimiento de un comercio a larga distancia durante la Edad del Bronce. La interacción más significativa desde el punto de vista económico es la que abastece a la industria metalúrgica de Europa septentrional de mineral centroeuropeo. Existen otros contactos, basados en evidencias cruzadas, entre los distintos territorios atlánticos del norte de Europa y unos terceros, peor definidos, entre los más septentrionales y Micenas. Por el contrario, no se ha demostrado el nexo entre ambos extremos del Mediterráneo.

Las líneas más generales de «la realidad de los intercambios» permiten pensar que, también en este aspecto, se les está atribuyendo un impacto global excesivo, impacto que puede desestimarse ya con seguridad para el caso de las culturas egeas. La fundamentación arqueológica concreta de los canales comerciales —especialmente, como es lógico, de aquéllos por los que se desplazan los objetos a mayores distancias— acrecienta esa impresión. Se fijan a partir de una dispersión de los mismos definida por concentraciones significativas con vacíos y hallazgos aislados, en contextos de variable fiabilidad. El itinerario sólo se advierte en algunos tramos de los cientos de kilómetros que recorren. Quizá por ello, se combina la información proporcionada por las distintas mercancías y se asume que el trayecto sigue las vías naturales de comunicación. La primera decisión no tiene en cuenta que la complejidad de los sistemas comerciales aconseja la investigación individualizada de sus canales de distribución. La segunda desestima la vinculación existente entre comercio y organización política, por la cual, las rutas comerciales que operan en un período dado son efecto de sucesos históricos (Muhly, 1973, p. 170).

En mi opinión, la evidencia relativa a los intercambios durante la Edad del Bronce está limitada en su alcance, tanto cronológica como

geográficamente. Apenas se sabe quién transportó qué, cómo, a dónde y cuándo. Otro tanto cabe decir de la referida a la estructura social de los grupos de la época sobre la que hay escasos estudios detallados (Gilman, 1981, p. 7), en especial, en el Mediterráneo occidental (Chapman, 1985). Ahora bien, lo que sabemos no justifica la definición del período por la generalización de las prácticas metalúrgicas gracias a las transacciones comerciales a larga distancia.

Esa concepción tradicional de la Edad del Bronce se ve gravemente afectada por toda la información empírica que se ha comentado. Kristiansen señala cómo responder, entre otras, a las cuestiones clásicas acerca de la significación de la metalurgia y el comercio requiere una doble contextualización. Hay que contar con estudios detallados y fiables de contextos culturales y cronológicos internacionales, regionales y locales. Pero dichos estudios deben combinarse con una postura clara en el debate teórico acerca de la naturaleza de la estructura que encuadra el proceso histórico.

Schortman y Urban distinguen dos fases en dicho debate. En la primera se promueven los estudios sobre la producción y reproducción sociales a escala local, insistiendo en las interconexiones tecnología-medio de culturas individuales. Es el momento de auge de las orientaciones vinculadas con la «Nueva Arqueología» cuyas aplicaciones siguen vigentes. La segunda fase se solapa con la anterior desde finales de los setenta. Se caracteriza por una investigación de la reproducción social a escala regional o interregional que busca intencionadamente superar la excesiva sencillez de los modelos explicativos previos. Preocupa tanto la interacción entre culturas como el papel de la ideología en el mantenimiento de la estabilidad social y la generación del cambio.

Conviene hacer dos precisiones relativas al tratamiento de la producción social y la ideología en cada una de ellas.

El objetivo que caracterizaba la segunda relega, lógicamente, una reflexión específica sobre los procesos de producción social. En consecuencia, se asumen expresa o implícitamente los definidos desde la «simplicidad» de la perspectiva de «mirar hacia dentro». Las propuestas coinciden con territorios donde la ejecución de las orientaciones nuevo-arqueológicas puso de manifiesto un cierto grado de complejidad social o precisó la ya conocida. Sólo por esas dos condiciones, sus posibilidades de generalización serían limitadas. Como se verá, además, puede ser aconsejable que así sea.

La ideología y la reproducción social juegan un papel significati-

vo en algunas de las versiones de los modelos definidos por Brumfiel y Earle para la explicación de la especialización, el intercambio y la complejidad social en el ámbito local. Tanto Renfrew («modelo de desarrollo comercial»), como Halstead y O'Shea («modelo de desarrollo adaptativo») tienen en cuenta bienes subsistenciales —esenciales— y otros cuyo valor está culturalmente adscrito, pero se ocupan fundamentalmente de estos últimos en relación con sus implicaciones económicas. Por el contrario, Shennan maneja su carácter de «denotadores» de las distinciones de estatus o rango para vincularlos con una determinada ideología de legitimación del poder.

Por mi parte, no he encontrado ningún prehistoriador que negara la tendencia humana a dar un significado social y simbólico a bienes materiales. Las opiniones encontradas surgen a la hora de enjuiciarlos como factores causales de la producción social —aquí la dicotomía materialismo-idealismo es terminante— y en relación con la reproducción social. Los puntos de discrepancia a propósito de esta última se plantean en torno al modo de evaluar arqueológicamente la significación de los objetos interpretados como símbolos de prestigio y riqueza, así como por la distinta trascendencia que cada alternativa teórica concede a su intercambio.

Ni siquiera las propuestas que han llegado más lejos en los intentos de objetivación de dicha significación (Renfrew, 1986, pp. 158-159) han logrado superar la barrera impuesta por la naturaleza «fetichista» del valor: es asignado de forma marcadamente arbitraria por un cierto contexto social. En la investigación prehistórica el terreno de lo simbólico e ideológico escapa pocas veces a la argumentación circular (Chapman, 1984, p. 1144), al recurso a presuposiciones etnográficas generalmente implícitas y, por tanto, carentes del estudio detallado que requeriría su comprobación arqueológica (Shennan, 1987, pp. 372 y 378) o, a lo peor, a la simple intuición.

Los autores neomarxistas y conexos ven en el intercambio de estos bienes un factor central en los procesos de reproducción social cuando existe una jerarquía política, por pequeña que sea, ya que no hay una correspondencia necesaria entre la escala y origen de la producción y reproducción sociales.

Los modelos explicativos acerca de las sociedades prehistóricas que tienen como referente ese marco teórico están lastrados, lógicamente, por los problemas comentados. Dan por sentada la existencia de elites que movilizan redes de intercambio a larga distancia, muy ramificadas, en sociedades cuya complejidad a veces es discutible. El

enfoque interregional escogido da por supuesto que existen principios interculturales comunes para denotar estatus y rango. Ello no concuerda bien con el determinismo cultural, asumido en mayor o menor medida, por dichos modelos (*cf.*, pp. 44-46). Coherentemente, no se presta atención a la comparación entre los contextos arqueológicos específicos de deposición de los bienes de prestigio. Esto sería imprescindible para poner a prueba la idea de que todos los objetos que integran el «equipo de estatus y rango», sea cual fuere su naturaleza y en cualquier lugar de la red, tienen el mismo «sentido».

Si las asunciones de los modelos de intercambio regional de riquezas quedaran demostradas, el alcance limitado de la jerarquización social en la mayoría de las sociedades de la Edad del Bronce, incluyendo las que sirven de base a las reflexiones de Shennan, permite poner en duda la trascendencia y el interés para la periodización de una actividad que afecta a un número tan reducido de la población. No parece que la idea de Schortman y Urban (1987, p. 75) de que ello quedaría compensado por el amplio alcance de las decisiones de los jefes en el conjunto social fuera aplicable en esos casos. Pero, si así fuera, se volvería a una Historia protagonizada por individuos (las elites aristocráticas y guerreras de siempre) que dejaría al margen el estudio esencial de las formas de vida del común de la población. El interés por la investigación de los intercambios de estos objetos de prestigio por parte de los autores que rechazan el conflicto como componente esencial de la sociedad no parece casual. Concentrarse en la reproducción social permite obviar el tema previo de cómo las elites llegan a serlo y cómo se articula su dominio *efectivo* sobre la población.

Earle (1987, pp. 297-298) estima posible combinar las teorías gerenciales y de control cuando «los problemas de supervivencia crean necesidades de liderazgo y, al mismo tiempo, oportunidades de control». Esto habría ocurrido hasta la revolución industrial ya que, con anterioridad, el principal límite a la producción habría sido el trabajo. El consenso de la población con su control por parte de los dirigentes habría dependido de que éstos combinaran sabiamente el paternalismo con una ideología convenientemente justificativa de la situación.

La forma más adecuada de averiguar la importancia relativa del «consenso» y la «coacción» en el mantenimiento del orden no es, a mi juicio, primar el primero mediante la investigación de los aspectos ideológicos del comportamiento social. Al contrario, debiera ha-

cerse lo propio con la definición de la producción. La desviación del registro arqueológico respecto a la conducta esperada en esa clave permite una mejor identificación e interpretación de los rasgos ideológicos y simbólicos —siempre tan inasibles— que su aislamiento y comparación a escala interregional. Ya se ha insistido también en la conveniencia y necesidad de contextualizar actividades tan traídas y llevadas como metalurgia y comercio, si se quiere evaluar su significación real en las distintas sociedades de la Edad del Bronce europea.

Mi insistencia en «la mirada hacia dentro» va encaminada a mostrar cómo los estudios de alcance local no llevan implícita ninguna «simplicidad interpretativa». Por el contrario, su ejecución desde una perspectiva teórica adecuada los hace sumamente relevantes para el conocimiento de la producción y reproducción sociales y de las cuestiones interactivas, dotándoles de posibilidades críticas superiores a las de muchos de los últimos modelos de alcance regional publicados.

La defensa de la contextualización tiene otra vertiente. Es, además, una llamada de atención relativa a que «el Sur también existe». El énfasis de prestigiosos autores británicos y nórdicos en los modelos interactivos da nuevos aires al componente difusionista de la concepción histórico-cultural predominante en la mayoría de los países mediterráneos. El alegato en pro de una «superación» del «corto» enfoque encaminado a averiguar la dinámica tecnología-medio de culturas individuales obstaculiza la transformación en curso en algunos sectores de esos países. El cambio se basa, precisamente, en la ejecución de programas hombre-medio y hombre-hombre de alcance local o regional sin las pretensiones transnacionales de los modelos de interacción entre unidades políticas paritarias y de núcleo-periferia. Se corre el riesgo de que estos últimos funcionen como «ideología», en el sentido más coactivo y desmovilizador del término, al menos, en mi contexto académico.

Unas observaciones finales a propósito de la periodización.

A mi entender, su revisión en profundidad viene exigida por el abandono de los presupuestos teórico-metodológicos que la fundamentan y la refutación empírica de elementos significativos de la misma. La complejidad del empeño requiere la apertura de un debate tan amplio y diversificado como fuera posible. Por mi parte, me parece aconsejable que mantenga una estructura convencionalista por las ventajas que proporciona su carácter formal. Su utilidad como «instrumento de análisis» del registro arqueológico y, dada la orientación actual de la disciplina, depende de que la estructura quede definida

por las variables implicadas en los procesos de producción y reproducción sociales. La interconexión y jerarquización de las mismas variará según el modelo teórico de referencia. Los vectores «espacio» y «tiempo» son fundamentales para poner a prueba las necesarias hipótesis contrastadoras. A ese respecto hay que lograr una definición diacrónica de las unidades territoriales significativas. Por lo que se refiere a las cronologías arqueológica y radiocarbónica están «condenadas a entenderse». La primera debe asentarse en asociaciones tipológicas bien contextualizadas y estadísticamente significativas. Las tipologías deben ser elaboradas a partir de criterios expresos y jerarquizados que contemplen la variabilidad y distorsión cronológicas introducidas por los contextos de aparición de las piezas. Los procedimientos cuantitativos complejos resultan una ayuda inestimable. La cronología absoluta, con las garantías específicas y de contraste con la anterior satisfechas, permite una generalización de las correlaciones interculturales a larga distancia y, salvo en el caso de verdaderas importaciones de culturas históricas, una definición de las conexiones sobre bases más susceptibles de contraste empírico que las del método comparativo.

La tarea es inmensa pero, si se tienen en cuenta algunos resultados locales y sectoriales ya disponibles y las perspectivas abiertas por los programas científicos de cooperación internacional, no resulta imposible.

4. LA PERIODIZACION DE LA EDAD DEL BRONCE DE LA PENINSULA IBERICA

I. INTRODUCCION

La importancia del estudio de las «Primeras Edades del Metal» en la península Ibérica para la Prehistoria europea en general ha sido reconocida expresamente por algunos investigadores (Renfrew, 1979a, p. 94). Es aquí donde se ha supuesto que aparecerían por primera vez en el territorio continental, la construcción de las tumbas megalíticas, la práctica del enterramiento colectivo o el vaso campaniforme, difundándose posteriormente al resto de Europa. Es igualmente en este extremo sudoccidental europeo, donde se dio a conocer, en una fecha muy temprana, la cultura de El Argar, cuyas características resultaron tan llamativas, en relación con lo que se conocía de la Edad del Bronce en la época, que algunos prehistoriadores llegaron a considerar que España podría ser el país «destinado a dar luz sobre las grandes cuestiones de la edad del bronce en Europa» (Van Beneden en Siret y Siret, 1890, p. V).

Todo ello ha determinado que la secuencia peninsular durante el Calcolítico y la Edad del Bronce haya sido objeto, fuera de nuestras fronteras, de una atención que no han merecido otros períodos. Tal circunstancia ha supuesto el incremento de las posibilidades de incorporación de la investigación ibérica a las nuevas corrientes de pensamiento surgidas en los últimos años, fundamentalmente en el mundo anglosajón.

Cabe distinguir dos fases en los estudios. La primera de ellas es la más prolongada. Se inicia con la investigación prehistórica española y llega a la actualidad. Se define por el enfoque histórico-cultural positivista (véase capítulo 1, apartado III.1). Las alternativas atañen a los factores de explicación del cambio cultural (difusionismo de distinto signo, importancia del factor étnico, etc.), al modelo de periodización escogido y, sobre todo, al contenido empírico cuya caracterización es el objetivo principal de la investigación.

La segunda fase se inicia con la introducción de las nuevas orientaciones teórico-metodológicas desde la década de los setenta, desarrollándose paralelamente a la anterior (*cf.* capítulo 1, apartado III.2 y III.5). Se abandona el «empirismo ingenuo» en el terreno epistemológico, asumiéndose en el antropológico-cultural concepciones «integradas» de la cultura. Las dos propuestas teóricas fundamentales son el funcionalismo (Chapman, 1978; Mathers, 1984*a, b*) y el materialismo histórico (Gilman, 1976; Lull, 1983, 1984*a, b*; Lull y Estévez, 1986) con una incursión en el materialismo cultural (Ramos Millán, 1981). Gran parte de la renovación se debe a la dedicación profesional de los prehistoriadores anglonorteamericanos al estudio del Calcolítico y Edad del Bronce peninsulares (Chapman, 1981*a, b* y 1982, 1983, 1984, 1985; Gilman, 1987*a, b*). Dicha dedicación incluye, en ocasiones, la participación en proyectos de investigación conjuntos (Chapman *et al.*, 1987).

El comentario de la bibliografía se estructura atendiendo a las fases indicadas. Comprende obras referidas tanto al Calcolítico y la Edad del Bronce como al período inmediatamente anterior al comienzo de la metalurgia ya que, como es lógico, su conocimiento es imprescindible para valorar los desarrollos posteriores. Me ciño a las de carácter más general y a las concernientes al sureste de la península Ibérica. Al tratarse de la «región clásica» existen frecuentes coincidencias entre unas y otras (*cf.* bibliografía citada).

El examen de las publicaciones se llevará a cabo insistiendo prioritariamente en la «historia interna» de la investigación. No me ocupo, en consecuencia, de todos los autores, ni de todos los títulos publicados de los incluidos sino sólo de una muestra que estimo representativa para su «reconstrucción racional»¹. El criterio para la selección de autores ha sido que existiera un consenso respecto a su influencia en la configuración de la Prehistoria española, deducido de la frecuencia con la que se recurre a sus obras y de la propia información recibida sobre este particular en el curso de mi formación académica y actividad investigadora.

Una segunda consecuencia del enfoque escogido es que la crítica bibliográfica pretende evaluar la coherencia interna de las distintas propuestas elaboradas por los estudiosos de los períodos citados. Así pues, inicialmente, no se considera si tales propuestas se adecúan o no a la información disponible en «el estado actual de la investiga-

¹ *Cf.* nota 13 del capítulo 1 y apartado II de dicho capítulo.

ción». Es decir, se busca averiguar si las conclusiones obtenidas en relación con la clasificación cronológica y cultural se deducen o no de los presupuestos enunciados por los prehistoriadores.

Las observaciones finales del capítulo irán destinadas, en cambio, a poner de manifiesto ese segundo aspecto, así como las cuestiones todavía pendientes a propósito de la aparición de la metalurgia en la Península, el carácter del complejo o complejos campaniformes y las causas de la complejidad social durante el Calcolítico y la Edad del Bronce.

II. EL ENFOQUE HISTORICO POSITIVISTA

II.1. *La Escuela Clásica o Escuela de Barcelona*

A. del Castillo (1975, pp. 500 y 505) en su contribución a la *Historia de España* dirigida por don Ramón Menéndez Pidal, emplea la denominación «escuela clásica» para referirse a Bosch Gimpera y a sus discípulos Luis Pericot y él mismo. Los términos seleccionados expresan fielmente las dos vertientes científicas esenciales de la personalidad de Bosch Gimpera. Por un lado, valoran su figura de gran maestro (Pericot, 1976, p. 23), responsable de la formación directa o indirecta de profesores universitarios, profesionales que trabajan en museos o centros de investigación o personas ajenas a esta dedicación profesional interesadas en la Prehistoria y Arqueología (Tarradell, 1976, p. 40). Este amplio y reconocido magisterio fue ejercido en muy diversos ámbitos (Comas, 1976b): fue catedrático (desde 1916), decano de la Facultad de Filosofía y Letras (1931-33) y rector (1933-39) de la Universidad de Barcelona, director del Museo de Arqueología de la misma ciudad (1923-32) y vicepresidente de L'Associació Catalana d'Antropologia, Etnologia i Prehistoria por citar sólo algunos de los cargos más relevantes. Desempeñó, además, una intensa actividad pública derivada de su colaboración con la Generalidad de Cataluña en temas conectados con su dedicación universitaria (reformas universitaria y de la enseñanza primaria) e investigadora (ley catalana de protección del patrimonio histórico-arqueológico-artístico, organizador del Servicio de Excavaciones, Comisario General de los museos arqueológicos, etc.).

La segunda vertiente que se recoge en la expresión citada atañe a

la influencia de la escuela constituida en torno suyo en la investigación prehistórica en su conjunto. En el «Seminario de Prehistoria» (1917) que dirigió se formaron L. Pericot, A. del Castillo, J. Maluquer de Motes, J. Martínez Santa Olalla, así como J. de C. Serrafols. Desde un principio se trabajó «en la sistematización de la Prehistoria peninsular y en el estudio de las relaciones con las culturas mediterráneas y del Occidente de Europa, así como en los problemas etnológicos de la misma región» (Comas, 1976*b*, p. 10). Tanto las publicaciones a las que estas actividades dieron lugar, como las colaboraciones establecidas con la escuela creada en Madrid por H. Obermaier y con el profesor T. de Aranzadi en el País Vasco (*ibidem*, p. 11), entre las más significativas, configuraron la «visión canónica» del desarrollo de las culturas prehistóricas peninsulares.

El respeto y reconocida veneración (Pericot, 1976, p. 36) que despertó y despierta todavía la honestidad de la trayectoria personal y profesional del doctor Bosch Gimpera hacen extraordinariamente delicada la tarea de revisar su contribución al pensamiento arqueológico. La sensibilización a ese respecto se incrementa por la confluencia de factores extra-académicos que dotan a su figura de un fuerte contenido simbólico (Alcina, 1976, p. 59; Tarradell, 1976, pp. 39-40 y 44). Pero, a mi entender, pobre homenaje se dedicaría a un prehistoriador como él, tan seriamente comprometido con el avance del conocimiento en su disciplina, obviando la historicidad de su obra. En cualquier caso, no parece que tal cosa fuera admisible en un libro como éste y cuando sus publicaciones constituyen punto de referencia inevitable para los interesados por las culturas peninsulares de los períodos comprendidos entre el Neolítico y la Segunda Edad del Hierro.

La magnitud de la obra de Bosch Gimpera requeriría el mismo estudio en profundidad de que ha sido objeto la de otros grandes prehistoriadores europeos (Trigger, 1982; McNairn, 1980) con los que ha sido comparado (Daniel, 1976, p. 63). Algunos de los tanteos preliminares en esa dirección (Comas, 1976*a*; Hernando, 1988; Martínez Navarrete, 1988*a*) son la referencia para los míos.

Mis observaciones sobre la escuela de Barcelona se centrarán, como es lógico, en las publicaciones de ese autor, cuyo contenido apenas fue modificado por su principal discípulo, L. Pericot (1934) (Navarrete, 1976, p. 18). A. del Castillo (1975, pp. 505-506) representa un caso especial. Definiéndose como crítico de la «escuela clásica» reproduce, en realidad, sus concepciones con ligeros ajustes de detalle.

Si lo traigo a colación aquí es precisamente por su contribución a esa *Historia de España*, emblemática de la filosofía de la historia nacionalista (Gilman, 1988, pp. 47-49) de la posguerra española. Se trata de un libro de frecuente consulta y, por tanto, de influencia no desdeñable en la configuración de una cierta manera de entender el pasado.

La exposición se inicia con la presentación de los fundamentos arqueológicos de la reconstrucción histórica de Bosch Gimpera. Más tarde, se comentan esta última y los presupuestos teórico-metodológicos que la sustentan. Las objeciones de A. del Castillo y las más propias al «sistema clásico» sirven como conclusión general del apartado.

Las bases para la reconstrucción histórica escogidas por Bosch Gimpera se han considerado «excesivamente esclavas de la metodología extranjera» (Castillo, 1975, p. 505): hasta 1932, siguiendo a Dechelette, clasificaba la Edad del Bronce, «a falta de cosa mejor», «con arreglo a las subdivisiones de Montelius-Kossinna para el Bronce nórdico» (Bosch, 1954b, p. 45).

«En 1932 se intentó ya ordenarla en sus aspectos geográficos, culturales y cronológicos, de acuerdo con lo que parecía desprenderse de los hechos entonces conocidos» (*ibidem*).

En realidad, lo que ocurre es que se introduce un nuevo sistema de periodización de tipo realista que coexiste y se superpone al que ya había de carácter convencionalista (*cf.* capítulo 2, apartados II.3 y II.4). Se inicia así la confusión que lastra la investigación de la Edad del Bronce hasta nuestros días.

En primer lugar, Bosch Gimpera (1932b, p. 145) señala las limitaciones insalvables de la información peninsular de cara a establecer una sistemática convencionalista, como en el centro de Europa, Francia o Inglaterra.

Los hallazgos «no proceden de sepulturas o de lugares de habitación, ni forman conjuntos». Cuando ocurre así, «son de los períodos iniciales según la cronología corriente (la cultura de El Argar) o del momento final correspondiente al Período IV intereuropeo (depósitos gallegos, portugueses, etc., con hachas de talón, y el depósito de la ría de Huelva, con espadas y fíbulas)» (*ibidem*). A ello se añade que los tipos metálicos se apartan de la evolución general por una «tenaz conservación de tipos arcaizantes, cuando en otros países éstos han desaparecido y son sucedidos por evoluciones rápidas que transforman [...] los tipos» (*ibidem*, p. 147).

Ahora bien, eso no supone ninguna objeción, en su opinión, para «tomar como marco dichos períodos [de la secuencia europea] y las subdivisiones del primero» (*ibidem*, p. 145). Por el contrario, resulta conveniente «para poder situar mejor dentro de la cronología general los hallazgos peninsulares». Ni siquiera es necesario «fundamentar esta cronología, que se apoya en los resultados de Montelius, Kossinna, Reinecke, Dechelette, etc., y para la fecha inicial, en H. Schmidt» (*ibidem*)².

A mi entender, lo que se desprende del texto es que Bosch Gimpera no pretende configurar la Edad del Bronce peninsular de acuerdo con un modelo convencionalista³, aunque, contradictoriamente, trata de encuadrarla en un contexto europeo que se ha fundamentado en unas relaciones de contemporaneidad y sucesión, imposibles de contrastar en el caso peninsular. Debido a los escasos elementos disponibles durante ese período en Portugal y España (*cf. supra*) para establecer una cronología cruzada con el resto de Europa, la correlación sólo puede hacerse a muy grandes rasgos (véanse cuadros 1 y 2), por lo que ni los períodos convencionales europeos, ni mucho menos las subdivisiones del primero de ellos pueden tener la utilidad que se pretendía. Eso no fue entendido así por el autor que empleó la comparación entre ambas secuencias como un procedimiento válido para precisar la cronología de la Edad del Bronce peninsular, como veremos, con cierto detenimiento, al final del apartado.

P. Bosch Gimpera estructura los primeros momentos de empleo del metal en la Península en dos grandes períodos, el Eneolítico y la Edad de Bronce, durante los cuales se desarrollan cuatro grupos culturales: «Cultura de Almería», «Cultura de las Cuevas», «Cultura de los megalitos portugueses» y «Cultura Pirenaica», continuadores de sus homónimos neolíticos.

Ese esquema será una constante en la obra del autor, cuyas sucesivas aportaciones al tema se centran en la definición de subfases de número creciente y cronología variable (véanse cuadros 3 a 5).

La periodización propuesta por Bosch Gimpera modifica el es-

² Al final de este apartado se discute la información empleada por Bosch Gimpera para asignar una cronología absoluta a la secuencia.

³ El rechazo expreso del autor (Bosch, 1954b, p. 46; *idem*, 1961, p. 44, n. 1) de las denominaciones «Bronce I» y «Bronce II», propuestas por el primer Congreso Nacional de Arqueología (Pericot, 1950) para referirse al Eneolítico y al período correspondiente a la cultura de El Argar, pone de manifiesto su preferencia por el modelo de periodización realista.

	<i>Periodización peninsular</i>	<i>Periodización europea</i>
C U L T U R A D E A L M E R I A	FASE INICIAL (El Garcel, Tres Cabezos).....	
	<div style="display: flex; align-items: center;"> <div style="margin-right: 10px;"> FASE DE TRANSI- CION A LOS MI- LLARES </div> <div style="border-left: 1px solid black; border-right: 1px solid black; padding: 0 10px;"> ENEOLITICO INICIAL (La Gerundia, La Pernera, Puerto Blanco, Parazuelos, Vélez Blanco). ENEOLITICO DE TRANSI- CION (Campos). </div> </div>	
	FASE ENEOLITICO PLENO. LOS MILLARES.....	1.º PERIODO EDAD DEL BRONCE: 2500-2200 a.C.
EDAD DEL BRONCE	FASE DE TRANSICION DE LOS MILLARES A LA EDAD DEL BRONCE (Lugarico Viejo, Fuente Vermeja).	EDAD DEL BRONCE Ic
	FASE DE EL ARGAR.....	EDAD DEL BRONCE II: 1800-1400 a.C.

CUADRO 2. *Bosch Gimpera, 1932b*

	Europa	España	Propuesta del autor
EDAD DEL BRONCE.....	Ia 2500 a.C.	ENEOLITICO	ENEOLITICO 2500 a.C./2000 a.C.
	Ib 2000 a.C.		LOS MILLARES
	Ic 2000-1700 a.C.	EL ARGAR	FORMACION DE EL ARGAR (Lugarico Viejo, Fuente Verme- ja): c. 2000 a.C.
	II 1700-1400 a.C.	—	EDAD DEL BRONCE. EL AR- GAR
	III 1400-1200 a.C. IV 1200-1100 a.C.	— RIA DE HUELVA	

CUADRO 3. Bosch Gimpera, 1944

CULTURA DE AL- MERIA	} FASE PRIMITIVA.	Grupo 1.º: 2700-2500 a.C.	(Contemporáneo del Campaniforme Estilo I).
		Grupo 2.º: 2500-2300 a.C.	(Se introduce el Campaniforme Estilo II).
EDAD DEL BRONCE.....	} FASE DE PLENO DESARROLLO DE LOS MILLARES: 2300-2100 a.C.	CULTURA PREARGARICA. FASE DE TRANSICION.....	(Lugarico Viejo, Fuente Vermeja).
		Ia: 1900-1600 a.C.	(El Oficio).
		Ib: 1600-1400 a.C.	(El Argar).
		II: 1400-1200 a.C.	(Fuente Alamo).
		ETAPA FINAL DE LA EDAD DEL BRONCE: 1200-900 a.C.	

CUADRO 4. *Bosch Gimpera, 1954b*

ENEOLÍTICO	{ Campaniforme Estilo I. Campaniforme Estilo II. Campaniforme Estilo III.	2500-2300 a.C. 2300-2100 a.C. 2100-1900 a.C.	Inicio C. Los Millares. Apogeo C. Los Millares.
EDAD DEL BRONCE	{ 1900-1800? a.C. 1800-1600? a.C. 1600?-1400 a.C. 1400-1100/1000? a.C.	TRANSICION A EL ARGAR ARGAR Ia ARGAR Ib ARGAR II	(Lugarico Viejo, Fuente Vermeja). (El Oficio, todavía arcaico). (El Argar, apogeo). (Fuente Alamo).

CUADRO 5. *Bosch Gimpera, 1975*

CULTURA ALMERIENSE	
NEOLÍTICO	{ Tres Cabezos. El Garcel.
ENEOLÍTICO	{ Parazuelos. Transición a Los Millares. Apogeo de Los Millares.
EDAD DEL BRONCE	{ Protoargárico o Preargárico. Argar I ^a , fase arcaica. Argar I ^b , fase de apogeo. Argar II.
	4300-3500 a.C. 3500-3000 a.C.
	3000-2700 a.C. 2700-2500 a.C. 2500-2300 a.C.
	1800-1600? a.C. 1600?-1400 a.C. 1400-1100/1000 a.C.

quema europeo en el sentido de que prolonga el «Eneolítico» peninsular, durante el período correspondiente al Bronce Ia-b: «En aquel período no hay bronce ni en la Península, ni en el occidente de Europa y sus características culturales son precisamente las de apogeo de las culturas que se inician en el eneolítico, y que toman entonces, coincidiendo con la progresiva generalización del cobre, un mayor vuelo» (Bosch, 1954b, p. 46; también en *idem*, 1961, p. 44, n. 1).

Al ser el cobre el metal empleado durante toda la etapa, «el nombre bárbaro de eneolítico o el filológicamente más correcto de calcolítico [...] tienen la ventaja de la claridad. La adopción del bronce, aunque tampoco cese el uso del cobre y aun de la piedra, comienza con [...] la cultura de El Argar», la verdadera Edad del Bronce (Bosch, 1954b, p. 47).

Conviene considerar ahora, por último, cuáles son las bases sobre las que descansa la secuencia elaborada por el autor: «las culturas eneolíticas del tercer milenio son susceptibles de ser divididas [...] en etapas, en parte por la estratigrafía de la cueva de Somaen [...] y de los castros portugueses, y por las asociaciones de sus rasgos en la cultura megalítica portuguesa y con los sepulcros almerienses» (Bosch, 1975, p. 202) ⁴.

La articulación concreta de estos presupuestos se va a analizar en las culturas «de Almería» y «de las Cuevas», por ser los grupos más directamente relacionados con el tema del libro.

La información que se maneja para el estudio del grupo almeriense (Bosch, 1932a, 1944) procede de excavaciones realizadas por L. Siret tanto en poblado como en sepulturas. Bosch Gimpera (1969, pp. 48 y 52-53) completó «la ordenación cronológica, ya intentada por Siret (1913) en gran parte», mediante las indicaciones orales de este último y «las asociaciones de hallazgos en las distintas localidades». Reconoce que para esta tarea «no tenemos más que la tipología ciertamente; pero ésta, a falta de otras precisiones [...] puede y debe utilizarse» (Bosch, 1969, p. 52). Así, dichas asociaciones «parecen confirmar la existencia de grupos cronológicos sucesivos. La cronología absoluta es estimativa, a falta de fechas de radiocarbono», de las cuales sólo se dispone en algún período (Los Millares) (*ibidem*, p. 53), y queda fijada por «los paralelos con las culturas mediterráneas» (*idem*, 1961, p. 52) ⁵.

⁴ Salvo que se haga constar expresamente, los énfasis en las citas textuales son míos.

⁵ Cf. nota 2.

La situación de la investigación de la «Cultura de las Cuevas» no es muy diferente.

Muchos de los hallazgos «proceden de excavaciones poco metódicas, sin estratigrafías conocidas y sin puntos de apoyo seguros para atribuirles una cronología» (*ibidem*, p. 46).

De nuevo, a falta de referencias estratigráficas, el autor (*idem*, 1954a, p. 149) considera que «la tipología conserva su valor, menos seguro, pero apreciable si se hace uso de ella prudentemente, a reserva de las rectificaciones que impongan ulteriores hallazgos, sobre todo los estratificados».

El problema reside en que difícilmente se puede determinar en qué medida la tipología se está usando con prudencia, cuando se carece de los datos de contexto que son los únicos que permitirían averiguarlo. Ello afecta, lógicamente, a la hipótesis de la complejidad creciente de los tipos decorativos sobre la que Bosch (1961, p. 46) fundamenta en gran parte la secuencia de la «Cultura de las Cuevas».

Otro tanto sucede con las «asociaciones de rasgos o hallazgos» que no son tales, puesto que se desconoce la conexión que realmente existió entre los elementos que aparecen hipotéticamente reunidos. Cualquier cronología cruzada que se elabore en estas condiciones no puede garantizar la contemporaneidad de los rasgos que se correlacionan, ni precisar la seriación de los mismos.

Las propuestas de asignación de datación absoluta carecen también de datos de contraste.

P. Bosch Gimpera (1932b, p. 145) recoge en sus primeras obras la datación del 2500 a.C. que H. Schmidt había asignado al inicio de la Edad del Bronce. Más tarde (Bosch, 1954b, pp. 48-49, n. 11) abandona esta fecha «que representaba el estado de la cuestión en su tiempo», a tenor de los puntos de contacto entre la cultura de Los Millares II y los períodos del Egeo (Minoico Primitivo III, de 2150 a 1950 a.C.) y de Egipto, que habían puesto de manifiesto los Leisner (1943) entre otros investigadores. Como consecuencia de ello, hay un momento en que sitúa el comienzo de Los Millares en el 2300 a.C. (cuadro 3).

La inconsistencia de los fundamentos cronológicos del sistema se evidencia cuando, prácticamente con los mismos argumentos, se vuelve a la primera datación (Bosch, 1961, p. 52): «los paralelos con las culturas mediterráneas [...] valorados especialmente por los Leisner» y «las fechas de radiocarbono» (2340 ± 250 a.C. y 1930 ± 250 a.C. para Los Millares y Navarrés, respectivamente) «comprueban nuestra an-

tigua cronología [...]. Los paralelos arqueológicos comprenden objetos que en Egipto pertenecerían al espacio de tiempo entre 2450 y 1792, en lo que irían de acuerdo la arqueología y el radiocarbono».

El autor escoge entre los paralelos propuestos en el Mediterráneo oriental para los objetos peninsulares, aquel foco difusor que más se ajusta al marco cronológico vigente. Hay que poner en relación este comportamiento con el interés de la investigación de la época en la búsqueda de elementos sincronizadores a larga distancia a partir de semejanzas establecidas, generalmente, sin las debidas garantías.

A su vez, la asignación de la fecha a un momento determinado del desarrollo del período debe realizarse por el mismo procedimiento de adecuar los datos a un esquema temporal previo.

Estos problemas, intrínsecos al método comparativo, se agravan en este caso por la falta de contextos estratigráficos y las debilidades de la tipología al uso. Pueden advertirse también en las cronologías defendidas por Bosch Gimpera para otros grupos culturales como el del vaso campaniforme, u otros períodos como la Edad del Bronce.

En relación con el primero y, dejando aparte las objeciones derivadas de su incorrecta comprensión de la estratigrafía de la cueva de Somaén (Barandiarán, 1975; Cajal Santos, 1981), la datación depende, por un lado, de los paralelos mediterráneos de la cultura de Los Millares, durante la cual se introduce por primera vez en Almería esa especie cerámica y, por otro, de las fechas europeas para los campaniformes de estilos III y IV (Bosch, 1961, p. 52): «puesto que Los Millares no tiene el tipo I, el clásico, sino sólo los II y III, yendo de acuerdo las fechas finales de Los Millares con las fechas del vaso campaniforme III y IV de Holanda e Inglaterra y siendo las iniciales las del vaso campaniforme II peninsular, el estilo clásico resultaría anterior a Los Millares», cuyo inicio se sitúa, como sabemos, «hacia 2500 a.C.».

Nos encontramos ante un argumento circular: precisamente la presencia de los campaniformes de estilos II y III había sido uno de los elementos empleados para establecer la duración de la cultura de Los Millares. En cuanto a la datación del estilo I, parece claro que su ausencia del poblado almeriense no es un hecho que permita por sí solo extraer conclusiones acerca de la posición cronológica de este tipo cerámico, respecto a la cultura de Los Millares. La explicación que se ofrece no se basa en los datos del yacimiento (paralelos mediterráneos o europeos), como parece desprenderse del texto de

Bosch Gimpera, sino en la estratigrafía de la cueva de Somaén, sin la cual tal explicación carece de sentido.

El estudio de la Edad de Bronce adolece de la misma carencia de datos estratigráficos que el Eneolítico. Bosch Gimpera (1954*b*, p. 90) la divide en dos facies: atlántica y argárica. Aquí me ocuparé sólo de la segunda, por ser la más directamente relacionada con el tema del libro.

La duración de la Edad del Bronce argárica no varía significativamente de unas publicaciones a otras (entre 1900-1200 a.C. en unos casos; entre 1800-1100/ 1000 a.C. en otros) (cf. cuadros 3 a 5). Sólo se modifica la fecha inicial que se rejuvenece o envejece de acuerdo con el valor concedido a la datación propuesta por H. Schmidt para el comienzo de la Edad del Bronce (*ibidem*, pp. 48-49, n. 11). Lo que no sufre ningún cambio es la estructura de la secuencia (dos períodos, el primero de ellos con dos fases) que, por otra parte, se ajusta bastante a la sistemática europea (Bronce II y III) (cuadro 2).

La explicación de esa situación se encuentra, en gran parte, en las cuentas de fayenza aparecidas en la necrópolis almeriense de Fuente Alamo que, por documentarse también en otros yacimientos europeos, serán el elemento clave de la periodización.

P. Bosch Gimpera (1932*b*, pp. 146-147) afirma que estas cuentas se conocen en Inglaterra desde el final del Bronce I («*round barrows*») y no llegan al Bronce IV y son muy frecuentes en Egipto en la época de Tell-el Amarna (c. 1400 a.C.), aunque comienzan mucho antes. En su opinión, esto situaría la ocupación de Fuente Alamo «hacia la transición del Bronce II al Bronce III (1400)», sirviendo tal fecha como indicador del inicio de la segunda fase de la cultura de El Argar (*idem*, 1954*b*, p. 50; *idem*, 1975, p. 399).

En realidad, lo que está haciendo de nuevo el autor, como antes otros investigadores, es seleccionar de manera convencional y arbitraria, dentro del amplio margen de empleo del tipo, una fecha que coincida con un período preestablecido de la Edad del Bronce europea. En efecto, las cuentas de fayenza inglesas se conocen durante todo el Bronce II y III, por lo que su paralelo español puede corresponder a la transición entre dichos períodos, tanto como a cualquier otro momento comprendido entre sus límites. Tampoco en el caso de Egipto las piezas se restringen al 1400 a.C., como parece deducirse del modo en que se emplea esa fecha.

Queda comentar, por último, el procedimiento seguido por P. Bosch Gimpera (1932*b*, pp. 146-147) para la datación global de la

Edad del Bronce argárica. Esta se basa en el hecho de que la cultura de El Argar «viene precedida en España por grupos culturales en relación con otros europeos del Bronce I» (cuadros 1 y 2); en el «sincronismo de sus momentos avanzados con la parte central de la Edad del Bronce inglesa», así como en la presencia en cistas argáricas portuguesas de grabados de armas atribuibles al segundo período de la Edad del Bronce europea.

Los argumentos aducidos por P. Bosch Gimpera permiten afirmar que la cultura de El Argar es contemporánea del Bronce II y III europeo pero, como en el caso de las cuentas, no proporcionan ninguna indicación sobre el momento preciso en que tal suceso ocurre. Ya se ha expuesto cómo la fecha del 1400 a.C. que se le asigna depende de una decisión personal del investigador. Ese es el único elemento de sincronización con la periodización europea disponible. A partir de este punto de referencia «bien establecido» la secuencia de El Argar se completa calculando una duración convencional de unos doscientos años a cada uno de los sitios (El Oficio, El Argar, Fuente Alamo) que se han escogido para representar las sucesivas fases de la cultura. El hecho de que la periodización europea se construyera a partir de criterios muy parecidos explica la aparente coincidencia entre esta periodización y la peninsular. Ello produce la falsa impresión de que también esta última es de tipo convencionalista. Ahora bien, la diferencia existente entre la fundamentación de una y otra es importante. La Edad del Bronce europea está estructurada de acuerdo con sincronismos basados en estratigrafías o depósitos cerrados. La secuencia española, por el contrario, lo hace en poblados sin estratigrafía, lo que supone no sólo que su asignación a una fase determinada sea puramente intuitiva, sino que también lo sea la posición cronológica relativa que se les atribuye.

En definitiva, debe matizarse la convicción imperante en la Prehistoria peninsular de la primera mitad de siglo, que tan explícitamente enuncia P. Bosch Gimpera (1969, p. 52), de que es mejor tener una secuencia elaborada sobre bases tipológicas que no disponer de ninguna. En los años en los que este autor inicia su trabajo esto es rigurosamente exacto. Gracias a él, se introduce una lectura histórica comprensiva en lo que previamente no era más que una masa amorfa de restos arqueológicos mudos. Esto convierte al doctor Bosch Gimpera en uno de los principales responsables de que la Prehistoria llegue a ser en España una disciplina con entidad propia y una relevancia social hasta entonces inexistente e inimaginable. Otra

cuestión muy distinta son las consecuencias que tuvo su asunción por los investigadores de la segunda mitad del siglo. Se paralizó la búsqueda de nuevos instrumentos de análisis que reunieran las garantías para la reconstrucción histórica exigidas por el avance del conocimiento. Pero no se puede hacer responsables a «los clásicos» de la falta de sensibilidad crítica y perspectiva histórica de quienes se sirvieron de su obra⁶.

La reconstrucción histórica efectuada por Bosch Gimpera a la que he hecho referencia está contenida fundamentalmente en su *Et-nología de la península Ibérica* (1932a), una síntesis de la Prehistoria peninsular que el autor mantendrá sin cambios muy significativos hasta el final de su vida (*idem*, 1944 y 1975).

La división en grupos culturales del Neolítico final que allí se presenta se conserva en parte incólume, como veremos, incluso hoy, medio siglo después, aun a pesar de que las bases para su definición resultan, en ocasiones, seriamente cuestionables.

Como sabemos, los grupos que el autor establece durante esa fase son la «Cultura de las Cuevas», la «Cultura de Almería», la «Cultura de los Megalitos Portugueses» y la «Cultura Pirenaica». Me ocuparé aquí del análisis de las dos primeras.

La «Cultura de las Cuevas»

Corresponde a los descendientes de los grupos capsioses del África Menor, que habían llegado a la Península desde el final del Paleolítico superior. En el Neolítico final podían considerarse ya plenamente asentados.

Bosch Gimpera define esta cultura por los siguientes rasgos:

1. Localización en cuevas situadas en zonas montañosas.
2. Instrumental lítico pobre. Sus tipos más característicos son las láminas y los microlitos geométricos. Sólo excepcionalmente emplean hachas de piedra.
3. Economía pastoril que no excluye un «cultivo rudimentario» (*idem*, 1932a, p. 70)⁷.

⁶ Mis opiniones previas (Martínez Navarrete, 1988a, pp. 391-392) demuestran una lamentable descontextualización histórica de la cuestión. Debo a los doctores Alonso del Real y Gilman la toma de conciencia acerca de la urgente necesidad de su rectificación.

⁷ El autor no hace ninguna declaración expresa sobre la información que ha ma-

4. Relación con las etapas «seminaturalistas» del arte rupestre (*idem*, 1954a, p. 144).

5. Cerámica a mano de paredes gruesas, decorada primero con digitaciones, unguilaciones y aplicaciones de cordones (a veces digitados) o pastillas y, después, incisa.

Durante la fase que el autor (*ibidem*, p. 149) denomina «Eneolítico inicial», «*por parecer contemporánea de los comienzos del uso del cobre en las localidades de la cultura almeriense*» tiende a desarrollarse «el relieve en la mitad norte de España y la incisión en la mitad sur y en Africa». Al tiempo se complican los motivos y composición de esa última técnica decorativa, lo que «preludia el sistema de decoración clásico de la cerámica del vaso campaniforme».

En una «etapa avanzada» (*idem*, 1944, pp. 64-65; *idem*, 1975, pp. 203-204) y, por razones que no son explicadas, algunos grupos de la «Cultura de las Cuevas» abandonan la habitación en cuevas y la economía pastoril para asentarse al aire libre, en los grandes valles del Guadalquivir, Guadiana y Tajo. Allí desarrollan una agricultura extensiva más o menos avanzada. Durante la colonización de estos territorios, la cerámica de la «Cultura de las Cuevas» se «convierte en la del vaso campaniforme».

En opinión del autor (*idem*, 1975, pp. 203-204): «Probablemente el lugar de formación de la cerámica del vaso campaniforme fue principalmente el valle del Guadalquivir, aunque al mismo tiempo aparece en la Meseta inferior, en el valle del Tajo (provincia de Toledo), con sus afluentes de la provincia de Madrid [...], así como en otros lugares del centro de España [...] (provincias de Segovia, Zamora y Soria) llegando a infiltrarse» en zonas donde la «Cultura de las Cuevas» se mantenía en su forma clásica por el aislamiento geográfico (ciertos núcleos en Cataluña y Valencia).

El vaso campaniforme (*idem*, 1944, p. 67) «representa el apogeo de la cultura eneolítica y un período muy largo de relaciones comerciales y de desarrollo de la metalurgia».

La evolución formal y decorativa de esta especie cerámica da lugar a tres tipos sucesivos bien diferenciados, que constituyen autén-

nejado para llegar a esta conclusión. Si reparamos en la carencia de análisis económicos (faunísticos, paleobotánicos, etc.) existente en la época, hay que concluir que aquella debió basarse en la ubicación de los asentamientos, la temática del arte que se atribuye a esta cultura y el material lítico, caracterizado por la escasez de instrumentos como hachas pulimentadas o piezas de sílex, relacionadas con las prácticas agrícolas.

ticos fósiles-guía del período. Todos ellos, conviene insistir en esto, pertenecen al mismo complejo cultural, al parecer (*idem*, 1932a, p. 164) de campesinos, a juzgar por la localización de sus hallazgos en llanuras cultivables y por el hecho de que «apenas aparecen armas (las escasísimas de Carmona y el puñal de Ciempozuelos)».

Ahora bien, la conversión de las cerámicas tradicionales de la «Cultura de las Cuevas» en modelos campaniformes no es la única transformación que dicha cultura experimenta durante el «Eneolítico pleno». En algunos lugares, la expansión de otros grupos culturales determina (*ibidem*, p. 78) la «desaparición» de la «Cultura de las Cuevas» o su «mezcla» con los «invasores», salvo en puntos aislados del territorio ocupado, donde puede llegar a sobrevivir. En otros, en cambio, el aislamiento geográfico permite la «pervivencia» de poblaciones más amplias pertenecientes a dicha cultura (*cf. supra*).

Así, por ejemplo, la «Cultura de las Cuevas» desaparece de Extremadura, Segovia y Salamanca por la «invasión» de la «Cultura Portuguesa» y del valle del Ebro por la de la «Cultura de Almería». Por el contrario, en el «Sur de Cataluña, Bajo Aragón y Reino de Valencia» surgirá una cultura (la de Salamó), como resultado de «una mezcla» de los elementos indígenas capsioses con los importados, por invasión, de la cultura de Almería».

P. Bosch Gimpera (1954a, p. 151) señala que su final es «todavía mal conocido. Después del desarrollo del vaso campaniforme y las complicadas relaciones del eneolítico [...] parece desaparecer de la mayor parte de la península Ibérica, sobreviviendo sólo en zonas de arrinconamiento y renaciendo tardíamente» en grupos catalanes de la primera Edad del Hierro y «en la cultura ibérica del Bajo Aragón y de Cataluña».

La «Cultura de Almería»

Tiene, según el autor, rasgos claramente diferenciables de los de la «Cultura de las Cuevas». Su distribución inicial se restringe a «una pequeña zona litoral en las cuencas de los ríos Almanzora y Antas (Almería) frente a la región de Orán» (*idem*, 1932a, p. 145). Su localización geográfica, unida a sus elementos constitutivos, le llevan a interpretar su aparición como resultado de una invasión de poblaciones de la «Cultura Sahariana». Esta cultura había alcanzado aquella región africana en el Neolítico, atravesando el Mediterráneo para llegar a Almería en una fase avanzada de ese período, sin que el autor

valore su propia afirmación de que «en la región de Orán no se conocen estaciones saharianas» (*idem*, 1944, p. 70), como una posible refutación de tal hipótesis.

La primera definición de la «Cultura de Almería» (*idem*, 1932a, pp. 145-146) comprende una relación de nueve rasgos, que quedaron reducidos a cinco, treinta y siete años después (*idem*, 1969, p. 49), de los cuales sólo los tres primeros se consideraban esenciales:

1. Hábitat al aire libre, en poblados fortificados ⁸.
2. Puntas de flecha de sílex de ciertos tipos (triangulares con pedúnculo o lenticulares y foliáceas) (*idem*, 1932a, p. 146).
3. Cerámica sin decoración ⁹.
4. Brazaletes de pectúnculo.
5. Sepulcros «no megalíticos» ¹⁰.

La narración del desarrollo histórico de las ideas del autor acerca de esta cultura ofrece unas dificultades que no existían en el caso anterior. Tales dificultades son debidas a las modificaciones introducidas por Bosch Gimpera a lo largo de sus investigaciones, tanto en lo que se refiere a la secuencia propuesta, como a la interpretación de las fases más significativas de la misma. Sólo se mantiene inalterada la hipótesis de su origen africano.

El primer problema puede solventarse recurriendo a la elaboración de cuadros (véanse cuadros 1-5) y al empleo de las últimas periodizaciones publicadas, como esquema de trabajo. Para acometer el segundo sin que se resienta el nivel descriptivo que me interesa mantener en esta parte de la exposición he remitido las precisiones críticas a notas, siempre que ha sido posible.

La etología de los grupos «pastores, cazadores, guerreros» saharianos (*idem*, 1975, p. 197), en el momento de su implantación en la

⁸ En otras ocasiones se definen como «estaciones al aire libre» (Bosch, 1954a, p. 140) o «colinas fáciles de defender» (*idem*, 1975, p. 198) sin mencionar la existencia de fortificaciones.

⁹ La afirmación inicial de que la «Cultura de Almería» tiene cerámica «siempre sin decorar» (Bosch, 1932a, p. 149), se verá contradicha con posterioridad al admitirse la posibilidad de que pueda tener «decoraciones distintas» de las de la «Cultura de las Cuevas» (*idem*, 1954a, p. 140).

¹⁰ En su *Etnología de la península Ibérica*, el autor (Bosch, 1932a, p. 146) los define como «fosas u hoyos excavados en tierra, revestidos de piedra que acaban por formar una cista, cubiertas a menudo por un túmulo». En otras ocasiones (*idem*, 1961, p. 46) se admite también que las sepulturas fueran simplemente un lugar donde se depositaban los cadáveres «sobre el suelo», protegiéndolos «con un montón de piedras».

zona costera almeriense, es otro aspecto que queda muy confuso en la obra de Bosch Gimpera. Ello implica un importante grado de indeterminación a la hora de tratar de evaluar su punto de vista a propósito de sus relaciones con los indígenas de la «Cultura de las Cuevas».

El autor en unos casos, afirma que fueron un «pueblo fuerte de guerreros que, al adaptarse a las variadas necesidades de los lugares que ocupan, y a las posibilidades de vida que encuentran, se hacen sucesivamente pastores, agricultores, mineros» (*idem*, 1932a, p. 148). En otros, sostiene que fueron simultáneamente «agricultores y mineros [...] *sumamente belicosos*» (*idem*, 1944, p. 68). Si tenemos en cuenta que estos rasgos del comportamiento de los hombres de la «Cultura de Almería» sólo han podido deducirse de elementos tipológicos¹¹ que ven modificada su posición cronológica de unas publicaciones a otras, comprenderemos los problemas insolubles que plantea averiguar cuál fue la opinión definitiva de P. Bosch Gimpera acerca de la idiosincrasia de dicha cultura, así como del tipo de trato (pacífico o no) que se estableció entre sus miembros y los de la «Cultura de las Cuevas».

La «fase neolítica» de la «Cultura de Almería» corresponde al momento de implantación de los grupos saharianos entre las poblaciones capsenses de Almería (*idem*, 1932a, p. 145). Cabe pensar, por lo tanto, que sea aquélla en la que los rasgos foráneos aparecen con mayor pureza. Sin embargo el autor, además de mencionar los nuevos tipos de sepulcros, asentamientos, cerámicas y adorno, señala a veces la presencia de microlitos geométricos (*ibidem*, p. 148; *idem*, 1969, p. 53) o, lo que resulta más sorprendente todavía, la ausencia de puntas de flecha (*idem*, 1969, p. 53)¹², la cual «indicaría acaso que el es-

¹¹ Como en el caso de la «Cultura de las Cuevas» (*cf.* n. 7) no disponemos de datos económicos. Los rasgos que se emplean como base de la caracterización están, también aquí, implícitos, por lo que no siempre resulta segura su identificación. Así, por ejemplo, parece claro que el autor atribuye la presencia de puntas de flecha o poblados fortificados al supuesto carácter belicoso de los almerienses o la aparición de cobre o escorias de fundición en los yacimientos, a su condición de mineros. Resulta, en cambio, más difícil averiguar las razones que le llevaron a considerarlos agricultores (¿localización del hábitat?, ¿presencia de hachas?).

¹² Este hecho no puede atribuirse a que el autor hubiera reclasificado los yacimientos asignados al Neolítico de unas publicaciones a otras. El de Tres Cabezas, por ejemplo, que se fecha en esa fase en todos los casos, unas veces tiene puntas de flecha (Bosch, 1932a, p. 148; *idem*, 1975, p. 198) y otras no (*idem*, 1969, p. 53).

tablecimiento de los almerienses entre las gentes de la cultura de las cuevas habría sido pacífico».

La aparición de microlitos geométricos podría deberse a la «combinación» de los rasgos típicos de la «Cultura de Almería» con los de las «últimas supervivencias» de la «Cultura de las Cuevas» (*ibidem*, p. 51), que ocupaba el territorio donde se implantaron los recién llegados. Ahora bien, tampoco se excluye (*ibidem*, p. 54) que «ya los almerienses al pasar en África por el territorio del Neolítico de tradición capsiese, del que salió allí la población de la cultura de las cuevas» hubiera adoptado los microlitos.

El «*Eneolítico inicial*» tiene dos fases sucesivas, representadas por los poblados de El Garcel y Parazuelos.

La etapa de El Garcel (*ibidem; idem*, 1975, pp. 231-233) se caracteriza por un desarrollo de la industria lítica tallada (raederas, raspadores, láminas) o no (molinos, hachas pulimentadas), destacando en la primera la riqueza de microlitos y la presencia de puntas de flecha. Hay también nuevos tipos cerámicos (tinajas ovoides con cuello cilíndrico).

La «abundancia de microlitos que se observa» en este período «representaría la fusión» de las poblaciones de la «Cultura de las Cuevas» y «de Almería», en el caso de que la incorporación no se hubiera producido ya, como consecuencia de los contactos africanos entre ambas (*idem*, 1969, pp. 53-54).

La aparición en El Garcel de escorias de cobre y de un ídolo de violín plantea dos problemas interesantes, correlacionados: el posible origen autóctono de la metalurgia y la eventualidad de contactos entre los almerienses y grupos mediterráneos.

P. Bosch Gimpera no es muy explícito a este respecto. Inicialmente (*idem*, 1932a, pp. 146 y 148) afirma que el pueblo almeriense «llega muy pronto» al conocimiento del cobre y «quizá es su descubridor en España». Para ello se basa en las escorias de El Garcel, prueba de que los almerienses «debieron descubrir los filones de cobre superficial» y de que tantearon ya el trabajo del metal. Posteriormente, en cambio, la dificultad de una datación segura de los hallazgos de ese poblado le llevan a prescindir de él en su periodización (*idem*, 1944) o a sugerir la pertenencia de las escorias y del ídolo de violín a «los últimos tiempos de la ocupación del poblado que entrarían en la etapa siguiente» (*idem*, 1969, p. 54).

El hecho de que al autor (*idem*, 1975, p. 233) el ídolo le parezca egeo le lleva a sugerir (*ibidem*, p. 201) que «Acaso entre 3500-3000

comenzó ya una relación mediterránea que buscó el cobre de Almería». Volveré sobre la cuestión del comercio mediterráneo de metal con más detenimiento, más adelante.

Ahora se produce la primera expansión de la cultura almeriense fuera de su territorio, si bien sólo alcanza por el momento el Sudeste y Cataluña (*idem*, 1969, pp. 55-56 y 76). Tal expansión, que proseguirá durante todo el desarrollo almeriense, produce reacciones muy diversas en la población de la «Cultura de las Cuevas», como sabemos (*cf. supra*).

El poblado de Parazuelos (*ibidem*, pp. 55-56; *idem*, 1975, pp. 233-239), que define la segunda fase del «Eneolítico inicial», proporciona la primera información sobre las viviendas de la «cultura de Almería». Se trata de «habitaciones rectangulares hechas de piedras y barro» (*idem*, 1975, pp. 233-234). La industria lítica ve desaparecer los microlitos geométricos. Son novedad los punzones de hueso y las cuentas de calaíta y otras piedras duras.

Hay dos rasgos especialmente significativos de la etapa. El primero es que «son ya muy sensibles las relaciones mediterráneas, y con ellas se recibe el tipo de las cuevas artificiales de Sicilia, abundando los ídolos egeos» antropomorfos «y comenzando a generalizarse el uso del cobre» (*idem*, 1969, p. 56).

Este último se documenta en el poblado en forma de punzones, un puñal sencillo, puntas triangulares (¿de flecha?) y escorias.

La segunda nota destacable es la expansión almeriense «por la zona andaluza inmediata a Almería», lo que provocará unas «relaciones con el resto del sur de España y con la cultura portuguesa» (*ibidem*). Las conexiones con el sur y oeste peninsulares se basan en la aparición en tales regiones de los objetos (ídolos, cerámica pintada) o tipos sepulcrales (cuevas artificiales) de procedencia mediterránea, llegados de Almería. La ausencia de cuevas artificiales en esa provincia no constituye ninguna objeción a esta hipótesis. Cabe atribuirle al escaso desarrollo de la investigación. Por otro lado, el número creciente de estos tipos sepulcrales «en los territorios influidos por» la Cultura de Almería como, por ejemplo, el sudeste de España y Andalucía (*ibidem*, p. 57) sólo puede explicarse en ese supuesto¹³.

Como consecuencia de estos contactos con la «Cultura de Almería» se introduce también en Andalucía y Portugal el uso del metal.

¹³ Repárese en que es precisamente la adecuación de ese presupuesto a la información disponible lo que se trata de comprobar.

Ello nos remite a un tema que ya quedó apuntado en la fase anterior: el carácter de las relaciones mediterráneas durante el Eneolítico inicial.

Según el autor (*ibidem*, p. 56), «se [debieron] acaso a una explotación del Occidente en que se llegó a Almería, descubriéndose los yacimientos nativos de cobre que se comenzarían a explotar por los almerienses, quienes propagarían su uso pronto por Andalucía y entrarían en contacto con la cultura megalítica portuguesa, en cuyo territorio habrían de encontrarse también yacimientos de dicho metal».

El texto parece apuntar a un factor externo (las relaciones mediterráneas) como motor de la metalurgia almeriense. Sin embargo, en otra obra posterior (*idem*, 1975, p. 236), Bosch Gimpera estima que las relaciones mediterráneas habrían producido simplemente «la intensificación de la explotación del cobre —cuyo comercio sería el motivo principal de aquellas relaciones». Este párrafo, al contrario que el anterior, da a entender que la existencia de tal explotación fue la causa que motivó el desarrollo de los contactos mediterráneos.

En consecuencia, no me queda clara la opinión de P. Bosch Gimpera respecto al origen de la metalurgia peninsular.

La siguiente etapa del *Eneolítico* se define como de «transición a la cultura de Los Millares». Está representada por el poblado de Campos (*idem*, 1969, p. 59) con «habitaciones dispersas dentro de doble recinto amurallado», abundante metal (punzones, hachas planas); puntas de flecha y cuchillos sierra de sílex, hachas de piedra, punzones de hueso y una cerámica de formas cilíndricas, de cuenco, o bicónicas y ovoides, a veces con decoración de líneas en ziczac incisas».

No se hace ninguna mención a las relaciones mediterráneas en esta época y las alusiones a la expansión territorial almeriense durante la misma son muy breves y restringidas a Cataluña. Según el autor (*ibidem*, p. 77), a esta etapa y a la anterior «pertenería acaso la mayor parte de los sepulcros catalanes».

«Esta etapa sería paralela de la del gran desarrollo de la cultura portuguesa en que ya están aclimatadas las sepulturas en cuevas artificiales del tipo de Palmella, con gran abundancia de vaso campaniforme» que no penetra en Almería hasta la fase siguiente (*ibidem*, p. 59).

El «*Eneolítico pleno*», última fase de ese período, corresponde al apogeo de la «*Cultura de Los Millares*», ejemplificada en el yacimiento epónimo y en el de Almizaraque.

Bosch Gimpera sostuvo siempre el carácter peninsular de esta cul-

tura, si bien en su formación concedió distinta importancia al factor occidental. En sus primeras obras atribuye su aparición a una «infiltración portuguesa» (*idem*, 1932a, pp. 151-152; *idem*, 1944, pp. 72, 81-82)¹⁴. En cambio, más tarde la definirá como una «cultura mixta de tipo predominantemente almeriense, pero con la adopción de multitud de rasgos portugueses» (*idem*, 1969, p. 61). Esta última versión no excluye los desplazamientos de población: es posible que «portugueses llegasen a Almería y almerienses a Portugal, en relaciones activas de comercio» (*idem*, 1975, pp. 239-240).

La «Cultura de Los Millares» es el cenit de la «Cultura de Almería» por el nivel que alcanzan durante la misma metalurgia (cobre y plata) y las relaciones con el Mediterráneo y el resto de la Península (*idem*, 1944, p. 72) que van a enriquecerla significativamente.

Las influencias portuguesas (*idem*, 1969, pp. 60-61) llegan por dos rutas: «desde Extremadura hacia Córdoba y seguir hasta las extensiones almerienses» y por el valle del Guadalquivir desde donde «posiblemente el vaso campaniforme se introdujo en la cultura de Los Millares».

Pero los contactos portugueses no sólo actúan como intermediarios para la incorporación de ese tipo cerámico. Con ellos llegan rasgos específicos de la cultura occidental como los sepulcros megalíticos de corredor, nuevos tipos de ídolos (placa, falange), objetos rituales (sandalias, cayados) o piezas de sílex (alabardas, puñales, puntas de flecha de base cóncava) (*ibidem*).

Una prueba de la vinculación que se produce entre los distintos grupos peninsulares en este momento es la «decoración en la cerá-

¹⁴ En su *Etnología de la península Ibérica*, Bosch Gimpera (1932a, pp. 151-152) puntualiza la idea de Siret (1913) de que la «Cultura de Los Millares» surge «por la invasión de un pueblo forastero [...] de origen oriental». Está de acuerdo con él en el carácter foráneo de dicha cultura, pero opina que su creadora sería «una cultura netamente occidental y precisamente portuguesa [...]». Lo prueba [...] su extensión geográfica por todos los caminos que de Portugal llevan, a través de Extremadura y Andalucía, a Almería».

En el «Poblamiento antiguo» completa esa tesis (Bosch, 1944, pp. 81-82): «los megalitos que se encuentran a lo largo de esta ruta, con material portugués exclusivamente [...] indican que es todo el complejo de cultura el que avanza y no una mera relación [...]. Posiblemente este "raid" portugués hizo desaparecer la cultura del vaso campaniforme de Andalucía, llevando algunos elementos de población portuguesa hasta Almería, en donde se mezclaron con los almerienses [...] y, como reacción provocó otros "raids" almerienses que colonizaron Sierra Morena y se infiltraron en el Sur de Portugal en la primera etapa subsiguiente».

mica de ciervos esquemáticos [...] común a Almería, Andalucía, Portugal y hasta de la cultura del vaso campaniforme del Centro de España» (*ibidem*, p. 65).

Un tema de especial relevancia para la comprensión del período es el alcance de las influencias mediterráneas. El autor atribuye a

una intensa relación con las islas del Mediterráneo Occidental, en donde Malta es el puerto avanzado de la relación egeo-anatólica [...] el nuevo tipo de ídolo de forma humana de Los Millares [...] y sin duda un perfeccionamiento de la técnica arquitectónica [murallas con torres, orthostatos labrados, generalización de la falsa cúpula] (*ibidem*).

Acaso también la conversión del poblado almeriense [de Los Millares] en una verdadera ciudad, aunque estamos lejos de las urbanizaciones de los países orientales [*idem*, 1975, p. 242].

Otros autores ven en ello una verdadera colonización mediterránea. Bosch (*ibidem*) estima que

es injustificado, pues se trata de rasgos culturales que no transforman la personalidad de las respectivas culturas, introduciendo el conjunto de la cultura forastera —lo que es lo característico de la verdadera colonización. La cultura permanece con sus rasgos propios y sólo se adoptan rasgos singulares que, por muy abundantes que sean, no la desnaturalizan. Parece más verosímil que se trate del resultado de unas relaciones comerciales intensas.

[En su opinión (*idem*, 1969, p. 67), la] cultura representada por los mobiliarios sepulcrales peninsulares es muy distinta —a pesar de los tipos forasteros— que la de Malta, Sicilia o el Egeo [...] los hallazgos revelan una cultura indígena que no deja de serlo a pesar de las transformaciones singulares de sus rasgos, nunca una cultura masiva como la de los lugares de origen de las relaciones e influencias.

Por otro lado, algunos de esos rasgos podrían ser incluso consecuencia de procesos locales, reduciéndose el papel del influjo foráneo a servir de catalizador. Así, por ejemplo, «la misma idea de cubrir un espacio circular [por falsa cúpula] puede producirse en cualquier lugar en que se construyen cabañas de piedra» (*ibidem*, p. 66). Otro tanto ocurre en el terreno urbanístico: «Alcanzada la vida sedentaria normal y comenzada una vida de tipo urbano, lo que es explicable dentro del gran florecimiento de la cultura eneolítica tanto en España, como en Portugal, las fortificaciones primitivas para defensa de

los poblados se convierten *naturalmente* en murallas, y ellos en fortalezas» (*ibidem*, p. 67).

Paradójicamente, en cambio, el autor no acepta que los sepulcros redondos almerienses llevaran por otro proceso natural a los sepulcros megalíticos: «aunque algunos alcancen dimensiones mayores que los propios de los sepulcros individuales y [...] contengan varios esqueletos [...] parten de una idea distinta de la que produjo los sepulcros megalíticos: son propiamente fosas revestidas de una protección de piedras, [...] incluso cuando tienen la forma de cámara o de cistas» (*ibidem*; también en *idem*, 1961, p. 51).

En la etapa de Los Millares se completa la expansión de la cultura almeriense. Se «extiende también hacia el norte por el sudeste», penetrando en el Bajo Aragón a través de Teruel y llegando incluso hasta los límites con la cultura pirenaica (*idem*, 1969, pp. 70-71).

Tras la cultura de Los Millares se inicia *la Edad del Bronce*, dividida a partir de 1954 por Bosch Gimpera (1954*b*, p. 90) en «dos Edades del Bronce esencialmente distintas, la argárica y la atlántica que no aparecían claras» en sus obras anteriores.

Esta «dualidad de procesos culturales hispanos durante la Edad del Bronce [...] que se derivaba a su vez de la valoración de las grandes relaciones exteriores, tanto por la vía mediterránea, como por la atlántica, recibían un importante apoyo por el hecho de que ambas áreas eran mucho mejor conocidas que el resto de las tierras peninsulares por haber sido más intensamente investigadas» (Maluquer de Motes, 1975, p. 129).

Como ya advertí me referiré aquí sólo a la primera de ellas.

P. Bosch Gimpera apenas modificó la secuencia de la Edad del Bronce argárica (*cf.* cuadros 1-5), en el curso de las investigaciones que la dedicó. Siempre consideró la cultura de El Argar como resultado de un proceso local, restringido al Sudeste, pero su interpretación varió, a tenor de la importancia que hubiera concedido al factor occidental en la formación de la de Los Millares. En aquellas obras (Bosch, 1932*a*, p. 166; *idem*, 1944, p. 102; *idem*, 1954*b*, p. 48), donde su aparición se había relacionado con la llegada a Almería de grupos de la cultura portuguesa, la cultura de El Argar se explica por «la absorción o expulsión de los elementos invasores portugueses y el resurgimiento del carácter indígena almeriense» (*idem*, 1932*b*, p. 146). En aquellas otras, donde el factor portugués se interpretaba como una influencia que no implicaba importantes desplazamientos de población, se sostiene que no era «preciso pensar, como se hace

a menudo, en un nuevo pueblo y menos que en ella repercute la cultura centroeuropea de Unètice, separadas ambas por todo el desarrollo de la Edad del Bronce del sur de Alemania, del Ródano y de la zona pirenaica» (*idem*, 1975, p. 396).

Resulta un dato destacable, de cara a la caracterización global de la Edad del Bronce argárica, el poco peso que se concede a las relaciones mediterráneas en la configuración de la cultura, a diferencia de lo que ocurría en el caso de la de Los Millares. Los contactos de este tipo se consideran esporádicos y restringidos a un momento avanzado de la misma (*idem*, 1932b, p. 147). Otro argumento que abunda en este sentido es que las «cuentas vidriadas azules segmentadas, de origen egipcio», que tanta importancia tienen para la datación, como sabemos, se atribuyen a la relación atlántica (*idem*, 1954b, p. 64)¹⁵.

La primera fase de la Edad del Bronce es «de transición» («*protoargárica*» o «*preargárica*») y se identifica en los poblados de Lugarico Viejo y Fuente Vermeja. Allí «desaparece la multitud variada de rasgos de la cultura de Los Millares, volviendo la cerámica a ser lisa sin decoración y con formas que a la vez que dependen de las tradiciones almerienses tienden a estereotiparse en las que luego serán las características de la cultura de El Argar» (*ibidem*, p. 394).

El primer período de la cultura de El Argar se divide en una fase arcaica (Argar Ia) y otra en que se inicia su apogeo (Argar Ib), ejemplificadas en los poblados de El Oficio y El Argar, respectivamente (*idem*, 1944, p. 103; *idem*, 1954b, p. 49; *idem*, 1975, pp. 396 y 398). En ellos perviven elementos anteriores (poblados en altura, hachas, piezas de hoz de sílex) con nuevos tipos de enterramiento (fosa, cista, jarra). El metal predomina, aunque los objetos de bronce son todavía escasos. Aparece la joyería (diademas de plata y oro). Buena prueba de la pujanza de la cultura en este momento es su llegada a Baleares y a la Alta Andalucía para explotar las minas de Sierra Morena, así como su influencia en el sur de Portugal.

El segundo período está representado por el poblado y necrópolis de Fuente Alamo (*idem*, 1975, p. 399), donde «aparecen por primera vez las espadas» y siguen encontrándose diademas «en sepulturas que son sin duda de jefes tribales».

¹⁵ Debo advertir que no me ha sido accesible el trabajo Bosch Gimpera (1967), dedicado específicamente al estudio de las relaciones prehistóricas mediterráneas, por lo que desconozco si allí se rectificaba alguna de las afirmaciones a ese respecto, vertidas en las obras que he manejado.

El autor (*ibidem*) acepta la opinión de E. MacWhite (1951) de que, a partir de este momento, «la cultura argárica pudo persistir todavía bastante, hasta que se establecieron en Almería los fenicios en el siglo VII». Su decadencia estaría en relación con «un cambio del centro de gravedad de las explotaciones metalúrgicas y del comercio del metal, que entonces se hallaría en Andalucía occidental y en la zona atlántica, lo que daría lugar al estancamiento y decadencia de la población almeriense, que había debido su prosperidad a las explotaciones mineras» (Bosch, 1975, p. 399).

No queda para concluir esta parte del estudio, sino hacer referencia a la idea global que tenía el autor sobre el desarrollo cultural de la península durante la Edad del Bronce argárica.

Bosch Gimpera estima en sus distintas obras que estaba en relación directa con la proximidad al Sudeste del territorio que se consideraba. Desde allí, los rasgos típicos de la cultura de El Argar, exclusivamente tipológicos (piezas cerámicas o metálicas) o económicos (minería, metalurgia), se van a difundir con mayor o menor intensidad. Ya hemos citado su expansión hacia Andalucía, Portugal y Baleares. El autor (*ibidem*, pp. 406-409) está dispuesto a aceptar las tesis de Tarradell (1965a) de que las regiones levantinas tienen una cultura con personalidad propia (el «Bronce Valenciano»), pero «en forma menos absoluta» que la que él propone: «hay que admitir que hubo una irradiación argárica sin que ésta represente una verdadera extensión de la cultura completa». Tal irradiación prosigue en Cataluña, incluso hasta «la zona de la persistencia de la cultura pirenaica», así como en la Meseta y la región Cantábrica. En estas zonas marginales, el contacto con el Sudeste se documenta por hallazgos de tipos metálicos o cerámicos argáricos aislados o en contextos que se definen por su conservadurismo (pervivencias de los grupos culturales eneolíticos) o por su relación con las actividades mineras.

Una vez expuesta la reconstrucción histórica es el momento de esbozar las concepciones antropológico-culturales subyacentes en la misma.

La obra de Bosch Gimpera es uno de los mejores ejemplos de la visión normativa de la cultura, propia de la concepción tradición española de la Prehistoria (*cf.* capítulo 1, apartado III.1). Ello es lógico si se recuerda el protagonismo de este autor en su configuración y, sobre todo, si se tiene en cuenta su formación académica (Comas, 1976b, pp. 9-10).

El doctor Bosch Gimpera estudió, durante los años 1911-14 en

Alemania Arqueología Clásica, Historia Antigua y Prehistoria. Sus profesores fueron, entre otros, A. Schulten, H. Schmidt y G. Kossinna, siendo asistente del segundo en el Museo Prehistórico de Berlín (*ibidem*).

Realizó su labor fundamental nada más volver de Alemania entre 1915 y el principio de la década de los treinta (Tarradell, 1976, p. 41), por lo que está muy directamente influida por las enseñanzas allí recibidas. Ya se ha comentado su recurso a la periodización Montelius-Kossinna. Desde una perspectiva mucho más general Daniel (1976, pp. 62-63) indica cómo, «junto con Gordon Childe, fue uno de los primeros pensadores influyentes que defendió una Prehistoria concebida en términos de cultura, no de época» por el fuerte ascendiente que ejercieron sobre él los antropogeógrafos alemanes. Su «humanismo antropológico» (Schobinger, 1976, p. 95) se caracteriza por «tener en cuenta con toda la objetividad posible todos los datos de la propia disciplina para la investigación que se irá realizando» y por «la búsqueda de las grandes síntesis» mediante el método comparativo (*ibidem*). Su interés por una «integración entre Antropología e Historia» (*ibidem*) se refleja en su dedicación al «conocimiento de [la] etnología primitiva [peninsular] como base de la formación histórica de los pueblos de España» (Comas, 1976b, p. 22). Los propios títulos de sus obras expresan tal preocupación de manera inequívoca (Bosch, 1932a y 1944).

Su atención a «todos» los datos —el énfasis es de Schobinger—, producto del empirismo decimonónico alemán, la formación etnológica desde la perspectiva de la escuela histórico-cultural, de la que arranca una referencia constante a esa disciplina, y la sensibilidad nacionalista son algunos de los aspectos de la trayectoria profesional de Bosch Gimpera que reaparecen, veinte años después, en los investigadores españoles que vuelven a estudiar a Alemania (Almagro, 1957). Es una buena prueba del peso de la tradición científica de ese país en la nuestra. Ese factor, capaz de superar significativas diferencias de talante entre prehistoriadores, muestra la relevancia del enfoque internalista en la historia de la ciencia.

Bosch Gimpera (1975, pp. 376-377) expone explícitamente sus concepciones antropológico-culturales en su último trabajo de conjunto sobre la Prehistoria europea. Transcribo en extenso los párrafos correspondientes por su interés para la contextualización del comentario subsiguiente de sus publicaciones:

las culturas de la Prehistoria de Europa [...] representan el *producto de formaciones étnicas* en que ya se puede vislumbrar la raíz de los pueblos históricos. [La personalidad de las comunidades humanas se refleja] no sólo en su organización e instituciones, sino en los productos de cultura material, y aun en la manera de asimilar las influencias de otros grupos. Pronto en la Prehistoria se distinguen *círculos de cultura* en que las formas de habitación, los ritos sepulcrales, las representaciones religiosas, la cerámica, con su manera especial de decorarla cuando esto se hace, y tantos otros rasgos difieren unos a otros y *reflejan una personalidad étnica* más o menos acusada. *Al extenderse el conjunto de la cultura pueden vislumbrarse movimientos de pueblos* y en la manera de instalarse en sus nuevos territorios y en su contacto con la población anterior se observan peculiaridades y matices que contribuyen a una reconstitución de sus vicisitudes [...].

Es preciso distinguir cuándo la adopción de rasgos culturales representa la aparición de un nuevo pueblo o cuándo aquéllos se deben a meras relaciones de vecindad o de comercio [...]. Sólo cuando es el conjunto de la cultura de los colonizadores lo que se halla enclavado en medio de gentes y culturas de otra naturaleza [...] y no por la importación por abundante que sea de productos de otras áreas podemos deducir que las que los han recibido han sido «colonizadas».

La lectura histórica concreta a partir de los datos arqueológicos, sin embargo, enfrenta serias dificultades para satisfacer las propias exigencias metodológicas del autor. Los rasgos étnicos de las culturas «de las Cuevas» y «de Almería» no se jerarquizan, sin indicarse tampoco cuáles de ellos son susceptibles de propagación y cuáles no. No hay criterios cuantitativos o cualitativos para discriminar entre las alternativas enunciadas en el último párrafo: la selección varía según el grupo o rasgo cultural. Así, en unos casos, basta un solo elemento para proponer una «invasión» (puntas de flecha) y, en otros, cinco no son suficientes (elementos mediterráneos en el grupo de Los Millares). La falta de criterios fijos —salvo en relación con la evidencia antropológica (véase *infra*)— se manifiesta en que la adopción de ciertos atributos culturales se interpreta alternativamente de una y otra forma (caracteres occidentales de Los Millares).

Se acepta la eventualidad de que se produzca una convergencia entre grupos con el mismo nivel de desarrollo para explicar unos rasgos (urbanismo de Los Millares y Portugal, como evolución natural del sedentarismo), excluyéndola de otros de parecida índole (transformación de las tumbas almerienses en megalitos).

Desde la perspectiva teórica que enmarca la investigación no sólo

cabe dar diferente tratamiento a esos rasgos estructuralmente análogos sino incluso a otros, como las puntas de flecha y los poblados fortificados, funcionalmente idénticos. Así ambos identificaban la «Cultura de Almería» como pueblo de guerreros. La ausencia de las primeras en su fase neolítica indica que la invasión almeriense fue pacífica. Por el contrario, durante el Eneolítico, precisamente cuando se produce su fusión con los grupos autóctonos, aparecen por primera vez en el Sureste. En ninguna de estas fases el tipo de asentamiento es un dato que se tenga en cuenta para interpretar el carácter de los contactos.

Ocurre a la inversa cuando se trata de narrar la expansión almeriense hacia Cataluña (Bosch, 1969, p. 76). Allí el emplazamiento de los poblados en llanuras, en vez de en «alturas fáciles de defender», así como la inexistencia de fortificaciones, señalan que «la población indígena no [...] ofreció resistencia», aunque sí hay puntas de flecha (*ibidem*).

Otro ejemplo paradigmático del tipo de argumentación de Bosch Gimpera (*ibidem*, pp. 75-78) se refiere al carácter almeriense de los «sepulcros de fosa» catalanes. La sencillez de ajuares y tumba no justifican el recurso a una explicación por convergencia como la que se empleó en relación con rasgos más complejos (*cf. supra* urbanismo de Los Millares y de Portugal). La diferencia en el número de individuos enterrados en los sepulcros de cada región se atribuye a las existentes entre sus respectivas densidades de población. Finalmente «por muchas lagunas que existan en los hallazgos», el desplazamiento de las gentes almerienses a Cataluña no se pone en cuestión.

En otro orden de cosas, también se puede mantener una diferenciación cultural, aunque los rasgos que la fundamentan en cada caso aparezcan «asociados», recurriendo bien a «relaciones de vecindad que introducen elementos de otra cultura», como «infiltración o influencia» en la fase que se estudia o en otras anteriores, bien a «mezcla de culturas en momentos avanzados».

Uno de los pocos criterios firmes para abordar estas cuestiones del contacto intercultural procede de la Antropología física. El autor asocia cada «círculo de cultura» con un tipo humano determinado, de manera que la identificación de cada uno de ellos sirve de testimonio y fundamento para la reconstrucción histórica¹⁶. Así, por ejemplo,

¹⁶ A. Hernando (1988, pp. 85-89) ha planteado adecuadamente esta cuestión que yo abordé de manera radicalmente errónea (Martínez Navarrete, 1988a, pp. 405-406),

el tipo de restos antropológicos encontrados en las sepulturas de la Cultura de Almería es «prueba del establecimiento en el Sureste de España de grupos muy homogéneos de origen africano y que representan los dolicocefalos beréberes saharienses» (*idem*, 1944, p. 73).

La alusión constante a las influencias de unos grupos sobre otros y a los movimientos de pueblos expresan «la preferencia de la difusión sobre la convergencia» (Pericot, 1976, p. 37) por parte de la Escuela de Barcelona. En este sentido, como hace notar A. Hernando (1988, pp. 79-80), el calificativo de «evolucionista» que se viene aplicando a Bosch Gimpera por oposición a los difusionistas orientalistas induce a una seria confusión acerca de la naturaleza de su pensamiento. Su adscripción al particularismo histórico le sitúa en posiciones muy alejadas de la orientación nomotética y materialista del evolucionismo. Su exclusión de un principio general de causación da lugar a la gran variedad de explicaciones del cambio cultural contenida en sus publicaciones. Así el recurso al «desarrollo ampliamente autóctono de la Prehistoria de Iberia sobre la base de continuidades tipológicas y asociativas [...] entre los episodios culturales iniciales y finales» (Gilman, 1976, p. 307) se ve acompañado de la alusión a invasiones extrapeninsulares y migraciones internas.

La aparición de las culturas «de las Cuevas» y «de Almería» es resultado de sendas invasiones sucesivas desde el norte de África, producidas durante el Mesolítico y Neolítico, respectivamente, y que tienen su origen en anteriores desplazamientos de población en el África Menor (modelo difusionista-invasionista).

A partir del momento de implantación de los recién llegados el modelo se mantiene, aunque progresivamente debilitado, durante el desarrollo eneolítico de la «Cultura de Almería» para desaparecer por completo en los estudios sobre la Edad del Bronce. En el caso de la «Cultura de las Cuevas», por el contrario, se abandona ese marco explicativo desde el Neolítico, de modo que sí se puede hablar aquí de una evolución «ampliamente autóctona».

En opinión de Bosch Gimpera (1932a, p. 149), en el curso del Neolítico los almerienses «debieron recibir nuevos refuerzos o estar en relación constante con sus parientes de África, pues en las etapas siguientes [a su llegada] la cultura de Almería evoluciona cada vez más de acuerdo con la sahariana de África Menor».

ignorando las advertencias explícitas de Bosch Gimpera (1922, pp. 4-5) contra una identificación entre «grupos étnicos» y «pueblos puros en sentido antropológico».

Durante el «Eneolítico inicial» y «de transición a Los Millares», los cambios producidos en la cultura almeriense no se atribuyen, como antes, a la llegada de nuevos emigrantes norteafricanos o de cualquier otra procedencia, sino a simples relaciones de vecindad y, eventualmente, de comercio¹⁷. Tales relaciones introducen elementos foráneos todavía limitados, por lo que esta fase tiene un carácter local.

La formación de la cultura de Los Millares del «Eneolítico pleno» se explica, en cambio, según modelos difusionistas. En ningún lugar se vincula con un proceso local restringido al Sureste. Se define siempre como una «cultura mixta», almeriense y portuguesa, a cuyos componentes se concede una importancia relativa muy diversa. Así en las primeras obras, la interpretación del factor portugués se ajusta a un esquema difusionista típico, con «raids» e «infiltraciones» de población que provocan el cambio almeriense. Más tarde, ese «occidentalismo» se atenúa al limitarlo a «influencias comerciales» y al definir la cultura de Los Millares como «predominantemente almeriense» (*idem*, 1969, p. 61). Pero, ni siquiera entonces, se excluye la posibilidad de intercambios humanos entre territorios peninsulares.

La única cultura cuyo desarrollo es ajeno a factores externos es la del Argar de la Edad del Bronce. Los contactos atlánticos y mediterráneos son de tipo comercial, a veces indirectos, y nunca tan intensos como para justificar una interpretación difusionista.

La «Cultura de las Cuevas» parece pagar cara su autonomía.

Los «pueblos» pertenecientes a este grupo se definen por su inmovilismo y limitada capacidad de respuesta ante los acontecimientos. Se mantienen al margen de las redes comerciales que vinculan entre sí a las restantes áreas culturales peninsulares durante el Eneolítico y la Edad del Bronce. Este es un dato significativo ya que, como hemos visto, estos contactos se valoraban generalmente como los principales detonantes o catalizadores de los procesos de cambio cultural. Las relaciones que tienen lugar se deben a la expansión territorial de las Culturas de Almería y Megalítica portuguesa, respecto a las cuales la Cultura de las Cuevas mantiene una posición subordinada («absorción», «expulsión», «pervivencia de núcleos marginales»).

¹⁷ Como se recordará, la Cultura de Almería entra en contacto con el grupo portugués como consecuencia de su expansión occidental y quizá se inician también entonces relaciones con grupos mediterráneos interesados en la explotación del cobre.

La excepción a esa regla la constituyen aquellas comunidades que durante el «Eneolítico pleno» modifican su zona de implantación y su economía, transformando además su cerámica decorada tradicional en la del vaso campaniforme. Estas comunidades son las únicas que no se definen por su estancamiento cultural, sino por su dinamismo. Pero, ni siquiera estos grupos progresivos de la «Cultura de las Cuevas» inciden de manera significativa en los demás «círculos culturales». El vaso campaniforme, su rasgo más definitorio, se incorpora a las Culturas «de Almería», «Megalítica portuguesa» y «Pirenaica» e incluso sobrepasa el ámbito peninsular por su amplia proyección europea, sin que sea valorado como un factor de cambio cultural con una trascendencia similar a la que se concede, en otros casos, a las importaciones mediterráneas, almerienses o portuguesas en el Sudeste y Occidente peninsulares. Esa tarea corre a cargo de A. del Castillo.

Una última cuestión de interés, en relación con las concepciones antropológico-culturales de Bosch Gimpera, atañe a su opinión acerca del grado de desarrollo cultural alcanzado por los grupos peninsulares del Eneolítico y la Edad del Bronce.

La información que he encontrado sobre ese tema es bastante fragmentaria. No obstante algún texto (Bosch, 1944, p. 104) conecta la agricultura y el pastoreo con altas y bajas densidades de población respectivamente y habla incluso de «economía ganadera primitiva» o de «población montañesa primitiva de pastores». Si a ello unimos las repetidas veces citada transformación de los grupos campaniformes de la «Cultura de las Cuevas» de pastores montañeses a agricultores en los valles (*ibidem*, pp. 64-65; *idem*, 1975, pp. 203-204) o la afirmación de que los grupos almerienses fueron «sucesivamente pastores, agricultores, mineros» (*idem*, 1932a, p. 148) queda claro, a mi juicio, que Bosch Gimpera atribuía a las comunidades agrícolas un nivel de desarrollo cultural superior al de las comunidades ganaderas. Esos juicios de valor sobre la actividad económica podrían explicar el protagonismo que concede a las «Culturas de Almería» y «portuguesa», durante los períodos que se han estudiado.

Parece subyacer en los textos la «identificación pobreza = arcaísmo = pastoreo, riqueza = progreso = agricultura» que se ha señalado en otras versiones clásicas de los desarrollos prehistóricos (Criado *et al.*, 1986, p. 146). Como indica el equipo gallego (*ibidem*): «esta visión, típica de la etnografía del siglo pasado, y que en su momento fue de gran valor y abrió amplios horizontes, ha quedado superada desde co-

mienzos de este siglo. Actualmente se admite sin discusión que el fenómeno neolítico nace con una economía mixta agrícola-pastoril», y «que la especialización ganadera, como forma político-social, es un producto muy tardío».

La síntesis de A. del Castillo (1947) simplifica la secuencia y los grupos culturales de la Escuela Clásica, manteniendo intactos sus presupuestos teórico-metodológicos y gran parte de su reconstrucción histórica. Ello no es de extrañar dada su reconocida vinculación con la misma.

Este investigador (Castillo, 1975, p. 505) considera que la división cuatripartita («Neolítico final, Eneolítico inicial, pleno y final») que tal escuela propone es «excesivamente esclava de la metodología extranjera». No se ajusta a la información peninsular. «Las variaciones y las vacilaciones que en estas subdivisiones se observan son la mejor prueba de las dificultades que las mismas presentan [...] son insostenibles [...] aleatorias y un tanto caprichosas» (*ibidem*).

La diferencia entre las dos primeras «es, aparte de la evolución propia cultural, la ausencia o presencia del cobre» (*ibidem*). La atribución del poblado de El Garcel al Neolítico final, a pesar de tener escorias de cobre, «puede servir de ejemplo para demostrar cuán difícil y subjetivo es [...] la atribución a uno u otro de los períodos mencionados de la escuela clásica de una estación determinada, *aun cuando* en general, *correspondan*, probablemente, *a un momento anterior* las estaciones incluidas por ella dentro del *Neolítico final* y *a otro posterior* las del *Eneolítico inicial*» (*ibidem*, p. 506).

Sin embargo, no ve «motivo suficientemente poderoso para la fijación de aquellas dos épocas» y prefiere «hacer con ambos períodos una sola fase, que al denominarla neoeneolítica indique que corresponde a un período que tiene, a la vez, un carácter neolítico [...] el cobre no se trabajaba todavía en España, y eneolítico, esto es del principio de la época del metal [...]. En cifras redondas, esta época neoeneolítica iría del año 3000 al 2500 a.C.» (véase cuadro 6 en la página siguiente).

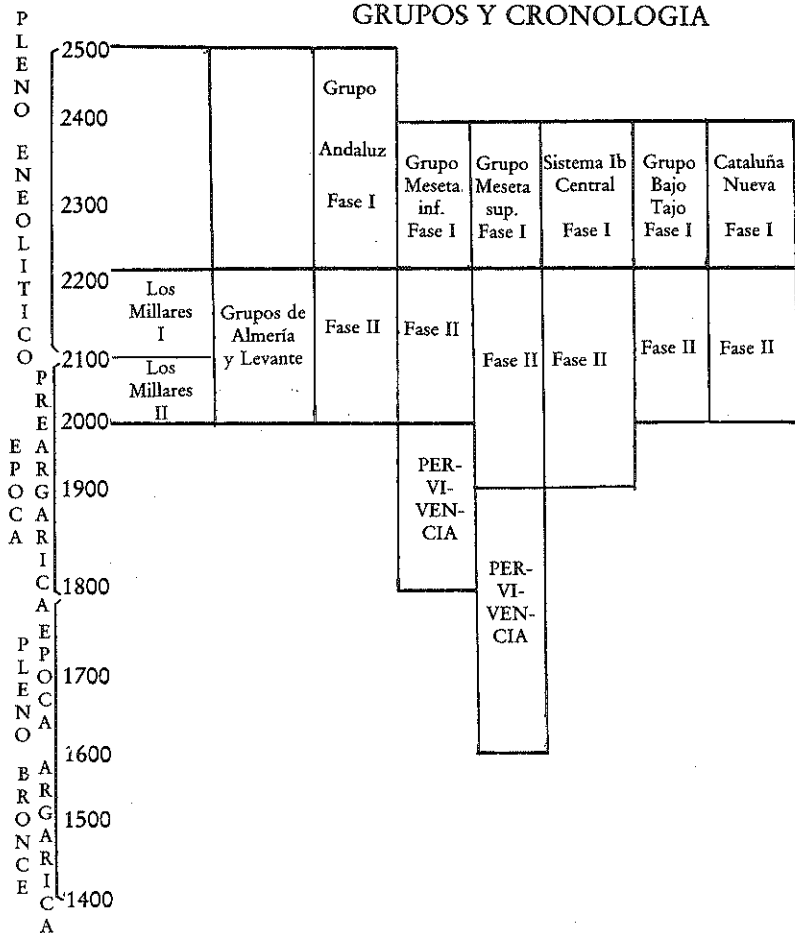
El período siguiente propuesto por la «Escuela Clásica»: la «Edad del Cobre o Eneolítico pleno» se acepta, en cambio, sin discusión, con una cronología muy similar (2500-2000 a.C.), si bien se reconoce (*ibidem*, p. 531) la dificultad de fijar su límite final por la falta de análisis metalográficos y la parcialidad de las excavaciones que obligan «a tomar los resultados obtenidos tan sólo como transitorios».

Los «círculos de cultura» que aquella escuela propone se reducen

CUADRO 6. A. del Castillo 1975

NEONEOLÍTICO 3000-2500 a.C.

CULTURA DEL VASO CAMPANIFORME:
GRUPOS Y CRONOLOGIA



a tres: la «Cultura de las Cuevas, cultura megalítica y cultura de Almería».

La definición de A. del Castillo de la «Cultura de las Cuevas», durante el Neoneolítico, modifica muy poco la propuesta por la «Escuela Clásica» (Navarrete, 1976, p. 20). Un primer cambio reside en que concede cierto énfasis a su variabilidad interna (Castillo, 1975, p. 506):

Se conoce con el nombre de «Cultura de las Cuevas» a una serie de fenómenos culturales esparcidos por toda la Península desde los comienzos del Neolítico, que *aunque no sean totalmente iguales y acusen a menudo técnicas diversas*, responden [...] a idéntica mentalidad, lo que supone la existencia de un mismo ambiente cultural.

La característica más importante de esta cultura es la habitación en cuevas [...]. Esto, no obstante, no quiere indicar que sean únicamente las cuevas las estaciones de esta cultura, sino que aparece también [...] en poblados.

Otro consiste en el abandono matizado del «Africanismo» para explicar su origen. El autor (*ibidem*, p. 511) considera que este «círculo cultural» es «aborigen de la Península, más o menos relacionada con el norte de Africa». Su carácter autóctono se basa en el origen peninsular del vaso campaniforme y en «la larga perduración de sus fenómenos culturales», aspectos ambos reconocidos por la «Escuela Clásica» y, consiguientemente, en absoluto significativos por sí mismos en relación con ese tema.

Un último cambio afecta a la evaluación de las bases cronológicas para su estudio, cuyas posibilidades entiende mucho más limitadas que dicha escuela:

Falta en esta cultura un elemento que sirva de base para conclusiones cronológicas; la mayoría de estas cuevas carecen de estratigrafía, hallándose muchas veces dicho material en la superficie [...]. Por lo tanto, no pretendemos que todas las estaciones reseñadas pertenezcan a un mismo tiempo, sino únicamente a un momento cultural idéntico. En general, creeríamos que las cuevas o poblados con material más pobre serían de un momento anterior al comienzo del Eneolítico, aunque este principio, por tratarse de un dato negativo, no puede aplicarse de una manera absoluta (*ibidem*, p. 517).

Por lo demás, los rasgos característicos (*ibidem*, pp. 506-508) y la división en grupos (*ibidem*, pp. 509-517) son muy parecidos, a veces con párrafos casi textuales de la *Etnología de la Península Ibérica*

(Bosch, 1932a). La opinión de A. del Castillo (1975, p. 508) respecto a la personalidad de sus gentes sistematiza las afirmaciones más bien fragmentarias de Bosch Gimpera al respecto, en la línea de lo que apuntaba al final del apartado anterior:

Tanto los molinos como las hachas de piedra nos hablan de una agricultura rudimentaria, que indudablemente debía practicarse al lado de la pequeña ganadería, que constituiría su principal medio de vida. Es típico de esta cultura la falta absoluta de armas o útiles para la guerra, como serían las puntas de flecha [...] confirmando el carácter pacífico de estas poblaciones, que en un principio ocupan extensísimas zonas de la Península y poco a poco son arrinconadas en los lugares montañosos por sus culturas vecinas, la megalítica y la almeriense, que poseen una organización superior [...]. Es precisamente en los lugares montañosos y de difícil acceso donde desarrollan su cultura que se enriquece con conocimientos exóticos, como la agricultura y la ganadería [...] abandonando el anterior régimen de caza.

Menores cambios, respecto a las posiciones de la «Escuela Clásica», supone la caracterización que propone A. del Castillo de la «Cultura de las Cuevas», durante el Eneolítico pleno. Su rasgo fundamental sigue siendo la presencia del vaso campaniforme, cuyo origen, clasificación, distribución geográfica e incluso, en parte, interpretación cultural se explica según sus presupuestos.

En efecto, A. del Castillo (*ibidem*, pp. 611-612) sitúa su lugar de aparición en el subcírculo meridional de la «Cultura de las Cuevas» y, concretamente, en el valle del Guadalquivir. «La riqueza que supone» la cultura campaniforme «es muy grande y es reflejo de un pueblo originariamente pastor, ahora también agricultor, con relaciones comerciales con otros, que llevaba en sí el germen del progreso». Los intensos contactos con la cultura megalítica explican la incorporación a dicha cultura de la «arquitectura dolménica», ciertos objetos votivos y «sobre todo, el cobre en objetos de tipología relativamente evolucionada». Su conocimiento debió llegar a Huelva desde Almería.

Como Bosch Gimpera, A. del Castillo (*ibidem*, p. 607) interpreta la cultura campaniforme como un complejo unitario, si bien, a diferencia de lo que aquel autor opinaba, la atribuye a un pueblo guerrero y metalúrgico.

[La cultura del vaso campaniforme] se nos presenta en su conjunto uniforme como respondiendo a unas mismas causas [...] imprimiendo una nota común la transformación que implica el tiempo [...] no va adscrita a forma alguna

de estaciones en la Península [...] se tiende a identificar con un pueblo determinado que apoyaba sus actividades comerciales, metalúrgicas, sobre todo, en una fuerza guerrera considerable. En el conjunto, el vaso campaniforme sería un recipiente de carácter simbólico funerario.

A. del Castillo (*ibidem*, p. 613) acepta la secuencia campaniforme propuesta por Bosch Gimpera (Delibes de Castro, 1977, p. 142), si bien rebaja su cronología. Así el tipo I, el más perfecto, «iría aproximadamente del 2500 al 2000» a.C. y el tipo II «del 2200 al 2000» a.C.¹⁸ Durante el primer período el vaso campaniforme «pasaría a la Meseta inferior y Portugal; durante el segundo [...] llegaría a Almería precisamente en la época de Los Millares».

La caracterización de la «Cultura de Almería» de A. del Castillo se aproxima todavía más, quizá, que las referidas a la «Cultura de las Cuevas», a la correspondiente versión de la «Escuela Clásica». Las diferencias se encuentran, durante el Neoeolítico, en la interpretación de la metalurgia y, en el Eneolítico pleno, en la definición de la cultura de Los Millares. Ambos aspectos introducen ciertos cambios en la cronología clásica. Castillo (1975, p. 524) estima que «lo más característico de este círculo es la aparición de la metalurgia desde sus momentos iniciales, técnica que explicará la gran expansión de esta cultura y su posterior importancia».

Ahora bien, frente a la ambigua posición de Bosch Gimpera respecto a su origen, afirma (*ibidem*, p. 525) que «la metalurgia [...] debe considerarse como importada en España desde otros países donde anteriormente era conocida» (Egeo, Egipto).

El hecho de que defina a los almerienses como un «pueblo guerrero, emprendedor» que, a juzgar por «las relaciones con países orientales [...] conocía la navegación y dominaba los caminos del mar», abre la posibilidad inédita de que el contacto con Oriente se produjera por una expansión occidental y no a la inversa.

La cronología de la cultura almeriense se rejuvenece de manera significativa en relación con la propuesta por Bosch Gimpera (1969 y 1975). El poblado de Tres Cabezos que este autor situaba en el «Neolítico» (4000-3500 a.C.) pasa a fecharse en el Neoeolítico, junto con el de El Garcel, «estación que se considera unánimemente como más antigua» (Castillo, 1975, p. 525). El hecho de que en

¹⁸ Según G. Delibes de Castro (1977, pp. 142-143) posteriormente A. del Castillo (1953, p. 150) «rectificará su antigua postura, tornándose partidario de [...] horizontes cronológicos ya próximos al desarrollo de El Argar».

El Garcel «se conozca la técnica metalúrgica, hace sospechar que el comienzo de esta cultura no sea tan antiguo en la Península como venía afirmándose». En consecuencia, el autor propone situarlo en el 3000 a.C.

En su estudio del Eneolítico pleno, A. del Castillo (*ibidem*, p. 533) se atiene a las primeras tesis de Bosch Gimpera que relacionaban la cultura de Los Millares con una infiltración megalítica, si bien andaluza, en lugar de portuguesa:

Dos culturas parecen mezclarse durante el Pleno Eneolítico en [...] Almería. Por una parte, el elemento almeriense típico continúa su evolución cultural enriqueciéndose principalmente con el rendimiento de sus minas y con el comercio exterior [...]. A este momento parece pertenecer el poblado de Campos [...]. Por otra parte [...] quizá al final del Eneolítico llega a la misma Almería la cultura megalítica andaluza, [que introduce el vaso campaniforme.] Este momento está representado por el poblado fortificado y necrópolis de Los Millares [*ibidem*, pp. 570-578].

La ocupación de la cuenca minera de Almería por los grupos andaluces «arruina momentáneamente la cultura de Almería al arrebatarle las minas de cobre». Provoca su expulsión del territorio tradicional y la expansión almeriense por todo el Levante, ya iniciada en el período anterior. Allí «desarrolla en mayor amplitud la agricultura [...]. Robustecida con esta nueva actividad [...] pronto logra imponerse nuevamente en la provincia de Almería» y «se transformará en la importantísima cultura argárica que unifica por primera vez la Península en la Edad del Bronce» (*ibidem*, p. 533).

La posición de la cultura de Los Millares en la periodización (véase cuadro 6) es ambigua. Hemos visto cómo el autor la sitúa en el momento final del Eneolítico pleno. Sin embargo, en otras ocasiones (*ibidem*, p. 532), distingue dos fases de las cuales la primera se asigna a ese período y la segunda al «Bronce I», por «la riqueza de sus materiales» y por «paralelismos tipológicos», concluyendo que el yacimiento de Los Millares «que se supuso anteriormente como típico del período Eneolítico [...] hoy día se tiende a considerar como una perduración Eneolítica dentro ya del primer período de la Edad del Bronce»¹⁹. De todos modos, tanto si se sitúa en un período o en

¹⁹ A. del Castillo puede referirse al estudio de los Leisner (1943) (cf. reconstrucción histórica del apartado II.2).

otro, resulta evidente el descenso de las fechas iniciales de la cultura de Los Millares (2200 a.C.), respecto a las que mantenía la «Escuela Clásica» (2500 a.C.).

Si valoramos ahora en su conjunto las variaciones introducidas por A. del Castillo en los estudios precedentes, veremos hasta qué punto está justificada la inclusión de su obra en el marco de la «Escuela Clásica».

El autor comparte los presupuestos antropológico-culturales de aquélla. Se mantiene la «visión acuática de la cultura», fundamentada en una serie de «hipótesis *ad hoc*» que dan cuenta de cada desviación específica de la norma. Incluso la jerarquización de los distintos grupos es muy similar. Si Bosch Gimpera consideraba más evolucionados los pueblos agricultores y mineros, A. del Castillo concede más énfasis a una u otra actividad según las necesidades de su reconstrucción histórica (expulsión y regreso de los almerienses en el Eneolítico pleno, por ejemplo).

Las advertencias del autor respecto a las limitaciones de la información disponible (falta de stratigrafías, de análisis metalográficos, de excavaciones completas), así como las nuevas fechas propuestas podrían dar la impresión de que es en el terreno de la elaboración de la secuencia donde se produce el verdadero distanciamiento en relación con las tesis clásicas. Sin embargo, una observación más detenida permite apreciar cómo esto no es así. No se ofrece una periodización alternativa. La sucesión de fases y los propios yacimientos asignados a cada una de ellas se mantienen incólumes. Resulta muy expresivo en este sentido que A. del Castillo, tras reconocer que dicha atribución es puramente subjetiva, afirme que en general corresponden a una sucesión real (*cf. supra*, justificación del término «Neoneolítico»). Cuando se introduce algún cambio, como en el caso de los poblados de Tres Cabezos, El Garcel o Los Millares, la actitud de este investigador resulta tan vacilante, lógicamente, como la de la «Escuela Clásica», puesto que los procedimientos de datación son los mismos. En consecuencia, las nuevas fechas no tienen otro valor que poner de manifiesto el carácter «insostenible, aleatorio y caprichoso» de cualquiera de las que puedan llegar a proponerse, basándose en tales procedimientos.

En realidad, lo que ocurre es que A. del Castillo no puede dejar de ser «excesivamente esclavo de la metodología» de su época. Tampoco parece insensible a las circunstancias políticas de la misma. A partir de un contexto intelectual común (la tradición nacionalista de

la Prehistoria europea, las enseñanzas directas o indirectas, según el caso, de Kossinna, el panorama continental de la primera mitad del siglo) Bosch Gimpera y Castillo desembocan en dos nacionalismos con diferencias de énfasis, salvo en su distanciamiento de las connotaciones desenmascaradas por Hawkes (1942). Mientras Bosch Gimpera busca las raíces de los pueblos de España, Castillo indaga el momento de la unificación. Desde su reticencia a unas sistematizaciones dependientes del exterior —pero para las que no se ofrece alternativa más consistente— hasta la unidad peninsular en la Edad del Bronce, pasando por «la expansión de la gran cultura hispánica del vaso campaniforme fuera del territorio peninsular» (Castillo, 1975, capítulo IV), todo coadyuva a hacerle merecedor de un puesto importante en la historiografía nacionalista de posguerra. La «interpretación patriótica» de la difusión del vaso campaniforme es uno de los mejores ejemplos de trasposición de un fenómeno arqueológico al plano histórico (Vicent, 1982, p. 23). Figura en lugar de honor entre la colección de «trucos políticos» comentados por Daniel (1973, pp. 113-114). Más allá del valor anecdótico del caso, queda en evidencia una cuestión más trascendente: la imposible neutralidad de la investigación prehistórica.

Desde la perspectiva actual cabe conceder a las propuestas de la Escuela Clásica un importante valor historiográfico, pero ningún otro. Hace tiempo ya se criticó la publicación de visiones renovadas «sin especial aportación de análisis de materiales» (Almagro y Arribas, 1963, p. 187). No hay que olvidar tampoco las implicaciones que tiene el uso de su terminología. Si los «nombres» no son simples etiquetas sino elementos de un apartado conceptual, como se ha defendido, las expresiones «neo-eneolítico», «Cultura de las Cuevas» y «Cultura de Almería» todavía ampliamente utilizadas, incluso por «los novísimos», deben ser abandonadas. Normalmente ni siquiera se tiene la precaución de definir expresamente el nuevo significado que se las asigna. Pero aunque así fuera,

el mantenimiento de un término con un sentido diferente del originario resulta desaconsejable ya que, aun en el supuesto de que su nuevo significado quedara suficientemente explícito, introduce un elemento de confusión en la investigación no sólo por su inevitable coexistencia con la primera connotación del término, sino también por la dificultad de controlar todos los referentes teóricos y arqueológicos contenidos en el mismo [Martínez Navarrete, 1987, p. 225].

Espero que los comentarios precedentes hayan servido para poner de manifiesto cómo, en el caso que nos ocupaba, habría mucho que controlar.

II.2. *La transición al «modelo colonial»: G. y V. Leisner*

La obra de G. y V. Leisner, a diferencia de la de los investigadores de la «Escuela Clásica» no es de tipo general, de síntesis. Su propósito se concreta en establecer una cronología relativa de los sepulcros megalíticos del mediodía peninsular en el marco de la discusión que se desarrolla en la primera mitad del siglo sobre el origen del megalitismo.

En contra de lo que pudiera hacer pensar la parcialidad de su objeto de estudio, el trabajo de estos prehistoriadores tiene una gran trascendencia para el tema del libro. Su análisis de la arquitectura funeraria del Sudeste ha servido como referencia a los interesados en la sistematización de los períodos comprendidos entre el Neolítico final y la Edad del Bronce en esa zona. Por otra parte, la detallada cronología absoluta de Los Millares que construyeron a partir de los «páralelos orientales» de algunos de sus hallazgos facilitó un esquema de relaciones exteriores que orientaría la búsqueda de los centros originarios de los «colonos orientales» que constituirá el objetivo fundamental de la siguiente fase de la investigación.

La circunstancia de que las publicaciones de G. y V. Leisner (1943, *idem*, 1951; *idem*, 1956; Cerdán y Leisner, 1974) se ocupen sólo de las épocas y sólo de algunas de las regiones en las que aparece la arquitectura funeraria megalítica supone una serie de limitaciones para mi objetivo. En primer lugar, no se consideran otros elementos de los complejos culturales a los que pertenecen las tumbas que no sean la arquitectura y los ajuares. En segundo lugar y, en relación con lo anterior, únicamente de modo tangencial se encuentran declaraciones relativas a aspectos más amplios de la reconstrucción histórica o a las concepciones antropológico-culturales que la sustentan. Ello me obliga a seguir en la exposición un esquema distinto, más simple, que el empleado en el estudio de la «Escuela Clásica». Por otra parte, la enorme dificultad que tal situación entraña de cara a intentar una aproximación a esos temas, unida a mi lamentable desconocimiento del idioma alemán, me ha obligado a restringir el análisis a la obra

capital de dichos investigadores: «Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Der Süden» (1943)²⁰.

G. y V. Leisner (1943, pp. 385-386) tratan de establecer el origen de los distintos sepulcros megalíticos no sólo a partir de la tipología arquitectónica, como pretendía Bosch Gimpera, o de los ajuares, como quería Siret, sino del contraste entre ambas informaciones. En su exposición de intenciones afirman (*ibidem*, p. 389) que intentan conseguirlo, «siguiendo en el análisis de los inventarios la agrupación de las tumbas (los "Stufen") propuesta por Siret».

La cuestión crucial que hay que plantearse es qué sentido daban los investigadores alemanes a los «stufen»: ¿cronológico o cultural? La interpretación tradicional se ha inclinado por la primera alternativa. Así se ha concebido la obra de los Leisner como una puesta al día de la secuencia establecida por Siret, concretada en la introducción de una tipología de las tumbas, así como en la rectificación del contenido de alguna de las fases. Un ejemplo muy expresivo de esta versión lo proporciona el siguiente texto de M. Almagro y A. Arribas (1963, p. 191).

Respecto al origen y formación de la cultura megalítica, el matrimonio Leisner vino a seguir, modernizándola algo, la clasificación que había dado L. Siret, de la secuencia cultural [...] de las tumbas megalíticas del sur de España. [Los] períodos I y II [...] representan una cultura de tradición microlítica y de ascendencia capsiese que ellos llaman cultura de Almería. El gran momento de Los Millares se alcanza en el período intermedio II y III²¹, en que los elementos forasteros llegados del Mediterráneo inundan el país con sus puntas de flecha de base cóncava de tipo inicial, usan el vaso campaniforme y conocen el cobre. En el período III el cobre se utiliza ya con profusión; en el IV se pasa a la época del Argar, y en el V ya es de franco predominio argárico.

²⁰ Esta publicación constituye, según M. Almagro y A. Arribas (1963, p. 191), la primera en la que se dan a conocer «debidamente» los «materiales y plantas de las ricas sepulturas del Sureste, en su mayor parte excavadas por Pedro Flores», el capataz de Siret. Sólo algunas de las pertenecientes a la «Cultura de Almería» habían sido ya publicadas por E. y L. Siret (1890) (Arribas y Molina, 1978, p. 130, n. 20).

La información permanecía, pues, básicamente inédita en la colección que este último investigador conservaba en Herrerías (Almería) (Almagro y Arribas, 1963, p. 191) y fue completada mediante la utilización de sus diarios (Bosch, 1969, p. 48).

²¹ En la obra de referencia (Almagro y Arribas, 1963, p. 191) denomina el período intermedio con las cifras I-II. A juzgar por la obra clásica de Siret (1913) que se comenta y, por otras publicaciones de M. Almagro (1958, p. 194), debe tratarse de una errata. La forma correcta es la que aparece en el texto: II-III.

C. Renfrew (1967, p. 281) parece situarse en esa misma línea: *La subdivisión de la cultura de Almería de Siret*, «seguida por los Leisner y por Blance, es en su totalidad tipológica, sin embargo no está claro si las divisiones tienen un significado cronológico (como fue aceptado ampliamente por los Leisner) o cultural (como fue sugerido por Blance)». A. Arribas y F. Molina (1978, p. 130) sostienen esas mismas tesis que, en su opinión, comparte E. Sangmeister (1975)²²:

G. y V. Leisner (1943, pp. 385 ss., 542 ss. y 599 ss.), siguiendo a Siret, elaboraron un esquema tipológico de la Cultura de Almería, en base exclusivamente a las necrópolis del Sudeste, mostrando la existencia de tres fases evolutivas, de ellas las dos primeras neolíticas. La fase I correspondería a las sepulturas circulares con ajuares sencillos (hachas de piedra, industria microlítica de sílex, etc.). En la fase II tendría lugar la aparición de puntas de flecha de sílex con talla bifacial y de los ídolos planos de supuesta ascendencia cicládica. Los Millares se fundarían en un momento avanzado de dicha etapa. La fase III correspondería al influjo de los focos metalúrgicos de la región sobre el viejo fondo cultural [Arribas y Molina, 1978, p. 130].

Por mi parte, creo que existen suficientes argumentos para sugerir que la función que cumple la clasificación de Siret (los «stufen») en la obra de los Leisner es más la ordenación cultural que cronológica del registro arqueológico²³. El principal argumento para proponer esta interpretación son las propias críticas de los Leisner a Siret. Ellos le objetan haber construido una secuencia unilineal y rígida, sin tener en cuenta que lo que está en juego son los desarrollos de grupos culturales de base étnica, que se interfieren complicando el establecimiento de aquélla. En este sentido, el esquema de Siret se utiliza como un marco convencional de trabajo, a partir del cual se intentan reconstruir estos desarrollos étnico-culturales, fundamentándose precisamente en las anomalías que la realidad presenta respecto a dicho

²² A. Arribas y F. Molina (1978, p. 130) afirman: «E. Sangmeister (1975, pp. 281 ss.) aceptó la periodización de los Leisner, introduciendo en la seriación los poblados al aire libre descubiertos por Siret, entre los que colocaba el de El Garcel ya en un Neolítico Medio.»

²³ E. Llobregat (1966, p. 88) es el único de los prehistoriadores, cuyas obras he manejado, que parece haber abordado el tema desde esa perspectiva. En su comentario al estudio de los Leisner (1956) sobre el megalitismo occidental señala que los «stufen» representan «etapas o pisos culturales», centrando el problema de la interpretación de la periodización en si «todo el conjunto responde al Calcolítico» o hay también otras «etapas culturales».

esquema. Esto es lo que llaman el «método de los desarrollos culturales» (*Kulturablaufs*). Buena prueba de que la versión divergente del problema, que se acaba de exponer, resulta defendible es el hecho de que, estando destinada la mayor parte de la publicación de los investigadores alemanes a la discusión de los «stufen», éstos no se recojan en las conclusiones, en las que sólo aparecen tradiciones culturales.

El «método de los desarrollos culturales» propuesto por los Leisner se basa en los siguientes presupuestos:

- la ecuación etnia-cultura ²⁴,
- la consideración de la tipología funeraria como hilo conductor de la tradición cultural (Leisner y Leisner, 1949d, p. 370),
- el empleo de las interferencias entre los elementos que Siret integra en su «stufen», para definir tanto los distintos grupos culturales como la evolución que cada uno de ellos experimenta a través del tiempo.

Se documenta a continuación esa opinión a partir de los textos de los prehistoriadores alemanes.

Ellos (*idem*, 1949a, p. 78) estiman que, en el estado en que se encontraba la investigación cuando iniciaron sus trabajos, eran las cuestiones étnicas las esenciales. Constituían el «guía más seguro de todo juicio y clasificación» (*ibidem*). Ese principio se expresa en dos rasgos de la obra de los Leisner estrechamente relacionados: la precedencia de los aspectos culturales sobre los cronológicos y la insistencia en el desarrollo de tradiciones culturales paralelas e independientes. La orientación escogida viene impuesta por el hecho de que «por interferencias de distintas corrientes culturales y por aferrarse al patrimonio cultural anterior, las tumbas primitivas coexisten en realidad con las más avanzadas e incluso más modernas» (*idem*, 1949a, p. 78).

Así pues, la sencillez no siempre indica degeneración (*idem*, 1943, p. 387), ni lo más primitivo tiene que considerarse necesariamente como lo más antiguo. No tener en cuenta esto y tratar de interpretar las variaciones en los inventarios y las tumbas como un puro desarrollo temporal puede inducir a error. Por ello, los autores ponen en guardia respecto a la idea de que «el término “stufe” tenga un signi-

²⁴ En mi primer trabajo sobre el tema (Martínez Navarrete, 1988a, p. 419) atribuí injustificada y erróneamente a los Leisner una ecuación raza-cultura que rectifico aquí (*cf.* nota 16).

ficado realmente cronológico» (*ibidem*, p. 389) y en la cronología relativa que ofrecen al final de su obra (*ibidem*, pp. 557-585) no emplean la periodización de Siret como un marco temporal rígido. Los «stufen» quedan incorporados como «grupos de inventario», cuya datación precisa no siempre ha podido determinarse y que llegan incluso a ser contemporáneos. Generalmente esos «grupos de inventario» integran diversas corrientes culturales. Así, por ejemplo, en el momento más temprano de la arquitectura megalítica del Sudeste se documentan dos «corrientes culturales una al lado de otra», una de «facies africana» y otra vinculada con el «círculo de los pueblos agrícolas» occidentales (*idem*, 1949a, pp. 79-80 y 83). Esta última incluye, a su vez, dos «grupos de inventario» que se corresponden con el primer y segundo períodos de Siret, pero cuya cronología, según afirmación expresa de los Leisner, queda todavía por resolver (*ibidem*, pp. 81-85). A su vez, la Plena Edad del Cobre se define por tres «grupos de inventario, étnicamente distintos» (*idem*, 1949b, 204), de los cuales el de Los Millares es objeto de una subdivisión de contenidos cronológicos y culturales no bien delimitados²⁵. Finalmente la «facies de inventario» argárico se solapa en parte con la anterior, de modo que «el período *final* de enterramiento [de las tumbas de cúpula de la Edad del Cobre] se encuentra de hecho en pleno Argar» (*idem*, 1949d, p. 364).

Todo el esfuerzo de los Leisner se destina a tratar de poner en evidencia las «interferencias» que permiten comprender la realidad de la situación: la existencia de diversos desarrollos étnico-culturales que evolucionan paralelamente a través del tiempo. En último término, esos desarrollos pueden remitirse a una tradición neolítica, otra de la Plena Edad del Cobre y una tercera correspondiente a la Edad del Bronce argárica, que se suceden o coexisten, según las zonas. Para analizar este complejo problema desde el punto de vista cultural y cronológico «junto al procedimiento de los desarrollos culturales (*“Kulturblaus”*) [ponen] especial énfasis, dentro de la secuencia de “stufen” de Siret, en el punto de partida de los nuevos cambios culturales (*“Kulturrgutes”*)», atribuidos a «nuevos influjos étnicos» (*idem*, 1943, p. 389). Los elementos que definen el proceso son: el sustrato peninsular y los distintos estímulos que inciden sobre el mismo.

²⁵ Me ocupo de manera más detenida de este problema en relación con la reconstrucción histórico-cultural.

El sustrato es «siempre conservador» (*idem*, 1949a, p. 76). Sobre él van a actuar tres grupos de relaciones exteriores (*ibidem*, pp. 76-78): las «creto-cicládicas y de Troya II», las «africano-egipcias» y las emprendidas con el «Mediterráneo occidental». Ahora bien, «muchas analogías culturales en las mencionadas culturas del Oriente y de la península Ibérica puede[n] tan sólo descansar sobre un parentesco de raíces más profundas» y corresponder a «un desarrollo cultural análogo de los fenómenos», por lo que se pone de manifiesto de nuevo la importancia del factor étnico (*ibidem*).

La trascendencia que los Leisner conceden a los nuevos influjos étnicos en el cambio cultural, así como la procedencia de los mismos (*cf. supra*), permiten definir su postura sobre el tema como difusionista orientalista. Se trata de un difusionismo matizado que no recurre a esos desplazamientos de población, tan frecuentes en las reconstrucciones históricas de la «Escuela Clásica» (especialmente de Bosch Gimpera), sino a imprecisas relaciones externas étnicas o comerciales (*ibidem*, p. 77)²⁶. La atención que se concede al sustrato no significa que se le considere capaz de innovación («el suelo siempre conservador de la Península»). Refleja su creencia en que los pueblos peninsulares y de otros territorios europeos, minorasiáticos y africanos tienen un origen común. Tal convicción hace imposible precisar qué influencia atribuyen a unos u otros factores externos o a los fenómenos de convergencia en las analogías apreciables entre los distintos grupos culturales y, consiguientemente, definir su concepción del cambio cultural en cada caso concreto.

Como se adelantó, los Leisner articulan la **reconstrucción históri-**

²⁶ Las referencias que he encontrado sobre estos temas han sido siempre indirectas. Daban por sentada la información complementaria. Mi impresión es que los Leisner no vinculaban esos contactos con la llegada de importantes contingentes de población. Esto lo afirman expresamente en relación con la «culturas sudorientales de tumba circular»: dichas culturas «ofrecen menos la imagen de una inmigración uniforme que la de una relación continua y duradera con otros círculos del Mediterráneo [...]. En favor de esto habla también el hecho de que una verdadera toma de posesión del terreno no tiene lugar por parte del pueblo de tumba de cúpula» (*idem*, 1949b, p. 203). No he podido encontrar, en cambio, ni una sola valoración de la respuesta de los indígenas a esta inmigración. Ahora bien, la circunstancia de que se indique que en las relaciones externas «obran coodeterminando las poblaciones autóctonas o traídas por anteriores oleadas culturales» (*ibidem*), así como la facilidad con que adoptan los elementos aportados por el «comercio y las relaciones étnicas», parecen concederles un papel activo y permeable. Ello no concuerda con la interpretación de los Leisner del sustrato peninsular como de carácter «siempre conservador».

co-cultural del desarrollo del Sudeste durante el período de utilización de los sepulcros megalíticos en tres tradiciones culturales que se suceden o interfieren, según las zonas: una neolítica, otra de la Plena Edad del Cobre y otra correspondiente a la Edad del Bronce argárica.

La definición de la *tradición neolítica* resulta bastante imprecisa, tanto por las limitaciones de la información disponible en el momento de la publicación, como por el aparente desinterés de los investigadores en la caracterización en profundidad de los aspectos «étnicos» a los que hacen constante alusión.

En su opinión (*ibidem*, p. 83), «desde el principio» se observan en la arquitectura funeraria megalítica dos «corrientes culturales una al lado de otra», identificadas por la aparición de un «inventario semejante no sólo en cistas de piedra, sino también en tumbas circulares».

Las cistas de piedra (*ibidem*, pp. 79-80) corresponden a una «facies africana» vinculada con estratos culturales «con menor apego al patrimonio cultural de la población agrícola» y que emplean el «enterramiento aislado». Esta tradición africana pervive a lo largo de todos los «stufen» como se deduce de la

continuidad del pensamiento arquitectónico que de [esta] tumba enterrada de la cultura almeriense, a través de la «cista de piedra con corredor» de Laborcillas, va de nuevo a las cistas de piedra de la Edad del Bronce del sudeste y de Portugal, un ciclo evolutivo que representa el elemento indígena desde el neolítico hasta la Edad del Bronce, y cuyas formas, no afectadas por «el elemento a flor de tierra y poligonal», podrían posiblemente seguir siendo construidas todavía en la misma época argárica [*idem*, 1949d, p. 366].

Las tumbas circulares, en cambio, están conectadas (*idem*, 1949a, pp. 79-80) con el «círculo de los pueblos agrícolas» con cabañas circulares y enterramientos colectivos. Esos pueblos agrícolas constituyen un fondo cultural que comparte la península Ibérica con el «círculo occidental de Europa, y de allí hacia el este con el círculo del Danubio», así como con las «islas orientales».

A diferencia de los enterramientos en cista, cuyo origen africano no parece plantear problemas, existen diversas hipótesis para explicar la aparición de la tumba circular:

a. Que proceda del fondo común a los pueblos peninsulares, lo que haría «retroceder las tumbas circulares de la Península a un origen unitario». Se trata del «patrimonio cultural de la Edad de la Pie-

dra que, con variantes locales, es propio de todas las formas sepulcrales sin corredor de la Península (*ibidem*, p. 83), pero no sólo de eso. Los Leisner (1949c, p. 260, n. 1) están de acuerdo, como sabemos, con Paço y Jalhay en que existe un «parentesco racial [...] entre el este y el oeste de la Península, que atribuyen a una “raíz eurafriicana”».

b. Que se deba a «nuevas afluencias del sur, del este o contactos con el círculo cicládico» (*idem*, 1949a, p. 80).

c. Que se relacione con pueblos europeos occidentales. Ahora bien, esta hipótesis parece desechable, porque tales formas sepulcrales están restringidas a una zona de Almería y no hay contactos con la Europa occidental «en el camino».

El desarrollo posterior del enterramiento en tumba circular corre parejo «al de la tumba portuguesa poligonal de corredor [...]. En comparación con esto, es más difícil la cronología relativa de la cultura de sepulcro circular y Los Millares; para los primeros períodos no existe punto de apoyo de ninguna clase para una simultaneidad», que «hasta ahora no puede ser colocada antes de la aparición de la punta de flecha pedunculada y retocada» (período II-III) (*ibidem*).

La tumba circular evoluciona paralelamente a las tumbas del momento pleno de Los Millares y llega incluso hasta la «época del Bronce» (*idem*, 1949d, p. 363).

Un último elemento de la tradición neolítica del Sudeste lo constituye la tumba de corredor. Los Leisner discuten si puede asignarse al primer o segundo período de Siret, inclinándose más bien por la segunda posibilidad. Sin embargo la falta de una datación segura de los elementos que se emplean para sincronizar las tumbas occidentales y orientales, así como la circunstancia de que «el cuadro [de las tumbas de ambos períodos] permanece todavía sin determinar exactamente» (*idem*, 1949a, p. 84) impide considerar definitivas las conclusiones. Da la impresión de que los datos «se fuerzan» para conseguir alcanzar el objetivo que se han propuesto prioritariamente: establecer el origen y evolución de este tipo sepulcral. El resultado es una exposición confusa y contradictoria, tanto en sus aspectos culturales como cronológicos. Ello nos ha llevado a excluir de nuestro estudio la tumba de corredor²⁷.

²⁷ Según los Leisner (1949a, p. 81), Siret adoptó una posición vacilante en relación con su origen: «en las listas clasifica las tumbas de corredor en el primer período», para más tarde afirmar que son «en su totalidad de plena Edad del Cobre». Ellos, por

El enunciado de la definición de la «tradición neolítica» por parte de G. y V. Leisner permite algunas observaciones de tipo general.

En primer lugar, se aprecia con claridad en el texto precedente uno de los presupuestos metodológicos a los que se hizo referencia: la consideración de la tipología funeraria como hilo conductor de la tradición cultural. Ello tiene dos claras implicaciones en la interpretación arqueológica. En primer lugar, se valora más la dualidad morfológica de las tumbas («circulares», «en cista») que la homogeneidad de los ajuares a la hora de establecer la clasificación cultural. En segundo lugar, la incorporación de elementos culturales ajenos de cronología más tardía refuerza su tesis de la existencia de tradiciones conservadas durante largos períodos de tiempo.

La segunda tradición está representada por los «grupos de inventario de Plena Edad del Cobre», que los Leisner (1949b, p. 204) dividen en tres, coincidentes «en lo esencial con la agrupación verificada en la arquitectura»: Purchena, Mojácar-Lineales y Los Millares.

Este período se inicia con una época de riqueza que «dio al pueblo megalítico —como demuestran las innumerables tumbas— un gran aumento de población» (*idem*, 1949d, p. 369). Es la «época del pleno intercambio cultural: en el sudeste, afluencia del acervo cultu-

su parte, estiman que impide ver en los sepulcros de corredor «un período puramente neolítico [...] su pequeño número y el inventario poco uniforme e insuficientemente determinado que, al igual que la industria de pedernal, da la impresión más bien de un empobrecimiento que de un auténtico período cultural lítico». Ahora bien, «lo mismo en el sudeste que en Portugal, el corredor aparece primeramente con un inventario, que no tiene relación de ninguna clase con Los Millares» (Stufe III) (*ibidem*, p. 81), ni presenta «la punta de base cóncava» (Stufe II-III) lo que, junto a la presencia de «ídolos planos» en algunas tumbas, lleva a fecharlas en parte en el período II (*ibidem*, p. 84). Pero si resulta dudosa la datación de este tipo sepulcral, más lo es la identificación de su lugar de origen. Los Leisner parecen inclinarse más por Portugal que por el Sudeste: «El nacimiento del corredor, así como su desarrollo [...] sólo en Portugal puede seguirse» (*ibidem*). Esto parece contradictorio con la aseveración posterior de que en el Sudeste existe «la posibilidad de una cooperación de los pueblos primitivos en el nacimiento de las tumbas de corredor del interior, demostrada por la unión de la tumba de corredor megalítica con la industria procedente del Paleolítico» (*ibidem*, p. 85). Quiero llamar la atención, por último, sobre el hecho paradójico de que se acuda al «empobrecimiento» de los inventarios para desechar una datación en un «período puramente neolítico» del sepulcro de corredor, cuando los Leisner (1943, p. 387) advierten, como sabemos, del peligro de confundir la «sencillez» con la «degeneración». Es esta confusión en la caracterización cultural y cronológica de este tipo sepulcral la que nos ha llevado a excluirlo de nuestro intento de reconstrucción histórica.

ral portugués, en el sudoeste formas sepulcrales orientales», así como del círculo de relaciones culturales atlánticas (galerías cubiertas) (*idem*, 1949c, p. 252).

Los autores (*idem*, 1949b, p. 195) niegan que exista «una dependencia de las culturas costeras sudoriental y occidental, en el sentido de una prioridad absoluta de la una o de la otra». Responden más bien a un «paralelismo cronológico». Esa posición implica el abandono del papel asignado por Bosch Gimpera a las poblaciones occidentales en la formación y desarrollo de la cultura de Los Millares, papel que no volverá a ser tenido en cuenta por la investigación en adelante. Los Leisner estiman que los elementos portugueses descubiertos en el Sudeste no se encuentran «en cantidad para hacerse patente una dependencia cultural de hondo fundamento». En su opinión (*idem*, 1949c, p. 261), «muchas manifestaciones culturales análogas [de ambas zonas] demuestran una íntima comunidad [que] conduce a la misma raíz racial», que se había puesto ya de manifiesto al estudiar la «cultura de tumba circular» neolítica. Su discusión acerca del origen de la punta de flecha «portuguesa» de base cóncava refleja claramente su distanciamiento de las tesis de la «Escuela Clásica» sobre este tema (*ibidem*, pp. 259-261)²⁸.

En cuanto a la estructuración del período de la «plena Edad del Cobre» se trata, como en el período anterior, de una estructuración cultural. Los «grupos de inventario» citados (Purchena, Mojácar-Li-neales, Los Millares) son de base «étnica», no cronológica (*idem*,

²⁸ Los partidarios de la expansión de este tipo de proyectil desde el territorio occidental proponen dos caminos (Leisner y Leisner, 1949c, pp. 259-260): uno «meridional, Montefrío-Priego, y más al norte, al pie de Sierra Morena, Villanueva de Córdoba». Sin embargo, los Leisner creen que no se puede emitir ningún juicio definitivo a ese respecto, mientras se siga desconociendo la distribución de esa pieza en las culturas de tumba de corredor del Alentejo. Pero, además, estiman que los datos disponibles no permiten pensar en un enlace Palmella-Alentejo-Córdoba. «Las formas sepulcrales hablan en contra.» El momento de la aparición de las puntas coincide en ambas zonas. Habría que pensar, pues, bien «en un centro de irradiación en otro sitio», bien en su descubrimiento independiente a partir de «formas primitivas de la industria paleolítica». Aunque los autores (*ibidem*, p. 261) no excluyen tampoco las «relaciones comerciales», vuelven siempre al «parentesco racial» como explicación básica de la presencia de ese tipo de proyectil en las culturas megalíticas portuguesas y occidentales. Contradictoriamente con esta posición, G. y V. Leisner (1949b, p. 205) señalan, en relación con las tumbas de Mojácar de la plena Edad del Cobre, que la aparición de la «punta de flecha cóncava de formas sencillas [...] indica una fuerte relación con el Oeste, que es apoyada por otros hallazgos culturales afines a Portugal».

1949b, p. 204)²⁹, si bien en el grupo de Los Millares se establecen unas subdivisiones, al menos en parte, con ese último contenido.

Los grupos de Purchena y Mojácar-Lineales representan la tradición de la cultura de Almería ofreciendo, además, el segundo «relaciones con la decoración de la cerámica de las cuevas, así como vasijas pintadas» (*ibidem*, pp. 196-197). La pobreza en objetos de cobre de estos grupos contrasta con la «cultura metalúrgica desarrollada y evolucionada de Los Millares» (Cerdán y Leisner, 1974, p. 70), en la que los factores externos tienen mayor importancia. Me centraré en este último grupo por su evidente interés para el tema del libro.

Los Leisner (1949b, p. 203) atribuyen la formación de la cultura de Los Millares a influjos muy diversos.

La «mayoría de las novedades decisivas y sobre todo las que en el sudeste sólo son propias de Los Millares: la arquitectura más perfecta, la cúpula de piedra de abovedamiento más fuerte, las relaciones con la cultura de las cuevas³⁰ y con la punta cóncava alabeada, la metalurgia del cobre, la industria de marfil» habría que explicarlas «por una nueva aportación de África» (*ibidem*).

Junto a estos elementos de origen africano existen otros paralelizados «con las islas orientales» e incluso un tercer grupo atribuido al sustrato indígena. En este último se encuentran «la cerámica almeriense [...], la punta pedunculada» y la tumba circular, de cuyo desarrollo no «se puede desligar la arquitectura de Los Millares» (*ibidem*).

Esta situación les lleva a concluir que

²⁹ Los Leisner en el trabajo realizado en colaboración con C. Cerdán (Cerdán y Leisner, 1974, p. 70) insisten en esa interpretación: «la cultura metalúrgica desarrollada y evolucionada de Los Millares contrasta con el aspecto de las sepulturas de la cultura de Almería, las cuales, con excepción de algunos punzones, no contuvieron instrumentos de cobre». Afirman que en su obra sobre el megalitismo meridional (Leisner y Leisner, 1943, pp. 527 ss.) juzgaron que «estas diferencias podían ser en parte culturales, no cronológicas».

³⁰ A pesar de que estas «relaciones con la cultura de las cuevas» se encuentran incluidas entre las «novedades decisivas, sólo propias de Los Millares» hacen referencia, en realidad, al sustrato indígena que, según P. Bosch Gimpera, estaba constituido desde el Neolítico por poblaciones procedentes de África (cf. apartado II.1): «La relación con la cerámica de las cuevas, por tanto con la capa más antigua frente al vaso campaniforme, la cual al mismo tiempo se une aquí con nuevo acervo cultural traído de África» (Leisner y Leisner, 1949b, p. 206).

Sólo así pueden entenderse las afirmaciones (*ibidem*, pp. 197 y 205) de que el grupo de Mojácar-Lineales tiene «relación con la cerámica de las cuevas», como las primeras tumbas de Los Millares.

las culturas sudorientales de tumba de cúpula en su totalidad ofrecen menos la imagen de una inmigración uniforme que la de una relación continua y duradera con otros círculos del Mediterráneo, relaciones en las cuales obran codeterminando las poblaciones autóctonas o traídas por anteriores oleadas culturales. En favor de esto habla también el hecho de que una verdadera toma de posesión del terreno no tiene lugar por parte del pueblo de tumba de cúpula. Sólo así se explica quizá la imagen cambiante de Los Millares en el lapso de tiempo relativamente corto de su existencia, así como su extinción después de la ruptura de las relaciones exteriores [*ibidem*].

Puede afirmarse, por tanto, que los Leisner no sostienen posiciones «invasionistas», ni «colonialistas» («una verdadera toma de posesión del terreno no tiene lugar») sino, como en otras ocasiones, difusionistas matizadas. El cambio cultural se produce en Los Millares por las relaciones establecidas entre «las poblaciones autóctonas» y diversos «círculos del Mediterráneo». Los autores no especifican las características de unas y de otros, aunque sí la motivación comercial de los contactos que establecen entre sí. El único dato de que disponemos en relación con el sustrato es que incluye tanto «poblaciones autóctonas», como «traídas por anteriores oleadas culturales», así como que se les concede un papel totalmente subsidiario en el proceso de transformación cultural («extinción después de la ruptura de las relaciones exteriores»).

G. y V. Leisner distinguen dos fases en el desarrollo de Los Millares (Los Millares I y II) que han constituido hasta muy recientemente el marco de referencia para la periodización del Calcolítico peninsular. Aquí no hay ninguna duda de que la versión tradicional es correcta y nos encontramos ante una división con valor cronológico. En cambio, resultará problemática, como veremos, la interpretación de las subdivisiones de Los Millares I.

R. J. Harrison (1977a, pp. 72-73) opina que «los Leisner emplearon los campaniformes como un horizonte delimitador en Los Millares, haciendo llegar los campaniformes marítimos al final de Los Millares I y, más tarde, los estilos incisos al final de Los Millares II [...]. La cronología campaniforme no se basaba en la evidencia de Almería, sino de los enterramientos individuales marítimos de la Cañada de Carrascal y Cañada Honda de Gandul G, B».

En realidad, la presencia campaniforme es sólo uno de los elementos que les sirven de base para establecer la secuencia. Como indican A. Arribas y otros autores, también se tuvieron en cuenta «la

progresiva complejidad en la construcción de las tumbas y el carácter de los ajuares» (Arribas *et al.*, 1979, p. 66), así como otros datos como la localización de las tumbas o los paralelos con otras zonas mediterráneas³¹, pero siempre se maneja información tipológica, sin referencias estratigráficas precisas.

La fase de Los Millares I es objeto, como indiqué, de ciertas subdivisiones cuyo sentido cultural o cronológico no me parece del todo evidente. Los Leisner (1949b, pp. 198-199), establecen cuatro (Ia, Ib, Ic, Id), a partir de «variaciones de la forma del hacha [...], comparaciones con sepulcros portugueses», así como por la posibilidad de aislar del conjunto «grupos de hallazgos, que especialmente se encuentran representados de manera más pura en tumbas aisladas de la necrópolis». Para A. Arribas y otros investigadores (Arribas *et al.*, 1979, p. 66) se trata de «subfases» de contenido cronológico. Creo que en los textos de los Leisner se las concede también un sentido «étnico» que prima sobre el anterior, al menos, para ciertos yacimientos o subfases.

El grupo Ia tiene «claras relaciones por una parte con el grupo Mojácar-Lineales, por otra parte con Portugal; aquí con el primer período de las "cuevas artificiales"» (Leisner y Leisner, 1949b, p. 198). Es el que muestra vínculos «más fuertes» con la «costa portuguesa» y, como puede suponerse por sus paralelos con el grupo Mojácar-Lineales, «con la cultura almeriense» (*ibidem*, p. 202) y la «cultura de las cuevas» (*ibidem*, p. 205)³². Como los autores (*ibidem*) sostienen en una ocasión que los contactos del grupo Mojácar-Lineales afectan

³¹ La datación más tardía de la fase de Los Millares II se basa concretamente en los datos que se enumeran a continuación (Leisner y Leisner, 1949b, pp. 201-202): «la situación de este grupo sepulcral lejos de la ciudad». Sus relaciones con los sepulcros argáricos tanto desde el punto de vista arquitectónico, como de «las formas de cobre». La aparición en la tumba G de Gandul de «una sepultura de vaso sin puñal de cobre posterior que la del período constructivo del sepulcro de zócalo mural» de tipo Millares I. La presencia en Los Millares II de la «punta grande más tosca de base cóncava, que en la Andalucía occidental acompaña al vaso campaniforme» y que «en la costa occidental portuguesa» se atribuye «al grupo cultural más joven». «El empobrecimiento del inventario en Millares II, puesto que va ligado con el puñal de cobre» que se considera tardío «es probable que pueda ser valorado solamente como fenómeno» retardado. La comparación con el proceso cultural de Sicilia, donde se pasa de «plantas sencillas a complicadas y del enterramiento colectivo al aislamiento en las sepulturas».

³² Véase nota 30.

a «las primeras tumbas de Los Millares», podemos suponer que el grupo Millares I es el más antiguo.

Los grupos Ib y Ic ofrecen las primeras hachas de cobre: «cronológicamente no pueden estar muy separados». Su «separación tiene que tener lugar sobre una base étnica» (*ibidem*, p. 199). Los Leisner (*ibidem*, p. 206) indican, incluso, que «una separación cronológica segura [...] de los grupos Ib y Ic, no es posible en Los Millares». Si tenemos en cuenta que los cuatro grupos de Los Millares I se han establecido en gran parte por los ajuares, «representados de manera más pura en tumbas aisladas» de esa necrópolis (*cf. supra*), la primera afirmación resulta un argumento concluyente para desechar la idea de que los grupos mencionados sean significativos para la datación. Dudo también que los grupos Ib e Ic puedan separarse «sobre una base étnica», ya que sólo conocemos la del Ic.

El grupo Ic «está caracterizado por metalurgia perfecta y enlace más fuerte con la punta cóncava alabeada [...] y por la forma de sepulcro empalma con el grupo del vaso campaniforme Id» (*ibidem*, p. 202).

La aparición en el grupo Id de hallazgos como el vaso campaniforme marítimo o las puntas de Palmella, entre otros, demuestra «el paralelismo de este grupo sepulcral con el segundo período de las “cuevas artificiales” portuguesas» (*ibidem*, p. 199). Tal paralelismo expresa la posterioridad del grupo Id, al menos, respecto al Ia que se relacionaba con el primer período de dichas cuevas.

Como conclusión del problema de interpretación de las subdivisiones de Los Millares I apunto lo siguiente. Los autores (*ibidem*, p. 202) parecen restringir las diferenciaciones culturales a dos «cuadros de inventario» que «se cruzan en parte» y que, por lo tanto, no son rigurosamente sucesivos. Uno corresponde a una tradición de mayor arraigo local (nexos con la cultura almeriense, de las cuevas y costera portuguesa) y el otro a una cultura que incorpora importantes novedades metalúrgicas (grupos Ia e Ic, respectivamente).

La datación relativa de estos grupos, según propia afirmación de G. y V. Leisner (*ibidem*, pp. 202-203), depende de la solución que se dé a diversas cuestiones cronológicas del sudeste, Portugal y de «un círculo más dilatado», así como de «la posibilidad de lograr valores cronológicos absolutos»³³. Para ellos mismos era, por tanto,

³³ «Con la situación de estos grupos entre sí están enlazadas las siguientes cuestiones: la relación cronológica de Los Millares con Palmella, la prioridad de la tumba

un problema abierto. Los grupos Ia e Id, por sus paralelos respectivos con el primer y segundo período de las «cuevas artificiales portuguesas», son los únicos a los que se concede una clara significación temporal.

La fase de Los Millares II, como no es objeto de ninguna subdivisión, no plantea mayores dificultades. La corresponde un inventario «más pobre». Las piezas metálicas (puñal de empuñadura de lengüeta, cuchillos y sierras) son de «cobre batido en vez de fundido». No hay artículos de importación y sí «restos de vaso campaniforme del segundo período». No he podido encontrar ninguna referencia que les asigne a algún momento concreto del desarrollo de la fase, por lo que no me ha sido posible contrastar la interpretación de R. J. Harrison (1977a, p. 72) (*cf. supra*).

Un aspecto interesante como el del origen del vaso campaniforme no se desarrolla en los textos que me han sido accesibles. El de su difusión se aborda de manera limitada. Se afirma que el primer tipo se distribuye por «tráfico marítimo», por la costa atlántica y el Mediterráneo, pero carezco de información similar respecto al segundo.

Finalizo el comentario al estudio de la plena Edad del Cobre de los investigadores alemanes, aludiendo a la cronología absoluta. Esta se establece a partir de las supuestas analogías apreciables entre cerámicas, ídolos, rasgos arquitectónicos, armas y utensilios de cobre y sílex, hallados en las tumbas de Los Millares y elementos correspondientes de Egipto y el Mediterráneo oriental y occidental (Leisner y Leisner, 1949d, pp. 372-377). Como los autores de la «Escuela Clásica», los Leisner escogen, dentro del margen de duración de cada «paralelo», por otro lado no siempre coincidente, una fecha que aquí es la del 1800 a.C. para delimitar las fases de Los Millares I y Los Millares II.

No se seleccionan expresamente otras dataciones de entre las que se han determinado en el estudio comparativo ³⁴.

con dos compartimentos en el corredor sobre la de tres, la posición de las grandes armas de sílex con respecto a la hacha de cobre y de la punta de flecha cóncava de forma portuguesa con respecto a los tipos alabeados» (Leisner y Leisner, 1949b, pp. 202-203).

³⁴ M. Almagro y A. Arribas (1963, p. 192) no comparten en absoluto esta opinión, como demuestra el siguiente párrafo: «Todos estos datos dan, según los Leisner, una de las fechas más exactas de la Prehistoria española. Los Millares, Período I, sería de hacia el 2200 y Los Millares, Período II, entre el 1800 y el 1600.» No hay que olvidar, sin embargo, que los mismos autores (*ibidem*, p. 200) reprochan a los Leisner

El tercer período corresponde a la *Edad del Bronce Argárica*. Su valoración por parte de G. y V. Leisner (*ibidem*, p. 363) tiene la notable particularidad de ser claramente autoctonista y coincidente con las primeras tesis sostenidas por P. Bosch Gimpera.

Los autores participan de la opinión, que estiman cada vez más generalizada en su época, de que la cultura de El Argar «debe su nacimiento a desarrollo autóctono». Como el investigador catalán lo ligan «de una manera inmediata a la cultura almeriense», más que a Los Millares «ramificación menos importante para esta evolución». En realidad, excluyen a esta última de su proceso formativo, ya que indican que la cultura de El Argar vive de forma paralela e independiente a la de Los Millares: «Se tiene la impresión de que el centro de la evolución se encontraba en otro lugar y el desarrollo de las formas allí estaba ya acabado, mientras que la cultura Millarensis y las necrópolis montañosas dependientes de ella seguían aferradas todavía al antiguo acervo cultural» (*ibidem*, p. 364).

A su juicio (*ibidem*, p. 377), hasta Los Millares II no se introduce en el interior el «pleno Argar».

Hay diversos elementos que apuntan hacia un origen autóctono de El Argar. En primer lugar se encuentra la ya citada «continuidad del pensamiento arquitectónico que de la tumba enterrada de la cultura almeriense, a través de la «cista de piedra con corredor» [...] va de nuevo a las cistas de piedra de la Edad del Bronce del sudeste y de Portugal» (*ibidem*, p. 366).

En segundo lugar, cabe señalar la «evolución ininterrumpida de la mayoría de las formas [cerámicas] de la cultura almeriense», con una posible influencia de otras culturas peninsulares como la del vaso campaniforme de la que derivaría la «escudilla plana y transformación de éste en copa [...] con más probabilidad [...] que de Los Millares», o la cultura portuguesa de tumbas de corredor, cuyo «vaso

haber intentado establecer «un período de la cultura de Almería arcaico y otro de Almería avanzado, que no se atrevieron a datar con claridad». Sin llegar tan lejos, P. Bosch Gimpera (1954b, pp. 48-49, n. 11) rejuvenece, en un momento determinado, la fecha que había mantenido para el inicio de Los Millares (del 2500 al 2300 a.C.) (cf. apartado III.1 del cap. 4, cuadro 3) por los estudios de las «relaciones mediterráneas» realizados, entre otros, por los Leisner en la obra que comento. R. J. Harrison (1977a, p. 72) recoge puntualmente, por último, la versión de M. Almagro y A. Arribas: «Las fechas de los Leisner para LM I eran 2200 a 1800 a.C., y para LM II, 1800 a.C., sobre la base de supuestos paralelos «egipcios» para algunos hallazgos de marfil, metal y piedra.»

aquillado» podría constituir quizá un «eslabón cronológico» de las formas argáricas correspondientes (*ibidem*).

«A iguales conclusiones se llega a base de las puntas de cobre», en las cuales «es palpable una continuidad del Eneolítico a El Argar.» Sólo el «puñal remachado» carece de precedentes (*ibidem*, pp. 366-367).

A pesar de que, como acabamos de ver, los posibles antecedentes de los elementos argáricos no se encuentran sólo en el Sudeste, es aquí donde los autores se inclinan a situar el origen de la cultura de la Edad del Bronce, si bien reconocen que no pueden «averiguar dónde tuvo lugar en el sudeste esta formación de la cultura argárica»:

la sucesión inmediata de El Argar sobre la facies más autóctona sería un argumento fuerte para una constante que llevaría en el interior de la cultura almeriense a El Argar. [Pero] no existe ningún período preparatorio. [El Argar] aparece de pronto en todo su tesoro de formas, [por lo que] se tiene más bien la impresión de que una cultura ya completamente formada entra en un vacío precisamente en esas zonas marginales de la cultura de tumba de corredor, que apenas están afectadas por las corrientes de Plena Edad del Cobre procedentes de Portugal y la costa meridional [*ibidem*, pp. 365-366].

La definición de la Edad del Bronce se ajusta al esquema empleado por los Leisner en los períodos anteriores. Se insiste de nuevo en la simultaneidad de tradiciones culturales distintas que aquí resulta especialmente llamativa, pues supone la coexistencia desde un momento no determinado de Los Millares I y, durante el curso de Los Millares II, de la «plena Edad del Cobre» («stufe III») y El Argar («stufe IV»). A mi juicio, ya lo comenté, es una de las pruebas más claras de que dichos prehistoriadores efectúan, en gran medida, una lectura cultural de la secuencia de Siret.

La adopción de una explicación no difusionista a propósito de la aparición de la cultura de El Argar es, en cambio, un aspecto novedoso y exclusivo. Ahora bien, está lejos todavía de las posiciones más recientes sobre el tema por desechar cualquier eventual intervención de la cultura de Los Millares en el proceso.

El enjuiciamiento de la obra de los Leisner ha sido amplio y diverso.

En términos generales, se valora muy positivamente el impresionante aporte de documentación primaria que reunieron (mapas de distribución, reproducción de la arquitectura funeraria y los ajuares)

(Renfrew, 1967, p. 282; Savory, 1968, p. 86; Almagro y Arribas, 1963, pp. 192-193; Muñoz, 1982, p. 12). Esa documentación proporciona la primera base objetiva para el estudio del megalitismo peninsular, convirtiendo sus monumentales volúmenes en «la obra cumbre» sobre el tema (Delibes de Castro, 1987a, p. 6). No ha habido posteriormente una tentativa similar.

En relación con la periodización se elogian los «intentos de establecer una secuencia evolutiva de los monumentos megalíticos con el análisis comparativo de sus ajuares [por] ser un método más adecuado que el basado en la simple tipología de sus estructuras» (Muñoz, 1982, p. 12). Pero los hipotéticos períodos tipológicos no resultan satisfactorios (*ibidem*) al fundamentarse en «juicios tipológicos inciertos» y en cronologías «de ningún valor real» (Almagro y Arribas, 1963, pp. 200-201).

Ahora bien, la idea bastante extendida de la inconsistencia de la periodización de los Leisner no impide, paradójicamente, que se emplee como instrumento de análisis. Un ejemplo muy expresivo de esta actitud lo proporciona E. Llobregat (1966, p. 90) en su reseña a la obra de G. y V. Leisner (1956). En ella se propondría «una periodización hecha desde unas bases tipológicas estrictamente, *sin fundamento en datos reales*». Supone «una esquematización cultural excesiva». Detalles como la serie tipológica de las puntas de flecha «no resisten la comparación con series convenientemente estratificadas. *Con todo [...], hasta que se disponga de estratigrafías garantes [...], la estructuración tipológica propugnada por los Leisner nos es válida*».

En todo caso, el empleo de la periodización no ha estado exento de restricciones de diversa índole.

Los rasgos arqueológicos aislados, cuyo origen y difusión sirve de punto de partida a los Leisner para identificar las tradiciones culturales que centran la preocupación de la Escuela Histórico-cultural alemana, se transmutan en parte en indicadores cronológicos cuando la investigación se reorienta hacia nuevas formas de particularismo.

La década de los sesenta supone un impulso significativo a la búsqueda de «estratigrafías garantes». Pero, como el panorama de las necrópolis no es «casi nunca clarificador» (Ferrer, 1987, p. 11) y la intensidad de la investigación es desigual, la periodización de los Leisner sigue siendo un marco de referencia para la sistematización de los hallazgos (*El megalitismo*, 1987). Ello resulta especialmente evidente en el caso de la secuencia que propusieron para la cultura de Los Millares. Según Ramos Millán (1981, p. 219), las versiones pos-

teriores de la misma publicadas por Blance (1961) y Almagro y Arribas (1963) se limitaron a sustituir algunos elementos de cada fase en función de comparaciones con el Mediterráneo oriental distintas a las establecidas por los investigadores alemanes. Desde entonces consolidada su naturaleza «canónica», a reservas de ciertos cambios relativos al momento de aparición del vaso campaniforme³⁵.

A lo largo de las dos últimas décadas la definición de sólidas estratigrafías en los hábitats coetáneos a los sepulcros megalíticos (Ferrer, 1987, p. 11) y la generalización de las fechas absolutas (Delibes de Castro, 1987a, p. 6) proporciona medios más seguros para la datación que la «búsqueda de los orígenes» que definió la Prehistoria de la primera mitad de siglo.

La explicación de ese registro arqueológico renovado desde las perspectivas teóricas de fines de los setenta y la presente década hace posible que la primera crítica sistemática a la secuencia clásica de Los Millares alcance eco (Chapman, 1981c). Han tenido que pasar cuarenta años desde la publicación de los Leisner acerca del megalitismo del mediodía peninsular para que llegue a aceptarse que «la clasificación de los Leisner no puede seguir aplicándose por mucho tiempo» (*ibidem*, p. 76).

En la actualidad, las interpretaciones teóricas contenidas en las obras de los Leisner han sido abandonadas. Su información arqueológica tampoco resulta ya imprescindible de una manera generalizada para abordar el estudio del megalitismo. Sin embargo, sigue siendo una documentación complementaria insoslayable y, puntualmente, insustituible. Pocos prehistoriadores habrá cuyo trabajo descriptivo merezca tal consideración.

II.3. *El «modelo colonial»*

II.3.1. Definición y primeras modificaciones

El término «colonia» aplicado a los poblados calcolíticos de la cultura de Los Millares fue introducido por L. Siret (1913) (Vaz Pinto y Parreira, 1979, p. 136; también en Kalb, 1975, p. 383). Según F. Kalb (*ibidem*), «dicha aportación terminológica se justificó por una doble causa: primera la afinidad de materiales entre Almirazque

³⁵ Se aborda esta cuestión en extenso en el epígrafe IV.2.

—lugar de sus excavaciones— y otros países orientales, entre ellos Egipto. En segundo lugar, porque las fuentes escritas hablan de colonias fenicias en la Península».

No hay que olvidar tampoco la racionalidad del «modelo colonial» en el contexto histórico general y en el específico de la investigación prehistórica en que se propone (véase capítulo 3, epígrafe II). La potencialidad del colonialismo como motor de transformación cultural es bien conocida por los europeos cuya expansión territorial extracontinental, ininterrumpida desde la Edad Moderna, les permite entrar en contacto con grupos con niveles muy distintos de complejidad socio-económica (Almagro y Arribas, 1963, p. 198). En el caso español, «las prehistorias [...] que se escribieron a lo largo de un siglo, desde el primer trabajo de los hermanos Siret [1890] hasta prácticamente el momento actual, son recapitulaciones de las colonizaciones griega y fenicia o de las invasiones árabes para explicar los rasgos traídos a la península Ibérica, y de los tercios de Flandes para explicar los rasgos exportados desde Iberia» (Gilman, 1988, p. 49).

Existía, además, una preadaptación al modelo colonial en nuestra Prehistoria derivada del recurso a las relaciones orientales, por parte de la Escuela Clásica (Martínez Santa Olalla, 1946, p. 53, por ejemplo) o los Leisner, para explicar determinados rasgos de las culturas neolíticas y calcolíticas. Esta sensibilización es mucho mayor, lógicamente, en los autores difusionistas orientalistas. En sus textos se encuentran las mejores expresiones de la combinación, normalmente implícita, entre la idea de un *continuum* histórico y la creencia en que la interacción intersocial es la clave de la interpretación histórica. Así, Almagro y Arribas (1963, p. 198) creen factible «visto el conjunto de sus manifestaciones arqueológicas, explicar [por ejemplo] el complejo fenómeno megalítico como un hecho histórico que podemos paralelizar, hasta un cierto punto, para su mejor comprensión, con la llegada de los españoles a América en 1492».

Tampoco es casual que el modelo colonial fuera definido como «fenómeno de significación y alcance similar al de la posterior colonización fenicia» por «especialistas adscritos en su mayoría a la escuela alemana, tales como Sangmeister, B. Blance, H. Schubart, W. Schüle y Ph. Kalb» (Molina, 1983, p. 57). Hay que recordar la larga tradición de los estudios orientales en la Arqueología alemana y la dedicación concreta de varias de las personalidades citadas a la investigación de las colonizaciones fenicia y griega en la península Ibérica desde mediados de este siglo (Schüle, 1969, p. 16).

Todos esos factores explican el arraigo del modelo colonial en la Prehistoria peninsular.

F. Kalb (1975, p. 383) atribuye a B. Blance (1961) el papel de impulsora de la idea de la existencia de «colonizadores y colonias de la península Ibérica en la época del Bronce inicial». Esta última investigadora (Blance, 1961, p. 192) define las «colonias» como «asentamientos aislados, fuertemente defendidos, situados en un medio culturalmente extraño. Sus mejores paralelos se encuentran en el área del Mediterráneo oriental» y «pueden ser considerados como ejemplos primitivos de los tipos de colonias establecidos más tarde por los Fenicios y los Griegos».

Esos asentamientos «no pueden ser relacionados directamente con las culturas neolíticas anteriores». Por el contrario, muestran un «estrecho contacto» particularmente con las Cícladas y Anatolia Occidental (*ibidem*, p. 200) en rasgos como «arquitectura y objetos de cerámica, piedra, hueso y metal» (*ibidem*, p. 196). La presencia de este último demostraría el papel jugado por los colonos orientales en la introducción de la metalurgia (incluyendo «el conocimiento de la fusión en un molde cerrado») (*ibidem*, p. 199) en la Península.

Las diferencias regionales reconocidas entre los principales asentamientos coloniales son atribuidas por B. Blance (*ibidem*, p. 200) a factores funcionales («hallazgos funerarios o domésticos»), al aislamiento de las colonias de su metrópoli y posiblemente también unas de otras, así como al hecho de que «cada colonia tiene un origen diferente en el Mediterráneo Oriental». La autora es muy explícita a este respecto. Estima que probablemente sería erróneo considerar la influencia de las Cícladas, de las islas de Anatolia occidental o de Anatolia, como únicas responsables «del establecimiento de todas las colonias en la península Ibérica». Hay mayores posibilidades de que «cada uno de los principales asentamientos en la Península fuera colonizado desde un área diferente del Mediterráneo oriental».

Las relaciones entre ambos extremos del Mediterráneo «necesariamente» tuvieron que establecerse por mar, lo que supone implícitamente que los habitantes de las áreas Cícládicas o de Anatolia occidental «debieron ser capaces de emprender largos viajes, como la ruta hasta España» (*ibidem*).

Como a algún lector le puede resultar «a primera vista [...] sorprendente que esta fase no sea tan evidente en Sicilia, Lípári o Malta», pasos obligados en las travesías mediterráneas, la autora sugiere «que los colonos prefirieran navegar a lo largo de la costa del Medi-

terráneo meridional» o que «temieran exponerse al riesgo de la piratería por parte de los isleños», evitando por ello las islas (*ibidem*).

El «modelo colonial» que se acaba de exponer se fundamenta en el procedimiento de «los paralelos». Ahora bien, la propia B. Blance (*ibidem*, p. 196) reconoce que «éstos no siempre han sido fáciles de trazar». A veces, la información acerca de la morfología de la cerámica peninsular es incompleta (*ibidem*, p. 197) y la existente no confirma la semejanza establecida, a partir de la técnica y motivos decorativos, con modelos orientales. En otras ocasiones éstos se encuentran tan extendidos (Grecia, Lípari, Creta, sudoeste de Anatolia, etc.) (*ibidem*, p. 198) que difícilmente pueden ser útiles para reconocer la procedencia precisa de los recién llegados. Por otra parte, ciertos objetos peninsulares «de hueso o marfil [...] son demasiado simples para poder demostrar paralelos inmediatos en el Mediterráneo oriental» (*ibidem*, p. 199).

C. Vaz Pinto y Rui Parreira (1979, p. 137) atribuyen a E. Sangmeister la profundización y especificación del concepto de *colonia* planteado por B. Blance. En su opinión (*ibidem*), dicho autor (Sangmeister, 1964, p. 552) «las daba un carácter de factorías, donde habría habido gran participación de las comunidades indígenas en el proceso de producción, si bien afirmaba claramente que actuando “como un cuerpo extraño en un medio indígena” van a llevar a un proceso de aculturación, fundamental para el posterior desarrollo de la prehistoria peninsular».

A juicio de C. Vaz Pinto y Rui Parreira (1979, pp. 137-138), las modificaciones que se introducen en la tesis colonial continúan en esta línea de dar progresiva importancia al sustrato peninsular. Las excavaciones en Zambujal fueron fundamentales a este respecto, al poner de manifiesto «la ausencia, puede decirse total, de objetos directamente importados de Oriente» en relación con los productos indígenas, en un contexto que había permanecido intacto. Ello lleva a V. Leisner y H. Schubart (1966, p. 47, n. 77; cit. por Vaz Pinto y Parreira, 1979, p. 138) a advertir que la expresión *colonias* para aludir a poblados como Los Millares, Zambujal y Vila Nova de San Pedro debería emplearse «con un cierto cuidado»:

Estos lugares ciertamente no deben haber sido colonias en el sentido de las fundaciones de fenicios y griegos del I milenio a.C. con una población exclusivamente extranjera. La proporción de objetos directamente importados entre la totalidad de los hallados es demasiado pequeña para eso. La función

de estos establecimientos pudo haber sido diferente por tanto a la de las colonias posteriores.

Años más tarde H. Schubart (1971, p. 191) precisará ésta:

Estos poblados fueron atribuidos, en virtud de sus evidentes relaciones con la región del Mediterráneo oriental, a antiguos prospectores de metales, que habrían inmigrado directamente, en pequeños grupos (Blance, 1961; Sangmeister, 1964) por lo menos. Así, esas denominadas «factorías» ocuparon, sin duda, un lugar importante como puntos de tráfico del mineral, y probablemente intensificaron decisivamente la extracción y el empleo del cobre. Tales fortificaciones, en forma de ciudadelas, debían haber sido los lugares, defendidos de un modo especial, de preparación del metal precioso, antes de su transporte a los compradores de la región del Mediterráneo oriental y al mismo tiempo un refugio para un pequeño grupo de personas [...] los «colonizadores».

P. Kalb y H. N. Savory modifican el foco originario de la cultura millarensis. Para la primera (Kalb, 1975, p. 385) éste se encuentra en Chipre, único lugar «donde la casa circular se conserva hasta el tercer milenio», combinada con fortificación. El segundo tiene en cuenta esos mismos rasgos constructivos para apuntar a Palestina (Savory, 1968, p. 158)...

H. N. Savory introduce otras novedades en el modelo propuesto por B. Blance. Atribuye las variaciones culturales apreciables en los distintos yacimientos sometidos a un mismo influjo a la desproporción existente entre la población autóctona y los recién llegados (*ibidem*, p. 160). Además interpreta el carácter de sus relaciones y en general, todo el desarrollo socio-económico de los grupos calcolíticos peninsulares por referencia al que se conocía en el Próximo Oriente.

Como B. Blance, sostiene que las diferencias entre las «colonias» peninsulares son atribuibles a sus variadas conexiones, «mientras la cultura del Tajo [más antigua] parece deberse en su mayoría a contactos con Anatolia y el Egeo, la cultura millarensis, como la cultura de Almería de la que surgió, parece estar más bien en deuda» con el sudeste mediterráneo, a través de relaciones intermitentes emprendidas «presumiblemente a lo largo de la costa meridional intermedia» (*ibidem*, pp. 140 y 158).

El autor expone con más detalle que aquélla las características de los recién llegados. Se trata «de una familia noble o real y sus raros

y valiosos artesanos dependientes» (*ibidem*, p. 140) que defienden mediante las fortificaciones «su autoridad frente a una población mucho más numerosa indígena» «Almeriense» o «del Tajo». La desproporción entre ambos grupos humanos está sugerida «por las muchas diferencias de detalle entre las culturas asociadas con los fuertes y tumbas millarenses en las áreas a las que se extienden desde el centro original. Además la existencia de un nuevo elemento en la población de Los Millares que ejerció un poder religioso y militar está sugerida por su simbolismo mágico distintivo» (*ibidem*, p. 160).

La transposición del desarrollo histórico del Próximo Oriente a la península Ibérica queda expuesta todavía con más claridad en el siguiente párrafo:

Los fuertes amurallados y con bastiones de Almería y del Tajo inferior, sea cual fuere su origen preciso, son un reflejo distante de una fase de organización social y militar altamente desarrollada en el Mediterráneo oriental, representada sobre todo por el Imperio Antiguo de Egipto. Este Imperio sucumbió finalmente c. 2200 a.C., bajo los ataques de tribus nómadas y la misma suerte corrió la segunda ciudad de Troya por la misma época. Parece que la cultura millarensis corrió una suerte similar [...] en el último cuarto del tercer milenio [por la intervención de los] nómadas campaniformes [*ibidem*, p. 165].

Las precisiones a las tesis de B. Blance que se acaban de exponer no implican cambios sustanciales del «modelo colonial» que ella había definido. No se cuestiona su núcleo fundamental: la creencia en que los grupos calcolíticos peninsulares se constituyen en torno a inmigrantes orientales con conocimientos metalúrgicos. Los investigadores se limitan a recalcar la importancia de una determinada zona de influencia respecto a otras o a matizar el anacronismo implícito en la comparación de los poblados peninsulares del tercer milenio con los establecimientos fenicios y griegos del primero, insistiendo básicamente en el peso del sustrato indígena en la configuración que adoptará, *una vez implantada*, la cultura foránea. Ahora bien, no renuncian por completo a él, como ejemplifica la sugerencia de un mercado internacional de metales durante el III milenio por parte de Schubart y, sobre todo, la idea de Savory de que el desarrollo calcolítico peninsular es un reflejo de la organización social y militar del Imperio Antiguo egipcio. Son actitudes que recuerdan enormemente las de V. Gordon Childe.

El modelo colonial se convierte a partir de los años sesenta en el paradigma para la interpretación del Calcolítico. Las contadas voces que se habían levantado en la primera mitad del siglo en defensa de una metalurgia del cobre autóctona (Schmidt, 1915; Veiga Ferreira y Viana, 1956) parecen definitivamente acalladas. Su continuidad se ve favorecida por haberse incorporado a través de las obras de síntesis de temas peninsulares a la docencia universitaria (Arribas, 1967, p. 91; Delibes de Castro, 1976, pp. 77 y 83; Maluquer de Motes, 1972, pp. 36 y 39-40).

La situación no excluye la consciencia, por parte de algunos prehistoriadores peninsulares, de la debilidad del mismo. En primer lugar, se reconoce la «dificultad de establecer los orígenes y caminos precisos de los colonos» (Savory, 1968, p. 89; también en Blance, 1961, p. 196 y Kalb, 1975, p. 384). En segundo lugar, se hace notar la heterogeneidad de la cultura material y de las fortificaciones de las «colonias», así como el hecho de que «varios tipos considerados de "importación" se encuentran en lugares a los que se cree típicamente indígenas, por ejemplo cuevas, tumbas megalíticas, etc.» (Kalb, 1975, p. 384). Tampoco hay que olvidar que, al no conocerse «aún lo suficiente la estructura» de los poblados coloniales, «fuera poco lo que pudieran decir los restos hasta entonces estudiados» (Almagro y Arribas, 1963, p. 203)³⁶. Todo ello lleva a P. Kalb (1975, p. 384) a concluir que «el concepto de colonias no es un concepto perfectamente claro». Pero es Arribas (1967, p. 86) quien pone de manifiesto la objeción fundamental que se le puede hacer: no se expresan sus condiciones de aplicación.

Si queremos obtener una perspectiva amplia de lo que representa la sociedad de la Edad del Bronce en la Península será preciso conocer las bases de la sociedad del Bronce en Próximo Oriente, los jalones terrestres y marítimos que puedan poner en relación Occidente con Oriente; la implantación de este tipo de cultura en nuestro solar y a los portadores de la misma en sus características fundamentales. Cuestión previa el asentamiento de los recién llegados, deberá ser el planteamiento de las sociedades que habitaron nuestro país a la llegada de las nuevas gentes y los contactos existentes entre indígenas e inmigrantes. Finalmente, deberemos obtener un panorama de las con-

³⁶ Los autores se refieren a su «valoración cronológica» pero, por el contexto del párrafo, cabe ampliar su sentido a los elementos arquitectónicos y urbanísticos cuyos caracteres suelen emplearse como prueba de contacto con el Mediterráneo oriental.

secuencias que representó la nueva cultura —si cultura fue y no sólo avance tecnológico— en su asentamiento en Iberia [*ibidem*].

Paradójicamente, la declaración —que resultaría progresiva incluso hoy día, cuanto más en el contexto en que se efectuó— se ve acompañada de una simultánea profesión de fe en un «modelo colonial» (*ibidem*, pp. 97-98) que no afronta esas cuestiones previas.

Encontramos parecida actitud en P. Kalb (1975, pp. 384-385) para quien la falta de claridad del concepto «colonia» se reduce al fin y a la postre al hecho de haber escogido como paralelo el tipo de fortificación en vez de la planta de las viviendas.

II.3.2. Concepción actual

La constatación de que el modelo colonial adolecía de imprecisión y falta de claridad no llevó aparejada la reflexión sobre el propio modelo. Esta sólo llega cuando los resultados de los análisis radiocarbónicos ponen de manifiesto la «falla» cronológica existente entre ambos extremos del Mediterráneo. Como sabemos (*cf.* capítulo 3, apartados II y III.3), las consecuencias de este hecho afectan, en último término, al ámbito metodológico, al propiciar la puesta en cuestión del difusionismo como explicación única del cambio cultural en Europa occidental. El papel jugado por C. Renfrew en el replanteamiento del tema es básico y de especial relevancia en el caso del Calcolítico peninsular, cuyo «modelo colonial» es objeto de una detenida revisión por su parte.

C. Renfrew (1967, p. 278) sitúa la fundamentación principal del mismo en la idea de que «no hay humo sin fuego [...]: mientras unos paralelos individuales con el Egeo puedan no resultar impresionantes, en conjunto, a menudo parecen convincentes».

En primer lugar, los tres rasgos más importantes del Calcolítico ibérico: «fortificación, metalurgia y tumbas edificadas, no resultan sorprendentes en una cultura protourbana, fundada como lo estaba en un Neolítico muy floreciente con el que no hay discontinuidad aparente [...]. La segunda objeción a la colonización egea es la dispersión geográfica y cronológica tanto en Iberia, como en el Egeo, de los paralelos citados que, por sí mismos, no siempre son impresionantes» (*ibidem*, p. 279).

En tercer lugar, critica el núcleo mismo del modelo: la idea de los

prospectores metalúrgicos. Tal idea «está debilitada [...] por la relativa abundancia de cobre en el Mediterráneo oriental, por la localización de los yacimientos de estaño de Iberia en el noroeste (donde los rasgos "coloniales" son raros), y por la total ausencia de estaño en los artefactos metálicos locales. Esto sería extraño si Los Millares fuera un intermediario en el comercio de estaño de Galicia».

A su vez, el modelo no ofrece una sola importación indudable del Egeo, ni acierta a explicar, por un lado, muchos otros rasgos exóticos (*ibidem*, p. 280) y, por otro, la gran antigüedad del megalitismo en ciertos territorios europeos (*ibidem*, pp. 285-286).

Concluye (*ibidem*, p. 287) que «la creencia en que el desarrollo calcolítico de Iberia [...] fue instituido por colonos del Mediterráneo oriental [...] puede ser totalmente errónea y ciertamente parece sumamente difícil de probar hoy día mediante documentación independiente y detallada».

Sugiere entonces la hipótesis alternativa de que «el Calcolítico de Iberia se desarrollara localmente, con la invención local de la metalurgia y un mínimo de influencia exterior» (*ibidem*).

La decisión definitiva se deja a la obtención de una cronología relativa y absoluta fiable. Años más tarde el incremento de las dataciones radiocarbónicas en Europa y la corrección dendrocronológica de las mismas (*idem*, 1979b) le llevan a considerar insostenible el «modelo colonial» y a desarrollar una teoría evolucionista del cambio cultural que dé la réplica al difusionismo hasta entonces hegemónico (*idem*, 1979a).

Quizá haya que atribuir a la «falta completa de una cronología relativa fiable» (*idem*, 1967, p. 280) y de fechas absolutas en la Península en el momento de publicación de su primera obra, así como a la circunstancia de que el «factor oriental» fuera una de «las piedras angulares tradicionales de la Prehistoria europea» (*ibidem*, p. 277) y, desde luego peninsular, la escasa incidencia de las tesis de C. Renfrew entre nosotros. Sea como fuere, el dato no deja de resultar llamativo y digno de meditación detenida si se desea llegar a comprender la situación actual.

Probablemente sea A. Arribas (1977, p. 71) el prehistoriador español que recoge con mayor fidelidad las tesis de C. Renfrew. Tras una breve exposición de las mismas sostiene:

Si reconocemos que las fechas de C-14 de Los Millares corresponden a una fase posterior a la construcción de la muralla y tomamos en cuenta las de

Zambujal, no parece arriesgado situar el inicio de Los Millares en el 2500 a.C., es decir antes que las fortificaciones semejantes del Egeo.

Naturalmente, al negar la influencia de los colonos del Egeo hay que comenzar a pensar que la metalurgia del cobre en la Península Ibérica proceda de un origen local, independiente.

Coherentemente con esa idea, Arribas (*ibidem*, p. 72) desestima el «rastreo en busca de motivaciones exteriores [...], ya sea egipcias, palestino-sirias o egeas» para los objetos calcolíticos muy elaborados (en este caso un ídolo de marfil). «Los paralelos son muy amplios y lejanos, los problemas cronológicos son grandes y la necesidad de acudir a un origen nebuloso y lejano tampoco se necesita si es posible elaborar unos argumentos que permitan aceptar unos estímulos locales, aun cuando tengamos que aceptar que cuando menos la materia prima hubo de ser traída de fuera.»

La importancia del cambio conceptual en el replanteamiento del período, advertida por Arribas, tiene otras connotaciones en el de Maluquer de Motes (1975a, p. 137). El autor, partidario poco antes de la colonización del Occidente (*idem*, 1972, pp. 36 y 39-40), recurrir a la datación radiocarbónica para revitalizar su fidelidad a la vertiente occidentalista de la Escuela de Barcelona y hacer notar el papel del modelo colonial en el reforzamiento del difusionismo orientalista. Así, la hipótesis colonial (*idem*, 1975a, p. 137)

sin duda es bonita y lógica, [pero a la vez] difícil de sostener en serio [porque] no se apoya en razones convincentes, ni en datos estratigráficos. Savory ha mostrado que en Vila Nova de San Pedro existen tres horizontes cronológicos y que el inferior al que corresponderían los supuestos materiales de importación, es anterior a la construcción de bastiones defensivos. Con ello los datos sobre la supuesta colonización pierden color y sólo queda la presencia de unas cerámicas [...] dichas «importadas» [...] que [...] «recuerdan» el *urfirnis* del Egeo. Dato absolutamente insuficiente para crear toda una colonización de Occidente. Por otra parte los autores que siguen la mencionada hipótesis se ven obligados a distinguir en unos lugares una orientación más propiamente cicládica y en otros minoica, etc., es decir, que los datos son tan tenues y subjetivos que no se sostienen con lo que hoy sabemos. Mucho nos tememos que la formulación sobre la presencia de colonias exóticas egeas, responda en realidad a un deseo más o menos inconsciente de mantener los criterios orientalistas de difusión para la cultura dolménica, en un momento en que la aplicación del radiocarbono ha provocado una profunda crisis en lo más corrientemente aceptado, subrayando el interés y acierto de las viejas hipótesis occidentalistas que en buena parte se revitalizan.

Por su parte, R. de Balbín (1978) y M. Fernández-Miranda (1985) vuelven por pasiva —con diferencias de énfasis— la argumentación de Arribas. Así creen innecesario aceptar estímulos locales cuando existen razones para acudir a otros lejanos. Representan la posición más generalizada.

El primero (Balbín, 1978, pp. 77-78) entiende que el envejecimiento de las «cronologías arqueológicas habituales [...] conlleva una gran cantidad de problemas de entendimiento cultural, de los cuales el primero sería la *existencia probada de paralelos formales con el oriente mediterráneo*, que a pesar de las novedades cronológicas no conviene olvidar».

Además, la suposición de Piggott o Renfrew de «una anterioridad al occidente europeo, no solamente para el conjunto megalítico, sino también para la metalurgia [...] no [le] parece por el momento suficientemente probada. Aun admitiendo la preeminencia occidental para los fenómenos antedichos» se plantearía otro problema: el riesgo de una excesiva regionalización del fenómeno megalítico (*ibidem*, p. 78). Esto «parece contraindicado cuando se observan relaciones materiales y formales. Se trata a [su] modo de ver de una tendencia regionalista hoy muy vigente [...] que no es imposible, pero todavía no está bastante clarificada» (*ibidem*).

Esa sólida convicción difusionista del autor, que le impide concebir paralelos formales que no impliquen contacto, le lleva incluso a sugerir que si se confirmaran las fechas carbono 14 corregidas, «habría que admitir [...] una anterioridad y preeminencia absoluta del megalitismo y de la metalurgia occidentales, e *incluso la posibilidad de un reflujo hacia oriente*» (*ibidem*, pp. 78-79).

Las solas objeciones que, a su juicio, cabrían a esa idea serían el eventual «conflicto con las cronologías derivadas de la historia egipcia» y el hecho de que la «única apoyatura para tal afirmación se basa en la cronología radiocarbónica» (*ibidem*, p. 79).

M. Fernández-Miranda (1985) comparte esa misma forma de entendimiento cultural. Su ponencia al XVIII Congreso Nacional de Arqueología expresa bien la posición de la plana mayor del mundo académico sobre el tema y la trascendencia de las cuestiones que se están movilizandando en el debate. Por ello y por la claridad en la exposición doctrinal, creo útil su transcripción en extenso.

La Geografía histórica mediterránea sirve al autor para una defensa de la difusión:

Pero no una difusión masiva de elementos, que sólo se produce en ciertos puntos y en determinados momentos, sino una difusión *punteada*, una transmisión de objetos o ideas que a veces están demostrando la existencia de relaciones directas —o indirectas— de carácter comercial, y otras simplemente, pero no con menor importancia, una comunicación de fórmulas trascendentes o materiales que sirven para propagar, a su vez, elementos plásticos cuya similitud formal corrobora tal clase de contactos [énfasis del autor].

Los fenómenos susceptibles de ese tipo de explicación que más nos interesan ahora son la metalurgia, los rituales funerarios colectivos y los modelos de fortificación tipo Millares-Kalandriani. Centrándonos en la primera se abandona el modelo colonial:

No porque las fechas absolutas [...] no coincidan entre dos puntos concretos [...], sino porque carecemos de evidencias que puedan probar el trasiego [...]. Pero si se niega cualquier tipo de relación cultural, de transmisión, al menos, de ideas, resulta también difícil creer que en menos de dos siglos se vaya a descubrir en toda la mitad oriental del Mediterráneo el proceso de fundición de los minerales de cobre y su transformación posterior en útiles formalmente muy similares en toda ese área. La coincidencia es con frecuencia defendida como suprema explicación por muchos investigadores poco dados a admitir mecanismos difusores, por moderados que sean. Tal vez sea la hora de empezar a pensar si tales presupuestos pueden ser tenidos en cuenta dentro de un razonamiento histórico serio [*ibidem*].

La ponencia redactada por A. M.^a Muñoz Amilibia (1982, pp. 18-19) para el XVI Congreso Nacional de Arqueología contenía críticas análogas a una sobrevaloración de las dataciones absolutas que negaba toda posibilidad de relación con el Mediterráneo oriental, cuando se estaban desarrollando allí procesos con manifestaciones arqueológicas comparables. La Geografía histórica («como en tiempos más recientes para nuestra Península») pesaba también. En su caso, en cambio, la metalurgia «podría admitirse como un “invento” autóctono muy a la moda». No ocurre lo mismo con «el sentido de comunidad agraria con fuertes lazos tribales o de clan, con unas creencias en la divinidad oculada, y la organización social suficiente como para llevar a cabo grandes construcciones arquitectónicas, que revelan una capacidad técnica y una tradición común, [que] por ahora no se ras- trea en lo que sabemos de nuestro neolítico» (*ibidem*).

El abandono del modelo colonial³⁷ por otro «mixto» según el

³⁷ La defensa a ultranza del modelo colonial por Schüle (1980, y 1986) es un ana-

cual en las culturas del comienzo de la metalurgia «convergiéron un sustrato indígena [...] y un componente foráneo» (Chapa y Delibes, 1983, p. 332) pasa a convertirse en la versión canónica de los ochenta a través de la publicación de diversos manuales coordinados, dirigidos o escritos por figuras muy significadas del mundo académico (Nieto, 1985; Pellicer, 1986). En ella, la «transmisión de ideas» no se refiere «solamente a estructuras de poblados, sino a otros elementos, como puedan ser las estructuras de enterramiento en "tholos" o cueva artificial, la diversidad iconográfica peninsular de los ídolos y otros elementos más imprecisos, pero siempre recibiendo transformaciones y modificaciones, tanto en la trayectoria como en el lugar de impacto» (Pellicer, 1986, p. 217).

El vehículo de difusión habrían sido los «movimientos comerciales» a través de los cuales «se intercambian, no sólo los productos materiales, sino las ideas» (*ibidem*, p. 123).

Posiciones similares en relación con lo que debe ser un razonamiento histórico serio sostiene el equipo de investigación más significado en el estudio del Calcolítico en la región clásica:

la proliferación de hallazgos en los últimos años de sistemas de fortificación con bastiones y torres circulares, cuya cronología puede remontarse [...] a comienzos del tercer milenio [...] obligan a poner en duda la existencia de múltiples fenómenos de convergencia paralelos y a plantear la posibilidad de un fenómeno de difusión de estos modelos de fortificación [...] conectando quizá con el conocimiento de la metalurgia, sin que por ello tengamos que pensar [...] en contactos directos [y menos aún] en un fenómeno de colonización [Arribas *et al.*, 1983, p. 160; también en Arribas y Molina, 1984a, p. 1040 o Schubart, 1989, p. 29].

Los carteles de nuestros museos arqueológicos están llenos de explicaciones de la variabilidad del registro en exhibición por «intercambios de bienes e ideas».

El «modelo colonial» se ha abandonado pero los presupuestos teórico-metodológicos que hicieron posible su vigencia durante casi veinte años no han sufrido menoscabo apreciable.

cronismo injustificable, en contra de su opinión (Schüle, 1980, p. 55), «en el estado actual de la investigación». En consecuencia, no tiene cabida en la presente discusión (Cf. Hernando, 1988, pp. 193-216; Martínez Navarrete, 1988a, pp. 447-449).

II.3.3. Conclusión

El análisis previo ha tratado de poner de manifiesto cómo en la Prehistoria española la crisis del «modelo colonial» ha sido tardía. A diferencia de lo ocurrido en la investigación anglosajona, la alternativa que se le ha opuesto no tiene el carácter de una auténtica «reacción». La importancia asignada a la transmisión directa o indirecta de ideas en amplias áreas del Mediterráneo a través del comercio o por contactos no precisados queda reflejada en los estudios especializados y en aquellos otros dirigidos a un público más amplio.

Arribas y Molina (1984b, p. 65) atribuyen la general aceptación de la colonización del Occidente por prospectores metalúrgicos orientales a que «la tesis estaba bien construida» y «el prestigio de sus propugnadores era grande». En realidad, si se recuerdan las inconsistencias advertidas en el modelo, incluso por sus propios propugnadores, hay que pensar que esa solidez no está conectada con su articulación arqueológica. Tiene que ver con su coherencia con la tradición historiográfica de la investigación española en la que, en efecto, el modelo de ciencia alemán siempre ha tenido un peso fundamental.

Los autores (*ibidem*, p. 66) son conscientes de que «la intranquilidad y zozobra que cada nueva datación [absoluta] aportaba a [los] postulados básicos» del difusionismo orientalista no implicaron la puesta en cuestión del mismo. Como indica Fernández-Miranda (1985), la razón por la que se abandona el modelo colonial no es el desajuste cronológico entre ambos extremos del Mediterráneo. Esa objeción puede salvarse invirtiendo la dirección del movimiento difusor (Balbín, 1978, pp. 78-79) o buscando paralelos más antiguos en el Mediterráneo oriental (Arribas *et al.*, 1983, pp. 159-160; Muñoz, 1982, pp. 18-19).

El «colonialismo» del III milenio a. de C. deja de considerarse una explicación convincente por la confluencia de factores muy diversos. Las dataciones absolutas y la falta de pruebas de contacto a larga distancia, puesta en evidencia por las aplicaciones de la ciencia en Arqueología, coinciden con el conocimiento más o menos preciso de las orientaciones nuevo-arqueológicas y con una nueva perspectiva historiográfica desde la cual el modelo resultaba anacrónico.

La alternativa no deja de ser paradójica. Como la evidencia arqueológica disponible no basta «para hablar de un proceso de difusión apoyado en contactos seguros y relativamente regulares, no que-

da más remedio» que explicar la similitud de procesos en el ámbito mediterráneo durante ese período «como un característico ejemplo de difusión punteada, a través de la transmisión de una idea» (Fernández-Miranda, 1985). La difícil demostración empírica de tal proceso se compensa, en este caso, por la creencia en que la difusión es el único mecanismo aceptable, dentro de un razonamiento histórico serio, para dar cuenta de la coincidencia (*ibidem*). Se trata de una posición arraigada en principios filosóficos y políticos profundos que, evidentemente, quedan fuera del ámbito de contraste del registro arqueológico.

La incapacidad del particularismo histórico para abordar la causalidad cultural ya se ha expuesto en otro lugar (capítulo 1). La determinación histórica es objeto de atención en los últimos años en la península Ibérica de la «corriente de investigación que considera inadecuada la línea de teoría cultural que ha venido existiendo desde el comienzo de los estudios» (Arribas y Molina, 1984b, p. 75; Arribas *et al.*, 1983, p. 149). Dicha corriente «cuestiona ahora el valor de la cronología como sistema de explicación» y pone de relieve que las semejanzas entre elementos arqueológicos «no representan necesariamente una interacción entre comunidades [...] o que los cambios formales [...] pueden mostrar la continuidad de los procesos de cambio social» (*ibidem*). Esta corriente se comenta en el marco del enfoque integrado de la cultura (apartado III de este capítulo).

II.4. *La cuestión campaniforme*

II.4.1. Introducción

Se entiende por «cuestión campaniforme» la discusión clásica en la Prehistoria europea en torno a la definición e interpretación de la asociación tipológica designada con los términos «complejo» o «cultura» campaniformes. Esta asociación incluye esencialmente un vaso cerámico en forma de campana con profusa decoración acompañado, a partir de un cierto momento, de puñales de cobre con empuñadura de lengüeta, botones de hueso con perforación en V y muñequeras de arquero de piedra³⁸.

³⁸ El enfoque paneuropeo de la investigación hace inevitable que me refiera en esta introducción, al menos, a las líneas más generales del panorama extrapeninsular. Sin esa contextualización no se entendería la investigación específica.

La cuestión campaniforme queda configurada, en primer lugar, por la hipótesis de que «el fenómeno campaniforme tiene una causa única [...] y] por tanto es susceptible de tratamiento global» (Gallay, 1979, p. 232). Eso se expresa en el enfoque comparativo paneuropeo que ha caracterizado (Castillo, 1928) y caracteriza su estudio (Chapman, 1976, p. 135; *idem*, 1987a, p. 64; Shennan, 1986; Sherratt, 1987).

Dado el marco histórico-cultural de la investigación y su consiguiente identificación entre conjuntos arqueológicos y movimientos de población o fenómenos de difusión cultural (Chapman, 1987b, p. 1), no resulta sorprendente que la amplia distribución de esta cerámica diera «pie al reconocimiento de una civilización campaniforme que unificaba tan vasto territorio e incluso a que se hablara bastante frívolamente de un pueblo y hasta de una raza campaniforme» (Delibes de Castro, 1985, pp. 44-45).

En ese marco «el problema se convierte en el de “los orígenes”» (Clarke, 1976, p. 460). Los intentos de explicar cómo, cuándo y dónde apareció por primera vez la cerámica campaniforme se basan en el empleo del método comparativo tipológico, así como en las evidencias cronológica y de distribución disponibles en el momento (*ibidem*).

En segundo lugar, las cerámicas son la clave para la comprensión del tema (Harrison, 1977a, p. 6). Por ello y, desde la perspectiva citada, se considera legítimo su aislamiento de los contextos culturales en los que aparecen (*ibidem*) y su comparación con otras procedentes de cualquier territorio europeo o norteafricano.

En tercer lugar, se asume la existencia de dos complejos distintos (*ibidem*): el Cordado-Marítimo-Mixto, más antiguo, de origen occidental (holandés o portugués, según los casos) y el Inciso de origen centroeuropeo.

La cuestión campaniforme, tal como se acaba de delimitar, satisfacía muchas de las expectativas de precisión cronológica de la investigación prehistórica. La amplia distribución de los vasos campaniformes llevó a creer desde Aberg (1921, en Harrison, 1977a, p. 1) «en una aparición de duración muy corta, lo que permitía utilizarlos como horizonte cronológico» (Sangmeister, 1963, p. 25). Su vinculación con la metalurgia proporcionaba también una referencia cultural. En efecto, «su llegada a Europa occidental [se conectaba] con la extensión del uso del cobre y oro a sociedades donde previamente eran desconocidos o escasamente explotados», así como con el recurso de una nueva tecnología donde dichos metales ya se manejaban, con el em-

pleo de nuevos productos de lujo y con el desarrollo de relaciones comerciales intereuropeas. Todo ello sentaría las bases de las jefaturas de la Edad del Bronce Antiguo (Harrison, 1980, p. 9).

La utilidad de la cerámica campaniforme como elemento sincronizador a larga distancia y referencia cronológico-cultural no es lo único que explica el arraigo de la concepción clásica. Intervienen también una serie de factores vinculados tanto con el marco histórico concreto en el que se desarrolla la investigación prehistórica, como con los presupuestos teóricos que la fundamentan.

Recordemos cómo G. Daniel (1973, p. 114) llama la atención sobre la utilización con fines políticos en la España de los años cuarenta de las tesis de Bosch Gimpera (1940) y Castillo (1928) acerca de la difusión del vaso campaniforme desde la península Ibérica al resto de Europa.

Representa, además, uno de los mejores ejemplos de aplicación del enfoque histórico-cultural de la Arqueología europea (Chapman, 1987b, p. 1), así como de la vertiente historicista de la misma (Gillman, 1988, p. 50). Es difícil no encontrar nexos entre «la idea de una gran *koiné* comercial, es decir política, abriendo comunicaciones entre los pueblos, creando un mercado internacional, difundiendo la práctica de la metalurgia» que lleva consigo la cuestión campaniforme (Guilaine, 1984a, p. 1) y el sentido unificado de un pasado europeo (Rowlands, 1984b, p. 154).

Su configuración particular no puede entenderse, por último, sin tener en cuenta la vinculación entre difusionismo y particularismo histórico por la cual, «ciertamente, no se puede admitir la formación de dos hogares campaniformes independientes en dos zonas geográficamente alejadas. Cualesquiera que sean los lazos que los unen, esos lazos siempre existen» (Treinen, 1970, p. 302, n. 199).

Una vez identificado el lugar donde se encuentra la forma cerámica más parecida a la del vaso que se estudia, se «deben suponer» los caminos a través de los cuales se ponen en relación ambos tipos cerámicos, «aunque ese trayecto no pueda ser definido con ayuda de hallazgos intermedios» (Sangmeister, 1963, p. 51).

La atención primordial a la caracterización de la evolución tipológica de las cerámicas se expresa en las preguntas de cómo, cuándo y dónde surgen, preguntas que sustituyen a la mucho más interesante en términos históricos de por qué (Clarke, 1976, p. 985). Por otra parte, los intentos de responder a las tres interrogantes tradicionales se ven abocados al fracaso por «la confusión semántica

acerca de si la explicación se relaciona con el origen y expansión de gente diferente que usó campaniforme, con un pueblo campaniforme, simplemente con las vasijas campaniformes para beber o con un conjunto cultural total» (*ibidem*, p. 461). La despreocupación por lograr una precisión sobre esas alternativas de significado cultural tan distinto es otra indicación más del carácter fundamentalmente «arqueológico» del marco tradicional de la cuestión campaniforme.

El replanteamiento del tema tiene lugar por la interrelación de factores de naturaleza tanto teórica como arqueológica. El interés por los aspectos interpretativos por parte de la investigación actual ha favorecido los estudios regionales. Ello ha traído consigo dos implicaciones prácticas. Se abandona la orientación tipológica tradicional que sustituía al examen de los contextos de aparición de las cerámicas por el de la cronología y el de los mapas de distribución de las mismas. Se presta atención a los datos ecológicos y los contextos socioeconómicos hasta entonces poco valorados (Guilaine, 1984a, p. 1).

La consecuencia de este cambio de perspectiva es que «las investigaciones recientes han opuesto la extrema heterogeneidad de los grupos con campaniforme a la antigua noción de una cultura única, cara a Alberto del Castillo» (*ibidem*). En efecto, al integrar los campaniformes en la evolución propia de los grupos regionales «se hace cada vez más difícil interpretarlos como elementos de una gran cultura monolítica. Percibidos a través de las excavaciones de los hábitats, los campaniformes no resultan muy frecuentemente más que un aspecto particular de las civilizaciones autóctonas» (*ibidem*; también en Criado y Vázquez, 1982, p. 82).

Clarke (1976, p. 641) recoge diversos datos expresivos de esa extrema heterogeneidad del fenómeno campaniforme. En lugares bien investigados hay desde miles de sitios campaniformes, como en Gran Bretaña, a unas pocas docenas de hallazgos, como en Dinamarca. Los porcentajes de esa cerámica van de uno o dos fragmentos en el conjunto a más de un 30%. Los elementos asociados con ella varían según las áreas y dichos elementos se encuentran, a su vez, con otros conjuntos cerámicos (*ibidem*). Por otra parte, hay que tener en cuenta que todos estos factores intervienen de una manera diferente según se trate del conjunto Cordado-Marítimo-Mixto o Inciso.

En opinión de G. Delibes de Castro (1985, p. 48; también en Chapman, 1987b, p. 1), «el primer intento serio de interpretar tales diferencias y de buscarles una explicación científica» se debe a Sangmeister (1963). Sin embargo, hasta el Simposium de Oberried de 1974

no se introducen los cambios que definen las versiones renovadoras de la cuestión campaniforme. Las nuevas perspectivas teóricas defendidas por Clarke (1976)³⁹, la caracterización de la secuencia holandesa por parte de Lanting y Van der Waals (1976) y la revisión de la documentación antropológica por Gerhardt (1976) aparecen en la consulta de la bibliografía específica como las iniciativas fundamentales a ese propósito.

Para Clarke (1976, p. 460), la solución del problema campaniforme no depende exclusivamente, como se pretende, de la consecución de una clasificación más refinada o de una cronología más detallada. Dicha solución «ha sido inminente desde hace medio siglo y está todavía lejos de nuestro alcance. En realidad, el problema no es un asunto de datos sino [...] de teoría». Desde esta perspectiva, la preocupación clásica por la identificación de los orígenes de las cerámicas campaniformes es «un problema irreal [...], insoluble [...] que no merece el intento de solución» o, al menos, de importancia secundaria (*ibidem*). El propósito de la investigación debe ser la formulación de «modelos más realistas [...] de la conducta económico-social implicada en la manufactura, distribución, uso y deposición de todo el conjunto cerámico y sus artefactos, sitios y contextos asociados» (*ibidem*).

El primer paso para lograrlo es poner en cuestión la presunción subyacente a los estudios del campaniforme de que los cacharros «son simple y exclusivamente un producto doméstico, barato, hecho por cada ama de casa» (*ibidem*, p. 461). Así, hay que tener en cuenta «las redes de intercambio prehistórico» previas y contemporáneas a las del campaniforme, la evidencia «de analogías experimentales directas [...], de modelos etnográficos de base amplia [...] y la evidencia física directa de los propios campaniformes de calidad y de sus sitios domésticos» (*ibidem*, p. 462).

A la luz de esa información, las cerámicas campaniformes finas eran «muy caras de producir, tanto en horas-hombre como en términos de valor contemporáneo» (*ibidem*). A su juicio (*ibidem*, p. 467),

una pequeña proporción [de las mismas] era intercambiada [...], en parte, porque era menos caro en tiempo y energía [...] importar[las] de centros con bue-

³⁹ El carácter «fundacional» de este texto, marco directo o indirecto de las propuestas actuales (Sherratt, 1982 y 1987; Shennan, 1986) (cf. *supra*, pp. 213-214), me anima a dedicarle especial atención.

nas arcillas, próximos al mar o a comunicaciones fluviales y, en parte, por razones sociales que implican alianzas personales, prestigio, simbolización de estatus y conducta de exhibición [...]. En un período en el que el mejor transporte de volumen a larga distancia era [...] la canoa [cabe atribuir a las rutas marítimas y las redes fluviales un importante papel] en la distribución campaniforme, particularmente las del Rin, Ródano, Danubio con sus cabeceras convergentes y las cadenas litorales e islas del Mediterráneo occidental y Atlántico septentrional.

Esto introduce importantes cambios en la interpretación de la distribución campaniforme. Ahora puede ser no tanto la de «sociedades campaniformes cuanto la de grupos que deseaban importar campaniformes. Bajo esta perspectiva el “grupo campaniforme” debería ser llamado con más propiedad “red campaniforme”», sin que se excluya la intervención regional de muchos otros factores (*ibidem*, p. 468). Entre ellos se encuentran «la distribución diferencial de arcillas adecuadas, combustible, agua, las facilidades de comunicación y otros elementos sociales, económicos y ambientales» (*ibidem*, p. 474). No excluye tampoco contados movimientos de población «durante períodos prolongados de tiempo y asumiendo continuidad indígena» (*ibidem*).

Clarke (*ibidem*, p. 475) vincula la trascendencia de estas redes comerciales con la situación demográfica y social de la época. El reducido tamaño de los asentamientos campaniformes y de sus cementerios familiares, su dispersión y los artículos que contienen indican:

una situación de baja densidad en la que interconexión y apoyo recíproco tienen seguramente que haber sido vitales. [En tal caso,] el papel jugado por las redes comerciales en el anudamiento de alianzas puede haber sido de tan crucial importancia para el mantenimiento de la identidad y de las relaciones comunes de los grupos dispersos como su papel económico en los intercambios recíprocos de alimentos, recursos, metal y tecnología [*ibidem*].

Sugiere que el valor simbólico de la cerámica campaniforme en esas redes socio-económicas se debiera a su circulación junto con las mujeres y los tejidos (*ibidem*, p. 471). Los textiles pudieron desarrollar temas específicos que identificaran y simbolizaran un emblema heráldico (por ejemplo, como los tartanes escoceses): «Si las mujeres que se casaban usaban los tejidos y también hacían y decoraban los campaniformes finos para intercambio entonces sería fácil comprender cómo unos influyeron en los otros, llevando un simbolismo es-

table y explícito.» Se explicaría así «el conservadurismo que se observa en algunas de las tradiciones campaniformes regionales» (*ibidem*).

El texto define lo que está siendo la concepción del fenómeno campaniforme de los ochenta. La interpretación histórico-cultural (el «pueblo» o «cultura» campaniforme) es sustituida por otra de naturaleza funcionalista (la «red» campaniforme) manteniéndose, en cambio, el enfoque paneuropeo. De hecho la «red campaniforme» se convierte en un caso para la aplicación del modelo de interacción entre unidades políticas paritarias (Shennan, 1987, p. 376). Las cerámicas pasan a ser objetos de prestigio, símbolos de poder, estatus y rango y, al propio tiempo, transmisores de un mensaje de integración cultural.

Esta versión fundamenta la última gran obra de conjunto publicada sobre el campaniforme europeo (Harrison, 1980) y, en general, todas las que se ocupan del tema. En nuestro país se ha incorporado recientemente a las obras de síntesis (Delibes de Castro, 1985, p. 51; Nieto, 1985, pp. 335-336; Pellicer, 1986, p. 252) y no sólo a las especializadas (Delibes de Castro, 1987*b*).

Gran parte de la investigación se dedica a la definición e interpretación de las «redes campaniformes». Guilaine (1984*b*, p. 247), cita la propia comunicación de Clarke (1976) al Simposium de Oberried y el trabajo posterior de Gallay (1979) como los principales intentos en ese sentido.

El primero propone un modelo núcleo-periferia que tiene en cuenta únicamente la densidad y aparición de los campaniformes con absoluta desatención a los aspectos cronológicos (Clarke, 1976, p. 474). Defiende

una correlación tosca entre sitios domésticos con una elevada proporción [...] de campaniformes decorados (tipo A) y regiones que tienen densidades muy altas de sitios (principalmente enterramientos) con hallazgos aislados de campaniformes decorados, raramente muchos sitios domésticos campaniformes y evidencia de una tradición cerámica campaniforme local considerable (300-500 años) (tipo I). Esas áreas tipo I/A parecen constituir focos regionales dentro de algún tipo de área nuclear que incluye Gran Bretaña, Holanda, los Países Bajos, Alemania occidental y, con más dudas, ciertas zonas de Francia, Galicia y la Meseta. Más allá de este núcleo hay un «halo periférico [constituido por] regiones que tienen unos cuantos sitios dispersos, con muy pocos campaniformes en contextos domésticos, e incluso campaniformes en número muy pequeño, tanto absoluta como relativamente, con otras tradiciones cerámicas no campaniformes. [Se trata de] Noruega, Dinamarca, Polonia,

Checoslovaquia, Hungría, Austria, Italia, Almería, Valencia y el norte de Africa» [*ibidem*].

En opinión del autor, si esta evidencia no fuera modificada por el desarrollo de la investigación, sugeriría

un área nuclear de la red campaniforme hecha de nudos o focos regionales con un intercambio de larga vida, intrincado, recíproco y regular de artículos y parentesco, un agrupamiento cultural que abraza presumiblemente el área de los orígenes campaniformes. En torno a esos núcleos sería tentador interpretar el borde periférico de [...] 256-320 Km [...] como exactamente lo que esperaríamos del intercambio exterior y copia de cerámicas campaniformes en redes no campaniformes, [una vez hechas las correcciones oportunas a tenor de los factores sociales, económicos y ambientales ya citados] [*ibidem*].

Por su parte, Gallay (1979, p. 232) acepta las tesis de Clarke (1976), según las cuales el fenómeno campaniforme no es una cultura sino un complejo funcional («package») difundido por contacto y comercio. El objetivo de su trabajo es averiguar la delimitación espacial y cronológica de las redes campaniformes y la intervención en su desarrollo del «tipo braquicraneano con planoccipitalia [...] en relación con la idea de un «pueblo campaniforme» de grandes posibilidades migratorias (Gerhardt, 1976)» (Gallay, 1976, p. 231).

Maneja los datos regionales de ocho zonas clave: los Países Bajos, Gran Bretaña, península Ibérica, Bretaña, Mediodía de Francia, Europa central, Suiza, el Jura, cuenca del Saona e Italia septentrional.

Las cuestiones que aborda son muy expresivas de la nueva orientación de la investigación (*ibidem*, pp. 247-248). Caracteriza la cerámica fina campaniforme en relación con la presencia o ausencia de tipos cordado y marítimo y la existencia o no de una influencia del sustituto (cerámica cordada u otras). Además investiga si la cerámica doméstica es propia del complejo funcional campaniforme, relacionable con fases tardías del complejo Vucedol (Begleitkeramik) o de tradición estrictamente local. Indica si aparecen o no hachas de combate de piedra, signo de relación con el tipo cordado. Contempla también «si hay culturas contemporáneas refractarias a la intrusión del complejo funcional campaniforme, dejando aparte las influencias parciales o la intrusión de elementos aislados». Finalmente, establece si «el conjunto en el que se inserta da lugar a una civilización del Bronce

Antiguo claramente caracterizada, (sobre todo, por su metalurgia del bronce)» (*ibidem*).

La dinámica histórica arranca de la hipótesis de Lanting y Van der Waals (1976) de una derivación directa cerámica cordada-campaniforme marítimo en los Países Bajos (el «Modelo holandés»). Allí se situaría el lugar de origen único del «package» campaniforme (Gallay, 1979, p. 251).

Desde el punto de vista cronológico cree posible «distinguir dos períodos sucesivos. La fase arcaica corresponde a la difusión por vía comercial de los prototipos campaniformes europeos (cordados y, después, marítimos)», definitorios de las redes 1 y 2 respectivamente, así como «al desarrollo de centros locales de producción» (*ibidem*). El área alcanzada por la difusión de los vasos cordados «engloba Gran Bretaña, Bretaña y alcanza el Mediodía de Francia por el corredor Rin-Saona-Ródano. Estos elementos aislados se insertaron en contextos locales, sobre todo en el megalítico» (*ibidem*, p. 248). La red 2, «mal individualizada de la precedente, se distingue por la aparición [de los nuevos vasos marítimos] y una difusión geográfica un poco diferente. El eje principal se sitúa en la fachada atlántica de Europa con los tres centros privilegiados de los Países Bajos, Bretaña y Portugal (Estremadura). El eje Rin-Ródano pierde algo su importancia. Como anteriormente, Europa central queda aparte. Esos elementos aislados se incorporan a contextos estrictamente locales» (*ibidem*).

La fase reciente comprende tres complejos culturales distintos con elementos campaniformes (*ibidem*, p. 251). Cada uno de ellos da lugar a una red aproximadamente sincrónica, manifestación de la diferenciación regional del complejo (*ibidem*, p. 248).

El primero es «el conjunto Países Bajos/Gran Bretaña. Corresponde a la única verdadera cultura campaniforme de ascendencia cordada. Es posible considerar sobre esta base una cierta colonización de Gran Bretaña por poblaciones originarias de los Países Bajos» (*ibidem*, p. 251). Este núcleo evolutivo y «una zona de difusión secundaria que engloba el eje Rin-Ródano y la Europa central» constituyen la red 4 o «complejo campaniforme septentrional» (*ibidem*). El núcleo evolutivo se caracteriza por «un “package” campaniforme relativamente homogéneo vinculado con una cerámica doméstica específica» (*ibidem*, p. 250). En la zona de difusión «está asociado con elementos de la red 3 (*Begleitkeramik*)» (*ibidem*, p. 251).

El segundo complejo cultural es el de Europa central, «próximo al complejo Vucedol tardío. La población relacionable con esta cul-

tura es, pues, originaria de la cuenca carpática y se extiende progresivamente por una vasta zona centrada en el arco alpino en sentido amplio, desde Checoslovaquia al Mediodía francés» (*ibidem*). La cerámica característica es la *Begleitkeramik* que define la red 3 y, secundariamente, se asocia al *package* campaniforme de la red 4 (*ibidem*, p. 248). Estos elementos se definen por su carácter intrusivo, «salvo quizá en Suiza» y porque tienden a «encerrarse» en ellos mismos, de donde resultan oposiciones espaciales con los grupos cordados tardíos, por una parte, y con el Calcolítico mediterráneo, por otra (Calcolítico provenzal y civilización de Remedello) (*ibidem*, p. 250).

El tercer complejo cultural o «complejo campaniforme meridional» es identificable en la península Ibérica, donde se «inserta directamente en el viejo fondo mediterráneo sin cambio importante en el mosaico de poblamiento subyacente» (*ibidem*, p. 251). La cerámica campaniforme deriva, como en el complejo 1, «del sustrato marítimo y se diversifica regionalmente». Constituye la red 5. «La zona más dinámica parece ser la Meseta española» (*ibidem*, p. 250).

En cuanto a la influencia del fenómeno campaniforme en la aparición de las culturas del Bronce Antiguo, salvando los elementos británicos del primer conjunto cultural que «aparentemente [...] evolucionan hacia una verdadera civilización» (Wessex) (*ibidem*, p. 251), dicha aparición «parece unida a la difusión del complejo cultural 2, asociado a Vucedol, y no al campaniforme». La ilusión de una relación campaniforme-Bronce Antiguo se debía a que el «complejo Vucedol-*Begleitkeramik* constituye un medio ampliamente abierto al *package* campaniforme», al contrario de lo que, paradójicamente, si se recuerda el origen del campaniforme, ocurre con «las prolongaciones recientes del cordado» (*ibidem*).

En el caso de la península Ibérica, la situación varía según el conjunto cultural de que se trate. Cree posible una influencia del complejo Vucedol-*Begleitkeramik* en la eclosión de la cultura del Argar (*ibidem*, p. 250), pero sostiene que los elementos del «complejo campaniforme meridional» «no juegan un papel determinante» en su aparición o en la del Bronce del Suroeste⁴⁰.

La integración de los datos biológicos aporta luz a la definición

⁴⁰ Hoy en día tanto Delibes de Castro (1985, p. 57) como Fernández-Posse (1986) valoran la influencia de los grupos Ciempozuelos (red 5) en la configuración de la cultura de Cogotas I del Bronce Pleno-Final.

de la dinámica histórica que se propone en la medida en que las fronteras interculturales están marcadas por un mínimo de comunicación de bienes, mujeres y mensajes (*ibidem*, p. 234). La restricción cultural a las alianzas matrimoniales afecta los intercambios genéticos, creando un aislamiento relativo que favorece la individualización de particularidades biológicas fenotípicas (*ibidem*, p. 235). La prelación del determinismo sociocultural sobre el ecológico es admisible en este caso, «ya que los medios ecológicos naturales son relativamente homogéneos (la Europa templada) y el período comprendido relativamente corto (un milenio como máximo)».

La admisión de esta hipótesis biocultural tendría tres implicaciones. La primera es que «el primer conjunto, próximo al tipo antropológico cordado, debería encontrarse en los Países Bajos e Inglaterra» (*ibidem*, p. 251). El segundo conjunto que debería corresponder al tipo antropológico supuestamente campaniforme (*ibidem*), en realidad, se vincula con los componentes biológicos del complejo Baden-Vucedol. En consecuencia debería identificarse entre los de las culturas del Bronce Antiguo de Europa central (*ibidem*). El tercero sería «puramente mediterráneo y característico de la península Ibérica» (*ibidem*).

La evidencia antropológica disponible para la confirmación o refutación de estas hipótesis es poco resolutoria (*ibidem*, p. 252) (véase *infra*). Los datos de las islas Británicas «son muy limitados» y los de los Países Bajos «casi nulos (por condiciones de conservación)». En cuanto a la segunda, «los datos sobre las poblaciones balcánicas de los complejos Baden-Vucedol son insuficientes». Finalmente, «no poseemos prácticamente ninguna información utilizable para el Bronce Antiguo mediterráneo» (*ibidem*).

Esas restricciones no impiden, a su juicio, confirmar los dos últimos pronósticos. Los resultados del estudio de R. Menk (1979) apoyarían la idea de que la región nuclear del tipo individualizado por Gerhardt (1976) «se relaciona orgánicamente con la *Begleitkeramik*» (Gallay, 1979, p. 252). En cambio, en contra de lo propuesto en la segunda hipótesis, «los componentes biológicos de la civilización de Unětice se relacionan [...] claramente con el tipo cordado y no con las poblaciones» con *Begleitkeramik* (*ibidem*, p. 253). En la península Ibérica el tipo de Gerhardt «no parece totalmente ausente», apareciendo «en los contextos campaniformes mediterráneos un componente nuevo representado por individuos meso-dolicocráneos de muy grandes dimensiones craneanas». Sería bien una «eventual

especiación mediterránea» del tipo de Gerhardt, bien resultado de «contactos con Africa del Norte (?)», conocidos a nivel comercial (*ibidem*).

Estas versiones de la red comercial campaniforme paradójicamente, considerando que el propio Clarke se encuentra entre sus definidores, dejan de lado la respuesta a la cuestión del «por qué» sin salir del viejo problema de los orígenes. Este parece haberse dado por resuelto aceptando el «Modelo holandés» citado (Harrison, 1980; Shennan, 1986; Sherratt, 1987). Lanting y Van der Waals (1976) lo definieron a partir de datos contextuales y dataciones radiocarbónicas. Tuvieron en cuenta la continuidad de las prácticas funerarias y la alfarería entre los grupos neolíticos y campaniformes, la dispersión geográfica de unos y otros, además de las series radiocarbónicas de la cuenca inferior del Rin, para proponer una secuencia ininterrumpida en dicha zona desde los tipos PFB a los cordados y, después, marítimos (Waals, 1984, pp. 3 y 5). Ahora bien, como advierte Clarke (1976, p. 481):

si tuviéramos una evidencia detallada con el mismo grado de precisión en todas nuestras áreas focales, ¿no llegaríamos a similares conclusiones en las mismas, y no aparecería de nuevo el mismo problema? [...]. Obviamente *tiene* que haber habido continuidad de población en todas las áreas, excepto bajo circunstancias excepcionales, por tanto en todas [...] cabe esperar encontrar eventualmente una relación gradual como la que se ha demostrado [...] en la cuenca baja del Rin [énfasis del autor].

A su juicio, la mejor de las condiciones probatorias es la cronología «y eso causa ya una ligera dificultad al esquema de Lanting-Van der Waals, dadas las antiguas fechas de Francia y España» (*ibidem* y Guilaine, 1984c).

Los problemas cronológicos del «Modelo holandés» son muy diversos. Dejando de lado los de carácter general, intrínsecos al radiocarbono y su aplicación (Fernández Martínez, 1984), derivan de la heterogeneidad de la muestra de dataciones la gran antigüedad de otros tipos cerámicos y la imposibilidad de lograr una precisión cronológica durante el III milenio a. de C. cuando se recurre a la calibración (Case, 1987, p. 115).

Las dataciones radiocarbónicas son escasas, si se tiene en cuenta el marco espacial y temporal implicado, y están muy desigualmente distribuidas tanto en relación con ese marco como con las variedades campaniformes afectadas (véase *supra* Clarke).

Por otro lado, las dataciones de las cerámicas de estilo marítimo de Zambujal (Portugal), mediodía español, centro-oeste francés, Normandía y la cuenca de París hacen posible, en opinión de Case (*ibidem*, pp. 116-117),

que los campaniformes marítimos del bajo Rin estén al final de una serie amplia de conexiones desde el Mediterráneo occidental donde la serie se originó al menos en una fecha tan antigua como la de los campaniformes renanos A.O.O. [...]. La posibilidad añadida de que los campaniformes marítimos del Mediterráneo occidental sean más antiguos [...] queda abierta por [...] las fechas asociadas con el grupo pirenaico de campaniformes.

Finalmente las dificultades, hoy por hoy insalvables, de la corrección calendárica impiden contar con la precisión cronológica exigida por los períodos de mutación rápida con los que se trabaja (Guilaine, 1984c, p. 184). Dicha precisión debe proceder de las fechas relativas (Harrison, 1988, pp. 467 y 471).

Se llega así al punto del que partía la crítica de Clarke al «Modelo holandés».

El último tema clásico pendiente es la existencia o no de un componente humano específico asociado al campaniforme. El factor antropológico debe servir, como en tantos otros problemas de difusión, como dato probatorio de una cierta hipótesis a propósito del centro originario y vías de difusión de los campaniformes.

Los obstáculos principales para llegar a conseguirlo derivan de las limitaciones de la evidencia disponible tanto como del modo como se han emprendido los estudios. En el primer caso, no se trata únicamente de que en muchas zonas carezcamos por completo de datos (Gallay, 1979, p. 252). Además, muchos de los existentes son de dudosa fiabilidad. Los comentarios de M. Antón (1897, p. 468) a propósito de la importante colección antropológica de Ciempozuelos (Madrid) describen, probablemente, un caso extremo de las deficiencias de la documentación primaria procedente, en gran parte, de la primera investigación: «tal cual llegaron al laboratorio no eran ya cráneos [...], sino compleja confusión de restos [...] tan deleznable, que se reducían a cenizas que volaban en pavesas al más suave contacto o al más débil movimiento».

Harrison (1980, pp. 159-164), por su parte, pone en cuestión «los métodos tradicionales de medida y los estudios analíticos simples» que han solido emplearse.

En definitiva, la «red campaniforme» aboca al mismo callejón sin salida que la «cultura campaniforme».

Los apartados que siguen están destinados a exponer el desarrollo de la investigación de la «cultura campaniforme» en la península Ibérica. El comentario de las propuestas acerca de la «red campaniforme» (Harrison, 1980) se enmarca dentro del enfoque integrado de la cultura.

II.4.2. Las tesis clásicas

«La Teoría Clásica se desarrolla a partir de las ideas de Schmidt (1913) y sus alumnos de 1913 en adelante» (Harrison, 1977a, p. 1). La tesis de Castillo (1928) estructura en un modelo plausible el material conocido y las ideas corrientes hasta la fecha. Marca el final de la fase formativa de las investigaciones campaniformes, alcanzando casi el rango de una teoría «monopolio» (Harrison, 1977a, p. 1).

Como se indicó, P. Bosch Gimpera (1944, pp. 64-65) estima que los creadores de la cerámica del vaso campaniforme son algunos grupos de la Cultura de las Cuevas que transforman su cerámica decorada tradicional en ese nuevo tipo, durante una etapa avanzada del Eneolítico. Este cambio se ve acompañado por otros dos estrechamente relacionados y de gran interés cultural. En primer lugar, se produce el abandono de las cuevas situadas en las zonas montañosas, donde habían vivido hasta ese momento, para asentarse en los grandes valles fluviales (Guadalquivir, Guadiana, Tajo). En segundo lugar, se sustituye la economía pastoril por la agricultura extensiva. Según Bosch Gimpera (1975, pp. 203-204), el lugar de formación del vaso campaniforme es «principalmente» el valle del primer río, lo que no excluye su aparición «al mismo tiempo» en los valles del Tajo y sus afluentes, así como en Segovia, Zamora y Soria.

La evolución formal y decorativa de esa cerámica da lugar en la península Ibérica a tres tipos bien diferenciados y sucesivos: el tipo I inciso (Palmela I-Carmona-Ciempozuelos-Somaen), el II menos clásico (Palmela II-Somaen II) y el III puntillado o cordado (Bosch, 1954b, pp. 48-49, n. 11).

El autor se sirve para establecer la secuencia, por un lado, de la estratigrafía de la cueva de Somaen (tipos I y II) y, por otro, de los paralelos mediterráneos de la cultura de Los Millares —durante la cual se introduce por primera vez esa especie cerámica (tipo II) en

Almería—, así como de las fechas europeas para los campaniformes de estilo III y IV (extrapeninsular) (Bosch, 1961, p. 52). (Véase *supra*, p. 236.)

Tras los trabajos de Bosch Gimpera las variedades campaniformes se interpretan como fases de un mismo proceso de evolución temporal autóctona. Su difusión a la distintas regiones peninsulares y extrapeninsulares no se atribuye a «una migración de pueblos» —salvo en el caso de los grupos pirenaicos, de Holanda y el Danubio— sino a «transmisiones indirectas», mediante las relaciones entre los distintos grupos (Bosch, 1944, pp. 66-67). Por último, no asigna ningún valor catalizador del cambio cultural al campaniforme, como se hará en otras ocasiones (Delibes de Castro, 1977, p. 164), ni en la Península, ni fuera de ella. En la primera simplemente «coincide» con él (modificación de la economía de los grupos de la Cultura de las Cuevas implicados).

A. del Castillo (1975, pp. 611-612) mantiene la filiación, el centro originario y la sucesión de los tipos cerámicos, propuestos por P. Bosch Gimpera, si bien rebaja su cronología. Su principal aportación al estudio del tema en la península consiste en enfatizar el carácter metalúrgico y guerrero de los grupos creadores del vaso campaniforme. La adquisición de los conocimientos metalúrgicos, producida al entrar en contacto en sus desplazamientos con la cultura de Almería-Millares, «se convierte en la razón de ser de la continua expansión campaniforme desde el sudeste de España» (Harrison, 1977a, página 2).

Como señala Harrison (*ibidem*, p. 1), la investigación subsiguiente se preocupó fundamentalmente de lograr una determinación de la antigüedad relativa de los Complejos Marítimo e Inciso. Las primeras publicaciones sostuvieron las tesis clásicas de la precedencia del campaniforme inciso respecto al marítimo y, las más tardías, lo inverso.

Igualmente relevante, para explicar la configuración posterior de la «cuestión campaniforme», es la discusión acerca de si la difusión de estas cerámicas se debía al desplazamiento de un pueblo o a una moda o intercambio comercial. Esas hipótesis se manejan de modo alternativo y excluyente. No obstante, como en tantas otras ocasiones, puede encontrarse una posición más matizada cuando, en el manejo de la obra de un mismo prehistoriador, pasamos del enunciado general del problema a cualquier estudio particular del mismo (cronológico, cultural, regional).

Para M. Smith (1955, p. 285), la interpretación ofrecida por los

Leisner de los enterramientos campaniformes descubiertos en el sepulcro megalítico de la Cañada Honda G introduce en la teoría original «la noción de que los fabricantes de dicha cerámica eran un pueblo distinto de tipo físico diferenciado» (Harrison, 1977a, p. 2).

En realidad, el recurso a las «explicaciones étnicas» no es un rasgo exclusivo de los Leisner, quienes tampoco lo restringen a su interpretación del vaso campaniforme. Se trata también de una de las notas definitorias de la concepción antropológico-cultural de la Escuela Clásica. La diferencia entre la obra de Bosch Gimpera o Castillo y la de los Leisner reside en que los primeros atribuyen la presencia campaniforme en contextos propios de la cultura megalítica a intercambios que no suponen desplazamientos de población, mientras los segundos las sugieren claramente en Gandul. Ahora bien, tanto unos como otros creían en la existencia de un «pueblo campaniforme», como en uno «almeriense» o «de las culturas portuguesas o pirenaica». Todos coinciden asimismo en identificar al primero con «los restos de la población neolítica de las “cuevas”» (Smith, 1955, p. 286, citando a los Leisner)⁴¹. En ese sentido, no hay que confundir, como dice (Martínez Navarrete, 1988a, p. 456) y como quiere Smith (1955, p. 290), el componente racial que incluye la noción de «etnia» característica del primer tercio de siglo, con un simple «artificio» para explicar la distribución de la cerámica y la variedad de contextos campaniformes. Por otra parte, me parece que ese componente pasó a jugar un papel importante en relación con la interpretación de la distribución del vaso campaniforme por influencia de la obra de V. Gordon Childe⁴², más que por la de los Leisner.

Según el investigador australiano (Childe, 1973, pp. 274-275),

la gente enterrada con los vasos campaniformes en Ciempozuelos [...] y casi invariablemente en Europa central y Gran Bretaña son de cabeza redondea-

⁴¹ Mi lectura de la obra de Bosch Gimpera, según la cual el autor sostiene la existencia de un pueblo campaniforme en los centros de creación de esta cerámica —los grupos de la Cultura de las Cuevas desplazados a los valles fluviales— y una difusión de la misma por simple intercambio a casi todas las demás zonas, no es compartida por G. Delibes de Castro (1977, p. 158): «Bosch se muestra reservado respecto al alcance social del campaniforme, y aun reconociendo áreas de influencia y rutas seguidas por esta cerámica, nunca desvela claramente si dichos vasos están respaldados por un pueblo o simplemente por un comercio que satisface una moda».

⁴² Por el contrario, H. N. Savory (1968, p. 168) sostiene que este autor «jugó un papel importante en la extensión de dudas acerca [...] incluso de si hubo realmente un “pueblo” campaniforme».

da, y esqueletos braquicraneales. Se han encontrado en casi todas las tumbas colectivas que contenían vasos campaniformes, incluso en regiones tan predominantemente mediterráneas como Cerdeña y Sicilia. En Alemania, aunque no representan una población estrictamente homogénea, los esqueletos de los cementerios campaniformes comprenden de modo regular un nuevo tipo racial, mejor conocido en la península Ibérica y en último término del *stock* Mediterráneo oriental. En este caso, por tanto, *parece como si cultura y raza coincidieran y uno puede legítimamente hablar de una raza campaniforme.*

B. Trigger (1982, p. 53) interpreta ese tipo de afirmaciones como prueba de que, si bien Childe «laudablemente rechazaba el mucho más contundente racismo de los años veinte, no resultaba del todo inmune a la práctica correlativa de interpretar cada pauta de conducta concreta como una característica específica de pueblos particulares».

La versión, según la cual el campaniforme Ciempozuelos fue fabricado por un tipo racial braquicéfalo, tuvo una gran aceptación de especial arraigo en nuestro país (Guilaine, 1967, pp. 105-112; cit. por Delibes de Castro, 1977, p. 160). Podemos encontrar manifestaciones muy claras a ese respecto en la obra de G. Delibes de Castro, uno de los especialistas más prestigiosos en la «cuestión campaniforme». En su opinión (Delibes de Castro, 1978, p. 83), la falta de solidez y consistencia del «contexto campaniforme —elemento intrusivo en lugares de habitación, componente de ajueres funerarios singulares, cuyos hábitats raras veces son identificados— «ha contribuido ocasionalmente, en etapas de crisis, a que se diluya en parte el concepto de cultura aplicado a este mundo, hasta el punto de llegar a elucubrarse sobre si tan sólo fue una moda más que el exponente de un pueblo, de cuyo paso, por otro lado, existen evidencias irrefutables, por ejemplo de orden antropológico»⁴³.

La prueba de que esa convicción en un «pueblo campaniforme» no es tanto «un artificio para explicar la distribución de la cerámica y la variedad de contextos campaniformes», como sugería Smith

⁴³ Fuste (1960, pp. 377-378) entiende, en cambio, que la pretendida uniformidad racial de las gentes del vaso campaniforme en Europa central, la península Ibérica y otros países mediterráneos está «desprovista de todo fundamento». El estudio tipológico de los restos humanos asociados con dicha cerámica permite: «afirmar de manera categórica que la difusión de elementos braquicéfalos planooccipitales y la del vaso campaniforme parecen haber sido fenómenos independientes, por los menos en el Mediterráneo Occidental» (*ibidem*).

(1955, p. 290), como la expresión de una determinada concepción antropológico-cultural, queda clara en la evolución experimentada por la posición del propio G. Delibes de Castro en relación con el tema. En su importante trabajo sobre el vaso campaniforme en la Meseta Norte, sostiene:

Los fabricantes [de vaso campaniforme] fueron seguramente los auténticos y únicos grupos campaniformes, en el sentido cultural y antropológico más extenso. La aparición en poblados indígenas de esta cerámica [...] sólo nos permitiría hablar de «yacimientos con vaso campaniforme, nunca de yacimientos campaniformes», puesto que la aparición de esta cerámica en los mismos no llegó a suponer *una transformación o una revolución en el desarrollo cultural* de los mismos, como verdaderamente debía exigirla la incorporación del nuevo sustrato étnico (Delibes de Castro, 1977, p. 160).

Estas tesis se han repetido, en su forma más clásica, en una de las últimas obras publicadas por el autor sobre el tema (Chapa y Delibes, 1983, p. 383):

Hoy [...] se admite plenamente la idea de que *los campaniformes «derivados» del grupo oriental [...] llegaron al sur y oeste de Europa [...] como consecuencia del movimiento de un pueblo*, cuyo tipo craneal —*meso/braquicéfalo y de aspecto alpinoide*— contrasta con la dolicocefalia de las poblaciones indígenas precedentes; un pueblo [...] que acaso pudo haberse beneficiado de un precoz aprovechamiento del caballo como montura y de una consumada habilidad en el uso del arco para llegar a dominar tan vasto territorio.

Esa caracterización, que puede encontrarse casi repetida en trabajos muy recientes al respecto (Shennan, 1986, Sherratt, 1987) contrasta con la posición actual de G. Delibes de Castro (1985, pp. 44-45):

[La amplia dispersión de esta cerámica] nada sorprendentemente, dio pie al reconocimiento de una civilización campaniforme que unificaba tan vasto territorio e incluso a que se hablara bastante frívolamente de un pueblo y hasta de una raza campaniforme. Es ésta una impresión, sin embargo, forzada y ficticia, pues basta ojear con algún detenimiento las páginas de la obra del mismo Castillo para percibir matices diversificadores en múltiples regiones, como muestras inequívocas de diferencias de índole cultural o, simplemente, cronológica [*ibidem*; también en *idem*, 1987b, p. 23].

En realidad, lo que está en juego es el valor de prueba que se concede a cada elemento de la explicación difusionista (el componente

racial, las cerámicas, los objetos metálicos, las muñequeras de piedra), así como la versión concreta que se adopta («pueblo», «moda», «comercio»). La idea de una cultura, vinculada o no con un tipo físico diferenciado, puede ser sustituida o combinada, según momentos o autores, por otra relativa a las coincidencias en muy parecidos gustos de las elites de la época (Delibes de Castro, 1987b, p. 24) o a intercambios intercontinentales de objetos de prestigio denotadores y creadores de estatus y rango por la vigencia de una ideología común. En cualquier caso, la coincidencia siempre es significativa. La estructura de la «cuestión campaniforme» se mantiene inalterada.

II.4.3. La «Teoría del Reflujo»

La «Teoría del Reflujo» enunciada por Sangmeister (1963) ha merecido calificativos tan diversos como «intento audaz» (Harrison, 1977, p. 4) o «infortunada teoría» (Savory, 1968, p. 169). Estaba destinada a integrar en el modelo clásico la variabilidad cronológica y espacial advertida por el avance de la investigación en los elementos definitorios de la cultura campaniforme (Delibes de Castro, 1985, p. 48).

Sangmeister (1963, 1966-67) distingue dos movimientos difusores del vaso campaniforme, sucesivos y de dirección inversa. El más antiguo o «flujo» llevaría el campaniforme marítimo desde el estuario del Tajo a Bretaña y los Países Bajos y, en menor grado, por el Mediterráneo hasta el Ródano. Ello provocaría la aparición en los Países Bajos del tipo cordado y en Bohemia-Hungría del campaniforme oriental. La proyección hacia el Sur de esas dos nuevas modalidades recibe el nombre de «reflujo». Comprende elementos puros orientales, elementos occidentales (internacional y mixto cordado) y otros salidos de la mezcla de los grupos oriental y occidental. En la península Ibérica, el movimiento Este-Sudeste introduce la inhumación individual, los puñales de lengüeta, leznas de cobre, adornos de alambre y chapa de oro, brazaletes de arquero y botones con perforación en V, elementos asociados con los campaniformes incisos (Ciempozuelos, Palmela) (Treinen, 1970, p. 300; Chapa y Delibes, 1983, pp. 381-382).

Esa dualidad campaniforme constituye hoy un *a priori* de la investigación y sirve de base a la obra de conjunto más conocida (Harrison, 1977a).

En el momento en el que se elaboró la teoría, la cronología ab-

soluta y relativa, así como las asociaciones tipológicas de los vasos campaniformes, no estaban bien establecidas, sobre todo en Europa occidental. Allí, según Sangmeister (1963, p. 27),

a excepción de las Islas Británicas [...] conocemos los vasos campaniformes en condiciones de descubrimiento tales [tumbas colectivas] que no podemos decir indiscutiblemente qué otros objetos les corresponden, de suerte que podamos hablar de una cultura de los campaniformes [...], las relaciones son muy vagas. [En cambio,] en Europa oriental podemos reencontrar juntos los mismos elementos culturales, ligados en una cultura.

En esa segunda zona (*ibidem*, p. 29), la cronología relativa ofrecería mayores garantías, ya que se establece «por la estadística de los hallazgos y la comparación de conjuntos cerrados, que comprenden unas mil tumbas de Bohemia y Moravia». Sin embargo, aquí, como en las demás regiones, «las fechas faltan hasta el momento» (*ibidem*, p. 53).

La reconstrucción histórica se basa en la opinión del autor (*ibidem*, p. 51), según la cual, «los diferentes elementos de ornamentación» del vaso campaniforme oriental «se parecen demasiado a los principios [decorativos] del vaso campaniforme paneuropeo» para que puedan responder a una invención autóctona, así como en su conformidad con las tesis del origen del tipo marítimo en Portugal. La hipótesis de la mayor antigüedad de dicho tipo respecto al cordado estaría «basada sobre una sola observación estratigráfica (la tumba D de Barnenez, Bretaña). Si [...] se demostrara falsa, debería iniciarse una discusión para saber si el campaniforme paneuropeo no pudiera ser una forma tardía secundaria del campaniforme del grupo oriental que formara parte del reflujo» (*ibidem*).

Una vez localizado el centro originario y, de acuerdo con los principios difusionistas, «se deben suponer» los caminos a través de los cuales se ponen en relación ambos tipos cerámicos, «aunque ese trayecto no pueda ser establecido con ayuda de hallazgos intermedios» (*ibidem*).

La interdependencia entre difusión de elementos arqueológicos-movimientos de pueblos se combina con otros mecanismos compartidos por las corrientes de «flujo» y «reflujo» campaniformes (*ibidem*, p. 53): «el comercio y la difusión de elementos individuales tipológicos de una parte y, de otra, la emigración de grupos humanos cerrados y su establecimiento» (caso de los grupos Carmona y Ciem-

pozuelos). Allí donde esto último ocurre, los recién llegados «en contacto con otros grupos étnicos, han formado grupos locales separados que han desarrollado incluso ritos funerarios propios» (*ibidem*, y p. 51).

La significación del factor etnológico en la teoría podría resultar incrementada si tenemos en cuenta que los «maridajes», «hibridaciones» y «mezclas» que, a juicio del autor, acompañan los reiterados fenómenos de contacto entre tipos campaniformes sugeridos en el modelo del Reflujo, parecen atribuirse al entrecruzamiento entre sus fabricantes⁴⁴. Ahora bien, es imposible sopesar la importancia relativa concedida por Sangmeister al comercio y la emigración en cada fenómeno de difusión. Los elementos (formales, técnicos y decorativos) pueden ser adoptados «en combinaciones variables o en formas intermedias, o incluso individualmente» (*ibidem*, p. 51). La tipología empleada no permite una correcta discriminación entre esas alternativas.

La investigación posterior ha puesto en cuestión el origen portugués del campaniforme marítimo y «la breve cronología de Sangmeister (1700 a 1500 a. de C. para todo el movimiento de Reflujo) [que] une todos los rasgos del Reflujo centroeuropeo cuando Clarke (1970) y Guilaine (1967) pueden separar tres o cuatro grupos cronológicos para los elementos de "reflujo" en la región Ródano-Languedoc con poca dificultad» (Harrison, 1977a, p. 5). Ello no empañaría uno de sus principales méritos: «haber sacado a la luz muchísimas regularidades de las secuencias regionales implicadas» (*ibidem*, p. 94). De hecho, como adelanté, el dualismo de tradiciones campaniformes consagrado en el «modelo del Reflujo» es un componente esencial de la cuestión campaniforme. Su trabajo estimuló «una investigación tanto a favor como en contra de sus proposiciones individuales» que a larga llevaría a replantear el modelo histórico-cultural en el que se basaba (Chapman, 1987b, p. 1). Por mi parte, me interesa recalcar su valor como ejemplo paradigmático de dicho modelo. En ninguna otra publicación resulta tan evidente el interés por la dimensión espacio-temporal de la cultura, ni está tan arraigado su enfoque «acuático» (flujos, reflujos y corrientes).

⁴⁴ Se afirma, por ejemplo: «la civilización de Adlerberg [...] parece haber tomado prestados sus motivos (y quizá una parte de las poblaciones)» (Sangmeister, 1963, p. 40).

II.4.4. Tesis de la continuidad VNSP

Según R. J. Harrison (1977a, p. 5), Siret (1913) fue uno de los primeros investigadores abiertos a una explicación por convergencia de la similitud entre los campaniformes. Al advertir que los parecidos entre las cerámicas impresas ibéricas y los campaniformes podían deberse a la circunstancia de que unas y otras fueran modeladas sobre cestas de esparto, dejaba abierta la vía para que el proceso se repitiese «en cualquier lugar en el que hubiera cestos y cerámicas».

Esto le llevó a decir: «Sin negar la posibilidad de una influencia ibérica, admitimos para el grupo del Centro el principio de un origen local, independiente» (Siret, 1913, p. 224; cit. por Harrison, 1977a, p. 5).

Ahora bien, en opinión de Harrison (1977a, p. 5), J. Palliardi (1919) es el único prehistoriador que consideró realmente este punto de vista: «sugirió un Grupo Meridional, basado en Iberia, y un Grupo Septentrional emergente de Bohemia, aunque no está claro si el grupo bohemio realmente es independiente, o un "reflujo" de algún tipo» (Harrison, 1977a, p. 5).

En todo caso, la influencia de los trabajos de Siret y Palliardi en la investigación fue limitada. Hay que atribuir a R. J. Harrison la popularización de esas ideas. Su primer enunciado del «Modelo Dualista» (*idem*, 1974a, p. 107) defiende un origen múltiple para el vaso campaniforme: en el estuario del Tajo (cultura de Vilanova de San Pedro = VNSP) para los tipos marítimos y en los grupos húngaros de Vučedol para los centroeuropeos, mientras los ejemplares cordados (AOC) pueden ser una imitación de estos últimos surgida en la zona renana. Anteriormente (Blance, 1960; Savory, 1968; Gonçalves, 1971, p. 158) se menciona o insinúa «la posibilidad de que los campaniformes estén conectados con y deriven de la cultura de VNSP, en torno al estuario del Tajo» (Harrison, 1977a, p. 5). Sin embargo, el desarrollo completo de la hipótesis llega con la tesis doctoral de este autor de la que constituye el núcleo central.

La obra de Harrison, *Bell Beakers cultures of Spain and Portugal* (1977a), le ha convertido «en la primera figura de la investigación del campaniforme ibérico» (Pellicer, 1986, p. 253). Esta valiosa síntesis de datos primarios es la referencia de los estudios recientes sobre el tema (Chapman, 1985, p. 158; *idem*, 1987a, b; Shennan, 1986, pp. 146-147).

La articulación arqueológica de la misma no ha sido modificada

en estudios posteriores (Harrison, 1980) por lo que pienso que merece un comentario detallado.

El autor emplea el concepto de «área cultural» en lugar del de «ciclo cultural» (*Kulturkreis*) (véase *supra*, p. 30) como «instrumento conceptual para la resolución de problemas relacionados con la aparición, desarrollo y eclipse de las culturas campaniformes» (*idem*, 1977a, p. 7).

Crítica el uso tradicional de la cerámica campaniforme como único elemento definitorio de grupos culturales, proponiendo la valoración completa de «los complejos campaniformes y de sus relaciones culturales». Sin embargo, buena parte de su argumentación se apoya, quizá por insuficiencias de la información contextual, en «elementos seleccionados divorciados de sus matrices culturales» (*ibidem*, p. 6).

Mantiene el Modelo Dualista⁴⁵, obteniendo de esta forma puntos de referencia para la construcción de la tipología cerámica⁴⁶ y la cronología relativa de los diversos grupos campaniformes peninsulares. En su opinión (*ibidem*, pp. 98-99), las limitaciones de la información disponible para sostener dicho Modelo —«falta de buenas fechas C-14 de los complejos campaniformes más antiguos en Portugal y Checoslovaquia», así como de «*corpus* ilustrados de los campaniformes de Europa central», predominio de datos «secundarios (patrones de distribución) más que primarios (depósitos cerrados)»— no son determinantes. La falta de una relación estratigráfica entre complejos se suple con el análisis de «los patrones de distribución y asociación [que] juegan un papel crucial en [la] interpretación» del autor (*ibidem*, p. 25). La justificación de este modo de proceder se expresa con claridad en un párrafo que podían haber escrito Treinen (1970, p. 301, n. 199) o Sangmeister (1963, p. 51): «las regularidades observadas requieren algún intento de explicación, y no podemos ignorar

⁴⁵ El siguiente párrafo resulta bastante expresivo a ese respecto: «La mejor forma de explicar la dicotomía [entre los Complejos Marítimo y Ciempozuelos en la Península] es tener en cuenta los datos de regiones cada vez más distantes, hasta que lleguemos a Europa central. Si la dualidad campaniforme puede ser identificada también en todas partes, entonces posiblemente pueda ser explicada por un modelo dual de orígenes» (Harrison, 1977a, p. 95).

⁴⁶ Esto se efectúa de dos modos. En primer lugar, se incluyen variedades en el Complejo Marítimo que permitan examinar con más precisión los contactos extrapeninsulares (Harrison, 1977a, p. 23). En segundo lugar, la validez de cada tipo cerámico peninsular se comprueba «por comparación con otros tipos mejor conocidos en Bretaña o Languedoc» (*ibidem*, p. 9).

los patrones observados simplemente porque no estemos totalmente satisfechos con la calidad de los datos» (Harrison, 1977a, p. 25).

Otro de sus presupuestos metodológicos es la adopción de las hipótesis de Binford (1972a; también Winters, 1968) (véase *supra*, p. 39), según los cuales los artículos realizados a partir de materias primas selectas «son recursos sociotécnicos designados para confirmar el estatus social preeminente de algunos individuos». De este modo, «junto con la complejidad sociotécnica incrementada podemos postular una creciente diferenciación de estatus, posiblemente conectada con el control de recursos de cobre» (Harrison, 1977a, p. 36).

El papel de «recurso sociotécnico» desempeñado por la cerámica campaniforme explicaría su amplia distribución.

A partir de todos los elementos citados, efectúa una reconstrucción histórica del desarrollo de los complejos campaniformes en la península Ibérica. Distingue cinco complejos principales: Marítimo, Palmela, Ciempozuelos, Salamó y Carmona. Si bien no hay fechas absolutas, ni evidencia estratigráfica que demuestre su antigüedad relativa (*ibidem*, p. 9), los «contactos externos de los Complejos Marítimo y Ciempozuelos muestran que son cronológicamente distintos y sustentan la prioridad de la serie marítima en la Península» (*ibidem*, p. 10).

El Complejo Marítimo «representa la fase final de la cultura VNSP y, en cualquier otro lugar, en España o Portugal puede demostrarse que es intrusivo, sin antecedentes locales». La distribución de los vasos campaniformes de este tipo «ha sido interpretada de acuerdo con el modelo de la continuidad VNSP» (*ibidem*, p. 95).

En ausencia de material estratificado⁴⁷, el modelo ha debido ser fundamentado en «patrones de asociación recurrentes, continuidad tecnológica, persistencia de redes de obtención de recursos y explicación de un antepasado razonable para la cerámica campaniforme» (*ibidem*, p. 29).

La investigación efectuada por el autor para determinar el grado de coincidencia entre la cultura de VNSP y el Complejo Marítimo (CM) constituye el esfuerzo más serio que conozco, en relación con la determinación del origen de una variedad campaniforme peninsu-

⁴⁷ Sin embargo, el autor (*ibidem*, p. 30) señala también: «Hay algo más que una fuerte coincidencia estadística entre los sitios VNSP y el Complejo Marítimo. Por las estratigrafías de Olelas, Rotura, Vilanova de São Pedro y Zambujal, podemos estar seguros de que la cerámica decorada VNSP es más antigua que la cerámica campaniforme».

lar. Sus resultados se resumen gráficamente (*ibidem*, p. 31, fig. 20) en una figura que reproduzco (véase fig. 1).

La continuidad en los asentamientos se fundamenta en dos series de datos (*ibidem*, pp. 29-30 y 33).

En primer lugar, existe una correlación porcentualmente significativa entre sitios VNSP y con campaniforme (92%) —en su mayoría marítimo—, por un lado, y entre la proporción de cerámica decorada de VNSP y la del CM, en los castros. Ese mismo fenómeno se da entre metalurgia del cobre, cerámica decorada VNSP y cerámica decorada CM.

En segundo lugar, las estratigrafías de Olelas, Rotura, Vilanova de São Pedro y Zambujal ⁴⁸ demuestran que la aparición del campaniforme no se relaciona con ningún abandono o destrucción. Tampoco hay ruptura en la tradición arquitectónica.

La continuidad en las prácticas funerarias (*ibidem*, p. 33) queda en evidencia por la similitud entre los contenidos de las tumbas con campaniforme marítimo y los castros de VNSP, la arquitectura de aquéllas y éstos y el propio ritual de enterramiento (culto a los muertos, ausencia de inhumación individual).

Subsisten las antiguas redes comerciales que hacían llegar al Tajo la calaíta y jadeíta desde Bretaña y Languedoc, el marfil del Magreb y el cobre de un lugar no determinado pero, en todo caso, fuera de las penínsulas de Lisboa y Setúbal (¿quizá la costa de Morbihan en Bretaña?) (*ibidem*, pp. 35-39).

El mantenimiento y ampliación del repertorio de artículos no utilitarios sugiere que, «durante todos los períodos VNSP-CM, existió la misma jerarquía que hacía uso de materias primas similares para reforzar su estatus privilegiado y monopolizar los importantes recursos metálicos y agrícolas» (*ibidem*, p. 36).

Por último, en la cultura de VNSP «están presentes todos los elementos para formar un vaso campaniforme marítimo: forma, color, pasta, decoración y técnica puntillada» (*ibidem*, p. 47). En consecuencia, «el campaniforme marítimo pudo haber aparecido localmente, porque todos los rasgos estaban a mano», aunque no sea posible todavía precisar las circunstancias exactas que intervinieron en su desarrollo (*ibidem*).

El panorama que ofrecen los restantes complejos campaniformes es muy distinto: «existe una separación más profunda entre el Com-

⁴⁸ Véase nota 47.

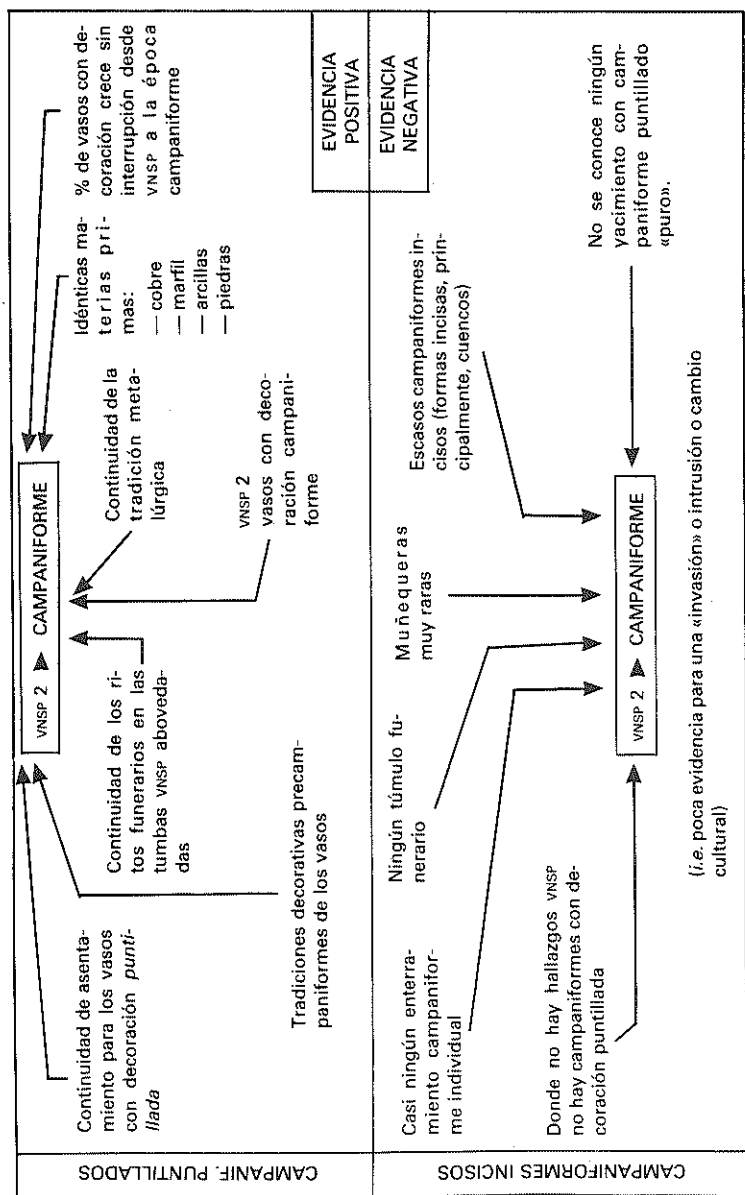


FIGURA 1. Cuadro lógico del Modelo Continuidista VNSP-Campaniforme Marítimo, según R. J. Harrison (1977a)

plejo Marítimo y los demás, que entre las culturas VNSP-marítima o entre los complejos tardíos entre sí» (*ibidem*, p. 95). Estos últimos «son culturas campaniformes distintivamente ibéricas limitadas a una u otra región de la Península con pocas interconexiones entre ellas» (*ibidem*).

No obstante, esas interconexiones bastan para establecer la contemporaneidad entre los Complejos Palmela y Ciempozuelos y la posterioridad de los grupos Salamó y Carmona respecto a los anteriores (*ibidem*, p. 10).

Hay que tener en cuenta que para Harrison (*ibidem*, p. 95), los campaniformes tardíos «son más que variantes regionales preferidas, ya que está implicado un complejo de material y no sólo una vasija selecta o un artículo de lujo».

Una diferencia importante entre ellos reside en que, mientras el Complejo Ciempozuelos tiene conexiones «particularmente sobresalientes» con Centroeuropa, éstas pueden ser trazadas en menor medida en los Complejos Palmela y Carmona (*ibidem*) y están ausentes del de Salamó, que «carece de rasgos claramente foráneos» (*ibidem*, p. 90)⁴⁹.

Para no extenderme demasiado, excluyo los grupos de Carmona y Salamó del comentario. Este se restringirá a los de Ciempozuelos y Palmela, que son los que ofrecen mayores posibilidades para un análisis de la metodología del autor y son los más directamente relacionados con el tema del libro.

La diferenciación entre los Complejos Marítimo y Palmela en Portugal se efectúa, también, atendiendo a los patrones de distribu-

⁴⁹ Si se tiene en cuenta que la difusión de rasgos centroeuropeos a la Meseta se efectúa vía Languedoc y Cataluña, esa afirmación sorprende.

El grupo Salamó se caracteriza por la «elevada proporción de cerámicas «domésticas» de buena calidad», la aplicación de la decoración en zonas amplias, el predominio de los cuencos hemisféricos, la «tendencia al gigantismo» y los perfiles sinuosos de los vasos (hay garrafas). La decoración recuerda la del grupo de Ciempozuelos, pero con más énfasis en la pseudoescisión y en el uso de diferentes tipos de impresión (conchas, palos). «Son comunes la decoración basal y las bases con ónfalos e incluso planas» (Harrison, 1977a, p. 20). Ocasionalmente la cerámica está acompañada de botones piramidales con perforación en V.

En cuanto al Complejo Carmona, tiene como nota identificativa «una colección mixta de rasgos importantes y menores, idiosincrasia estilística y ciertos tipos de vasos exclusivos» del sitio epónimo. Los motivos suelen comprimirse en una sola zona. Son complejos y ejecutados preferentemente con impresión de peine. La incisión es rara. Tiene cerámica doméstica, decorada de modo similar a la de calidad (*ibidem*, p. 22).

ción y asociación, ya que «en ningún caso están los complejos estratigráficamente relacionados uno con otro, en el mismo sitio» (*ibidem*, p. 25). Ahora bien, a mi juicio, esos procedimientos resultan aquí más imprecisos, porque la definición del complejo Palmela adolece de inconsistencias de fondo. En efecto, como sabemos, el autor (*ibidem*, p. 95) advierte «una separación más profunda entre el Complejo Marítimo y los demás, que entre las culturas VNSP-marítima o entre los complejos tardíos entre sí». Ello sitúa la ruptura cultural entre los Complejos Marítimo y Palmela vinculando, en cambio, este último con el de Ciempozuelos, interpretado como un complejo «intrusivo» centroeuropeo (*ibidem*, p. 66). Sin embargo, según Harrison (*ibidem*, p. 49), «no es necesario considerar intrusivo el complejo Palmela, porque hay muchos rasgos localmente distintivos, y hay evidencia suficiente en la fase inicial puntillada para fundamentar un origen local a partir del Complejo Marítimo. Lo que parece ser innovadora es una variedad de nuevos artículos y costumbres tomados prestados del Complejo Ciempozuelos».

Entre ellos se encuentra la adopción ocasional de la inhumación individual o la presencia de muñequeras de arquero, puñales de lengüeta y botones con perforación en V. «Ninguno de esos tipos es especialmente numeroso en torno al Tajo, ni parece estar conectado con el Complejo Marítimo» (*ibidem*).

Dejando de lado las observaciones del propio autor en sentido contrario⁵⁰, el problema reside en que los «patrones de distribución y asociación» del complejo Palmela se establecen a partir de la cerámica⁵¹, el elemento que ofrece mayores puntos de contacto con el

⁵⁰ Los «puñales de lengüeta aparecen tanto en los Complejos Marítimo como Palmela, por lo que no pueden ser considerados como un rasgo especialmente tardío» (Harrison, 1977a, p. 49). Por otra parte, «no está claro si [los puñales VNSP] pudieron o dieron lugar a las formas de puñales de lengüeta» (*ibidem*, p. 43).

Los botones con perforación en V, en unos casos se incluyen entre los artículos implicados en el comercio de la caláita, durante el período del campaniforme marítimo (*ibidem*, p. 38) y, en otros, entre los elementos centroeuropeos llegados a la Península, vía Languedoc (*ibidem*, p. 50). Su atribución a la «fase Palmela inicial» (*ibidem*) evidencia también la dificultad de separarlos del Complejo Marítimo.

En cuanto a las muñequeras de arquero, se asocian «al menos en cuatro sitios al campaniforme Palmela puntillado, en uno al campaniforme inciso y en ocho [a cerámicas] con predominio de este último» (*ibidem*, p. 49), sin indicar cuáles son los restantes (¿Palmela puntillado o marítimo?). No hay que perder de vista, en todo caso, la difícil diferenciación de la cerámica puntillada de ambos complejos (véase nota 51).

⁵¹ Véanse por ejemplo, las figuras 6 a 19 (Harrison, 1977a, pp. 26-30), donde se

complejo anterior⁵². Así, por ejemplo, los tipos morfológicos que inicialmente parecían propios del mismo «están representados por una, o quizá media docena de especímenes. Hay también una gradación más continua de un tipo al próximo que en los Complejos Marítimo o Ciempozuelos» (*ibidem*, p. 17), tanto en las formas como en las técnicas decorativas⁵³. Ello unido a la «densidad de hallazgos y a su distribución limitada sugiere una maduración local, larga del estilo» cerámico Palmela (*ibidem*), a la que cabe atribuir su difícil diferenciación del Marítimo.

Los elementos compensatorios que, según Harrison (*ibidem*), «hacen el complejo reconocible» son la presencia casi exclusiva de cuencos de los cuales «el cuarenta por ciento de los restaurados o completos tienen decoración basal», así como la aparición de cerámica doméstica decorada con los motivos de la cerámica fina, y de bordes decorados, en las formas tipológicamente más complejas.

La relevancia de los criterios de clasificación empleados quedaría evidenciada por los resultados de los patrones de distribución y asociación:

Quando las clases de material se disponen según el tipo de sitio donde fueron encontradas, las diferencias entre los complejos aparecen con claridad. El Complejo Marítimo está abrumadoramente representado en los castros fortificados de VNSP y en las tumbas de cúpula y cuevas artificiales de la misma época. Con la excepción del tholos de Charrino, los campaniformes marítimos forman en torno a un 75% de cada población campaniforme, e incluso más.

[Paralelamente,] si se sitúan los materiales de las principales cuevas naturales y pequeños asentamientos al aire libre [...] en torno a un 75% de todos los campaniformes son tipos del complejo Palmela [*ibidem*, p. 27].

Por otra parte, esos asentamientos no tienen signos de la meta-

expone el número de tipos campaniformes puntillados e incisos, presente en los yacimientos que sirven de base a la diferenciación de los complejos portugueses.

⁵² Entre ellos se encuentra la presencia de ónfalos de pequeño tamaño (simple), la concentración de la decoración en casi todos los cuencos, en una sola banda dispuesta inmediatamente bajo el borde y el solapamiento de los motivos «en gran parte con los del Complejo Marítimo de los que aparentemente derivan». Además «los colores son casi siempre oxidantes —una moda que continúa la de las series marítimas más antiguas» (Harrison, 1977a, p. 17, y también p. 45).

⁵³ «El puntillado es gradualmente reemplazado por incisión con espátula en los cuencos» (Harrison, 1977a, p. 17).

lurgia del cobre concomitante con los de las culturas VN-SP-M (*ibidem*, p. 35).

Si se tiene en cuenta el número de sitios alterados, saqueados o sin estratigrafía, el solapamiento de 20-25% entre los dos complejos refleja un patrón «armónico de desarrollo». Dicho patrón estaría confirmado significativamente, además, por los hallazgos de las distintas unidades arquitectónicas del castro de Penha Verde (*ibidem*, p. 27).

Un tema fundamental es, por último, el de las razones que explican esa dicotomía entre los Complejos Marítimo y Palmela. Según Harrison (*ibidem*, p. 35), «son culturales y cronológicas y no están producidas por una especialización económica de una subcultura de los complejos VN-SP-Marítimo. Tanto los sitios Palmela como marítimo ocupan la mejor tierra agrícola y tienen acceso a los mismos recursos en la región del Tajo».

Veamos ahora cómo define el autor el Complejo Ciempozuelos. Se trata del más característico del campaniforme tardío peninsular, sólidamente implantado en la Meseta y con extensiones a los territorios colindantes. En la Meseta «están presentes, al menos, [los] dos complejos [Marítimo y Ciempozuelos,] cada uno de los cuales puede ser aislado en depósitos cerrados y mutuamente relacionado por la estratigrafía del Cerro de la Virgen» (*ibidem*, p. 55).

Los resultados del estudio del campaniforme portugués (*ibidem*, p. 57) confirmarían además esas conexiones.

En realidad, ateniéndonos a la documentación aportada ni la estratigrafía de Orce⁵⁴, ni los datos del estuario del Tajo⁵⁵ permiten establecer de modo fehaciente la antigüedad relativa de los Complejos Marítimo y Ciempozuelos. Por otra parte, si bien el origen del campaniforme marítimo podría quedar resuelto mediante el recurso a las «redes comerciales» portuguesas (*ibidem*, p. 60), el del complejo Ciempozuelos es de determinación más problemática.

Como señala Harrison (*ibidem*, p. 64), «abordar esta cuestión con éxito requiere realmente disponer de alguna información acerca de las culturas inmediatamente precedentes a la aparición de los campa-

⁵⁴ El propio autor (Harrison, 1977a, p. 9) señala cómo en Orce los campaniformes marítimos y de tipo Ciempozuelos «estaban mezclados en cada nivel y la prioridad del complejo marítimo sobre los materiales Ciempozuelos no está demostrada».

⁵⁵ Recordemos que la datación de los elementos del complejo Palmela se efectúa por su relación con otros del de Ciempozuelos.

niformes en la Meseta. Desgraciadamente, hay poco material que estudiar, y el que hay está en gran parte sin estratificar».

Su conciencia expresa de lo poco que se sabe del Neolítico meseteño contrasta de modo llamativo con la afirmación enunciada a continuación: «es claro que la llegada del complejo Ciempozuelos fue un cambio importante en los patrones previos» (*ibidem*).

Los argumentos para proponer tal cambio residen en la aparición de «la costumbre de la inhumación individual con artículos funerarios que incluyen la muñequera de dos perforaciones, puñales de lengüeta, botones con perforación en V y baratijas de oro» (*ibidem*). Tales elementos tienen buenos antecedentes locales en Centroeuropa lo que, de acuerdo con el Modelo Dualista, permite definir el Complejo Ciempozuelos como una intrusión desde aquella región (*ibidem*, p. 66).

La vía de penetración de esa «constelación completa de rasgos centroeuropeos extraños» (*ibidem*, p. 95) es el corredor del Ródano. Tal apreciación se fundamenta en los enterramientos individuales campaniformes de Soyons (Ardeche), Le Petit Chasseur (Ginebra), Niederhergheim (Alto Rin) y otros en Alsacia-Lorena, jalones en el camino del Rin medio al Languedoc, así como en las fechas de carbono 14 del campaniforme francés: «las más antiguas disponibles para campaniformes incisos e impresos proceden de Provenza [...] 2150+100 a.C. (las dos fechas de Somaen [...] no concuerdan bien con las fechas C-14 de los campaniformes provenzales, ligures o granadinos)» (*ibidem*, p. 65).

Harrison no propone ninguna interpretación de todo este desplazamiento de elementos de Centroeuropa a la Meseta. Ahora bien, por ciertas declaraciones a las que ya se ha aludido ⁵⁶, parece pensar más en la llegada de una nueva cultura que en simples contactos comerciales. En cualquier caso, las implicaciones en términos «culturales» —no puramente arqueográficos— de todo el cuadro permanecen inéditas.

En el curso de la exposición previa he hecho algunas precisiones críticas a las tesis de Harrison sobre el desarrollo del campaniforme

⁵⁶ Harrison (1977a, p. 64) sostiene que su introducción en la Meseta supone un «cambio respecto a los patrones previos», así como que los complejos campaniformes tardíos «son más que variantes regionales preferidas, ya que está implicado un complejo de material y no sólo una vasija selecta o un artículo de lujo» (*ibidem*, p. 94).

en la península Ibérica. Las recapitulo ahora insertándolas en un marco más amplio que comprende aspectos todavía no comentados.

En primer hecho que llama la atención en la consulta de su obra es la contradicción entre sus objetivos y la metodología empleada para lograrlos. De ahí que los resultados no satisfagan las declaraciones de principios expresadas en el texto. En las primeras páginas (*ibidem*, p. 6) se afirma, por ejemplo:

Trataremos de restaurar alguna de las dimensiones ignoradas hasta ahora en trabajos previos para ver los campaniformes, no como un grupo inconfundible de jinetes extranjeros, sino como una cultura como otras culturas de la Península, con sus modelos de asentamiento concomitantes, cerámica doméstica y sistemas de obtención de recursos.

Más adelante se advierte (*ibidem*, p. 44):

Tomada como un todo, la evidencia de continuidad social y tecnológica, [entre los Complejos Marítimo y Palmela, por ejemplo,] no debe ser distorsionada simplemente porque aparezca un pequeño número de nuevos tipos de metal, coincidiendo con una forma diferente de la cerámica de lujo preferida. Cuando se examina la matriz cultural, la presencia o ausencia de piezas individuales no debe sobrevalorarse a expensas del patrón de asociación general.

Ahora bien, el interés del autor no se centra en el estudio del campaniforme en cuanto «cultura, como otras culturas», ni tampoco en el análisis de la «continuidad social y tecnológica» entre sus distintas manifestaciones. Por el contrario, la mayor parte de su obra se destina al aislamiento de su matriz cultural de piezas individuales entre las cuales la cerámica ocupa un lugar prioritario. Se trata fundamentalmente de lograr una definición de sus tipos y variedades, una determinación del lugar de origen de cada uno de ellos, distribución europea, vías de difusión y catálogo de hallazgos, datos todos esenciales para fundamentar el Modelo Dualista.

Es verdad que los datos socio-económicos relacionados con esa especie cerámica son escasos y que el estudio del vaso campaniforme marítimo en Portugal se afronta desde esas dimensiones ignoradas, mencionadas. Sin embargo, la ausencia de información cronológica y estratigráfica de las cerámicas campaniformes se suple con el análisis de sus patrones de distribución y asociación. El esfuerzo invertido en la distinción de complejos por ese procedimiento podía haberse destinado a la determinación de eventuales regularidades en rasgos

como emplazamiento y dimensiones de asentamiento o tumbas, cálculos demográficos, organización del territorio, recursos económicos potencialmente aprovechables (tierras cultivables, montes, materias primas, agua, etc.). Por otra parte, el hecho de que los datos socioeconómicos sólo se aludan en relación con el campaniforme marítimo portugués sugiere que se entienden más como exigencia para la salvaguardia del Modelo Dualista, que de una investigación prehistórica, como la de Harrison, que reivindica una orientación cultural.

El segundo rasgo definitorio de la tesis es el empleo del Modelo Dualista como teoría consolidada que determina los criterios para la construcción de la tipología cerámica y la cronología relativa de los diversos complejos campaniformes⁵⁷. Ello tiene una consecuencia muy clara: la imposibilidad de contraste empírico del modelo.

Harrison (*ibidem*, p. 23) advierte que «no se han usado criterios idénticos en la definición de cada tipo o variedad, porque los requerimientos que se hacen al esquema cambiarán» en función de su ámbito de difusión (local, europeo). La exigencia de una tipología diversificada vendría dada además, «porque los datos base para cada complejo campaniforme difieren en cualidad y cantidad» (*ibidem*).

Las variedades en el Complejo Marítimo son incluidas para que los contextos extrapeninsulares puedan ser examinados con más precisión —una necesidad ausente de otros complejos que son manifestaciones distintivamente locales con poca popularidad fuera de un área particular [*ibidem*].

Paralelamente, la validez de cada tipo se comprueba «por comparación con otros tipos mejor conocidos en Bretaña y Languedoc» (*ibidem*, p. 9).

Este procedimiento de construcción tipológica determina *a priori* los resultados de la investigación. Como consecuencia de su aplicación, el Complejo Marítimo siempre tendrá conexiones internacionales, mientras los restantes manifestarán *necesariamente* un marcado carácter local, sin que sea posible calibrar la incidencia respectiva de la evidencia empírica y del instrumento clasificatorio en esos resultados.

A su vez, en el estudio comparativo, la falta de jerarquización entre los rasgos tipológicos manejados determina que la relevancia de unos y otros cara al establecimiento de similitudes o diferencias en-

⁵⁷ Véanse notas 45 y 46.

tre ejemplares campaniformes, así como a la clasificación de un contexto arqueológico concreto como campaniforme —y de qué tipo— o no-campaniforme quede al libre arbitrio del investigador.

La fundamentación de la cronología relativa de los dos complejos campaniformes tiene limitaciones parecidas.

La carencia de fecha absolutas en los posibles centros originarios del campaniforme en Portugal y Checoslovaquia y de «*corpus* ilustrados de los campaniformes de Centroeuropa» (*ibidem*, pp. 98-99), junto con la falta de una relación estratigráfica clara entre complejos se suple, como sabemos, con el análisis de los patrones de distribución y asociación (*ibidem*, p. 25).

Dejo de lado, de momento, la discusión acerca de las conclusiones obtenidas de su aplicación, para llamar la atención sobre varias cuestiones previas.

En primer lugar, si bien el análisis puede diferenciar dos o más complejos tipológicos, no informa, lógicamente, de su carácter (factores cronológico, cultural, funcional, alternativos o simultáneos). Este viene dado por las teorías que sirven de referente para la interpretación. En este caso se trata, como sabemos, de la idea de que los complejos campaniformes corresponden a dos fases cronológicas distintas, perteneciendo el marítimo a la más antigua de ellas. Ahora bien, tales hipótesis se reconocen poco contrastadas (*cf. supra*). Su justificación reside en varias presuposiciones interrelacionadas: la típica identificación difusionista entre rasgos homólogos y análogos y la ausencia de cualquier criterio que restrinja la generalización.

Las implicaciones son dobles. Todos los ejemplares que al prehistoriador, intuitivamente, le parecen similares se incluyen en una misma categoría. En segundo lugar, la datación absoluta más antigua disponible o los datos estratigráficos obtenidos en cualquiera de las regiones, integrantes del área de distribución del fenómeno, son susceptibles de servir de referencia para la asignación cronológica de los hallazgos ocurridos en las demás.

Existen diversos factores que hacen muy aventuradas tales implicaciones. La tipología no está estructurada para discriminar la similitud o identidad entre elementos supuestamente campaniformes. No se especifica el número o tipo de elementos atribuidos a un complejo campaniforme que deben estar presentes en un contexto arqueológico para que este último pueda ser incluido en el mismo (*cf. supra*). El desarrollo de las cerámicas campaniformes cubre un período de tiempo lo suficientemente amplio en la península Ibérica (al menos

1300 años en Harrison 1977a, p. 95; unos 550 años en *idem*, 1988, p. 471) como para que pueda haber experimentado cambios.

Incluso dando por buenas las clasificaciones, conviene tener en cuenta que las anomalías tipológicas o cronológicas (fechas de Somaén, por ejemplo) sólo lo son en términos estadísticos. En consecuencia, la consideración aislada de esos factores hace depender la solución de los problemas de la intensidad de la investigación en las diferentes regiones, más que de la comprensión de la dinámica cultural que les es propia. Una dificultad añadida deriva de la importancia respectiva que se conceda a la cronología relativa y absoluta. Ello queda patente en la evolución de las opiniones del propio autor. En su síntesis europea (*idem*, 1980, cap. 2) sitúa el origen del campaniforme marítimo en el Rin por ser allí más antiguo que en Portugal. La datación radiocarbónica prevalece sobre el «Modelo de la Continuidad VNSP-CM» (*idem*, 1977a). Hoy invierte los términos valorando más la cronología relativa que la radiocarbónica, al menos, en relación con los sucesos de todo el final del III milenio a. de C. (*idem*, 1988, p. 471).

Una vez enunciados los problemas metodológicos, a nuestro juicio, inherentes al análisis de los patrones de distribución y asociación, manejados en la obra de dicho investigador, comento ahora los resultados de su aplicación concreta a la diferenciación de los Complejos Marítimo y Palmela. Recorro para ello a las figuras 6 a 19 de su obra (*idem*, 1977a, pp. 26-30), donde se expone el número de tipos campaniformes puntillados o incisos, descubiertos en los dieciséis⁵⁸ poblados y tumbas que sirven de base para su distinción. En los demás casos, estima que «los datos publicados son demasiado imprecisos para una tabulación más fina» de las proporciones entre los distintos tipos (*ibidem*, p. 30) que la simple apreciación subjetiva. En realidad, las cifras de los dieciséis sitios-tipo no ofrecen posibilidades mejores.

Zambujal y Montes Claros son los únicos yacimientos que superan los 100 fragmentos campaniformes decorados (104 y 392, respectivamente), oscilando en los demás entre 57 y 10 ejemplares (28,3 de media). En los dieciséis aparecen tipos incisos y puntillados en proporciones muy diversas. Los incisos están representados desde por uno

⁵⁸ Las unidades arquitectónicas del castro de Penha Verde (casas, muralla, calzada, etc.) se contabilizan como sitios independientes, ya que el autor (Harrison, 1977a, p. 27) las considera conjuntos cerrados, cuyos hallazgos corroboran la dicotomía Marítimo-Palmela, establecida mediante los patrones de distribución y asociación.

(Zambujal, Pedra do Ouro, calzada de Penha Verde) a 325 ejemplares (Montes Claros) y los puntillados desde por uno (muralla de Penha Verde, Casa Pía) a 67 (Montes Claros). Sitios como Parede ⁵⁹, Ponte do Laje ⁶⁰, São Pedro do Estoril I ⁶¹ o Quinta do Anjo ⁶² tienen proporciones similares de uno y otro.

Con estos datos, tan variados en representatividad y composición, sería imprudente, como advierte honestamente el propio Harrison (*ibidem*, p. 68), llevar la hipótesis de la distinción de los Complejos Marítimo y Palmela demasiado lejos. Hay que tener en cuenta, también, que el reducido tamaño de los fragmentos añade un obstáculo más a la identificación de los tipos marítimo y Palmela, ya de por sí difícil (*cf. supra*).

Estoy de acuerdo con el autor (*ibidem*, p. 25) en que «las regularidades advertidas requieren algún intento de explicación, y no podemos ignorar los patrones observados». Lo que me pregunto es, primero, si tal «regularidad» (dualismo campaniforme) existe. Los datos no siempre parecen concluyentes. En segundo lugar, cabe plantearse si ese dualismo responde a factores cronológicos y no de otro tipo y, finalmente, si no podríamos volver por pasiva ciertos comentarios de Harrison (*ibidem*, p. 48), en relación con la diferenciación de las culturas VNSP-CM: ¿por qué cuando nos encontramos ante un depósito con elementos de los complejos Marítimo y Palmela debemos reconocerlo como un «conjunto recurrente, político que tiene una aparición altamente regular y patrón asociativo», como sugiere, en vez de interpretarlo como un depósito «mixto»?

Gran parte de las observaciones hechas hasta el momento pueden hacerse extensibles también al tratamiento del campaniforme Ciempozuelos. Este merece, además, otras específicas.

Las inhumaciones individuales con elementos campaniformes bien del tipo marítimo, bien del de Ciempozuelos encontradas en el interior de la Península sugieren que ambos complejos fueron independientes, al menos, ocasionalmente. Otra cuestión es, como en el caso anterior, su interpretación.

Los datos estratigráficos disponibles en la Meseta para la seriación campaniforme son inexistentes, lo mismo que los relativos a la

⁵⁹ 14 puntillados y 13 incisos.

⁶⁰ 10 puntillados y 19 incisos.

⁶¹ 9 puntillados y 3 incisos.

⁶² 24 puntillados y 30 incisos.

cronología absoluta de los hallazgos del tipo marítimo. Las fechas publicadas para los de tipo Ciempozuelos no son suficientes todavía para apreciar regularidades. En consecuencia, la explicación del aislamiento de los dos complejos por recurso al factor cronológico no es susceptible de contraste.

La afirmación de que la llegada del complejo Ciempozuelos supuso un «cambio importante en los patrones previos» (*ibidem*, p. 64) resulta difícilmente sostenible cuando, como en este caso, se reconoce, por un lado, la carencia de información sobre el Neolítico meseteño y, por otro, se ofrecen datos que sugieren una continuidad entre los dos complejos campaniformes.

Como se recordará, los rasgos del complejo Ciempozuelos que, según Harrison, permiten su definición como una intrusión de origen centroeuropeo son la inhumación individual, muñequera de dos perforaciones, puñales de lengüeta, botones con perforación en V y baratijas de oro (*ibidem*).

Ahora bien, la inhumación individual se conoce en el arenero de Miguel Ruiz, asociada a campaniforme marítimo y puñal de lengüeta (*ibidem*, p. 56). Tanto ese tipo metálico como los botones con perforación en V⁶³ o el oro (*ibidem*, p. 42) existían en la Península, antes de la aparición del campaniforme Ciempozuelos. Las muñequeras de arquero que acompañan en la Meseta a algunos enterramientos campaniformes, siempre se asocian al tipo Ciempozuelos, pero en Portugal cabe la posibilidad de que fueran empleadas ya durante la fase más antigua⁶⁴.

En consecuencia, podemos encontrar precedentes en la península Ibérica para todos o casi todos los elementos de «origen centroeuropeo» del complejo Ciempozuelos. A estas dificultades para aceptar la procedencia propuesta se añaden otras, una de las cuales fue reconocida por el propio autor (*ibidem*, p. 65). «El equipo Ciempozuelos de dos cuencos y un vaso campaniforme y la forma y decoración de los cacharros son rasgos únicamente españoles.»

Veamos ahora la numerosa evidencia que, según Harrison (*ibidem*, pp. 96 y 98), «documenta la fuerte presencia de campaniformes centroeuropeos en la cabecera del corredor del Ródano, proporcionando una buena idea del camino por el cual los elementos centroeuropeos se extendieron al Languedoc e Iberia».

⁶³ Véase nota 50.

⁶⁴ *Ibid.*

Ya quedó indicado que las tumbas que sirven de hito en este camino se concentran en las cabeceras del Ródano y Rin (tumbas de Alsacia-Lorena, Niederhergheim, Le Petit Chasseur), muy próximas todavía al área de distribución del campaniforme centroeuropeo, cuyo depósito más occidental es precisamente Le Petit Chasseur. El único hallazgo intermedio sería el de Soyons (Ardeche) con piezas «estrechamente paralelizables en Cataluña pero no en la Meseta» (*ibidem*, p. 65)⁶⁵.

Finalmente los campaniformes sudorientales franceses «tienen muchos de los rasgos de los vasos Ciempozuelos», pero «no pueden ser paralelizados exactamente con ejemplares de contextos centroeuropeos» (*ibidem*).

La cuestión que queda pendiente, en cualquier caso, es el alcance que se puede conceder a las eventuales similitudes observadas entre los diversos conjuntos campaniformes europeos. Su resolución está estrechamente ligada, por un lado, al perfeccionamiento del método comparativo en el sentido antes expuesto, por otro a la obtención de nuevas fechas de carbono 14 y de asociaciones tipológicas bien documentadas y, finalmente, a la revisión crítica de los presupuestos teóricos del Modelo Dualista.

II.4.5. Conclusión

Los modelos teóricos que se han propuesto para el estudio del vaso campaniforme son estructuralmente similares. Comparten los supuestos de que «todos los campaniformes están relacionados, de que los Complejos Marítimo y Ciempozuelos son distintos y de que las cerámicas son la clave para la comprensión» del tema (Harrison, 1977a, p. 6).

La «cuestión campaniforme» implica, pues, la adopción de un «enfoque comparativo paneuropeo» (Chapman, 1976, p. 135), como nota más obvia, pero también una determinada concepción de la cultura y unos presupuestos metodológicos particulares.

En primer lugar, se estima relevante el estudio de «elementos seleccionados de sus matrices culturales» (Harrison, 1977a, p. 6). Tales elementos se desplazan de un sitio a otro, completos o representados

⁶⁵ Esa afirmación contradice la de que el complejo Salamá «carece de rasgos claramente foráneos» (Harrison, 1977a, p. 9) (véase nota 49).

sólo por alguno de sus componentes, como consecuencia de intercambios o desplazamientos de la población. Sea cual sea la razón que se aduzca —en los casos en los que se aduce— se trata de una «hipótesis *ad hoc*» exigida por una concepción difusionista que niega la posibilidad de creación de «dos hogares campaniformes independientes en dos zonas geográficamente alejadas» (Treinen, 1970, p. 301, n. 199) o defiende la existencia de «regularidades», a partir de piezas individuales definidas por tipologías variadas e intuitivas (Harrison, 1977a, p. 23).

Paneuropeísmo y normativismo están estrechamente imbricados, proporcionando el segundo la justificación teórica del primero. La articulación empírica se efectúa a través del «método comparativo». Ahora bien, se trata de un «método comparativo» destinado a «salvar» las hipótesis previamente establecidas respecto al origen y difusión del campaniforme, más que a servir como instrumento clasificatorio neutral. Además los rasgos seleccionados no se jerarquizan, ni se establece ningún criterio de cantidad. En consecuencia, se carece de instrumentos de discriminación entre lo homólogo y lo análogo y, correlativamente, de procedimientos para controlar la generalización.

Se manifiesta ahora la tercera propiedad de la «cuestión campaniforme»: su «nominalismo» potencial. En efecto, la práctica de la investigación conduce a manejar los «nombres» como «datos», sobre todo, si resulta conveniente para argüir una determinada cronología o vía de difusión. Basta entonces la simple mención de la palabra «campaniforme» en un texto para incluir esa cerámica en el contexto problemático.

Las deficiencias del «método comparativo» no son las únicas razones para actuar con prudencia a ese respecto. Existen otros períodos de la Prehistoria donde se fabrican cerámicas decoradas de características similares a las de las cerámicas campaniformes (*ibidem*, p. 62). Se reconoce expresamente la dificultad de diferenciación de tipos y variedades a los que se atribuye un contenido cultural y cronológico muy diverso (Criado y Vázquez, 1982, pp. 49 y 67-68; Delibes y Municio, 1981, p. 70; Harrison, 1977a, pp. 17 y 45). Por último, se trabaja con más frecuencia con fragmentos de pequeño tamaño, cuyos motivos y técnicas decorativas pueden resultar confusos, o incluso no identificables, que con formas completas.

Cabría decir, reinterpretando una afirmación de Criado y Vázquez (1982, p. 72), que la forma en que se usan esos «nombres» su-

pone una simplificación que oculta más que aclara la «cuestión campaniforme».

La alternativa pasa por un refinamiento del método comparativo y una consideración de los contextos culturales en las que aparecen las cerámicas campaniformes. Ahora bien, la adopción de esa estrategia de investigación lleva consigo la disolución de la «cuestión campaniforme», como problema. «Lo que debe ser explicado» no es ya la eventual semejanza entre unos tipos cerámicos ampliamente distribuidos, sino los procesos actuantes en cada uno de los grupos en los que aparecen. Ello implica que los supuestos de la relación entre todos los complejos campaniformes, la distinción entre los Complejos Marítimo y Cienpозuelos y la relevancia de la cerámica para la investigación, dejan de ser un *a priori* de la misma para convertirse en hipótesis de trabajo que deben someterse a prueba en cada ámbito local y regional. El centro del problema se desplaza de la determinación del origen y mecanismos de distribución (migración, comercio) a la indagación de los procesos económico-sociales, actuantes en las culturas calcolíticas europeas. La atención destinada a los datos relativos a la cerámica campaniforme está en función de su significación para la comprensión de dichos procesos. La modificación de la perspectiva de estudio supone, pues, la desaparición del problema.

II.5. *La Edad del Bronce*

II.5.1. Introducción

M. Tarradell (1965a, p. 423) señala cómo en los primeros ensayos de síntesis de la Prehistoria española (Bosch Gimpera, 1932a) «se supuso que la península Ibérica durante la Edad del Bronce constituía esencialmente una unidad cultural. Dicha unidad venía impuesta por la cultura de El Argar, que desde su foco del sudeste peninsular se suponía que irradiaba con considerable fuerza a todo el resto del territorio». Así, «se consideró que el nombre de cultura de El Argar era idóneo como etiqueta válida para todo el conjunto» (Tarradell, 1965a, p. 423).

Al mismo tiempo, se sostuvo una duración extraordinariamente prolongada del período, al que se hizo perdurar hasta la llegada de los colonizadores «fenicios en el siglo VII a.C.» (*idem*, 1975, p. 399).

La investigación posterior ha puesto en cuestión ambos supues-

tos. Se diferenciaron un «Bronce Mediterráneo» y un «Bronce Atlántico» (Maluquer de Motes, 1975a, p. 129). J. Martínez Santa Olalla (1946) los interpreta como dos fases sucesivas, siendo la más antigua la correspondiente al primero y P. Bosch Gimpera (1954b), como dos facies contemporáneas. Se distinguieron diversas áreas culturales, restringiendo la implantación de la cultura argárica a una determinada zona del Sudeste y matizando el grado de influencia que ejerció sobre las restantes (Tarradell, 1950 y 1965a). En este esquema desaparece la noción «Bronce Mediterráneo», mientras el «Bronce Atlántico» se convierte en una facies más del período, tal como propuso Bosch Gimpera.

Además se destinó un gran esfuerzo a precisar la cronología de la cultura de El Argar limitando, a su vez, su desarrollo temporal.

Las discusiones acerca del origen de dicha cultura se han superpuesto a las anteriores. Existen dos posturas diferenciadas por su contenido, su momento de aparición y su influencia en los prehistoriadores. La primera, de carácter difusionista con distintas modalidades, tiene un arraigo e influencia tan amplio que puede considerarse la explicación-tipo a ese respecto. Posteriormente se propone otra indigenista, minoritaria.

En la actualidad, el estudio de la Edad del Bronce se encuentra determinado por diversas circunstancias interrelacionadas.

La investigación se ha generalizado a todo el territorio peninsular, siendo difícil no establecer una vinculación entre este hecho y la reorganización administrativa del Estado en Comunidades Autónomas. Una consecuencia ha sido que «el contenido, distribución y cronología de nuevos conjuntos culturales todavía está definiéndose, y áreas que se creían desprovistas de ocupación en este período», como la Meseta, han resultado densamente pobladas (Chapman, 1985, p. 150).

Además el peso de la tradición investigadora de la cultura de El Argar y, en general, del propio enfoque histórico-cultural en la Prehistoria española, unido a ese carácter preliminar de los estudios en el resto del país —comparativamente con menos secuencias estratigráficas crono-tipológicamente bien definidas— coadyuvan al mantenimiento de la secuencia de la región clásica como referencia inevitable para el estudio del período (Chapa y Delibes, 1983, p. 436).

El marco tiene diversas manifestaciones. M. Ruiz-Gálvez (1984, p. 324) señala cómo «en muchas publicaciones nacionales el término «Argar» es sinónimo de Bronce Medio», al argumentarse «parentes-

cos formales o semejanzas de algún elemento de cultura material de otros grupos culturales con El Argar».

En casos extremos se llegan a identificar los principales problemas de la cultura de El Argar —«el de su cronología, el de su origen, y el de su expansión» (Torre, 1978, p. 145)— con los de la investigación de la Edad del Bronce en la península Ibérica. En los más moderados, aquellos parentescos, no siempre bien distinguibles de los existentes con el Bronce Valenciano, sirven para la identificación de los factores foráneos que confluyen con el sustrato en la aparición de los grupos de la Edad del Bronce del valle del Ebro (Rodanés, 1987, p. 26). Explican ciertos tipos metálicos de los grupos del Bronce Valenciano (Gil-Mascarell y Enguix, 1986, p. 418). Dan cuenta, además, de formas cerámicas, ritos de enterramiento, patrones de asentamiento o urbanismo en los grupos manchegos de «las motillas» (Nájera, 1984), «morras» (Martín Morales, 1983) y los «poblados de altura» o «castillejos» (Nájera, 1984; Nieto y Sánchez Meseguer, 1980)⁶⁶ o de la agricultura al sur del Sistema Central (Valiente, 1987, p. 166).

El difusionismo puede expresarse también, indirectamente, al insistirse en «los fenómenos de perduración cultural» (Jimeno, 1984, p. 212) para caracterizar ciertos desarrollos en la Meseta norte. Tiene incluso manifestaciones radicales como «la tesis [...] del reparto de la península Ibérica desde comienzos del II milenio, por parte de pueblos con intereses comunes que desde el Mediterráneo oriental planificaron la explotación de las minas peninsulares» (Nieto y Sánchez Meseguer, 1980, p. 136).

Se esté o no de acuerdo con esos supuestos, lo que es evidente es que el planteamiento de la «cuestión argárica» ha condicionado —y condiciona en gran medida— la definición del «contexto problemático» de las demás áreas culturales de la Edad del Bronce. En consecuencia, si se logra aislar la estructura de aquella, se estará en condiciones de efectuar una evaluación crítica de los principales *a priori* de la investigación del período. Las páginas que siguen están destinadas a intentar lograr la consecución de ese objetivo.

⁶⁶ Abordo en extenso el problema de la definición de áreas culturales durante la Edad del Bronce en la Submeseta sur en otro lugar (Martínez Navarrete, 1988a, pp. 695-727, e *idem*, 1988b).

II.5.2. La tesis difusionista acerca del origen de la cultura de El Argar

Todos los prehistoriadores conceden a la obra de los hermanos Siret un valor extraordinario para la investigación de la Edad del Bronce, ya que «constituye hasta la fecha la base de todos los trabajos e interpretaciones de la cultura de El Argar» (Schubart, 1976, p. 331). En su primera publicación, estos autores valoran todas sus innovaciones (metalurgia del bronce y plata, enterramiento en jarra, copa, alabarda, espada, etc.), como demostración de la capacidad de progreso del «civilizado» y admirable pueblo «argaro» (Siret y Siret, 1890, pp. 323-333). Más tarde (Siret, 1913, pp. 78-330) ese entusiasmo inicial, quizá atribuible a la espectacularidad de los descubrimientos, es moderado hasta el punto de que las relaciones exteriores pasan a ser responsables de la aparición de tales innovaciones. Se inaugura así el enfoque difusionista que caracterizará, a partir de entonces, el estudio de la cultura argárica.

El parecido entre las formas metálicas y cerámicas de El Argar con las de la cultura de Aunjetitz, así como la diferencia que el autor apreciaba entre la cultura argárica y la de Los Millares, le llevaron a pensar que El Argar se originó «por una extensión de los pueblos del centro de Europa que él creyó célticos» (Bosch, 1932a, p. 165).

J. Martínez Santa Olalla y sus colaboradores (1947, pp. 121-122) desestiman, en cambio, toda influencia centroeuropea en la formación de la cultura argárica. La definen como segunda fase de esa unidad que es su «bronce mediterráneo hispánico», unidad

expresada por la cultura iberosahariana, expresión a la vez geográfica y étnica de sus ingredientes culturoológicos.

La expresión cultura iberosahariana no es casual y epidérmica, sino honda y razonada, hija de una *concepción monogenista, de un mecanismo difusionista*, que [...] afirma todos los supuestos concernientes al *centro secundario que es España respecto al Creciente Fértil y sus aledaños*. Lo sahariano queda en segundo término, porque lo operantemente activo y dinámico es lo ibérico, mediterráneo y oriental.

Al mismo tiempo, otras declaraciones vertidas en el texto indican que «lo mediterráneo y oriental» es lo verdaderamente actuante y que la «unidad» entre las dos fases del bronce mediterráneo, ni siquiera se entiende como tal: «tiene una comunidad de origen en lo geográ-

fico y se mueve dentro de una *línea económica idéntica* [...]. Es en cambio, *fundamentalmente distinto*, en tal forma que la dualidad I y II es mucho más honda, no sólo ergológica y animológicamente, sino también social y económicamente» (*ibidem*, p. 123).

En realidad, la interpretación de la segunda fase, como algo «fundamentalmente distinto», resulta totalmente coherente con el difusionismo militante de la autodenominada «Escuela de Madrid», expresado no sólo en sus declaraciones explícitas a este respecto (*cf. supra*), sino también en su insistente crítica a los «eternos repetidores» de la «feliz síntesis» de Bosch Gimpera (1932a) (Martínez Santa Olalla *et al.*, 1947, p. 142)⁶⁷.

Suponemos que pronto, siguiendo cuando no la razón, el mimetismo que gana a ciertas gentes, se abandonarán todos esos evolucionismos y tipologismos [*ibidem*, p. 139, n. 52] al uso: no se olvide la filiación megalítico-cista, el frutero o copa de estilo campaniforme y la copa algaríense, el perder progresivamente el gusto por el adorno alfarero y tantas deliciosas afirmaciones arqueológicas más [*ibidem*, p. 139]⁶⁸.

La crítica a lo que los autores (*ibidem*, p. 141) definen como «pucherologismo a ultranza de los arqueólogos» se concreta en la

increíble naturalidad con que [...] recibe afirmaciones auténticas y verdaderas, como la del inolvidable L. Siret al decirnos que los algaríenses enterraban intramuros de sus poblados. Parecía natural que una afirmación casi insólita, y que es gran parte del meollo histórico de nuestro II bronce mediterráneo, hubiese merecido insistentes consideraciones.

Como es obvio, aceptar simplemente la presencia de enterramientos urbanos sólo es algo insólito si se parte, como los autores, de una concepción monogenista y de la idea de que tal práctica funeraria «no ofrece precedentes» en España (*ibidem*, p. 152). Lo natural es, en ese caso, destinar insistentes consideraciones a la búsqueda de paralelos. El resultado, al que se llega, es que los enterramientos urbanos

⁶⁷ «Mi maestro, P. Bosch Gimpera, bastante trabajo tuvo con poner orden, por primera vez, en la arqueología española, dándonos su fecunda primera síntesis» (Martínez Santa Olalla *et al.*, 1947, pp. 141-142).

⁶⁸ La crítica al tipologismo y pucherologismo no es extensible, por lo que se ve, a sus aplicaciones al difusionismo orientalista.

se centran [...] en el Creciente Fértil y tierras adyacentes [El] país más típico [es] Anatolia, desde donde irradian por la Troade hacia Europa continental, y hacia el mundo helénico de islas y tierra firme [...]. En el tiempo, [...] tienen su creación en la Mesopotamia neolítica. Desde allí irradian y [...] aparecen en Anatolia en [...] un calcolítico tardío, durando ininterrumpidamente hasta 1200 [*ibidem*, pp. 149-150].

La «razón de la llegada de anatólios y su colonización de España, apoyada en la ocupación militar del país» se encuentra en la «busca del cobre y, sobre todo, de la plata» (*ibidem*, p. 158), minerales bien conocidos «de los orientales por las frecuentes relaciones a lo largo de todo el iberosahariano I» (*ibidem*, p. 154). Esta llegada se produjo «de una sola vez, pues ofrece una homogeneidad sin fisura, una vigencia relativamente corta en su expresión ergológica pura, y no hay posibilidad [...] de rastrear oleadas» (*ibidem*).

La vía de acceso fue marítima, «ya que faltan las referencias continentales en Africa y el Sur de Europa más acá de Creta» (*ibidem*, p. 153).

La cronología se sitúa entre 1400-1200 a.C., aceptándose su perduración hasta el 1100-1000 a.C. (*ibidem*, p. 158). Los argumentos que se emplean para su defensa son de tipo histórico y arqueológico. Por un lado, se propone una fecha anterior al 1400 a.C., ya que entonces existe un control marítimo aqueo, «ejercido desde Creta, que impediría la llegada de anatólicos a las playas españolas» (*ibidem*, p. 154). Por otro, los paralelos de la copa argárica de pie alto y de alguna espada permiten pensar que las relaciones amistosas entre los aqueos y los hititas facilitarían «el paso más allá de Creta de gentes de Anatolia», con posterioridad al 1400 a.C. (*ibidem*, pp. 155-157).

La cláusula de la amistad salva la contradicción con la primera hipótesis.

En conclusión, J. Martínez Santa Olalla y sus colaboradores interpretan, como Siret, la cultura argárica de acuerdo con un modelo invasorista típico. Pero lo vinculan con prospectores metalúrgicos anatólios que realizan una penetración «rápida y profunda», respondiendo «a unas necesidades militares de ocupación de España por la fuerza» (*ibidem*, p. 153). Todo el territorio peninsular queda unificado por esa cultura de gran homogeneidad, dado que responde a una sola oleada, producida en un período de tiempo breve.

Esta idea de «unidad nacional» remontada a la Edad del Bronce por A. del Castillo y J. Martínez Santa Olalla es puesta en cuestión desde el exterior (Evans, 1958) y en la propia Península (Tarradell,

1950) y no volverá a retomarse. A partir de entonces la investigación trata de aislar los componentes que intervienen en la formación de la cultura argárica, así como de definir su periodización y zonas de influencia.

Para Evans (1958, pp. 64 y 52) «la cultura de la Edad del Bronce argárica [...] surgió como una combinación de elementos e influencias traídos de áreas muy divergentes que forman una unidad aparente sólo, porque la mayoría de ellas tienen un origen remoto en las tradiciones egeo-anatolias», dominante durante el Neolítico Final y la Primera Edad del Bronce en las costas mediterráneas.

Esta versión refleja un normativismo cultural más acentuado que el de los autores anteriores, al entenderse El Argar como agregación de rasgos de diversa procedencia.

Otra novedad es la introducción de diferencias en la caracterización de los territorios del Sudeste. El «argárico» de Valencia es «una cultura de afinidades básicamente del noroeste (catalanas e italianas), que quizá adquirieran nuevos elementos, a partir del contacto con las culturas del noroeste de la Península» (*ibidem*, p. 67). Entre las primeras cita «las formas carenadas típicas [que] pueden derivarse en su origen de la tradición de Polada, en el noreste de Italia» (*ibidem*, p. 64) o el uso de botones con perforación en V, prismáticos o piramidales» (*ibidem*, p. 65). Entre las segundas señala «los puñales de bordes casi rectos y hasta de seis remaches» (*ibidem*, p. 66).

En cambio, esas relaciones no satisfacen «totalmente la explicación de la cultura argárica de Murcia y Almería, puesto que estos lugares tienen elementos exóticos que deben haber alcanzado esta parte de España por el sur, probablemente una ruta marítima desde Sicilia, que siguió quizá la costa norteafricana» (*ibidem*, p. 67).

La distinción de áreas culturales en la Edad del Bronce peninsular en función de las influencias externas será sustituida por los prehistoriadores españoles por otra basada en el ascendiente de la propia cultura argárica. Almagro Basch (1961, pp. 53-54), por ejemplo, le circunscribe al Sureste, Levante y Cataluña, mientras el resto de los grupos permanecen sin cambios radicales.

Este autor recupera el monogenismo de las posiciones previas de sus compatriotas (*ibidem*, p. 52): «la cultura de El Argar ofrece una clara personalidad. Es un complejo nuevo de formas culturales: sepulcros, poblados, cultos, armas y útiles de metal, cerámicas, etc., que nada tienen que ver con los propios de los períodos anteriores y posteriores que la Prehistoria española nos ofrece».

Crítica doblemente a Evans. En primer lugar, por su «análisis aislado de sólo algunos paralelos de determinadas formas argáricas» (*ibidem*), ya que si bien «el origen de una determinada forma cultural puede estar en [los] círculos culturales [del Bronce Medio del centro y del occidente de Europa] y de él irradiar a los otros, *nada significa en cuanto al origen y formación total* de tan personales culturas. Desde el Bronce Medio en general, estas relaciones y préstamos fueron frecuentes» (*ibidem*, p. 53).

En segundo lugar, encuentra paradójico proponer

un origen centroeuropeo de la cultura argárica ⁶⁹, [cuando] en su camino hacia el Sureste de España [no ha dejado] ni una sola necrópolis típica [...] Lo certero es ver a los elementos mediterráneos de esta cultura avanzar desde la Anatolia costera a través de [...] Lípári, [...] Sicilia y, sobre todo, [...] Grecia continental, donde hallamos enterramientos en jarras [...] a partir del 1600 a.J.C., fecha que [da] al comienzo de [la] cultura de El Argar [*ibidem*].

Como en el caso de los Leisner, el sepulcro vuelve a ser el hilo conductor de la tradición cultural. Además, sostiene (*ibidem*) que esas culturas mediterráneas «ayudan a comprender cómo tales elementos anatólios atravesaron el Mediterráneo, aunque *no formaran en ninguna parte un círculo cultural tan personal como en el Sureste de España*».

Es claro que la obra de Almagro no estaría exenta de las mismas críticas que él había dirigido a la de Evans.

Schubart (1976, p. 331) hace notar cómo hay que agradecer a los estudios de M. Tarradell (1950, p. 74; *idem*, 1965) la restricción espacial del concepto de cultura de El Argar, a la que antes se aludía. A partir de ellos, la zona clásica queda limitada al Sudeste, señalándose además una zona de «influencia argárica» y otra de «perduración del Bronce I». La sincronización de esta última con las anteriores se basa en el hallazgo de objetos metálicos y cerámicos aislados de tipología «argárica».

La obra de M. Tarradell abre camino al desarrollo de los estudios regionales —en parte emprendidos por él mismo (*idem*, 1962, 1963,

⁶⁹ Otros autores no atribuyen a Evans la defensa de un origen centroeuropeo de El Argar, sino que se limitan a señalar que los influjos de Europa central y norte de Italia indicados por él, «aunque existieron sin duda» no fueron tan importantes como los mediterráneos (Schubart, 1976, p. 342, n. 79; en parte también Arribas, 1967, pp. 106-107).

1965b, 1969)— que han permitido la delimitación de las distintas áreas culturales peninsulares durante la Edad del Bronce (culturas de El Argar, del Bronce Valenciano, de las Motillas, del Bronce del Sudoeste, de Cogotas I, del Bronce Atlántico, etc.) (*idem*, 1980, pp. 88-90; Balbín-Behrman, 1978, p. 96 y, sobre todo, Chapa y Delibes, 1983, pp. 443 y 480-488).

P. González Marcén y V. Lull (1987, p. 9), por su parte, consideran a Arribas (1968) «el primer investigador de la Edad del Bronce preocupado por el paleoambiente y las formas urbanísticas de los asentamientos de la cultura».

Reservan González Marcén y Lull (1987, p. 9), en cambio, a B. Blance (1964) el mérito de haber fijado la periodización de la cultura que, todavía hoy, sirve directa o indirectamente como marco de referencia para la investigación. Fue elaborada a través del análisis estadístico de los «hallazgos menores» (Schubart, 1975, p. 80) (cerámica, adornos, tipos de tumba) de los ajuares cerrados de las necrópolis clásicas (El Oficio, Fuente Alamo y, especialmente, el yacimiento epónimo). La autora (Blance, 1964, p. 133) identifica dos fases que define como sigue: «El Argar A, la fase más antigua, está caracterizada por el enterramiento en cista [...], muñequeras de arquero, botones con perforación en V, tipos de puñal de reflujo, etc., que indican conexiones con el movimiento de reflujo campaniforme. Es probable que otros hallazgos como alabardas, oro, etc., también lleguen como resultado» del mismo.

La asociación del movimiento de reflujo «con las culturas de Alemania meridional del Reinecke A.1» permiten datar esta fase «en torno al 1700 a.C.». «El Argar B, la fase más tardía, está caracterizada por enterramientos en pithoi [...], espadas, puñal de tipo pithos, diademas de plata, cuentas de hueso y fayenza segmentadas, hachas, etc. Las conexiones de este grupo son orientales» y su fecha se establece principalmente «por las cuentas segmentadas de fayenza, posiblemente entre 1500-1400 a.C.»

La aparición de las dos fases se atribuye a movimientos de población. En la primera, se trata de los grupos campaniformes que, en su búsqueda de nuevas fuentes minerales, habían llegado a Centroeuropa. Allí, rechazados probablemente por la cultura de Vuçedol, regresan a Europa occidental, dando lugar a los campaniformes tardíos y a la cultura de El Argar (*ibidem*, pp. 130-131). La notoria diferencia entre unos y otra no merece especial comentario.

A su vez (*ibidem*, p. 132), la llegada de «gente practicando la cos-

tumbre del enterramiento en pithos es, como Evans (1958, p. 68) ha señalado ya, sólo una extensión occidental de un movimiento que fue responsable del establecimiento» de otras culturas, en las islas mediterráneas.

Según la autora (Blance, 1964, p. 139), esta llegada «interrumpe» la fase del Argar A, si bien «la gente del Argar A original sobrevivió junto a los recién venidos». Por otro lado (*ibidem*, p. 140), los rasgos culturales propios del Argar B subsisten «sin interrupción hasta la época de los Campos de Urnas».

La tesis de Blance aúna, pues, las dos teorías difusionistas acerca del origen de la cultura de El Argar. Ello lleva aparejado el abandono de la concepción unitaria de la misma, hasta entonces imperante, sustituida por la defensa de una «ruptura en el desarrollo cultural» (*ibidem*, p. 140), entre una y otra fase.

Esta defensa concuerda mal con su alusión simultánea a la «supervivencia de la gente de El Argar A original» en la fase B, única justificación, por otra parte, para el mantenimiento del concepto «cultura de El Argar». Ello evidencia la mayor preocupación de la autora por los aspectos cronológicos de la periodización que por las implicaciones culturales de la misma.

En realidad, esa preocupación por la delimitación temporal de la cultura de El Argar puede considerarse el rasgo más característico de la investigación de las últimas décadas. V. Lull (1983, p. 51) señala dos aspectos íntimamente relacionados de la misma. En primer lugar, valora la elaboración de unas propuestas tipológicas destinadas a reconocer algunos útiles o armas como fósiles directores (Almagro Gorbea, 1972; Schubart, 1973; cit. por Lull, 1983, p. 51), más que a la simple ordenación de los materiales (Cuadrado, 1950). En segundo lugar (Lull, 1983, p. 156), destaca la elección de los ajueres funerarios como base del estudio tipológico y estadístico. Así el esquema original publicado por B. Blance (1971) fue corregido, precisado y ampliado por H. Schubart (1975 y 1979) y M.^a L. Ruiz-Gálvez (1977). Como resultado de todo ello, la cultura de El Argar queda reducida a un inventario funerario que se supone fuertemente normalizado y, por tanto, susceptible de generalización.

Esa «obsesión cronológica», tan propia de la orientación historiográfica de la Prehistoria española, no impide la publicación paralela de diversos artículos que abordan los problemas de interpretación cultural de El Argar. El más significativo es, sin duda, el que H. Schubart (1976) dedica a la consideración de sus relaciones medite-

ráneas. En él mantiene la opinión tradicional de que «la explotación de minerales y el comercio de metales parecen haber sido [...] los motivos que originaron el nacimiento y florecimiento de la cultura de El Argar» (*ibidem*, p. 332).

El «cambio, asombrosamente brusco» que representa respecto a la cultura calcolítica —sustitución de cerámica decorada por otra de aspecto metálico con otras formas, «final del rito de los ídolos» y del enterramiento colectivo—, su localización costera y

su parentesco con formas y costumbres de la zona del Mediterráneo oriental dejan traslucir una fuerte influencia exterior, cuyo núcleo podría posiblemente estar constituido por un grupo muy pequeño de mercaderes y especialistas en metales, forasteros, llegados por mar, que, *en el amplio sentido de la palabra [...], podrían ser también designados como «colonizadores»*. Su relación con el Mediterráneo oriental, que tenía una base comercial [...] permanece, [...] como lo manifiestan las influencias posteriores [de dicha zona que] permiten subdividir la cultura de El Argar en dos períodos, hasta ahora [*ibidem*, p. 342].

Se vuelve de este modo a la concepción unitaria de la cultura, hoy vigente, sólo interrumpida por la influencia de B. Blance. El modelo difusionista gana así coherencia. No se excluyen eventuales relaciones con Europa central o el norte de Italia, pero se estima más significativa la continuidad apreciable en poblados, costumbres funerarias y formas cerámicas y metálicas que «con relación a otras culturas [dan] una impresión de unidad», que no conduce «a una división entre un período más antiguo centroeuropeo y otro más tardío mediterráneo» (*ibidem*, y n. 84).

Según H. Schubart (*ibidem*, p. 342), la «idea de un movimiento comercial [...] hace aparecer superfluo el recurrir a motivos históricos especiales para cualquier movimiento de pueblos», en la línea seguida en la primera mitad de siglo (*cf. supra*, J. Martínez Santa Olalla)⁷⁰. Por el contrario, resulta imprescindible reivindicar un despla-

⁷⁰ La adopción de un modelo difusionista no implica, desde luego, el recurso a motivos históricos especiales para cualquier movimiento de pueblos. Sin embargo, tampoco hay que olvidar que la coherencia de ese modelo está en función de los motivos históricos que puedan ser aducidos como explicación —en este caso, de la influencia atribuida a las culturas orientales, en el desarrollo del Sudeste español—. Cuanto más específicos sean dichos motivos, mayor credibilidad y precisión alcanza la reconstrucción histórica difusionista. M. Botella y C. Martínez (1977, p. 41) emplean ese tipo de argumentos en su interpretación de la decadencia argárica.

zamiento de población —cualesquiera que sean las personas implicadas— si se defiende una tesis colonial, en el amplio sentido de la palabra. De ahí que, la distinción que se establece entre «movimiento comercial» y «emigración de pueblos» (*ibidem*, p. 332, n. 3) deba entenderse como un rechazo a la idea de «migraciones *masivas* de pueblos por el mar» (Schubart y Arteaga, 1983a, p. 24).

La última formulación de las tesis difusionistas, debida a H. Schubart y O. Arteaga (*ibidem*)⁷¹,

no descuida la *valoración preeminente de un poblamiento básico*, seguramente mayoritario, derivando del propio de la Edad del Cobre, pero tampoco ignora la posible proyección de elementos extraños hacia Occidente, promoviendo en gran medida *relaciones exteriores*, dentro de las cuales *no se deben colocar en segundo término* y por una mera reacción pendular de las modas interpretativas las que conectaban con Oriente.

Que esas relaciones se sitúan, en realidad, en primer término queda claro en el siguiente párrafo:

Lo complicado sigue estando, en el trasfondo de las coincidencias culturales, intentar graduar las infiltraciones de elementos extraños en el poblamiento argárico, definir la importancia que las mismas pudieran haber alcanzado y explicitar las condiciones en que se pudo haber facultado su integración [*ibidem*].

Lo que debe ser explicado son esas coincidencias culturales mediterráneas e infiltraciones de elementos extraños, no el sustrato.

Yendo bastante más lejos que las últimas versiones del «modelo colonial» calculítico sostienen que

no se puede negar que los préstamos mediterráneos pudieran haber sido promovidos por la afluencia de mercaderes, especialistas en metales y otros grupos de elementos forasteros dispuestos a hacer vida en la región.

[Ello es innegable, aunque] no se pueda asegurar de manera tajante [y]

⁷¹ El artículo publicado en el *Homenaje a Siret* (Schubart y Arteaga, 1986) explica el desarrollo de la cultura argárica desde perspectivas próximas al materialismo histórico y sin una sola referencia a los factores mediterráneos. No se ocupan del «problema del origen», pero en relación con su posición a propósito de «las discusiones teóricas y planteamientos críticos más recientes» (*ibidem*, p. 290) remiten al artículo que comento (*idem*, 1983a, véase *infra*, p. 440) Schubart (1989, p. 36) acaba de ratificar su contenido.

todas las evidencias hasta ahora existentes, sin embargo [parezcan] inclinar la balanza en favor de la importancia básica que los elementos indígenas tuvieron en la formación [...] de la Cultura de El Argar (*ibidem*, y p. 25).

Lógicamente, tampoco aquí la justificación del modelo es arqueológica, sino dependiente del mismo concepto de racionalidad histórica. De acuerdo con él, hay mayores similitudes del mundo argárico «con otras formas culturales contemporáneas del Mediterráneo [...] que con la generalidad peninsular» (*ibidem*, p. 24). Negarlo «equivale a considerar que el Sudeste se encontraba completamente aislado de su mundo contemporáneo, encerrado en sí mismo durante la [época en que] [...] se encontraba especialmente abierta al mar» (*ibidem*).

Desde esa perspectiva, parece dudoso que las futuras investigaciones en el Egeo o en el Próximo Oriente (Schubart, 1976, p. 336) o los estudios antropológicos (Schubart y Arteaga, 1983a, p. 24)⁷² sirvan para confirmar de forma decisiva la explicación difusionista. Se ha progresado mucho en los últimos años en la búsqueda de intercambios comerciales entre ambos extremos del Mediterráneo durante la Edad del Bronce (*cf.* capítulo 3, apartado III.4.2) sin encontrar apoyatura arqueológica que los fundamente. Pero, aun en el caso de que todos los estudiosos de la cultura argárica aceptaran la integración del sudeste de la península Ibérica en el comercio mediterráneo, incluso la llegada de un grupo de población oriental tan nutrido como se quisiera, subsistiría la cuestión fundamental: ¿qué papel debe concederse a esos factores en su formación y desarrollo?

Como se ha visto los investigadores difusionistas no han dado una respuesta precisa. Los partidarios de un desarrollo local, por su parte, no creen que la pregunta sea relevante.

⁷² Es realmente posible que los estudios antropológicos se conviertan en «la única fuente de información» para determinar la afluencia de grupos foráneos (Schubart y Arteaga, 1983a, p. 24), como la investigación difusionista clásica ya daba por supuesto. Sin embargo, para llegar a ello, hay que elaborar tipologías que reflejen la variabilidad significativa dentro de una población y no las selecciones intuitivas de listas aditivas de rasgos que han caracterizado la antropología prehistórica (Harrison, 1980, pp. 160 y 162). Ahora bien, a tenor de las dificultades de conservación de los restos esqueléticos, cabe dudar que se llegue a contar alguna vez con muestras lo suficientemente amplias de las culturas mediterráneas como para resultar representativas de sus respectivas poblaciones.

II.5.3. La cultura de El Argar como desarrollo local

Los prehistoriadores españoles que han defendido un origen autóctono para la cultura de El Argar desde la perspectiva histórico-cultural tradicional son minoritarios y restringidos a la primera mitad del siglo. Posteriormente se inicia un larguísimo período, todavía en curso, representado por la alternativa difusionista.

Desde mediados de los setenta y, como consecuencia, en buena medida de las excavaciones estratigráficas en poblados, dicha alternativa se empieza a poner en cuestión.

Este proceso continúa en nuestra década durante la cual puede decirse que la consideración de la cultura argárica como desarrollo del sustrato calcolítico tiene tanto o incluso más eco que la versión difusionista.

P. Bosch Gimpera es el más significado representante de quienes, en la primera mitad de siglo, conciben la formación de la cultura argárica como un proceso local, restringido al Sudeste, en el que los contactos mediterráneos o atlánticos no juegan ningún papel relevante (véase *supra*, p. 249). A su juicio (Bosch, 1932a, p. 165), es «uno de los momentos culminantes de la evolución indígena transparentándose en la cerámica y formas de habitación y sepultura la continuidad del pueblo de la cultura de Almería».

El aspecto nuevo (*idem*, 1954, p. 48) le viene dado por «la sustitución del utillaje de piedra por el de bronce [...] pero en sus tipos, como en los de la cerámica, se acusa el carácter conservador de la cultura de Almería, que continúa dichos tipos sin apenas modificaciones sensibles. Este es el caso, sobre todo, de las hachas planas».

Incluso un elemento tan característico de la metalurgia argárica, como las espadas, se interpreta como una «prolongación del tipo de los puñales» (*idem*, 1975, p. 399).

Su vinculación con esa actividad es la responsable de su prosperidad y capacidad de expansión territorial (véase *supra*, p. 250). El nivel cultural alcanzado por los distintos territorios peninsulares se relaciona directamente con su proximidad al Sureste. Desde allí se difunden tipos cerámicos y metálicos o actividades como la minería y la metalurgia, pero nunca la cultura completa.

Como se sabe (véanse *supra*, pp. 237-239), la periodización de la cultura argárica se establece atribuyendo la representación de las distintas fases a una serie de poblados cuya sucesión no reposa en cri-

terios consistentes. Además, como indica H. Schubart (1975, p. 80), la consideración de «yacimientos o necrópolis enteros como característicos de cada una de las fases [...] limita sus propias posibilidades de conocimiento. Los tres yacimientos mencionados: El Argar, El Oficio y Fuente Alamo estuvieron poblados durante toda la época de El Argar».

J. de Mata Carriazo (1975, p. 763), en la ya citada *Historia de España* dirigida por don Ramón Menéndez Pidal, mantiene posiciones similares a las de Bosch Gimpera en lo que se refiere al origen de la cultura de El Argar y a la influencia de los grupos del Sudeste en los de los restantes territorios peninsulares: «El ajuar de las estaciones argáricas, tomado en su conjunto, presenta las mayores analogías con el de otras estaciones neolíticas y eneolíticas de la misma región, demostrando, precisamente contra la teoría de Siret, que la nueva cultura es una evolución *in situ* de la anterior, sin solución de continuidad.»

Así las hachas, cuchillos-puñales y alabardas derivan de los homónimos de diorita y sílex, de modo directo o a través de los correspondientes ejemplares eneolíticos (*ibidem*, pp. 764-765), mientras los punzones «deben proceder de los de hueso» (*ibidem*, p. 767). Un arma, que juega un papel importante en las argumentaciones difusionistas como la alabarda, se define como «genuinamente hispánica» y confirmación rotunda de «la evolución del Eneolítico a la cultura de El Argar» por su morfología, «análoga a las de pedernal». Sólo las espadas podrían responder a influjos externos, ya que son raras, tardías: «acaso contemporáneas de las magníficas espadas fundidas de la plena Edad del Bronce, suscitadas por las necesidades de la lucha con el pueblo que las introdujo en la Península».

La continuidad entre la cultura de El Argar y la del Eneolítico se aprecia también en la cerámica, incluso en tipos tan característicos o convencionalmente «exóticos» como la tulipa y la copa. La segunda procede, según el autor (*ibidem*, p. 771), «de la copa ricamente decorada del Eneolítico andaluz». El hecho de la ausencia de decoración «sorprende» precisamente por tratarse «de una cultura estrechamente relacionada con la eneolítica» (*ibidem*, p. 772).

Se estima que todo lo «consignado, a base de la estación de El Argar, puede generalizarse a las demás de la misma cultura y de la misma zona estudiadas por Siret». Al mismo tiempo, como ya indicaba P. Bosch Gimpera, su presencia se reconoce, más o menos matizada, en el resto de la Península: «La cultura argárica, genuina representa-

ción de la primera Edad del Bronce española, se difunde desde la zona explorada por los Siret a las regiones vecinas, hasta alcanzar los opuestos confines de la Península. La densidad e interés de los hallazgos disminuye a medida que nos alejamos del foco de origen» (*ibidem*, p. 773).

La duración de la cultura se considera prolongada pero no tanto, como quería el investigador catalán:

Mientras la cultura argárica [...] permanece [en la península Ibérica] estacionaria, la industria del bronce evoluciona ampliamente en el centro, norte y occidente europeos, que a su vez reaccionan sobre la Península y nos envían los productos finales y más perfectos de esa evolución. De esta manera, la solución de continuidad que presenta nuestra Edad del Bronce obedece, no a un *hiatus* o a insuficiencia de conocimiento, sino a una verdadera sustitución de cultura. La nueva la traen, al parecer, los celtas [*ibidem*].

Así pues, la defensa de un desarrollo autóctono de la cultura argárica por estos autores se compagina con una interpretación difusionista de las demás culturas peninsulares de la Edad del Bronce.

Esta posición desaparece prácticamente de la investigación, como se indicó retomándose, sobre todo, «gracias a la realización de excavaciones sistemáticas modernas a partir de la efectuada en el Cerro de la Virgen de Orce (Schüle y Pellicer, 1966)» (Martínez Padilla, 1986, p. 308). Dichas excavaciones, emprendidas en la inmediata periferia del área clásica, permitieron apreciar los puntos de contacto entre las fases preargáricas y argáricas, sentando algunas de las bases para el replanteamiento global de la cuestión.

Sin embargo, durante las dos últimas décadas existe un notable desajuste entre las posiciones defendidas por los prehistoriadores españoles en los estudios particulares relativos a un yacimiento o una zona y los libros de texto.

J. Maluquer de Motes (1975b, p. 299), por ejemplo, sostiene en su trabajo acerca del poblado de Hornos de Segura (Jaén) que la presencia de cerámica campaniforme y argárica

constituye un poderoso elemento contra la tendencia excesivamente generalizada de interpretar toda la cultura argárica como una intrusión mediterránea. En Hornos, como en todo el Sudeste, resulta bien clara una continuidad en los yacimientos de habitación *entre lo preargárico y lo argárico*, pese al

matiz peculiar de la cultura argárica que puede asimilar ideas y técnicas exóticas, pero cuyo sustrato dominante en esencia es indígena [*ibidem*].

En cambio, en una publicación algo anterior del autor, esta vez de síntesis, sólo se alude al sustrato para indicar el extraordinario cambio que supone la cultura de El Argar. La presencia de estaño y plata probaría

la existencia de un nuevo estímulo mediterráneo en las costas almerienses, cuya procedencia tiende a buscarse [...] en el sudoeste de Anatolia [...]. A consecuencia de este nuevo estímulo se desarrolla la cultura de *El Argar*, [la cual] ofrece un *contraste muy notable con todo lo anterior*, tanto con la antigua cultura megalítica como con la población del vaso campaniforme [...]. La transformación es notable. [Incluso] es indudable la presencia de elementos [antropológicos] exóticos renovadores en conexión con el Mediterráneo oriental [*idem*, 1972, pp. 50 y 52].

Por los mismos años G. Delibes de Castro (1976, p. 89) indica cómo «el foco cultural del Sudeste, profundamente renovado en relación con la cultura de Los Millares» ve «la aparición de [la cultura argárica] estrechamente vinculada a diversos focos del Mediterráneo oriental, especialmente de Anatolia, Creta y Grecia continental».

El desajuste comentado puede atribuirse a factores muy diversos. Como es lógico, la propia naturaleza de las publicaciones condiciona en gran parte su alcance. Sería difícil abordar la síntesis de una cultura a partir de una monografía arqueológica. Además la versión difusionista, como se sabe, está sólidamente arraigada en la tradición investigadora europea. Ofrece la posibilidad de una lectura más comprensiva y unitaria que el indigenismo que está justificada, además, por la influencia actualista de la geografía histórica mediterránea. Expresa la «racionalidad académica» y, por tanto, existen presiones disciplinares, más o menos intensas según el contexto, encaminadas a su mantenimiento. Todo ello me lleva a pensar que, además, sin la incorporación a la discusión de prehistoriadores con otros presupuestos, los resultados obtenidos en las excavaciones citadas no habrían bastado para abrir un espacio a la alternativa indigenista.

La síntesis de la Edad del Bronce europea publicada por Coles y Harding (1979, p. 216) es un claro exponente de esta última.

En general, la continuidad entre el Eneolítico y la Edad del Bronce Antigua sugiere que la explicación de la Edad del Bronce [peninsular] requiere poca

influencia externa o movimiento importante de pueblos. [En el caso concreto del Sudeste] La totalidad del complejo de equipamiento y actividades de los sitios argáricos no sugiere estímulo o contacto externo. La autosuficiencia en un medio lleno de muchos recursos útiles, completada con el control y conservación de aquéllos restringidos en cantidad, sean agua o metal, es probable que hayan sido el elemento dominante en la vida de las comunidades de la Edad del Bronce Antiguo [*ibidem*, p. 225].

El gran contraste apreciable, entre las sociedades que preceden a la cultura argárica en el Sudeste y dicha cultura, puede atribuirse a factores locales: «Una especialización creciente en la metalurgia, la aparición de armamento de gran calidad, el desarrollo de nuevas fortificaciones y, sobre todo, el cambio del enterramiento colectivo al enterramiento individual, acompañado de un ajuar personal, variable, sugieren una evolución social y económica interna» (*ibidem*, y p. 226).

El nuevo contexto problemático afecta tanto al tema específico de la cultura argárica, como a toda la estructuración de la Edad del Bronce. El énfasis en los procesos locales implica no sólo la posibilidad de defender una explicación evolucionista en sentido estricto en relación con el origen de la misma, sino también con los de las demás culturas peninsulares, algo hasta entonces inédito. Pero lo que resulta todavía más importante es que tal énfasis conlleva, en último término, la revisión del enfoque histórico-cultural tradicional.

Sin llegar todavía tan lejos, A. M.^a Muñoz (1982, p. 21) da a conocer en su ponencia al XVI Congreso Arqueológico Nacional lo que, a su juicio, era el estado de la cuestión sobre el tema:

Actualmente creo que todos estamos de acuerdo en que la cultura argárica tiene su base en el sustrato del cobre del Sureste. Prácticamente todos los instrumentos más o menos característicos de la cultura aparecen en yacimientos preargáricos, desde la metalurgia a las técnicas cerámicas, los brazales de arquero o los botones con perforación en V. Algunas formas originales como la copa tiene paralelos [...] en formas de cerámica campaniforme [...]. La evolución de la industria del sílex [...] no es más que una adaptación tecnológica a los nuevos tiempos [...]. La transformación del tipo de casa [...] no es más que la simplificación y adaptación de técnicas constructivas a las necesidades de una sociedad cuyas pautas han desbordado los estrechos límites de la choza familiar, hacia viviendas más confortables [...]. En cuanto al nuevo ritual funerario de inhumación individual [...] tiene fácil explicación en el evidente cambio de estructura social que nos ofrece la cultura argárica.

El texto, enormemente expresivo, es una respuesta puntual a casi todos los argumentos aducidos por los prehistoriadores difusionistas para justificar el origen foráneo de la cultura. Refleja una posición que, en contra de la opinión sostenida por la autora, tenía partidarios tan significados (Molina, 1983, p. 90) como sus detractores (Schubart y Arteaga, 1983; Schubart, 1989, pp. 33-36), sin olvidar las soluciones de compromiso (Chapa y Delibes, 1983, pp. 442 y 480). Pero, incluso si hubiera habido ese consenso respecto a la formación local de la cultura argárica, no hubiera bastado para explicarla de acuerdo con tesis evolucionistas (Molina, 1983, pp. 90-91). De hecho, ello requiere un cambio teórico que se emprenderá por los mismos investigadores que reorientaron el estudio de la cultura de Los Millares (Chapman, 1978; Gilman, 1976) y por otros peninsulares (Lull, 1983).

II.5.4. Conclusión

La prehistoria española afronta la interpretación de la Edad del Bronce desde una perspectiva más marcadamente difusionista que la de otros períodos. Los factores específicos son diversos. Es fundamental la identificación entre «Edad del Bronce» y «cultura de El Argar» y la inserción de esta última en el contexto del presumido comercio metalúrgico entre ambos extremos del Mediterráneo durante el II milenio a. de C. Esta versión no quedaba tan desajustada con las dataciones radiocarbónicas como el modelo colonial del III milenio a. de C. y resultaba menos vulnerable que él a las descalificaciones por anacronismo. Al propio tiempo descansaba en paralelismos con el Mediterráneo oriental más claros e, incluso, en auténticas importaciones que sólo más tarde se sabrían de otra procedencia (cuentas de fayenza).

Puede decirse, sin mucho riesgo de error, que la tradición investigadora de la cultura de El Argar ha aportado casi la mitad de la información disponible acerca de la Edad del Bronce en todo el territorio peninsular. Ello afecta la configuración global del estudio del período en un doble sentido: por la consiguiente importancia que se concede a los factores foráneos (básicamente mediterráneos) y por la dependencia que se establece entre la dinámica de las demás áreas culturales peninsulares y la del Sudeste.

La jerarquización cultural, implícita en todo enfoque difusionista, ha determinado que la investigación se centrara en esta región. Su

evolución ha estado fuertemente condicionada por la ingente cantidad de materiales, en su mayoría inéditos, procedentes de los trabajos de E. y L. Siret, depositados en museos nacionales y extranjeros. Las asociaciones tipológicas facilitadas por los ajueres funerarios sirvieron de base a las propuestas de periodización de El Argar que se suceden a partir de los sesenta (Blance, 1964; Schubart, 1975 y 1979; Ruiz-Gálvez, 1977; Lull, 1983) e incluso a la última síntesis publicada sobre el tema (Lull, 1983). Todavía hoy el estudio de la colección Siret no ha concluido, habiendo varias iniciativas encaminadas a ese fin (Ulreich, 1986; Schubart, 1989, p. 32). De hecho, hasta el inicio de las excavaciones en Fuente Alamo (1977) (Schubart y Arteaga, 1983a, p. 18), parecía considerarse innecesario emprenderlas en el área nuclear argárica de cara a una profundización en el conocimiento de esta cultura, en tanto que habían comenzado casi veinte años antes en sitios de la periferia granadina como el cerro de la Virgen de Orce (1960), el de la Encina (1968), Los Castillejos de Montefrío o la Cuesta del Negro (1971) (Arribas, 1976, pp. 140, 143 y 145).

Fuera de la «región clásica» el interés de los prehistoriadores se ha centrado en esos territorios limítrofes, a los que se suponía directamente influidos por el desarrollo ocurrido en aquella y, sólo en último extremo, en los grupos «marginales». Los problemas que tenía planteados el estudio de la Edad del Bronce, en esos casos, han sido puestos de manifiesto por R. de Balbín-Behrman (1978, p. 95).

[Vienen] siempre derivados de [...] la insuficiente documentación que poseemos [...] y [de] las diferencias regionales que cada vez con más fuerza se vienen manifestando [...].

Nos encontramos también con la aparente dificultad de establecer subdivisiones culturales bajo procedimientos arqueológicos [...], por lo que las relaciones son difíciles de establecer, e incluso las fechas de C-14 se incluyen dentro de secuencias poco clarificadas.

La tradición investigadora ha actuado aquí primando los rasgos «argáricos» sobre los de carácter local en la definición de las periodizaciones regionales. Así, como indica M. Ruiz-Gálvez (1984, p. 324),

resulta relativamente frecuente ver cómo en zonas, incluso geográficamente alejadas del SE, se denomina argárico, entre comillas, un puñal porque lleva remaches, o una cerámica porque presenta carena, argumentos que, no obs-

tante el entrecomillado, sirven muchas veces para situar tales materiales y a la facies cultural de la que forman parte en un Bronce Medio.

El panorama que presentaba en la introducción es indicativo del marco difusionista en el que está teniendo lugar la investigación regional.

Al lado de estos rasgos inmovilistas se advierten dos tendencias muy positivistas promovidas, en buena medida, por las excavaciones estratigráficas modernas. Una va encaminada a mostrar la vinculación de la cultura argárica con los sustratos calcolíticos. La otra introduce restricciones en la concepción monolítica que la ha caracterizado hasta hace poco.

La diversificación se introduce en la secuencia cada vez mejor precisada (Schubart y Arteaga, 1986). Afecta también a su distribución territorial. La regionalización de la península Ibérica durante la Edad del Bronce (Tarradell, 1950 y 1965) es completada ahora con el estudio de la variabilidad entre las distintas comarcas del Grupo Argárico (Arribas y Molina, 1979a, p. 138) (véase *infra*). Sin embargo, en mi opinión, el cambio de perspectiva más trascendente atañe al reconocimiento de que la diversidad formal del material arqueológico no puede conectarse automáticamente con determinaciones cronológicas o culturales. Desde hace unos años se valoran también las de carácter funcional identificables a través de la localización horizontal de los hallazgos (Schubart y Arteaga, 1986, p. 294) o del contexto doméstico o funerario de los mismos (Schubart, 1975, p. 89). La prudencia al manejar la tipología cerámica de las necrópolis, base como se sabe de la periodización argárica, debe extremarse «cuando los “tipos sepulcrales” se quieran confrontar con manifestaciones propias de sitios de habitación, localizados fuera de la zona en que aquellos aparezcan» (Schubart y Arteaga, 1986, p. 295).

Por otra parte, la cerámica doméstica se estima un indicador menos sensible del paso del tiempo que la funeraria (Schubart, 1976, p. 337 y n. 42), advirtiéndose así las variables correlaciones entre los factores funcional y cronológico.

En definitiva, se advierte «la necesidad de diferenciar, en cada región y en cada siglo del segundo milenio, el complejo material de lo estudiado como argárico: para evitar generalizar linealmente conocimientos que puedan ser parciales en el tiempo y en el espacio» (Schubart y Arteaga, 1983c, p. 58; también en *idem*, 1986, p. 294).

Ahora bien, la asunción de ese punto de vista supone una seria

objeción a los presupuestos teórico-metodológicos que guían la investigación. En estos años se está abriendo un debate sobre las conexiones teoría-práctica en Prehistoria hasta ahora inexistente. Sin embargo, no tengo la impresión de que se proponga una reconsideración del enfoque histórico-cultural, ni de su empirismo epistemológico. Se comenta, por ejemplo, en un texto inusual por la claridad en la exposición doctrinal, «lo peligroso que resulta querer *teorizar a la moderna* sin contar previamente con el apoyo de un trabajo de campo organizado en la búsqueda y documentación de datos apropiados» (énfasis de los autores) (Schubart y Arteaga, 1983a, p. 19). Se advierte la falta de contraste empírico de las tesis evolucionistas propuestas (Gilman, Chapman, Lull) (Molina, 1983, p. 91), dada la configuración del registro arqueológico a tenor de «preguntas y finalidades programáticas distintas a las actuales» (Schubart y Arteaga, 1983a, p. 20).

Si se recuerda el contexto en que se hacen estas declaraciones su sentido queda mejor precisado. Schubart y Arteaga (*ibidem*, p. 24) apuntaban una posible «afluencia de mercaderes, especialistas en metales y otros grupos de elementos forasteros» para explicar la formación de la cultura argárica. Ello indica que, al definir como finalidad programática actual una mayor preocupación «por el hombre en sociedad, que por las evidencias materiales de su existencia» (*ibidem*, p. 20), su referente es muy distinto al de los autores evolucionistas citados que, sin embargo, suscribirían ese enunciado.

Además, y puesto que «todavía no [están] en condiciones de reseñar resultados decisivos» concernientes a su hipótesis (*ibidem*, p. 24) podríamos encontrarnos aquí también con «castillos edificadas en el aire, más que nada por haberse fundamentado en datos insuficientes» (*ibidem*, p. 20).

Como ya hizo notar Gilman (1981, p. 18) en su día: «Es fácil ser crítico con los datos arqueológicos, denunciar conclusiones por especulativas, dar rienda suelta al pesimismo metodológico *pro forma*. Sin embargo, muchos prehistoriadores son selectivos en su conservadurismo. Cuando la evidencia les lleva a conclusiones que les gustan, hasta los más moderados especulan.»

Es difícil determinar en qué medida intervienen componentes personales, de competencia profesional, ideológicos o nacionales en el debate. Como en cualquier polémica científica es seguro que están presentes. La alternativa, en todo caso, procede de tradiciones investigadoras ajenas al modelo de ciencia alemán hasta ahora exclusivo.

III. EL ENFOQUE INTEGRADO DE LA CULTURA

III.1. Introducción

El término «integradas» referido a las teorías socio-culturales puede resultar confuso. Harris (1979, p. 450) precisa, por ejemplo, que el contraste entre ellas «no gira en torno a la cuestión de si los sistemas culturales tienen partes integradas con otras [...], sino [...] qué partes son [...], qué frecuencia tiene la influencia de unas sobre otras y de qué tipo es y cuánto dura».

Sin embargo, se puede hablar de enfoques no contextuales de la cultura (Hodder, 1982, p. 11) (véase *supra*, p. 62) cuando se sostiene que «no hay y no puede haber coincidencia entre los aspectos materiales y no materiales de la cultura» (Daniel, 1962, p. 130). Esa «creencia en la falta de integración entre los diferentes aspectos de una sociedad y cultura» (Hodder, 1982, p. 11) suprime de forma deliberada cualquier tratamiento sistemático y, por tanto, la posibilidad de inteligibilidad del pasado (véase *supra*, p. 48). Supone, pues, un notable alejamiento respecto a las posiciones materialistas (ecología cultural, materialismos cultural e histórico) que comparten una postura clara en torno a la causalidad en la cultura, así como una orientación nomotética.

Esa disyuntiva me ha servido para delimitar las dos fases en la investigación de la Edad del Bronce peninsular.

Chapman (1978) y Gilman (1976) inician, como ya se ha dicho, la segunda de ellas, con «una nueva toma de posición que busca asentar las bases de una alternativa teórica cuyo objeto es el estudio de la evolución social de carácter indígena y autónomo enfocando como campo de análisis la secuencia cultural del área del Sudeste desde el Neolítico hasta la etapa de El Argar» (Arribas y Molina, 1984*b*, p. 75).

Sus tesis evolucionistas se completan a partir de esta década con otras publicaciones sobre el mismo tema debidas a ellos mismos, a Lull (1983) (Molina, 1983, pp. 90-91), Ramos Millán (1981) y Mathers (1984*a, b*), además de con los primeros trabajos de campo llevados a cabo explícitamente en ese nuevo marco (Gilman y Thornes, 1985*a*; Chapman *et al.*, 1987)⁷³.

⁷³ La inclusión de Harrison (1980, pp. 164-166) en este apartado se debe a su declaración de que en su libro sobre el campaniforme europeo proporciona una expli-

A grandes rasgos, se pueden identificar dos enfoques en relación con el concepto de «integración» sociocultural: uno funcionalista (Chapman, Mathers, Harrison) y otro materialista histórico (Gilman, Lull) o cultural (Ramos Millán)⁷⁴.

El «paradigma funcionalista» «se ha propuesto para reemplazar la explicación *ex oriente lux* de la elite de la Edad del Bronce europea» (Gilman, 1981, p. 2). Renfrew (1967) dejó sentados los puntos críticos fundamentales y las líneas de investigación alternativas en el caso peninsular. Los estudios de Chapman, Mathers y Ramos están conectados, en mayor o menor medida, con ellas. Los emprendidos por los dos primeros responden bastante bien al «modelo de desarrollo comercial» descrito por Brumfiel y Earle (1987a) (véanse *supra*, pp. 206-208).

Este enfoque está caracterizado por una «visión integrada» de la cultura en sentido estricto, en la medida en que los aspectos particulares de la misma «se explican como si fueran adaptativos» (Gilman, 1981, p. 2) (véase *supra*, p. 39). Consiguientemente, la investigación de los mecanismos de equilibrio y consenso va encaminada a su justificación, lo que carga al funcionalismo de connotaciones sociopolíticas conservadoras (Fontana, 1982, p. 168) (véanse *supra*, pp. 34-35).

La alternativa materialista histórica (véanse *supra*, pp. 50-52), por el contrario, defiende una concepción cultural que sitúa el conflicto en la base de la sociedad («modelo político» de Brumfiel y Earle, 1987a) (véanse *supra*, pp. 209-211). En palabras de Gilman (1981, p. 20), «la creencia en que los sistemas sociales están integrados no implica necesariamente que un aspecto particular de una sociedad [...] venga exigido por la supervivencia de esa sociedad (y de sus miembros)».

cación funcionalista. En realidad, como expresa el subtítulo del mismo, en su mayor parte está dedicado a la «arqueología de la Edad del Cobre en Europa occidental». Los presupuestos teórico-metodológicos no difieren sustancialmente de los ya analizados (apartado II.4.4). Lo tengo en cuenta aquí para profundizar en su comentario dado que se ha convertido en obra canónica e introduce ciertas novedades que clarifican aquéllos. Debe entenderse que queda al margen de las observaciones contenidas en esta introducción. Por la misma razón, las precisiones críticas se hacen en el apartado correspondiente a la exposición de sus puntos de vista (el III.2.2), en lugar de en las conclusiones (apartado III.4) como en el caso de los demás autores.

⁷⁴ La amplitud de la categorización lleva implícita una simplificación de los puntos de vista de los autores que espero quede subsanada en el comentario específico de sus obras. Harrison (1984b, p. 288) define estas alternativas como «Escuela Funcionalista» o «Empresarial» (Renfrew, Sherratt) y «Escuela Estructuralista» (Gilman).

Esta advertencia adquiere todo su sentido si se tiene en cuenta que la evolución socio-económica que se trata de investigar en el Sudeste se define por una creciente complejidad social abocada a la aparición de una minoría dirigente de transmisión hereditaria (*ibidem*).

Un común denominador de todas las publicaciones, con independencia de la perspectiva desde la que están elaboradas, es la atención preferente a la producción social.

La investigación de campo emprendida en los últimos veinticinco años, promovida por el impacto de la «ciencia en Arqueología» (véanse *supra*, pp. 69-70), había proporcionado información relevante para el estudio de las prácticas de subsistencia, «pero el estudio de los restos faunísticos y botánicos no se [había] integrado en estrategias globales de investigación» (Gilman y Thornes, 1985a, p. 16). Estos autores se encargarán de lograrlo, si bien —por circunstancias administrativas que, obviamente, no les son achacables— sólo últimamente han estado en condiciones de aportar nueva documentación arqueológica en ese ámbito (Chapman *et al.*, 1987).

Otra cuestión es su contribución a los estudios ambientales.

En general, la significación concedida a la interrelación cultura-medio ambiente y la premisa de partida de Chapman, Gilman y Mathers (*ibidem*, pp. 95-104) de que «el clima ha permanecido aproximadamente estable durante los pasados 6000 años en el Sudeste español» (Gilman y Thornes, 1985a, p. 13) les ha llevado a recalcar las *significativas* condiciones de aridez de la región que habían pasado desapercibidas a más de medio siglo de investigación difusionista.

A su vez, Gilman y Thornes (1985a) publican la primera y, hasta la fecha, más amplia información específica sobre la relación yacimientos-recursos potencialmente explotables.

En contra de mi opinión anterior (Martínez Navarrete, 1988a, p. 504), que ignoraba el panorama de la Prehistoria continental, creo que la influencia de estos autores sobre los prehistoriadores españoles no ha sido desdeñable. Transcurren casi diez años desde la aparición del primer artículo «alternativo» (Gilman, 1976) y su inclusión en una obra de síntesis (Molina, 1983; Arribas y Molina, 1984b). No es mucho, si se tienen en cuenta diversos factores estructurales, como el arraigo del enfoque histórico-cultural o el peso del argumento de autoridad en el mundo académico, u otros de carácter más circunstancial. Me refiero al alejamiento de estos investigadores de los centros de decisión e influencia nacionales (universidades, publicaciones), así como a la edición de sus trabajos en revistas no siempre ac-

cesibles (Gilman, 1976; Chapman, 1978), sin olvidar, claro está, «la pena del inglés...».

Este contexto resalta todavía más la apertura de los miembros del Departamento de Prehistoria de la Universidad de Granada a otros posibles conceptos de racionalidad histórica. Publican los primeros artículos escritos en español desde la perspectiva evolucionista (Chapman, 1981c; Ramos Millán, 1981) y las primeras alusiones a las nuevas tendencias aparecidas en obras de síntesis (*cf. supra*) por lo que he podido ver. Esa sensibilidad queda más patente si se considera, por un lado, que esto no ocurría en otras editadas en esos años y, por otro, las fechas de las nuevas traducciones (Gilman y Thornes, 1985b; Gilman, 1987a, c y 1988).

En la actualidad, la crisis del concepto de Prehistoria tradicional (capítulo 1, apartado III) está abriendo paso a estos nuevos enfoques. Pienso que la contraposición de sus propuestas a propósito del desarrollo socio-económico ocurrido en el Sudeste durante los milenios III al II a. de C. con los enmarcados en la perspectiva histórico-cultural dejará en evidencia las posibilidades, limitaciones e implicaciones de cada uno de ellos de cara a un estudio crítico del pasado que sea relevante hoy.

III.2. *Las alternativas funcionalistas*

- III.2.1. El acceso diferencial a recursos críticos escasos, los contrastes ecológicos y las redes de intercambio/alianza como explicaciones del desarrollo del Sureste: R. W. Chapman y C. Mathers

R. W. Chapman (Chapman *et al.*, 1987, p. 95) sitúa el arranque de su investigación general de «la interrelación constante entre los cambios económicos y sociales y las prácticas mortuorias» en la interpretación de Renfrew (1976) de los megalitos como «expresión del comportamiento territorial de las sociedades segmentarias relacionado con la presión demográfica»⁷⁵.

Esa idea alcanzará amplia difusión gracias a su libro *Before civilisation: the radiocarbon revolution and prehistoric Europe* (Renfrew,

⁷⁵ La influencia de las posiciones de Renfrew puede advertirse en el proyecto gallego de estudio del megalitismo (véanse *supra*, pp. 80-81).

1979a). Como alternativa al «modelo colonial» de desarrollo de la metalurgia y la arquitectura funeraria megalítica en la Europa prehistórica (*idem*, 1967) (véanse *supra*, pp. 291-292), concede a la organización social autóctona el papel crucial que tradicionalmente se ha venido asignando a la tecnología en el progreso cultural (*idem*, 1979a, p. 130). La presión demográfica promoverá los cambios en la ordenación de la economía y las nuevas formas de funcionamiento social (*ibidem*, p. 128).

Ahora lo que interesa saber, en relación con los sepulcros megalíticos por ejemplo, es «qué tipo de organización social pudo haber permitido la construcción de tales monumentos en comunidades bastante pequeñas con una economía relativamente indiferenciada. Ello [...] lleva a considerar en qué medida estas primeras sociedades incorporaban una jerarquía social, y el grado en el que los jefes eran capaces de movilizar mano de obra y recursos» (*ibidem*, p. 131).

Para determinar el tipo de sociedad, se debe averiguar el carácter temporal o permanente de los hábitats correspondientes, los patrones de distribución de las tumbas, el emplazamiento específico de cada una de ellas (lugar visible o no) y la relación existente entre éste y la tierra arable disponible (*ibidem*, p. 146), entre otros aspectos.

El desarrollo de esta línea de trabajo ha permitido la interpretación de los megalitos de algunos territorios europeos más que como tumbas, «como centros sociales permanentes para el grupo en cuyo territorio se encuentran y cuyos muertos reciben» (*ibidem*, p. 155).

El estudio de la metalurgia tiene como objetivo prioritario determinar si existían condiciones técnicas y sociales para su desarrollo autóctono. Entre las primeras se encuentra la disponibilidad de mineral de cobre o cobre nativo (*ibidem*, p. 187), así como de una pirotecnología suficientemente avanzada para la fusión de minerales. Esa última se relaciona inicialmente y deriva de la alfarería (*ibidem*, pp. 191-192). C. Renfrew cita entre las segundas la especialización artesanal (*ibidem*, p. 206) y el desenvolvimiento, tanto de un comercio de objetos atractivos y deseables (*ibidem*, p. 208) como de una intensa ritualización y gusto por lo ceremonial (ídolos, adornos sofisticados, objetos votivos diversos) (*ibidem*, p. 209). Ese desarrollo da lugar a la aparición de nuevas formas que evolucionan continuamente, favoreciendo la aceptación de la innovación.

Chapman (1975) investiga desde la redacción de su tesis doctoral a la actualidad esa conexión entre prácticas funerarias y el amplio marco socio-cultural (*idem*, 1983, p. 39). El extenso párrafo que trans-

cribo a continuación expresa con claridad su posición doctrinal (creencia en la excepcionalidad del desequilibrio y en la percepción social del riesgo) ⁷⁶

El enterramiento en cementerios o monumentos aparecerá en *períodos de desequilibrio* entre sociedad y recursos críticos. Tal desequilibrio puede presentarse de muchas formas pero, en todos los casos, *la sociedad percibe* que la variación espacial y/o temporal en recursos importantes se ha aproximado a un nivel crítico y, [en consecuencia], *proyecta* nuevos mecanismos para regular el acceso a tales recursos. La aparición de grupos de descendencia de base territorial, sean restringidos o no, exógamos o endógamos, es una respuesta a este proceso y el nuevo orden social puede estar simbolizado, en general, para la comunidad por el uso de áreas de deposición formalizada, a través de las cuales se establece una reivindicación permanente del uso y control de recursos críticos por la presencia de los antepasados [*idem*, 1981a, p. 80].

El campo de aplicación de su teoría es el desarrollo cultural del Sudeste y Sudoeste peninsulares del IV al III-II milenios a. de C. Chapman (1981a, pp. 78-79; también en Chapman *et al.*, 1987, p. 95) interpreta el incremento de tamaño y complejidad de las construcciones megalíticas en el período citado, «la adopción de la metalurgia del cobre y la construcción de asentamientos fortificados» como indicadores de «la emergencia de una estructura social más compleja».

Combina las teorías que atribuyen el origen de la complejidad social al acceso restringido a recursos críticos («teoría de la circunscripción de recursos») y a la gestión de los mismos («teoría de gestión de recursos»), considerando «la provisión de agua, cobre y otros materiales prestigiosos comerciados inter-regionalmente» (Chapman, 1982, p. 50).

El primer recurso es relevante para el Sudeste español, «el área más seca de toda Europa» (*ibidem*, p. 48) pero no para el Sudoeste portugués, donde el clima es húmedo y se localizan «los suelos más fértiles» de todo el país (*ibidem*, p. 49). Además, en la Edad del Bronce la diferenciación social no se advierte en el área de la cultura de Vilanova de San Pedro, sino en el Sur, donde se hallan «las principales menas de cobre» (*ibidem*). Esto contrasta con la situación del Sudeste español, donde la tendencia a la complejidad social no se in-

⁷⁶ Agradezco al doctor Gilman haberme hecho notar que el texto tenía estas otras posibilidades de comentario.

terrumpe, ni se advierte una reorientación tan drástica de la sociedad hacia el control del acceso al cobre como en Portugal (*ibidem*).

Coincide con Gilman (1976) en que en el Sudeste «la provisión de agua era un recurso mucho más crítico que el cobre en el tercer milenio» (Chapman, 1982, p. 49). En ambas regiones, «la significación social [del cobre] como indicador de estatus tiene preferencia sobre cualquier ventaja tecnológica propuesta» (*ibidem*, p. 50). Sin embargo, también en ambas: «como la organización social en rangos⁷⁷ crece del III al II milenio, resulta cada vez más importante que la elite social se asegure el acceso a las fuentes primarias de metal. Es una relación de retroalimentación que relaciona la creciente complejidad social con el control de producción y recursos» (*ibidem*).

Posteriormente, Chapman se centrará en el Sudeste peninsular⁷⁸, haciendo girar todo el desarrollo cultural en torno a la irrigación (*idem*, 1975, 1978, 1981a). Como Gilman (1976), propone unos sistemas a pequeña escala (zanjas, presas) destinados a anegar los campos. La evidencia arqueológica es «todavía muy limitada», pero no cabe esperar otra cosa dadas sus características y la modificación del paisaje en los últimos 4000 años (Chapman *et al.*, 1987, p. 97).

La intensificación agrícola fue precedida por una «agregación de las poblaciones», la cual «favoreció el surgimiento de especialistas parciales con diferentes *status* y, por otro, necesitó nuevas disposiciones en relación a la posesión y herencia de la tierra, al acceso a los recursos vitales y al liderazgo. Todo ello se concretó en un contexto de fuertes grupos corporativos, cuya expresión más visible fueron las tumbas megalíticas» (*ibidem*, p. 95).

El metalúrgico sería uno de esos especialistas a tiempo parcial. La limitada distribución de los artículos que producía y el carácter prestigioso y simbólico de los mismos sugieren que la actividad estaba so-

⁷⁷ Una sociedad organizada en rangos («ranked») es «aquella en la que las posiciones de rango estimable están de alguna manera limitadas, de modo que no todos aquéllos con suficiente talento para ocupar tales rangos, puedan alcanzarlos realmente» (Fried, 1967, p. 109; cit. por Chapman, 1977, p. 28). Según Chapman (*ibidem*), «tales sociedades tienen mayores densidades de población, comunidades residenciales y redes de parentesco más formalizadas (por ejemplo, aparición de grupos de descendencia), que las sociedades igualitarias. También muestran redes distributivas y un sistema de liderazgo que da prestigio y autoridad, pero no poder coercitivo, a individuos particulares. La división del trabajo se basa todavía sólo en la edad y el sexo y puede no haber especialización artesanal».

⁷⁸A. Gilman (1987b, pp. 23 y 25) volverá más tarde sobre los contrastes entre las culturas de Vilanova de San Pedro y de Los Millares, apuntados por Chapman.

cialmente «restringida a los centros principales de población en cada área» (Chapman, 1984, p. 1147). Su «posición preeminente en las jerarquías locales de poblamiento estaba basada en el control de recursos tales como tierra y agua» (*ibidem*; también en *idem*, 1982; Gilman y Thornes, 1985a, b).

Su estudio sobre la necrópolis almeriense de Los Millares (Chapman, 1977 y 1981c) pretende el contraste empírico de su tesis acerca de la existencia de una sociedad compleja ⁷⁹ en la región a través de la identificación de una distribución formalizada de las tumbas y una diferente concentración de «riqueza» en los ajuares.

M. Almagro y A. Arribas (1963, p. 46; cit., por Chapman, 1977, p. 26) «aseguran que no hay evidencia ni en el poblado, ni en la necrópolis de Los Millares, que sostenga la existencia de nada que no sea una estructura social igualitaria» ⁸⁰.

Por el contrario, según R. W. Chapman (1977, pp. 26-27), las variaciones en

el número de individuos enterrados en las tumbas, [en el] gasto de energía reflejado en tumbas distintas y la variación y frecuencia de artículos funerarios «de prestigio» [manifiestan] la existencia de diferencias sociales en la comunidad. En particular, la evidencia de que los artículos funerarios de prestigio se concentran en tumbas o áreas particulares del cementerio puede reflejar la existencia de una sociedad organizada en rangos [...] en la cual había un acceso diferencial a la riqueza y al rango, en este caso posiblemente, según el grupo de filiación de los individuos.

⁷⁹ En la última obra de Chapman que he manejado (Chapman *et al.*, 1987, p. 95) se sostiene que «los ajuares son indicativos de una organización social más bien clasista que igualitarista (1977)». Ignoro si el autor ha modificado sus puntos de vista. En la obra citada se presumía una diferencia de rangos no económica (véase nota 77). El término «riqueza» aparecía entrecuillado lo que, unido al contexto y al referente arqueológico (piezas de marfil, metal, etc.), hacía pensar que aludía a objetos cuyo valor está social y culturalmente adscrito («primitive valuables»).

⁸⁰ La posición de Almagro y Arribas es muy confusa, porque junto a la declaración que recoge Chapman (1977, p. 26) o la de que falta «el sentido de una autoridad preeminente» (Almagro y Arribas, 1963, p. 46) añaden: «se trata de una sociedad basada en la fuerza de sus creencias religiosas [...] y en la de su técnica del metal, que les impele a la búsqueda de las tierras mineras y les da supremacía sobre sus vecinos. Pero a la vez hay que ver junto a esta especie de aristocracia, que arrastra al poblado entero, una gran masa de gente dedicada a las faenas de la agricultura, recolección y pastoreo [...] que sólo se pone en marcha cuando la aristocracia del metal ha abierto nuevos caminos» (*ibidem*).

La buena definición de la necrópolis de Los Millares y «su asociación con un poblado y recursos de agua críticos pero restringidos» sostiene, en opinión del autor (*ibidem*, p. 29), «la correlación entre recursos cruciales pero limitados [...] alcanzados o legitimados por medio de una descendencia lineal del muerto y el mantenimiento de "áreas formalizadas de deposición"».

Ahora bien, reconoce (*ibidem*, p. 28) que «dadas las limitaciones de la evidencia específica y contextual del cementerio de Los Millares sería claramente imprudente llegar a conclusiones demasiado detalladas, a partir de [los] análisis empleados».

En este sentido, hay que recordar que las deficiencias del registro arqueológico del yacimiento afectan por igual a la interpretación de la variabilidad en términos cronológicos que critica (*idem*, 1981c) y a la lectura alternativa en términos sociales y económicos que propone (Mathers, 1984a, p. 23).

Como contribución al logro de una evidencia concluyente, acerca del marco sociocultural del megalitismo, sugiere tener en cuenta tres niveles de análisis: regional, del territorio del asentamiento local y de la tumba individual (Chapman, 1983, p. 39). El objeto del primero es

provocar una reflexión sobre la distribución regional de las tumbas en Iberia y sobre el grado, en el que puede considerarse totalmente representativa de la distribución original, en el quinto al tercer milenio a. de C. Tal valoración es esencial cuando [se analiza] la intensidad del poblamiento prehistórico y la importancia relativa de las tumbas megalíticas en las diferentes regiones (*ibidem*, p. 34).

A escala regional amplia, se trata de determinar «qué factores guiaron la localización espacial de las tumbas megalíticas, en relación con las actividades diarias de los miembros supervivientes de la comunidad local» (*ibidem*, p. 36). El autor cree de especial interés averiguar «la parte jugada por el desarrollo social, la creciente jerarquización de asentamientos y el control de los recursos críticos», en la aparición de grandes cementerios (*ibidem*, p. 38).

«El último nivel de análisis atañe a la forma, dimensiones, división interna y contenidos de las tumbas individuales, su diseño y la secuencia de actividades que tuvieron lugar en su interior» (*ibidem*)⁸¹.

⁸¹ Chapman (1977, p. 27) indica algunos datos prácticos para evaluar el contenido

En definitiva, R. W. Chapman (*ibidem*, p. 39) sustituye el tratamiento tradicional de las tumbas como entidades aisladas, comprensibles por sí mismas, por otro que convierte al contexto en el que se insertan, en el marco de referencia para su interpretación. Dicho contexto (*idem*, 1977, p. 29) queda definido por las «complejas interrelaciones entre enterramiento, organización social, economía, tecnología y medio ambiente». Lo que resulta significativo no es ya la determinación de la eventual procedencia de un rango arquitectónico (puertas perforadas, falsa cúpula, etc.), un tipo de planta (sepulcro de corredor, dolmen, etc.) o un elemento del ajuar (ídolos antropomorfos, sandalias de piedra, etc.), sino la del «efecto de la subsistencia (por ejemplo, recursos de suelo y agua disponibles, dadas unas densidades de población) y topografía locales, en la formación de cementerios bien definidos y la relación entre modelos de intercambio, jerarquías de asentamiento y cementerios» (*ibidem*).

C. Mathers amplía el marco de estudio desde similares presupuestos teóricos. Valora la conexión entre la variabilidad ecológica interna del Sudeste y los procesos socio-económicos desde el Neolítico a la Edad del Bronce. Su explicación se basa, por un lado, en la consideración de la inversión en los sistemas de control de agua propuesta por Chapman (1975, 1978) y Gilman (1976) (Mathers, 1984a, p. 18). Por otro, valora las redes de intercambio regional. En un primer momento serían, como quieren Halstead y O'Shea (1982) (véanse *supra*, pp. 208-209), vehículo de información, bienes —algunos con el carácter de formas de almacenamiento social— y poder (Mathers, 1984a, pp. 20-21 y 29). A comienzos del II milenio a. de C. quedaría configurada una «economía de artículos de prestigio» (Friedman y Rowlands, 1978 en Mathers, 1984b, p. 1186).

Unos y otras permiten definir la complejidad social advertible del V al II milenio a. de C. en la región como un mecanismo amortiguador de impredecibles riesgos económicos (Hernando, 1988, p. 278). Dicha complejidad es consecuencia de «la interacción de la estabilidad y variabilidad de los ecosistemas locales, la intensidad de las estrategias económicas, las oportunidades para diversificar asentamientos y uso de la tierra; y el crecimiento de un control socio-político centralizado» (Mathers, 1984b, p. 1190).

En función de la naturaleza de las presiones selectivas considera-

de las tumbas (cálculo del número de individuos inhumados, enumeración de objetos indicadores de estatus o rango, etc.).

das, Mathers (*ibidem*, pp. 1188-1189) distingue tres áreas: el nordeste de Almería y sur de Murcia (núcleo argárico), la zona semiárida del sur de Almería (núcleo millarense) y «las tierras altas más húmedas del Sudeste, Andalucía occidental y Levante». Cada una tiene su propio ritmo e intensidad de transformación.

El autor propone la siguiente valoración del registro arqueológico.

El Neolítico antiguo se documenta en las tierras altas de la región en el V milenio, mientras las primeras comunidades agrícolas del interior de Almería aparecen en el III milenio (*idem*, 1984a, p. 7). La ocupación de las zonas bajas de alto riesgo pero potencialmente productivas pudo producirse, alternativamente, antes o después del conocimiento de las tecnologías de control del agua. En el primer caso, serían consecuencia de las presiones ecológicas experimentadas en el nuevo medio. En el segundo, su adquisición sería una respuesta a la necesidad de «estabilizar o complementar la producción existente» (*ibidem*, pp. 19-20) ante la presión incrementada sobre la tierra y los recursos, provocada por la introducción del arado a fines del IV milenio (Sherratt, 1981).

Mathers (1984b, p. 1176) asume que la evolución del poblamiento y las prácticas funerarias que sugiere está limitada por el hecho de que la larga tradición de investigación arqueológica en el Sudeste español —a pesar de los valiosos programas de la Universidad de Granada— no haya dado lugar a cronologías fiables y trabajos de campo sistemáticos completos. Aun así cree posible el reconocimiento de ciertas tendencias generales.

Durante el III y II milenios a. de C. advierte un cambio del patrón de asentamiento lineal a un sistema más diversificado que incrementa la densidad total de población y las estrategias económicas disponibles (*ibidem*, p. 1177). El primero, basado en agrupamientos en torno a fuentes seguras de agua, amplio espacio entre sitios y desocupación de los interfluvios (*ibidem*, p. 1179), se abandona casi por completo. Continúa, en cambio, la ocupación en la zona de colinas más bajas que bordea el fondo del valle, iniciándose prácticamente la de las tierras altas (*ibidem*, p. 1177). En ambos casos son «localizaciones con mayor variabilidad ecológica y, quizá, mayor estabilidad» (*ibidem*, p. 1181). Estas tendencias tienen diferente impacto en cada área. Son «más pronunciadas en las tierras bajas costeras semiáridas que en las tierras altas más húmedas del interior» (*ibidem*) o «en las regiones de tierras bajas del sur de Almería» (*ibidem*, p. 1180).

El cambio gradual que habrían experimentado los patrones de

asentamiento tiene un carácter aparentemente discontinuo en el caso de las prácticas funerarias (*ibidem*, p. 1191).

Mathers (1984a, p. 21) asume, como Chapman, la interpretación de Renfrew (1976) acerca de la arquitectura funeraria megalítica pero tiene en cuenta, además, otras formas de enterramiento (cuevas naturales y artificiales, abrigos) (*idem*, 1984b, p. 1170). Su objetivo es explicar el paso de las prácticas colectivas calcolíticas a las individualizadas de la Edad del Bronce sobre una base comparativa lo más amplia posible.

El Calcolítico se caracteriza por un continente y un contenido funerarios extraordinariamente variables a nivel interregional, regional y en sitios individuales (*ibidem*, p. 1174). Esta situación es exactamente la inversa durante la Edad del Bronce.

En el primer período, el tipo, tamaño, elaboración y técnicas constructivas de las tumbas —en las que están sobre tierra— (*idem*, 1984a, p. 24), así como la localización —visible o no, próxima a los poblados o no— de los cementerios (*idem*, 1984b, p. 1174) es muy diversa. Las diferencias en tratamiento y disposición de los cuerpos (*ibidem*) van acompañadas de otras en el tamaño, forma y composición de los elementos del ajuar. En principio, éstos sólo se distinguen de los artículos domésticos por su elaboración artesana. Después se acompañan de materiales exóticos como marfil y huevo de avestruz (*idem*, 1984a, p. 24).

Las prácticas funerarias argáricas son uniformes en grandes zonas del Sudeste español (*idem*, 1984b, p. 1174). Esa normalización afecta a todos los rasgos anteriormente citados, así como a la correspondencia entre tipo específico de tumba y ajuar (*ibidem*, p. 1172). Por otro lado, el escaso impacto visual de las primeras sugiere que los artículos funerarios fueron cada vez más importantes en los rituales. Entre ellos destacan los metálicos que representan una riqueza concentrada y transportable y, por ello, insegura (*idem*, 1984a, pp. 25-26).

Los procesos concretos que ponen en marcha esta dinámica en las tierras bajas almerienses se explican, como se indicó y, análogamente a Chapman, a tenor de las teorías de circunscripción y gestión de recursos.

«La gestión, inversión económica/tecnológica y sistemas más permanentes de toma de decisiones» son la respuesta intracomunitaria a una inestabilidad que se afronta a escala intercomunal mediante una amplia red de contactos y alianzas (*ibidem*, pp. 20-21). Su operatividad por gran parte de las tierras bajas de Almería y Murcia durante

el III y II milenio a. de C. (Harrison y Gilman, 1977) indica la uniformidad general del riesgo.

La diferenciación social corresponde a una organización en rangos, no estratificada. La prueba de que en asentamientos individuales ningún grupo «había alcanzado un nivel de control social suficiente para establecer “reglas” de competición claramente definidas» se halla en la variabilidad de las pautas funerarias y la propia expresión colectiva del estatus (Mathers, 1984*b*, p. 1183; 1984*a*, p. 24). Ahora bien, el autor, siguiendo a Shennan (1982*a*), advierte que esas pautas pueden estar enmascarando o diluyendo un cambio social ya producido (Mathers, 1984*b*, p. 1175). La aparición al final del Calcolítico de un cierto «acuerdo» a nivel local y regional sobre la exhibición de rango (segmentación interna de las tumbas, vasos campaniformes o simbólicos, ciertos ídolos) (*ibidem*, p. 1184) es relevante a ese respecto. Reflejaría «incrementos continuos relativamente menores en el nivel de control social (debidos a inversión acumulada o incrementada, mayores riesgos en la producción de subsistencia, etc.)» (*ibidem*, pp. 1175-1176).

En cuanto a los patrones de asentamiento, la «regresión lineal» del final del Calcolítico fue promovida por las consecuencias a largo plazo del sistema de explotación agrícola y la necesidad de conectar su expansión con importantes inversiones de trabajo o avances tecnológicos (*ibidem*, p. 1181). En consecuencia, la ocupación de las colinas era la forma de mantener o extender la producción frente a densidades de población incrementadas. La explotación de estos nuevos ecosistemas fue factible por el potencial de las técnicas ya conocidas (*ibidem*, p. 1182). Tampoco hay que olvidar las barreras logísticas que la linealidad planteaba al desarrollo del intercambio (*ibidem*, p. 1181) en un momento en que aumentan los asentamientos fortificados, los intercambios de materias primas y la diferenciación en los sistemas socio-políticos (*ibidem*). El carácter más pronunciado de la «regresión» en las zonas con mayores limitaciones ecológicas (*ibidem*) explicaría la decadencia del área nuclear millarensis durante la Edad del Bronce. Los grupos allí asentados no habrían podido competir con éxito por el control de recursos a escala interregional con los asentamientos más activos y logísticamente más eficientes de su periferia (*ibidem*, p. 1189).

De acuerdo con el modelo de Gilman (1981), cree que estos cambios del comienzo del II milenio dan mayores oportunidades a las elites de control sociopolítico y favorecen la aparición de una economía de prestigio (Mathers, 1984*b*, p. 1190). En este marco, la indivi-

dualización y normalización de las tradiciones de enterramiento de la Edad del Bronce expresa cómo los individuos accedieron a la autoridad y rango regulando la competición por prestigio a escala local y regional. «Una vez alcanzado un cierto umbral de control, las elites estuvieron en posición de promover cambios estructurales importantes en la organización social, es decir, la eliminación de las prácticas funerarias colectivas y gran parte de su parafernalia ritual» (*ibidem*, p. 1191).

Así pues, siguiendo a Shennan (1982a), se entiende que la «normalización fue un agente en el cambio social más que simplemente su reflejo» (Mathers, 1984b, p. 1184).

III.2.2. El vaso campaniforme: un objeto de lujo puesto de moda y una «cultura arqueológica»: R. J. Harrison

R. J. Harrison publica tres años después de su tesis (Harrison, 1977a) (apartado II.4.4) *The Beaker folk*, un libro que, como suponía el editor, ha configurado al estado de la cuestión sobre el campaniforme europeo en esta década ⁸². Resulta claro, pues, el interés de su comentario.

El autor (*idem*, 1980, p. 14), «en 1974 había concebido el funcionamiento de los campaniformes como culturas arqueológicas, más que como una especie de pueblo andariego que recorría Europa» ⁸³. En cambio, en 1980 abandonaría el enfoque histórico-cultural, considerándolos «objetos conectados con el estatus y rango sociales» ⁸⁴. En consecuencia, ya «no implican ni una cultura separada, ni un pueblo» (*ibidem*). Su prestigio les sería conferido, «quizá, por una bebi-

⁸² Véase nota 73.

⁸³ Tal como lo expresa Harrison (1980, pp. 9-10) ambas versiones no se oponen: «todavía es una forma válida de reflexionar sobre el pasado en términos humanos» concebir «una cultura arqueológica [como] un grupo especial de artefactos que aparecen juntos en un área limitada, durante un cierto tiempo». El «movimiento de [esos] conjuntos de artefactos puede verse como el movimiento físico del pueblo que los hizo». Se volverá sobre esta noción de cultura.

⁸⁴ La concepción del campaniforme como «recurso sociotécnico» está ya en su tesis donde se reconoce la deuda con Binford (1972a) y Winters (1968) al respecto (Harrison, 1977a, p. 36). Sin embargo, en el libro que comento (*idem*, 1980, p. 67), la idea de la función «primariamente social» de esos vasos se atribuye a Shennan (1976, 1977) (*cf.* Shennan, 1986, p. 137).

da especial que contuvieran, o por las atractivas baratijas y metal que los acompañaban» (*ibidem*, p. 15) ⁸⁵.

Shennan (1986, p. 137) indica cómo esta interpretación de los campaniformes y otros artículos muy difundidos como artículos de prestigio «ha llegado virtualmente a ser una nueva ortodoxia», gracias a la obra de Harrison. Dicha ortodoxia se expresa en los siguientes términos:

La razón por la que los campaniformes parecen haber aparecido tan repentinamente, haberse extendido tan rápidamente, y haber sido preferidos tan ampliamente descansa, seguramente, en la acrecentada diferencia de estatus que se produce en las sociedades de la Edad del Cobre. Fue el grado más elevado de ordenación social en rangos, no unos movimientos de mercaderes o nómadas, lo que convirtió a la cerámica campaniforme y a sus baratijas en símbolos deseables de riqueza, y lo que llevó a su adopción por toda Europa casi al mismo tiempo, en torno al 2100-2000 a.C. La «expansión» campaniforme es probable que fuera, por tanto, el resultado de la competencia entre elites vecinas que se esforzaban por mantenerse al corriente de las últimas modas en riqueza o en su exhibición, de cara a controlar todavía más recursos que los que tenían [Harrison, 1980, pp. 164-165].

La adopción de tal interpretación como línea argumental del libro (*ibidem*, p. 7) tiene diversas implicaciones:

1. La organización de las sociedades calcolíticas europeas en rangos.
2. La expresión de los rangos y estatus mediante la exhibición de los mismos elementos materiales y, entre ellos, precisamente los integrantes del complejo campaniforme.
3. La existencia de relaciones intercontinentales estables (de Hungría a Portugal y de Escocia al norte de África). «Áreas que previamente no mantenían contacto entraron en relaciones muy estrechas» (*ibidem*, p. 9). Salvo en el caso de las anudadas con el norte de África (Harrison y Gilman, 1977), en los demás «tipos de intercambio o comercio [...] había una simetría entre las regiones y los productos que se comerciaban» (Harrison, 1980, p. 157).
4. La vigencia de los cuatro supuestos citados, durante todo el período de uso del campaniforme («unos 500 a 800 años», *ibidem*, p. 7).

⁸⁵ La segunda posibilidad no explicaría la presencia de vasos campaniformes aislados, tan frecuente en el caso de los estilos antiguos.

El propio autor introduce restricciones temporales y espaciales, en esa visión unitaria y totalizadora del fenómeno campaniforme. Así, por ejemplo, distingue dos momentos que interpreta de modo anti-tético: «lo que tenemos es algo que en sus fases iniciales no es una cultura en absoluto, sino un conjunto de unos pocos tipos especiales de cerámica [...]. Más tarde [...] muchos de los grupos campaniformes adquieren un fuerte sabor regional» (*ibidem*, pp. 11-12; también en p. 114).

Según precisión de Harrison ⁸⁶ ello debe entenderse en el sentido de que lo que, en principio, fue una «moda» pasa a convertirse en «una cultura arqueológica nueva».

En cuanto a la restricción espacial, reconoce que la interpretación del campaniforme como objeto de prestigio, propuesta por Shennan (1976, 1977) para Centroeuropa, «es atractiva, pero es necesaria alguna precaución, ya que [...] este modelo no se ajusta totalmente a las Islas Británicas y, menos todavía, a la Provincia Campaniforme Meridional en el Mediterráneo, donde tienen que considerarse otros factores» (Harrison, 1980, p. 69).

En las primeras, «la llegada de los campaniformes y la primera aparición de individuos que podemos reconocer como curtidores, metalúrgicos, arqueros y gente más rica, van unidas» (*ibidem*, pp. 10-11).

Aquí se habla, incluso, de que «la cerámica campaniforme y los nuevos rituales funerarios fueron llevados posiblemente por un grupo físicamente distinto de gente» (*ibidem*, p. 70). Se trata de una versión no bien diferenciable de la concepción tradicional del vaso campaniforme, como producto de «un grupo de gente físicamente identificable [...], invasores móviles [...], diestros artesanos del cobre» (*ibidem*, p. 11).

En la Provincia Campaniforme Meridional, la situación es muy diversa. El autor (*ibidem*, p. 112) destaca la ausencia en Bretaña de «ricos enterramientos individuales, que pudieran ser los de los recién llegados que introdujeron los campaniformes y sus asociaciones de ori-

⁸⁶ Quiero dejar aquí constancia expresa de mi agradecimiento al doctor Harrison. Tuvo la amabilidad de responder con toda celeridad a las cartas que le dirigí durante el mes de julio de 1984 a propósito de las opiniones mantenidas en su libro. Yo entendía que se defendían concepciones culturales contradictorias entre sí y quería estar segura de que no malinterpretaba su posición. Quedó claro que simplemente teníamos puntos de vista distintos. Por mi parte, pienso que una conversión como la que sugiere sólo tiene cabida dentro de la Prehistoria-Arqueología positivista que traspone los tipos arqueológicos al plano cultural o histórico (Vicent, 1982, p. 23).

gen centroeuropeo». Concluye que los campaniformes «se añadirían simplemente a los símbolos de estatus que ya estaban en uso» (*ibidem*, p. 120), como una nueva moda.

La presencia del campaniforme marítimo en Portugal central recibe una explicación similar (*ibidem*, p. 110), si bien se sugiere el funcionamiento de un centro alfarero secundario:

La interpretación más coherente es considerar los campaniformes marítimos como resultado de una producción local en cantidad, por ser la cerámica de lujo preferida de la última fase de la cultura VNSP, siendo añadida como un grupo más de novedades a uno ya existente. Casi cabría decir que la cultura de VNSP estaba preparada para recibir el campaniforme marítimo y las ideas que llegaron con él, dado el éxito con el que se implantaron [*ibidem*, p. 129].

En cambio, los dos grupos campaniformes (antiguos y finales) catalanes

parecen representar [...] aspectos bastante diferentes de la sociedad calcolítica, a pesar de su inclusión en *el mismo fenómeno cultural* [...]. Los campaniformes marítimos dan la impresión, como en el Languedoc, de que fueron aceptados como nuevos objetos de prestigio y puestos en tumbas preexistentes, junto con otros locales. Sin embargo, las tumbas de Amposta muestran también [...] que algunos recién llegados, quizá sólo unos cuantos de una vez, arribaron a Cataluña. Después de todo, *si sólo estuviera implicada una moda, entonces todos los campaniformes marítimos serían encontrados en contextos calcolíticos locales y, como no es ése el caso, es probable que se produjera algún pequeño movimiento de gente con nueva cerámica y artefactos de cobre* [*ibidem*, pp. 146-147].

Pienso que el párrafo transcrito refleja con claridad la confusión, honestamente reconocida por R. J. Harrison (*ibidem*, p. 71), acerca de cuál sea la interpretación más adecuada de los elementos campaniformes: «Si los cambios en rituales y cultura material fueron producidos o no por migraciones o modas, no es algo que pueda ser contestado ya, o fácilmente.

Parece aconsejable, pues, dejar en suspenso las declaraciones previas de que los campaniformes «no implican ni una cultura separada, ni un pueblo» (*ibidem*, p. 14) o estas otras: «ya no es necesario, en absoluto, hablar del “Pueblo Campaniforme”, ni en términos arqueológicos, ni como un tipo físico separado [...] el “Pueblo Campaniforme” no tiene esencia, como un grupo especial de población» (*ibidem*, pp. 164-165).

Entiendo que no cabe concluir que «las directrices del fenómeno campaniforme están razonablemente claras» (*ibidem*, p. 166), cuando no es discernible su carácter de «moda» o «pueblo» y, a pesar de ello, se concibe como «un mismo fenómeno cultural».

Hasta aquí he intentado poner en evidencia la quiebra de la línea argumental del libro, en lo que se refiere a sus implicaciones espaciales y temporales. Ni durante todo el período de empleo de los elementos campaniformes, ni en todo el territorio de Europa occidental en el que aparecen se puede adoptar una interpretación unitaria. Considero ahora la idea de que las sociedades calcolíticas europeas estaban organizadas en rangos y que sus correspondientes elites competirían entre sí para «mantenerse al corriente de las últimas modas», en aquellos símbolos de riqueza y prestigio, a través de los cuales exhibían su poder (*ibidem*, pp. 164-165).

Harrison vuelve a hacer restricciones a escala regional. En el centro de Portugal (*ibidem*, pp. 110 y 137), Bretaña y las Islas del Canal: «La forma en la que [los elementos campaniformes] fueron introducidos en ciertas tumbas sugiere que fueron pensados para su uso por la clase más rica del Neolítico tardío [...], a diferencia de Gran Bretaña o el Sur de Francia, donde eran de circulación común» (*ibidem*, p. 114).

En consecuencia, en esos dos últimos territorios, dichos elementos carecen del valor simbólico al que se está haciendo alusión. Pero eso mismo parece ocurrir en Europa central, Alemania oriental, occidental y noroccidental y Holanda, si bien ahora por falta de una clara diferenciación social⁸⁷.

Según Shennan (en Gilman, 1981, p. 15), «referirse a los campaniformes [centroeuropeos] como un estilo de elite da una impresión equivocada [...]. Los enterramientos campaniformes no sugieren más que un mínimo grado de ordenación en rangos».

Igualmente, en la cuenca alemana del Saale, las tumbas sólo muestran «ligeras diferencias de riqueza» (Harrison, 1980, p. 40). En cuanto a Holanda y las regiones occidental y noroccidental de Alemania,

nada [...] hasta el momento sugiere que hubiera ninguna ruptura significativa entre los grupos PFB y AOO [...]. Un vistazo al inventario de los primeros

⁸⁷ La cuestión básica aquí es si la diferenciación es tal que justifica la asunción de una competencia entre elites a escala europea.

campaniformes muestra que todavía son fundamentalmente parte del mundo cordado en estilo y uso [*ibidem*, p. 21].

[Por otro lado, los poblados] contienen esencialmente los mismos tipos cerámicos que las tumbas [...] mostrando que la cerámica empleada como ofrenda funeraria era seleccionada entre las mejores clases de cerámica, usadas en la casa [*ibidem*, p. 23].

Esa continuidad de los patrones neolíticos y la pertenencia de los campaniformes a la «vajilla doméstica», tampoco abonan una organización en rangos de las sociedades renanas.

En resumen, no se tiene la impresión de que ese modelo organizativo se pueda proponer más que, en todo caso, para los grupos calcolíticos de Portugal central, Islas Británicas e Islas del Canal, si nos atenemos a la propia documentación aportada por el autor.

Se revisa ahora la idea de que el vaso campaniforme es un objeto que confiere prestigio a sus poseedores.

R. J. Harrison (*ibidem*, p. 22) sitúa el centro creador de la primera moda campaniforme en una amplia región renana (Holanda y áreas adyacentes). Dicha moda comprende exclusivamente dos tipos cerámicos, el AOC y el marítimo. Son una producción más de los grupos neolíticos de cerámica cordada y representan dos fases sucesivas de una misma evolución (*ibidem*, p. 21). No parece que su prestigio pudiera proceder de la calidad del vaso, ya que no difiere de la de la vajilla doméstica mientras, por ejemplo, los tipos más tardíos centroeuropeos se estiman realizados por «especialistas a tiempo parcial» (*ibidem*, p. 68). Se sugiere que ese prestigio les viniera dado por su contenido, quizá una bebida alcohólica (*ibidem*, pp. 15 y 71), para la que existe alguna documentación arqueológica en Escocia y Dinamarca (*ibidem*, p. 104; también en Sherratt, 1987). Sin embargo, la posibilidad de una identificación de rasgos locales en los vasos permite poner en duda su interpretación como recipientes de una mercancía ampliamente comercializada, y ello sin entrar en temas relativos a la infraestructura técnica (volumen de producción, vías de comunicación, transporte, etc.), requerida por una actividad de difusión europea.

Hay otro aspecto del asunto que apunto aquí, aunque será desarrollado más adelante. La «distribución marcadamente diferente de los dos estilos campaniformes iniciales» no concuerda con su caracterización como producciones del mismo centro alfarero, sin apenas desfase cronológico entre ellos (Harrison, 1980, p. 21). A su vez, el

contraste entre la concentración de campaniformes marítimos en Portugal central —la mayor de Europa (*ibidem*, p. 128)— y en Europa noroccidental —donde es «realmente muy raro» (*ibidem*, p. 21)— hace difícil vincular su presencia en la península Ibérica con una moda importada. Además, como en tantos otros ejemplos de aplicación del modelo difusionista, hay importantes vacíos de hallazgos campaniformes en los territorios intermedios (*ibidem*, pp. 18-19, figs. 5-6).

La asociación entre los vasos campaniformes y los componentes no cerámicos del conjunto clásico campaniforme plantea problemas similares. No se explica la falta de reciprocidad en el intercambio de objetos de prestigio entre los grupos noroccidentales y centroeuropeos. En efecto, los puñales metálicos y muñequeras de arquero de piedra pasan a los primeros, mientras no hay tipos AOO y marítimos en Checoslovaquia, Polonia o Hungría (*ibidem*, p. 45).

Finalizo esta primera parte del comentario refiriéndome a la información cronológica que maneja Harrison para la estructuración de la red campaniforme.

Como se indicó, el autor sitúa el origen de los estilos campaniformes en Holanda y áreas adyacentes. Allí se encuentra «la mejor cronología europea para el período campaniforme» (*ibidem*, p. 15), así como buenos prototipos para los vasos AOC que, según las fechas radiocarbónicas, son los más antiguos de la serie y punto de arranque de «la evolución de los estilos campaniformes que se inicia con los [...] marítimos» (*ibidem*, p. 21)⁸⁸. La aparición de estos dos tipos antiguos se debe al «desarrollo continuo de prácticas funerarias y modas», ocurrido en la región renana, «en torno al 2200-2000 a.C.». Su distribución por la totalidad del área y su extensión a la Baja Sajonia y Westfalia ocurre bastante rápidamente (*ibidem*, p. 22). En cambio, no llegan a la Provincia Campaniforme Oriental, correspondiente a una fase posterior (*ibidem*, p. 45).

⁸⁸ El origen de los tipos más tardíos resulta confuso. En unos casos se afirma: «Alguno de los motivos [del tipo Veluwe...] pueden ser de origen centroeuropeo, lo que es una forma de explicar por qué los campaniformes finales parecen cambiar más rápidamente que los estilos iniciales. De otro modo es difícil ver cómo todos esos motivos pueden ser totalmente locales» (Harrison, 1980, p. 25). Simultáneamente, en el caso del tipo centroeuropeo «es posible ver una fuente [...] en el grupo Rhin-Main de Alemania occidental, de modo que lo que ahora llamamos Estilo Oriental realmente haya llegado a Checoslovaquia desde el oeste más que desde la cuenca carpática» (*ibidem*, p. 45).

Hacia Occidente, los tipos AOC y marítimo cruzan el Canal de la Mancha, alcanzando las Islas Británicas entre 2100-1950 a.C. Aquí,

a pesar del intensivo trabajo realizado durante las pasadas décadas, las mejores y más claras pruebas de que los campaniformes AOC son los estilos iniciales [...] proceden de los Países Bajos, donde la secuencia de fechas de carbono 14 confirma su posición tipológica. En el terreno puramente arqueológico, casi no hay hallazgos que demuestren que el tipo AOC es realmente el más antiguo en Gran Bretaña [*ibidem*, pp. 73-74].

Bretaña y el Languedoc ⁸⁹ reciben los tipos AOC y marítimo a través de

dos líneas de *penetración*, que se originan en los cursos inferior y medio del Rin, respectivamente. *La septentrional está marcada por una débil distribución de hallazgos* [...]. La línea oriental sigue el corredor del Saona-Ródano que lleva al Golfo de León, donde los grupos campaniformes están bien establecidos a todo lo largo de la costa, desde Liguria [...] a los Pirineos y más allá al Oeste [*ibidem*, p. 109].

En Bretaña, algunas dataciones radiocarbónicas sitúan los campaniformes AOC «entre 2300-2200 a.C.» (Campo de Alarico, Aslonnes), fecha «muy antigua pero no fuera del margen de campaniformes similares, en Holanda» (*ibidem*, p. 113). Ahora bien, a la hora del establecimiento de una secuencia global, «en ausencia de una buena cronología radiocarbónica, las fechas tienen que ser extrapoladas de las secuencias mejor conocidas en los Países Bajos y Suiza, pero es improbable que la primera cerámica campaniforme apareciera mucho antes del 2200 a.C.» (*ibidem*).

En el Languedoc, el asentamiento de La Balance (Aviñón, Vaucluse) permite fechar, por carbono 14, «bastante cerámica campaniforme inicial, incluyendo muchos campaniformes marítimos», entre «2200-2100 a.C.» (*ibidem*, p. 114) ⁹⁰, márgenes muy similares a los que se proponen para el grupo de tipos AOC y marítimos de la región (2200-2000 a.C.) (*ibidem*). Harrison hace notar, no obstante,

⁸⁹ En Provenza, «no se conocen campaniformes AOC y marítimos en absoluto» (Harrison, 1980, p. 114).

⁹⁰ En concreto, proporcionaba «la fecha más antigua para el campaniforme marítimo en Francia [...] 2155±120 a. de C.» (Delibes de Castro, 1978, p. 93, n. 18).

que faltan todavía muchas fechas radiocarbónicas para tales campaniformes (*ibidem*, p. 126).

Los estilos citados que aparecen en la península Ibérica «hay pocas dudas de que proceden del Languedoc y llegan a España, a través de los Pirineos orientales» (*ibidem*, p. 128). Sin embargo, la tesis de un origen francés —sólo en última instancia renano— para esos tipos no concuerda con su reconocimiento de que, según «la fecha de carbono 14 en torno al 2100 a. de C. para los campaniformes marítimos [de Zambujal] ⁹¹ [...] son, al menos, tan antiguos en Portugal como en cualquier otro lugar de Europa occidental» (*ibidem*, p. 132).

En suma, la argumentación resulta endeble por su circularidad. Su punto de partida es la asunción de un origen único para los campaniformes antiguos y su localización en la región renana por la supuesta mayor antigüedad de las dataciones absolutas en esa zona. A partir de ahí, cuando se carece de fechas radiocarbónicas «tienen que extrapolarse» las holandesas (*ibidem*, p. 113). Si, por el contrario, existen y son más antiguas o, en todo caso, tan antiguas como aquéllas, pasan a encontrarse en su margen estadístico (*ibidem*, p. 113).

Me he referido hasta aquí a la interpretación del campaniforme como moda pero, como se sabe, Harrison cree que da lugar a una cultura arqueológica nueva cuando los demás elementos del conjunto campaniforme clásico, tales como «puñales de lengüeta, punzón, muñequera de arquero o botón [...] llegan a formar parte [del mismo], en un estadio final, después de que los campaniformes [...] de estilos más tardíos hayan aparecido y se hayan establecido contactos con Centroeuropa» (*ibidem*, p. 22). Este equipo normalizado constituye la «cultura arqueológica campaniforme» ⁹².

El mecanismo que determina la conversión de lo que, en principio, era una «moda» en «cultura», es el siguiente:

el interés en la adquisición de [...] innovaciones [para ganar prestigio y estatus, como el puñal de lengüeta, la muñequera y quizá incluso] el caballo doméstico ⁹³, por parte de la gente que vivía en Europa noroccidental les llevó

⁹¹ La fecha es 2100±40 a. de C. (Harrison, 1977b, p. 7). Hay otra del 2045±35 a. de C. (Delibes de Castro, 1978, p. 85; también en Schubart y Sangmeister, 1984, p. 33).

⁹² Se define en la nota 83.

⁹³ En otro lugar lo ve más improbable: «aunque se ha intentado ver la amplia y rápida expansión de los campaniformes en relación con la [...] de los caballos domésticos [...], no hay prueba de que ese fuere realmente el caso [...]. En realidad, sólo con

a establecer relaciones con las regiones de donde procedían, de modo que mientras esas novedades se movían hacia occidente, la cerámica campaniforme más fina era adoptada en Europa Central [*ibidem*, p. 69].

No voy a reseñar todavía los presupuestos teórico-metodológicos que subyacen en esa concepción de cultura, sino sólo a comentar los datos arqueológicos manejados.

La fundamentación arqueológica de esta reconstrucción es problemática. Falta una base sólida para la periodización campaniforme en la Provincia Oriental, debido a la carencia de «una cronología radiocarbónica independiente y de un catálogo adecuado de campaniformes» (*ibidem*, p. 47). Esto último, unido a la ausencia de tipos AOC y marítimos, puede explicar las dificultades para el establecimiento de una cronología relativa a partir de filiaciones no siempre inequívocas⁹⁴.

Un obstáculo suplementario para aceptar sin reservas el carácter tardío de los elementos centroeuropeos deriva de su asociación en Europa occidental con campaniformes AOC o marítimos, por un lado, y de las fechas antiguas que existen allí para algunos tipos campaniformes supuestamente finales, por otro. Tales asociaciones se interpretan alternativamente como prueba de perduraciones de vasos tipológicamente antiguos en épocas avanzadas (*ibidem*, p. 111) o, realmente, como un conjunto antiguo si las fechas radiocarbónicas así lo indican. Es el caso del asentamiento citado de La Balance (Aviñón, Vaucluse) con vasos de estilo marítimo y un par de punzones y puñal de lengüeta fechados entre el 2200-2100 a.C. (*ibidem*, p. 114).

La segunda cuestión se plantea en sitios como la Grotte Murée (Provenza), «una típica ocupación campaniforme tardía pura» fechada por carbono 14 «en torno al 2100-2000 a. de C.» (*ibidem*, p. 118) y, por tanto, perfectamente incluíble en el margen de desarrollo de los tipos AOC y marítimos del Languedoc (2200-2000 a.C.) (*ibidem*, p. 114). La datación provenzal sería válida porque «aunque es antigua [...] está apoyada por otras fechas de sitios similares» (*ibidem*, p. 118).

Lo que se refleja aquí es el hecho, ya conocido, de que los «campaniformes fueron usados durante unos 500 a 800 años» (*ibidem*,

el Bronce Final [...] está justificado considerar al caballo como un nuevo e importante elemento de tracción, transporte y guerra» (Harrison, 1980, p. 154).

⁹⁴ Véase nota 88.

p. 7). No tiene mucho sentido por razones de fondo (*cf. infra*), pero también de evidencia disponible (apenas hay dataciones absolutas o materiales estratificados), hacer consideraciones sobre la antigüedad relativa de determinados objetos, como cuando «se pensaba, que los campaniformes iban y venían en un par de siglos» (*ibidem*).

No quiero dejar de dedicar ciertas observaciones a la relación establecida por Harrison entre campaniforme y metalurgia del cobre. En su opinión (*ibidem*, p. 68), «el elemento realmente importante en el movimiento del complejo campaniforme a través de Europa era la posesión de habilidades técnicas para explotar los minerales de cobre más complejos que son encontrados normalmente en el Oeste [...]. Esta era una de las características del complejo campaniforme que le diferenciaba de las culturas de la cerámica cordada».

De nuevo, los datos regionales le llevan a matizar. Así, por ejemplo, en Europa central «es con la aparición de la cerámica cordada, no de los campaniformes, cuando se puede ver una dislocación real de los patrones culturales más antiguos» (*ibidem*, p. 68). Además, «apenas un 5% de tumbas campaniformes en el Bajo Rin —u otros grupos campaniformes de la Provincia Occidental— tienen algún tipo de metal» (*ibidem*, p. 27). En la cuenca del Saale se da el caso de que sólo hay unos «pocos campaniformes encontrados con cobre», que son «normalmente de estilos tardíos» (*ibidem*, p. 40).

En realidad, esta limitada difusión de la metalurgia se ajusta mucho más a las tesis del autor sobre la significación social de esta actividad:

el varón llegó a ser más importante en la sociedad campaniforme que en las anteriores. Posiblemente eso se debe a una mayor importancia del trabajo del cobre entre los grupos campaniformes, y a un *monopolio masculino de los secretos* del comercio de la nueva tecnología. Después de todo, se sabe que la tradición del trabajo del cobre es una de las innovaciones llevada por el complejo campaniforme a la Provincia Occidental, de modo que *una concentración de habilidades en las manos de unos pocos hombres enterados* no sería improbable [*ibidem*, p. 41].

Se puede sostener una cierta relación entre campaniformes tardíos y metalurgia del cobre en Centroeuropa que llega a ser concluyente en las Islas Británicas —donde «la orfebrería y la metalurgia fueron nuevas introducciones [que] no pueden ser datadas antes de la fase media de la cultura campaniforme» (*ibidem*, p. 80)—. No es ése el

caso de la Provincia Campaniforme Meridional. En «la península Ibérica [...] la metalurgia del cobre estaba ya instalada en ciertas partes del oeste y del sur, hacia el 2500 a.C.» (*ibidem*, p. 110). Igualmente, en el Languedoc, «la metalurgia del cobre era ya conocida antes que los campaniformes aparecieran» (*ibidem*, p. 120). Pero si no cabe estimar determinante el papel jugado por estos últimos en la aparición de la metalurgia, tampoco aceptar la relación establecida entre ésta y los estilos cerámicos tardíos. En efecto, en Portugal se afirma expresamente que «al tiempo que la cerámica campaniforme [marítima] aparecen puñales de lengüeta y quizá botones» (*ibidem*, p. 129).

Hay que tener en cuenta, además, que mientras en el Languedoc la existencia de cobre nativo (*ibidem*, p. 118) podría apoyar la idea de que la metalurgia del complejo campaniforme tardío introduce mejoras tecnológicas, en Portugal, éstas aparecen ya con el campaniforme marítimo. Los puñales, punzones, hachas y puntas de Palmela que se le asocian son de cobre deliberadamente aleado con arsénico e, incluso, de bronce (*ibidem*, pp. 129-130).

La conclusión es clara: tampoco se puede establecer un modelo paneuropeo de las conexiones entre metalurgia del cobre y campaniformes tardíos.

Una vez expuestas las objeciones manifestadas, expresa o implícitamente por el propio Harrison, a su concepción globalizadora de un hecho arqueológico tan extendido espacial y temporalmente como el complejo campaniforme, estamos en condiciones de introducirnos en el problema de fondo del libro. Me parece que es el recurso a dos conceptos de cultura contradictorios entre sí: el histórico-cultural y el funcionalista. Es verdad que la descontextualización de elementos arqueológicos está presente en todas las versiones de «la cuestión campaniforme» con independencia de su orientación teórica. En apariencia, a la vista de las últimas propuestas al respecto de autores funcionalistas o de las relativas a la ideología (Shennan, 1982a), no habría muchas diferencias entre las que tienen como referente uno u otro concepto. Sin embargo, creo que pueden advertirse.

Según Harrison (1980, pp. 9-10), una «cultura arqueológica es un grupo especial de artefactos que aparecen juntos en un área limitada durante un cierto tiempo». Sin embargo, esas restricciones espaciales y temporales no actúan en el tema campaniforme: elementos aislados (cerámica, puñal, muñequera, etc.) hallados en toda Europa occidental y parte de la oriental, durante 500 u 800 años.

Los artefactos que constituyen la cultura representan ideas cuya

llegada lleva aparejada la sustitución de las normas culturales tradicionales por otras nuevas:

Es importante darse cuenta de que estamos tratando con el movimiento no sólo de objetos, muchos de los cuales eran hechos localmente, sino también de ideas [*ibidem*, p. 68].

La llegada de los materiales campaniformes tuvo un considerable impacto también en otros aspectos de la sociedad [...], hubo una modificación en la estructura de las aldeas, así como de las tumbas [...]. Esta transición de la colectividad del Neolítico final a la individualización de la Edad del Bronce Antiguo parece haber ocurrido bastante rápidamente, provocada por la llegada de nuevas ideas, así como de las baratijas que acompañaban a la cerámica campaniforme [*ibidem*, p. 58].

Todavía no está claro exactamente cómo los campaniformes contribuyeron a la aparición de las jefaturas de la Edad del Bronce Antiguo en Wessex y Bretaña [*ibidem*, p. 114].

La combinación de estas nuevas ideas llevó a cambios sociales que marcan una ruptura con los patrones neolíticos establecidos y que claramente anticipan las jefaturas de la Edad del Bronce Antigua que les suceden [*ibidem*, p. 114].

Los párrafos dedicados a exponer cómo la «moda» campaniforme se convierte en «cultura» (cf. *supra*) expresan, a su vez, ese carácter aditivo de la concepción cultural normativista. No sólo se hace referencia a la incorporación de rasgos de significación muy variada (puñal, botón, muñequera, caballo doméstico, etc.), sino también de procedencias muy diversas. «En otras palabras, no una, sino varias áreas parecen haber contribuido a la formación del grupo campaniforme» (*ibidem*, p. 15; también en p. 166).

Suponer que la incorporación de un vaso o un puñal de lengüeta provoca el tránsito del enterramiento colectivo al individual, por ejemplo, carece de sentido desde otros presupuestos. Recordemos cómo el propio Harrison (*ibidem*, p. 137) propone otras alternativas como su adición a los símbolos de rango que ya estaban en uso (*ibidem*, p. 120) en los ajuares de las tumbas colectivas portuguesas o bretonas (*ibidem*, pp. 110-120).

El hecho de que ese dato no implique una puesta en cuestión del supuesto inicial, sino solamente, la elaboración de otro nuevo de muestra, como en otras ocasiones⁹⁵, el peso de las hipótesis *ad hoc*

⁹⁵ Recordemos cómo se salvaban las «excepciones» temporales y espaciales a las

en su obra. Quizá uno de los casos más llamativos sea su interpretación del campaniforme marítimo en Portugal central. Como sabemos, el núcleo crucial de la tesis de Harrison (1977a) es el «modelo de la continuidad VNSP-campaniforme marítimo» destinado a demostrar, mediante un estudio detenido del registro arqueológico portugués, el origen de ese estilo cerámico en el estuario del Tajo. La consideración de la cultura de VNSP, en el libro que comento, como un centro secundario a partir de los datos que, previamente, habían servido para proponer dicho modelo, a mi juicio, lo invalida.

Otro aspecto definitorio de los presupuestos teórico-metodológicos del libro es la contradicción entre el tipo de problemas históricos que se dicen relevantes y la evidencia que se maneja. Así declara que, para hacer llegar su obra a los lectores que sienten curiosidad por el período campaniforme y «desean algo más satisfactorio que un largo catálogo de piezas bonitas», la línea argumental «tiene que ser la concentración de riqueza privada en las manos de poca gente, la ascensión de los jefes y consortes, y las conexiones entre cambio social e innovación tecnológica» (*idem*, 1980, p. 7).

Las «explicaciones funcionalistas que se ajustan bastante bien a esos modelos de cambio social» son, a su juicio, la de David Clarke (1976) y A. Gilman (1976) que valoran «el control e intercambio de productos de lujo [...] entre los estratos más ricos de la sociedad» y «la importancia del nuevo capital invertido en la agricultura», respectivamente (Harrison, 1980, p. 165).

El problema reside en que parece servirse de esos modelos estructurales como modelos de aplicación. Así, como se sabe, reconoce que la tesis propuesta por Shennan (1976, 1977) para Centroeuropa «es atractiva pero es necesaria alguna precaución», si el modelo se pretende extrapolar a otros territorios (Harrison, 1980, p. 69). Igualmente se advierte que los modelos funcionalistas «requieren tener alguna idea sobre los elementos básicos de la población local, como tamaño y estructura de la misma, su dieta, mortalidad y grupos de edad» (*ibidem*, p. 166) y «no tenemos todavía más que ideas muy confusas sobre el tamaño de la población o los patrones de subsistencia en la mayoría de la Edad del Cobre europea» (*ibidem*, p. 7). Sin embargo, la tesis de Shennan se generaliza a todo el continente durante casi un milenio.

tesis del carácter socio-económico del vaso campaniforme y elementos asociados o de la vinculación metalurgia del cobre-campaniforme, por ejemplo.

En la línea de ruptura con la concepción tradicional del tema, advierte que «la mayoría de los nuevos descubrimientos campaniformes que se han hecho [...] sirven para aumentar el corpus total de hallazgos sin extender mucho la calidad o amplitud de nuestro conocimiento» (*ibidem*, p. 15). Ahora bien, creo que la exposición previa puede haber dejado en claro cómo la evidencia crucial se ajusta a las coordenadas tipológicas y cronológicas de la «cuestión campaniforme». Son las dataciones radiocarbónicas y no esos datos relativos a los patrones de subsistencia y demográficos, básicos para las interpretaciones funcionalistas, las que configuran el tema.

La primacía que Harrison (1988, p. 478) concede hoy a la cronología relativa sobre la radiocarbónica supone un reconocimiento de los problemas de aplicación del «Modelo holandés» (véanse *supra*, pp. 309-310), escogido en esta obra (*idem*, 1980).

Pienso que los siguientes párrafos pueden sugerir qué habría en el fondo de la reivindicación funcionalista: «Hoy seguramente debe ser posible decir algo más interesante acerca de las sociedades europeas en el tercer milenio [que un catálogo de cerámica y objetos diversos], incluso si es muy difícil comprender qué significan realmente los cambios de moda en la cerámica y adornos prehistóricos» (*ibidem*, p. 15).

La opinión de que el campaniforme es un objeto de prestigio o prueba de un «cult package», quizá conectado con beber cerveza son, al menos, «explicaciones funcionales», aunque sean «difíciles de argumentar y más difíciles de probar» (*ibidem*, p. 71).

En definitiva, se adoptan las reconstrucciones funcionalistas del pasado, porque dan unas versiones «más al día» de los grupos campaniformes, que las antiguas ideas de jinetes, herreros, buhoneros o guerreros, aunque sean difíciles de comprender, argumentar y, más todavía, probar.

Esta posición que trivializa la trascendencia del marco teórico-metodológico en la investigación prehistórica, convirtiendo las diversas alternativas en modas modernas (Muñoz, 1982, p. 18; Molina, 1983, p. 90; Schubart y Arteaga, 1983a, p. 19) no es privativa del autor. Sin embargo, lo verdaderamente importante no es la explicación concreta —en este caso funcionalista— que se proponga, sino las potencialidades intrínsecas de las concepciones no idealistas de la cultura y el cambio cultural para la explicación del pasado, frente a las también intrínsecas incapacidades del normativismo para lograrla. Por otro lado, aquéllas favorecen el desarrollo de modelos estructurales

con líneas de investigación interdependientes que permiten un mayor control de las hipótesis por la evidencia empírica. Cuando, como en el caso que nos ocupa, se generalizan los resultados de una investigación que tiene su razón de ser en el estudio de unos procesos socio-económicos concretos, en un tiempo determinado, a grupos diversos extendidos por un amplio territorio, durante casi un milenio, se tergiversa totalmente el sentido de las interpretaciones materialistas. Estas resultan, entonces, «argumentos tan ambiguos y vagos» (Harrison, 1980, p. 71) como las tesis clásicas de los metalúrgicos braquicéfalos a caballo o los movimientos de flujos y reflujos, tan influyentes todavía en *The Beaker folk*.

III.3. *Las alternativas materialistas*

III.3.1. La irrigación y el policultivo mediterráneo, como factores de cambio de la organización social almeriense y argárica: el enfoque materialista histórico de A. Gilman

A. Gilman (1976, p. 317) defiende la tesis de que «las transformaciones de las culturas prehistóricas en el Sudeste de España [...] son el resultado dinámico de su desarrollo interno, siendo innecesario el recurso al estímulo de Oriente».

Desde una perspectiva materialista histórica ortodoxa centra su atención en las fuerzas productivas y, en concreto, en la intensificación agrícola (regadío, policultivo mediterráneo). Comparte con Chapman y Mathers la evaluación de las ventajas adaptativas de la irrigación en un medio árido como el Sudeste, pero difiere significativamente de ellos en lo que atañe al papel de la presión demográfica, la circunscripción de recursos o la función gerencial de las elites en la promoción de la complejidad social (Gilman y Thornes, 1985a, p. 186). A su juicio, la tecnología —entendida como variable independiente— es el factor fundamental. Por otro lado, su investigación de la variabilidad interna de la región destaca la aceleración del cambio socio-económico en las zonas más áridas, cuestión en la que coincide con Mathers.

Según Gilman (1976, p. 311), la principal dificultad para emprender un estudio de la economía del III al II milenio a. de C. en el Sudeste español reside en el arraigo del paradigma difusionista, que res-

ponsabiliza a los prehistoriadores de otras regiones de la explicación de la secuencia cultural, reduciendo la tarea de los peninsulares al hallazgo de artefactos con rasgos estilísticamente distintivos de las relaciones que se proponen. «Para probar tales proposiciones, la información económica era innecesaria» (*ibidem*). Se llega así a una situación paradójica. «Según los principios arqueológicos clásicos, se supone que se puede reconstruir mejor la tecnología económica de una sociedad extinta, que su ideología o su organización social» (*ibidem*, y p. 312). Sin embargo, en el caso del Sudeste, son los aspectos superestructurales (mundo funerario, «aristocracia dirigente y guerrera», cultos orientales, etc.), los que concitan todo el interés.

La información acumulada proporciona, a pesar de todo ello, «indicaciones razonablemente convincentes de que del 4000 al 1000 a.C. la sociedad del sudeste español se vuelve más militarista y estratificada» (*ibidem*, p. 312). Los cambios en las condiciones técnicas de producción a los que, según Gilman, cabe atribuir ese proceso son «el desarrollo de la metalurgia, de sistemas de irrigación y la introducción del cultivo de vid y olivo» (*ibidem*).

La metalurgia se desestima como factor crucial del incremento de la producción total, porque no se conocen útiles agrícolas de metal. El valor de los objetos de metal consiste «más en lo que representan que en lo que realizan» (*ibidem*). Por otro lado, «la producción no parece estar muy especializada» (*idem*, 1987a, p. 32). Hay restos de fundición «en casas ordinarias cuyos contenidos también reflejan producciones y actividades de carácter doméstico y agrícola». Esto es importante, ya que «la especialización a tiempo parcial no crea dependencia, que es la raíz del modelo de intercambio de mercancías» para la explicación de la complejidad social (*ibidem*). En consecuencia, esta actividad «pudo haber reforzado el poder de las elites ya existentes», pero no provocó su creación (*idem*, 1976, p. 313).

La irrigación y el policultivo mediterráneo, por el contrario, intervinieron decisivamente en el cambio social:

Ambas incrementan y estabilizan los rendimientos agrícolas, aumentando la capacidad productiva de los grupos que las adoptan [...]. El intento de acrecentar la seguridad de la producción [por parte de esos grupos] pudo haber provocado una inseguridad social mayor, la vulnerabilidad de esas comunidades a los ataques de sus enemigos y las insistencias de sus amigos. Los beneficios de una agricultura intensificada sólo se pueden disfrutar dentro de un nuevo marco de relaciones productivas. Es el logro de ese nuevo marco,

lo que está reflejado en la transición cultura almeriense-argárica [*ibidem*, p. 316].

Gilman (*ibidem*, p. 313) cree que las ventajas intrínsecas de la agricultura de regadío en las condiciones climáticas subdesérticas del Sudeste y la simplicidad de los dispositivos tecnológicos (terrazas en las ramblas, boqueras, etc.) con las que se pudo acometer (*ibidem*, p. 314), justifican por sí mismas su introducción:

Sea cual fuere el máximo nivel de población en los períodos finales de la Prehistoria, apenas pudo haber afectado de forma crítica la disponibilidad de recursos. La gran expansión del cultivo paleotécnico de todo tipo a lo largo del período histórico y hasta época reciente muestra claramente que, en las Edades del Cobre y del Bronce [cuando los niveles de población habrían sido menores], habría habido abundancia de tierra irrigable o de otro tipo [...] el desarrollo de desigualdades sociales y guerra tiene que conectarse con otros mecanismos causales distintos al hambre de tierra [Gilman y Thornes, 1985a, p. 187].

Siguiendo la sugerencia de Renfrew (1972) evalúa también las posibilidades del olivo y la vid de incrementar la producción agrícola. «No compiten con las cosechas de cereales preexistentes ni por el trabajo que requieren, ni por los lugares en que se plantan» (Gilman, 1976, p. 315). Son «los clásicos bienes adecuados para almacenamiento y venta» (*ibidem*). Además tienen otra utilidad incluso más importante que Renfrew no valoró: plantarlos representa una inversión muy significativa», ya que los rendimientos no se obtienen hasta tres (vid) o doce años (olivo) después, como mínimo (*ibidem*).

Así pues, «para que un contexto social permita la planificación transgeneracional requerida para el policultivo mediterráneo, la seguridad de las familias tiene que estar garantizada y tienen que contar con una producción que, en gran parte, exceda los valores de uso» (*ibidem*).

Como se recordará (pp. 209-211), Gilman sostiene que, a largo plazo, «el desarrollo de estos sistemas agrícolas de capitalización intensiva provocan la desaparición del mecanismo esencial de fisión del grupo por el cual el orden igualitario se mantenía como tal» (Gilman y Thornes, 1985a, p. 188). El carácter paulatino del proceso y los riesgos de saqueo, por parte de otros grupos, permiten combinar la idea de unas inversiones accesibles a la tecnología neolítica con la subordinación permanente de las comunidades a sus líderes (*ibidem*).

Frente al énfasis funcionalista en el papel jugado por las elites en el almacenamiento social (Halstead y O'Shea, 1982; Mathers, 1984a, b, por ejemplo), hace notar cómo su función de seguro contra todo riesgo no puede explicar la diferencia en el carácter del liderazgo durante el Calcolítico y la Edad del Bronce (Gilman y Thornes, 1985a, p. 187): «el incremento en la magnitud de las desigualdades, el cambio del enfoque ceremonial de lo comunitario a lo individual, o el incremento del militarismo [...]. Para comprender esos cambios es necesario considerar la función negativa de las elites, la explotación que subyace a cualquier desigualdad social importante» (*ibidem*).

Coherentemente con el abandono del «modelo de desarrollo adaptativo», entiende que «aunque bajo ciertas circunstancias el intercambio tenga una importancia indudable para la comprensión de las trayectorias políticas particulares de las elites [...], considerarlo fundamental en los contextos prehistóricos documentados en el Sureste parece una imposición algo anacrónica» (Gilman, 1987a, p. 33).

Aborda esta cuestión en un estudio comparativo del desarrollo de las culturas de Vilanova de San Pedro y Los Millares. Como se indicó anteriormente, Chapman (1982) había señalado los contrastes entre ellas pero ahora Gilman (1987b) profundiza en su explicación.

El marco de referencia de su exposición es la distinción, definida por Brumfiel y Earle (1987a), entre «dos estrategias financieras, en parte complementarias y en parte alternativas», para el engrandecimiento de las elites: «la obtención de bienes en especie y la distribución de la riqueza» (Gilman, 1987a, p. 22).

En el primer caso, el mecanismo consiste en «conseguir un excedente del campesinado, [lo que] inevitable e invariablemente implica algún grado de coerción». La expansión del sistema «es difícil porque una mayor coerción necesariamente es arriesgada y porque las medidas para incrementar la productividad implican rendimientos a largo plazo» (*ibidem*).

La segunda estrategia estriba en la conversión de un excedente en objetos valiosos por su elaboración artesana o la rareza de sus materiales. Aquí la expansión de la esfera de influencia de una elite puede ser rápida, «en la medida que pueda lograr una serie apropiada de intercambios». Sin embargo, es vulnerable a las modificaciones que se produzcan en los mismos (*ibidem*).

La agricultura de irrigación del Sudeste permitía una afianzamiento

to de las elites a partir de un sistema del primer tipo. En el marco de esa estrategia, la segunda «sería de importancia secundaria: los productos valiosos, obtenidos del exterior (marfil) o producidos localmente (metal), servirían para concentrar, almacenar y exhibir riqueza, pero no serían esenciales para su adquisición. Esto explicaría la participación relativamente pasiva de los centros millarenses en las redes a larga distancia de su época» (*ibidem*, p. 28), en comparación con la de los grupos de VNSP.

El autor reconoce la dificultad de averiguar el volumen relativo de importaciones de productos valiosos en ambas zonas, pero la evidencia disponible sugeriría que pueden haber llegado más allá que a Almería (*ibidem*, p. 26). Esa evidencia reside en el hallazgo de ámbar, marfil y calaíta. El primero y la última son exclusivo (véase *infra*, p. 436) y más abundante, respectivamente, en los contextos portugueses. Por otra parte, «la rareza de menas cupríferas en Portugal central en comparación con el Sureste español contrasta con la abundancia muy similar de objetos metálicos» calcolíticos en ambas zonas. Esto puede indicar que los centros VNSP «necesitaban importar algo de metal» (*ibidem*).

La importancia de los intercambios en estos centros se expresa igualmente en la amplia distribución de una producción tan típicamente portuguesa como el campaniforme marítimo. «No puede decirse que nada con impacto interregional comparable se halla originado en Los Millares» (*ibidem*, p. 27).

Finalmente, las condiciones ambientales favorables para la agricultura en Portugal central hacen pensar que no existían allí las mismas oportunidades de control de la población que en el Sureste (*ibidem*, p. 28).

El autor (*ibidem*) deduce de todo ello que las elites portuguesas «escogieron aumentar su poder mediante una estrategia de distribución de la riqueza. La combinación concreta de circunstancias que les llevaron a esta opción es difícil de especificar a partir de la evidencia disponible». Pero, a su juicio, «los objetivos de individuos emprendedores» pueden ser la respuesta (*ibidem*).

La ausencia de una Edad del Bronce bien identificable a lo largo del Tajo en el II milenio a. de C. se conecta con el cambio de moda expresado en la desaparición de los campaniformes marítimos y con «la vulnerabilidad a la sustitución de importaciones», intrínseca a la estrategia de distribución de riqueza (*ibidem*, y p. 29).

En definitiva, Gilman contrapone la importancia del marco social

en la interpretación de la cultura de VNSP con la determinación más económica de la correspondiente a la de Los Millares ⁹⁶.

En otro orden de cosas, tal como interpreta la dinámica histórica del Sudeste, quedan confirmadas las implicaciones contrastadoras de su teoría sobre el origen de la estratificación social en la Edad del Bronce europea (*idem*, 1981, p. 7). La introducción de la intensificación agrícola precede al desarrollo de la complejidad y esa intensificación es más acentuada en las zonas áridas del Sudeste donde era particularmente necesaria o ventajosa.

Las observaciones finales están destinadas a comentar la posición del autor en relación con la reproducción social. Desde luego, no constituye el núcleo de su obra. A diferencia de otros prehistoriadores (Shennan, 1982a, por ejemplo) se interesa más por el nexo entre los cambios en las condiciones técnicas de producción y en las relaciones sociales de producción (Gilman, 1976, pp. 312 y 314) que por el funcionamiento de estas últimas. Ello no significa, como quiere Shennan (1987, p. 370) (p. 211) que las excluya por completo de su investigación sino, simplemente, que las aborda desde una perspectiva marxista clásica. Su posición queda clara desde el primer artículo como se verá en la exposición que sigue.

La solidaridad grupal requerida para la colonización agrícola de Almería en el IV milenio a. de C. se expresa enterrando a los muertos «en tumbas colectivas con un ritual no elaborado y ajueres utilitarios» (Gilman, 1976, pp. 316-317). «La intensificación [en términos comparativos] de los ritos funerarios colectivos del Calcolítico pretende mediatizar la incipiente diferenciación social del III milenio» (*idem*, 1987b, p. 29, nota). Esta última queda reflejada «en la manufactura de ajueres utilitarios y rituales de materiales valiosos (cobre, marfil) en lugar de los de piedra y hueso» previos (*ibidem*), en el engrandecimiento de las tumbas y en las diferencias de riqueza que contienen (*idem*, 1976, p. 317). En «época argárica las contradicciones se resolvieron por sí solas [...]. La elite de guerreros se entierra ahora en sus ciudadelas con sus efectos personales» (*ibidem*).

⁹⁶ El doctor Gilman tuvo la amabilidad de precisarme sus puntos de vista sobre el tema.

III.3.2. Un modelo materialista-dialéctico para el estudio de la cultura de El Argar: V. Lull

La publicación de la tesis doctoral de V. Lull (1983) es uno de los acontecimientos más significativos ocurridos en torno a la Prehistoria española en los últimos años. Por primera vez, un prehistoriador no encuadrado en un departamento universitario de Antropología y Etnología Americanas (pp. 74-76) creía «prioritario establecer el papel de la arqueología dentro de las ciencias llamadas sociales», introduciendo cuestiones de «ciencia» y «método» (*ibidem*, pp. 15-21).

El estudio de la cultura de El Argar se afronta, como en el caso de A. Gilman, desde «las coordenadas teóricas del materialismo histórico» (*ibidem*, p. 21), pero, ahora, de modo global. Se consideran todas las fases del proceso de investigación desde la elaboración de una tipología, el análisis pormenorizado de yacimientos y propuesta de una periodización. Esta tiene en cuenta tanto los rasgos tecnotipológicos tradicionales como los aspectos económicos, sociales e ideológicos.

Esta obra afecta directamente al tema del libro en varios sentidos. Como sabemos, cualquier trabajo dedicado a la cultura de El Argar influye en los estudios sobre la Edad del Bronce peninsular en su conjunto. Este, en concreto, se ha convertido en una referencia inevitable para la investigación sobre la materia (Molina, 1983, p. 90; Martínez Padilla, 1986, p. 310; Schubart y Arteaga, 1986, p. 290; Gilman, 1987a). Además es una síntesis que está alcanzando una gran difusión universitaria por el atractivo que supone la novedad de su enfoque en el panorama académico y la incorporación de procedimientos estadísticos y de datos ambientales en la línea de la «ciencia en Arqueología». Por otro lado, afronta cuestiones teórico-metodológicas que trascienden, con mucho, la problemática específica de la cultura argárica incidiendo en la propia conceptualización de la disciplina. Finalmente, permite abordar un tema trascendente: las relaciones teoría-práctica en la Prehistoria y, en último término, la compatibilidad entre los distintos modelos posibles de la misma. En efecto, Lull busca indagar los procesos socio-económicos implicados en la dinámica de la formación social argárica a partir de un registro arqueológico generalmente «abierto» y configurado a tenor de las preocupaciones normativas que sabemos.

Sirva todo ello de justificación para el detenido comentario que dedico a este importante libro.

III.3.2.1. *Objeciones de V. Lull a los procedimientos estadísticos y tipológicos clásicos y propuesta alternativa*

La introducción de los procedimientos estadísticos en el estudio de la cultura argárica, iniciada por B. Blance (1971) y proseguida por H. Schubart (1975) y M.^a L. Ruiz Gálvez (1977) tuvo por objeto «aclarar los límites cronológicos de El Argar» (Lull, 1983, p. 146). Las dificultades para lograrlo residen, según Lull, en tres factores: las deficiencias de las tipologías al uso, la inadecuada utilización de la estadística y, por último, la existencia de variables socio-culturales no directamente relacionadas con la cronología, que no eran tenidas en cuenta.

V. Lull (*ibidem*, p. 15) llama la atención sobre la carencia de una «tipología empírica tabulada y desarrollada para todo el material». Desde la investigación llevada a cabo por los Siret, aquélla se define por su carácter restrictivo —únicamente cerámica u objetos metálicos de la necrópolis del poblado epónimo (*ibidem*, p. 52)— y por su escasa estructuración tipológica. Los defectos más generalizados, constatados por el autor, son la falta de explicitación de los criterios morfológicos, técnicos, métricos y ornamentales, empleados en las diferentes sistematizaciones, así como de una clara jerarquización de los mismos. Ello lleva, por ejemplo, a la modificación de los criterios que guían la creación de subtipos por parte de un mismo autor (*ibidem*, p. 54).

La objeción fundamental que cabe hacer a las aplicaciones estadísticas de B. Blance (1971), H. Schubart (1975) o M.^a L. Ruiz Gálvez (1977) reside en que no se consideraron «el número de presencias del tipo, número de enterramientos en general y la frecuencia de la presencia del tipo relacionado con cada sistema de enterramiento» (Lull, 1983, p. 150).

Por el contrario, se fijan «las asociaciones entre “items” y “forma de enterramiento” [...], sacando el tanto por ciento sobre el total del número de presencias del ítem y no sobre el total de posibilidades de presencia de él en una y otra forma de enterramiento [lo que] no es válido estadísticamente» (*ibidem*, p. 153)⁹⁷.

En cuanto a la posibilidad de que las conclusiones de los estudios citados posean «valores cronológicos por sí mismos», Lull (*ibidem*,

⁹⁷ M.^a L. Ruiz Gálvez (Leira y Ruiz Gálvez, 1984, p. 57, n. 1) ha hecho patente

p. 151) advierte que las «distintas presencias se podrían explicar por causas culturales e ideológicas, concretamente por especificidad y diversidad de ritual funerario». Para poder afirmar que son también cronológicas «habría que establecer la estadística entre todos los materiales y contrastarla con los tests de significación».

Por último, hace una serie de observaciones relativas, por un lado, a la posibilidad de generalización de los resultados obtenidos en la necrópolis epónima a otros sitios argáricos y, por otro, a las interpretaciones culturales a las que han dado lugar, que me parecen asimismo del mayor interés.

Según Lull (*ibidem*, p. 255), conviene evitar, en general, la práctica consolidada de hacer depender toda la lectura cronológica de la cultura argárica de dicha necrópolis. Ello «puede llevar a grandes contradicciones [...]. Cada asentamiento puede presentar una dinámica diferenciada y sólo una visión global, basada en estudios individualizados para cada uno, puede servir para elaborar un panorama general sobre el comportamiento cultural» (*ibidem*).

En concreto, señala las diferencias en las pautas de fabricación de la cerámica doméstica y funeraria (*ibidem*, p. 153)⁹⁸.

Finalmente, la cronología clásica plantea problemas insolubles de interpretación cultural. En efecto, resulta

difícil de mantener que, si el apogeo de las urnas se producía a consecuencia de otra tradición cultural [...] procedente del Egeo [como admitía Blance y, con ella, la mayor parte de la investigación,] elementos de la superestructura como los «Jefes» se enterraran precisamente bajo el ritual autóctono tradicional [de las cistas] (*ibidem*, p. 264), mientras que la base popular adquiriría el sistema de enterramiento intrusivo (urna) (*ibidem*, p. 449).

Esto sólo podía explicarse si se trataba de la misma gente en un proceso de desarrollo evolutivo que hizo cambiar sin rupturas los sistemas rituales como también hizo evolucionar el sistema económico a la luz del desarrollo de los medios de producción [*ibidem*, p. 264].

Estos comentarios suponen la primera crítica global a los procedimientos clásicos de estudio de la cultura argárica. Previamente, en

su «total acuerdo con la crítica que del método estadístico empleado [...] en [su] estudio [...] hace el doctor Lull en su libro». La declaración expresa una comprensión de lo que significa el debate científico poco frecuente entre nosotros.

⁹⁸ Otros autores (Schubart, 1975, p. 89; Schubart y Arteaga, 1983c, p. 58) hacían observaciones similares, pero sin correlato en la práctica (p. 357).

el mejor de los casos, como en la síntesis de Coles y Harding (1979, pp. 222-223) sobre la Edad del Bronce europea, se advertía del carácter inadecuado de la periodización en dos fases de El Argar. Sin embargo, no se profundizaba en la crítica a sus fundamentos —lo cual era de esperar dado el carácter de la obra—, pero desalentadoramente se concluía que era aceptable la aparente mayor antigüedad del conjunto material del Argar A respecto al del Argar B.

V. Lull (1983, pp. 57-61) se propone la reestructuración de la investigación sobre el tema mediante diversas líneas de trabajo simultáneas. En el caso de la cerámica refina la tipología tradicional. Al tiempo estudia por separado

los tres subconjuntos cerámicos que generalmente se establecen de poblado, de ajuar sepulcral y urnas de enterramiento, para ver de analizar la dinámica interna de cada grupo, comprobar si existen o no diferencias en las tendencias de fabricación, constatar o no la doble o incluso triple función de los ejemplares, averiguar si cada conjunto exigía unas necesidades morfométricas o no, descubrir si algún subconjunto presentaba normalizaciones restringidas, distribución macros espacial, etc. [*ibidem*, p. 58].

Los cuchillos, puñales, espadas (*ibidem*, pp. 158-175) y alabardas (*ibidem*, pp. 192-200), en cambio, son reclasificados.

El perfeccionamiento de la tipología cerámica consiste en «someter a estadística tipos reconocidos por otros especialistas» con dos objetivos muy concretos: comprobar si «el ordenamiento morfológico» se ajusta a la realidad y «si son empíricamente demostrables las inferencias cronológicas» a las que ha dado lugar (*ibidem*, pp. 51-52). Para ello emplea tests de significación diferentes dependiendo del número de efectivos del conjunto analizado tanto en el estudio estadístico de la variabilidad morfométrica como en la verificación de las «hipótesis de asociación (de una forma a un conjunto, de un tipo a una forma, de una asociación en tumba a una asociación en tumba, etc.)» (*ibidem*, pp. 59-61)⁹⁹.

El hecho de que no estime necesaria una ordenación regional de los materiales, opino, refleja un importante grado de incoherencia en el planteamiento de su investigación. En efecto, Lull (*ibidem*, p. 24)

⁹⁹ Rectifico aquí mis opiniones anteriores (Martínez Navarrete, 1988a, p. 538), expresión de mi escasa preparación para introducirme en temas estadísticos. Agradezco al doctor Lull haberme hecho reparar en que la solución al problema del diferente tamaño de los conjuntos (once ejemplares de la forma 4 frente a ciento cuarenta y cua-

sostiene que no va «en principio a ampliar, gracias a los nuevos descubrimientos, los límites» de la cultura de El Argar que Tarradell estableció, pues su

intención no consiste sólo en detectar la posible expansión argárica, sino reconocerla y explicarla como argárica, al igual que tabular los diversos argarismos del «área cultural» [...]. No consideramos oportuno fijar límites geográficos definitivos hasta que no tabulemos [...] todos los elementos que relacionan medio y formación económico social. [Sólo así] podremos averiguar la existencia de un territorio cultural común producto de cierta organización social homogénea de las comunidades o, por el contrario, la presencia de distintos territorios si se presentan asociaciones de segmentos culturales con diversas características de ocupación, producción y reproducción.

Pienso que, para averiguar si los límites clásicos de El Argar corresponden a un «territorio cultural común», el estudio regional de los materiales es un instrumento de análisis relevante. Como no se contempla este objetivo en la reestructuración tipológica, ni se amplía la documentación con los nuevos descubrimientos se está entendiendo *de facto* que aquellas fronteras son las definitivas. En consecuencia, el propio autor restringe su tesis a una actualización de los aspectos clasificatorios y cronológicos de la versión arqueológica tradicional de la cultura argárica sin llegar a ponerla en cuestión.

Por otro lado, el material arqueológico sobre el que reposa la mayor parte del estudio es la cerámica. La muestra manejada consta de 670 vasos, de los cuales el 67,9% provienen de necrópolis y el 31,2% de poblados (*ibidem*, p. 56), cuya distribución por yacimientos o subáreas geográficas no se facilita.

La situación heredada explica el peso de los objetos funerarios y condiciona la posibilidad de una lectura histórica exenta de las críticas que el propio Lull (*ibidem*, p. 52) dirigía a los estudios clásicos de la cultura.

tro de la 5, por ejemplo) se explicaba con toda claridad en el capítulo correspondiente de su libro.

III.3.2.2. *La estructuración cronológica de la cultura de El Argar: bases para la rectificación*

V. Lull efectúa un estudio pormenorizado de los distintos artefactos argáricos con objeto de matizar en qué medida cada uno de los *items*, propuestos por las tesis clásicas, era exclusivo o preferente en cada fase (A, B) de la cultura. Posteriormente los contrasta con los hallazgos de cinco poblados argáricos con dataciones de C-14: Orce, Monachil, Purullena, el Picacho (Oria), Cabezo Negro (Lorca) para demostrar que las inferencias cronológicas clásicas

no son del todo correctas y exponer que lo que está deteriorado es toda la comprensión general de nuestra cultura [...] la causa de ello no es la falta de visión sistemática de estudios de las estratigrafías [...], sino la plataforma de hipótesis de las que se ha partido para comprender la sucesión cronológica.

La idea de que tenía que haber un Argar B y un Argar A con los *items* propuestos sólo ha servido para enturbiar los trabajos, por otra parte excelentes, de todos estos investigadores (*ibidem*, p. 223).

[Según Lull (*ibidem*, p. 256)], el desajuste de la tesis de Blance con la base empírica es producto de una tipología subjetiva [...] que [...] parte de los tipos con los que la autora clasificó los puñales [de la necrópolis de El Argar].

Para apoyar su crítica a esta investigadora, Lull (*ibidem*, pp. 256-257) recuerda que en su «análisis tipológico, los cuchillos-puñales en general no se pueden diferenciar morfométricamente, porque presentan toda una seriación continua de medidas absolutas y de índices de relación»¹⁰⁰.

Por su parte, propone una nueva ordenación cronológica de los

¹⁰⁰ Tal declaración contrasta notablemente con la que ofrece en dicho capítulo (Lull, 1983, p. 167; también en p. 168): «Morfométricamente existen diferencias entre los puñales y los cuchillos.» Estas diferencias no afectan a la forma de la base, ni al número de remaches (*ibidem*, p. 163), pero sí a la longitud y anchura de las piezas: «los puñales son más anchos y cortos que los cuchillos y siempre la relación de longitud está condicionada por el número de remaches» (*ibidem*, p. 167). «Los cuchillos son más largos y estrechos que los puñales y están normalizados» (*ibidem*, p. 162). En su caso, «el número de remaches [...] no depende estrictamente del tamaño» (*ibidem*, p. 167). No comprendo por qué el autor prescinde de estos datos a la hora de estudiar los ajuares funerarios, máxime cuando el hecho de que señale una «tendencia homogénea para la fabricación de los cuchillos y muy heterogénea (que podríamos leer "personal") para la confección de los puñales» (*ibidem*, p. 165) permitiría distinguir pautas en relación con el ritual funerario.

De hecho, al estudiar las diademas (*ibidem*, p. 207), Lull afirma que «los cuchillos se asocian a mujeres de la misma manera que los puñales se asocian a hombres».

cuchillos-puñales de la necrópolis epónima. Su examen es de enorme trascendencia para comprender la fundamentación cronológica de la cultura de El Argar que subyace en su tesis por tres razones: como en el caso del trabajo de Blance (1971), todo el desarrollo temporal de la necrópolis clásica se ha establecido a partir de esas piezas (Lull, 1983, p. 265). En segundo lugar, dicha necrópolis es el único sitio de la cultura en el que están representadas todas sus fases y, por último, el Sudeste es la única región que dispone de una secuencia (*ibidem*, p. 455).

Esa excesiva dependencia de toda la lectura cronológica de la cultura de El Argar del yacimiento epónimo era uno de los argumentos, empleados por Lull, en su crítica a las tesis clásicas. El mismo (*ibidem*, p. 255) hacía notar los peligros de hacerla extensible a otros sitios, indicando la conveniencia de basar la visión global de la cultura en estudios individualizados de cada uno de ellos (*cf. supra*). Sin embargo, en la sistematización de los asentamientos en las cuencas bajas del Almanzora, Jauro, Antas y Aguas: «Para evitar errores de sucesión histórica y de procesos culturales [establece] paralelos cronológicos en el sentido de presencia o ausencia, comparativamente en todos los asentamientos y necrópolis entre los diferentes *items* de El Argar. Para ello [utiliza] los tipos aislados y analizados en [su] estudio estadístico» (*ibidem*, p. 234).

Ese procedimiento de datación no parece tampoco compatible con la tesis, sostenida por Lull en todo el capítulo II, de que no son los tipos aislados, sino sus asociaciones, las que pueden resultar cronológicamente significativas.

Vemos ahora cuáles son las bases, a partir de las cuales se ha efectuado la ordenación cronológica de los cuchillos-puñales. Lull (*ibidem*, p. 257) «parte no del tipo de enterramiento en que aparece el útil, como propuso Blance, sino de la aproximación o alejamiento entre ellos. Así, partiendo de los pequeños puñales de 2, 3, 4, 5 remaches se observa en los gráficos respectivos (núms. 90, 91 y 92) una seriación evolutiva que ilustra por otra parte afinidades y distancias entre las piezas».

El problema fundamental es cómo reconocer los «pequeños» puñales y cómo establecer «la aproximación o alejamiento entre ellos», si los cuchillos-puñales no se pueden diferenciar morfométricamente, como se objetaba a Blance¹⁰¹.

¹⁰¹ Véase nota 100.

La hipótesis cronológica, que está en la base del establecimiento de la aproximación o alejamiento entre los diferentes cuchillos-puñales, es formulada por Lull como sigue:

los productos metalúrgicos de los orígenes de El Argar deben estar necesariamente menos adaptados a una función y por lo tanto están menos condicionados que los productos del momento de apogeo. No sólo es una gradación de lo simple a lo complejo, sino que aquí interviene el factor de desarrollo tecnológico (hábito en el proceso de trabajo y ahorro de materia prima) [...] de hojas anchas se pasa a hojas estrechas para igual función de cortar o clavar y [...] de bases anchas se pasa a bases estrechas para asegurar el emangamiento sin tanto gasto de materia prima [*ibidem*, p. 257].

Es decir, el autor en vez de hacer un análisis directo del material recurre a premisas económicas dudosas (Martínez Navarrete, 1988, pp. 539-541), ya que en el estudio morfométrico no se plantea tal evolución. El parámetro «anchura» (no se especifica si máxima de la hoja o de la base) (Lull, 1983, p. 162) se contempla dentro de los dos grupos funcionales diferenciados, en principio, por la forma general de los filos (convergente= puñal; paralelo=cuchillo) y, después, estadísticamente¹⁰². El comportamiento de la anchura en relación con la longitud y el número de remaches permite afirmar que «los cuchillos pueden ser anchos o estrechos indistintamente o largos y cortos, para lo cual no importa el número de remaches», mientras que en los puñales (salvo los de menos de tres remaches) «a mayor longitud o anchura, mayor número de remaches» (*ibidem*, p. 167). A nivel de subtipos se observa en ambos casos «una tendencia a hacer [...] cuchillos y puñales con base redondeada y tres remaches» y otros «con base de doble ángulo y dos remaches» (*ibidem*, p. 168). Nada, pues, en relación con un estrechamiento de hojas y bases. Si Lull ha realizado un estudio morfométrico en ese sentido, no lo ha incluido en su libro.

El procedimiento que apunta Lull para el contraste arqueológico de su hipótesis adaptativo-cronológica no acaba de resultar concluyente: «sólo se puede efectuar tras un análisis de la asociación de cada cuchillo-puñal a otros *items* en un mismo tipo de ajuar cerrado. La hipótesis ha quedado confirmada en cuanto a que las asociaciones de los puñales-cuchillos más próximos morfométricamente aparecen en los conjuntos de ajuares también más próximos» (*ibidem*, p. 257).

Pienso, por el contrario, que, sin un referente estratigráfico o de

¹⁰² Véase nota 100.

datación absoluta, un depósito cerrado puede fijar la sincronía de los elementos que lo integran, pero no la posición cronológica del mismo con respecto a otras asociaciones. Además, como el propio autor hace notar en su crítica a las tesis clásicas, «las distintas presencias se podrían explicar por causas culturales o ideológicas» y no sólo cronológicas (*ibidem*, p. 151). Por otro lado, en «los gráficos genealógicos espiriformes de desarrollo (núms. 90 y 91) de los cuchillos-puñales de 2 y 3 remaches» (*ibidem*, p. 257) no he encontrado una explicación de los criterios seguidos en la evaluación de la proximidad morfométrica (¿número de remaches, anchura, longitud, índices?) y de los ajuares (¿cuantitativos?, ¿cualitativos?).

A partir de esos presupuestos, el autor efectúa una lectura diacrónica de la cultura de El Argar, cuyo énfasis varía de modo sustancial, según se refiera a todo el Sudeste o sólo al yacimiento epónimo. En el primer caso, se insiste fundamentalmente en los aspectos sociológicos, mientras en el segundo la información relativa a la evolución social se ve acompañada de una detallada exposición tipológica.

Voy a intentar poner de relieve dos aspectos. En primer lugar, cómo, a pesar de las alusiones a otros sitios, sigue siendo El Argar el yacimiento crucial para la comprensión de la cultura. En segundo lugar, cómo el reducido número de referencias estratigráficas y de fechas absolutas lleva al autor a establecer la cronología a partir de las mismas ideas respecto a la antigüedad relativa de ciertas asociaciones tipológicas que criticaba a los investigadores que le precedieron (*ibidem*, pp. 222-223). No se discute aquí la verosimilitud de las mismas sino su grado de contraste empírico.

El autor (*ibidem*, p. 263) no recoge ninguna fecha para la fase inicial del Sudeste, ni emplea como posible referencia la datación de Orce atribuida al Argar A (1785 a.C.) (*ibidem*, p. 221). Propone una para la fase intermedia (Herrerías, 1720 a.C.) (*ibidem*, p. 263) y tres para el momento pleno (El Picacho, 1440 a.C.; Cabeza Negro, 1580 a.C.), una de ellas obtenida fuera del área clásica (Cuesta del Negro, 1645 a.C.). No se tiene en cuenta, en cambio, la otra fecha granadina disponible (Cerro de la Encina, 1675 a.C. Argar B antiguo) (*ibidem*, pp. 221-222).

El «momento de cambio eneolítico-bronze pleno» sólo estaría documentado por «la fase antigua de Fuente Vermeja y la única fase de Lugarico Viejo» (*ibidem*, p. 263).

Estas adscripciones cronológicas deben matizarse. Lull (*ibidem*, p. 252) señala respecto a Fuente Vermeja que los Siret «determinaron

dos estratos en una de las habitaciones (Siret y Siret, 1890, p. 91), hecho que recoge Arribas (1968, p. 37) para inferir dos fases de habitación sucesivas [...], para Bosch Gimpera (1975, p. 394) representa la fase de transición pre o protoargárica», sugerencia que Lull estima interesante. Por su parte, cree que la localización de las sepulturas «fuera de las unidades de habitación [...] podría interpretarse como arcaico en el sureste si seguimos las inferencias cronológicas del material de Lugarico Viejo» (Lull, 1983, p. 252) (*cf. infra*). Además «las construcciones de la ladera W podrían ser más antiguas que las de la ladera E» (*ibidem*).

Como las apreciaciones sobre la existencia de dos fases no han podido acompañarse de un estudio diferenciado del material no son contrastables y, por tanto, son irrelevantes para la cronología.

En cuanto a la idea de que Lugarico Viejo representa una única fase de ocupación y, además, antigua «se excavó únicamente *una casa* [...] y [...] *el inicio de otra*» (*ibidem*, p. 247). Si a la reducida superficie excavada se añade la falta de referencias estratigráficas de los Siret y la ausencia de localización precisa de los materiales, queda en evidencia la falta de elementos objetivos para su asignación a una fase argárica determinada. De hecho, para otros autores, podría clasificarse en el «Bronce tardío», por lo que el propio Lull reconoce que es «difícil su filiación», aunque «debido a las características del *poblado* [se inclina] por una fecha antigua, es decir, preargárico o argárico inicial» (*ibidem*, pp. 248-249).

La exposición de la secuencia de la necrópolis de El Argar no resulta del todo clara. La primera fase corresponde a la de «formación» de la cultura (1900-1800 a.C.) en la que se incluyen, entre otros, los dos yacimientos citados (*ibidem*, pp. 450 y 455).

Tipológicamente se define por puñales «muy cortos» («como máximo alcanzan 10 cm») de 2 y 3 remaches o «grandes puñales del grupo intermedio con 2» y «5 remaches que serían armas de igual importancia a las alabardas en esta fase» (*ibidem*, p. 265), «aunque no falten los de cinco remaches mayores de 11 cm y los de dos con filos cóncavos y muy largos» (*ibidem*, p. 257)¹⁰³. Junto a ellos aparecen punzones y cerámicas, en las que domina la forma 5. Los ajuares comprenden en un principio:

¹⁰³ La ambigüedad en los criterios de clasificación de estas piezas se comenta en extenso en Martínez Navarrete (1988a, p. 783, n. 171) y en la nota 100.

puñal, punzón, asociación de ambos, con o sin cerámica y para la cerámica, el dominio de la forma 5 y la asociación 5-5. En un momento posterior evolutivo pero no por ello posterior cronológicamente aparece la asociación cerámica 5-8. Los ajuares también presentan en ocasiones alabardas (tipos II y III) y brazaletes que en esta primera fase son símbolos sociotécnicos indicativos [*ibidem*, p. 257].

Las primeras se asocian de manera característica con los puñales. En cuanto a los sistemas de enterramiento predominan «las fosas, simples hoyos excavados en los márgenes fuera del perímetro del asentamiento», aunque «tampoco faltan las cistas». Estos son los procedimientos de inhumación mayoritarios (*ibidem*, p. 265). Sin embargo «no faltan las urnas con ajuar [...] a las que habría que añadir otras infantiles sin ajuar, pues los niños no suelen aparecer en cista, ni en fosa, en este yacimiento» (*ibidem*, p. 263 y también en p. 257).

Esos enterramientos infantiles plantean una cuestión metodológica muy interesante. El único criterio para asignarlos a esta fase es la hipótesis de la progresiva diferenciación social de la población argárica que alcanza su culmen con la aparición de tumbas infantiles con ricos ajuares en el momento de apogeo. Pero precisamente esa hipótesis, en ausencia de elementos de contraste estratigráficos o de cronología absoluta, da lugar a problemas insolubles para la datación concreta de tumbas individuales. De hecho, el autor (*ibidem*, p. 263) señala que en la «fase intermedia» «no deben faltar nuevamente las [urnas] infantiles sin ajuar» o en la «fase de apogeo» las de individuos no especificados (*ibidem*, p. 264).

La lectura socio-económica que se propone para esta primera fase es la siguiente. La población corresponde a «una reducida comunidad autosuficiente de campesinos similar» a la de Lugarico Viejo y Fuente Vermeja, cuya «actividad económica se complementaría con una incipiente metalurgia. Los ajuares sepulcrales serían comunes, es decir, implicarían una sociedad sin diferencias económicas» (*ibidem*, p. 265).

Ello no impide que existan ciertas desigualdades, «sobre todo la presencia de alabardas y puñales largos [del] grupo intermedio parecen indicar los orígenes de *status* diferenciado para ciertos hombres de la comunidad. Las mujeres con ajuar de puñal-punzón y cerámica (asociación de dos vasijas) muestran, por el contrario, una gran uniformidad» (*ibidem*, p. 263).

La segunda fase del asentamiento de El Argar o «fase intermedia»

(1750 a 1650 a.C.) «sería el inicio del apogeo» (*ibidem*, p. 263). «En los ajuares aparecen pendientes y anillos de metal y se presentan asociaciones cerámicas» (*ibidem*, p. 267) y «alabardas de tipo II/I» (*ibidem*, p. 263). «Aquí [se situaría] el predominio de las cistas sobre las urnas y fosas» (*ibidem*, p. 267). Las primeras empiezan «a contener ajuares diversificados. Las urnas comienzan a generalizarse y destacan sobre todo las de ajuares normalizados, como en las cistas y no deben faltar nuevamente las infantiles sin ajuar» (*ibidem*, p. 263).

Como puede verse, en esta fase no se especifican las asociaciones que componen los ajuares con el detalle que en la anterior. Hay un cierto confucionismo respecto al carácter diversificado o normalizado de los ajuares de las cistas. En consecuencia, no hay criterios para emplear la caracterización como hipótesis de partida para el estudio de otros yacimientos o de otras fases en el mismo Argar.

El «desarrollo metalúrgico incipiente potenciará la integración demográfica de la cuenca del Antas en El Argar: Lugarico Viejo se abandona y sólo sobrevive una población residual en Fuente Vermeja» (*ibidem*, pp. 265 y 267) (*cf. supra*).

La tercera fase representa el apogeo. «Cronológicamente habría que llevarla hasta el 1400 a.C.» o, en todo caso, no «más allá del 1300 a.C.» (*ibidem*, p. 264).

En los ajuares se observa una moda de puñales de 2 a 3 remaches, estrechos y largos (entre 10 y 20 cm), la probable sustitución de la alabarda por el hacha y la asociación cerámica 4-8, sobre todo en tumbas femeninas, el gusto por el collar con cuentas de hilos de cobre y plata y una relativa abundancia de adornos de metal. En este asentamiento es más que probable que el hacha sustituya a la alabarda en el ritual sepulcral lo que coincide con el desarrollo del enterramiento en urnas [*ibidem*, p. 267].

Junto a ese sistema, «las cistas no faltan». En este momento hay «enterramientos infantiles con ajuar que, aunque escasos, destacan por la presencia de la plata en algunas ocasiones».

El autor (*ibidem*, p. 264) reconoce tres rangos sociales, a partir de la «diferencia estimativa de riqueza entre las urnas» que, de mayor a menor, son las siguientes: «urnas muy ricas con diadema y espada», «urnas con hachas y puñal» y urnas con «sólo punzón, cuchillo, algunos adornos, sola cerámica o sin ajuar»¹⁰⁴.

¹⁰⁴ A los problemas de adscripción de un enterramiento sin ajuar a una fase cualquiera se añaden los derivados de la incompleta caracterización tipológica de cuchillos

Según la interpretación de la evolución socio-económica de Lull (*ibidem*, p. 267), las fases representarían el paso de una «comunidad autosuficiente, con miembros diferenciados por prestigio» a otra, «formada por miembros con funciones sociales adquiridas (ajuares con asociaciones diferentes)». Los ricos ajuares del momento final «denotan la existencia de un sector de la población que, si bien no se apropia del trabajo del resto [...] (estas tumbas no se asocian a unidades de habitación importantes), sí se distinguen espacialmente de sepulturas más pobres». Ello sugeriría que «controlan de alguna manera los recursos económicos de la comunidad» (*ibidem*, p. 268).

La argumentación se fundamenta en «la planta de quince unidades de habitación independientes [...] con localización de tumbas en cada una» (*ibidem*, p. 264). Tras el análisis de sus ajuares concluye que «todas estas estructuras pertenecen al momento de apogeo» y que «cada unidad de habitación registra un lote de sepulturas con ajuares próximos y de riqueza estimativamente similar. Sólo dos unidades destacan por el gran número de enterramientos y una riqueza apreciablemente superior» (*ibidem*).

En realidad, esas afirmaciones requieren cierta matización ¹⁰⁵. No se indican los criterios de individualización de las unidades de habitación. En la figura 5b (*ibidem*, p. 266), al menos seis no ofrecen un espacio bien delimitado. Además, la cronología es más amplia. Según el propio Lull (*ibidem*, p. 265): «El grupo formado por las habitaciones 12 y 15 registraría dos momentos, el de apogeo y justo el anterior o fase intermedia». En tercer lugar, aun suponiendo que las unidades de habitación fueran efectivamente independientes y las tumbas que contienen coetáneas, desconocemos el contenido de las sepulturas halladas en las habitaciones más próximas a las que se están analizando. En consecuencia, los medios para estimar la riqueza comparativa de los ajuares de tumbas efectuadas en distintas estancias son restringidos. Así, por ejemplo, del conjunto formado por las habitaciones 1 a 5 sólo tenemos información de los ajuares de la número 4, describiéndose únicamente los de cinco de las nueve sepulturas allí

y puñales (de nuevo distinguidos). Además, si se considera la definición de Lull de los ajuares de la primera fase (punzón, puñal, etc.) y su afirmación de que las urnas de ese momento tienen ajuar, resulta difícil su diferenciación tipológica de las pertenecientes a individuos de bajo rango de la tercera fase a partir de la sucinta descripción que facilita en esta ocasión.

¹⁰⁵ Se expone de manera pormenorizada la información en Martínez Navarrete, 1988a, p. 784, nota 179.

aparecidas. En definitiva, la muestra disponible consta de veintidós tumbas: doce (57,1%) «resultan indeterminables» (*ibidem*), cinco (23,8%) pertenecen a la fase intermedia y sólo cuatro (19%) a la de apogeo. No parece una muestra suficiente para un buen contraste empírico de la hipótesis propuesta.

Como apuntaba al principio del comentario, la lectura diacrónica de la cultura de El Argar en su conjunto se ajusta a la que se acaba de exponer. Se expresa en un largo texto que, por su carácter sintético, suele ser la referencia para la caracterización de la posición de Lull (*ibidem*, pp. 455-456) ¹⁰⁶:

En los inicios de la cultura [...] El Argar, Lugarico Viejo, Fuente Vermeja —nivel inferior— enterramientos con puñales pequeños de dos y tres remaches de Fuente Alamo, El Oficio, y enterramientos con punzón y asociación cerámica 5 y 5-5 ¹⁰⁷ [...] no existían diferencias de ningún tipo entre unos enterramientos y otros, salvo por cuestiones de edad y sexo ¹⁰⁸. Por contra, en la fase intermedia que únicamente pudo ser precisada en El Argar, los enterramientos presentaban la aparición de elementos sociotécnicos (alabardas de tipo II desarrolladas y puñales del grupo intermedio) ¹⁰⁹ y los ajuares normalizados parecían corresponder a riquezas cualitativamente diferentes entre los adultos de un mismo sexo, mientras que los ajuares infantiles, preferentemente en urnas, seguían sin ajuar.

En la fase de apogeo, observada tanto en El Argar como en La Bastida a niveles absolutos y en el resto de los yacimientos con necrópolis ajenos al foco original, los ajuares característicos se habían diferenciado aún más. Existía un núcleo de población importante sin ajuar funerario de ningún tipo, mientras que unos pocos contaban con materiales de fuerte contenido ideológico. El caso de las espadas (alto costo y uso forzosamente restringido) ¹¹⁰

¹⁰⁶ El comentario puntual de la documentación arqueológica manejada en Martínez Navarrete, 1988a, pp. 785-790, notas 180 a 191.

¹⁰⁷ La cronología se basa exclusivamente en los ajuares funerarios: cinco tumbas en Lugarico Viejo (salvo una, sólo con metal) (Lull, 1983, p. 248) y dos en Fuente Vermeja (una tulipa y un cuchillo) (*ibidem*, p. 252). Fuente Alamo (*ibidem*, pp. 237-238) y El Oficio (*ibidem*, p. 243) no cuentan con análisis de los ajuares por fases.

¹⁰⁸ Recordemos que, en otras ocasiones, el autor (Lull, 1983, p. 263) afirma que «la presencia de alabardas y puñales largos [del] grupo intermedio parecen indicar los orígenes de *status* diferenciado para ciertos hombres de la comunidad» de El Argar.

¹⁰⁹ Llamo la atención, de nuevo, sobre el hecho de que estos elementos ya se señalaban en la primera fase del sitio de El Argar (*cf.* nota 108) y que, además, el autor (Lull, 1983, p. 257) afirma expresamente que las alabardas de tipo II y III y los brazaletes «en esta primera fase son símbolos sociotécnicos indicativos».

¹¹⁰ De «los nueve ejemplares que morfométricamente entran de lleno en el grupo de las espadas», sólo tres se asignan a depósitos cerrados (Lull, 1983, p. 170). En con-

y las diademas mantienen las comunicaciones de importancia por sus ricas asociaciones de material [...] en algunas ocasiones se enterraba ya niños con un rico ajuar, lo que implica a todas luces el paso de una sociedad cuyo sistema de funciones individuales se deben a la actividad, edad y representación de cada uno de sus miembros, a otra donde esos derechos se obtienen. Este fenómeno también coincide con un aumento cuantitativo de los instrumentos de producción argáricos antes comunes en algunas unidades de habitación.

Las casas de El Argar con ubicación de sepulturas en cada unidad de habitación demostraron la hipótesis que expresaban El Oficio, Ifre y La Bastida.

Los ajuares mostrarían diferencias, si no importantes, sí sugerentes de un cambio en las relaciones sociales. El desarrollo demográfico en esta fase tendría aquí su expresión máxima, por ello las diferencias sociales afectarían a la mitad de la población si pensamos que el 50% de las tumbas de El Argar y de Gatas no contenían ajuar metálico ¹¹¹.

Una vez expuesto el desarrollo cronológico-cultural definido por Lull en el sitio de El Argar y en la región del Sureste, se puede hacer un balance general de sus aspectos más objetables.

1. Toda la lectura cronológica del yacimiento epónimo se basa en una evolución tipológica de los puñales cuya hipótesis de partida es discutible, al tiempo que la definición concreta de los tipos adolece de falta de coherencia y, sobre todo, de contraste empírico (estratigrafías o cronología absoluta). De hecho Lull reconoce honradamente que había llegado a unos «resultados provisionales», a unas «premisas de trabajo» que «en ningún caso [permiten] afirmar contundentemente las conclusiones» de El Argar (*ibidem*, p. 268). Su generalización debería «estar basada en tesis demostradas» (*ibidem*) de las que se carece por el momento.

2. Sin embargo, toda la interpretación cronológico-cultural de los poblados (Lugarico Viejo, Fuente Vermeja, El Oficio, Ifre, La Bastida, Gatas), cuyo análisis global iba destinado a lograr que los resultados de El Argar cobraran sentido (*ibidem*), se ha efectuado tomando precisamente como referencia dichos resultados.

secuencia, la hipótesis de su datación tardía es plausible, pero no puede considerarse definitivamente demostrada.

¹¹¹ En Gatas, por ejemplo, se descubrieron dieciocho sepulturas de las cuales sólo seis contenían ajuar metálico (33,3%). El número de tumbas es reducido. No hay datos estratigráficos y los ajuares son poco ilustrativos. Al parecer, la presencia de plata en dos urnas es la base para la adscripción de todo el conjunto a la fase de apogeo (Lull, 1983, p. 271).

3. La evidencia disponible no es en absoluto resolutoria (muestras reducidas, heterogéneas, generalmente sin localización estratigráfica). Los problemas se acrecientan a la hora de abordar aspectos fundamentales para la interpretación de la dinámica socio-económica como las variaciones horizontales del registro (asociación tumbas-vivienda, medios de producción-vivienda) o la datación de las tumbas sin ajuar.

Lull (*ibidem*, p. 232) reconoce que las posibilidades no sólo de cuantificar los instrumentos de producción sino de distribuirlos por unidades de habitación son limitadas. Se desconoce «el registro total de *items*, así como su distribución espacial en cada uno de los asentamientos» (*ibidem*). Si a esto se añaden las especiales dificultades de datación de los objetos domésticos, parece claro que la asignación de un taller a una fase concreta tiene más que ver con la hipótesis general acerca de la dinámica social que con la evidencia a mano.

No queda para concluir este apartado, sino comentar las bases de la cronología absoluta que propone el autor (*ibidem*, pp. 263 y 450). El establece tres fases en el Sudeste y sólo dos en el resto del área argárica.

En el Sudeste, como recordaremos, el período de «formación» se sitúa entre 1900-1800 a.C. La definición es hipotética, ya que no existían excavaciones recientes, ni fechas de carbono 14 que permitieran superar las deficiencias de la información clásica, ni contrastar la ordenación tipológica construida a partir de ella (véanse *supra*, pp. 401-402).

La «fase intermedia» «únicamente pudo ser precisada en El Argar» (*ibidem*, p. 455), donde se fecha entre 1750-1650 a.C. de manera definitiva. Su datación global «debería oscilar entre finales del siglo XVIII hasta finales del siglo XVII», a tenor de la fecha de carbono 14 de la «cista de Herrerías de 1720 a.C.» (*ibidem*, p. 263).

Esto merece algún comentario. El ajuar descubierto comprende una alabarda de tipo II, dos cerámicas de forma 5 (*ibidem*, p. 246) y un «puñal largo del grupo intermedio con filos cóncavos» (*ibidem*, p. 263)¹¹². Todos esos elementos se encuentran entre los que Lull atribuye a la primera fase del sitio de El Argar¹¹³. Por otra parte, en la caracterización de la secuencia del Sudeste, la forma cerámica 5

¹¹² Véase nota 103.

¹¹³ Véase nota 109.

sólo se menciona expresamente en la primera fase, mientras en la segunda se citan «alabardas de tipo II desarrolladas y puñales del grupo intermedio» (*ibidem*, p. 455), sin otra especificación.

En consecuencia, me parece que la asignación de la fecha radiocarbónica de Herrerías a la fase «intermedia», en vez de a la de «formación» puede tener más que ver con la idea del autor acerca del ritmo de evolución argárico que con datos tipológicos.

El momento pleno se sitúa «entre 1600 a.C. y el 1440 a.C. para el Sureste» (*ibidem*, p. 263).

La asociación tipológica que se propone «tendría una confirmación cronológica en las dataciones de C-14. Tumbas con collar y puñales de dos y cuatro remaches están fechados entre 1645 a.C. y 1440 a.C.» en la Cuesta del Negro y El Picacho, respectivamente y en un nivel de habitación del Cabezo Negro en el 1580 a.C. (puñal de dos remaches) (*ibidem*, p. 263).

Lull (*ibidem*, p. 367) indica que «probablemente de la sep. 2 [de la Cuesta del Negro] procede la muestra analizada», si bien Arribas (1976, p. 152) no asigna la fecha a ninguna sepultura específica de las de la fase I (Argar B antiguo). Es una cuestión que no debe pasar desapercibida cuando se está queriendo confrontar la secuencia tipológica con la radiocarbónica.

La sepultura 2 comprendía un adulto «con puñal de 18 cm y 4 remaches, brazaletes y 2 pendientes de cobre, y 14 cuentas de collar» y dos niños, uno «con un brazaletes y anillo de cobre, y el otro con anillo de cobre», así como una forma 1 B, dos formas 2, una forma 7 y una forma 4 de cerámica y, por último, ofrendas alimenticias (Lull, 1983, p. 367).

De todos los elementos citados, sólo los adornos y alguna forma cerámica (la 4) se consideraron expresamente definitorios de la fase.

Las otras sepulturas, a las que podría atribuirse la datación radiocarbónica, carecen de ajuar (fosa número 1) o éste se restringe a una forma cerámica 5 (fosa 3)¹¹⁴, o un «alfiler de metal con restos de mango» (fosa 4).

Los excavadores establecen una sucesión de enterramientos, pero

¹¹⁴ En el texto de Lull (1983, p. 367), se afirma que está «dañada por la erosión (desconectada estratigráficamente)». Se debe tratar de un error de transcripción del texto original. Según F. Molina y E. Pareja (1975, p. 20) la erosión afectó a las tierras que cubrían la tumba y al sector de la misma opuesto al enterramiento, el cual «no ha sufrido ningún daño».

piensan que «la poca potencia del relleno argárico en esta zona del yacimiento evita la existencia de grandes diferencias cronológicas entre estas cuatro tumbas» (Molina y Pareja, 1975, p. 19).

De ser correcta esa hipótesis, nos encontraríamos con que cabría datar en el 1645 a.C. contextos tanto avanzados (sepultura 2) como iniciales (sepulturas 3 y 4) de la tipología de Lull y no sólo los primeros, como él sugiere.

El hallazgo de El Picacho (Lull, 1983, p. 284) consiste en una urna infantil con «puñal, dos pendientes de cobre y cuentas de collar», descubierta en el interior de una vivienda.

Las fechas de carbono 14 disponibles proceden del nivel III (1500 y 1440 \pm 120 a.C.) y, según Lull (*ibidem*, p. 282), corresponden al inicio y destrucción del único momento de habitación del poblado.

Como no se dan referencias completas del contenido de las otras tumbas descubiertas, no cabe averiguar, a partir del texto, si efectivamente los ajuares «no se diferencian cualitativamente» (*ibidem*, p. 284) y son tipológicamente avanzados.

El Cabezo Negro carece, en realidad, de utilidad para los propósitos del autor. No fecha un ajuar, sino una pieza aislada y ésta, por otra parte, no puede considerarse tipológicamente avanzada. Se trata de «un pequeño cuchillo de dos remaches», descubierto en el nivel de habitación de una vivienda destruida por un incendio en el 1580 a.C. (*ibidem*, pp. 301-302).

A la vista de lo anterior, parece injustificado afirmar que la asociación tipológica, propuesta para el momento pleno del desarrollo de la cultura argárica en el Sudeste, tenga esa confirmación cronológica, por el método del carbono 14, que sostiene Lull.

La lectura cronológica general de dicha cultura, más allá del área clásica, se estructura en dos fases. La primera se corresponde con la del Sudeste englobándose las dos últimas en un momento de «apogeo argárico» que hay que situar «entre el 1700 a.C. y el 1.500 a.C., produciéndose un gran desarrollo y expansión entre el 1650 a.C. y el 1550 a.C. (Argar Pleno)». Ello «se ajustaría [...] a las dataciones absolutas [...] y al proceso cultural que [viene] defendiendo» el autor (*ibidem*).

En definitiva, mi impresión es que Lull no ha podido escapar a la presión disciplinar, en un tema tan consustancial al enfoque historiográfico, como el de la cronología. En efecto, la toma de conciencia expresa de las insuficiencias de la información empírica (carencia de datos contextuales, estratigráficos, cronológicos), los peligros de

la generalización de conclusiones obtenidas en sitios particulares y la incidencia de factores culturales o ideológicos, no necesariamente cronológicos, en las variaciones de los materiales arqueológicos deberían haber implicado, por pura coherencia, la renuncia a una «nueva lectura cronológica» de la cultura argárica para la que no había elementos de juicio. Sin embargo, ésta se emprende confundiendo lo que no son más que hipótesis, más o menos plausibles, no contrastadas empíricamente —e incontrastables, en el estado actual de la cuestión— con hipótesis confirmadas. Para ello se recurre a constantes rectificaciones de las apreciaciones iniciales acerca del valor otorgable a ciertos datos, así como al abandono de los propios principios que inspiraron su crítica a las tesis clásicas (cf. notas).

Veremos estos mismos problemas en la reconstrucción de la organización socioeconómica argárica que comento a continuación.

III.3.2.3. *Una aproximación socioeconómica al estudio de la cultura de El Argar*

V. Lull (*ibidem*, p. 451) se propone efectuar una «lectura social de los asentamientos de la cultura de El Argar», desde las siguientes «premisas teóricas»:

La sociedad está reflejada en los patrones de asentamiento. Estos llevan implícitos el carácter de las relaciones sociales [...]. Es decir, la elección de un marco (macro), de un lugar (semimicro) y la distribución de las diferentes unidades de habitación (micro), implican una concepción del modelo económico propio del grupo, una expresión física de las relaciones sociales y un nivel tecnológico determinado que expresan, por una parte las relaciones técnicas de la producción y por otra el desarrollo de las fuerzas productivas [*ibidem*].

A escala macro, la comprensión del modelo socioeconómico requiere «una idea base de la ecología de la época»: «Para averiguar los recursos potenciales que podían haber fundamentado la economía argárica es necesario elaborar una reconstrucción del paisaje en el espacio que ellos escogieron para su desarrollo» (*ibidem*, p. 31).

A escala semimicro y micro, para establecer la «interacción de la reproducción económica y las relaciones sociales»: «se deben ubicar los sistemas de producción en cada unidad, distinguir las actividades en las distintas estructuras y su distribución, y el nivel tecnológico que lo ha hecho posible» (*ibidem*, p. 452).

En último lugar, el análisis comparado de la riqueza de los ajuares por unidades de habitación permite averiguar si la desigualdad económica de los individuos es de base social (estratificación o *status* diversos) o económica (clases) (*ibidem*).

Los requisitos que debe reunir el registro arqueológico, para lograr una «lectura social», son los siguientes:

1. Localización de los hallazgos a nivel macro, semimicro y micro.
2. Información contrastada, sobre el desarrollo de las fuerzas de producción y de las relaciones de producción.

Veamos a continuación cuál es la metodología y la información empírica disponible para desarrollar tan interesante y ambicioso programa de investigación.

En primer lugar, haré referencia a la *estructuración del registro arqueológico*, emprendida por el autor. Comprende tres aspectos interrelacionados: la delimitación del área cultural argárica y la definición de los aspectos ambientales y económicos de la misma.

La delimitación del área cultural argárica es el requisito imprescindible para trabajar a «escala macro». Lull (*ibidem*, p. 22) no propone una nueva definición de «lo argárico», sino que se ajusta a los criterios convencionales:

- a) Inventario material específico.
- b) Asociación espacial necrópolis-asentamiento.
- c) Asentamiento en cerros estratégicos.

El área geográfica argárica (*ibidem*, p. 48, nota 4) se reconoce por la dispersión espacial de esas características: «analizar las distintas ideas sobre si deben de aparecer las tres asociadas en combinación básica de dos o una sola [...] pueden no bastar para interpretar un yacimiento como argárico». En consecuencia, él cree que una discusión sobre ese tema es «inútil, al no haberse estudiado hasta el momento y en conjunto la interrelación de los diferentes segmentos específicos de la cultura».

Como las diversas correlaciones entre los elementos que afectan al medio y a la formación económico-social «pueden indicar heterogéneas combinaciones culturales», mientras todas ellas no se hayan tenido en cuenta, los límites geográficos de la cultura argárica, definidos mediante esas tres características, no pueden estimarse definitivos (*ibidem*, p. 24). Sin embargo, recientemente sigue manteniendo

su propuesta de área cultural «en base a los yacimientos identificados como argáricos» (González Marcén y Lull, 1987, p. 12).

Con independencia de que tal área se crea o no definitivamente fijada de lo que se trata es de garantizar que la identificación de «lo argárico» se ajusta a unos criterios expresos y, por tanto, es controlable. Sin una toma de postura previa respecto a cuáles deban ser éstos, esos tres o cualquier otro, a su importancia relativa o intrínseca, difícilmente se logrará una delimitación geográfica de la cultura argárica susceptible de contraste empírico. Ese es precisamente el obstáculo para asumir la que Lull presenta.

Lull advierte que algunos de los caracteres escogidos no se dan de manera absoluta.

En relación con el primero de ellos (inventario material específico), como no se ha elaborado una tipología que tuviera en cuenta las eventuales variaciones de raíz local (véase *supra*, p. 397), se ha privado a la tesis de instrumentos de análisis para averiguar si existió o no un territorio cultural común. Es un tema que queda abierto a ulteriores investigaciones y que sería imprescindible explorar, si se quiere llegar a alguna conclusión a ese respecto.

La asociación espacial necrópolis-asentamiento no es total. Reconoce que hay «cierta variabilidad, tumbas bajo pisos de habitación, en rampas o accesos, aprovechando oquedades naturales y en las inmediaciones de los cerros (para algunos autores, las necrópolis no necesariamente están [...] asociadas a los asentamientos)» (Lull, 1983, p. 22).

Finalmente, «la tercera característica no es exclusiva: no todos los asentamientos se encuentran en similares condiciones tipográficas» (*ibidem*).

De la exposición precedente se deduce que ni siquiera los rasgos escogidos para definir «lo argárico» son concluyentes, ya que o están precisados de modo incompleto (la primera) o no se dan en todos los casos (las restantes).

La cuestión más grave me sigue pareciendo la ausencia de una tipología de los materiales que contemple las variaciones debidas a factores locales. Ello implica la imposibilidad de concebir el espacio argárico de otro modo que como un territorio cultural homogéneo, cuando el propio Lull advierte acertadamente que las diversas correlaciones entre los elementos que afectan al medio y a la formación económico-social podían dar lugar a heterogéneas combinaciones culturales.

El reconocimiento, por parte del autor, de diferencias socioeconómicas entre el Sureste y el Interior, primero, reducidas a lo económico (*ibidem*, pp. 428 y 436) y, ahora, ampliadas a «otras esferas socio-ideológicas» (Lull y Estévez, 1986, p. 445), en la medida en que se incluyen en la variabilidad de la formación social argárica no bastan para refutar mi argumentación. El problema crucial descansa en premisas normativas: la identificación de lo «culturalmente» argárico respecto a lo que no lo es. Esa identificación se ha basado fundamentalmente en la cerámica por lo que mi objeción pienso que puede mantenerse.

El segundo aspecto que se tiene en cuenta en la estructuración del registro arqueológico es la *definición del área cultural argárica en sus aspectos ambientales*. La importancia que se concede a la reconstrucción del medio deriva de la información que proporciona sobre los recursos potenciales de la economía argárica. Para acometer tal objetivo, se dispone esencialmente de los análisis faunísticos de las excavaciones realizadas en los poblados del Cabezo Redondo (Villena), Cerros de la Virgen (Orce), del Real (Galera), de la Encina (Monachil), Cuesta del Negro (Purullena), Los Castillejos (Montefrío) y Terrera Ventura (Tabernas). Según Lull (1983, p. 31), su dispersión «nos ilustra sobre otros tantos puntos geográficos que actualmente se articulan dentro de subáreas geográficas distintas, lo que nos ofrece una perspectiva macroespacial importante»¹¹⁵.

Lull (*ibidem*, p. 34) sostiene que «la idea de que el medio no ha cambiado, generalizada actualmente entre los arqueólogos» contrasta con los resultados de los análisis faunísticos. Su esfuerzo (*ibidem*, pp. 34-38) se destina a demostrar que la presencia mayoritaria de especies que tienen como biotopo el bosque, así como de otras que requieren circulación hídrica, supone una mayor humedad ambiental en época preargárica, argárica e incluso postargárica¹¹⁶. Esta transformación ambiental se atribuye

¹¹⁵ En efecto, si comparamos los mapas de las figuras 1 y 2 (Lull, 1983, pp. 26 y 32), correspondientes a las «zonas ecológico-climáticas del Sudeste peninsular» y a la «situación de los yacimientos con estudios faunísticos» respectivamente, observamos que sólo están representadas en realidad 3 de las 7 subáreas geográficas; la comarca interior murciana (Cabezo Redondo), los altiplanos granadinos (Orce, Galera, Montefrío, Purullena y Monachil) y la fachada litoral almeriense (Tabernas). La inclusión de los yacimientos de Almizaraque y Los Millares, sin fauna, pero con datos edafológicos, paleobotánicos o polínicos no modifica la situación, ya que se encuadran en la última subárea mencionada.

¹¹⁶ El autor (Lull, 1983, p. 45) señala que el ambiente del Bronce final, al menos

a una variación del régimen climático (con sus factores calor y pluviosidad) [...] la humedad, la pluviosidad, mantuvieron un bosque mixto extendido mucho mayor que en la actualidad. Los cursos de agua eran más estables y caudalosos. Sin duda existían claros, bien en forma de pradera o de estepa en formación o formados por desecación de lagunas. La acción humana ha sido un factor verdaderamente importante en la desaparición del bosque, factor que unido a los cambios climáticos suprarregionales produjo un aumento progresivo de la estepa [*ibidem*, pp. 46-47].

El autor (*ibidem*, p. 421) trata de evaluar la variabilidad interna de la cultura argárica estructurando el estudio de los yacimientos arqueológicos a partir de los veinte ecosistemas reconocidos en el Sudeste. Cada uno «puede representar uno o varios biotopos y en cada uno de ellos se establece una relación con el medio, en dialéctica bidireccional (Desarrollo Social-Posibilidades del Medio), que tiene expresiones propias en sus diacronías específicas» (*ibidem*).

La definición del área cultural argárica en sus aspectos económicos se fundamenta en una muestra de 159 yacimientos (*ibidem*, p. 21), de los cuales 31 (19,4%) son poblados con «estudios de diversa envergadura»; 68 hallazgos aislados (de los cuales «37 son asentamientos y de 31 no se ha podido determinar naturaleza»), a los que se añaden «60 asentamientos más», identificados por prospección superficial.

«Sólo los 31 asentamientos [...] ofrecen cierta solidez informativa, pero en ningún caso completa.» En ellos se incluyen siete excavados recientemente de los que sólo existen «breves noticias bibliográficas que, como máximo, alcanzan la publicación detallada de un corte estratigráfico» (*ibidem*, p. 22).

La situación es tal que «actualmente siguen siendo los estudios de los hermanos Siret la mayor fuente de información».

Lull reconoce que la realidad es «desencantadora», pero cree que «a pesar de ello [...] contamos con los datos mínimos exigidos» para ofrecer una aproximación a la sociedad y economía argárica (*ibidem*).

Efectivamente hay indicios para esbozar algunos aspectos, pero

en Monachil y Purullena, no experimenta cambios notables respecto al Bronce argárico, cuando en otros casos (*ibidem*, p. 459, n. 9) la «desforestación» se estima el «factor más importante de la degradación del medio argárico, unido al abandono de las áreas de cultivo desmontadas y aclaradas». A ella se atribuye la crisis población-recursos que determinaría la caída de la cultura.

las posibilidades de contraste están severamente limitadas en su alcance temporal, comarcal y funcional. No podría ser de otro modo cuando la investigación del siglo pasado lleva el peso de la documentación arqueológica. El carácter «abierto» de la misma ya se ha comentado (también en Martínez Navarrete, 1988a, pp. 558-560). Además, no se puede valorar la representatividad de los datos publicados porque se desconocen los criterios que guiaron su elección. Finalmente su fiabilidad no es controlable. En algunos casos, las revisiones efectuadas por prospección o excavación han modificado o invalidado, en parte, las primeras interpretaciones de los Siret en relación, por ejemplo, con la extensión de los yacimientos y la identificación y datación de los restos constructivos (Zapata, *cf.* Lull, 1983, p. 292, y Fuente Alamo, *cf.* Arteaga y Schubart, 1980, p. 255). Es evidente que esos obstáculos se acrecientan cuando estamos manejando alusiones a semillas, escorias, restos de fauna, etc.

El autor expone cómo se puede intentar una *reconstrucción económico-social de la cultura de El Argar* en ese marco.

El primer paso fue la reconstrucción ecológica en aquellos biotopos en que era posible. Seguidamente la observación de las posibilidades económicas de reproducción social y la agrupación en conjuntos de los yacimientos que contaban por una parte con una base material cercana y por otra con los mismos recursos energéticos. Las afinidades y distancias entre los asentamientos de los diversos complejos deben explicarse por sincronismos y diacronismos temporales, así como por una relación común con biotopos característicos [Lull, 1983, p. 419].

Teniendo en cuenta todo esto, con los restos materiales y por la configuración característica de cada uno de los hábitats [plantea] la hipótesis de que los grupos argáricos ubicados en las depresiones presentan una base material fundamentada en la agricultura intensiva, mientras que los grupos montanos y de los altiplanos se basan en una agricultura extensiva con rendimientos menos fuertes, pero secundada por una ganadería importante. Esta sería la gran diferencia entre los grupos del sureste almeriense-murciano y los grupos granadinos, [cuyo origen se encuentra en las tradiciones agrícola y pastoril de la Cultura de Almería y de los grupos megalíticos autóctonos, respectivamente] [*ibidem*, p. 422].

En cuanto a la minería, los grupos almerienses y murcianos tienen mayores posibilidades, en general, que los granadinos y, por otra parte, la «explotación de los filones fue más sencilla también en el sureste» (*ibidem*, pp. 422-423).

El tratamiento concreto del registro arqueológico de la depresión Bajo Almazora-Antas-Aguas puede servir como muestra representativa y suficiente de la metodología empleada. Es el área nuclear argárica. Además sus yacimientos «siguen siendo los más ricos y gracias a ello se pudo establecer todo un cuerpo de hipótesis sobre nuestra formación económico-social, que aún ahora utilizamos para explicarla» (*ibidem*, p. 231). La referencia detallada a los sitios de Fuente Alamo y El Argar se completa con un balance general de la información proporcionada por el conjunto de los poblados ¹¹⁷.

En el grupo del Bajo Almazora, el poblado de Fuente Alamo carece de material «localizado en estructuras, por lo que [las] inferencias económicas están referidas a la generalidad. Tampoco se define el material en el tiempo (*ibidem*, p. 235).

La agricultura no se considera «predominante, ya que ninguna de las dos excavaciones [realizadas] ofrece los medios de producción necesarios. Sólo aparecen muchos molinos, escasas piezas de hoz y algunas ollas [...] que pueden ser vasijas de almacenamiento; y también azuelas».

No obstante, esa afirmación se matiza al indicar que «los numerosos restos [...] vegetales [...] podrían sugerir cultivo de hortalizas» (*ibidem*). Como tales restos no han sido identificados las posibilidades son amplias.

Lull (*ibidem*, p. 236) cree que, dada la superficie excavada (630 m²), el desequilibrio entre el número de piezas de hoz (índice, en su opinión, de la «práctica de una explotación directa de la tierra») y de molinos indica un «intercambio de grano». Sin embargo, en el caso de la excavación de Siret, es difícil aceptar que el diferente tamaño de molinos y piezas de hoz y, por tanto, sus variadas posibilidades de recuperación, no interviniera en la desigual representación de unos y otras. Por otro lado, para estar seguros de que la zona excavada garantiza el control horizontal (funcional) del registro habría que conocer la superficie total del poblado y, además, suponer que las catas abiertas son un muestreo representativo de la misma. No parece que las primeras campañas de Fuente Alamo (Arteaga y Schubart, 1980) lo permitan cuando Lull (1983, p. 238) opina que «sería mucho más interesante que en lugar de todos los cortes estratigráficos [...] se excavara cada uno de los niveles en extensión».

¹¹⁷ El análisis pormenorizado de todos ellos que fundamenta ese balance en Martínez Navarrete (1988a, pp. 561-569):

Hay que valorar también las inferencias que se derivan de éstos y de otros elementos que se han relacionado con la agricultura.

Sus determinaciones funcionales de los recipientes de gran tamaño y las azuelas son hipótesis de trabajo. El mismo previene contra ese tipo de interpretaciones, al afirmar que «las sierras de sílex y los molinos planos no implican desarrollo agrícola, ni siquiera agricultura silvestre» (*ibidem*, p. 17). Critica que «la mayoría de los investigadores [establezcan] los rasgos generales de una cultura a partir de conclusiones de primer grado, sin confrontarlas con la realidad social» (*ibidem*, p. 16).

Pone como ejemplo, precisamente, la idea de que «la presencia de gran cantidad de molinos implica desarrollo de la agricultura». Tales conclusiones no son necesariamente erróneas pero sí «intuitivas, [...] no se ha llegado a ellas mediante un análisis científico sino por implicación mecánica». Para aceptar esas hipótesis es necesario su puesta a prueba con el registro empírico (*ibidem*).

La ganadería se caracteriza por «la abundancia de restos de cabras y ovejas», lo cual, según Lull (*ibidem*, p. 236) «relega a la agricultura intensiva y [...] está más de acuerdo con una producción de secano con barbecho largo [...]». La importancia de la industria ósea en el yacimiento [avalaría] también estos comentarios».

La metalurgia está atestiguada por «la presencia de mineral y cobre y escorias», cuya abundancia, naturaleza y proceso de transformación se desconoce todavía (*ibidem*, p. 236). Estos hallazgos, unidos al hecho de que el poblado tenga «accesos cómodos» a zonas de «fácil explotación y transporte de minerales de cobre» (*ibidem*, p. 234) hacen pensar que su estrategia económica «está dirigida a la obtención de materias primas para la industria metalúrgica» (*ibidem*, p. 236). Ahora bien, aunque esa actividad puede ser la principal en el poblado, no cree que fuera exclusiva (González Marcén y Lull, 1987, p. 16).

La propuesta de un intercambio de metales y cereales se distancia de las ideas al uso respecto a los problemas logísticos que el desplazamiento de estos últimos plantearía a la infraestructura de transporte de la Edad del Bronce.

El estudio económico de El Argar (Antas) se ve dificultado por la circunstancia de que el material «se inventaría todo unido y únicamente en un caso (instrumentos de producción metalúrgica) se ubican los *items* en una estructura espacial» (Lull, 1983, p. 253).

Otro problema adicional que Lull no considera es la advertencia

de los excavadores (Siret y Siret, 1890, pp. 155-156) de que, en la meseta, aparecieron restos romanos y árabes (monedas, lámparas, fragmentos de hierro, etc.), así como silos medievales. A juicio de los Siret, «esta ocupación posterior puede engendrar dudas sobre la antigüedad de algunos contados objetos, más no [...] sobre la época de la inmensa mayoría de los hallazgos y sobre todo de las sepulturas». Ahora bien, como la información manejada en la reconstrucción económica es precisamente la del poblado, pensamos que es un factor que debió haberse tenido en cuenta.

Lull (1983, p. 254) sostiene, a pesar de todo, que la cantidad de instrumentos es suficiente «para inferir los diferentes procesos de trabajo del sistema productivo». La presencia de

más de quinientos útiles (piezas de hoz, azuelas, molinos) [...] muestran la destacada posición de la agricultura en el conjunto de la producción.

Sabemos que la explotación cerealista estaba asegurada, la cebada y el trigo ocuparían los campos cuyas zonas más profundas y regadas servirían para conseguir las hortalizas que nos indican los autores. Estamos, pues, ante una agricultura intensiva no selectiva. Las tierras de cultivo estarían situadas sobre el Antas, suponemos que no tan encajonado como en la actualidad y en los campos septentrionales del propio yacimiento (*ibidem*, pp. 253-254).

La lectura del texto de los Siret no lleva necesariamente a esas conclusiones. En primer lugar, es difícil cuantificar los objetos relacionables con la agricultura tanto por la imprecisión de los datos, cuanto por la falta de coincidencia de sus criterios de clasificación con los actuales. Los excavadores (Siret y Siret, 1890, p. 142) señalan, por ejemplo, «trescientas» piezas de hoz («sierras groseras»), algunas de las cuales no pasan de simples lascas (*ibidem*, fig. XVI, núm. 12) o láminas (*ibidem*, fig. XVI, núm. 14) sin retoque, mientras otras responden a tipos distintos (*ibidem*, fig. XVI, núm. 10, troncadura recta). Las «azuelas» son «una treintena» (*ibidem*, p. 142), mientras todo lo que se dice de las muelas y morteros en que aparecieron «en gran número» (*ibidem*, p. 151). En consecuencia, la cifra de «más de quinientos útiles» agrícolas es cuestionable, aun suponiendo que todos los hallazgos pudieran atribuirse a una sola fase de ocupación, cosa que Lull rechaza al establecer una secuencia de la necrópolis.

En segundo lugar, no he sido capaz de encontrar más referencia al tipo de cultivos de El Argar que la mención a «granos» (*ibidem*, p. 202) o «granos de mieses» (*ibidem*, p. 159), en absoluto a «horta-

lizas» o a especies cerealistas. Las consideraciones sobre el tipo de agricultura (intensiva) y la localización de los campos de cultivo es puramente hipotética.

Lull (1983, p. 254) cree que la metalurgia «es la segunda actividad más importante, al menos en el registro arqueológico cuantitativo» de El Argar. «Doblemente importante, pues es una actividad al parecer registrada en sólo una unidad espacial», donde se realiza «todo el proceso metalúrgico final». En cambio, «la reducción del mineral» y «la primera fusión» se efectúan en otro lugar (*ibidem*).

«La gran cantidad de mazos, percutores y picos aparecidos en el poblado parecen indicar la proximidad de los filones». Los más cercanos son los de la Sierra de Bédar, pero como no son ricos en metales y en El Argar los productos cupríferos son abundantes y «el plomo y la plata no faltan», hay que pensar en «una relación de dependencia, interdependencia o intercambio con los asentamientos del Bajo Almanzora, lo que vendría confirmado por la presencia del estaño en El Argar si añadimos que los asentamientos del Bajo Almanzora están a medio camino entre los filones estanníferos y El Argar».

Los Siret (1890, p. 159) no citan el número de moldes y crisoles descubiertos, ni tampoco de martillos (*ibidem*, p. 152). Si tenemos en cuenta «la remoción de tierras que modernamente se ha hecho en El Argar, particularmente intensa en la superficie» (*ibidem*, p. 153), y la mención a «objetos rotos» provenientes de «hornos de fusión y copelación, que datan principalmente de la época romana» (*ibidem*, p. 160), surgen dudas razonables respecto a la posibilidad de vincular la totalidad de los elementos mineros y metalúrgicos de El Argar con la Edad del Bronce.

Finalmente, Lull (1983, pp. 254-255) infiere el desarrollo de la actividad textil, cinegética, ganadera y pesquera [de las] pesas de telar, tejidos de lino, esparto trenzado, puntas de flecha, huesos de jabalí trabajados; industria ósea muy desarrollada [...] y pesas de red. En conjunto sobrepasan los mil ejemplares, pero no sabemos nada de la situación espacial de cada proceso, salvo en el caso de las pesas de telar.

La producción en serie de pesas, concentrado en una unidad espacial responde a la idea, que ya se infirió en el trabajo metalúrgico, de una división del trabajo diferenciada espacialmente.

El texto de los Siret no siempre concreta la cantidad de piezas vinculadas con las actividades citadas. No sabemos el número de «discos agujereados» (¿pesas de red?) (Siret y Siret, 1890, p. 150), ni de

«husos» (*ibidem*, p. 157), aunque sí que se hallaron 650 «objetos de hueso y marfil» (*ibidem*, p. 152) y «cerca de quinientas» y «un centenar» de pesas de telar (*ibidem*, p. 157).

El balance general de la información proporcionada por los poblados de la depresión Bajo Almanzora-Antas-Aguas es desalentador, máxime cuando son «los más ricos» del área cultural argárica. De los 17 sitios recogidos por Lull, sólo Lugarico Viejo (cebada, trigo, leguminosas, bellotas, frutos), Fuente Vermeja (cebada) y El Oficio (cereales sin especificar) (17,6%) ofrecen evidencia directa de cultivos. El caso de la explotación animal es todavía peor. Las identificaciones de fauna doméstica se limitan a Fuente Alamo (ovejas y cabras) y El Oficio (buey y cabras) y las de especies cazadas a El Oficio (jabalí y ciervos), Lugarico Viejo y El Argar (jabalí). Las actividades mineras y metalúrgicas se documentan en Fuente Alamo, El Oficio, El Argar y Gatas.

En consecuencia, la reconstrucción económica de este subárea geográfica se apoya básicamente en esas «conclusiones de primer grado», sin posible contraste con el registro empírico, que él había estimado «no científicas». Se trata de una serie de hipótesis de muy variada índole, generalmente implícitas y, quizá por ello, empleadas a veces de manera contradictoria. Unas relacionan la presencia de ciertos hallazgos con una determinada actividad, mientras otras infieren una explotación económica mecánica de las potencialidades del medio. Así las «piezas de hoz» y las azuelas se interpretan como «útiles de labranza» (Lull, 1983, p. 423) y los molinos y urnas de cierto tamaño como instrumentos de tratamiento y almacenado de los cultivos. Ahora bien, como se recordará, al mismo tiempo reconoce que «las sierras de sílex y los molinos planos no implican desarrollo agrícola, ni siquiera agricultura silvestre» (*ibidem*, p. 17) o que «la escasez de hachas-azuelas no contradice la importancia de los instrumentos de producción relacionados con la agricultura» (*ibidem*, p. 241). Por otra parte, no existe una jerarquización explícita de la significación de esos elementos en la interpretación del alcance de la agricultura. En Fuente Alamo, el predominio de molinos respecto a piezas de hoz supone un intercambio de grano. En cambio, en El Argar, se valora el número de útiles relacionados con la agricultura (piezas de hoz, azuelas, molinos), no su importancia relativa y en Teresa y Las Peñicas Negras la mera existencia de molinos y de tierras potencialmente cultivables. Lull emplea el peso de la industria ósea, como prueba indirecta del desarrollo ganadero en Fuente Alamo (*ibidem*,

p. 236), El Oficio (*ibidem*, p. 241) y El Argar (*ibidem*, p. 254) o como indicador de la práctica cinegética. Lógicamente, sin una identificación específica de los huesos, la industria ósea no permite decidir cuál fue el sistema de explotación animal empleado en un determinado sitio, ni el peso relativo de ganadería y caza en el sistema económico.

Con frecuencia la ausencia de un registro empírico adecuado para la interpretación económica le lleva a intentarla a partir de unas inferencias mecánicas de las posibilidades del medio en el terreno agrícola, ganadero o minero. Así, por ejemplo, la dedicación agrícola de La Pernera (Antas) (*ibidem*, p. 249), La Panalera y La Losa (Turre), La Risca y Cerro Castellón (Sorbas) (*ibidem*, pp. 273-274), así como las tareas mineras de todos ellos, menos el primero, se deducen del emplazamiento de estos poblados. Ahora bien, como Lull (*ibidem*, p. 39) reconoce «no basta en ningún caso acudir a reflexiones deterministas ambientales» para explicar la presencia de un determinado rasgo cultural. Dicha «explicación puede pertenecer al orden económico-social». Sin embargo, no siempre es coherente con este principio.

Lull apunta que la depresión Bajo Almanzora-Antas-Aguas «es una excelente zona de cultivo, sobre todo en los suelos profundos cercanos a los cursos fluviales con mayores posibilidades físicas en las cuencas del Antas y el Aguas. Los asentamientos de estos últimos subgrupos están cerca de los cauces y en ellos no faltan útiles de labranza, molinos y urnas de almacenamiento» (*ibidem*, p. 423).

En este caso, el emplazamiento de los poblados «cerca de los cauces» es índice de dedicación agrícola. Por el contrario, la «situación estratégica de los asentamientos» del Guadalentín con evidencia directa (La Bastida de Totana) o indirecta (los restantes) de la misma dedicación «podría responder más a causas sociales que a causas económicas debido a las peligrosas y más que probables inundaciones que podía producir este curso de agua irregular y a veces turbulento» (*ibidem*, pp. 424-425).

Ello incide en la idea de que la mera localización de los asentamientos no permite extraer conclusiones terminantes sobre la dedicación económica de los mismos. Pero quizá la relación entre emplazamiento-minería resulta más expresiva a este respecto.

Como la aproximación a la sociedad y economía argáricas se efectúa agrupando «en conjuntos [...] los yacimientos que contaban [...] con los mismos recursos energéticos» (*ibidem*, p. 419), la importancia de la actividad minera de una de las subáreas geográficas identi-

ficadas está en relación directa con la proximidad o lejanía de sus poblados a los filones cupríferos. Así, Lull (*ibidem*, p. 422) sostiene que la metalurgia se incorpora a la cultura de El Argar:

desde sus fases iniciales [...]. *La metalurgia en los primeros momentos, fija los asentamientos* en mayor medida que la agricultura, pues los sistemas de cultivo pueden variarse según las posibilidades del medio, mientras que los filones metalíferos exigen en un principio, a falta de una estructuración social fuerte y adaptada [suficiente], una proximidad o cuanto menos unas rutas de comunicación estables y frecuentables que permitan una explotación rentable.

Por ello sorprende que en otras ocasiones (*ibidem*, p. 483) sostenga que «no necesariamente el control de las minas estaría en manos de comunidades cercanas a ellas», añadiendo que «cuando en un sistema de producción la *metalurgia* adquiere valor de actividad primaria, los nuevos asentamientos se verán evidentemente condicionados por ellas, pero cuando este segmento económico *está iniciando su desarrollo no creemos que condicione a priori la elección del lugar de habitación*».

En consecuencia, la «estrecha relación de los criaderos naturales de cobre con los poblados argáricos sólo puede mantenerse para la fase de apogeo de la cultura» (*ibidem*, p. 437).

La importancia de la metalurgia en el sistema productivo (al margen del valor que se la otorgue) no es el único factor que cree puede influir en el nexo establecido entre la economía de un poblado y su proximidad a los filones cupríferos. Señala, además, otros como los medios de transporte y vías de comunicación de que dispone una comunidad que relativizan los conceptos «proximidad» y «lejanía». Lull afirma, por ejemplo, en relación con los sitios granadinos que «se puede sugerir la importante distancia de estos asentamientos a los filones metalíferos y la penuria de los caminos abruptos y escarpados que se deben atravesar, para encontrar un sentido a la abundante presencia de los caballos» (*ibidem*, p. 432).

Esto dicho de otra forma significa que, si la explotación minera es una necesidad para una comunidad, se buscan los recursos culturales para satisfacerla. Aquí se menciona la cría caballar («medio de transporte desarrollado»), pero pueden consistir simplemente en «un control de las comunicaciones» o en intercambios (*ibidem*, p. 445; también p. 453), como se proponía para explicar el hecho de que, en

El Argar, los productos metálicos sean frecuentes, a pesar de que no haya cerca filones suficientemente ricos (*ibidem*, p. 254). Inversamente, si tal necesidad no existe, la cercanía a los filones mineros es irrelevante.

En cuanto a las observaciones de Lull respecto a la importancia relativa de cada actividad en la economía, inevitablemente, multiplican las deficiencias en la identificación, contextualización y datación advertidas en su tratamiento individualizado.

Un aspecto totalmente novedoso en la investigación de los primeros períodos metalúrgicos en el Sudeste es la toma en consideración de la organización del territorio de la cultura argárica por parte de Lull.

En la subárea geográfica que nos ocupa, estima que sus «dieci-nueve asentamientos delimitan una estructura cerrada» (*ibidem*, p. 231), si bien esto no implica una interrelación funcional entre ellos. De hecho cree que sólo los poblados del Almanzora (actividad primaria- Minero-Metalúrgica) y los del Jauro-Antas (actividad primaria- Agricultura) podrían pertenecer «a una misma comunidad tribal, al complementarse sus actividades primarias». En cambio, los asentamientos del Aguas serían independientes, ya que «pueden reproducirse económicamente al contar con las dos actividades básicas del desarrollo productivo» (*ibidem*, pp. 233-234).

Dando por buena la especialización económica presumida para cada valle fluvial, no se puede hacer otro tanto con «el supuesto de una sincronía puntual de todos los asentamientos» (*ibidem*, p. 234). Según el mismo autor, el Cabezo de San Miguel (*ibidem*, p. 244), La Panalera, La Losa, Teresa, La Risca, Cerro Castellón y Peñicas Negras carecen de asignación cronológica (*ibidem*, pp. 273-274). En Almizaraque hay un «posible» nivel argárico superpuesto al eneolítico (*ibidem*, p. 232), mientras en Gatas (*ibidem*, pp. 271 y 456), Fuente Alamo (*ibidem*, p. 235), El Argar (*ibidem*, pp. 265-268) y El Oficio (*ibidem*, pp. 244 y 455) presentan dos o más fases.

Sostiene que, para aceptar la existencia de una «comunidad tribal» *entre aquellos que ocupan un mismo ecosistema*, es preciso que desempeñen actividades complementarias (por un lado agricultura, por otro minería-metalurgia). De no ser así, lo que nos encontramos es «un grupo con intereses independientes» (*ibidem*, pp. 233-234).

Ambas situaciones tienen consecuencias, a su vez, en el terreno defensivo. Así, por ejemplo, en los asentamientos que se encuentran en el primer caso «no se busca específicamente una seguridad, pro-

blemente, por estar en el centro de un territorio resguardado por las mismas gentes» (*ibidem*, p. 334). Por el contrario, los segundos vivirían en precario, por la hostilidad de sus vecinos (*ibidem*, p. 372) ¹¹⁸.

Estos criterios de decisión acerca de la complementariedad o interdependencia entre poblados contradicen los que fundamentan la reconstrucción socioeconómica de la cultura de El Argar. Esta se elabora a partir de «la agrupación en conjuntos de los yacimientos que contaban [...] con los mismos recursos energéticos» (*ibidem*, p. 419), entendiéndose que están interconectados formando una misma comunidad (*ibidem*, pp. 341, 374, 380, 389 y 400).

Por otra parte, el propio Lull amplía en otras ocasiones los eventuales indicadores de interrelación funcional: la «circulación restringida» de plata o cobre (*ibidem*, pp. 335, 445 y 453), la visibilidad que se establece entre poblados (*ibidem*, pp. 246, 309 y 330), la posición estratégica de los mismos de cara al control del acceso a determinados recursos económicos (valles, filones cupríferos) (*ibidem*, p. 439). Además opina que, aunque no «deben faltar las avanzadas básicamente mineras, [...] en ningún caso esta producción aparece aislada» (*ibidem*, p. 445).

En definitiva, «las explicaciones para la producción complementaria deben buscarse a niveles sociales y políticos» (*ibidem*, p. 439). La otra alternativa, además de amenazar la coherencia interna de la obra, simplifica en exceso el abanico de posibles relaciones entre grupos humanos y da por sentado un grado de especialización económica en las poblaciones del Sudeste durante la Edad del Bronce poco verosímil.

La concepción de Lull sobre los niveles sociales y políticos es la clave de su tesis acerca de la cultura de El Argar. Las declaraciones sobre este particular son fragmentarias, lo que debe tenerse muy en cuenta a la hora de valorar mi lectura de su obra.

¹¹⁸ Lull tiende a definir las relaciones intergrupales en términos de agresividad, incluso cuando se refiere a las emprendidas entre las mismas gentes que «resguardan un territorio». En efecto, más adelante (Lull, 1983, p. 453) sostiene que «si las gentes de las "acrópolis" [...] son las auténticas argáricas, El Argar, aunque fuera la población de origen, sería una gran tentación por sus escasos recursos topográficos de defensa y los nuevos segmentos independientes difícilmente la dejarían sobrevivir, o cuanto menos no permitirían el desarrollo que demuestra». El hecho de que tal desarrollo tuviera lugar se entiende como «una prueba indirecta» del control político, ejercido por parte de la comunidad de El Argar, sobre las poblaciones de la comarca.

El primer tema importante es el del origen de la cultura. Lull (*ibidem*, pp. 448-449) sostiene que «todos los instrumentos y artefactos argáricos se encuentran en el horizonte eneolítico local»¹¹⁹. Además la existencia de una metalurgia perfeccionada, «en asentamientos anteriores a El Argar» y de ciertas peculiaridades en los ritos sepulcrales de la cultura, le llevan a proponer su carácter autóctono¹²⁰. Su opinión se fundamenta, en último término, en la tesis de que «el desarrollo tecnológico y las nuevas necesidades sociales se bastan para transformar paulatinamente la cultura» (*ibidem*). Se exponen a continuación las hipótesis auxiliares que intervienen en la misma. «Existe una tendencia a adecuar el sistema de explotación al medio circundante, mediante la paulatina especialización en uno de sus polos» (*ibidem*, p. 422). Así, de la «diversificación inicial del sistema agro-silvopastoril» se irá a «una especialización racionalizada concreta, según los hábitats» (*ibidem*, p. 436).

El autor «para las zonas originarias defiende el incremento de la producción debido a una agricultura intensiva sin obras hidráulicas, pero con un desarrollo de los tipos de cultivo múltiples, tal como se demuestra en yacimientos de la depresión de Vera» (Chapman *et al.*, 1987, p. 101). Por otra parte, la metalurgia «debido al desarrollo de los intercambios y beneficios que [...] procuró, fue cada vez ocupando un papel más importante en el sistema económico» (Lull, 1983, p. 437).

La metalurgia «obligó a la división técnica del trabajo y conllevó la división y estratificación social» (*ibidem*, p. 265). Su desarrollo requiere o se ve favorecido por factores como «el aumento demográfico

¹¹⁹ La «copa» es el único elemento problemático. En unos casos se afirma «que permanece extraña a la evolución "in situ" de los materiales» (Lull, 1983, p. 448) y en otros se la interpreta como «algo original», desarrollado a partir de los «soportes de arcilla», «vasos de forma 2» o incluso ciertas fuentes campaniformes (*ibidem*, p. 449).

¹²⁰ Hay que advertir que presta más importancia a la discusión de este tema en la fase del Argar B, que en la del Argar A. El sustrato a partir del cual surge la cultura no está bien definido. Acepta una diversidad en los orígenes de la cultura de El Argar en Granada, el Sudeste (Almería, Murcia) (Lull, 1983, pp. 428-429) y Jaén (*ibidem*, p. 444). Así, mientras una veces afirma (*ibidem*, p. 449) que «el desarrollo tecnológico y las nuevas necesidades sociales se bastan para transformar paulatinamente la cultura», otras piensa que «fueron las corrientes culturales argáricas más que sus gentes» las que «invadieron» horizontes de tradición eneolíticas (*ibidem*, p. 444) o, por último, que, en los momentos finales de la cultura argárica, «ciertas jefaturas locales buscarán la propia reproducción de su grupo en otras tierras» (*ibidem*, p. 458; véase también p. 451). No se exponen los criterios de decisión entre alternativas.

co» (*ibidem*, p. 267) o ciertos conocimientos técnicos e infraestructura organizativa (*ibidem*, p. 446). El primero «constatado en las comunidades del Argar Pleno [...] permitirá al nuevo poder desviar mano de obra campesina a [los] sistemas productivos generados por las nuevas exigencias de la economía del comercio dirigido» (Chapman *et al.*, 1987, p. 101; también en Lull, 1983, p. 436). Además provoca una «necesaria privatización» de los medios de producción (Lull, 1983, p. 447) y la conversión del intercambio tradicional (artesanías familiares por bienes de consumo) en un incipiente comercio «con productos que tienen mayor valor de cambio que otros» (*ibidem*, pp. 456-457).

La división del trabajo promovida por la metalurgia favorece el desarrollo de nuevas relaciones sociales que entran en contradicción con las viejas estructuras familiares (*ibidem*, p. 448).

En el Eneolítico, «la familia o clan se agrupaba en una casa comunal que comprende tanto la vivienda como la producción y el almacenamiento». En cambio, en la Edad del Bronce, la estructura de habitación se compartimenta en unidades diferenciadas para atender a la complejidad creciente de las relaciones sociales provocada por el desarrollo de los medios de producción (división del trabajo) (*ibidem*, pp. 289-290).

La división del espacio argárico frente a la unidad eneolítica significa que se «pasa del nivel familiar amplio (entendiendo familia como gente que comparte alguna de las condiciones de alianza, consanguinidad o filiación) o si se prefiere clan, a un nivel familiar nuclear (consanguinidad o filiación restringida), segmento aún inmerso en la estructura familiar general pero que existe y se procura un espacio individualizado» (*ibidem*, p. 455).

Refleja la transformación de «las relaciones sociales del parentesco comunal [...] en unas relaciones sociales de dependencia que sustituirán los *status* individuales tradicionales por otros debidos a las nuevas funciones sociales del individuo» (*ibidem*, pp. 456-457).

La economía de las comunidades tribales originarias se define como «autosuficiente», basada en «el trabajo corporativo simple» (*ibidem*, p. 456) y con una actividad artesanal destinada a «un núcleo familiar reducido» (*ibidem*, p. 267)¹²¹, cuyas producciones «se intercambiarían por bienes de consumo» (*ibidem*, p. 456).

¹²¹ La posición del autor al respecto me resulta confusa. Afirma tanto que «el trabajo corporativo simple» de las comunidades autosuficientes da lugar a «rendimientos

La economía de las fases avanzadas, por el contrario, se caracteriza por la dependencia entre las diversas comunidades que pasan a tener producciones complementarias, entre las que se encuentra la metalurgia que dará lugar, como se indicó, a un «incipiente comercio». El nuevo sistema exige «el control de los recursos, minas, vías, transportes y comunicaciones» (*ibidem*)¹²². Dicho control será ejercido por «una jerarquía directora (seguridad), que debe separarse de la producción directa para pasar a la organización del territorio y a la defensa de unos intereses» y que, además, dirigirá el trabajo con «coerciones extraeconómicas que abocarán en Jefaturas» (*ibidem*). Así, mientras «gran parte de la población perderá sus derechos rituales ancestrales y se enterrarán con escaso ajuar o sin él», la «nobleza concentrará poder» (*ibidem*, p. 457).

El carácter de esta organización política no queda bien definido en el libro (Martínez Navarrete, 1988a, pp. 581-584), pero sí en trabajos posteriores donde se oferta «la posibilidad de considerar El Argar como una formación económico-social de Estado» (Lull y Estévez, 1986, p. 451). Esta alternativa arranca de los resultados del análisis estadístico de «todas las tumbas y necrópolis del registro bibliográfico prospectadas o excavadas en el territorio argárico que poseyeran definición de sus formas de enterramiento» (*ibidem*, p. 442). La evidencia se estima «correspondiente a un solo momento (el tiempo argárico)» (*ibidem*, p. 446). Los conjuntos de ajuares aislados en el análisis se interpretan como reflejo de cinco categorías gentilicias en la estructura social: la clase dominante (categorías 1.^a y 2.^a), miembros de pleno derecho de la comunidad (3.^a categoría), servidores (4.^a categoría) y extranjeros y/o cautivos (5.^a categoría) (*ibidem*, p. 451). Según los autores, «la existencia de una clase dirigente, la asociación de ésta a ítems ideotécnicos de poder/prestigio y el papel de las armas en el ritual funerario expresan [...] la institucionalización

personales que procuran subsistencias comunales» (Lull, 1983, p. 456), como que, cuando el grupo está formado por miembros con funciones sociales adquiridas, los productos resultantes de la actividad artesana son utilizados «por toda la comunidad» (*ibidem*, p. 267).

¹²² No se entiende entonces que el autor (Lull, 1983, p. 446) acepte como hipótesis alternativa a la existencia de «una dirección de campo (agentes que controlan la producción)»: un «alto desarrollo del trabajo corporativo simple que no suponga ni explotación, ni división del trabajo, ni propiedad privada de los medios de producción». Sus respectivas implicaciones en lo concerniente a la caracterización socioeconómica de la cultura argárica son muy distintas.

de la represión por la fuerza en la esfera social, lo que les permite [sugerir esa] organización estatal según la concepción marxista del término» (Chapman *et al.*, 1987, p. 101).

El final de la cultura argárica se revisa también ahora. La primera formulación enfatiza una crisis surgida por la contradicción entre las necesidades de «la coalición agrícola-metalúrgica». Defiende un fuerte impacto ambiental de la metalurgia, un agotamiento de los recursos y una caída demográfica (Lull, 1983, p. 457). En la actualidad, se abandonan estas connotaciones del «Bronce Reciente» como «época oscura», ya advertidas por Gilman (1987a, p. 33).

Sería una etapa de transición en el desarrollo de las comunidades del sudeste, consecuencia de las contradicciones internas de las comunidades argáricas, y que presupone nuevos procesos adaptativos. Posiblemente, durante ese período y a consecuencia de la ruptura de la organización centralizada de El Argar, se produjo una fuerte diversificación local. Algunas comunidades pudieron conservar una organización semejante a la de la etapa anterior, mientras que en otros asentamientos es posible vislumbrar un cierto cambio en las estrategias de mantenimiento y reproducción [Chapman *et al.*, 1987, p. 105].

III.3.2.4. *Comentarios finales*

«La “cultura” de El Argar» del doctor Lull es el proyecto más completo y comprometido acometido hasta la fecha para interpretarla desde sus bases sociales y económicas. Su trascendencia queda resaltada si se tiene en cuenta el momento de su primera formulación (Lull, 1980), el carácter emblemático del tema para la investigación histórico-cultural y la novedad en el contexto académico español, tanto del enfoque teórico escogido, como de los procedimientos incorporados al estudio del registro arqueológico.

Quizá el problema fundamental de la obra es que apenas hay en ella una dialéctica teoría-práctica. Coincido con el autor (*idem*, 1983, p. 233) en que los esfuerzos para tratar las culturas arqueológicas como formaciones socio-económicas deben hacerse por muy deficitaria que sea la información accesible. Ahora bien, cuando como en este caso se enfrenta una situación tan extrema, debieran haberse acentuado las precauciones metodológicas y la prudencia en el enjuiciamiento de los resultados obtenidos.

La reorientación de la investigación empírica hacia la respuesta a las cuestiones culturales pendientes exige una discusión previa de los

modelos explicativos posibles. Sin embargo, Lull no dedica suficiente atención a dicha discusión, ni a la revisión crítica de sus fuentes (Ulreich, 1986) y va mucho más lejos en su estimación positiva de la capacidad de contraste de hipótesis del registro arqueológico de lo que éste, en su configuración actual, autoriza. En este sentido, disiento radicalmente de su afirmación de que «gracias [a la] falta de rigor metodológico» de la mayoría de las excavaciones realizadas en el Sudeste, paradójicamente, «disponemos de una mayor documentación, aunque se haya perdido otra parte [frente a la] visión restrictiva actual» (Lull, 1983, p. 8).

El término «documentación» sugiere una «acreditación» totalmente ajena a las posibilidades de la información heredada. Por el contrario, cualquiera de las precisas excavaciones estratigráficas emprendidas por el Departamento de Prehistoria de la Universidad de Granada o el Instituto Arqueológico Alemán en el Sudeste garantizan el contraste de las hipótesis relativas a los segmentos del registro arqueológico a los que afectan. Su carácter restrictivo no puede ser un obstáculo mayor que el correspondiente a la colección Siret. No parece aconsejable constreñir la perspectiva histórica al enjuiciamiento de los precursores, concediendo a nuestros contemporáneos más cualificados menos que a ellos. La investigación en la región lleva trabajando más de medio siglo apenas con media docena de yacimientos, severamente limitados en lo que se refiere tanto al control espacial, funcional y estratigráfico de los hallazgos, como a su carácter y representatividad en el conjunto del territorio argárico. Pienso que, honestamente, no se puede negar que el panorama configurado a partir de los años sesenta supone un salto cualitativo en el estado de la cuestión.

III.3.3. Un modelo materialista cultural para el estudio de la cultura de Los Millares: A. Ramos Millán

A. Ramos Millán pertenece a esa generación de prehistoriadores españoles entre 25 y 30 años en la que se encuentran asimismo F. Nocete (Colegio Universitario de Jaén), F. Criado (Dpto. de Prehistoria. Universidad de Santiago de Compostela), J. M. Vicent (Dpto. de Prehistoria. Centro de Estudios Históricos, CSIC) o A. Hernando (Dpto. de Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid), por citar sólo aquéllos a los que me he referido en el texto, que ya docto-

res o a punto de serlo representan la más seria alternativa a los «treintones»¹²³ que hemos accedido al primer nivel del escalafón funcional.

El artículo que comentaré aquí, en su mayor parte, resume las conclusiones de su memoria de licenciatura, inédita, dirigida por el doctor F. Molina (Ramos Millán, 1981, p. 203, n. 1). Como hizo notar A. Hernando (1988, p. 314), es el primero sobre el tema de Los Millares que se aborda por un prehistoriador español desde una perspectiva no normativista. Es el único, que yo sepa, que ha escogido explícitamente un enfoque materialista cultural¹²⁴. Sin embargo, su adopción parece más circunstancial que producto de una reflexión teórica (*ibidem*, p. 317): «el determinismo infraestructural» resultaría «una imposición ante la documentación y análisis limitados de que disponemos» (Ramos Millán, 1981, p. 244). Esto explica, probablemente, el confusionismo con el que se tratan conceptos esenciales como modo de reproducción del sistema, economía doméstica *vs* política, dominio doméstico, etc. (Hernando, 1988, pp. 322-332 y 338).

El autor asume el determinismo infraestructural característico de esa orientación antropológica en su estudio sobre el horizonte de Los Millares. Niega que la metalurgia o la intensificación agrícola puedan explicar «aisladamente, por sí mismas» la aparición de la estratificación social (Ramos Millán, 1981, p. 255). Por el contrario, tiene en cuenta como factores decisivos la presión demográfica y la necesidad de mayor energía alimentaria (*ibidem*, p. 250). Esta se obtendría básicamente del «sistema cereal» (*ibidem*, p. 251), factible dado que se asume «un ambiente más húmedo que el actual» (*ibidem*, p. 244).

El mantenimiento del equilibrio población-recursos se basaría primero en la «expansión del sistema centrada en la colonización de nuevas tierras y en la instalación de nuevos asentamientos». Más adelante se abordaría la intensificación mediante una relación entre cereales, leguminosas y cabaña que evita los barbechos muertos (*ibidem*). El uso de la tracción animal «no se puede aún demostrar, aunque existen los animales apropiados» y «las pautas de trabajo agrícola [...] sólo pueden ser figuradas» (*ibidem*, p. 245). Sin embargo, su alterna-

¹²³ R. Risch (Dpto. de Historia de las Sociedades Precapitalistas y Antropología Social. Universidad Autónoma de Barcelona) me sugirió este término que describe precisa y expresivamente una de las «fases» de la secuencia académica.

¹²⁴ El autor sigue a Marvin Harris de modo estricto, aunque sin citarle (Hernando, 1988, p. 318).

tiva es «prudente ante la documentación disponible» (*ibidem*, p. 246).

Finalmente, la intensificación se obtendría mediante regadío (*ibidem*, p. 251).

Esta dinámica de expansión-intensificación será la responsable de la competencia entre comunidades y del desarrollo de una economía política que progresivamente engloba proyectos de interés comunal (*ibidem*, p. 254). A diferencia de los autores funcionalistas, sostiene (*ibidem*, p. 253) que estos proyectos —entre los que se encuentran el comercio, el programa de fortificaciones y las actividades bélicas— no benefician directamente a sus gestores. Es decir, estas actividades intercomunales no afectarían la distribución igualitaria dentro de la comunidad (*ibidem*, p. 251), aunque darían lugar a una «redistribución estratificada» entre comunidades (*ibidem*, p. 247). La estratificación en la misma comunidad sólo aparecería a largo plazo, incitada por las contradicciones territoriales entre comunidades (*ibidem*, p. 254). Así, durante el Horizonte de Los Millares, esas actividades intercomunales anulan «el posible carácter acéfalo de las aldeas neolíticas, pero la dirección no parece constituir jefaturas ni aun en época campaniforme temprana. Sus competencias parecen más bien responder a “grandes hombres” cuyo poder siempre es posible discutir», pero que «anuncian el desarrollo de genealogías o ramajes, cacicatos o jefaturas argáricas» (*ibidem*, p. 254).

Como en las demás propuestas sobre la naturaleza del cambio político que se han expuesto, defiende el paso de «la sociedad segmentaria definida por grupos de filiación» del Neolítico Reciente-Calcolítico «hacia la pérdida de importancia de los patrones de parentesco y la aparición relativa de otros grados de interés centrados ahora en la concepción de riqueza y en su tenencia o acumulación» (*ibidem*, p. 252).

III.4. Conclusión

La introducción de los enfoques funcionalista y materialistas en los estudios del Calcolítico y Edad del Bronce del Sudeste español transforma radicalmente el «contexto problemático» acostumbrado. La explicación predominante o exclusiva de la variabilidad arqueológica en clave cronológica es sustituida por otra que subraya la importancia de los factores socio-económicos y ambientales.

La falta de «una base empírica contrastada» (Molina, 1983, p. 91;

Schubart y Arteaga, 1983a, pp. 19-20) es la objeción fundamental que se opone a las formulaciones evolucionistas. No es privativa de ellas (véase *supra*, p. 358) y, por otra parte, es asumida por sus propugnadores. Es cierto que en ocasiones se ha obviado la perspectiva diacrónica (Chapman, 1981c; Lull y Estévez, 1986). Sin embargo, se ha tenido el suficiente sentido crítico para reconocer que tal decisión carecía de justificación: «la cronología no es el objetivo principal de la arqueología (como algunos de nuestros colegas parecen creer), pero es vital para la medida del cambio» (Chapman *et al.*, 1987, p. 106).

Como indica el equipo del «Proyecto Gatas» (*ibidem*, p. 105), todo los modelos se interesan por la explicación de la transformación experimentada por los grupos asentados en el Sudeste entre los milenios IV y II a. de C., pero no hay acuerdo respecto a los «cambios en el medio ambiente, subsistencia, complejidad social y centralización política, entre otros».

La resolución del debate acerca del «grado de cambio climático y medioambiental (clima árido *versus* clima húmedo)» durante esos períodos es quizá el auténticamente crucial, dadas sus implicaciones en los restantes. En efecto, se estima «básica para plantear la problemática de la subsistencia en la prehistoria» (*ibidem*, p. 106). Interviene igualmente en la evaluación de «los grados de interacción/integración regional e interregional, así como los de centralización política (*ibidem*). Por esa vía se abre paso a un nuevo marco para afrontar el tema clásico de la definición de áreas y subáreas culturales. Prueba de esa sensibilidad hacia el componente ambiental es que, paralela e independientemente y desde perspectivas teóricas antitéticas, Chapman y Gilman sitúen los mecanismos de superación de la aridez en el arranque de la dinámica socioeconómica (Gilman y Thornes, 1985a, p. 29).

A. Hernando Gonzalo (1987, p. 181) destaca la dificultad de llegar a una decisión terminante acerca del significado de las diferencias ambientales advertibles entre el Calcolítico y la actualidad en el Sudeste. «Tanto los estudios faunísticos, como los polínicos y geomorfológicos, etc., demuestran la existencia de unos índices de humedad [...] superiores a los actuales. Ello no significa que hayan sido los cambios climáticos los causantes de dichas variaciones» (*ibidem*). Freitag (1971) «ha puesto en evidencia que los únicos cambios en la vegetación del Sudeste de España, desde el 3000 a.C. se han debido a la interferencia del hombre con el medio» (Coles y Harding, 1979, pp. 269-270, n. 16). Las «múltiples y drásticas consecuencias» de la

deforestación la perfilan «como una de las principales causas de la transformación ambiental» (Hernando, 1987, p. 181). Previamente los problemas de aridez no serían tan intensos como Chapman, Gilman y Mathers sugieren (*ibidem*).

La salida a la disyuntiva ambiental está condicionada por las implicaciones que sus dos polos tienen en relación con la explicación del cambio social. Así resulta expresivo ver cómo se equipara la significación ambiental de la fauna (Lull) con la presencia de endemismos (Chapman) para salvar «dos hipótesis [...] más disimétricas que antagónicas» (Chapman *et al.*, 1987, p. 97) conectadas, sobre todo, con la importancia desigual concedida a la metalurgia en el proceso.

No hay que olvidar tampoco que el Sureste no es una región homogénea. La variabilidad socio-económica intrarregional es uno de los factores clave en el debate. Gilman, Thornes y Mathers la conectan con los diferentes grados de aridez de la región. Lull valora la dinámica histórica específica del Sureste y los altiplanos granadinos, así como sus respectivas condiciones ambientales generales.

El argumento central de Gilman es que los contrastes climáticos importantes existentes entre las tierras costeras áridas y las interiores húmedas son de carácter estructural y, por lo tanto, actuarían también en el pasado.

La dificultad fundamental para evaluar las distintas propuestas es la «falta de precisión en las características de zonas áridas y húmedas y la ausencia de una explicitación suficientemente razonada de las atribuciones de los yacimientos a cada una de ellas» (Hernando, 1987, p. 182). A. Hernando (*ibidem*) fija varios criterios geográficos para comparar la evidencia arqueológica que se maneja como índice de la respectiva complejidad de los mismos, con mayor «precisión, fiabilidad y posibilidad de crítica». Como resultado del análisis y, asumiendo que el medio ambiente del Sureste no presentaba la degradación actual, no encuentra «ningún rasgo cultural que permita suponer que el proceso de jerarquización social tuvo sus inicios o fuera más intenso en la zona árida» (*ibidem*, p. 196). Por el contrario, los menos complejos se sitúan en esta última «a excepción de Los Millares» (*ibidem*).

Esa «falta de contraste en los resultados arqueológicamente visibles de la agricultura entre las zonas áridas y húmedas del sureste» y la propia localización del poblado de Los Millares precisamente en aquella, en cambio, son pruebas para Gilman (1987a, p. 63) de que los agricultores de las primeras «pudieron llegar a resultados pareci-

dos a los de [...] las zonas húmedas, porque sabían compensar la falta de lluvia con el regadío».

Alternativamente, las propuestas que excluyen la aridez como motor de la intensificación introducen la presión demográfica (Ramos Millán) combinada a veces con cambios tecnológicos (Lull).

Además de los «argumentos teóricos contra el uso de la presión demográfica como causa de la transformación cultural» (Chapman *et al.*, 1987, p. 106; por ejemplo en Cowgill, 1975), evaluar la importancia de las variables demográficas requiere una evidencia arqueológica («número de yacimientos, tamaño y función de los mismos, análisis espacial interno de los diversos asentamientos y de restos humanos, etc.») (Chapman *et al.*, 1987, p. 106) apenas disponible hoy. Ello afecta también, lógicamente, a las interesantes propuestas de Chapman y Mathers sobre los efectos de la concentración de la población en torno a recursos críticos (disposiciones relativas al acceso a los mismos, especialización, etc.).

Dos actividades que han recibido un tratamiento muy diferente en cuanto a su intervención en la complejidad social y la centralización política son el comercio y la metalurgia.

Chapman y Mathers valoran el intercambio de objetos de prestigio a escala regional o interregional como un importante mecanismo para hacer frente al fracaso agrícola local, a través de las relaciones sociales que se establecen. Al propio tiempo lo consideran una buena oportunidad para la consolidación o aparición de elites gestoras. Los indicadores arqueológicos son las piezas metálicas y de marfil, las cuentas de calaíta, ámbar y azabache, los huevos de avestruz y la cerámica campaniforme marítima, por citar los más significativos. Lull, por su parte, dota de valor económico a la circulación regional de objetos metálicos y materias primas en la cultura argárica.

Los problemas que plantea el comercio de objetos de prestigio como promotor del cambio son diversos. En primer lugar, hay que demostrar el carácter foráneo de las materias primas. Está claro en el caso del marfil y los huevos de avestruz (Harrison y Gilman, 1977). En cambio, Arribas (*et al.*, 1971), Vázquez Varela (1975) y Huet de Bacelar Gonçalves (1979), por ejemplo, hace más de diez años que pusieron en evidencia el origen local de las supuestas «calaítas» del occidente peninsular a las que, sobre todo, Harrison (1977a y 1980) y, siguiéndole, Gilman (1987b) conceden tanto peso en la configuración de las redes comerciales precampaniformes (*cf.* Villalba *et al.*, 1989). El campaniforme marítimo no ha sido objeto del tipo de es-

tudios (Chapman, 1987a, p. 68) que garantizarían que su producción no es local y, de ser así, que el centro alfarero se localiza en el área del Tajo (Arribas y Molina, 1987, p. 129). Esta última cuestión, como se ha visto (apartado III.2.2.), no puede considerarse cerrada. Tampoco se han publicado análisis de las piezas de ámbar y azabache. En cuanto a los objetos metálicos, la variabilidad de su composición (cobre puro o arsenicado intencionalmente o no) (Harrison, 1974b; Hook *et al.*, 1987) no favorece la hipótesis de que se intercambiaran a escala significativa sino que sugiere, más bien, diversos centros de producción local con tecnologías específicas. Otros factores que apuntan en ese sentido son su «baja diversidad formal y estilística» durante todo el III milenio a. de C. y «la concentración de la producción en asentamientos importantes» (Chapman, 1984, p. 1154).

Un segundo aspecto atañe al volumen de piezas intercambiadas y a su distribución. La situación en los yacimientos calcolíticos y de la Edad del Bronce de Almería, Granada y Murcia puede ser indicativa.

Las cuentas de cáscara de huevo de avestruz sólo aparecen en dos tumbas de Los Millares (Harrison y Gilman, 1977, p. 102). En cuanto al marfil (*ibidem*, p. 101; Hernando, 1987, p. 192), se conoce en siete localidades granadinas y nueve almerienses entre las que destacan por la frecuencia de hallazgos las necrópolis de Los Millares (en siete tumbas) y El Argar (en dieciocho tumbas). La pieza de mayor tamaño es el ídolo de El Malagón (16,6 cm de altura) (Arribas, 1977, p. 64). La mayoría son cuentas y botones con perforación en V. El ámbar y el azabache son exclusivos de la necrópolis de Los Millares y se emplean también para hacer cuentas (Almagro y Arribas, 1961, pp. 118-119, 121, 129 y 160). La metalurgia del III milenio a. de C. ofrece un patrón similar (Hernando, 1987, p. 191). Los datos publicados indican que «la producción y organización eran de pequeña escala» (Chapman, 1984, p. 1147). A escala regional son insuficientes «para fundamentar la inferencia de una especialización artesanal a tiempo completo» (*ibidem*, p. 1149). Finalmente, el campaniforme marítimo se ha identificado en cinco sitios granadinos y tres almerienses (Hernando, 1987, pp. 190-191).

No parece, a la vista de estos indicios escasos, desigualmente repartidos y, muchas veces, sin suficiente control cronológico que el intercambio de objetos de prestigio pudiera estar en la base de las transformaciones advertidas en el Calcolítico del Sureste. «No hay razón para suponer que la obtención de esos bienes exóticos hubiera requerido una organización permanente más allá de la red de alianzas man-

tenida necesariamente por los grupos de parentesco locales» (Gilman y Thornes, 1985a, p. 186).

Sea como fuere, si se defiende esa opción debería prestarse más atención a la logística de los intercambios, a la naturaleza de los bienes en circulación y la dirección de la misma, así como al nivel de la escala evolutiva social en que los socios se encuentran (Harrison y Gilman, 1977; Ruiz-Gálvez, 1986).

Hay un tercer y último aspecto más. Atañe a los problemas intrínsecos a la propia concepción del «prestigio». Esta depende de valoraciones culturalmente adscritas, difícilmente identificables en el registro arqueológico (véanse *supra*, pp. 219-220). De todos modos, aunque tal obstáculo se superara, «argumentar o incluso demostrar que un artículo era de prestigio, no explica su uso en áreas tan ampliamente separadas de otras» como las que se asumen, por ejemplo, para el campaniforme marítimo (Shennan, 1986, p. 137) o el ámbar. Esa uniformización de significado y uso que se da por sentada implica manejar esos elementos «como reificación del mismo tipo de sociedad, sustituyendo las relaciones sociales por objetos arqueológicos» (Gomes Lisboa, 1987, p. 26). Es una posición que apenas puedo diferenciar de las versiones normativistas más clásicas.

El comercio con valor económico —desde una perspectiva formalista— está directamente vinculado con las hipótesis de Lull concernientes al papel causal de la metalurgia en la promoción del cambio advertido entre el Calcolítico y la Edad del Bronce.

Según Gilman (Gilman y Thornes, 1985a, p. 32) (véanse *supra*, pp. 388-389) y Chapman (1984, p. 1155), durante ese segundo período esa actividad estaba todavía restringida social y espacialmente, aunque el segundo señala «un incremento notable en la producción y una diversificación artefactual» que, sin embargo, no alcanza los niveles de las culturas metalúrgicas contemporáneas de Europa central y noroccidental y el Egeo. «Una producción a escala tan pequeña apenas puede engendrar la transformación de toda una sociedad» (Gilman, 1987a, p. 32).

En segundo lugar, «la producción no parece estar muy especializada» ni en los asentamientos individuales, ni a escala regional (*ibidem*). La propia correlación entre la composición de las piezas metálicas y sus presumidas menas, ya advertida en las del Calcolítico, «argumenta completamente en contra [del] modelo [de Lull], ya que un tráfico de metal a una escala importante igualaría la composición del mismo en la zona de su intercambio» (*ibidem*).

Por último, la falta de instrumentos agrícolas o productivos de cualquier tipo y la presencia mayoritaria del metal en las tumbas, en forma de armas o joyas sugiere, como ya se ha comentado, tanto a Chapman y Mathers, como a Gilman su valor social más que práctico.

[En esas circunstancias] es difícil ver cómo el suministro de esta materia daría a los poderosos la capacidad de explotar a sus seguidores. Los productores directos no se verían seriamente afectados por la amenaza de un bloqueo de una materia a la que [...] apenas tendrían acceso. En resumidas cuentas tenemos que pensar en una industria metalúrgica ocasional, pequeña y encajada en un modo de producción doméstico [Gilman, 1987a, pp. 32-33].

Gilman (*ibidem*, p. 33) piensa que el modelo gerencial de explicación de las elites sería más verosímil si «las hipotéticas mercancías intercambiadas fuesen de mayor importancia práctica (con lo que la masa de la población se vería dañada en caso de bloqueo): la sal o el ganado». El obstáculo, en este caso, reside en la dificultad de contraste de tales propuestas (*ibidem*).

La jerarquización de los asentamientos sería una buena forma de poner a prueba la posibilidad de una centralización administrativa (Gilman y Thornes, 1985a, p. 186). Otra cuestión sería averiguar su origen (intensificación agrícola, intercambio de los bienes citados, etc.) (*cf. supra*) y su carácter (jefatura, Estado, etc.).

El equipo del Colegio Universitario de Jaén (véanse *supra*, pp. 97-98) interpreta la estructura jerárquica que advierte en los poblados calcolíticos del Alto Guadalquivir como una primera formación estatal. Lull hace lo propio con la cultura de El Argar a partir de la presumida complementariedad económica de los asentamientos y los datos funerarios.

Gilman (*ibidem*), por el contrario, no cree que haya en el Sureste tal estructura, si se tienen en cuenta el tamaño de los poblados y los datos sobre su complejidad interna. «Los Millares es mayor que cualquier otro yacimiento de la Edad del Cobre» pero, incluso dejando de lado la cuestión de su prolongada ocupación, «que un sitio sea mayor que una aldea no significa que fuera un centro administrativo. Durante El Argar la evidencia de una jerarquización de poblados es también escasa». Acepta la sugerencia de Chapman de que el mejor indicador de un lugar central fuera «el elevado número de enterramientos localizados en el interior o próximos a unos cuantos de esos sitios (Los Millares y El Argar). Ahora bien ese agrupamiento fune-

rario, lógicamente, todavía está más alejado de una actividad administrativa que el tamaño del poblado correspondiente» (*ibidem*).

La generalización de las excavaciones extensivas y de las prospecciones sistemáticas está proporcionando datos de enorme interés acerca de la complejidad interna de los poblados y su interrelación funcional. Los resultados obtenidos en el «fortín» 1 de Los Millares, El Malagón y Fuente Alamo son expresivos del nuevo panorama que empieza a definirse.

El primero está «integrado en el sistema de defensa planificado desde el poblado de Los Millares» (Molina *et al.*, 1986, p. 183). Dicho sistema «hay que relacionarlo estrechamente con las necesidades del control de un territorio de producción subsistencial» (*ibidem*, p. 199), a juzgar por la distribución espacial de los restos de la última ocupación. Esta refleja dos ámbitos funcionales distintos: doméstico y de producción especializada (taller lítico, metalurgia, molienda de cereal y matanza) (*ibidem*, pp. 197-198). Es importante resaltar que esta última aparece dispersa en diferentes marcos estructurales (*ibidem*, p. 198) combinada de modo variable con las actividades domésticas. La metalurgia no se integra con ellas (*ibidem*, p. 191), pero el taller lítico se localiza en una vivienda (*ibidem*, p. 193) y la molienda y descuartizado son exclusivos de una de las áreas abiertas (*ibidem*, p. 198). Como los molinos son muy frecuentes en otros puntos y en los diversos ámbitos domésticos se sostiene que «los supuestos excedentes se distribuirían en la población existente en el asentamiento principal de Los Millares» (*ibidem*, p. 199).

El poblado de El Malagón (Cúllar-Baza, Granada), en cambio, tendría en conjunto «carácter minero». Se ubica próximo a menas «fácilmente explotables con una tecnología de tipo primitivo» y «los materiales hallados cubren todo el proceso de la producción metalúrgica» (Molina, 1983, p. 74). Esa localización se constata en otros asentamientos millarenses en tierras granadinas (*ibidem*). En ninguno la explotación minera supera «el marco familiar propio de una economía doméstica» (*ibidem*, p. 76).

A diferencia de las opiniones que se han recogido hasta el momento, Molina (*ibidem*) hace notar cómo «en su totalidad los objetos fabricados en El Malagón y en otros poblados contemporáneos tienen un carácter funcional. Se trata de [...] útiles domésticos que sólo en algunos casos pudieron utilizarse como armas». La ausencia de objetos de adorno es otro indicador del «nivel igualitario de la sociedad durante el Cobre» (*ibidem*). Ahora bien, el hecho de que las

piezas metálicas no se consideren de valor primariamente social no significa que se las otorgue especial relevancia económica. Molina (*ibidem*) precisa que «aunque el uso del metal se había difundido ampliamente, el incipiente desarrollo de la metalurgia se demuestra por el hecho de que el cobre no llega a sustituir al utillaje de hueso y piedra» que alcanza ahora su «mayor apogeo desde el Paleolítico».

En cuanto a la ocupación argárica de Fuente Alamo, según Schubart y Arteaga (1986, p. 305), «los resultados [de las excavaciones] constituyen la primera aportación arqueológica objetiva, ilustrativa» de que «en torno al núcleo capital de El Argar funcionaba una organización estatal. No ciertamente una mera "jefatura"».

Los excavadores se basan en elementos muy diversos: el urbanismo, la posición del yacimiento en «la ordenación del territorio del área nuclear argárica» (*ibidem*, p. 289) y el desajuste entre los recursos potencialmente explotables y los restos faunísticos e instrumentos de producción recuperados.

La cima del poblado se reserva «para el emplazamiento de *monumentos destacados*» (énfasis de los autores) y contadas viviendas «inmersas en este ambiente relevante» (*ibidem*, p. 293). Las correspondientes al «grueso del poblamiento, al parecer se hallaban extendidas por las terrazas escalonadas en las laderas meridionales del cerro» (*ibidem*) y no se han excavado todavía.

Los análisis antracológicos indican que el entorno directo no era el apropiado para desarrollar una agricultura cerealista, ni la crianza de las especies domésticas consumidas (*ibidem*, pp. 300 y 304). Además no abundan los dientes de hoz y sí los molinos (*ibidem*, p. 301). Así pues, la minería de la plata y el cobre serían «las únicas [actividades] que pueden argumentarse contando con elementos arqueológicos convincentes» para interpretar la localización del sitio (*ibidem*, p. 304). Dichos elementos «quedan reducidos, de todas maneras, a la documentación de restos de "mena de cobre", tanto en la superficie del terreno, como en los niveles excavados» (*ibidem*). Fuente Alamo estaría destinado a extraer la mena de cobre y remitirla a otro lugar «donde se llevaba a cabo su verdadera "manipulación económica" y tecnológica» (*ibidem*, p. 305).

Los innegables avances en el registro empírico disponible derivados de éstas y otras excavaciones de las mismas características no resuelven, sin embargo, automáticamente los problemas. Como afirma el equipo del «Proyecto Gatas» (Chapman *et al.*, 1987, p. 106), «para proponer alternativas explicativas (modelos teóricos) es necesario

contar con datos claramente controlados (técnicas que evalúen los modelos)». Sin embargo, estos últimos no bastan por sí solos y, por otro lado, el valor de esas alternativas como indicadores de las «áreas de ignorancia» (*ibidem*) del registro no es menos relevante.

Cabe preguntarse, por ejemplo, si no serán precipitados los juicios sobre la función específica del poblado de Fuente Alamo y su valor como prueba de la existencia de un Estado argárico, cuando no se han excavado las viviendas del grueso del poblamiento. Quizá allí se encontraran los instrumentos de producción que faltan en el «área noble».

Es difícil, por otro lado, no encontrar una vinculación entre «las teorizaciones a la moderna» (véase *supra*, p. 358) y los programas actuales preocupados por la identificación de centros políticos, especializaciones productivas entre regiones o asentamientos, escalas de interacción y naturaleza de los cambios (*ibidem*). En ese sentido, la definición de variables como estratificación social, especialización económica y especialización artesanal y sus interrelaciones y la mejora de los métodos para su medición (Chapman, 1984, p. 1155), así como la explicación pormenorizada de conceptos tales como «Estado», «jefatura», «economía doméstica» o «rango», por referirme a los que más se hayan citado, aclararía los términos del debate tanto o más que una secuencia en la que toda la variabilidad arqueológica estuviera contemplada.

No hay que olvidar que, en último término, «el mérito relativo de las posiciones funcionalistas y conflictivas del desarrollo autóctono de las culturas del sureste ha de decidirse no tanto por el acuerdo con el registro que cada uno pueda tener como por la verosimilitud de los procesos que cada teoría invoca, no por su empirismo, sino por su realismo» (Gilman, 1987c, p. 67). Desde esa perspectiva, coincido con Gilman (1987a, p. 31) en que plantear el problema de los modos de explotación sobre la base de «la apropiación de excedentes a través de la recaudación de unos arriendos a los productos agrícolas» es un punto de vista más realista que recurrir al intercambio de mercancías.

IV. SECUENCIA CRONOLOGICO-CULTURAL DEL SURESTE DE LA PENINSULA IBERICA DURANTE EL CALCOLITICO Y LA EDAD DEL BRONCE

IV.1. *Introducción*

Los apartados previos se han destinado a poner de manifiesto la «historia interna» de investigación acerca de los períodos iniciales de la metalurgia en la península Ibérica. Se ha procurado dejar en evidencia las presuposiciones teórico-metodológicas que han determinado que el marco general, la estructura, del «estado actual de la cuestión» sea ésta y no cualquier otra, así como la coherencia de las propuestas elaboradas por los prehistoriadores sobre dicho tema. Me ocuparé ahora de la información más concreta que define la secuencia cultural del Sudeste durante el Calcolítico y la Edad del Bronce. En esta ocasión se manejan sólo los últimos trabajos al respecto. Ahora bien, sólo en un sentido limitado pueden considerarse actualizados. Como lamenta Chapman (1987c, p. 1), «en general, la publicación se retrasa mucho con respecto a la excavación». A veces se carece de cualquier informe y otras se cuenta con unos «preliminares de excavaciones de sondeo que sólo incluyen los hallazgos más “representativos”» (*ibidem*). Las campañas se han sucedido desde entonces sin que se sepa en qué medida sus resultados afectan a los ya dados a conocer. «La información cuantitativa sobre los cambios en los conjuntos culturales sigue siendo rara». En cuanto al radiocarbono, su uso es «desigual espacial y temporalmente» y los contextos estratigráficos de procedencia de las muestras no están claros. La combinación de lo que sabemos por las publicaciones y por las dataciones radiocarbónicas sólo permite «una medida del cambio cultural prehistórico en amplios “bloques” de tiempo» (*ibidem*). Otro problema importante reside en la dificultad de averiguar cómo se resuelve la integración de las nuevas perspectivas de estudio y de los datos obtenidos en las últimas excavaciones, en las síntesis establecidas.

La gravedad de esos desajustes, entre la obtención de información primaria y su incorporación a la comunidad científica, resulta más evidente si se tiene en cuenta que en el Sudeste se concentra la investigación más puntera del país.

El objetivo de este apartado será entonces poner de manifiesto las cuestiones que todavía quedan pendientes para lograr una correcta comprensión de los primeros momentos de utilización del metal en

la región, por lo que sabemos, el centro originario de la metalurgia del actual territorio español.

IV.2. *El comienzo de la metalurgia y el sustrato*

La neolitización del Sudeste y, por tanto, el sustrato de las primeras culturas metalúrgicas carece, hoy por hoy, de definición adecuada. Además, la situación varía según se trate de la Alta Andalucía o las tierras bajas de Almería y Murcia. El Neolítico Antiguo «está bien representado en [...] Alicante y la Alta Andalucía», mientras dichas provincias parecen ser «una isla o todo lo más una zona de paso por sus áreas más septentrionales y occidentales, las [...] de mayor elevación» (Muñoz, 1986a, p. 152). Según A. M. Muñoz (*ibidem*, p. 153), las condiciones ambientales pudieron favorecer «la supervivencia prolongada de las formas de vida cazadoras y recolectoras» en las zonas más bajas.

Sea cual fuere el proceso concreto experimentado por la ocupación en las tierras montañosas y costeras de la región (apartado III.3) es claro que existen marcadas diferencias entre una y otra que hacen aconsejable un tratamiento separado de sus respectivas dinámicas históricas.

Las cuevas de la Carigüela (Piñar, Granada) y los Murciélagos de Zuheros (Córdoba) sirven de referencia para las fases del Neolítico Antiguo y Medio. La secuencia de los Castillejos (Peña de los Gitanos, Montefrío, Granada), por su parte, sigue siendo «la única válida para el estudio del Neolítico Tardío y los comienzos de la metalurgia en el *hinterland* de los focos costeros almerienses» (Arribas y Molina, 1979, p. 8). Pero, además, como «ofrece suficientes elementos de relación con el foco principal de Almería» se emplea habitualmente «en el intento de fijar el proceso de desarrollo del eneolítico» en las tierras bajas (Muñoz, 1982, p. 15).

Mi exposición tratará de diferenciar, en la medida de lo posible, la secuencia de la Alta Andalucía y la «región clásica», siguiendo un orden cronológico: la neolitización primero y el inicio de la metalurgia después.

La formación de las primeras comunidades neolíticas en la Alta Andalucía no es todavía precisable. Los hallazgos aislados de cerámicas cardiales en diversas cuevas granadinas y su estratificación en la Carigüela llevan a F. Molina (1983, pp. 37-38) a sugerir su «origen

inmediato» en «el complejo cardial levantino». La implantación tendría lugar «a mediados del V milenio antes de Cristo, o quizá en un momento ligeramente anterior» (*ibidem*, p. 34).

La evolución autóctona de estas poblaciones del Neolítico Antiguo «conducen a partir del 5000 a.C. al florecimiento de la llamada "Cultura de las Cuevas" del Neolítico Medio» (*ibidem*, p. 38), responsable de la ocupación de «la mayor parte del territorio andaluz, a excepción de la región costera almeriense» (*ibidem*, p. 40). Su estudio se ve severamente limitado por la circunstancia de que sólo en Carigüela se cuente con depósitos intactos (*ibidem*, p. 42). El registro de la cueva de los Murciélagos de Zuheros sirve para atribuir a estos grupos un sistema productivo «basado en el pastoreo y en una agricultura marginal», así como «una existencia seminómada, con poblaciones dispersas» que ocupaban cuevas y abrigos y quizá construían los primeros hábitats al aire libre (*ibidem*, pp. 44-45).

En las tierras bajas la primera colonización agrícola se vincula con la «Cultura de Almería». Arribas y Molina (1979, p. 18) recomiendan valorar con «mucho prudencia» las hipótesis que «intentan explicar [su] formación [...] por una evolución de los horizontes regionales cardiales del Neolítico Antiguo a través de grupos intermedios de transición». Sin embargo «la posibilidad de que gran parte del substrato cultural de las poblaciones andaluzas de la Edad del Cobre pertenezca a la Cultura neolítica de las Cuevas» (*ibidem*, p. 13) permitiría concebir la Cultura de Almería como evolución de los grupos neolíticos que «inician los primeros hábitats sedentarios al aire libre, documentados por el momento en el Sur de la Península» (*ibidem*). La alternativa de una colonización de las tierras bajas costeras desde la Alta Andalucía (apartado III.3) podría explicar su ocupación aparentemente tardía, haciendo innecesario el recurso al siempre acechante factor externo.

De todos modos, el problema fundamental de la Cultura de Almería es su propia configuración. La evidencia para intentarlo no es mucho mejor que la que facilitan los hallazgos aislados, descubiertos en las tierras bajas, paralelizables tipológicamente con otros del Neolítico Antiguo y Medio (Gilman y Thornes, 1985a, p. 18; Martínez Sánchez, 1988).

En efecto, «los yacimientos excavados por E. y L. Siret [siguen] siendo la única base para los esquemas teóricos más recientes», junto con los excavados por Bonsor (1899) (Arribas y Molina, 1979, pp. 7 y 16). En realidad, el término «excavación» no expresa con claridad el

tipo de trabajos efectuados por dichos investigadores. «Los supuestos poblados neolíticos del Sudeste, del tipo del Garcel, no han sido explorados, ni excavados jamás, y por ello los escasos útiles que de los mismos se nos ofrecen [...] no significan sino el resultado de una prospección muy superficial sobre el terreno» (Tarradell, 1962, p. 84; cit. por Arribas, 1967, p. 90).

La inclusión posterior de Terrera Ventura o el Peñón de la Reina (Alboloduy) con materiales sin publicar o muestras escasas tampoco resuelve la situación (Chapman, 1987c, p. 3).

La utilidad de los trabajos de Bonsor (1899) se ve lastrada por el hecho de que «pocas piezas pueden ser localizadas con seguridad» y «las colecciones estén ahora muy dispersas» (Harrison, 1977a, p. 71). En cualquier caso, no parece que haya suficientes datos para hablar de «una cultura de los silos del Guadalquivir» (Arribas, 1976, p. 150).

En cuanto a las sepulturas excavadas por los Siret, la estructuración tipológica propugnada por los Leisner «no ha dado resultados satisfactorios» (Muñoz, 1982, p. 12; también en 1986a, p. 152). Los «stufen» deben considerarse de contenido cultural, no cronológico (capítulo IV.2.2) pero, sea cual fuere la interpretación adoptada, carecen de elementos de datación (*ibidem*, p. 15). En consecuencia, no proporcionan ninguna referencia a ese respecto o, dicho de otra forma, pueden «justificar» cualquier propuesta cronológica. Así, por ejemplo, en un primer trabajo, A. Arribas (1976, p. 150) formula una datación inicial de la fase II de la Cultura de Almería que «rebas los límites del 2600 a.C.» y una final, «en el 2100 a.C.», al tiempo que afirma que «la cultura de los silos del Guadalquivir [...] alcanzaría el 3000 a.C.». Un poco más tarde (Arribas y Molina, 1979a, p. 130; *idem*, 1979b, p. 16), la fase II de Montefrío, paralelizada con la segunda etapa de la Cultura de Almería y con los «complejos neolíticos tardíos del Bajo Guadalquivir», se fecha en el «2800-2600 a.C.».

Otro tanto ocurre con la interpretación cultural de los yacimientos descubiertos por Siret. Así, A. Arribas (1967, p. 91) afirma:

Para nosotros las sepulturas almerienses, del mismo modo que el poblado de El Garcel y sus afines —en los cuales se han encontrado escorias de cobre— deben englobarse dentro del período del inicio del metal en la península. *Esta idea podría cambiar el día en que se hubieran efectuado excavaciones en alguno de estos poblados* y pudiéramos presentar una serie completa desde las primeras fases neolíticas hasta la plena Edad del Bronce. Dicha evolución hoy por hoy no existe.

Casi veinte años después y, sin que se haya producido la condición estipulada por el autor, se encuentran «pruebas positivas» para defender una clasificación «neolítica» de unas y otros (Arribas y Molina, 1979, p. 17).

En primer lugar, es difícil de admitir la supuesta pervivencia de la industria geométrica de sílex arcaica que aparece en poblados como El Garcel [...] desde el VI y el V milenio cuando comienza la neolitización de la región, hasta la Edad del Cobre, en la segunda mitad del III milenio a.C. Asimismo, los ajuares arcaicos de las sepulturas de la fase I de Leisner y de algunos de la fase II contrastan claramente con los de la Edad del Cobre.

Por último, los hallazgos de escorias de mineral de cobre y fragmentos campaniformes en El Garcel y La Gerundia reflejan su ocupación durante la «plena Edad del Cobre» pero no implicarían, como se ha pretendido, que se fundaran entonces (*ibidem*).

Obviamente, las limitaciones de la definición arqueológica de la «Cultura de Almería» no residen en que impida la formulación de hipótesis o se superponga a la de otras «culturas arqueológicas». El problema es que las primeras no son susceptibles de confirmación o refutación, ni hay una base firme para decidir entre los distintos factores (sociales, cronológicos, culturales, etc.) que pueden dar cuenta de la variabilidad observada.

Así las cosas, «sin fechas absolutas con procedencia segura, excavaciones modernas y un cierto número de sitios domésticos y funerarios, es difícil asignar yacimientos a la supuesta fase precalcolítica del sudeste árido» (Gilman y Thornes, 1985a, p. 19). Así, la «indefinición de la cultura de Almería en sus inicios» (Muñoz, 1986a, p. 153) y la ausencia de esas primeras fases en Los Millares (Arribas y Molina, 1987, p. 135) y Almizaraque (Delibes *et al.*, 1985, p. 226) impiden «establecer por ahora el sustrato sobre el que se desarrolló la metalurgia» (Muñoz, 1986a, p. 153).

La posibilidad de una invención autóctona de la misma ha sido aceptada expresamente por algunos autores (Muñoz, 1982, pp. 18-19; Renfrew, 1986, p. 145), aunque es más frecuente la ambigüedad a ese respecto (Arribas *et al.*, 1983, p. 159; Arribas y Molina, 1984a, p. 1040) (véanse *supra*, pp. 295-296).

Chapman (1984, p. 1154) y Almagro Gorbea (1979, pp. 1-2), a partir del supuesto de que «las frecuencias observadas de deposición

metálica regional están relacionadas con las frecuencias de la producción regional en el pasado» (Chapman, 1984, p. 1140) se sirven de la distribución de las hachas precampaniformes para proponer diversos centros independientes de invención. Chapman (*ibidem*, p. 1146) los sitúa en el Sureste y Suroeste peninsulares. Almagro (1979, p. 5) distingue un tercero en el área del Tajo. El primero podría ser el más antiguo, ya que cuenta con algunos precedentes locales de actividades metalúrgicas (El Garcel), si bien «no totalmente documentados». En todo caso, el desarrollo del último fue más importante y prolongado y «posiblemente contribuyó a la transición a la metalurgia campaniforme». El segundo, también importante, es mejor conocido en sus fases iniciales que en las avanzadas.

Según Almagro (*ibidem*), «la metalurgia campaniforme difundida desde esas tres áreas iniciales, representa la generalización de las actividades metalúrgicas por toda la Península».

Los datos obtenidos en las fases correspondientes al Neolítico Tardío y Final de Montefrío son las únicas referencias, aunque sea indirectas, para comprender el contexto cultural previo a su aparición (véase *supra*, p. 443).

A juzgar por la información proveniente del mismo, en la Alta Andalucía, el Neolítico Tardío (segunda mitad del IV milenio y comienzos del III a.C.) corresponde a un período de crisis poco precizable «por falta de documentación estratigráfica firme y de dataciones absolutas» (Molina, 1983, p. 45). Unos grupos de la Cultura de las Cuevas se empobrecen mientras otros alteran sus patrones de comportamiento (*ibidem*). Sustituyen «sus estructuras económicas seminómadas por una creciente sedentarización» en los ambientes más favorables a la agricultura (*ibidem*, p. 51). Allí «inician los primeros hábitats [...] al aire libre [...] con poblados de frágil consistencia» como el de la Fase I de Montefrío (Arribas y Molina, 1979, p. 13), fechado hacia el 3200 a.C. (Molina, 1983, p. 51). Se mantienen, en cambio, las manifestaciones materiales previas (*ibidem*)¹²⁵.

¹²⁵ A. M.^a Muñoz (1982, p. 15) consideraba que la primera datación «en torno al 3000 a.C.» (Arribas y Molina, 1979, p. 12) propuesta para esta fase, era demasiado reciente. En la cueva de Zuheros «un contexto parecido ofrece una cronología del 4240 a. 3890 a. de C.». Por otro lado, la «industria de sílex de tipo microlítico, que los autores relacionan con la de los sepulcros circulares antiguos de Almería (fase I de los Leisner), no [le] parece suficiente para rebajar la cronología al 3000 a.C., sobre todo teniendo en cuenta que no tenemos elementos de fechación para los citados sepulcros almerienses» (Muñoz, 1982, p. 15).

Al iniciarse el III milenio, «las poblaciones campesinas del Neolítico final del Bajo Guadalquivir y de la Cultura de Almería» influyen (*ibidem*, p. 53) o se personan (*ibidem*, p. 45) en las tierras granadinas. «Algo más tarde, hacia el 2700 a.C.» los primeros grupos que entierran en sepulcros megalíticos se superpondrán y aculturizarán a los que aún conservaban la tradición de la Cultura de las Cuevas del entierro en fosa en la misma área de hábitat (*ibidem*, pp. 53-54). Este fenómeno se advierte en las fases II y III de Montefrío.

La fase II (Neolítico Final) se define por «nuevos elementos procedentes del horizonte de los “silos del Campo Real”, desde el Bajo Guadalquivir [...]. Aumenta el área del hábitat, que se convierte en una pequeña aldea autosuficiente, en la que se potencian los recursos agrícolas frente a la economía pastoril del horizonte anterior» (*ibidem*, p. 54) ¹²⁶.

La fase III, «fechada en el Cobre Antiguo» (*ibidem*) se define por la accentuación de las tendencias previas ¹²⁷ y la coexistencia de elementos correspondientes a dos horizontes culturales característicos de la Edad del Cobre en Granada. Unos están vinculados con la tradición megalítica «neolítica y occidental representada por los sepulcros de corredor» (*ibidem*, p. 60). Los otros se conectan con la cultura almeriense de Los Millares (*ibidem*). En Montefrío están identificados, respectivamente, por la construcción de los, quizá, primeros sepulcros megalíticos (*ibidem*, p. 54) y por la aparición de «ídoles y peines de hueso, punzones de cabeza espatulada y escorias de cobre, que atestiguan una rudimentaria metalurgia del cobre» (Arribas y Molina, 1979, pp. 18 y 21).

En términos generales, el «horizonte cultural megalítico» se caracteriza por aldeas estables —en Montefrío es mayor que las previas

¹²⁶ A. M.^a Muñoz (1982, p. 15) creía que la fecha entre 2800 y 2600 a.C. de la fase II (Arribas y Molina, 1979, p. 16) era «excesivamente corta de acuerdo con las fechas de C-14 dadas para el neolítico andaluz, concretamente la de 3115 a.C. para la cueva de Nerja» (Muñoz, 1982, p. 16).

¹²⁷ Según A. M.^a Muñoz (1982, p. 19), es «difícil admitir para el Alto Guadalquivir, en la provincia de Granada, una mayor dependencia de Andalucía occidental». Las «fuentes de borde engrosado y biselado», uno de los indicadores de esta «mecánica de intercambios y relaciones [...] son comunes también a otros poblados del sureste desde Orce a Mazarrón». Posteriormente, el equipo de la Universidad de Granada ha reconocido su importancia «en todos los complejos de la Edad del Cobre peninsular», pero no parece que ello haya llevado aparejada una revisión de sus puntos de vista (Arribas *et al.*, 1983, p. 157).

(¿incremento en la densidad demográfica?)— (Molina, 1983, p. 54). Esto contradice la tesis tradicional que atribuía «la supuesta ausencia de poblados [...] al carácter seminómada de los grupos megalíticos» (*ibidem*, p. 68).

A partir fundamentalmente de los análisis faunísticos, la estructura económica se define por un «mayor desarrollo de la agricultura» (Montefrío) y «un importante componente ganadero [...] con movimientos de trashumancia estacional a cortas distancias» (*ibidem*, p. 69). El modelo propuesto es el de una agricultura extensiva de secano con barbecho largo aprovechado para facilitar pastos a ovejas y cabras y, en zonas de bosque mediterráneo, una agricultura de roza (*ibidem*, y p. 70).

Otros rasgos culturales de este horizonte son «el progresivo aumento del comercio y utilización más acentuada de las vías de comunicación que conectan con el Bajo Guadalquivir, aparición de la metalurgia del cobre y, por último, mayor importancia del ritual funerario cuyo exponente [...] más evidente [es] el sepulcro megalítico de corredor» (*ibidem*, pp. 54-55), así como la introducción del «enterramiento colectivo».

Su empleo en cuevas naturales y artificiales se explica por la dificultad de transporte de la piedra para la construcción de los sepulcros (*ibidem*, p. 68).

Molina (*ibidem*, p. 70) define el proceso de producción, siguiendo a Sahlins (1977), como «modo de producción doméstico» «en el que aún no se pueden precisar diferencias de riquezas o jerarquías en las poblaciones». No hay «ajueros de prestigio» y «la energía empleada en la construcción de [las] tumbas fue similar para cada uno de los segmentos de la población, posiblemente clanes, que las levantaron» (Molina, 1983, p. 70).

Los datos antropológicos, por último, reflejan que «la estructura socioeconómica de estas poblaciones tiene como resultado un modelo primitivo de demografía, caracterizado por una tasa de natalidad muy alta [...] y elevado índice de mortalidad, con especial incidencia en la población infantil y juvenil» (*ibidem*).

En cuanto al horizonte cultural vinculado a la cultura almeriense de Los Millares corresponde a «pequeños grupos de prospectores metalúrgicos que desde el foco nuclear» almeriense y murciano «irrumpen en dirección a las zonas mineras del interior [...] hacia el 2500 a.C. aproximadamente» (*ibidem*, pp. 70-71). El límite de su expansión occidental lo establece la cultura megalítica granadina en la De-

presión de Guadix donde entran en contacto (*ibidem*, pp. 66 y 71). Ahora bien, se trata de un límite flexible. A «unos 3 km al suroeste» del poblado de Los Millares hay una «densa concentración de sepulcros megalíticos», cuya tipología arquitectónica «y el carácter de sus ajuares, relaciona claramente a esta población de pastores megalíticos con el Grupo Megalítico Granadino» (Arribas *et al.*, 1983, pp. 160-161). Estos pastores cuya contemporaneidad con la ocupación de Los Millares quedaría demostrada por los paralelismos en sus respectivos ajuares funerarios explicarían «la complejidad de las defensas» del mismo (*ibidem*, p. 160).

Las comunidades almerienses introducen en las tierras altas «dos innovaciones de la mayor importancia: el conocimiento de la metalurgia ¹²⁸ y la aparición de los primeros poblados fuertemente fortificados» a la manera del sitio epónimo (Molina, 1983, p. 71).

Llama la atención que la potencialidad de las excavaciones en las tierras bajas almerienses puesta de manifiesto, sobre todo, en las efectuadas en Los Millares sólo se haya hecho efectiva en Granada (Chapman, 1987c, p. 1). Las deficiencias generales de la documentación que se comentaban en la introducción son mucho más acentuadas en las primeras. De hecho los yacimientos que están siendo excavados tanto en Almería (valorados en Gilman y Thornes, 1985a, pp. 19-22, y Chapman, 1987c) como en Murcia (Muñoz, 1986b; Walker, 1981; Walker y Lillo Carpio, 1983) no han facilitado, hasta la fecha, ninguna secuencia estratigráfica tipológica y cronológicamente bien caracterizada y, mucho menos, con información ambiental y socio-económica. Se conocen datos preliminares de carácter o muy puntual o, por el contrario, muy general. Esto resulta especialmente evidente en el propio yacimiento de Los Millares, del que se saben las líneas generales del urbanismo (Arribas *et al.*, 1983, Arribas y Molina, 1984a, b), precisiones a propósito de la posición estratigráfica y características de los campaniformes (Arribas y Molina, 1987) (véanse *infra*, pp. 456-457) o los primeros esbozos de lo que depararán los interesantes estudios en curso acerca de la organización funcional del espacio dentro de los yacimientos y, a través de ella, de su dependencia externa (Molina *et al.*, 1986; Moñita *et al.*, 1986) (véase *supra*, p. 439), por citar sólo lo más relevante.

¹²⁸ No queda claro si la referencia a la «aparición de la metalurgia del cobre» entre los elementos definitorios del horizonte cultural megalítico granadino (Molina, 1983, p. 54) significa, entonces, presencia de metal u otra tradición industrial diferente.

El equipo del Departamento de Prehistoria de la Universidad de Granada —sobre el que recae el mayor peso de la investigación de los primeros períodos metalúrgicos en Almería y Granada— no ha publicado una exposición del desarrollo histórico en el área nuclear millarensis («costa almeriense y murciana, entre las localidades de Almería y Mazarrón» (Molina, 1983, p. 70)) comparable a la de la Alta Andalucía (Molina, 1983). Ahora bien su caracterización de la colonización millarensis de las tierras altas como un proceso *ex novo* —apoyada en su perfecto conocimiento del registro en ambas zonas— permite considerarla en muy buena medida representativa de la situación en las tierras bajas. En ese sentido, mis referencias a la información específica de estas últimas se ceñirá al problema de la posición del vaso campaniforme en la secuencia.

Molina (*ibidem*, p. 72) señala que «las primeras poblaciones de la Cultura de Los Millares que alcanzan la Alta Andalucía habitan en pequeños poblados» cuyas características ejemplifica el de El Malagón (Cúllar-Baza). Sobre una suave elevación se edificaron varias cabañas de planta circular y unos cuatro metros de diámetro. Las paredes «formadas por altos zócalos de piedra trabados con barro» están rematadas con tapial y cubiertas por una posible techumbre cónica «con un entramado de ramaje impermeabilizado con barro. En el interior de algunas [...] existen bancos corridos adosados a las paredes y grandes hogares, delimitados por un anillo de barro cocido» (*ibidem*, p. 73). Esta única habitación «donde se realizan todas las actividades [...], producción económica y almacenamiento, y sus reducidas dimensiones permiten asegurar que la comunidad tribal tenía como segmento base ya en esta época a la familia nuclear» (*ibidem*). La protección del poblado por «una potente línea de fortificación» y «un pequeño fortín» que domina el asentamiento (*ibidem*) reproduce, simplificándolo, el patrón de tres murallas con bastiones y diez fortines que rematan las colinas que se alinean al sur de Los Millares (Arribas *et al.*, 1983).

El «marco familiar propio de una economía doméstica» se expresa también en el tipo de explotación minera y producción metalúrgica (Molina, 1983, p. 76) (véanse *supra*, pp. 439-440) y es paralelizable con la situación que se advierte en el poblado almeriense no fortificado de Almizaraque (Delibes de Castro *et al.*, 1985, p. 228).

El abandono de El Malagón hacia el 2200 a.C. podría «ponerse en relación con un replanteo del poblamiento en el territorio para conseguir una explotación más intensiva de los recursos del mismo»

(Molina, 1983, p. 76). Eso sugiere «la fundación por esta época del cercano poblado del Cerro de la Virgen en Orce con mayor entidad urbanística [...], localización más alejada de los filones del mineral» y «utilización de un sistema de producción campesino altamente evolucionado, en el que quizá jugara un importante papel la irrigación artificial» (*ibidem*, p. 77). Ahora bien, la «alta tecnología, demostrada por el hallazgo [...] de los restos de una acequia» no justifica la idea de que «el sistema de regadío [fuera la] técnica dominante en la agricultura del Sudeste de la península [...]. Parece más viable la existencia de una agricultura extensiva de secano» que, a diferencia de la del inicio del Calcolítico (véase *supra*, p. 449), será de barbecho anual «y con pequeños huertos de hortalizas y leguminosas regados por acequias» (*ibidem*, p. 79). Como en períodos previos, sin embargo, el «componente básico» de estas economías mixtas «era la ganadería [...] complementada por [...] una aportación cinegética de mediana entidad» (*ibidem*, p. 77). El descenso en las proporciones de ovejas y cabras y el aumento correlativo de caballos y ganado vacuno a lo largo de la Edad del Cobre muestra la creciente importancia de la agricultura en la economía. Al propio tiempo la disminución del cerdo puede deberse «a la progresiva desecación que sufrirá la región a partir de la Edad del Bronce» (*ibidem*, p. 78).

El «ritual funerario del horizonte cultural de Los Millares en [Granada] está escasamente investigado. Sólo pueden conectarse con estas poblaciones los escasos "tholoi" excavados por Siret en el río de Gor» —la zona de contacto con los grupos megalíticos— hoy desaparecidos y apenas publicados (*ibidem*, p. 79). Así pues, los datos del área clásica almeriense sirven ahora, por primera vez, para completar la información granadina. Según Molina (*ibidem*), «la sociedad de la Cultura de Los Millares sigue manteniendo un esquema igualitario». Sin embargo, hay contrastes entre sus rituales funerarios y los de las poblaciones neolíticas y megalíticas. Mientras estas últimas «poseen ajuares funerarios sencillos, compuestos en su mayor parte por elementos utilitarios [...] y por algunos [...] ídolos, en la Cultura de los Millares, especialmente a partir del Cobre Pleno, se introducen ya objetos fabricados con materias primas exóticas o costosas», aunque «no hay todavía una gran desigualdad en los ajuares de las distintas sepulturas colectivas» (*ibidem*, p. 80), en contra de lo que sostiene Chapman (1981c). Esta situación se refleja en Granada en la inclusión, por primera vez, de marfil en las tumbas (Molina, 1983, p. 80), expresión de la participación de sus poblaciones en el inter-

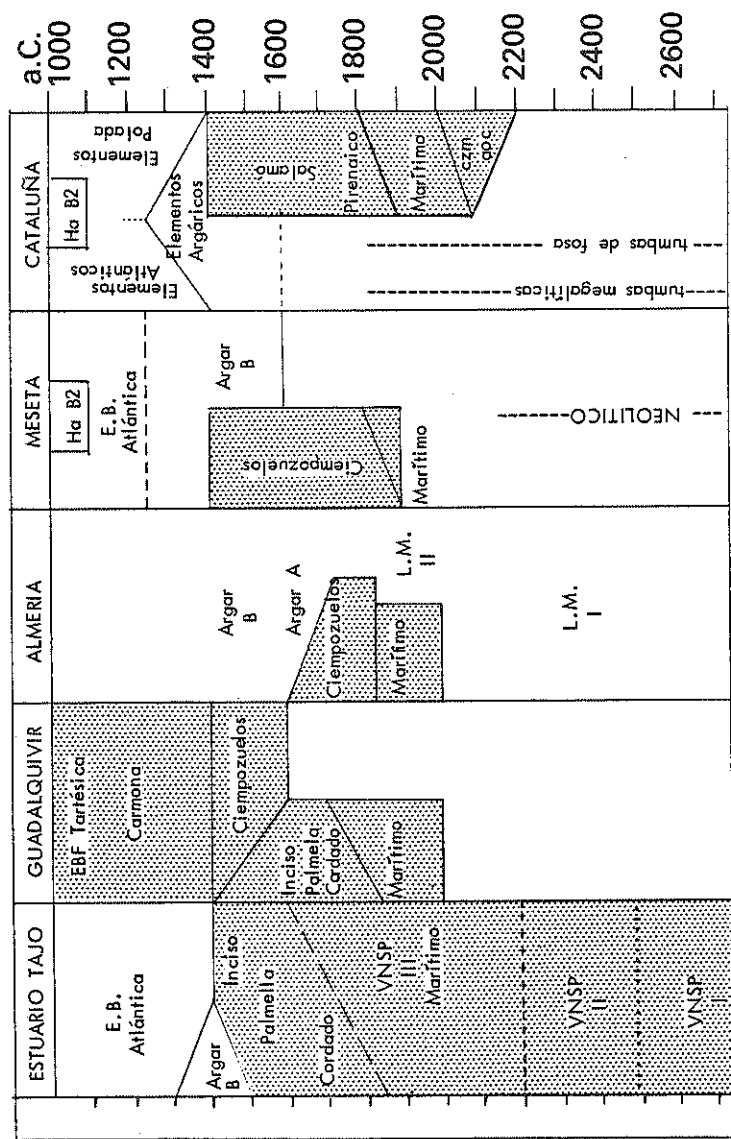


FIGURA 2. Cuadro cronológico de los Campaniformes Ibéricos. El punteado indica períodos campaniformes o relacionados con el campaniforme (según R. J. Harrison, 1977a)

cambio a larga distancia de la época (Harrison y Gilman, 1977).

Molina (1983, p. 80) hace coincidir el «período de máxima expansión de las culturas calcolíticas [...] con la aparición en los contextos megalíticos y en los poblados y tumbas del "horizonte de Los Millares" del vaso campaniforme. Su intrusión marca "el inicio de la fase plena de la Edad del Cobre"» (*ibidem*).

En su reciente trabajo sobre el tema, Arribas y Molina (1987) exponen la pluralidad de situaciones existentes: hallazgo sólo del tipo marítimo o del Ciempozuelos, coexistencia de ambos como en el Cerro de la Virgen ¹²⁹ y seriación clara de los mismos en los Castillejos de Montefrío (fase IV con marítimo y fase V con Ciempozuelos) y El Manzanil (Loja, Granada) (fase III marítimo y fase IV Ciempozuelos). Por lo que yo sé, es el único lugar de la península donde, hoy por hoy, la sucesión campaniforme se asienta sobre bases estratigráficas ¹³⁰, a pesar de su defendida generalización al conjunto del territorio peninsular (figuras 2 y 3).

El campaniforme se emplea como indicador cronológico útil para el establecimiento de la secuencia de Los Millares. Los excavadores que habían asumido inicialmente (Arribas *et al.*, 1983, p. 157) la reinterpretación de la secuencia de los Leisner (Millares 1 y Millares 2) efectuada en la región del Tajo por los investigadores del Instituto Arqueológico Alemán (Martínez Navarrete, 1987, p. 224) señalan ahora que esa división «no puede mantenerse tal y como fue enunciada sobre bases puramente tipológicas» (Arribas y Molina, 1987, p. 129).

¹²⁹ La posición estratigráfica de los dos tipos de campaniformes en este poblado ha sido objeto de controversia. Desde la publicación inicial (Schüle y Pellicer, 1966) se sabe que los campaniformes marítimos y Ciempozuelos estaban mezclados en cada nivel por lo que la prioridad de los primeros sobre los segundos «no está demostrada» (Harrison, 1977a, p. 9; también en Torre y Sáez, 1986, p. 256; Delibes y Municio, 1981, p. 67, y Pellicer, 1986, p. 256). Sin embargo, no se renunciaba (Delibes de Castro, 1978, p. 86), ni se renuncia a querer ver «unos inicios en el Marítimo y posteriormente la entrada del tipo Ciempozuelos» (Arribas y Molina, 1987, p. 130). La reexcavación del sitio, cuyas alteraciones estratigráficas por muy diversas causas (Schüle, 1980, p. 54) pueden estar en la raíz de estos contextos campaniformes «mixtos», es de esperar que zanje definitivamente la cuestión.

¹³⁰ Me he ocupado de este tema en la Meseta (Martínez Navarrete, 1988a, p. 667) y Rodanés (1987, p. 24) en el valle del Ebro. Habrá que esperar la publicación detallada de las excavaciones en el poblado de Moncín (Borja, Zaragoza) antes de aceptar que su «estratigrafía tiene una clara sucesión de los estilos campaniformes marítimo, Ciempozuelos y *Epicampaniforme*» (Harrison, 1988, p. 466, énfasis del autor) y que, por lo tanto, cambia la situación en esa región.

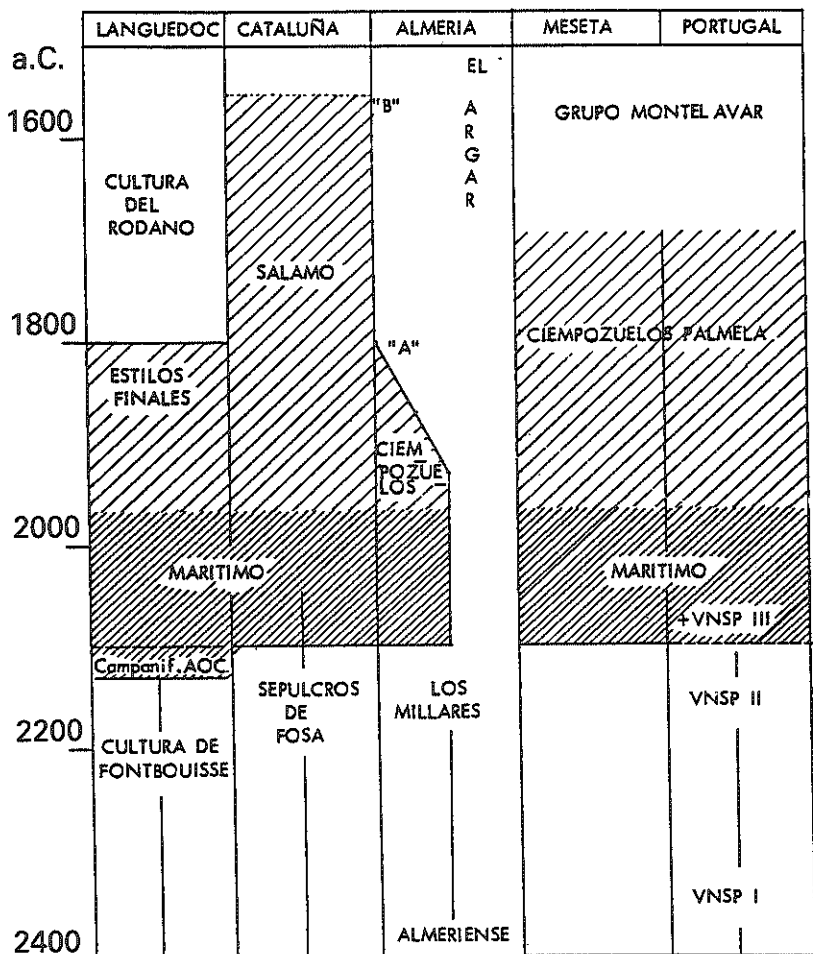


FIGURA 3. Cuadro cronológico de las culturas campaniformes en el Mediterráneo occidental del 2400-1600 a.C., según R. J. Harrison (1980)

Por el momento, no han publicado una periodización alternativa sino una escueta alusión a la estratigrafía más completa descubierta en el yacimiento. Se definió en la trinchera 97, localizada en el área más interior y elevada de la ciudadela correspondiente al borde oriental de la misma (*ibidem*, p. 134). Allí se superponen a la roca base «al menos, nueve fases constructivas de las cuales las cinco inferiores corresponden al desarrollo precampaniforme de la ciudad» (*ibidem*, p. 135)¹³¹.

La secuencia campaniforme se define por una «fase campaniforme antigua» (fases constructivas sexta y séptima) con «27 fragmentos (89% de cerámica a peine frente a un 11% de incisa). Los vasos de estilo marítimo representan un 30% del total» (*ibidem*, p. 136).

La fase siguiente (octava fase constructiva) cuenta con «46 ejemplos bien estratificados, en los que podemos ver un ligero descenso en el porcentaje de la técnica impresa a peine (61%) que contrasta con el aumento de los fragmentos con motivos incisos (39%). El porcentaje de vasos marítimos también desciende» (*ibidem*)¹³². Aquí aparece «el tipo cerámico más característico de la ciudad. Su tipología tiene formas específicas y patrones de decoración que [les] permiten definir en Los Millares un horizonte campaniforme local diagnóstico del existente en el resto del Sudeste peninsular» (*ibidem*, p. 135): el denominado «Campaniforme del Sudeste» (*ibidem*, p. 137). Se trata de grandes cuencos o fuentes de borde biselado decorado al interior, grandes recipientes comunes «posiblemente usados para almacenado» con dos amplias bandas impresas que cubren el borde y el cuerpo del vaso y «grandes cuencos muy numerosos [...], a veces con decoración simbólica o esquemática en las superficies interiores. Por primera vez, hay recipientes decorados con técnicas incisas similares a las del Cerro de la Virgen (Orce), descritas como de estilo Ciempozuelos» (*ibidem*, p. 136).

¹³¹ El texto concreto es «*the lower five correspond to pre-Beaker development of the village during the early and full Bronze Age*» (Arribas y Molina, 1987, p. 135). Supongo que debe haber un error y debería decir «Calcolítico». En otra ocasión se afirma que aunque «por el momento el inicio de Los Millares no está bien definido e incluso no se puede descartar la existencia de un horizonte premetalúrgico en este mismo poblado o en yacimientos cercanos, si sabemos con seguridad que [...] no perduró durante la Edad del Bronce» (Arribas *et al.*, 1983, p. 161; también en Arribas y Molina, 1984a, p. 1041).

¹³² Debe haber un error tipográfico en el texto (Arribas y Molina, 1987, p. 136), porque se le asigna un valor porcentual de un 39%.

Los diecisiete fragmentos (sólo uno marítimo) recuperados en el estrato de la última fase constructiva proceden probablemente de la erosión de la anterior (*ibidem*).

Los autores (*ibidem*) no comentan si la concentración de campaniformes en la ciudadela (112 del total de 122 inventariados) puede deberse a una distribución significativa como la que apunta M. Kunst (1987, p. 591) para Zambujal.

La evaluación del cuadro cronológico del desarrollo campaniforme en el Sudeste que proponen resulta inviable. Ejemplifica el problema general apuntado por Chapman (1987, p. 1): «falta la publicación de una información detallada de los contextos de las muestras radiocarbónicas en las estratigrafías de los sitios». Según Arribas y Molina (1987, p. 138), «la introducción del campaniforme marítimo en Los Millares es posterior a su clímax en el Tajo y no anterior al 2000 a.C.-1900 a.C., siendo en sus primeros momentos un objeto de lujo, importado. Un poco después de la fase de introducción, se crean nuevos modelos que no parecen tener ninguna relación con los precedentes, como los platos de borde biselado con decoración interior».

Esta situación tiene diversas implicaciones en relación con la idea tradicionalmente admitida acerca de la presencia campaniforme en el Sudeste. En primer lugar, la opinión (Muñoz, 1982, p. 20; Arribas *et al.*, 1983, p. 158) de que «los campaniformes no tuvieron una amplia aceptación [... ya] no puede mantenerse» (Arribas y Molina, 1987, p. 138). En segundo lugar, «ya no hay que recurrir al contacto e intrusiones desde la Meseta para explicar la aparición de los ricos conjuntos campaniformes de Los Millares o el Cerro de la Virgen» (*ibidem*, p. 137). Se habría producido «un fenómeno evolutivo local similar a los que tuvieron lugar en [...] el estuario del Tajo o la Meseta» (*ibidem*). Así, «los campaniformes de estilo inciso e impreso en zigzag numerosos en la fase II A del Cerro de la Virgen e interpretados como Ciempozuelos, son realmente una variación de los que usaron la técnica impresa a peine y estuvieron en uso durante un período muy corto de tiempo» (el denominado «Campaniforme del Sudeste») (*ibidem*). Ello no excluye, sin embargo, que en dicho yacimiento «los campaniformes marítimos florecieran en su relación con el horizonte Ciempozuelos» (*ibidem*, p. 138), ni que ese estilo campaniforme meseteño sea identificable también en otros yacimientos granadinos (*ibidem*, pp. 130-131)¹³³. Por último, frente a las posi-

¹³³ Quizá se siga considerando esos recipientes «como un elemento de carácter ét-

ciones clásicas que establecían una sucesión campaniforme Ciempozuelos-Bronce Antiguo (fig. 4) se confirman aquéllas otras (fig. 5) que defendían su contemporaneidad (*ibidem*, p. 131; Molina, 1983, p. 85).

IV.3. *La Edad del Bronce*

El contraste advertido entre la documentación existente para el estudio del Calcolítico en la Alta Andalucía y la región almeriense y murciana se repite durante la Edad del Bronce. Sin embargo, gracias a las excavaciones emprendidas por el Instituto Arqueológico Alemán en el poblado de Fuente Alamo (Cuevas de Almanzora) conocemos casi por completo el desarrollo de la cultura de El Argar en «uno de los nichos originarios» de la misma (Schubart y Arteaga, 1986, p. 289, énfasis de los autores). La información publicada es todavía preliminar pero supera con mucho en sistematización y amplitud de perspectivas la de cualquiera de los yacimientos calcolíticos de las tierras bajas.

La dinámica histórica de una y otra zona presenta especificidades, sobre todo en lo que concierne a la mayor complejidad de las tradiciones advertidas en la Alta Andalucía. Como en el período previo no es factible, por el momento, averiguar en qué medida esto responde a la disimetría del registro, a la perspectiva desde la que se aborda su estudio o a una variabilidad real del mismo no imputable a factores cronológicos o de cualquier tipo no estrictamente «cultural». En todo caso, la cultura de El Argar actúa como denominador común. Su influencia en las tierras altas, al igual que la de la cultura de Los Millares, se deja sentir tanto por procesos de aculturación como por la fundación de «asentamientos plenamente argáricos» (Molina, 1983, p. 92).

La exposición que sigue se centrará en los problemas generales de definición de la cultura más clásica de la Edad del Bronce antes de pasar a comentar sus manifestaciones en los ámbitos del hábitat, eco-

nico que identificaría a las comunidades pastoriles de la Meseta, estando su difusión relacionada con actividades ganaderas de trashumancia entre el centro de la península y las regiones de la periferia» (Molina, 1983, pp. 84-85). Esta defensa de la trashumancia a larga distancia contrasta con su aparente asunción de las críticas de Chapman (1979) a movimientos de ganado de estas características en época prehistórica, expresada en su propuesta de desplazamientos de carácter estacional y corto alcance (Molina, 1983, pp. 68-69) (véase *supra*, p. 449).

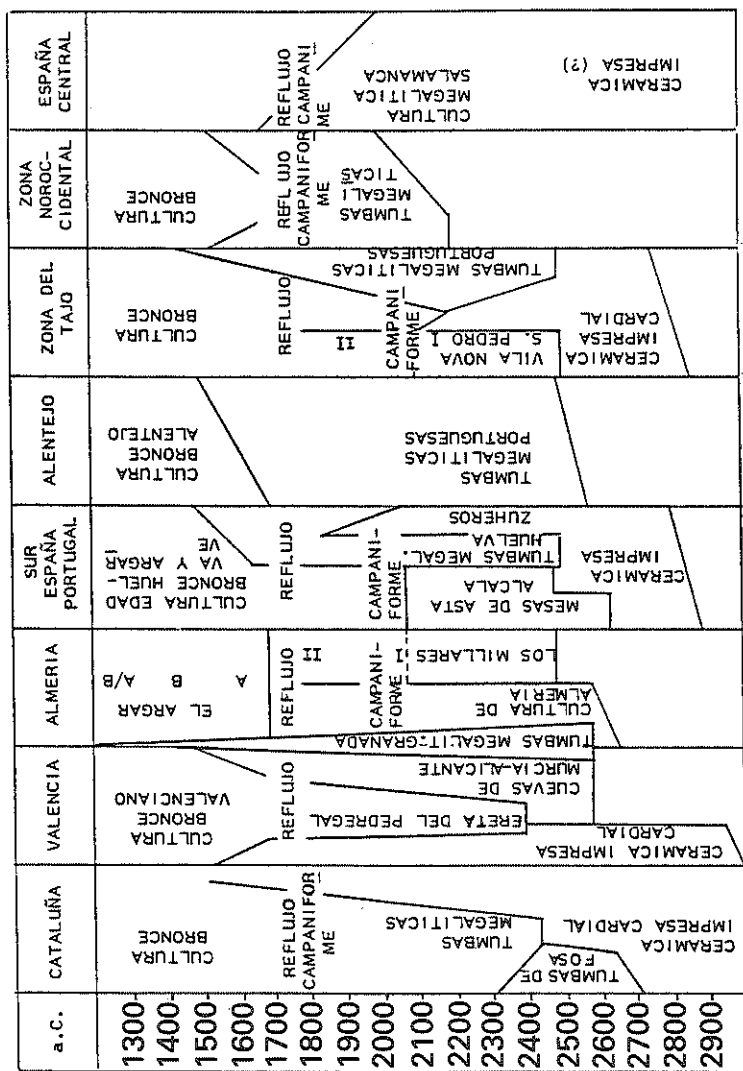


FIGURA 4. Evolución de las culturas peninsulares durante el tercer milenio, según B. Blance (1971)

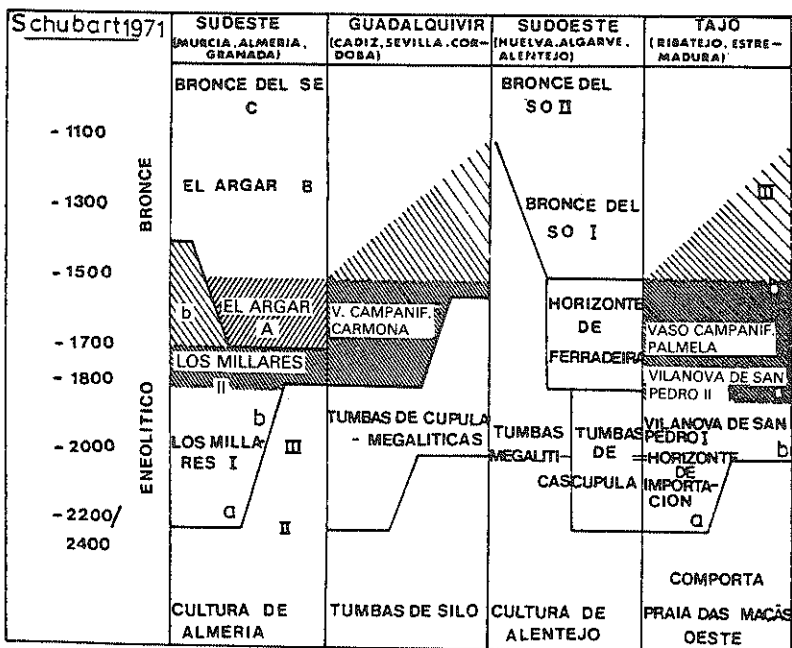
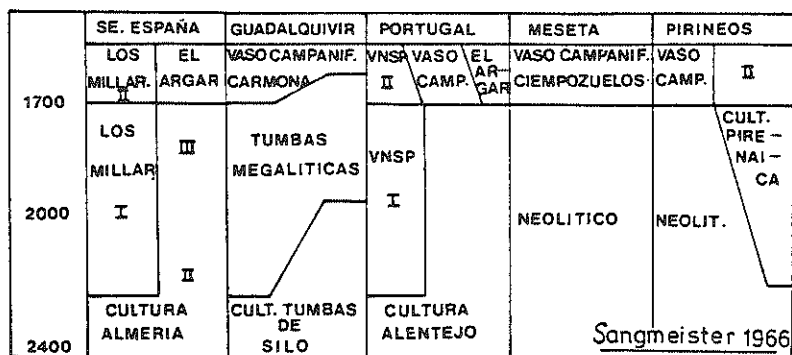


FIGURA 5. Cuadros cronológicos del Calcolítico (según Sangmeister, 1966) y Calcolítico y Edad del Bronce (según Schubart, 1971) peninsulares

nomía, demografía o sociedad y sus nexos en la Alta Andalucía con los grupos culturales allí reconocidos.

Me ceñiré al período comprendido entre el Bronce Antiguo y Tardío. La individualización de este último respecto al Bronce Medio es difícil, al tiempo que el Bronce Final ve «la consolidación de una nueva cultura [...] que en pocos de sus rasgos recuerda a la anterior Cultura del Argar» (*ibidem*, p. 108). Las síntesis de F. Molina (1977, 1978) siguen siendo la referencia para las revisiones más recientes (Pícazo y Sanahuja, 1987).

El proceso de formación de la cultura argárica, lo mismo que el de su crisis, carece de una base sólida que permita situarlos debidamente en su dimensión temporal y social (Martínez Padilla, 1986, p. 308). Los poblados de Los Millares (Arribas *et al.*, 1983, p. 161) y Almizaraque (Delibes de Castro *et al.*, 1985, p. 226) se abandonan tras la ocupación campaniforme, sin perdurar durante la Edad del Bronce, por citar aquellos que, por ahora, parecen contar con las secuencias más completas publicadas. A su vez, los primeros habitantes de Fuente Alamo tienen una cultura argárica ya constituida (Argar A) (Schubart y Arteaga, 1986).

En esas circunstancias, el tema se aborda a partir de fuentes de información muy diversas. La vinculación con el sustrato calcolítico (Muñoz, 1982, p. 21) se infiere de los resultados de las excavaciones sistemáticas modernas de la Alta Andalucía (Martínez Padilla, 1986, p. 308). La identificación del «núcleo original de la cultura argárica» se basa en las apreciaciones de Siret sobre la cronología de una serie de poblados sin mayores garantías que la datación que proponía para los de la Cultura de Almería (Tarradell, 1962, p. 84). Así, salvo Mathers (1984b, p. 1188) que lo delimita de modo amplio (noreste de Almería y sur de Murcia) o Gilman y Thornes (1985a, pp. 22-24) que no entran en el tema, continúa «centrado en la cuenca baja del río Almanzora» (Molina *et al.*, 1980, p. 162; Molina, 1983, p. 88; Lull, 1983, p. 263). Un argumento que sí parece sólido a la hora de definir esa localización es que

la cerámica del poblado y [...] funeraria de Fuente Alamo parecen diferenciarse mucho menos entre sí que en las provincias vecinas de El Argar, donde especialmente en la zona de Granada las formas de vasos de El Argar «clásico» son menos frecuentes y determinan un carácter especial de la cerámica funeraria frente a la [...] del poblado, que sigue en parte también tradiciones más antiguas (Arteaga y Schubart, 1980, p. 268; también en Schubart y Arteaga, 1983c, p. 59).

De todos modos, para saber cuánta razón asiste (Schubart y Arteaga, 1986, p. 289) a quienes sitúan el foco originario en el Bajo Almanzora falta evidencia de contraste.

Se piensa generalmente que, desde allí, la cultura argárica «inició su expansión ya en un momento antiguo de la Edad del Bronce, extendiéndose hasta el valle del Andarax» (Arribas *et al.*, 1983, p. 161). Este valle es una de las principales vías de penetración a las minas de cobre y plata de la vertiente septentrional de Sierra Morena, objetivo final supuesto para la incursión en la Alta Andalucía, a tenor de los numerosos yacimientos que jalonan el camino de acceso a las minas (Molina *et al.*, 1980, p. 164). Hipótesis similares se han propuesto para explicar «las causas de la "internada" argárica en la sierra» en otras zonas (Schubart y Arteaga, 1986, p. 303, por ejemplo) (véase *supra*, p. 440).

Según P. González Marcén y V. Lull (1987, p. 18), solamente Gilman (1981) y Lull (1983) «intentan formular una hipótesis de la desintegración argárica en función de factores causales en clave de contradicciones internas no superadas» (*cf.* pp. 468 y 470). En general, las explicaciones presentan dos rasgos dominantes: «el Bronce Tardío, inicio de la "época oscura" del sudeste es considerado como consecuencia lógica del desarrollo alcanzado por las comunidades argáricas, y característica de la inevitable decadencia que afecta a toda sociedad. Al mismo tiempo, y por la misma línea de razonamiento, se define como un período generador de una nueva etapa dorada, caracterizada, en este caso, por la explotación de los recursos metalíferos de Andalucía occidental (Chapman *et al.*, 1987, p. 105).

En segundo lugar, «la aparición de nuevos rasgos culturales se da siempre en clave de aculturación [...] o bien [...] de penetración de grupos étnicos extranjeros al área del sudeste» (*ibidem*; *cf.* Molina, 1983, pp. 107-113).

Por su parte, el equipo del Proyecto Gatas (Chapman *et al.*, 1987, p. 105) lo interpreta «como una etapa de transición en el desarrollo de las comunidades» allí implantadas «consecuencia de las contradicciones internas de las comunidades argáricas, y que presupone nuevos procesos adaptativos» (véase *supra*, p. 429). Su análisis requiere programas de investigación específicos que contemplen las interrelaciones entre los asentamientos de las diversas áreas del Sudeste (*ibidem*).

La cronología de El Argar tiene en cuenta, con reservas, las bases tipológicas (Blance, 1971) criticadas por Lull (1983) (véanse pp. 346,

394, 398) y los resultados de las primeras excavaciones emprendidas en los poblados granadinos del Cerro de la Encina (Monachil) (Arribas *et al.*, 1974) y la Cuesta del Negro (Purullena) (Molina y Pareja, 1975), así como el conjunto de los obtenidos en los trabajos en el sitio almeriense de Fuente Alamo (Schubart y Arteaga, 1986). En los dos primeros la estratigrafía está caracterizada tipológicamente y la documentación gráfica es importante, pero en Monachil corresponde a uno solo de los cortes abiertos y las dataciones en ambos son escasas. Posteriormente se han dado a conocer cuatro más en ese mismo yacimiento (Molina, 1983, p. 36), pero no se indica su contexto preciso (González Marcén y Lull, 1987, p. 13). Fuente Alamo, en cambio, cuenta con una amplia serie de fechas radiocarbónicas pero sus excavadores prestan más atención a los espectaculares restos constructivos y tumbas que a las piezas arqueológicas de las que se ofrece una precisa selección.

Según Schubart y Arteaga (1983*b*, p. 60), «Resulta claro que [el] cuadro [de Blance], realizado en base al estudio de sepulturas, no siempre contrastables de una manera estratigráfica precisa, puede ser en algunos aspectos revisado. Sin embargo, en su generalidad presenta elementos confirmados en la secuencia de Fuente Alamo».

Arribas (1976), en su día, y estos investigadores hasta la actualidad (Schubart y Arteaga, 1986) manejan normalmente la distinción Argar A y Argar B. Por el contrario, F. Molina (1977, 1983), F. de la Torre (1978) y Lull (1983) prescinden de ella. Los esfuerzos han ido destinados a la precisión de la secuencia incorporando los materiales domésticos, las fechas C-14 (Arribas, 1976; Schubart y Arteaga, 1983*b*, pp. 60-61 y 1986) e individualizando una tercera fase denominada «Bronce Tardío [Argar C o Argar Tardío]» (Molina, 1978, p. 199; Torre, 1978, pp. 154-155; Arteaga y Schubart, 1980, p. 357)

Los factores de variabilidad no cronológica advertidos en el registro (véase *supra*, p. 357) han llevado a pensar que lo prudente es «abrir un paréntesis de espera, hasta que vayan tomando cuerpo las excavaciones en otras áreas referidas a la Cultura de El Argar, para poder matizar posibles equivalencias o diferencias, entre unos desarrollos materiales y otros» (Schubart y Arteaga, 1983*b*, p. 60). Se reivindica así «una concreción cronológica y material de los asentamientos excavados sistemáticamente, procurando prestar la máxima atención a los contextos culturales de las muestras cronológicas» (González Marcén y Lull, 1987, p. 14). Sin embargo, el conocido retraso en la publicación de esa documentación da lugar a que las secuencias

publicadas hace diez años sean manejadas todavía. Por ello no está de más comentarlas.

La sistemática de Arribas (1976) mantiene la estructuración de la cultura argárica de Blance (1971), pero modifica su cronología mediante la combinación de fechas radiocarbónicas y datos de cronología arqueológica. En el momento de publicación de su artículo el inicio del Argar, en el Sudeste se situaba «en el 1700 a.C., ya sea a continuación de la etapa de Los Millares II y de la Cultura paralela a aquélla de Almería III, ya sea (Sangmeister, 1966), retrotrayendo el inicio de Los Millares II a la misma fecha del 1700 y por lo tanto como paralelo del inicio del Argar. Esta fecha sostenida por Sangmeister se apoyaba en estudios de carácter tipológico realizados por Blance (1971)» (Arribas, 1976, pp. 151-152) (véanse figuras 4 y 5).

Desde esa misma «perspectiva tipológica se [había] venido fijando la fecha del 1500-1400 para el Argar B, sobre todo por el apoyo logrado por la cronología de las cuentas de pasta vítrea de Fuente Alamo (Blance, 1971)» (Arribas, 1976, p. 152).

A. Arribas (1976, pp. 152-153) emplea las fechas radiocarbónicas obtenidas en Orce (1785 a.C. Argar A), Monachil (1675 a.C. Argar B antiguo) y Purullena (1670 a.C. Argar B antiguo y 1120 a.C. y 1185 a.C. «para el final del Bronce Ultimo») ¹³⁴ como referencia para completar los límites cronológicos de las fases, mediante procedimientos arqueológicos. En realidad, como veremos, las del «final del Bronce Ultimo» de Purullena son las únicas que se tienen en cuenta.

Según el autor, si se aceptara la primera (1785 a.C.) «habría que hacer más viejo el origen de Argar en Almería teniendo en cuenta que Orce se halla fuera del área nuclear argárica» (*ibidem*, p. 152).

Por su parte, propone remontarlo al 1900 a.C. (*cf. infra*): «Las fechas de Monachil y Purullena [para el Argar B] se complementan entre sí y dejan un margen de desarrollo del Argar A entre 1900-1800 y 1650 a.C.» (*ibidem*).

En cuanto a las dos fechas restantes de Purullena (1120 a.C. y 1185 a.C.), «sellarán ¹³⁵ la fase III o Bronce Final. Pero del contexto de la estratigrafía y la superposición de estructuras así como del aná-

¹³⁴ R. de Balbín (1978, p. 99, n. 10) advierte un error en la conversión de la fecha de Purullena Gr. N. 7286 3620 ± 35 B.P., cuya corrección se incorpora al texto.

¹³⁵ Más adelante Arribas (1976, p. 153) añade «si aceptamos la cronología basada en la estratigrafía y tipología, el final del Bronce Final de Purullena debería situarse hacia el 900 a.C. (falta de cerámica a torno)».

lisis tipológico, deberíamos aceptar una vida mínima de 300 años para esta etapa del Bronce Final, lo que situaría [su] inicio [...] (aceptando las fechas C-14 para su final) en el 1500» (*ibidem*, p. 152).

A propósito del marco temporal sugerido para el Argar B, el autor sostiene que, de aceptarse un inicio del Bronce Final en el 1500 a.C. «habría que hacer más viejo el inicio del Argar B y retrotraerlo hacia el 1700-1600, ya que habría que reservar (vista la potencia de estratos) unos 200 años para su desarrollo y clímax. Con ello la fecha del inicio del Argar A alcanzaría a un 1900 a.C. que es lo que [...] habría que proponer en el caso de tomar en consideración la fecha de 1785 para el Argar A del Cerro de la Virgen de Orce» (*ibidem*, p. 152)¹³⁶.

En realidad, la datación radiocarbónica de Orce sólo proporciona una referencia cronológica precisa para dicho yacimiento por la ausencia de una serie bien establecida por procedimientos radiocarbónicos para la cultura de El Argar que permitiera averiguar en qué momento de su desarrollo debería encuadrarse.

En conclusión, A. Arribas propone la siguiente secuencia del Argar: el Argar A queda comprendido entre 1900-1800 y 1650 a.C.; el Argar B, entre 1650 y 1500 a.C. y el Bronce Final, entre 1500 y 900 (Purullena) o 700-600 a.C. (Monachil).

La serie se fundamenta, pues, en las fechas de carbono 14 del Bronce Final de Purullena y las duraciones de dicho período calculadas por procedimientos arqueológicos. En efecto, las *dataciones del final* del Bronce Final de la Cuesta del Negro (1120 a.C. y 1185 a.C.) sitúan la *fase media* del período, en torno al 1200 a.C. A partir de una estimación de 300 años para su desarrollo, su inicio se establece en el 1500 a.C. y su final en el 900 a.C., límites resultantes de sumar y restar, respectivamente, al 1200, esos 300 años. Una vez situado el inicio del Bronce Final en el 1500 a.C. se vuelve a recurrir a los mismos procedimientos arqueológicos para fijar, esta vez en 200 años,

¹³⁶ Como indica A. M.^a Muñoz (1982, pp. 23-24), si se quiere defender una fecha de 1900 a.C. para el inicio del Argar A resulta «curioso que en Montefrío, donde el final del estrato VIII se fechaba en 1899 a.C. con cerámica campaniforme de tipo Ciempozuelos, pero también con formas carenadas a media altura y grandes ollas y orzas de almacenamiento de tipo argárico, Arribas [descarte] calificarlo de argárico precisamente porque [considere] que esta fecha [al ser] demasiado alta obligaría a remontar las del Argar de Almería». Como se recordará, esto último es lo que se aducía en relación con la datación del 1785 a.C. de Orce para envejecer el comienzo de la cultura argárica.

la vida del Argar B. En consecuencia, éste retrotrae su comienzo al 1700 a.C. Por último, presumiblemente, puesto que no se ofrece ningún argumento para defender la fecha (*cf. supra*), se evalúa de modo convencional, en otros 200 años, el desenvolvimiento del Argar A, con lo cual, el origen de la cultura argárica alcanza el 1900 a.C. Una vez construido este marco, se procede a encajar en él las demás fechas radiocarbónicas. Represento gráficamente el proceso en el esquema inferior:

ARGAR A	1900	
1785 a.C. Orce		200 años
ARGAR B	1700	
1675 a.C. Monachil y 1670 a.C. Purullena		200 años
BRONCE FINAL	1500	
1120 a.C. y 1185 a.C. Purullena	1200	
		300 años
	900	

Los procedimientos arqueológicos consisten en recurrir a la potencia estratigráfica, la superposición de estructuras y el análisis tipológico para calcular la duración de las fases. Sin embargo, es imposible cualquier cuantificación susceptible de contraste de la vida de una fase de ocupación a partir de esos criterios. El hecho de que el propio Arribas (*ibidem*) los utilice para defender fechas distintas pone de manifiesto la inconsistencia de las cronologías establecidas sobre esas bases (Picazo y Sanahuja, 1987, p. 27).

F. Molina (1977, pp. 5 y 18)¹³⁷ asume la tesis de Arribas de un origen temprano de la cultura argárica en el Sudeste, así como todos los procedimientos, empleados por él, para la elaboración de la cronología. Sin embargo, cuestiona la periodización clásica, de la que se había servido Arribas en su artículo. Según Molina (1977, p. 5), estando «basada en los ajuares funerarios del yacimiento epónimo [...], sólo puede aplicarse con reservas a las áreas de expansión que rodean el núcleo central de la cuenca de Almanzora». Además, «como toda clasificación efectuada sin bases estratigráficas y exclusivamente sobre hallazgos funerarios, adolece de una generalización excesiva, ofreciendo numerosas lagunas difíciles de salvar por el momento» (*ibidem*).

¹³⁷ Su trabajo posterior (Molina, 1978) no modifica el primero.

El, por su parte, trata de lograr ese objetivo, en la «etapa final de esta cultura que, en numerosas ocasiones, se había hecho perdurar hasta la implantación de la colonización fenicia» (*ibidem*), definiendo una nueva fase el «Bronce Tardío». Tiene un carácter de transición de la cultura del Argar. Se inician ciertos cambios tipológicos y nuevas relaciones que apuntan claramente hacia la problemática del final de la Edad del Bronce. Este horizonte [...] está bien representado estratigráficamente en la secuencia del Cerro de la Encina» (*ibidem*, p. 6).

Se le puede reconocer asimismo en el Cabezo Redondo (Villena), El Oficio y Fuente Alamo (Almería). Queda fechado por «las relaciones estratigráficas del Cerro de la Encina [...] (fase IIb), aproximadamente en los siglos XIV-XII a.C.». Tipológicamente se caracteriza por «diversos tipos de fuentes con carena alta y fondo curvo o aplanado [...] botellas, la paulatina desaparición de [...] las copas y la intrusión en un momento avanzado del mismo de los primeros elementos del horizonte cultural Cogotas I de la Meseta» (*ibidem*).

A su vez, se «producen ciertos cambios en el trazado urbanístico de los poblados y en los recursos económicos» (predominio de bóvidos y caballos, sobre ovicápridos) (Muñoz, 1982, p. 25)¹³⁸.

El margen cronológico, propuesto por Molina (1978, p. 6) para el Bronce Tardío (s. XIV-XII a.C.), coincide parcialmente con el del «Bronce Final» (1500-900 a.C.) de la secuencia de Arribas (1976, p. 144) quien, por otra parte, incluye esta fase II de Monachil en el Argar B (*cf. infra* cuadro de correlaciones).

La periodización específica del grupo argárico granadino, desde la perspectiva crítica adoptada por F. Molina, corre a cargo de un compañero de su Departamento, F. de la Torre Peña (1978):

El primer período, «Cobre final/Argar inicial (2000-1800 a.C.)» (*ibidem*, p. 152): se caracteriza por «la intrusión, en los complejos megalíticos del Cobre Final, de algunos tipos metálicos y de cerámica, exclusivamente» funerarios. Las «fechas vendrían avaladas por la estratigrafía» y datación radiocarbónica de 1890 a.C. (estrato VIII) de

¹³⁸ M. Picazo y M.^a E. Sanahuja (1987, p. 28) advierten que: «No obstante, durante el Bronce Final el caballo queda relegado en último lugar en Monachil y en Galera los bóvidos y équidos desaparecen casi bruscamente.» Tampoco están de acuerdo con la «generalización efectuada a partir del estudio de los restos óseos del Cerro de la Encina, Cuesta del Negro y Cerro del Real principalmente, cuyas implicaciones hipotéticas no han sido, por el momento, validadas» (*ibidem*, p. 29).

Montefrío. Este yacimiento es la base para la definición de los aspectos constructivos y económicos de la etapa.

El *segundo período*, «Argar Antiguo (1800-1600 a.C.)»: es «el momento en que ya han tomado plena identidad los elementos de esta Cultura, aunque aún perduran elementos indígenas en los poblados aculturizados» (*ibidem*).

Los yacimientos más característicos de esta fase son Orce (estrato III A) Laborcillas (fase III), Purullena (fase I, c. 1700 a.C.) y Monachil (fase I, c. 1600 a.C.) (*ibidem*, pp. 153-154). Existen ya enterramientos en fosa en el área del poblado, objetos de oro y plata, así como copas. Desaparecen elementos todavía presentes en la fase anterior, como cerámica campaniforme (Orce) o las fuentes y platos calcolíticos, mientras se elevan notablemente los porcentajes de los vasos «tipo tulipa». En cambio, «la cerámica doméstica seguirá la tradición anterior». En los casos en los que se cuenta con identificaciones faunísticas, las proporciones de las especies representadas (bóvido, caballo, oviscaprido, cerdo) varían de unos poblados a otros.

El *tercer período* o «Argar Pleno (1600-1300 a.C.)» (*ibidem*, p. 154): es el «momento de apogeo» de la cultura. Está presente en muchos yacimientos de la provincia (Orce, Purullena, entre otros), pero «queda especialmente caracterizado en la fase II a del Cerro de la Encina [...]. Se asiste a una clara imposición de las tipologías argáricas», incluso en «los niveles de habitación», pero con elementos específicos del argárico granadino como «las copas de pie cuadrado [...], los cuencos parabólicos con buenos bruñidos y espatulados y con una o más series de mamezones en el labio, las botellas también con mamezones sobre el diámetro máximo de sus paredes, etc.».

«La base ganadera es prácticamente la misma de la fase anterior.»

El *cuarto período* o «Argar Tardío (1300-1100 a.C.)»: definido por F. de la Torre (*ibidem*, pp. 154-155), no ofrece más diferencia respecto al caracterizado por F. Molina (1977), que el ascenso en un siglo de su fecha inicial.

La serie propuesta por F. de la Torre tiene diversos rasgos característicos. En primer lugar, comprende cuatro fases convencionales de 200 años (salvo el Argar Pleno con 300 años). No se explica cómo se ha logrado la determinación de sus límites cronológicos pero, si se considera que el investigador es miembro del equipo del Departamento de Prehistoria de la Universidad de Granada y se sirve de los datos manejados previamente por Arribas (1976) y Molina (1977),

cabe pensar que los procedimientos no difieran de los que ya conocemos. Hay dos novedades notables, respecto al trabajo del primero de ellos. Una consiste en que, ahora, las fases argáricas de Monachil y Purullena se adscriben unas al «Argar Antiguo» (Torre, 1978, pp. 153-154) (fase I) y otras al «Argar Pleno» (*ibidem*, p. 154) (fase II), en vez de globalmente al «Argar B» (Arribas, 1976, pp. 144 y 148). En segundo lugar, mientras la fase II de Purullena se incluye en conjunto en el «Argar Pleno», la de Monachil se subdivide, atribuyendo la fase IIA al «Argar Pleno» y la IIB al «Bronce Tardío», con lo que se sigue el mismo criterio que F. Molina (1977, p. 6). Es decir, que los materiales del Cerro de la Encina que Arribas (1976, p. 144) situaba en el «Argar B», según F. Molina y F. de la Torre, corresponden, en parte, al «Bronce Tardío» (*cf. infra* cuadro correlaciones). Esto podría sugerir que los procedimientos empleados para la observación no son suficientemente rigurosos (Picazo y Sanahuja, 1987, p. 27).

El segundo rasgo definitorio de la secuencia argárica granadina es su dependencia expresa de las influencias almerienses. Las etapas identificadas expresan así el proceso de aculturación, experimentado por los grupos calcolíticos del interior. La aparición en la fase del Argar Pleno (Torre, 1978, p. 154) de cerámica de tipología argárica, entre otros rasgos, incluso en los niveles de habitación demostraría la plena asimilación de las influencias almerienses por las poblaciones granadinas.

La fase del Bronce Tardío ha sido objeto de estudio específico por parte de H. Schubart y O. Arteaga (1983c, p. 62), con ocasión de las excavaciones de Fuente Alamo (Almería). Su importancia reside en que no es «un fenómeno de transformación cultural exclusivamente del Sudeste sino, [con] connotaciones diversas en el resto de la Península y en el Continente». Si en esa primera formulación no queda claro su carácter de «nueva cultura» o de continuidad respecto a lo argárico, recientemente se interpreta taxativamente como resultado de las transformaciones *in situ* «operadas en el seno de la sociedad argárica» (Schubart y Arteaga, 1986, p. 306). Fueron «las estructuras socioeconómicas sobre las cuales se apoyaba el poblamiento del Bronce Pleno las que acabaron agotadas, sumidas en sus propias contradicciones» (*ibidem*).

Schubart y Arteaga (1983c, p. 62) distinguen dos fases en su evolución: una etapa inicial de «transformación de la cultura del Bronce Medio, alrededor del siglo XIV-XIII a.C. que, en Fuente Alamo se fe-

cha por radiocarbono en el 1330 ± 70 a.C., y otra «de desarrollo» que, en dicho yacimiento está «plenamente formada» a partir de 1300 ± 70 a.C. y en las comarcas vecinas, «alrededor de los siglos XIII-XII a.C. sobre todo»¹³⁹.

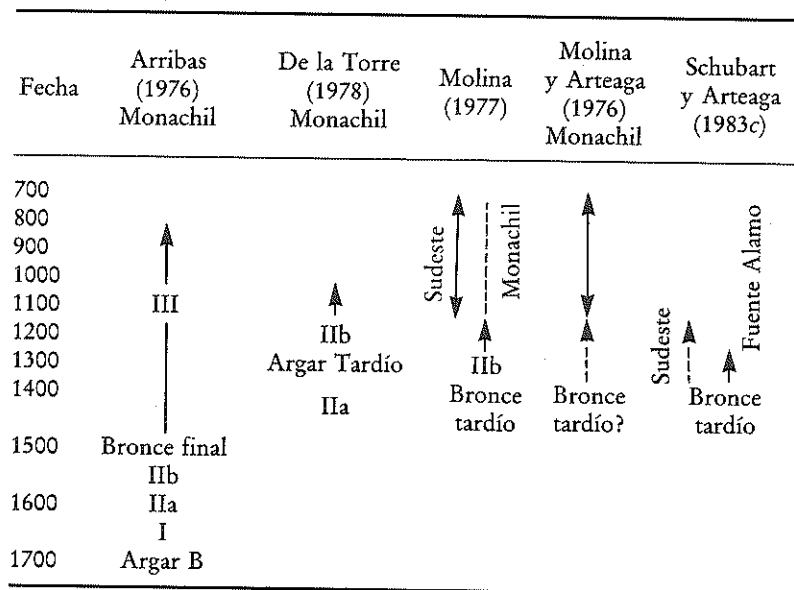
Esta cronología supone retrotraer el «Bronce Tardío» un siglo, respecto al límite defendido por F. de la Torre (1978, pp. 154-155), retomando las márgenes (s. XIV-XII a.C.) apuntados por F. Molina (1977, p. 6). La caracterización tipológica de la cerámica coincide con la de este último investigador —sustitución de las formas del Bronce Medio por «fuentes y cazuelas de carena alta y fondo plano»—, pero ahora se alude a la «propagación de otros elementos metálicos, de tipología diferente [a la argárica], que muchas veces podían haber procedido de otros centros productores, apartados del Sudeste» (Schubart y Arteaga, 1983c, p. 63). En Fuente Alamo, el período se identifica también por «la desaparición de las sepulturas del área del poblado», frente a «la continuidad de los sistemas arquitectónicos y constructivos» y del funcionamiento del hábitat, «similar al argárico» (*ibidem*). No hay todavía datos faunísticos que permitieran averiguar los cambios ocurridos en las especies, respecto a la ocupación argárica.

El cuadro 7 permite comparar las distintas secuencias que se han comentado y apreciar su grado de coincidencia y divergencia.

La superación de la clásica división Argar A y Argar B por parte de F. Molina (1977) y F. de la Torre (1978) en sus estudios de la Edad del Bronce granadina es introducida por V. Lull (1983) en el propio «núcleo originario» de la cultura. Sustituye dicha división por una periodización dual o tripartita que enfatiza los aspectos socioeconómicos, sobre los tecnológicos convencionales (véase apartado III.3.2.2). Comprende una «fase de transición», entre el 1900 a.C. y el 1800 a.C. Una «intermedia», restringida por ahora al sitio epóni-

¹³⁹ Los yacimientos del Bronce Tardío son «la fase II del Cerro de la Encina», «los niveles superiores de la Cuesta del Negro», «algunas evidencias documentadas en El Cabezo Redondo» y el «Bronce postargárico» de Fuente Alamo (Arteaga y Schubart, 1980, pp. 277-278). Resulta novedosa, respecto a los sitios considerados por F. Molina (1977, p. 6), la incorporación de la Cuesta del Negro y la exclusión del Oficio. El poblado de Purullena corresponde cronológicamente a esta fase («entre mediados del siglo XIII y el X a.C.») pero, según el autor (*ibidem*, p. 10), culturalmente es un poblado intrusivo de «gentes de Cogotas I», que entran en relación «con los indígenas del Argar Tardío y Bronce Final del Sudeste». M. Picazo y M.^a E. Sanahuja (1987, pp. 27-28) han expuesto cómo esa hipótesis carece todavía de contraste empírico.

CUADRO 7. Correlación de las principales secuencias del final de la Edad del Bronce del Sudeste. Las líneas discontinuas indican que en la publicación citada no se concreta la fecha inicial o final del período



mo, cuyos márgenes cronológicos se sitúan entre 1750-1650 a.C. Por último, la «fase plena» se desenvuelve entre 1600 a.C. y 1440 a.C. (Lull, 1983, pp. 455 y 263). En otras ocasiones, sin embargo, se suprime la fase intermedia, reduciendo el desarrollo a una «fase de formación» (1900 y 1800 a.C.) y otra «de apogeo» (1700 a.C. y 1500 a.C.), «produciéndose un gran desarrollo y expansión entre el 1650 a.C. y el 1550 a.C. (Argar Pleno)» (*ibidem*, p. 450).

Las objeciones a la fundamentación de esta secuencia, ya fueron expuestas en el apartado citado.

A. M.^a Muñoz (1982, p. 24) sintetiza el estado de la cuestión sobre el tema, en los siguientes términos: «De momento varios autores admiten un período de formación de la cultura argárica entre 1900 y 1800 a.C., en gran parte contemporánea al desarrollo del vaso campaniforme. Su apogeo sería entre el 1700-1500, centrado en fechas tradicionales, 1600-1550, intuidas de antiguo a base de [...] las cuentas

de pasta vítrea. El momento final vendría dado en torno al 1400 a.C., de acuerdo con las fechas del Picacho de Oria.»

En realidad, dada la variabilidad que las nuevas excavaciones están sacando a la luz en el registro arqueológico de la cultura argárica y el ritmo de la investigación, parece que todavía estamos lejos de lograr una definición de la misma generalizable a todo su territorio y asumida por todos los investigadores.

Los avances más llamativos corresponden a la caracterización de las formas de vida. La visión tradicional que abordaba el estudio de los yacimientos como si de entidades aisladas se tratasen, ha sido sustituida por la creencia en una organización territorial a diferentes escalas, responsable de los patrones observables.

El emplazamiento en «pequeños llanos amesetados que suelen terminar en forma de espolón» del Calcolítico se abandona en las zonas costeras de Almería y Murcia, por lo general (El Argar es una excepción), por «auténticos “cabezos”, delimitados por profundos barrancos en la zona alta de los valles» (Molina *et al.*, 1980, p. 162). «El hábitat con casas de planta circular aisladas y dispersas por el terreno», defendidas a veces por fortificaciones complejas, del período previo se cambia por otro con viviendas de planta rectangular, agrupadas «en núcleos compactos que se escalonan sobre terrazas en las laderas empinadas de los cerros [...]. Tan sólo las zonas de más fácil acceso al poblado se protegían con lienzos de muralla» (*ibidem*). Poblados como el de Fuente Alamo demuestran la complejidad alcanzada en la organización del espacio interno (Schubart y Arteaga, 1986). El tamaño de los asentamientos es «reducido, aunque existen otros de mayor envergadura como los [...] de El Argar, El Oficio y Fuente Alamo» (Molina *et al.*, 1980, p. 162). Molina (1983, p. 90) valora «el gran incremento en el número de poblados argáricos localizados en Granada [como] prueba indudable de un creciente desarrollo demográfico durante la Edad del Bronce».

Las prácticas funerarias quedan bien atestiguadas en Fuente Alamo. Se advierte «un proceso evolutivo entre las primeras manifestaciones sepulcrales del Argar A (1900 a.C.) (*covachas artificiales, cista con dromos de acceso*) y las propias del momento final del Argar B (1450-1400 a.C.)» (*urnas y cistas* «de menor tamaño que las primeras conocidas en el yacimiento») (Schubart y Arteaga, 1986, p. 306). Las pautas iniciales reflejan «una sociedad aristocrática, cuyo núcleo fundamental era la institución familiar, monogámica». Más tarde, la «generalización de los enterramientos en cistas y seguidamente en urnas

van traduciendo una creciente diferenciación, tendente a la mostración de un mayor papel del individuo: como depositario de pobreza y de riqueza» (*ibidem*).

Las actividades económicas de este asentamiento al que se atribuye una dedicación minera ya se han comentado (véase *supra*, p. 440).

Según Molina (1983, p. 92): «Al iniciarse la Edad del Bronce en [...] Granada, las poblaciones pertenecientes a la Cultura Megalítica y al Horizonte de Los Millares, sufren una importante transformación, al tiempo que en regiones como las Depresiones de Guadix y Baza se fundan los primeros asentamientos plenamente argáricos, habitados por pequeños núcleos de población.»

Esta diversidad de situaciones dará lugar durante el período a «tres complejos culturales diferentes» (*ibidem*). Me ocuparé sólo del propiamente «argárico».

La documentación básica para el estudio del denominado Grupo granadino de la Cultura del Argar procede de las excavaciones en la Cuesta del Negro y el Cerro de la Encina. El primero es «una primera fundación» (*ibidem*, p. 95) iniciada hacia el 1800 a.C. que inaugura el modelo urbanístico que identificará a dicho grupo. Consiste en «un recinto fortificado de planta rectangular, formado por gruesos lienzos de muralla» situado en la «zona central del yacimiento» y «cabañas con endebles paredes de material orgánico y barro, adosadas a los altibajos del terreno» en las lomas y laderas contiguas. «Las defensas se completan con un pequeño fortín [...] aislado del hábitat en la zona superior de la cuesta, donde protege el camino de entrada al poblado» (*ibidem*).

Como en los sitios clásicos almerienses «la necrópolis se sitúa en el área de habitación, a menudo bajo las mismas viviendas». Salvo dos entierros infantiles en urna, se escogen fosas, con un pozo de «acceso a una pequeña cámara lateral [...] en cuyo interior se depositaba el cadáver y las ofrendas funerarias» (*ibidem*). El estudio estadístico de estas últimas ¹⁴⁰ muestra «una clara diferenciación de [las mismas] en relación con el sexo de los enterrados» y «una incipiente estratificación social» (*ibidem*, p. 96). El estudio antropológico indica un patrón demográfico primitivo con fuerte mortalidad infantil (un ter-

¹⁴⁰ Molina (1983, pp. 95-98) no introduce precisiones cronológicas, aunque el poblado se ocupó «durante un amplio período de tiempo —tres o cuatro siglos—» (*ibidem*, p. 95).

cio de la muestra), seguida de la de individuos entre 20 y 30 años (33%), seis superan los 40 años y uno sólo los 60 (*ibidem*, p. 98).

La dedicación agrícola, deducida de los datos ambientales (localización y fauna), molinos y dientes de hoz, incluiría secano y regadío y se completaría con un pastoreo importante de ovejas y cabras, bóvidos para carga y tracción, cerdos y algún caballo (*ibidem*, p. 99).

La existencia de «una importante actividad metalúrgica» (*ibidem*) es lo único que rompe el marco de autosuficiencia general del poblado. Otra artesanía constatada es la textil (lana y esparto) (*ibidem*, p. 100).

La asociación de las tumbas con unidades de habitación ha permitido abordar el tema de la estratificación social sobre bases sólidas. Esta «es clara, aunque incipiente, pues [...] las sepulturas más ricas no se concentran en un área determinada del poblado, sino que aparecen mezcladas con enterramientos de menor categoría (*ibidem*).

Concluiré este apartado con algunas observaciones sobre el Cerro de la Encina, que completará el panorama general de la información proporcionada por el nuevo enfoque de la investigación.

El asentamiento forma parte del sistema interdependiente de poblados argáricos de la Vega de Granada (*ibidem*, p. 101). «Entre todos [...] ocupa un lugar excepcional por sus dimensiones, importante arquitectura defensiva y privilegiado lugar de emplazamiento» (*ibidem*).

Demuestra «una mayor diferenciación social y económica en la población, en virtud de una estratificación de los ajueres funerarios que se acentúa especialmente en el Bronce Pleno» (*ibidem*, p. 103). Los enterramientos son aquí en cuevecilla excavada en la roca, cista o fosa sencilla (*ibidem*, p. 104). El hallazgo de una sepultura infantil con un rico ajuar metálico (oro, cobre, plata) «demuestra que ya ha emergido un grupo dirigente, consolidándose una evidente división de clases con prerrogativas sociales y económicas» (*ibidem*, p. 104).

Como en otras ocasiones, los cultivos se presumen a partir de evidencia indirecta, destacando «la posibilidad de un policultivo de tipo mediterráneo, en el que se asociaría al cereal el olivo y diversos tipos de leguminosas». El ganado bovino y caballar fue «utilizado con seguridad para la tracción y otras actividades agrícolas» (*ibidem*). Además, ese último «muy superior a las necesidades de un grupo humano sólo puede explicarse convincentemente por su utilización como símbolo de riqueza» o porque representara «un importante papel en la sociedad argárica de la Vega granadina como elemento de inter-

cambio» (*ibidem*, p. 105). Es la primera vez que un prehistoriador español plantea esta interesante alternativa que permitiría abordar el problema del comercio prehistórico sobre bases formalistas.

IV.4. Conclusión

Las posibilidades de unos programas de investigación a largo plazo como los diseñados por los doctores Arribas y Molina (Departamento de Prehistoria de la Universidad de Granada) o los doctores Schubart y Arteaga (Instituto Arqueológico Alemán de Madrid) han quedado patentes en la extraordinaria mejora cuantitativa y cualitativa de la información disponible. Los exhaustivos estudios emprendidos por el Institut für Palaeoanatomie, Domestikations forschung und Geschichte der Tiermedizin de la Universidad de Munich, dirigido por el profesor J. Boessneck, juegan un papel primordial en este contexto (Molina, 1983, p. 77). En ellos se basan la inmensa mayoría de las observaciones relativas al medio ambiente y la economía de los grupos del Sureste durante el Calcolítico y la Edad del Bronce.

Quedan pendientes cuestiones importantes que se han ido comentando en el curso de la exposición. La heterogeneidad y desigual distribución del registro publicado y su parcialidad respecto al que queda por publicar se expresa en ciertos ámbitos con especial gravedad. Los procesos de formación y cambio de los grupos neolíticos y de las culturas de Los Millares y El Argar carecen de una definición adecuada.

Las inferencias económicas reposan de manera predominante, y generalmente exclusiva, en los análisis faunísticos, la presencia de dientes de hoz de sílex o molinos y los recursos potencialmente explotables. Suelen resultar dos lecturas alternativas. La primera propone una explicación sensiblemente parecida para cualquier tiempo y lugar: pequeños huertos en los ríos, cultivo extensivo de secano con barbechos más o menos largos aprovechados por los importantes rebaños de ovejas y cabras, incorporación de bóvidos y, a veces, caballo a las tareas agrícolas como animales de carga y tiro. La segunda destaca una especialización económica, normalmente ganadera (contraposición fundamental entre los grupos megalíticos granadinos y los millareses) o bien minero-metalúrgica.

En relación con la reconstrucción paleoambiental es claro que la primera lectura no da cuenta de la variabilidad observada y la segun-

da contradice el marco de autosuficiencia económica fundamental advertible durante todo el Calcolítico y la Edad del Bronce —en este último período, al menos, en Granada. Dicha reconstrucción requiere «la disección de tres variables fundamentales: los recursos del [...] territorio doméstico, ya sean alimentarios o no; la población que explota dichos recursos, y los instrumentos de producción utilizados para ello» (Picazo y Sanahuja, 1987, p. 29). Las tres son aludidas en los trabajos que se vienen comentando, pero se desconocen los procedimientos aplicados para su respectiva evaluación. Si los autores emplean análisis de captación de territorios en la línea de los emprendidos en la región (Gilman y Thornes, 1985*a*), las estimaciones cuantitativas de los recursos potencialmente explotables por yacimientos y épocas no se incluyen en las publicaciones. Otro tanto sucede con las relativas a las variables demográficas o con las interpretaciones funcionales de los objetos arqueológicos.

En este contexto el tratamiento de la ganadería y la trashumancia merece una atención especial correlativa a la que se la dedica en las síntesis al uso. No se advierte «la definición detallada de las limitaciones ecológicas regionales y locales para pasto y cultivo», ni «el desarrollo de una metodología arqueológica para la medición de la trashumancia prehistórica» (Chapman, 1985, p. 170) o, en general, de la importancia relativa de las distintas especies que componen la cabaña ganadera, ni de su incardinación con la agricultura. En esas condiciones parece que la especialización ganadera fuera más bien un recurso en pro de determinadas interpretaciones histórico-culturales a partir de contextos insuficientemente controlados, que una realidad arqueológicamente bien definida.

Los procedimientos de estudio del material no permiten en muchos casos la clara discriminación entre tipos y subtipos que sería necesaria para la identificación de tradiciones culturales. El caso de la cerámica campaniforme —alternativamente producida localmente («Campaniforme del Sudeste») o importada («Ciempozuelos») — es paradigmático.

En general, se echa en falta en ese apartado la generalización de las técnicas analíticas —que tantos elementos de contraste están proporcionando en relación con el estudio de la metalurgia— a los demás objetos. Sin duda su aplicación sería fundamental para asentar la discusión del intercambio, las influencias culturales y la especialización sobre bases más sólidas que las actuales.

En cuanto a la cronología, se advierte una preocupación por la

precisión de las fases (un siglo, dos siglos) que no parece justificada ni por la dinámica histórica de los primeros períodos metalúrgicos, ni por los instrumentos disponibles para su consecución. Las estimaciones calendáricas a partir de potencias estratigráficas y similares son desaconsejables, a menos que el metro llegue a ser una unidad de medida temporal y no sólo de longitud. Los problemas del carbono 14 para esos momentos ya se han indicado (Case, 1987; Harrison, 1988). Las detalladas y fiables estratigrafías que se están definiendo, gracias a las nuevas excavaciones, deben ser las referencias fundamentales para la seriación.

En suma, entiendo que, en el marco de la «perspectiva ecléctica» empirista, no se presta suficiente atención a las relaciones de causalidad entre las variables que se manejan. Se aíslan factores de cambio como el incremento en la densidad demográfica (a partir del número de poblados), la degradación ambiental por sobreexplotación agrícola, ganadera y minera o un genérico agotamiento de los recursos sin que se argumenten esas inferencias, ni tampoco qué circunstancias hacen especialmente significativos a unos en vez de a otros. Se menciona la organización en rangos, la estratificación social o la aparición de clases pero no se explican. Da la impresión de que se adoptan las propuestas evolucionistas como descripciones al día del registro obviando sus contrapuestas implicaciones en el ámbito de la causalidad cultural.

Puede decirse que la dialéctica entre teoría y registro empírico siempre ha estado severamente limitada en la investigación prehistórica del Sureste y, por extensión, dado su valor representativo, en el conjunto de la Prehistoria española. Si en la primera fase apenas era posible el control de la teoría por los hechos, a partir del impacto de la «ciencia en Arqueología» pareciera creerse —quizá por el salto cualitativo innegable respecto a la situación anterior— que «las cosas son en sí mismas y por tanto significan por sí mismas, como si tuvieran implícitamente “capacidad conceptual”» (Lull, 1988, p. 66). Confío que estas páginas hayan servido para poner de manifiesto la urgente necesidad de conseguir que la dialéctica sea, por fin, efectiva.

BIBLIOGRAFIA

- Aberg, N., 1921. *La civilisation enéolithique dans la péninsule Iberique*, Uppsala.
- Aberle, D., 1960. «The influence of linguistics on early culture and personality theory», en G. Dole y R. Carneiro (comps.), *Essays in the science of culture: in honour of Leslie A. White*, Nueva York, Thomas Y. Crowell, pp. 1-49.
- Academia de Ciencias de la URSS, 1975. *Manual de economía política*, Instrumentos 4, Barcelona, Grijalbo.
- Adams, R. Mc.C., 1966. *The evolution of urban society. Early Mesopotamia and prehispanic Mexico*, Chicago.
- Alcina Franch, J., 1975. *En torno a la antropología cultural*, Madrid, José Porrúa Turanzas, S. A.
- 1976. «Mi don Pedro», en J. Comas (comp.) (1976), pp. 53-59.
- Almagro Basch, M., 1957. *El hombre ante la historia*, Madrid, Rialp.
- 1958. «Las investigaciones de los Leisner sobre la cultura megalítica hispánica», *Acta Praehistorica*, 11, Buenos Aires, Centro Argentino de Estudios Prehistóricos, pp. 193-201.
- 1961. «La secuencia cultural de la península Ibérica del neolítico al Bronce final», *B.S.E.A.A.*, XXVII, pp. 45-59.
- 1973. *Introducción al estudio de la Prehistoria y de la Arqueología de campo*, Madrid, Guadarrama, 1.ª ed., 1960.
- y Arribas, A., 1963. «El poblado y la necrópolis megalíticas de Los Milares (Santa Fe de Mondújar. Almería)», *B.P.H.*, III.
- Almagro Gorbea, M., 1972. «La espada de Guadalajara y sus paralelos peninsulares», *T.P.*, 29, pp. 55-82.
- 1979. «Problems of the origin of metallurgy in the Iberian peninsula (Prebeaker metallurgy)», en M. Rian (comp.), «The origins of metallurgy in Atlantic Europe», *Proceedings of the fifth Atlantic Colloquium*, Dublin, pp. 1-6.
- Alonso del Real, C., 1977. *Nueva sociología de la prehistoria*, Santiago de Compostela, Pico Sacro.
- 1987. «Prólogo», en J. M. Bello Diéguez, F. Criado Boado y J. M. Vázquez Varela (1987), pp. 13-14.
- Antón, M., 1897. «Cráneos antiguos de Ciempozuelos». *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Madrid, XXX, pp. 467-483.

- Arnal J. y Prades, H., 1959. «El neolítico y calcolítico franceses», *Ampurias*, XXI, Barcelona, pp. 69-164.
- Arribas Palau, A., 1967. «La Edad del Bronce en la península Ibérica», en *Las raíces de España*, Madrid, I.E.A.A., pp. 85-108.
- 1968. «Las bases económicas del neolítico al Bronce», en *Estudios de economía antigua de la península Ibérica*, Barcelona, Vicens-Vives, pp. 33-60.
- 1976. «Las bases actuales para el estudio del eneolítico y la Edad del Bronce en el sudeste de la península Ibérica», *C.P.Gr.*, 1, pp. 139-155.
- 1977. «El ídolo de "El Malagón" (Cúllar-Baza. Granada)», *C.P.Gr.*, 2, pp. 63-86.
- 1986. «La época del Cobre en Andalucía oriental: perspectivas de la investigación actual», en *Homenaje* (1986), pp. 159-166.
- *et al.*, 1971. «Estudio mineralógico de la variscita de Palazuelo de las Cuevas, Zamora (España)», *Studia Geologica*, II, Salamanca, pp. 115-132.
- y Molina, F., 1978. «El poblado de "Los Castillejos" de las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada). Campaña de excavaciones de 1971. El corte número 1», *C.P.Gr.*, Serie monográfica 3.
- 1979. «Nuevas aportaciones al inicio de la metalurgia de la península Ibérica. El poblado de los Castillejos de Montefrío (Granada)», en M. Rian (comp.), «The origins of metallurgy in Atlantic Europe», *Proceedings of the fifth Atlantic Colloquium*, Dublín, pp. 7-32.
- 1984a. «The latest excavations of the Copper Age settlement of Los Millares, Almería, Spain», en W. H. Waldren, R. Chapman, L. Lewthwaite y R. C. Kennard (comps.) (1984), III, pp. 1029-1050.
- 1984b. «Estado actual de la investigación del megalitismo en la península Ibérica», *Scripta Praehistorica, Francisco Jorda Oblata*, Salamanca, pp. 63-112.
- 1987. «New Bell Beaker discoveries in the Southeast Iberian peninsula», en W. H. Waldren y R. C. Kennard (comps.) (1987), pp. 129-146.
- ; Molina, F.; Sáez, L.; de la Torre, F.; Aguayo, P., y Nájera, T., 1979. «Excavaciones en Los Millares (Santa Fe, Almería). Campañas de 1978 y 1979», *C.P.Gr.*, 4, pp. 61-110.
- 1983. «Nuevas excavaciones en Los Millares (1978-1981)», *Actas*, XVI, C.N.A. Murcia-Cartagena, 1980, Zaragoza, pp. 147-166.
- ; Pareja, E.; Molina, F., Arteaga, O. y Molina, F., 1974. «Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce "Cerro de la Encina". Monachil, (Granada). El corte estratigráfico número 3», *E.A.E.*, 81.
- Arteaga, O. y Schubart, H., 1980. «Fuente Alamo. Excavaciones de 1977», *N.A.H.*, 9, pp. 245-292.
- Audouze, F. y Lerio-Gourhan, A., 1981. «France: a continental insularity», *W.A.*, 13, 2, pp. 170-189.
- Bailloud, G., 1961. «Les civilisations eneolithiques de la France», en *Actes du Symposium consacré aux problèmes du Neolithique européen*, Praga, 1959, pp. 493-508.

- 1987. «El neolítico y el calcolítico en Francia», en J. Lichardus-Itten, G. Bailloud y J. Cauvin, *La protohistoria de Europa. El neolítico y el calcolítico*, Nueva Clío, La historia y sus problemas, Barcelona, Labor, pp. 312-353.
- y Mieg de Boofzheim, P., 1955. *Les civilisations néolithiques de la France dans leur contexte européen*, París, Ed. A.e.t. J. Picard.
- Balbín-Behrman, R. de, 1978. «El Bronce medio peninsular y la cronología radiocarbónica», en *C-14 y Prehistoria de la península Ibérica*. Madrid, Fundación Juan March, Serie Universitaria 7, pp. 95-100.
- Ballestín, X., González Marcén, P., Guillamón, C., Lull, V., Lloró, J. M., del Rincón, A., Ruiz Zapatero, G., Sanahuja, E., y Torres, J. M., *Corrents teòrics en arqueologia*, Actas del colloqui celebrat a la Facultat de Geografia i Història de la Universitat de Barcelona els dies 11, 12 i 13 de desembre de 1986, Barcelona, Columna Edicions, 1988.
- Barandiarán Maestu, I., 1975. «Revisión estratigráfica de la cueva de la Mora (Soria)», *N.A.H.*, Prehistoria 3, pp. 11-71.
- Bayard, D., 1983. «La "Nueva Arqueología": una historia crítica», *Scripta Ethnologica, Suplementa*, 2, Buenos Aires, pp. 9-27.
- Bello Diéguez, J. M.; Criado Boado, F., y Vázquez Varela, J. M., 1987. *La cultura megalítica de la provincia de La Coruña y sus relaciones con el marco natural: implicaciones socio-económicas*, La Coruña, Excelentísima Diputación Provincial de La Coruña.
- Benedict, R., 1934. *Patterns of culture*, Nueva York, Houghton Mifflin.
- Bernaldo de Quirós, F., 1980. «Notas sobre la economía del Paleolítico Superior», *Centro de Investigación y Museo de Altamira. Monografías*, 1, Madrid.
- Binford, L. R., 1965. «Archaeological systematics and the study of culture process», *American Antiquity*, 31, 1, Salt Lake City, Utah, pp. 203-210.
- 1972. *An archaeological perspective*, Nueva York-Londres, Seminar Press.
- 1972a. «Archaeology as Anthropology», en L. R. Binford (1972), pp. 20-32. Traducido en *C.A.S.E.*, 1, 3, 1971. 1.ª ed., 1962., pp.41-57.
- 1972b. «Introduction», en L. R. Binford (1972), pp. 1-14.
- 1972c. «Archaeological perspective», en L. R. Binford (1972), pp. 78-104.
- 1972d. «Mortuary practices: their study and their potential», en L. R. Binford (1972), pp. 208-243.
- 1983. *In pursuit of the past: decoding the archaeological record*, Londres, Thames & Hudson [*En busca del pasado*, Barcelona, Crítica, Grupo Ed. Grijalbo 1988].
- 1987. «Data, relativism and archaeological science», *Man* (N.S.), 22, Londres, pp. 391-404.
- Blance, B., 1960. *The origin and development of the early Bronze Age in the Iberian peninsula*, tesis doctoral inédita, Universidad de Edimburgo.
- 1961. «Early Bronze Age colonist in Iberia», *Antiquity*, xxx, Cambridge, pp. 192-202.

- 1964. «The argaric Bronze Age in Iberia», *R.G.*, LXXXIX, 1-2, pp. 129-142.
- 1971. «Die Anfänge der Metallurgie auf der Iberischen Halbinsel», *S.A.M.*, 4.
- Böhm, J., 1953. «Studie o periodisaci pravěkých dějin», *Pamatky Archaeologické*, XLIV, Praga, pp. 1-32.
- Bonsor, G., 1899. «Les colonies agricoles pré-romaines de la vallée du Betis», *Revue Archéologique*, XXXV, Francia, pp. 1-43.
- Boomert, A., 1975. «A contribution to the classification of spectro analyses of prehistoric metal objects», *Helinium*, 15, pp. 134-161, Wetteren (Bélgica), Universa.
- Bosch Gimpera, P., 1922. «Ensayo de una reconstrucción de la etnología prehistórica de la península Ibérica», número monográfico del *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, Santander.
- 1932a. *Etnología de la península Ibérica*, Barcelona, Alpha.
- 1932b. «La Edad del Bronce en la península Ibérica», *Investigación y Progreso*, Madrid, pp. 145-148.
- 1940. «The types and chronology of west european Beakers», *Man*, XL, Londres, pp. 27-35.
- 1944. *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, México, Imprenta Universitaria.
- 1954a. «La cultura de las cuevas en Africa, España y sus relaciones», *I Congreso Arqueológico del Marruecos Español*, pp. 139-153.
- 1954b. «La Edad del Bronce en la península Ibérica», *A.E.A.*, pp. 45-92.
- 1961. «Los problemas del neoneolítico peninsular y el simposio de 1959», *Zephyrus*, XII, Salamanca, pp. 43-53.
- 1967. «Las relaciones prehistóricas mediterráneas», *Anales de Antropología*, IV, México, pp. 95-126.
- 1969. «La cultura de Almería», *Pyrenae*, 5, Barcelona, pp. 47-97.
- 1975. *Prehistoria de Europa*, Madrid, Istmo.
- Botella, M. y Martínez, C., 1977. «Quelques considerations autour de la civilization d'El Argar», *Bulletin de la Société Anthropologie du Sud-Ouest*, 12, 2, pp. 33-47.
- Braidwood, R., 1959. «Archaeology and the evolutionary theory», en Betty J. Meggers (comp.), *Evolution and anthropology: a centennial appraisal*. The Anthropological Society of Washington, pp. 76-89.
- Briard, J., 1976. *L'Age du Bronze en Europe barbare*, Toulouse, Ed. des Hespérides, Collection archéologie, Horizons Neufs.
- Brothwell, D. y Higgs, E., 1980. *Ciencia en arqueología*, México, FCE, 1. ed. inglesa, 1963.
- Brumfiel, E. M. y Earle, T. K., 1987a. «Specialization, exchange and complex societies: an introduction», en E. M. Brumfiel y T. K. Earle (comps.) (1987), pp. 1-9.

- (comps.), 1987b. *Specialization, exchange and complex societies*, New Directions in Archaeology, Cambridge, Cambridge University Press.
- Burillo, F.; Juste, N.; Peña, J. L.; Perales, P.; Porro, J.; Picazo, J.; Ruiz, E., y Sancho, A., 1984. «Un estudio sincrónico y diacrónico del poblamiento y el territorio: el proyecto interdisciplinar de Mora de Rubielos (Teruel)», *Arqueología Espacial*, 1, Teruel, Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos, pp. 187-205.
- Butler, J. J. y Van der Waals, J. D., 1964. «Metal analysis, SAM I, and european prehistory», *Helinium*, 4, pp. 3-39, Wetteren (Bélgica), Universa.
- Butzer, K.W., 1971. *Environment and archaeology*, Londres, Methuen & Co. Ltd.
- Cajal Santos, N., 1981. «Materiales de la cueva de la Mora de Somaen (Soria) en el Museo Arqueológico Nacional», *T.P.*, 38, pp. 193-224.
- Cano, M., Chapa, T., Delibes de Castro, G., Moure, A., Querol, M.ª de los Angeles y Santonja, M., 1983, *Manual de Historia Universal*, I, «Prehistoria», Madrid, Nájera.
- Carriazo, J. de Mata, «La Edad del Bronce». En *Historia de España*, I, «España Prehistórica», pp. 755-847, 1.ª ed., 1947.
- Case, H. J., 1987. «Postscript. Oxford International Western Mediterranean Bell Beaker Conference», en W. R. Waldren y R. C. Kennard (comps.) (1987), pp. 115-127.
- Castillo, A. del, 1928. *La cultura del vaso campaniforme. (Su origen y extensión en Europa)*, Barcelona, Universidad de Barcelona, Facultad de Filosofía y Letras.
- 1953. «Las tres capas de la cueva de la Mora de Somaen (Soria)», *A.P.L.*, IV, pp. 135-150.
- 1975. «El neoneolítico», en *Historia de España: «España prehistórica*, I, 1, Madrid, Espasa-Calpe, pp. 489-714, 1.ª ed. 1947.
- Cerdán, C. y Leisner, G. y V., 1974. «Sepulcros megalíticos de Huelva», en M. Almagro Basch et al. (comp.), *Huelva: prehistoria y antigüedad*, Madrid, Editora Nacional, pp. 41-104.
- Cerrillo y Martín de Cáceres, E., 1984. «A más de diez años de la "pérdida de la inocencia"», *Norba. Revista de Historia*, V, Cáceres, Universidad de Extremadura, pp. 39-46.
- 1988. «La Nueva Arqueología 20 años después», *Para dialogar con el pasado*, 3. Cáceres, Universidad de Extremadura, 61 pp.
- Clark, G., 1952. *Prehistoric Europe, the economic basis*, Nueva York, Philosophical Library.
- 1966. «The invasion hypothesis in British archaeology», *Antiquity*, 40, Cambridge, pp. 172-189.
- 1972. «Star Carr: a case study in bioarchaeology», Addison Wesley, *Modular Publication in Anthropology*, 10, pp. 1-42.
- 1974. *Prehistoric Europe: the economic basis*, Nueva York, Philosophical Library, 1.ª ed., 1952.

- 1980. *Arqueología y sociedad. (Reconstruyendo el pasado histórico)*, Madrid, Akal, 1.ª ed. inglesa, 1939.
- 1981. *La Prehistoria*, Madrid, Alianza Universidad, Textos, núm. 34.
- Clarke, D., 1968. *Analytical Archaeology*, Londres, Methuen. [*Arqueología analítica*, Barcelona, Bellaterra, S. A., 1984.]
- 1970. *Beaker pottery of Great Britain and Ireland*, Cambridge, 2 vols.
- (comp.), 1972. *Models in archaeology*, Londres, Methuen.
- 1973. «Archaeology: the loss of innocence», *Antiquity*, 57, Cambridge, pp. 6-18.
- 1976. «The Beaker network-social and economic models», en N. Lanting y J. D. Van der Waals (comps.), *Glockenbecher Symposium*, Oberried, 1974, Bussum, pp. 459-477.
- Coghlan, H. H., 1951a. «Notes on the prehistoric metallurgy of copper and Bronze in the Old World», *Pitt Rivers Museum*, Oxford, Oxford University, *Occasional Papers on Technology*, 4, 131, 2.ª edición corregida y aumentada en 1975.
- 1951b. «Native cooper in relation to prehistory», *Man*, 156, Londres pp. 90-93.
- Coles, J. M., 1976. «The origins of metallurgy on the British isles», en XXIII Coloquio, *U.I.S.P.P.*: «Les débuts de la métallurgie» (pré tirage), Niza, pp. 15-27.
- 1981. «Metallurgy and Bronze Age society», en Von Lorenz (comp.), *Studien zur Bronzezeit Festschrift für Wilhelm Albert von Brunn*, Mainz, Verlag Philip von Zabern, pp. 95-107.
- y Harding, A. F., 1979. *The Bronze Age in Europe*, Londres, Methuen Co. Ltd. [En preparación: Siglo XXI de España Editores, S. A.].
- Collingwood, R. G., 1986. *Idea de la Historia*, México, FCE, 1.ª ed. inglesa, 1946.
- Comas, J. (comp.), 1976a. *In memoriam Pedro Bosch Gimpera (1891-1974)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- 1976b. «Biografía del doctor Pedro Bosch Gimpera: 1891-1974», en J. Comas (comp.) (1976a), pp. 9-22.
- Courtin, J., 1974. «Le néolithique de la Provence», *Mem. de la S.P.F.*, 11.
- Cowgill, G. L., 1975. «Population pressure as a non-explanation», en A. Swedlund (comp.), «Population studies in archaeology and biological anthropological anthropology. A symposium», memorias de la Society for American Archaeology, 30, *American Antiquity*, 40, 2, 2, Salt Lake City, Utah, pp. 127-131.
- Criado Boado, F. y Vázquez Varela, J. M., 1982. *La cerámica campaniforme en Galicia*, Cuadernos do Seminario de Sargadelos 42. La Coruña, Ed. do Castro.
- Criado Boado, F.; Aira Rodríguez, M.ª J., y Díaz-Fierros Viqueira, F., 1986. *La construcción del paisaje: megalitismo y ecología. Sierra de Barbanza*, Arqueoloxía/Investigación, Xunta de Galicia.

- Cuadrado, E., 1950. «Útiles y armas de El Argar. Ensayo de tipología», *Crónica*, 1, C.N.A. (Almería, 1949), Cartagena, pp. 103-126.
- Chalmers, A. F., 1984. *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*, Madrid, Siglo XXI.
- Chang, Kwang-Ching, 1972. «Principales aspectos de la interrelación entre etnología y arqueología», *C.A.S.E.*, 5, Arqueología teórica II, pp. 82-107.
- 1976. *Nuevas perspectivas en arqueología*, Madrid, Alianza, 1.ª ed. inglesa, 1967.
- Chapa Brunet, T., 1986. «Escultura ibérica: una revisión de sus interpretaciones», *T.P.*, 43, pp. 43-60.
- 1988. «Perspectivas actuales de la arqueología española», *R.O.*, 81, pp. 135-142.
- Chapa, T. y Delibes, G., 1983. «El neolítico» y «La Edad del Bronce: el Calcolítico», en M. Cano Herrera *et al.* (1983), pp. 258-342.
- Chapman, R. W., 1975. *Economy and society within Later Prehistoric Iberia: a new framework*, tesis doctoral inédita, Cambridge University.
- 1976. «The bell beaker problem — a solution?», *Antiquity*, L, Cambridge, pp. 132-135.
- 1977. «Burial practices: an area of mutual interest», en M. Spriggs (comp.), «Archaeology and anthropology: areas of mutual interest», *B.A.R. Supplementary Series*, 19, pp. 19-33.
- 1978. «The evidence for prehistoric water control in Southeast Spain», *Journal of Arid Environments*, 1, pp. 261-274.
- 1979. «Trashumance and megalithic tombs in Iberia», *Antiquity*, LIII, Cambridge, pp. 150-151.
- 1981a. «The emergence of formal disposal areas and the “problem” of megalithic tombs in prehistoric Europe», en R. W. Chapman, J. Kinnes y K. Randsborg (comp.), *The archaeology of death*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 71-81.
- 1981b. «Archaeological theory and communal burial in prehistoric Europe», en I. Hodder, G. Isaac y N. Hammond (comps.) (1981), *Pattern of the past: studies in honour of David Clarke*, Cambridge, pp. 387-411.
- 1981c. «Los Millares y la cronología relativa de la Edad del Cobre en el sudeste de España», *C.P.Gr.*, 6, pp. 75-89.
- 1982. «Autonomy, ranking and resources in Iberian prehistory», en C. Renfrew y S. Shennan (comps.) (1982), pp. 46-51.
- 1983. «The megalithic tombs of Iberia», en C. Renfrew (comp.) (1983), *The megalithic monuments of western Europe*. Londres, Thames & Hudson, pp. 29-42.
- 1984. «Early metallurgy in Iberia and the Western Mediterranean: innovation, adoption and production», en W. H. Waldren, R. Chapman, L. Lewthwaite y R. C. Kennard (comps.) (1984), pp. 1139-1161.
- 1985. «The later prehistory of Western Mediterranean Europe: recent advances», en *Advances in World Archaeology*, Nueva York, Academic Press, pp. 115-187.

- 1987a. «Once upon a time in the West»: some observations on beaker studies», en W. H. Waldren y R. C. Kennard (comps.) (1987), pp. 62-79.
- 1987b. «Beaker studies and Beaker conferences: an introduction», en W. H. Waldren y R. C. Kennard (comps.) (1987), pp. 1-3.
- 1987c. «The Copper Age in Southeast Spain», en R. Chapman *et al.* (1987), pp. 1-8.
- ; Lull, V.; Picazo, M., y Sanahuja, M.^a E. (comps.), 1987, «Proyecto Gatas —Sociedad y economía en el Sudeste de España c. 2500-800 a.n.e. 1. La prospección arqueológica», *B.A.H. International Series*, 348.
- Charles, R. P. 1963. «Problèmes de chronologie méditerranéenne», en *Cahiers Ligures de Préhistoire et d'Archéologie*, 12, 2.^a parte, Bordighera, Montpellier, pp. 181-204.
- Chassaing, M. M., 1958. «Observations formulées (...) au sujet de la communication faite par M. J. J. Hatt au cours de la séance du 24 janvier 1957, et concernant son projet de chronologie pour l'Age du Bronze en France», *B.S.P.F.*, LV, 5-6, pp. 305-306.
- Childe, V. G., 1930. *The Bronze Age*, Cambridge University Press.
- 1935. «Changing methods and aims in Prehistory, presidential address for 1935», *P.P.S.*, 1, pp. 1-15.
- 1936. *Man makes himself*, Londres.
- 1944. «Archaeological ages as technological stages», *Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, LXXIV, pp. 7-24.
- 1949. *Social Worlds of Knowledge*. Londres. L. T. Hobhouse Memorial Trust Lecture, N.º 19, delivered on 12 May 1948 at King's College. Londres.
- 1950a. *Prehistoric migrations in Europe*, Oslo, Instituttet for Sammenlignende Kulturforskning, Serie A: Forelesninger XX.
- 1950b. «The urban revolution», *The Town Planning Review*, XXI, 1, pp.3-17.
- 1951. *Social evolution*, Londres.
- 1953. «The middle Bronze Age», *A.P.L.*, IV, pp. 167-185.
- 1958. «Retrospect». *Antiquity*, Cambridge, 32, pp. 69-74.
- 1962. *L'Europe préhistorique. Les premières sociétés européennes*, París, Petite Bibliothèque Payot.
- 1973. *The dawn of European civilization*, Hertfordshire, Granada Publishing Ltd., 1.^a ed. publicada en 1925 por Routledge & Kegan Paul Ltd.
- 1979. «Prehistory and marxism», *Antiquity*, Cambridge, LIII, pp. 93-97.
- Daniel, G. 1943. *The Three Ages*, Cambridge, Cambridge University Press.
- 1950. *A hundred years of Archaeology*, Londres, Duckworth.
- 1951. «The chronological framework of prehistoric barbarian Europe», *Man*, 64, Londres, pp. 34-37.
- 1973. *El concepto de prehistoria*, Barcelona, Labor, 1.^a ed. inglesa, 1962.
- 1974. *Historia de la arqueología. De los anticuarios a Vere Gordon Childe*, Madrid, Alianza, núm. 521, 1.^a ed. inglesa, 1967.

- 1976. «In memoriam», en J. Comas (comp.) (1976a), pp. 61-64.
- 1981. *Towards a history of Archaeology*, Londres, Thames & Hudson.
- Deaño, A., 1978. *Introducción a la lógica formal*, Madrid, Alianza.
- Dechelette, J., 1910. *Manuel d'Archéologie préhistorique celtique et gallo-romaine*, t. II: «Archeologie celtique ou protohistorique», 1.ª parte, «Age du Bronze», París, Librairie Alphonse Picard et Fils.
- Delibes de Castro, G., 1976. «Prehistoria» en A. Balil, *Nueva historia de España en sus textos, Prehistoria y Edad Antigua*, Santiago de Compostela, Pico Sacro, pp. 25-133.
- 1977. *El vaso campaniforme en la Meseta Norte española*, Universidad de Valladolid, Departamento de Prehistoria y Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, «Studia Archaeologica», 46.
- 1978. «Carbono 14 y fenómeno campaniforme en la península Ibérica», en *C-14 y Prehistoria de la península Ibérica*. Madrid, Fundación Juan March, Serie Universitaria, núm. 77, pp. 83-94.
- 1985. «El calcolítico. La aparición de la metalurgia», en *Historia de Castilla y León*, 1: «La prehistoria del valle del Duero». Valladolid, Ambito, pp. 36-57.
- 1987a. «Introducción», en *El megalitismo* (1987), pp. 5-6.
- 1987b. «El significado del campaniforme de Ciempozuelos», en W. H. Waldren y R. C. Kennard (comps.) (1987), pp. 23-24.
- ; Fernández-Miranda, M.; Fernández-Posse, M.ª D., y Martín, C., 1985. «Almizaraque (Cuevas de Almanzora, Almería)», *Actas*, XVII, C.N.A. (Logroño, 1983), Zaragoza, pp. 221-232.
- y Muncio, L., 1981. «Apuntes para el estudio de la secuencia campaniforme en el oriente de la Meseta Norte», *Numantia*, Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, Soria, pp. 65-82.
- Earle, T. K., 1987. «Chiefdoms in archaeological and ethnohistorical perspective», *Annual Review of Anthropology*, 16, Palo Alto, California, pp. 279-308.
- y Preucel, R. W., 1987. «Processual archaeology and the radical critique», *C. A.*, 28, 4, pp. 501-513. Comentarios y bibliografía, pp. 513-538.
- Ehrich, R. W., 1961. «A few comments on methodology and terminology», en «L'Europe à la fin de l'Age de la Pierre», *Actes du Symposium consacré aux problèmes du Néolithique européen*, Praga (1955), pp. 603-607.
- 1972. «Nuevas reflexiones sobre interpretación arqueológica», *C.A.S.E.*, 5, Arqueología teórica, II, pp. 22-45.
- El megalitismo en la península Ibérica*, 1987. Madrid, Ministerio de Cultura.
- Engels, F., 1975. «Carta de Engels a J. Bloch», en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, t. II, pp. 492-495. Versión de Ed. Progreso, Madrid, Ayuso.
- Ericson, G. E. y Earle, T. K. (comps.), 1982. *Contexts for exchange*, Studies in Archaeology, Nueva York, Academic Press.
- Estévez Escalera, J., 1984. «Paleontología/Arqueología versus Paleoecono-

- mía/Arqueología», *Primeras Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica*, Soria, 1981, Madrid, Ministerio de Cultura, pp. 293-298.
- ; Gasull, P.; Lull, V.; Sanahuja, M.^a E., y Villa, A., 1984. «Arqueología como arqueología. Propuesta para una terminología operativa», *Primeras Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica*, Soria, 1981, Madrid, Ministerio de Cultura, pp. 21-31.
- Evans, A., 1921-36. *The palace of Minos at Knossos*, I-IV e índice, Londres.
- Evans, J. J., 1958. «Two phases of prehistoric settlement in the Western Mediterranean», *Institute of Archaeology, Annual Report and Bulletin*, XIII, Universidad de Londres, pp. 49-70.
- Fernández Martínez, V., 1984. «La combinación estadística de las fechas del C-14», *T.P.*, 41, pp. 475-487.
- y Ruiz Zapatero, G., 1984. «Análisis de territorios arqueológicos: una introducción crítica», *Arqueología espacial*, 1, *Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos*, Teruel, pp. 55-71.
- Fernández Miranda, M., 1985. *Relaciones mediterráneas entre el cuarto y el segundo milenio*, ponencias al XVIII Congreso Nacional de Arqueología. Sin paginar (23 pp.), Gobierno de Canarias.
- Fernández-Posse, M.^a D., 1986. «La cultura de Cogotas I», en *Homenaje* (1986), pp. 475-487.
- Ferrer Palma, J., 1987. «El megalitismo en Andalucía central», en *El megalitismo* (1987), pp. 9-29.
- Flannery, K. V., 1972. «The cultural evolution of civilisations», *Annual Review of Ecology and Systematics*, 3, pp. 9-29.
- 1973. «Archaeology with a capital S», en Ch. L. Redman (comp.), *Research and theory in current archaeology*, Nueva York-Londres-Sidney-Toronto, Wiley, pp. 47-58.
- Fontana, J., 1982. *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, Grijalbo.
- Freeman, L., 1973. «The significance of mammalian faunas from Paleolithic occupations in Cantabrian Spain», *American Antiquity*, 38, Salt Lake City, pp. 3-44.
- Freitag, H., 1971. *Botanische Jahrbücher*, 91, pp. 147-308.
- Fried, M. H., 1967. *The evolution of political society: an essay in political anthropology*, Nueva York, Random House.
- Friedman, J., 1974. «Marxism, structuralism and vulgar materialism», *Man*, 9, 3, Londres, pp. 444-469.
- 1975. «Tribes, states and transformations», en M. Bloch (comp.), *Marxist analyses and social Anthropology*, Londres, Malaby, pp. 161-202.
- 1979. *System, structure and contradiction. The evolution of «asiatic» social formations*, Copenhagen, Natl. Mus. Denmark.
- y Rowlands, M. J., 1978. «Notes towards an epigenetic model of evolution of civilisation», en J. Friedman y J. Rowlands (comps.), *The evolution of social systems*, Londres, Duckworth, pp. 201-279.

- Fritz, J. M. y Plog, F. T., 1970. «The nature of archaeological explanation», *American Antiquity*, 35, pp. 405-412. Traducido en C.A.S.E., 3, *Arqueología teórica*, 1, 1971, pp. 57-70.
- Furmanek, V. 1980. «Periodisation in the Central European Bronze Age», *Bulletin of the Institute of Archaeology*, Londres, 70, pp. 117-125.
- Fuste, M., 1960. «Estado actual de la antropología prehistórica de la Península», 1, *Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*, Pamplona, pp. 363-382.
- Gallay, A., 1979. «Le phénomène campaniforme: une nouvelle hypothèse historique», *Archives Suisses d'Anthropologie Générale*, Ginebra, 43, 2, pp. 231-258.
- García Carcedo, F., 1984. «El análisis de estructuras y la arqueología», *Primeras Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica*, (Soria), Madrid, Ministerio de Cultura, pp. 325-340.
- Gasull, P.; Lull, V., y Sanahuja, M. E., 1984. «Son Fornés I: la fase talayótica. Ensayo de reconstrucción socio-económica de una comunidad prehistórica de la isla de Mallorca», *B.A.R. International Series*, 209.
- Gaucher, G., 1981. «Sites et cultures de l'Age du Bronze dans la Bassin parisien», xv, *Supplément à «Gallia Préhistoire»*, París. CNRS.
- Gerhardt, K., 1976. «Anthropotypologie der Glockenbecherlente in ihren Auschwärmelandschaften», en *Glockenbecher Symposium*, Oberried 1974, Bussum, pp. 147-164.
- Gil-Mascarell, M. y Enguix, R., 1986. «La cultura del bronce valenciano: estado actual de la investigación», en *Homenaje* (1986), pp. 418-424.
- Gilman, A., 1976. «Bronze Age dynamics in southeast Spain», *Dialectical Anthropology*, 1, Amsterdam, pp. 30-319.
- 1981. «The development of social stratification in Bronze Age Europe», *C.A.*, 22, 1, pp. 1-23.
- 1987a. «El análisis de clase en la Prehistoria del Sureste», *T.P.*, 44, pp. 27-34.
- 1987b. «Unequal development in Copper Age Iberia», en E. M. Brumfiel y T. K. Earle (comps.) (1987), pp. 22-29.
- 1987c. «Regadío y conflicto en sociedades acéfalas», *B.S.A.A.*, 53, pp. 59-72.
- 1988. «Enfoques teóricos en la arqueología de los ochenta», *R.O.*, 81, pp. 47-61.
- y Thornes, J. B., 1985a, *Land-use and prehistory in Southeast Spain*, Londres, George Allen & Unwin.
- 1985b. *El uso del suelo en la prehistoria del sureste de España*, Madrid, Fundación Juan March, Serie Universitaria, 227.
- Gomes Lisboa, I. M., 1987. «Observations concerning the Beaker phenomenon», en W. H. Waldren y R. C. Kennard (comps.) (1987), pp. 25-26.
- Gonçalves, V. de los Santos, 1971. *O Castro da Rotura e o vaso campaniforme*, Setúbal. Edición de la Junta Distrital de Setúbal.

- González Marcén, P. y Lull, V., 1987. «La Edad del Bronce en el Sudeste: El Argar», en R. Chapman *et al.* (1987), pp. 9-21.
- Gran Aymerich, J. M. J., 1975. «Reflexiones y proposiciones operativas sobre una experiencia epistemológica en Arqueología», *Actas*, XIII, C.N.A. (Huelva, 1973), Zaragoza, pp. 71-78.
- 1977. «Teoría y metodología arqueológica. A propósito de una serie de experiencias y de sus perspectivas teóricas», *Actas*, XIV, C.N.A. (Vitoria, 1975), Zaragoza, pp. 43-48.
- Guilaine, J., 1967. *La civilisation du vase campaniforme dans les Pyrenées françaises*, Carcasona.
- 1976. «Systèmes chronologiques et séquences culturelles des civilisations neolithiques et protohistoriques de la France», en J. Guilaine (comp.), *La Préhistoire française*, II, «Civilisations neolithiques et protohistoriques», París, CNRS, pp. 17-23.
- 1984a. «Avant propos», en J. Guilaine (dir.), *L'Age du Cuivre européen. Civilisations à vases campaniformes*, París, CNRS, pp. 1-2.
- 1984b. «Conclusions générales», en J. Guilaine (dir.) (1984a), p. 247.
- 1984c. «La civilisation des gobelets campaniformes dans la France meridionale», en J. Guilaine (dir.) (1984a), pp. 175-186.
- Halstead, P. y O'Shea, J., 1982. «A friend in need is a friend indeed: social storage and the origins of social rankings», en Renfrew y S. Shennan (comps.) (1982), pp. 92-99.
- Hanson, N. R., 1977. *Patrones de descubrimiento* (1.ª ed. inglesa, 1958), *Observación y explicación* (1.ª ed. inglesa, 1971), Madrid, Alianza Universidad, núm. 177.
- Harbottle, G., 1982. «Chemical characterization in Archaeology», en G. E. Ericson y T. K. Earle (comps.) (1982), pp. 13-51.
- Harding, A. F., 1980a. «Chronological systems in the European Bronze Age», *Bulletin of the Institute of Archaeology*, 70, Londres, pp. 125-128.
- 1980b. «Radiocarbon calibration and the chronology of the European Bronze Age», *Archeologické Rozhledy*, 32, Praga, pp. 178-185.
- Harris, M., 1979. *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*, Madrid, Siglo XXI.
- Harrison, R. J., 1974a. «Origins of the Bell Beaker cultures», *Antiquity*, XLVIII, Cambridge, pp. 99-109.
- 1974b. «A reconsideration of the Iberian back-ground to Beaker metallurgy», *Palaeohistoria*, XVI, Groningen, Holanda, pp. 63-105.
- 1977a. *The Bell Beaker cultures of Spain and Portugal*, American School of Prehistoric Research, Peabody Museum. Cambridge, Massachusetts. Harvard University. Bull 35.
- 1977b. «Beaker cultures of Iberia, France and the West Mediterranean islands, 2200-1500 C.C.», *B.A.R., Supplementary Series* 26, pp. 5-26.
- 1980. *The Beaker folk. Cooper Age archaeology in western Europe*, Londres, Thames & Hudson.

- 1984a. «Beaker cultures of Iberia, France and the West Mediterranean islands», en J. Guilaine (dir.) (1984a), pp. 187-207.
- 1984b. «Nuevas bases para el estudio de la paleoeconomía de la Edad del Bronce en el norte de España», *Scripta Praehistorica*, Francisco Jorda Oblata, Salamanca, pp. 287-315.
- 1988. «Bell Beakers in Spain and Portugal: working with radiocarbon dates in the 3rd millenium B.C.», *Antiquity*, 62, 236, Cambridge, pp. 464-472.
- y Gilman, A., 1977. «Trade in the second and third millennia B.C. between the Maghreb and Iberia», en V. Markotic (comp.), *Ancient Europe and the Mediterranean. Studies presented in honour of Hugh Hencken*, Werminster Wilts, Aris & Phillips, pp. 90-114.
- Hatt, J. J., 1955-62. «Chroniques de protohistoire, I a VI», en *B.S.P.F.*, LII, 1-2, 1955, pp. 96-101; LII, 7, 1955, pp. 397-400; LIII, 7-8, 1956, pp. 434-445; LV, 5-6, 1958, pp. 304-306; LVII, 3-4, 1961, pp. 184-195, y LIX, 9-10, 1962, pp. 659-667.
- Hawkes, C. F. C., 1942. «Race, prehistory and European civilisation», *Man*, 73, Londres, pp. 125-140.
- Helena, Ph., 1937. *Les origines de Narbonne*, París, Didier et Privat.
- Hempel, C. G., 1978. *Filosofía de la ciencia natural*, Madrid, Alianza Universidad.
- Hernando Gonzalo, A., 1987. «¿Evolución cultural diferencial del Calcolítico entre las zonas áridas y húmedas del Sureste español?», *T.P.*, 44, pp. 171-200.
- 1988. *Evolución interna y factores ambientales en la interpretación del Calcolítico del Sureste de la península Ibérica. Una revisión crítica*, Colección Tesis Doctorales, núm. 188/88. Madrid, Universidad Complutense.
- Higgs, E. S. (comp.), 1972-75. *Papers in economic prehistory*, Cambridge, Cambridge University Press.
- y Vita-Finzi, C. «Prehistoric economies: a territorial approach», en E. S. Higgs (comp.) (1972), pp. 27-36.
- Hodder, I., 1982. «Theoretical archaeology: a reactionary view», en I. Hodder (comp.), *Symbolic and structural archaeology*, New Directions in Archaeology, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 1-16.
- 1984. «Archaeology in 1984», *Antiquity*, LVIII, Cambridge, pp. 25-32.
- 1985. «Post-processual archaeology», en M. B. Schiffer (comp.), *Advances in archaeological method and theory*, 8, Nueva York, Academic Press, pp. 1-26.
- 1986. *Reading the past. Current approaches to interpretation in archaeology*, Cambridge, Cambridge University Press. [*Interpretación en arqueología: corrientes actuales*, Barcelona, Crítica Grijalbo, 1988.]
- 1987a. «La arqueología en la era postmoderna», *T.P.*, 44, pp. 11-26.
- 1987b. «The contribution of the long term», en I. Hodder (comp.), *Ar-*

- chaecology as long-term history*, New Directions in Archaeology. Cambridge, Cambridge University Press, pp. 1-8.
- 1987c. «Reading Bell reading “Reading the past”», *Archaeological Review from Cambridge*, 6, 1, pp. 87-91.
- Hook, D. R.; Arribas, A.; Craddock, P. T.; Molina, F., y Rothenberg, B., 1987. «Copper and Silver in Bronze Age Spain», en W. H. Waldren y R. C. Kennard (comps.) (1987), pp. 147-172.
- Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, 1986. Madrid, Consejería de Cultura, Junta de Andalucía.
- Huet de Bacelar Gonçalves, A., 1979. «Elementos de cor verde provenientes de estações arqueológicas portuguesas —importancia do seu estudo mineralógico». Actas da 1.ª Mesa-Redonda sobre «O Neolítico e o Calcolítico em Portugal» (Oporto, 1978), *Trabalhos do Grupo de Estudos Arqueológicos do Porto*, 3, pp. 209-225.
- Jimeno Martínez, A., 1984. «Los Tolmos de Caracena (Soria) (Campañías de 1977, 1978 y 1979.) Nuevas bases para el estudio del bronce en la zona del Alto Duero», *E.A.E.*, 134.
- Jordá, F., 1964. «Medio siglo de investigación prehistórica en España», *Zephyrus*, XV, Salamanca, pp. 134-135.
- Jordá, F., Pellicer, M., Acosta, P., y Almagro-Gorbea, M., 1986, *Historia de España*, I, «Prehistoria», Madrid, Gredos, pp. 207-263.
- Junghans, S.; Sangmeister, E., y Schröder, M., 1960. «Metallanalysen Kupferzeitlicher und frühbronzezeitlicher Bodenfunde aus Europa», *S.A.M.*, I.
- 1968. «Kupfer und Bronze in der frühen Metallzeit Europas», *S.A.M.*, II.
- Kalb, F., 1975. «Arquitectura de las colonias del Bronce. I», *Actas*, XIII, C.N.A. (Huelva, 1973), Zaragoza, pp. 383-386.
- Kempisty, A., 1978. «The corded ware culture in the light of new stratigraphic evidence», *Przegląd Archeologiczny*, 26, Wrocław, Polonia, pp. 5-41.
- Klein, J.; Lerman, J. C.; Damon, P. E., y Ralph, E. K., 1982. «Calibration of radiocarbon dates: tables based on the consensus data of the workshop of calibrating the radiocarbon time scale», *Radiocarbon*, 24, New Haven, pp. 103-150.
- Klejn, L.S., 1970. «Archaeology in Britain: a marxist view», *Antiquity*, XLIV, Cambridge, 296-303. Traducido en *C.A.S.E.*, 1, 3, 1971, pp. 25-40.
- 1977. «A panorama of theoretical archaeology», *C.A.*, 18m 1, pp. 1-42.
- Kohl, P. L., 1981. «Materialist approaches in prehistory», *Annual Review of Anthropology*, 10, Palo Alto, California, pp. 89-118.
- 1985. «Symbolic cognitive archaeology: a new loss of innocence», *Dialectical Anthropology*, 9, Amsterdam, pp. 105-117.
- Kristiansen, K., 1981. «A social history of Danish Archaeology (1805-1975)», en G. Daniel (comp.), *Towards a history of Archaeology*, Londres, Thames & Hudson, pp. 20-44.
- 1984. «Ideology and material culture —an archaeological perspective», en M. Spriggs (comp.) (1984), pp. 72-100.

- 1985. «The place of chronological studies in Archaeology: a view from the old world», *Oxford Journal of Archaeology*, 4, 3, pp. 251-266.
- 1987. «From stone to bronze—the evolution of social complexity in northern Europe. 2300-2100 B.C.», en E. M. Brumfiel y T. K. Earle (comps.) (1987), pp. 30-51.
- Kunst, M., 1987. «Bell Beakers sherds in Zambujal», en W. H. Waldren y R. C. Kennard (comps.) (1987), 2, pp. 591-597.
- Lafuente, A. y Saldaña, J. J. (coord.), 1987. *Historia de las ciencias*, Colección Nuevas Tendencias, 5, Madrid, CSIC.
- Lakatos, I., 1974. *Historia de la ciencia y sus reconstrucciones racionales*, Madrid, Tecnos.
- Laming-Emperaire, E., 1968. *La arqueología prehistórica*, Barcelona, Martínez Roca.
- Lanting, J. W. y Van der Waals, J. D., 1976. «Beaker culture relations in the lower Rhine basin», en *Glockenbecher Symposium*. Oberried 1974. *Bussum*, pp. 1-80.
- Leira, R. y Ruiz Gálvez, M., 1984. «Reseña bibliográfica a V. Lull: "La cultura de El Argar (un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas)"», Madrid, Akal (1983), *R.A.*, v, 35, pp. 56-57.
- Leisner, G. y V., 1943. *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Erster Teil: Der Süden*, Römisch-Germanische Forschungen 17 (Röm-German. Komm. d. Deutsch. Arch. Inst. zu Frankfurt a.m.), Berlín, Verlag von Walter de Gruyter.
- 1949a, b, c, d. «Los monumentos megalíticos del mediodía de la península Ibérica, según los resultados a que han llegado G. y V. Leisner», *A.E.A.*, 74, XXII, 1949a, pp. 75-85; 75, XXII, 1949b, pp. 557-591; 76, XXII, 1949c, pp. 249-263, y 77, XXII, 1949d, pp. 363-377. Traducción directa del original G. y V. Leisner (1943), «Zusammenfassung», por Martínez Munilla.
- 1951. *Antas do concelho de Reguengos de Monsaraz (Materiais para o estudo da cultura megalítica em Portugal)*, Lisboa.
- 1956. *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Der Western.*, Madrider Forschungen 1, Lieferung (Deutscher Archäol. Inst. Aby. Madrid), Berlín, Walter de Gruyter.
- Leisner, V. y Schubart, H., 1966. «Die kupferzeitliche Befestigung von Pedra do Ouro Portugal», *Madrider Mitteilungen*, 7, Mainz am Rhein, Alemania, pp. 9-60.
- Jerma Alegría, J. V., 1981. «Los orígenes de la metalurgia en el País Valenciano», *A.P.L.*, XVI, pp. 129-140.
- Leroi-Gourhan, A., 1950. *Les fouilles préhistoriques (techniques et méthodes)*, París, A. y J. Picard y Cie.
- Lewthwaite, J. G., 1987. «The Braudelian Beaker: a chalcolithic conjuncture», en W. Waldren y R. C. Kennard (comps.) (1987) (i), pp. 31-60.

- Lichardus, N. y Lichardus-Itten, M., 1987. «Difusión de la civilización neolítica en Europa y evolución histórico-cultural hasta el final del Calcolítico», en J. Lichardus, M. Lichardus-Itten, G. Bailloud y J. Cauvin, *La protohistoria de Europa. El Neolítico y el Calcolítico*, Nueva Clío. La historia y sus problemas, Barcelona, Labor, pp. 59-301.
- Linares Tirado, J. M.ª, 1984. «Conocimiento y teoría en Historia. Reflexión epistemológica», *Norba. Revista de Historia*, 5, Cáceres, pp. 127-136.
- López Piñero, J. M.ª, 1987. «Los estudios sobre la ciencia», *Saber leer*, diciembre, 10, pp. 10-11.
- Lowie, R., 1912. «The principle of convergence in ethnology», *Journal of American Folk-Lore*, 25, pp. 24-42.
- Lull, V., 1983. *La «cultura» de El Argar (un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas)*, Madrid, Akal.
- 1984a. «Ecología argárica», *Anales de la Universidad de Murcia (Letras)*, XLIII, pp. 21-48.
- 1984b. «A new assessment of Argaric society and culture», en W. H. Waldren, R. Chapman, J. Lewthwaite y R. C. Kennard (comps.) (1984), IV, pp. 1197-1238.
- 1988. «Hacia una teoría de la representación en Arqueología», *R.O.*, 81, pp. 62-76.
- y Estévez, J., 1986. «Propuesta metodológica para el estudio de las necrópolis argáricas», en *Homenaje* (1986), pp. 441-452.
- Lumbreras, L. G., 1987. «Childe and the urban revolution: the central andean experience», en L. Manzanilla (comp.) (1987), pp. 327-344.
- Llobregat, E. A., 1966. «Estudio de los megalitos portugueses por los Leisner y las cuevas de enterramiento múltiple del País Valenciano», *A.P.L.*, XI, pp. 81-90.
- 1975. «Nuevos enfoques para el estudio del período Neolítico al Hierro en la región valenciana», *P.L.A.*, 11, pp. 119-140.
- 1976. *Iniciación a la arqueología alicantina*, Publicaciones de la Caja de Ahorros Provincial de la Excelentísima Diputación de Alicante, 40.
- McNairn, B., 1980. *The method and theory of V. Gordon Childe. Economic, social and cultural interpretations of Prehistory*, Edimburgo, Edinburgh University Press.
- MacWhite, E., 1951. *Estudios sobre las relaciones atlánticas de la península hispánica durante la Edad del Bronce*, Disertaciones Matritenses, II, Seminario de Historia Primitiva del Hombre, Madrid.
- 1972. «Sobre la interpretación de la evidencia arqueológica en términos históricos y sociológicos», *C.A.S.E.*, 5, pp. 46-81.
- Maluquer de Motes, J., 1949. «Concepto y periodización de la Edad del Bronce peninsular», *Ampurias*, XI, Barcelona, pp. 191-195.
- 1972. *Proceso histórico económico de la primitiva población peninsular*, Instituto de Arqueología y Prehistoria, Universidad de Barcelona, Publicaciones eventuales, núm. 20.

- 1975a. «La Edad del Bronce en el occidente atlántico», *Primeras Jornadas de Metodología Aplicada a las Ciencias Históricas*, Santiago de Compostela, pp. 129-145.
- 1975b. «Un yacimiento prehistórico en Hornos de Segura (Jaén)», *N.A.H.*, Prehistoria, 3, pp. 287-305.
- 1976. «Prólogo», en A. M.^a Rauret, *La metalurgia del Bronce en la península Ibérica durante la Edad del Hierro*, Instituto de Arqueología y Prehistoria, Publicaciones eventuales, núm. 25, Madrid, pp. v-VIII.
- Manzanilla, L. (comp.), 1987. «Studies in the Neolithic and urban revolutions. The V. Gordon Childe Colloquium, México 1986». B.A.R. International Series, 349 [Coloquio V. Gordon Childe. Estudio sobre la revolución neolítica y la revolución urbana, México, UNAM].
- Martín de Guzmán, C., 1984. «Nociones epistemológicas y arqueología prehistórica», *Primeras Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica*, Soria, 1981, Madrid, Ministerio de Cultura, pp. 35-64.
- 1988. «Arqueología y paradigma: tendencias y resistencias», *R.O.*, 81, pp. 27-46).
- Martín Morales, G., 1983. «Las fechas del Quintanar (Munera, Albacete) y la cronología absoluta de la Meseta Sur», *Homenaje al profesor Martín Almagro Basch*, Madrid, Ministerio de Cultura, II, pp. 23-35.
- Martínez Navarrete, M.^a I., 1986. «El cambio tecnológico, ¿causa o efecto del cambio cultural?», *Jornadas sobre Metodología Arqueológica*, Comunidad Autónoma de la Región de Murcia, Consejería de Cultura y Educación, Dirección Regional de Cultura, Servicio Regional del Patrimonio Histórico. Ejemplar mecanografiado sin paginación, 20 pp.
- 1987. «La secuencia clásica de Los Millares, ¿obstáculo o ayuda para la investigación?», *Actas*, XVIII, C.N.A. (islas Canarias, 1985), Zaragoza, pp. 215-233.
- 1988a. *La Edad del Bronce en la submeseta suroriental: una revisión crítica*, Colección Tesis Doctorales, núm, 191/88. Madrid, Universidad Complutense, 3 vols.
- 1988b. «Morras, motillas y castillejos: ¿unidad o pluralidad cultural durante la Edad del Bronce en La Mancha?», *Homenaje a Samuel de los Santos*, Instituto de Estudios Albacetenses Excm. Dip. Prov. Albacete, Murcia, pp. 81-92 Murcia.
- y Vicent, J. M., 1983. «La periodización —un análisis histórico crítico», *Homenaje al profesor Martín Almagro Basch*, Madrid, Ministerio de Cultura, IV, pp. 343-352.
- Martínez Padilla, C., 1986. «El Argar y la argarización en el occidente de la provincia de Almería. La cuenca del río Nacimiento. Andarax», en *Homenaje* (1986), pp. 308-314.
- Martínez Sánchez, C., 1988. «El neolítico en Murcia», en P. López (coord.), *El Neolítico en España*, Madrid, Cátedra, Historia, Serie Mayor, pp. 167-194.

- Martínez Santa Olalla, J., 1946. *Esquema paleontológico de la península hispánica*, Madrid, Public. del Seminario de Historia Primitiva del Hombre.
- ; Sáez, B.; Posac, F.; Sopranis, J. A., y Val, J. A. del, 1947. «Excavaciones en la ciudad del Bronce mediterráneo II, de la Bastida de Totana (Murcia)», Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, *Informes y Memorias*, núm. 16, Madrid.
- Marx, K., 1975a. «Prólogo de la contribución a la crítica de la economía política», Marx y Engels, *Obras escogidas*, I, pp. 346-351. Versión de Ed. Progreso, Madrid, Ayuso.
- 1975b. *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, en Marx y Engels, *Obras escogidas*, t. I, pp. 229-328. Versión de Ed. Progreso, Madrid, Ayuso.
- Mas Adrover, J., 1988. «Pollentia y la romanización de las Baleares. Entrevista con Arribas Palau», *R.A.*, 84, pp. 6-12.
- Mathers, G., 1984a. «Beyond the grave: the context and wider implications of mortuary practices in southeast Spain», en T.F.C. Blagg, R. F. J. Jones y S. J. Keay (comps.), «Papers in Iberian archaeology», *B.A.R. International Series*, 193 (i), pp. 13-46.
- 1984b. «“Linear regression”, inflation and prestige competition: 2nd millennium transformations in southeast Spain», en W. H. Waldren, R. Chapman, J. Lewthwaite y R. C. Kennard (comps.) (1984), IV, pp. 1167-1196.
- Meillassoux, C., 1960. «Essai d'interprétation du phénomène économique dans les sociétés traditionnelles d'autosubsistance», *Cahiers d'Etudes Africaines*, 4, pp. 38-67.
- 1972. «From production to reproduction», *Economy and Society*, 1, pp. 93-105.
- Mellaart, J., 1979. «Egyptian and Near Eastern chronology: a dilemma?», *Antiquity*, 53, Cambridge, pp. 6-18.
- Menk, R., 1979 «Le phénomène campaniforme: structures biologiques et intégration historique». *Archives Suisses d'Anthropologie Générale*, Ginebra, 43, 2, pp. 259-284.
- Milisauskas, S., 1978. *European prehistory*, Nueva York, Academic Press.
- Millote, J. P., 1970. *Précis de protohistoire européenne*, París, Armand Colin.
- Molina González, F., 1977. *La cultura del Bronce final en el sudeste de la península Ibérica*, tesis doctorales de la Universidad de Granada, 178, Facultad de Filosofía y Letras, Departamento de Prehistoria, 19 pp.
- 1978. «Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la península Ibérica», *C.P.Gr.*, 3, pp. 159-232.
- 1983. *Prehistoria de Granada*, Granada, Don Quijote.
- y Arteaga, O., 1976. «Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la península Ibérica». *C.P.Gr.*, 1, pp. 175-214.
- ; Contreras Cortés, F.; Ramos Millán, A.; Mérida González, V.; Ortiz Risco, F., y Ruiz Sánchez, V., 1986. «Programa de recuperación del re-

- gistro arqueológico del fortín 1 de Los Millares. Análisis preliminar de la organización del espacio», *Arqueología Espacial*, 8. Coloquio sobre el microespacio, 2, Teruel, pp. 175-201.
- y Pareja López, E., 1975. «Excavaciones en la Cuesta del Negro (Purullena, Granada). Campaña de 1971», *E.A.E.*, 86.
- ; Sáez, L.; Aguayo, P.; Nájera, T., y Carrión, F., 1980. «El cerro de Enmedio. Un poblado argárico en el valle del río Andarax (Almería)», *C.P.Gr.*, 5, pp. 157-173.
- Moliner, M., 1983. *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos, 2 vols.
- Moñita García, R.; Corral Cañón, M.; Díaz Hernández, M. A.; Colmenero Hernández, M. R., y Sánchez García-Arista, M. M., 1986. «Espacios de habitación y funerarios en el Sureste durante el Calcolítico», *Arqueología Espacial*, 8. Coloquio sobre el microespacio, 2, Teruel, pp. 139-156.
- Muhly, J. D., 1973. *Copper and tin: the distribution of mineral resources and the nature of the metal trade in the Bronze Age*, memorias publicadas por la Connecticut Academy of Arts and Sciences, New Haven, Connecticut, núm. 43, pp. 155-535.
- Muñoz, A. M.^a, 1969. «La civilización pretártésica andaluza durante la Edad del Bronce», *V Simposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Barcelona, pp. 33-45.
- 1982. «La Edad del Bronce en el sureste de España», *Ponencia*, XVI, C.N.A., Murcia-Cartagena, 8-11 de enero de 1982, pp. 11-27.
- 1986a. «El Neolítico y los comienzos del Cobre en el Sureste», en *Homenaje* (1986), pp. 152-156.
- 1986b. «El Eneolítico en el Sureste», *Historia de Cartagena*, 2, Murcia, Mediterránea, S. A., pp. 143-162.
- Nájera Colino, T., 1984. *La Edad del Bronce en la Mancha occidental*, tesis doctorales de la Universidad de Granada, 458, Granada.
- Navarrete Enciso, S., 1976. *La cultura de las cuevas con cerámica decorada en Andalucía oriental*, Universidad de Granada, Departamento de Prehistoria, 2 vols.
- Nenquin, J., 1961. *Salt. A study in economic Prehistory*, Brujas, Tempel.
- Nieto Gallo, G. (coord.), 1985. *Historia general de España y América. Los orígenes de España*, I, 1, Madrid, Rialp, pp. 303-350.
- y Sánchez Meseguer, J., 1980. «El cerro de la Encantada (Granátula de Calatrava, Ciudad Real)», *E.A.E.*, 113.
- Nocete Calvo, F., 1984. «Elementos para un estudio del patrón de asentamiento en las campiñas occidentales del Alto Guadalquivir durante la Edad del Cobre», *Arqueología Espacial*, 3. Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos, Teruel, pp. 91-102.
- 1986. «Una historia agraria: el proceso de consolidación de la economía de producción (Perspectivas en la investigación de las Edades del Cobre

- y Bronce en el Alto Guadalquivir», en A. Ruiz, M. Molinos y F. Hornos (1986), pp. 91-99.
- ; Ruiz Rodríguez, A.; Molinos Molinos, M., y Castro López, M., 1986. «Productos, lugares de actividad y estructuras en el asentamiento del Cobre final del cerro de la Coronilla (Cazalilla, Jaén)», *Arqueología Española*, 8. Coloquio sobre el microespacio, 2, Teruel, pp. 203-218.
- Núñez Regueiro, V. A., 1975. «El problema de la periodificación en Arqueología», *Actualidad Antropológica* (suplemento de *Etnia*), 16, pp. 1-20. Museo Etnológico Municipal «Dámaso Arce» e Instituto de Investigaciones Antropológicas Olavarría, provincia de Buenos Aires, Argentina.
- Palliardi, J., 1919. «Beitrag zur Kenntnis der Glockenbecherkultur», *Weiner Prähistorische Zeitschrift*, VI, pp. 41-56.
- Pellicer, M., 1986. «Calcolítico», en F. Jordá et al. (1986), pp. 207-263.
- Pericot, L. 1934. «Epoocas primitivas y romana», en *Historia de España*, Barcelona, Instituto Gallach de Librería y Ediciones.
- 1950. «Para una sistematización de la Edad del Bronce», *Crónica del V Congreso Arqueológico del Sudeste Español y J.C.N.A.* (Almería, 1949), pp. 184-188.
- 1976. «Algunos de mis recuerdos de Bosch Gimpera», en J. Comas (comp.) (1976a), pp. 23-37.
- Phillips, P., 1981. *The prehistory of Europe*, Londres, Penguin Books.
- Picazo, M. y Sanahuja, M.ª E., 1987. «El Bronce reciente en el sudeste de la península Ibérica», en R. Chapman et al. (1987), pp. 22-29.
- Popper, K., 1974. *Conocimiento objetivo*, Madrid, Tecnos.
- 1977. *La lógica de la investigación científica*, Madrid, Tecnos.
- Rafel i Fontanals, N., 1977-78. «La cueva de la "Roca del Frare" en la Llacuna. Comarca del Penedés», *Pyrenae*, 13-14, Barcelona, pp. 43-59.
- Ramos Millán, A., 1981. «Interpretaciones secuenciales y culturales de la Edad del Cobre en la zona meridional de la península Ibérica. La alternativa del materialismo cultural», *C.P.Gr.*, 6, pp. 203-256.
- Randsborg, K., 1973. «Wealth and social structure as reflected in Bronze Age burials: a quantitative approach», en C. Renfrew (comp.) (1973), pp. 567-570.
- 1974. «Social stratification in early Bronze Age Denmark: A study in the regulation of cultural systems», *Præistorische Zeitschrift*, 49, Berlín, pp. 38-61.
- Rauret Dalmau, A., 1976. *La metalurgia del bronce durante la Edad del Hierro*. Universidad de Barcelona, Instituto de Arqueología y Prehistoria, Publicaciones Eventuales, núm. 25.
- Redondi, P., 1987. «El oficio del historiador de las ciencias y de las técnicas», en A. Lafuente y J. Saldaña (coord.) (1987), pp. 95-103.
- Reed, T. T., 1934. «Metallurgical fallacies in archaeological literature», *American Journal of Archaeology*, XXXVIII, Boston, Massachusetts, pp. 383-389.

- Reinecke, P., 1901. «Studien über die Chronologie der Bronzezeit in Ungarn», *Ethnol. Mitt. aus Ungarn*, 6, pp. 1-15.
- 1902. «Zur Chronologie der 2. Hälfte des Bronzealters in Süd- und Norddeutschland», *Korrespondenzblatt der deutschen Gesellschaft Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte*, 33, pp. 17-22 y 27-32.
- Renfrew, C., 1967. «Colonialism and megalithism», *Antiquity*, 41, Cambridge, pp. 276-288.
- 1969. «Trade and culture process in european prehistory», *C.A.*, 10 (2-3), pp. 151-169.
- 1972. *The emergence of civilisation. The Cyclades and the Aegean in the third millenium*, Londres, Methuen & Co.
- (comp.) 1973. *The explanation of culture change. Models in prehistory*, Londres, Duckworth.
- 1976. «Megaliths, territories and population», en S. J. de Laet (comp.), *Acculturation and continuity in atlantic Europe, papers presented at the IVth. Atlantic Colloquium*, Brujas, De Tempel, pp. 198-220.
- 1979a. *Before civilization: the radiocarbon revolution and prehistoric Europe*, Londres, Penguin Books. [*El alba de la civilización. La revolución del radiocarbono y la Europa prehistórica*, Madrid, Colegio Universitario de Ediciones Istmo, 1986.]
- 1979b. «El carbono 14 y la prehistoria de Europa», en *Biología y cultura. Introducción a la antropología biológica y social*, Selecciones de «Scientific American», Madrid, Blume, pp. 249-258.
- 1982. «Explanation revisited», en C. Renfrew, M. J. Rowlands y B. Abbot Segraves (comp.), *Theory and explanation in Archaeology: the Southampton Conference*, Nueva York, Academic Press, pp. 5-23.
- 1983. «Introduction: the megalith builders of western Europe», en C. Renfrew (comp.), *The megalithic monuments of western Europe*, Londres, Thames & Hudson, pp. 8-17.
- 1986. «Varna and the emergence of wealth in prehistoric Europe», en A. Appadurai (comp.), *The social life of things. Commodities in cultural perspective*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 141-168.
- y Shennan, S. (comps.), 1982. *Ranking, resource and exchange. Aspects of the archaeology of early european society*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Renzong, Q., 1987. «Sobre la tensión entre internalismo y externalismo en la historia de la ciencia», en A. Lafuente y J. J. Saldaña (coord.) (1987), pp. 25-39.
- Ripoll Perelló, E., 1984. «Martín Almagro Basch», *T.P.*, 41, pp. 11-16.
- Rivera Dorado, M., 1972. «Introducción», *C.A.S.E.*, 5, Arqueología Teórica 1, II, pp. I-IV.
- 1981. «Opiniones sobre arqueología: su definición y sus relaciones», *Revista de la Universidad Complutense*, 2, Madrid, pp. 97-100.

- 1988. «Arqueología como Antropología, más de veinte años después» *Revista Española de Antropología Americana*, XVIII, pp. 271-280, Madrid.
- Rodanès Vicente, J. M., 1987. *La industria ósea prehistórica en el valle del Ebro. Neolítico-Edad del Bronce*, Zaragoza, Diputación General de Aragón.
- 1988. La Prehistoria. Apuntes sobre concepto y método. «Prólogo» del doctor D. Antonio Beltrán. Prensas Universitarias de Zaragoza. Zaragoza.
- Roudil, J. L., 1972. «L'Age du Bronze en Languedoc oriental», *Memoire de la S.P.F.*, 10.
- Rouse, I., 1973. *Introducción a la prehistoria. Un enfoque sistemático*. Barcelona, Bellaterra.
- Rovira i Port, J. y Santacana i Mestre, J., 1980. «Reflexiones sobre "economía" prehistórica aplicada a los grupos culturales del este peninsular: el modo doméstico de producción», *Informació Arqueològica*, 33-34, Barcelona, pp. 48-52.
- 1984. «El modelo de despoblación/concentración en la zona del Baix Segre (depresión del Ebro)», *Arqueologia Espacial*, 2. Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos, Teruel, pp. 75-92.
- Rowlands, M. J., 1971. «The archaeological interpretation of prehistoric metalworking», *W.A.*, 3, 2, pp. 210-224.
- 1973. «Modes of exchange and the incentives for trade, with reference to later european prehistory», en C. Renfrew (comp.) (1973), pp. 589-600.
- 1984a. «Objectivity and subjectivity in archaeology», en M. Spriggs (comp.), *Marxist perspectives in archaeology*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 108-113.
- 1984b. «Conceptualizing the european Bronze and early Iron Ages», en J. Bintliff (comp.), *European social evolution. Archaeological perspectives*, Inglaterra, Bradford University, pp. 147-156.
- 1987. «Europe in prehistory: a unique form of primitive capitalism?», *Culture and History*, 1, Copenhagen, pp. 63-78.
- Ruiz-Gálvez, M., 1977. «Nueva aportación al conocimiento de la cultura de El Argar», *T.P.*, 34, pp. 85-110.
- 1984. «Reflexiones terminológicas en torno a la Edad del Bronce peninsular», *T.P.*, 41, pp. 323-342.
- 1986. «Navegación y comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo a fines de la Edad del Bronce», *T.P.*, 43, pp. 9-42.
- Ruiz Rodríguez, A., 1978. «Los pueblos iberos del Alto Guadalquivir. Análisis de un proceso de transición», *C.P.Gr.*, 3, pp. 255-284.
- Chapa, T. y Ruiz Zapatero, G. 1988. «La arqueología contextual: una revisión crítica» *T.P.*, 45, p. 11-18.
- y Molinos, M., 1984. «Elementos para un estudio del patrón de asentamiento en las campiñas del Alto Guadalquivir durante el horizonte pleno ibérico (un caso de sociedad agrícola con Estado)», *Arqueología Es-*

- pacial*, 4. Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos, Teruel, pp. 187-206.
- ; Molinos Molinos, M., y Hornos Mata, F., 1986. *Arqueología en Jaén. (Reflexiones desde un proyecto arqueológico no inocente)*, Jaén, Diputación Provincia de Jaén.
- ; Molinos Molinos, M.; Nocete Calvo, F., y Castro López, M., 1983. «El cerro de la Coronilla (Cazalilla, Jaén): fases de la Edad del Cobre», *C.P.Gr.*, 8, pp. 199-249.
- , 1986. «Concepto de producto en arqueología», *Arqueología Espacial*, 8. Coloquio sobre el microespacio, 2, Teruel, pp. 63-80.
- y Nocete Calvo, F., 1981. «Un modelo sincrónico para el análisis de la producción de cerámica ibérica estampillada del Alto Guadalquivir», *C.P.Gr.*, 6, pp. 355-383.
- ; Nocete Calvo, F., y Sánchez Ruiz, M., 1986. «La Edad del Bronce y la argarización en tierras giennenses», en *Homenaje* (1986), pp. 271-286.
- Ruiz Zapatero, G., 1983. *Los campos de urnas del noroeste de la península Ibérica*, tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense.
- 1987. «La recensión de publicaciones arqueológicas: S.O.S.», *T.P.*, 44, pp. 313-322.
- y Fernández Martínez, V., 1984. «Patrones de asentamiento en el Bajo Aragón protohistórico», *Arqueología Espacial*, 4. Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos, Teruel, pp. 43-63.
- Sahlins, M., 1977. *Economía de la Edad de Piedra*, Colección Manifiesto, Serie Antropología Social, Madrid, Akal.
- Sanctis, R. de, y Finis, G. de, 1988. «Colin Renfrew: en busca de una arqueología científica», *R.O.*, 8, pp. 77-96.
- Sangmeister, E., 1963. «La civilisation du vase campaniforme», *Actes du Premier Colloque Atlantique: «Les civilisations atlantiques du neolithique à l'Age du Fer»*, Rennes, pp. 25-56.
- , 1964. *Die Bronzezeit in Westmittelmeer*, Saeculum-Wetgeschichte.
- 1966-67. «Die Datierung des Rückstroms der Glockenbecher und Ihre Auswirkung auf die Chronologie der Kupferzeit in Portugal», *Palaeohistoria*, 12, Groningen, Holanda, pp. 395-407.
- 1975. «Das Neolithikum der Iberischen Halbinsel», en K. J. Narr (comp.), *Handbuch der Urgeschichte*, Ban II, Berna, pp. 277-291.
- Savory, H., 1968. *Spain and Portugal. The prehistory of the Iberian peninsula*. Ancient peoples and places, Londres, Thames & Hudson.
- 1972. «The culture sequence at Vila Nova de São Pedro», *Madrider Mitteilungen*, 13, Mainz am Rhein, Alemania, pp. 23-37.
- | Schmidt, H., 1913 (1915). «Zu Vorgeschichte Spaniens», *Zeitschrift für Ethnologie*, XLIV (1913). [Traducido al castellano por P. Bosch Gimpera, «Estudios acerca del principio de la edad de los metales en España», *Memorias de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas*, 8, 1915, Madrid.]

- Schobinger, J., 1976. «Pedro Bosch Gimpera y Osvaldo Menghin, o la búsqueda de un humanismo antropológico», en J. Comas (comp.) (1976a), pp. 95-98.
- Schortman, E. M. y Urban, P. A., 1987. «Modeling interregional interaction in prehistory», en *Advances in archaeological method and theory*, 11, Nueva York, Academic Press, pp. 37-95.
- Schubart, H., 1971. «O horizonte de Ferradeira. Sepulturas do eneolítico final no sudoeste da península Ibérica», *R.G.*, LXXXI, pp. 189-215.
- 1973. «Las alabardas tipo Montejúcar», *Estudios dedicados al doctor Luis Pericot*, Publicaciones Eventuales, núm. 23, pp. 247-269, Barcelona.
- 1975. «Cronología relativa de la cerámica sepulcral en la cultura de El Argar», *T.P.*, 32 (nueva serie), pp. 78-92.
- 1976. «Relaciones mediterráneas de la cultura de El Argar», *Zephyrus*, XXVI-XXVII, Salamanca, pp. 331-342.
- 1979. «Nuevas fuentes para la cultura de El Argar», *Actas*, xv, C.N.A. (Lugo), pp. 297-308.
- 1989. *Significación histórico-cultural de la costa meridional de la península Ibérica desde la Edad del Cobre hasta la colonización fenicia*. Discurso de investidura de doctor «Honoris Causa», Universidad Autónoma de Madrid, 47 pp.
- y Arteaga, O., 1983. «Excavaciones en Fuente Alamo (I-III). La cultura de El Argar», *R.A.*, 1983 (a), 24, pp. 17-27; 1983 (b), 25, pp. 54-63; 1983 (c), 26, pp. 56-63.
- 1986. «Fundamentos arqueológicos para el estudio socio-económico y cultural del área de El Argar», en *Homenaje* (1986), pp. 289-307.
- y Sangmeister, E., 1984. «Zambujal. Un asentamiento fortificado de la Edad del Cobre en Portugal», *R.A.*, V, 37, pp. 20-23.
- Schule, W., 1969. «Tartessos y el Hinterland. (Excavaciones de Orce y Galera)», en «Tartessos y sus problemas», *V Simposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, pp. 15-32.
- 1980. *Orce und Galera. Zwei siedlungen aus dem 3 bis 1 Jahrtausend v. Im Sudosten der Iberischen Halbinsel. I: Übershit über die Ausgrabungen (1962-1970)*, Mainz.
- 1986. «El cerro de la Virgen de la Cabeza (Orce, Granada). Consideraciones sobre su marco ecológico y cultural», en *Homenaje* (1986), pp. 208-220.
- y Pellicer, M., 1966. «El cerro de la Virgen (Orce, Granada)», *E.A.E.*, 46.
- Shennan, S., 1975. «The social organization at Branc», *Antiquity*, 49, Cambridge, pp. 279-288.
- 1976. «Bell Beakers and their context in central Europe», *Glockenbecher Symposium*, Oberried, 1974, Bussum, pp. 21-239.
- 1977. «The appearance of the Bell Beaker assemblage in central Europe», en R. Mercer (comp.), *Beakers in Britain and Europe*, *B.A.R. Supplementary Series*, 26, pp. 51-70.

- 1982a. «Ideology change and the european early Bronze Age», en I. Hodder (comp.), *Symbolic and structural archaeology*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 155-161.
- 1982b. «Exchange and ranking. The role of amber in the earlier Bronze Age of Europe», en C. Renfrew y S. Shennan (comp.) (1982), pp. 33-45.
- 1986. «Central Europe in the third millennium B.C.: an evolutionary trajectory for the beginning of the european Bronze Age», *Journal of Anthropological Archaeology*, 5, Michigan, pp. 115-146.
- 1987. «Trends in the study of later european prehistory», *Annual Review of Anthropology*, 16, Palo Alto, California, pp. 365-382.
- Sherratt, A., 1976. «Resources, technology and trade in early european metallurgy», en G. de G. Sieveking, I. H. Longworth y K. E. Wilson (comp.), *Problems in economic and social Archaeology*, Londres, Duckworth, pp. 557-581.
- 1981. «Plough and pastoralism: aspects of the secondary products revolution», en I. Hodder, G. Isaac, N. Hammond (comps.), *Pattern of the past*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 261-305.
- 1982. «Mobile resources: settlement and exchange in early agricultural Europe», en C. Renfrew y S. Shennan (comp.) (1982), pp. 13-26.
- 1987. «Cups that Cheered», en W. H. Waldren y R. C. Kennard (comps.) (1987), pp. 81-114.
- Siret, E. y L., 1890. *Las primeras edades del metal en el sureste de España*, Barcelona.
- Siret, L., 1913. *Questions de chronologie et d'ethnographie iberiques*. I: «De la fin du quaternaire à la fin du Bronze», París, Paul Geuthner.
- Smith, M. A., 1955. «Campaniformes ibéricos», *R.G.*, LV, pp. 272-298.
- Spratt, M. A., 1982. «The analysis of innovation processes», *Journal of Archaeological Science*, 9, Londres, pp. 79-94.
- Spriggs, M. (comp.), 1984. *Marxist perspectives in archaeology*, Cambridge, [New Directions in Archaeology.] Cambridge University Press.
- Stegmüller, W., 1981. *La concepción estructuralista de las teorías*, Madrid, Alianza.
- Steward, J., 1949. «Cultural casualty and law: a trial formulation of the development of early civilizations», *American Anthropologist*, 51, pp. 1-27.
- Stos-Gale, Z. A.; Gale, H. H., y Zwicker, U., 1986. «The copper trade in the southeast mediterranean region. Preliminary scientific evidence», *Report of the Department of Antiquities Cyprus*, Nicosia, Chipre, pp. 122-124.
- Stos-Gale, Z. A., y Gale, N. H., 1984. «The minoan thalassocracy and the Aegean metal trade», en R. Hägg y Nanno Marinatos, «The minoan thalassocracy. Myth and reality», *Acta Instituti Atheniensis Regni Sueciae*, 4, XXXII, Estocolmo, pp. 59-64.
- Tarradell, M., 1950. «La península Ibérica en la época del Argar», *Crónica del I. C.N.A.* (Almería, 1949), Cartagena, pp. 72-84.

- 1962. *El País Valenciano del neolítico a la iberización*. Anales de la Universidad de Valencia, XXXVI, curso 1962-63.
- 1963. «Ensayo de identificación de las necrópolis del Bronce valenciano», *A.P.L.*, x, pp. 59-67.
- 1965a. «El problema de las diversas áreas culturales de la península Ibérica en la Edad del Bronce», *Miscelánea en honor del abate Breuil*, II, pp. 423-430.
- 1965b. *Historia del País Valenciano*, «Prehistoria i Antiquitat», vol. primer, Barcelona, Edicions 62, pp. 19-206.
- 1969. «La cultura del Bronce valenciano. Nuevo ensayo de aproximación», *P.L.A.*, 6, pp. 7-30.
- 1976. «Bosch Gimpera y la escuela de arqueología de Barcelona», en J. Comas (comp.) (1976a), pp. 39-44.
- 1980. «Primeras culturas», en M. Tuñón de Lara (dir.), *Historia de España*, I: «Introducción: primeras culturas e Hispania romana», Barcelona, Labor, pp. 49-115.
- Tilley, C., 1981. «Conceptual framework for the explanation of sociocultural change», en I. Hodder, G. Isaac y N. Hammond, *Pattern of the past*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 363-386.
- 1984. «Ideology and the legitimation of power in the middle neolithic of southern Sweden», en D. Miller y C. Tilley (comps.) (1984), *Ideology, power and prehistory*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 111-146.
- Torre Peña, F. de la, 1978. «Estudio de las secuencias estratigráficas de la cultura del Argar en la provincia de Granada», *C.P.Gr.*, 3, pp. 143-158.
- , y Sáez Pérez, L., 1986. «Nuevas excavaciones en el yacimiento de la Edad del Cobre de "El Malagón" (Cúllar-Baza, Granada)», en *Homenaje*, pp. 221-226.
- Treinen, F., 1970. «Les poteries campaniformes en France», *Gallia préhistoire*, XIII, 1-2, pp. 53-107 y 263-332.
- Trigger, B., 1971. «Perspectiva histórica de los principales conceptos en arqueología», *C.A.S.E.*, 3, pp. 1-24.
- 1978. *Time and traditions. Essays in archaeological interpretations*, Edimburgo, Edinburgh University Press.
- 1980. «Archaeology and the image of the American Indian», *American Antiquity*, 45, Salt Lake City, Utah, pp. 662-676.
- 1981. «Anglo American archaeology», *W.A.*, 13, 2, pp. 138-155.
- 1982. *La revolución arqueológica. El pensamiento de Gordon Childe*, Barcelona, Fontamara Libro Historia, 6.
- 1984. «Alternative archaeologies: nationalist, colonialist, imperialist», *Man* (N.S.), 19, Londres, pp. 355-370.
- 1987. «V. Gordon Childe: a Marxist archaeologist», en L. Manzanilla (comp.), (1987), pp. 1-8.

- Tylecote, R. F., 1970. «The composition of metal artifacts: a guide to provenance?», *Antiquity*, 44, Cambridge, pp. 19-25.
- Ucko, P. J.; Tringham, R., y Dimbleby, G. W. (comps.), 1972, *Man, settlement and urbanism*, Londres, Duckworth.
- Ulreich, M., 1986. «Las tumbas de El Argar y El Oficio, según la documentación Siret», en *Homenaje* (1986), pp. 427-440.
- Valiente Malla, J., 1987. «La Loma del Lomo I (Cogolludo, Guadalajara)», *E.A.E.*, 152.
- Vaz Pinto, C., y Parreira Rui, 1979. «Acerca do conceito de colonia no calcolítico de Extremadura», *Trabalhos do Grupo de Estudos Arqueológicos do Porto*, 3, Actas da 1.ª Mesa-Redonda sobre o neolítico e o calcolítico em Portugal (Porto, abril de 1978), Oporto, pp. 135-145.
- Vázquez Varela, J. M., 1975. «Cuentas de calaita en la península Ibérica: datos para la revisión del problema», *Gallaecia*, 1, Santiago de Compostela, pp. 27-30.
- Veiga Ferreira, O. da, y Viana, A., 1956. «L'importance du cuivre de la Péninsule dans l'Age du Bronze», *IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas* (Madrid, 1954), Zaragoza, pp. 521-533.
- Vicent, J. M., 1982. «Las tendencias metodológicas en Prehistoria», *T.P.*, 39, pp. 9-53.
- 1984. «Fundamentos para una investigación epistemológica sobre la Prehistoria», *Primeras Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica*, Soria, 1981, Madrid, Ministerio de Cultura, pp. 71-87.
- 1985. «Un concepto de metodología: hacia una definición epistemológica diferencial de Prehistoria y Arqueología», *Actas de las Segundas Jornadas de Metodología y Didáctica de la Historia, Prehistoria y Arqueología*, Cáceres, pp. 55-72.
- 1986. Bibliografía: Gasull, Pepa; Lull, Vicente, y Sanahuja, M.ª Encarna, «Son Fornés I: la fase talayótica. Ensayo de reconstrucción socioeconómica de una comunidad prehistórica de la isla de Mallorca, *B.A.R. International Series*, 209, Oxford, 1984», *T.P.*, 43, pp. 311-332.
- 1988. «El origen de la economía productora. Breve introducción a la Historia de las Ideas», en P. López García (coord.) *El Neolítico en España*, Madrid, Cátedra, pp. 11-58.
- Vilar, P., 1982. *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, Crítica, Grijalbo.
- Villalba, M.ª J., Blasco, A., Edo, M., Arenas, J. A., y Bañolas, L., 1989. «Minería neolítica. Can Tintorer, una aportación fundamental». *R.A.*, 96, pp. 13-24.
- Waals, J. A. van der, 1984. «Bell Beakers in continental northwestern Europe», en J. Guilaine (dir.) (1984a), pp. 3-35.
- Waldren, W. H.; Chapman, R.; Lewthwaite, L., y Kennard, R. C. (comps.), 1984. «The Deya Conference of Prehistory. Early settlement in the Wes-

- tern Mediterranean island and the peripheral areas», *B.A.R. International Series*, 229.
- Waldren, W. H., y Kennard, R. C. (comps.), 1987. «Bell Beakers of the Western Mediterranean. Definition, interpretation, theory and new site data. The Oxford International Conference 1986», *B.A.R. International Series*, 331.
- Walker, M. J., 1981. «Climate, economy and cultural change: the Southeast Spanish Copper Age», en J. García-Bárcena y F. Sánchez Martínez (comps.) (1981), *Miscelánea. Unión Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas*, X Congreso, México, D.F., octubre 19-24, 1981, pp. 171-197.
- , y Lillo Carpio, P. A., 1983. «Excavaciones arqueológicas en el yacimiento eneolítico de El Prado (Jumilla, Murcia)», *Actas*, XVI, C.N.A., Murcia-Cartagena, 1982, pp. 105-113.
- Watson, P. J.; Leblanc, S. A., y Redman, C. H. L., 1974. *El método científico en arqueología*, Madrid, Alianza Universidad, 1.ª ed. inglesa, 1971.
- Westen, D., 1984. «Cultural materialism: food for thought or bum steer?», *C.A.*, 25, 1, pp. 639-645.
- Wheatley, P., 1972. «The concept of urbanism», en P. J. Ucko, R. Tringham y C. W. Dingleby (comps.) (1972), pp. 601-637.
- White, L. A., 1959. *The evolution of culture*, Nueva York, McGraw-Hill.
- Whitley, J., 1987. «Art history, archaeology and idealism: the german tradition», en I. Hodder (comp.), (1987), *Archaeology as long-term history*, New Directions in Archaeology, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 9-15.
- Willey, G. R., y Phillips, Ph., 1958. *Method and theory in Archaeology*, Chicago, Chicago University Press.
- Winters, H. D., 1968. «Value systems and trade cycles of the Late Archaic in the Midwest», en L. R. Binford y S. R. Binford (comps.) (1986), *New perspectives in archaeology*, Chicago, pp. 175-222.
- Wittgenstein, L., *Tractatus logico-philosophicus* (versión inglesa de D. F. Pears y B. F. McGuinness), Londres, Routledge & Kegan Paul. [Madrid, Alianza, 1985, 7.ª ed.].
- Wright, G. H. von, 1979. *Explicación y comprensión*, Madrid, Alianza Universidad.
- Wustemann, H., 1977. «Versuch einer soziologisch Gliederung der älterbronzezeitlichen Grabsausstattungen (Periode I bis III) in Norden der DDR», *Studien zur Ur- und Frühgeschichte*, 30, pp. 131-153.
- Yll Aguirre, R., 1984. «Problemas de interpretación del análisis polínico en la reconstrucción paleoeconómica», *Primeras Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica. Soria 1981*, Madrid, Ministerio de Cultura, pp. 319-322.

INDICE DE NOMBRES

- Aberle, D., 63.
 Adams, R. McC., 169.
 Aira Rodríguez, M.ª J., 80.
 Alcina, J., 36, 37, 44, 69, 70, 71, 75, 226.
 Almagro Basch, M., 2, 29 n., 31, 58, 59 y n., 60, 61, 68, 116, 128, 130 y n., 252, 265, 267 y n., 280 n., 281 n., 283, 284, 285, 290, 343, 344, 366 y n., 436.
 Almagro Gorbea, M., 143, 346, 446, 447.
 Alonso del Real, C., 61, 149, 239 n.
 Antón, M., 310.
 Aranzadi, T. de, 226.
 Arnal, J., 130 n., 160, 180 n.
 Arribas, A., 68, 126, 130 n., 265, 267 y n., 268 y n., 277, 278, 280 n., 281 n., 283, 284, 285, 290, 292, 293, 296, 297, 298, 344, 356, 357, 359, 361, 366 y n., 402, 435, 436, 443, 444, 445, 446, 447 y n., 448 y n., 450, 451, 454 y n., 456 n., 457, 461, 462, 463, 464 y n., 465, 466, 468, 469, 471, 475.
 Arteaga, O., 348 y n., 349 y n., 355, 356, 357, 358, 386, 393, 395 n., 416, 417, 433, 440, 458, 461, 462, 463, 469, 470, 471, 472.
 Audouze, F., 33, 40, 75.
 Bagby, P., 47, 53 n.
 Bailloud, G., 153, 160, 161 n., 162.
 Balbín-Behrman, R. de, 294, 297, 345, 356, 464.
 Ballestín, X., 72.
 Barandiarán, I., 236.
 Bate, L. F., 89.
 Bayard, D., 38 n.
 Bello Diéguez, J. M., 80 y n., 81, 82, 96.
 Benedict, R., 48.
 Bernaldo de Quirós, F., 76, 77.
 Berr, Henri, 36.
 Binford, L. R., 5, 6, 32, 38, 39, 40, 44, 45, 47, 55 y n., 56, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 74, 75, 141, 147, 321, 372 n.
 Binford, S., 75.
 Blance, B., 268, 284, 285, 286, 287, 288, 289, 290, 319, 345, 346, 347, 356, 394, 399, 459, 462, 464.
 Bloch, Marc, 36.
 Boas, F., 31, 32, 45, 47, 53 n., 112.
 Boessneck, J., 69, 475.
 Böhm, Jaroslav, 121, 123.
 Bonsor, G., 444, 445.
 Boomert, A., 188, 194, 195 y n., 196.
 Bordes, F., 70.
 Bosch Gimpera, P., 130 n., 135 n., 225, 226, 227, 228 y n., 229, 230, 231, 232, 233, 234, 235, 236, 237, 238, 239, 241, 242 y n., 243 y n., 244, 246, 247 n., 248 y n., 249, 250 n., 251, 252, 254, 255 y n., 257, 261, 262, 263, 264, 265, 267 y n., 271, 275, 276 n., 281 y n., 300, 311, 312, 313 y n., 337, 338, 340, 341 y n., 350, 351, 402.
 Botella, M., 347 n.
 Braidwood, R., 41.
 Braudel, F., 36.
 Briard, J., 198.
 Brothwell, D., 69, 109.
 Brumfiel, E. M., 206, 208, 209, 360, 390.
 Burillo Mozota, F., 79.

- Butler, J. J., 188, 194, 195 y n., 196, 202.
 Butzer, K. W., 76.
- Cajal Santos, N., 236.
 Carandini, A., 89, 90.
 Carriazo, J. de M., 351.
 Case, H. J., 309, 310, 477.
 Castillo, A. del, 135 n., 225, 226, 227, 258, 259, 260, 261, 262 y n., 263 y n., 264, 265, 300, 301, 312, 313, 315, 342.
 Castro López, M., 90, 91 y n., 99.
 Cerdán, C., 266, 276 y n.
 Cerrillo, E., 38 n., 79.
 Clark, G., 3 n., 35, 36, 40, 77, 113, 181, 190, 198.
 Clarke, D., 1, 38, 77, 78, 108, 299, 300, 301, 302, 303, 304, 305, 309, 310, 318, 385.
 Clough, R. E., 105 n.
 Coghlan, H. H., 182, 183, 184, 185 y n., 186, 187, 189, 190, 193.
 Coles, J. M., 133 n., 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 183, 187, 188, 189, 190, 191 y n., 192, 193, 194, 197, 199, 204, 205, 210, 215, 216, 353, 396, 433.
 Collingwood, R. G., 28, 29, 30, 34, 45, 60, 112.
 Comas, J., 59 n., 225, 226, 251, 252.
 Courtin, J., 160 n.
 Cowgill, G. L., 435.
 Criado Boado, F., 73, 80 y n., 81 y n., 257, 301, 336, 430.
 Croce, B., 29, 30, 60, 112.
 Cuadrado, E., 346.
- Chalmers, A. F., 9, 10, 27, 46, 56 y n., 116.
 Chang, K-Ch., 75, 78, 113.
 Chapa, T., 61, 70, 71, 75 n., 78, 296, 315, 316, 338, 345, 355.
 Chapman, R. W., 89, 100, 101, 102, 103, 105 y n., 107, 201, 203, 204, 218, 219, 224, 284, 299, 300, 301, 318, 319, 335, 338, 355, 358, 359, 360, 361, 362, 363, 364, 365 y n., 366 y n., 367 y n., 368, 370, 390, 426, 427, 429, 433, 434, 435, 436, 437, 438, 440, 441, 442, 445, 446, 447, 450, 458 n., 462, 476.
- Charles, R. P., 159 n.
 Chassaing, M. M., 158, 159.
 Childe, V. Gordon, 3 n., 35, 50 y n., 115, 122, 126, 128, 140, 142, 145, 147, 164, 165 y n., 166, 167 y n., 168, 169, 170, 171 y n., 172, 173 y n., 174, 175, 180, 190, 252, 289, 313, 314.
- Daniel, G., 2, 14, 18, 19, 33, 34, 44, 58 n., 62, 75, 128, 133, 165, 168, 226, 252, 265, 300, 359.
 Deaño, A., 160.
 Dechelette, J., 147, 153, 154, 155, 227, 228.
 Delibes de Castro, G., 262 n., 283, 284, 290, 296, 299, 301, 304, 307 n., 312, 313 n., 314, 315, 316, 336, 338, 345, 353, 355, 379 n., 380 n., 446, 451, 454 n., 461.
 Díaz-Fierros Viqueira, F., 80.
 Dilthey, W., 28, 31, 60, 112.
 Driesch, A. von der, 69.
 Durkheim, E., 34, 36, 113.
- Earle, T. K., 50, 167 n., 205 n., 206, 208, 209, 210, 212, 220, 360, 390.
 Ehrich, R. W., 3, 4, 122.
 Engels, F., 51, 116.
 Enguix, R., 339.
 Estévez, J., 71 n., 100, 101 y n., 102, 224, 414, 428, 433.
 Evans, A., 344 y n., 346.
 Evans, J. J., 342, 343, 344 y n., 346.
- Febvre, Lucien, 36.
 Fernández Martínez, V., 79, 309.
 Fernández-Miranda, M., 59 n., 294, 297, 298.
 Fernández-Posse, M.ª D., 307 n.
 Ferrer, J., 283, 284.
 Finis, G. de, 2, 6 n., 150.
 Flannery, K. V., 5, 6.
 Fontana, J., 27, 28, 30, 34, 35, 36, 37 y n., 50 n., 111, 113, 114.
 Freeman, L., 76, 77.

- Freitag, H., 433.
 Fried, M. H., 365 n.
 Friedman, J., 50, 52 y n., 54, 211, 368.
 Fritz, J. M., 5, 24, 74.
 Frobenius, L., 31.
 Furmanek, V., 121, 123, 128, 148.
 Fuste, M., 314.
 Gale, N. H., 182, 194, 199, 200.
 Gallay, A., 299, 304, 305, 306, 308, 310.
 García Carcedo, F., 186.
 Gasull, P., 101, 102, 103.
 Gaucher, G., 153, 163, 164.
 Gerhardt, K., 302, 305, 308, 309.
 Gil-Mascarell, M., 339.
 Gilman, A., 39, 57, 58, 61, 73 y n., 89, 98, 140, 173, 205, 210, 211, 214, 218, 224, 227, 239 n., 255, 285, 300, 355, 358, 359, 360 y n., 361, 362, 364 n., 365 y n., 366, 368, 371, 373, 376, 385, 387, 388, 389, 390, 391, 392 y n., 393, 429, 433, 434, 435, 436, 437, 437, 438, 441, 444, 446, 450, 461, 462, 476.
 Gomes Lisboa, I. M., 437.
 Gonçalves, V., 319.
 González Marcén, P., 345, 413, 418, 462, 463.
 Graebner, F., 31, 67.
 Gran Aymerich, J. M. J., 71.
 Guerreau, Alain, 37.
 Guilaine, J., 153, 157, 162, 163, 164, 300, 301, 304, 310, 314, 318.
 Halstead, P., 208, 219, 368, 390.
 Hanson, N. R., 24, 125.
 Harbottle, G., 144.
 Harding, A. F., 128, 133 n., 144 n., 148, 149, 176 y n., 177, 178, 179, 180, 181, 183, 187, 188, 189, 191 y n., 192, 193, 194, 197, 199, 204, 205, 210, 215, 216, 353, 396, 433.
 Harris, M., 2, 15, 16, 27, 28, 30, 31, 32, 33, 34, 47, 49, 50, 51, 53 y n., 54, 115, 116, 359, 431 n.
 Harrison, R. J., 277, 280, 281 n., 299, 300, 304, 309, 310, 311, 312, 313, 316, 319, 320 y n., 321, 323, 324 n., 325 n., 326 y n., 327 y n., 328 y n., 330, 332 y n., 333, 334, 335 y n., 336, 349, 359 n., 360 y n., 371, 372 y n., 373, 374, 375, 376, 377, 378 n., 379 y n., 380 n., 381 n., 383, 384, 385, 386, 387, 435, 436, 437, 445, 453, 454 y n., 455, 477.
 Hatt, J. J., 153, 155, 156, 157, 158, 159 y n., 161.
 Hawkes, C. F. C., 33, 265.
 Helena, Ph., 161 n.
 Hempel, K. G., 23, 24, 59, 111.
 Hernando, A., 226, 254 n., 255, 296 n., 368, 430, 431 y n., 433, 434, 436.
 Higgs, E., 69, 76, 77, 107, 109.
 Hodder, I., 10, 16, 28, 30, 32, 37, 38 n., 41, 45, 46, 62, 112, 151, 359.
 Hook, D. R., 436.
 Hopf, M., 70.
 Hornos Mata, F., 89 y n., 90.
 Huet de Bacelar Gonçalves, A., 435.
 Jimeno, A., 339.
 Jordá, F., 130 y n.
 Junghans, S., 69, 193, 195.
 Kalb, F., 284, 285, 286, 288, 290, 291.
 Kempisty, A., 210.
 Kimmig, W., 155.
 Klein, J., 150, 176.
 Klejn, L. S., 2 n., 5, 6, 7, 33, 34, 35, 36, 38, 39, 40, 43, 50, 52, 54, 75, 115.
 Kluckhohn, C., 5, 33.
 Kohl, P. L., 6, 7, 10, 26, 27, 37, 38, 39, 40, 41, 44, 47, 48, 49 y n., 51, 52 y n., 56.
 Kossinna, G., 27, 112, 227, 228, 252, 265.
 Kristiansen, K., 1, 68, 147, 148, 152, 176, 180, 191 y n., 192 y n., 202 n., 205, 211, 218.
 Kroeber, A. L., 30, 47, 112.
 Kunst, M., 457.

- Lakatos, I., 11, 125, 131, 136.
 Laming-Emperaire, E., 2.
 Lanting, J. W., 302, 306, 309.
 Leblanc, S. A., 5, 43 n., 61, 62, 63, 66, 74, 75.
 Leira, R., 394 n.
 Leisner, G., 263 n., 266, 267, 268, 269 y n., 270, 271 y n., 273 y n., 274 y n., 275 n., 276 y n., 277, 278 y n., 279, 280 y n., 281, 283, 284, 285, 313, 344, 445, 454.
 Leisner, V., 263 n., 266, 267, 268, 269 y n., 270, 271 y n., 273 y n., 274 y n., 275 n., 276 y n., 277, 278 y n., 279, 280 y n., 281, 283, 284, 285, 287, 313, 344, 445, 454.
 Leone, M., 89.
 Lerma, J. V., 143.
 Leroi-Gourhan, A., 3 n., 33, 40, 70, 75, 76, 113, 118.
 Lévi-Strauss, C., 35, 78, 113.
 Lewthwaite, J. G., 2, 37.
 Lichardus, J., 153, 162.
 Lichardus-Itten, M., 162.
 Lillo Carpio, P., 450.
 Linares, J. M.ª, 55, 56, 116.
 López García, P., 70.
 Lowie, R., 67.
 Lull, V., 10, 73, 94, 96 y n., 99, 100 y n., 101 y n., 102, 107, 224, 345, 346, 355, 356, 358, 359, 360, 393, 394, 395 y n., 396 y n., 397, 398 y n., 399, 400, 401, 402, 405, 406 y n., 407 y n., 408, 409 y n., 410, 411, 412, 413, 414 y n., 415, 416, 417, 418, 419, 420, 421, 422, 423, 424, 425 y n., 426 y n., 427, 428 y n., 429, 430, 433, 434, 437, 461, 462, 463, 470, 471, 477.
 Llobregat, E., 127, 130 n., 135, 148, 268 n., 283.
 MacWhite, E., 148, 165, 251.
 Malinowski, B., 35, 113.
 Maluquer de Motes, J., 135 n., 181, 190, 226, 249, 290, 293, 338, 352.
 Martín de Guzmán, C., 13 n., 71, 72, 73, 78, 84 y n., 86 y n., 88, 118.
 Martín Morales, G., 339.
 Martínez Navarrete, M.ª I., 11 y n., 121 n., 226, 239 n., 255 n., 265, 269 n., 296 n., 313, 339 n., 361, 396 n., 400, 402 n., 405 n., 406 n., 416, 417, 428, 454 y n.
 Martínez Padilla, C., 347 n., 352, 393, 461.
 Martínez Sánchez, C., 444.
 Martínez Santa Olalla, J., 226, 285, 338, 340, 341 y n., 342, 347.
 Marx, K., 51, 52, 54, 90, 116, 140.
 Mas, J., 70.
 Mathers, C., 209 n., 224, 359, 360, 361, 362, 367, 368, 369, 370, 371, 372, 387, 390, 434, 435, 438, 461.
 Mauss, M., 35.
 McNairn, B., 122, 128, 141, 146, 147, 165 y n., 166, 167 n., 168 y n., 169, 170, 171 y n., 172, 173, 181, 226.
 Meillassoux, C., 50, 211.
 Mellaart, J., 149, 176 n.
 Menk, R., 308.
 Menéndez Pidal, Ramón, 57, 225, 351.
 Mieg de Boofzheim, P., 160, 161 n.
 Milisauskas, S., 180, 181, 198, 201, 202, 204.
 Millotte, J. P., 146.
 Molina, F., 268 y n., 285, 296, 297, 298, 357, 358, 359, 361, 386, 393, 409 n., 410, 431, 432, 436, 439, 443, 444, 446, 447 y n., 448 y n., 449, 450 y n., 451, 452, 454 y n., 456 n., 457, 458 y n., 461, 462, 463, 466 y n., 467, 468, 469, 470 y n., 471, 472, 473 y n., 475.
 Moliner, M., 42 n.
 Molinos Molinos, M., 89, 90, 91 y n., 99.
 Montelius, O., 147, 153, 227, 228, 252.
 Morgan, L. H., 167.
 Muhly, J. D., 183 y n., 188, 189, 191, 198, 199, 201, 202, 203, 204, 217.
 Municio, L., 336, 454 n.
 Muñoz Amilibia, A. M.ª, 283, 295, 297, 354, 386, 443, 445, 446,

- 447 n., 448 n., 450, 457, 465, 467, 471.
- Nájera, T., 339.
- Navarrete, S., 226.
- Nieto, G., 296, 304, 339.
- Nocete Calvo, F., 90, 91 y n., 92 y n., 93 y n., 94 y n., 95 y n., 96 y n., 97, 98, 99, 430.
- Núñez Regueiro, V. A., 122.
- Obermaier, H., 226.
- Olmos, R., 101 n.
- O'Shea, J., 208, 219, 368, 390.
- Palliardi, J., 319.
- Pareja, E., 409 n., 410, 463.
- Parreira, R., 284, 287.
- Pearson, M. P., 89.
- Pellicer, M., 296, 304, 319, 352, 454 n.
- Pericot, L., 135 y n., 225, 226, 228 n., 255.
- Phillips, P., 38, 51, 165, 177 n., 195, 205.
- Picazo, M., 101 n., 461, 466, 467 n., 469, 470 n., 476.
- Piggott, S., 33, 294.
- Plog, F. T., 5, 24, 74.
- Popper, K., 59, 125.
- Prades, H., 130 n., 160, 180 n.
- Preucel, R. W., 50, 167 n.
- Radcliffe-Brown, A. R., 35, 113.
- Rafel y Fontanals, N., 202, 203 n.
- Ramos Millán, A., 283, 359, 360, 362, 430, 431, 435.
- Randsborg, K., 210.
- Ranke, L. von, 28.
- Ratzel, F., 31.
- Rauret, A. M.^a, 184, 188, 189.
- Redman, C. H. L., 5, 43 n., 61, 62, 63, 66, 74, 75.
- Reed, T. T., 184.
- Reinecke, P., 28, 132, 133 n., 147, 228.
- Renfrew, C., 2, 5, 6 y n., 7, 26, 38, 54, 55, 77, 129, 133, 138 n., 144, 150, 151, 168, 172, 175, 176 n., 180, 181, 182, 189, 191, 201, 202, 203, 206, 207 y n., 210, 217, 219, 223, 268, 283, 291, 292, 294, 360 y n., 362 y n., 363, 370, 389.
- Rickert, H., 28, 112.
- Ripoll, E., 59 n.
- Risch, R., 431 n.
- Rivera Dorado, M., 4, 71, 74, 76.
- Rodanés, J. M.^a, 339.
- Roudil, J. L., 147, 153, 154, 155.
- Rouse, I., 2 n., 12 n.
- Rovira Port, J., 79, 80.
- Rowlands, M., 56, 140 y n., 192, 215, 300, 368.
- Ruiz-Gálvez, M., 338, 346, 356, 394 y n., 437.
- Ruiz Parra, M., 182 n.
- Ruiz Rodríguez, A., 30, 50 n., 69, 71, 72, 73, 77, 78, 79, 89, 90, 91 y n., 92, 93 n., 95, 97, 99, 100 n.
- Ruiz Zapatero, G., 72, 75, 77, 79 y n.
- Russell, Bertrand, 23.
- Sáez Pérez, L., 454 n.
- Sahlins, M., 80, 449.
- Sanahuja, M.^a E., 461, 466, 467 n., 469, 470 n., 476.
- Sangmeister, E., 69, 70, 143, 193, 195, 268 y n., 285, 287, 299, 300, 301, 316, 317, 318 y n., 320, 380 n., 460, 464.
- Sánchez Meseguer, J., 339.
- Sánchez Ruiz, M., 92, 93 n., 95, 97.
- Santacana Mestre, J., 79, 80.
- Sanctis, R. de, 2, 6 n., 150.
- Savory, H. N., 283, 288, 290, 313 n., 316, 319.
- Schlieman, H., 147.
- Schmidt, H., 228, 235, 290.
- Schmidt, padre, 31, 33.
- Schobinger, J., 252.
- Schortman, E. M., 144, 146, 191, 193, 197, 202, 205, 218, 220.
- Schröder, M., 69, 193, 195.
- Schubart, H., 285, 287, 288, 340, 344 y n., 345, 346, 347, 348 y n., 349 y n., 351, 355, 356, 357, 358, 380 n., 386, 393, 394, 395 n., 416,

- 417, 433, 440, 458, 460, 461, 462,
463, 469, 470, 471, 472.
- Schüle, W., 70, 285, 295 n., 296 n.,
352, 454 n.
- Serra-Rafols, J. de C., 226.
- Shennan, S., 1, 27, 37, 50, 146, 173,
205, 206, 210, 211, 212, 213, 214,
219, 299, 302 n., 304, 309, 315,
319, 371, 372 y n., 373, 376, 383,
385, 392, 437.
- Sherratt, A., 140, 141, 142, 143, 146,
180, 198, 207, 212, 299, 302 n.,
309, 315, 360 n., 369.
- Siret, E., 223, 267 n., 285, 340, 356,
401, 402, 415, 419, 420, 444.
- Siret, L., 223, 234, 267 y n., 268, 270,
273, 276 y n., 284, 285, 319, 340,
341, 351, 356, 401, 402, 415, 419,
420, 444.
- Smith, M., 312, 313.
- Spriggs, M., 50, 89.
- Stegmüller, W., 23 n.
- Stos-Gale, Z. A., 182, 194, 199, 200.
- Taboury, F. J., 130 n.
- Tarradell, M., 126, 131, 135 y n.,
136, 225, 226, 252, 337, 338, 343,
344, 357, 445, 461.
- Taylor, W., 5, 33, 78.
- Thompson, E. P., 89.
- Thornes, J. B., 359, 361, 362, 366,
387, 389, 390, 433, 434, 437, 438,
444, 446, 450, 461, 476.
- Tilley, C., 48, 49, 52 n., 211.
- Torre, F. de la, 339, 454 n., 463, 467,
468, 469, 470, 471.
- Tosi, M., 89.
- Treinen, F., 300, 316, 320, 336.
- Trigger, B., 3, 4, 5, 6, 7, 26, 30, 35,
41, 43, 44, 56 n., 58 y n., 75, 78,
114, 142, 165 y n., 166, 226, 314.
- Turton, B., 105 n.
- Turton, M., 105 n.
- Tylecote, R. F., 188, 189, 194, 195
y n., 196.
- Tylor, E. B., 67.
- Ulreich, M., 356, 430.
- Urban, P. A., 144, 146, 191, 193,
197, 202, 205, 218, 220.
- Valiente, J., 339.
- Vaz Pinto, C., 284, 287.
- Vázquez Varela, J. M., 80 y n., 301,
336, 435.
- Veiga Ferreira, O. de, 290.
- Viana, A., 290.
- Vicent, J. M., 5 n., 6, 8 y n., 9, 10,
11 y n., 12, 14, 15, 16 y n., 17, 18,
20, 23 y n., 24, 26, 40, 58, 69, 73,
82, 83, 100, 102, 103, 104, 109,
110, 111, 118, 121 n., 123, 265,
374 n., 430.
- Vilar, P., 36, 55.
- Villalba, M. J., 435.
- Vita Finzi, C., 107.
- Waals, J. A. van der, 188, 194, 195
y n., 196, 202, 302, 306, 309.
- Walker, M. J., 450.
- Watson, P. J., 5, 43 n., 61, 62, 63, 66,
74, 75.
- Weber, M., 140.
- Westen, D., 49 n.
- Wheatley, P., 169.
- Wheeler, sir Mortimer, 18 n.
- Whitehead, A. N., 23.
- Whitley, J., 61.
- Willey, G. R., 5, 38.
- Winters, H. D., 321, 372 n.
- Wittgenstein, L., 126.
- Wright, G. H. von, 23 n., 124.
- Wooley, sir Leonard, 19.
- Wustemann, H., 210.
- Yll, R., 102.
- Zwicker, V., 182, 194.

HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI

1. **Prehistoria**
2. **Los Imperios del Antiguo Oriente**
 - I. Del Paleolítico a la mitad del segundo milenio
3. **Los Imperios del Antiguo Oriente**
 - II. El fin del segundo milenio
4. **Los Imperios del Antiguo Oriente**
 - III. La primera mitad del primer milenio
5. **Griegos y persas**

El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, I
6. **El helenismo y el auge de Roma**

El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, II
7. **La formación del Imperio romano**

El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, III
8. **El Imperio romano y sus pueblos limítrofes**

El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, IV
9. **Las transformaciones del mundo mediterráneo. Siglos III-VIII**
10. **La Alta Edad Media**
11. **La Baja Edad Media**
12. **Los fundamentos del mundo moderno**

Edad Media tardía, Renacimiento, Reforma
13. **Bizancio**
14. **El Islam**
 - I. Desde los orígenes hasta el comienzo del Imperio otomano
15. **El Islam**
 - II. Desde la caída de Constantinopla hasta nuestros días
16. **Asia Central**
17. **India**

Historia del subcontinente desde las culturas del Indo hasta el comienzo del dominio inglés
18. **Asia Sudoriental**

Antes de la época colonial
19. **El Imperio chino**
20. **El Imperio japonés**
21. **América Latina**
 - I. Antiguas culturas precolombinas
22. **América Latina**
 - II. La época colonial
23. **América Latina**
 - III. De la independencia a la crisis del presente
24. **Los inicios de la Europa moderna, 1550-1648**
25. **La época del absolutismo y la Ilustración, 1648-1779**
26. **La época de las revoluciones europeas, 1780-1848**
27. **La época de la burguesía**
28. **La época del Imperialismo**

Europa, 1885-1913
29. **Los imperios coloniales desde el siglo XVIII**
30. **Los Estados Unidos de América**
31. **Rusia**
32. **África**

Desde la prehistoria hasta los Estados actuales
33. **Asia contemporánea**
34. **El siglo veinte, I. 1918-1945**
35. **El siglo veinte, II. 1945-1980**
36. **El siglo veinte, III. Problemas mundiales entre los dos bloques de poder.**

En esta obra se defiende la naturaleza teórica de la crisis por la que atraviesa la Prehistoria en España, coincidente con la desarrollada en otros países europeos.

El «concepto de Prehistoria» nacional —y no el hipotético subdesarrollo de la investigación arqueológica concreta— sería el responsable de la reducción de las culturas del pasado a primorosos inventarios de piedras, pucheros y armas. Desde una perspectiva determinista y, a través de una revisión crítica de la bibliografía relativa a los primeros períodos metalúrgicos, se ponen en evidencia las implicaciones teórico-metodológicas y políticas de las «asépticas» descripciones arqueológicas. Se propone como alternativa una lectura histórica comprometida con la transformación del presente.

M.^a I. Martínez Navarrete (Madrid, 1953) cursa la licenciatura de Filosofía y Letras (subsección de Historia Antigua) en la Universidad Complutense de Madrid. Su tesis, dirigida por los Dres. M. Almagro Basch (†) y M. Fernández-Miranda, recibe el premio extraordinario de doctorado (1986). Desde 1976 es PNN del Departamento de Prehistoria de dicha Universidad. En 1987 accede a una plaza de colaborador científico del Departamento de Prehistoria del CEH (CSIC, Madrid). Hasta la fecha se ha interesado por el estudio del Paleolítico, Calcolítico y Edad del Bronce y de los aspectos teórico-metodológicos de la Prehistoria. Diversas publicaciones y la excavación de yacimientos correspondientes a los períodos citados avalan su experiencia y competencia en los temas que se abordan.

